C. PARRA-PÉREZ

MARIÑO

Y LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA

* *

EL DISIDENTE

MADRID
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA
1954

MARIÑO
Y LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

BOLIVAR
EXCELSIOR. PARÍS.
(Traducido al inglés por el profesor Andrew N. Cleven. Pittsburgh Printing C°.—Traducido al italiano por Paolo Nicolai. Istituto Cristoforo Colombo. Roma.)

EL REGIMEN ESPAÑOL EN VENEZUELA
JAVIER MORATA. MADRID.

HISTORIA DE LA PRIMERA REPUBLICA DE VENEZUELA
(DOS VOLS.)
TIPOGRAFÍA AMERICANA. CARACAS.

BAYONA Y LA POLITICA DE NAPOLEON EN AMERICA
TIPOGRAFÍA AMERICANA. CARACAS.

LA CARTERA DEL CONDE DE ADLERCREUTZ
EXCELSIOR. PARÍS.

PAGINAS DE HISTORIA Y DE POLEMICA
LITOGRAFÍA DEL COMERCIO. CARACAS.

MIRANDA ET LA REVOLUTION FRANÇAISE
PIERRE ROGER. PARÍS.

DELPHINE DE CUSTINE, BELLE AMIE DE MIRANDA
EXCELSIOR. PARÍS.

MIRANDA ET MADAME DE CUSTINE
BERNARD GRASSET. PARÍS.

UNA MISION DIPLOMATICA VENEZOLANA ANTE NAPOLEON EN 1813
COLECCIÓN HISTORIA. DÉCIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA. CARACAS.

MARIÑO Y LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA
(TOMO PRIMERO)
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA. MADRID.

MARIÑO

POR CARMELO FERNÁNDEZ

C. PARRA-PÉREZ

MARIÑO

Y LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA

* *

EL DISIDENTE

MADRID
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA
1954

En el primer tomo de esta obra, que lleva como subtítulo "El Libertador de Oriente", se estudió la historia del general Mariño a partir de su aparición en la vida política y militar de Venezuela, hasta la destrucción, en 1814, de la Segunda República.

El presente tomo abarca el período que va de 1815 a 1819, que a su vez pudiera llamarse de la Tercera República y que terminó con la creación de la gran Colombia. En ese período se rompe la colaboración entre Bolívar y Mariño, quienes rivalizan durante algún tiempo, hasta que se afianza el poder personal, único e incontrastable del primero. Ya no habrá sino un libertador: el Libertador.

Como se dijo en la INTRODUCCIÓN *de la obra, en el último volumen repetiremos la indicación de las fuentes documentales y la bibliografía. Habrá también el índice general de nombres.*

I

CARTAGENA

BOLÍVAR y Mariño llegaron a Cartagena en el *Arrogante,* después de una navegación particularmente larga, aunque por aguas tranquilas, y se alojaron —dice Larrazábal— "en una pequeña casa de la plaza de la Verdura". El capitán Estévez narra que allí quedó "a las órdenes de Sus Excelencias hasta que dispuso el señor general Mariño que entregase el buque según inventario". Por esto se ve que dicho buque, perteneciente a la escuadrilla de Oriente, continuaba a disposición del general y que éste conservaba independencia o autonomía en cuanto correspondía a la jurisdicción sobre sus provincias. La fecha de llegada es incierta: Ducoudray-Holstein y Larrazábal la fijan el 25 de setiembre (de 1814), pero la exposición de Bolívar al Congreso es del 20.

El cuidado principal de los dos libertadores en los primeros días fué defender su conducta y exponer las causas de la derrota y vencimiento. Desde luego, Bolívar se apresuró, por su exposición citada, a dar cuenta al presidente del Congreso granadino, encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Así debía hacerlo él solo, como mandatario que había sido de aquel cuerpo para su expedición a Venezuela. Según el Libertador "un conjunto de causas inexplicables por sus enlaces y extensión han concurrido poderosa e inevitablemente a nuestra ruina". No tan inexplicables, sin embargo, aquellas causas:

"La sublevación general de todo el interior de Caracas daba al enemigo un número de tropas incomparable con las pocas que la capital y los pueblos vecinos podían contribuirme para oponerle; la devastación absoluta y espantosa de todo el territorio me privó hasta de los víveres necesarios para la manutención del ejército, que obrando en orden y haciendo una guerra de nación no podía resistir mucho tiempo sin los auxilios que le faltaban, mientras el enemigo pillando, destruyendo y usando de una desenfrenada licencia de nada necesitaba. Así, los pocos pueblos que combatían conmigo por la libertad desmayaron cuando el enemigo se aumentaba prodigiosamente y se conciliaba el afecto de sus tropas. Tales fueron las causas radicales que han conducido la República de Venezuela al sepulcro". Vencido en Occidente, Bolívar decía haber tomado el partido de retirarse a Barcelona, "con el objeto de reunir mis tropas a las que el General en Jefe del Oriente de Venezuela organizaba para auxiliarme". Pero una vez más "los dos ejércitos" fueron vencidos en Aragua, por su inferioridad numérica e indisciplina y por falta de pertrechos. En tales condiciones, Bolívar, quien calla en absoluto lo relativo a la insubordinación y rebelión de Ribas, Piar y cien oficiales más, declara: "Tomé el partido de venir a la Nueva Granada a exponer a Vuestra Excelencia la relación de las desgracias que consumen de nuevo a mi patria, a impetrar de Vuestra Excelencia auxilios y a rendir cuenta de mi conducta, para que se me juzgue". Hay más todavía: el Libertador cubre y cohonesta con su palabra a los rebeldes y les presenta como los últimos y leales servidores de la República: "Sabrá Vuestra Excelencia el estado en que he dejado la provincia de Cumaná trabajando por su libertad, bajo la conducta de los segundos Jefes de Oriente y Occidente, Piar y Ribas, que hacen esfuerzos para sostener aquella parte de la República, que bien podrían lograr si la discordia, que ha empezado a mostrarse entre los jefes, no ahoga tan laudables intentos."

Recordemos en este lugar que cuando el Libertador comentaba en 1828 sus campañas del Año Terrible, el autor del *Diario de Bucaramanga* le oyó atribuir la derrota de La Puerta "a la inmensa y buena caballería de Boves", y decir que la toma de Valencia por éste

le había impedido a él, Bolívar, ir a reunirse con Urdaneta. De lo cual podría deducirse que la emigración y la marcha a Oriente no entraron en su plan primitivo para proseguir la guerra. Agregaba Bolívar que su intención al salir de Barcelona para ir a dar batalla en Aragua era volver sobre Occidente y juntarse con Urdaneta; pero que éste se retiró a Mérida. En realidad, la derrota que le infligió Morales habría bastado para impedir tal reunión, y es probable que para la fecha de la batalla el Libertador no conociese en absoluto los movimientos de la división de Occidente. Y decía, por último, Bolívar: "Que, derrotado por segunda vez, tuvo la fortuna de retirarse sobre Cumaná con el general Santiago Mariño, que había peleado en su compañía en las anteriores batallas." Frase ésta un tanto inexacta de Perú de La Croix, puesto que Mariño había salido de Caracas antes que Bolívar y se hallaba ya en Cumaná cuando éste llegó allí.

Bolívar, interesado en justificarse ante el Congreso granadino y a quien vastos designios políticos llevaban a veces a disimular sus personales resquemores y a apartar escrúpulos, podía ciertamente permitirse una versión osada de los sucesos. Pero es muy dudoso que Mariño pensase lo mismo ni que estuviese dispuesto a declarar con tanta despreocupación que había entregado graciosamente el mando a otros. Él no tenía que explicar a congreso alguno las causas de la pérdida de sus tropas ni venía por su voluntad a solicitar auxilios. Su plan, muy simple, consistiera en retirarse de Cumaná a Güiria, crear en esta última plaza un nuevo ejército y recomenzar la campaña de 1813, como la recomenzó más de una vez en los años siguientes. Ribas y Piar le habían impedido realizar su proyecto, y el segundo había usurpado su rango y título de Jefe Supremo de Oriente. En manos de los rebeldes, prisionero y en peligro de que le fusilasen, su salida de la patria era forzada y revestía caracteres de verdadera expulsión. En tal virtud, vemos cómo el lenguaje del manifiesto de 30 de setiembre que firman ahora ambos libertadores, cambia esencialmente la presentación de los sucesos en su fase final.

De aquel manifiesto, que no se halla en ninguna de las colecciones de documentos publicados hasta el presente, sólo tenemos ante los ojos el texto inglés inserto por Ducoudray-Holstein y, en consecuencia, no

podemos garantizar su exactitud absoluta, ni, con mayor razón, la correspondencia entre la retraducción que de algunos de sus fragmentos podamos hacer y el primitivo texto español. En el *Boletín* de la Academia Nacional de la Historia se publicó hace años una traducción castellana del texto que, retraducido del inglés al francés, apareció en la edición francesa de la obra de Ducoudray. ¿Cómo es posible que la Academia no haya encontrado el original en español? El libelista dice: "Los dos dictadores estaban ansiosos de excusar su precipitada fuga de Cumaná y publicaron en la Gaceta Oficial de Cartagena, de 30 de setiembre, una especie de memoria justificativa bastante notable y característica para que se la copie literalmente. Tiene el siguiente título: *Llegada de los generales Bolívar y Mariño y exposición de los motivos que los obligaron a dejar a Venezuela y a buscar refugio en Nueva Granada.*" Aparentemente, aquella copia es fragmentaria, pues, al contrario de lo que sucede con el manifiesto del Libertador en Carúpano y con su carta al presidente del Congreso, los dos generales no examinan en los párrafos copiados el aspecto político o social de las causas de su derrota y se refieren sólo al militar. Importante documento, por lo demás, éste que permite fijar puntos de historia sobre los cuales existe obscuridad o que han sido voluntariamente tergiversados.

Bolívar y Mariño afirman que en La Puerta se decidió la suerte de Venezuela, cosa sabida y aceptada, e indican cómo aquella derrota dislocó la defensa republicana, cortando toda comunicación entre los diferentes elementos de su dispositivo: Caracas y el interior, ejército oriental, línea de Puerto Cabello, lugares fortificados del lago de Valencia. Sin embargo, dicen que su primera idea fué defender la capital y a este fin tomaron inmediatas medidas aprovechando la circunstancia de haber ido Boves a sitiar Valencia. Cuando Mariño salió para Oriente —y se ha visto que sólo permaneció cuatro días en Caracas— Bolívar asumió la responsabilidad entera de las operaciones. Batido el 6 de julio, por la inferioridad numérica de su tropa, indisciplinada y mal montada, el Libertador regresó a Caracas, donde reinaba pésimo espíritu, con el hambre y el desaliento. Fué entonces cuando resolvió retirarse a Oriente: "Estas conside-

raciones decidieron al general en jefe a evacuar la capital y a retirar las tropas que la guarnecían, todos los habitantes y cuanto pertenecía al gobierno, hacia la provincia de Barcelona, donde podrían reunirse otras fuerzas." Así, el problema de saber si Bolívar ordenó o no ordenó la emigración parece resuelto por su propia afirmación. Los preparativos de ejecución del "plan propuesto" comenzaron el 7 de julio, estorbados por el número "prodigioso" de los emigrantes, la gran cantidad de equipajes y la falta de caballos. Toda aquella masa iba a lanzarse, en huída desesperada, por caminos horribles y a veces impracticables. Mientras tanto, "el general Mariño, dictador del Oriente de Venezuela, había ya reunido en la ciudad de Aragua, en el límite de los llanos de Caracas, todas las tropas que podían dar las provincias para continuar la guerra; pero éstas estaban formadas por reclutas levantados de prisa y totalmente indisciplinados, y era necesario comenzar por adiestrarlos antes de abrir la campaña". En ello se ocupaba Bolívar cuando Morales llegó con su vanguardia de 3.000 hombres al Chaparro, a diez leguas de Aragua de Barcelona. Los independientes sólo disponían de 2.200 soldados. "El ejército republicano protegía la ciudad de Aragua resguardada por el río del mismo nombre, tan profundo en aquella época del año que era imposible vadearlo. El general Bolívar, confiado en esas ventajas, esperaba no tanto la llegada de más tropas que se encaminaban a reforzarlo, sino principalmente municiones, de que se hallaba muy necesitado, cuando, el 17 de agosto, recibió noticia de que el cuerpo al cual había encargado de defender el principal lugar donde podía pasarse el río se había retirado y que el enemigo había inmediatamente pasado." Una columna de cazadores encargada de retomar la posición equivocara, en efecto, el camino y los realistas atacaron la ciudad misma. La lucha duró cuatro horas y la falta de cartuchos empezaba a hacerse sentir en las filas patriotas, cuando aún Morales ni siquiera había empeñado el grueso de sus tropas, evaluado en 5.000 hombres. El Libertador decidió la retirada: "En tales circunstancias, lo único que podía era ensayar salvar algunas tropas por todos los medios posibles. El general Bolívar avanzó a la cabeza de un piquete para abrirse camino hacia Barcelona, ordenando a los que quedaban seguirle en la

misma dirección." Recuérdese que esta operación es la que Monagas califica de "abandono", y que Bermúdez rehusó retirarse a su vez y luchó hasta el límite de las fuerzas humanas.

Bolívar halló a Barcelona "en insurrección" y ya se conocen las condiciones en que llegó muy luego a Cumaná. "Tan pronto como el general Mariño supo la pérdida del ejército en Aragua, tomó medidas de seguridad. Pero se vió él mismo abandonado por sus tropas y hasta por el comandante del fuerte de Cumaná, quien se embarcó en la escuadrilla sin permiso del general, antes de que el general Bolívar llegara en la noche del 25 de agosto. Noticia inesperada de que el pérfido comandante de la marina Giuseppe Bianchi tenía intención de zarpar aquella misma noche, sin pedir o esperar orden del gobierno, con la poca cantidad de municiones restante, forzó a los generales de Venezuela a embarcarse también ellos mismos." Luego vinieron las ocurrencias de Margarita y Carúpano que, como arriba dijimos, se presentan ahora en términos diferentes que los empleados por Bolívar solo en su comunicación oficial al Congreso: "Cuando (los dos generales) llegaron a Margarita y poco después a Carúpano en el Continente, encontraron aquellas regiones en anarquía, a consecuencia de los propósitos sediciosos de algunos jefecillos militares ansiosos de elevarse a la alta situación de primeros magistrados. Después de haber empleado todos los medios de conciliación que podía aconsejar la prudencia, pero habiéndose convencido de la obstinación de los rebeldes, y para evitar la guerra civil, que habría sobrevenido fatalmente de querer los dos generales mantener su propia dignidad y permanecer en el país, éstos adoptaron el discreto partido de dejar a Venezuela y de venir a Cartagena, con la intención de seguir luego a tomar el mando del general Urdaneta, que ocupa las provincias occidentales de Venezuela, y cooperar a la completa liberación de Nueva Granada."

Tal es la narración explicativa, o parte de ella, que de sus gloriosas desgracias de aquel año nos ofrecen Bolívar y Mariño. La última declaración es importante, por cuanto indica que ambos generales llegaban decididos a proseguir inmediatamente la guerra y a entrar en campaña, estrechamente unidos, a la cabeza de la división que Urdaneta salvara en hábil y peligrosa retirada.

Mas no todos los granadinos estaban decididos a aceptar como buenas las razones que ofrecía el Libertador de su fracaso particular en Venezuela. Muchas personas estaban afectadas por la muerte de parientes o amigos que habían sucumbido en la estupenda aventura y otras del gobierno deploraban la pérdida de importantes oficiales y el consiguiente debilitamiento de las fuerzas independientes en momentos en que se anunciaban nuevas acometidas de los realistas. Así, pues, era innumerable la gente que, por diversos motivos o simplemente por envidia o inquina hacia el forastero, no vacilaba en endosar a éste todos los pecados de Israel. Entre sus primeros acusadores viose al brigadier Joaquín Ricaurte, oficial que tomara parte en la Campaña Admirable sin tener en ella el mando o importancia a que sin duda aspiraba, plantear la cuestión de la responsabilidad personal de Bolívar en el giro de los sucesos sobre un terreno excesivamente peligroso, a saber, el de la guerra a muerte. Con la reserva que se impone al tratarse de un texto reproducido en las gacetas españolas de la época, debe convenirse en que los cargos presentados por Ricaurte eran impresionantes. Acusa éste a Bolívar de haber concitado a la causa patriota el odio de los pueblos por su "bárbaro e impolítico" sistema, por su "conducta sanguinaria". Reprochábale, además, la desorganización e indisciplina que reinó en el ejército y en la administración, las exacciones y latrocinios, la inmoralidad y el desorden en general. Es bien sabido que la guerra a muerte no fué inventada por el Libertador, sino por los cabecillas realistas, por los "sargentos" de Monteverde, entre otros, y que a aquél corresponde la responsabilidad de haber proclamado oficialmente un sistema ya practicado por sus enemigos. Pero es fácil adivinar cuán deplorable efecto producirían en Nueva Granada aquellos cargos formulados precisamente por uno de los más altos oficiales granadinos que guerrearan en Venezuela. Había un punto en el papel de Ricaurte evocado muy a propósito para emocionar a sus paisanos: el Libertador no había constituído gobierno alguno, mandando como dictador, y ello, junto con "el espantoso despotismo" de los demás jefes, causara la ruina del país. Dicho lo cual, el brigadier asomaba su propia candidatura al comando de una nueva eventual expedición libertadora a Venezuela. Porque

sería necesario que el Congreso recurriese para tal puesto a "un jefe que no sea de los que han mandado en la anterior desgraciada campaña" y que no volviera "a dejarse sorprender por intrigantes". La violencia de lenguaje del brigadier indica la del ambiente que esperaba a Bolívar en Cartagena y en toda Nueva Granada. Sin embargo, según el propio Ducoudray-Holstein, la acogida que recibieron allí Bolívar y Mariño sobrepasó todas las esperanzas.

Dirigía el gobierno de Cartagena el ilustre Rodríguez Torices, pero dos facciones rivales se disputaban el poder: la de García Toledo y la de los hermanos Germán y Gabriel Piñérez, presidente el primero de la Corte de Justicia, vicepresidente del gobierno el segundo. Bolívar se apoyó en éstos, quienes no vieron con disgusto su posterior elevación al mando del ejército. Su viejo enemigo Castillo buscó el auxilio de la facción rival, y, comandante general de las tropas a la sazón, emprendió guerra de libelos y calumnias contra el Libertador, a quien atribuía la pérdida de Venezuela. Gual, nombrado gobernador después del golpe de Estado del comandante de armas D'Elhuyar, en enero de 1815, desterró a los Piñérez.

A ciertas reuniones privadas que antes de dicho destierro se efectuaron en casa de Gabriel Piñérez asistió el general Mariño, junto con otros oficiales venezolanos. Cuando Torices fué confirmado en el gobierno y Juan de Toledo electo vicepresidente, Gabriel Piñérez pasó a la oposición. No vamos a narrar aquí las peripecias de la vida del Libertador durante aquellos meses, porque no escribimos su historia sino la de Mariño, y el papel de éste fué entonces casi nulo o muy borroso. Se adivina que está allí por la fuerza, apartado de toda actividad que fuese conforme con la dignidad y categoría de quien acababa de prestar a su patria señalados servicios en lugar prominente. Recordemos que en el mes de noviembre Bolívar recibió del Congreso de Tunja el mando de las tropas, y que con éstas tomó a Santa Fe el 12 de diciembre y obligó al presidente Alvarez a obedecer al poder federal. Agitábanse entonces proyectos de invadir de nuevo a Venezuela por Casanare, y a dichos proyectos alude una carta de Bolívar de 29 de diciembre, que se dice fué dirigida a la vez a Mariño y a Urdaneta, y de la cual es el párrafo siguiente: "Quizá por este

correo recibirá usted el nombramiento de general del Norte, en el cual se incluyen las fuerzas existentes en Casanare. Yendo yo por la costa, una y otra división marcharán con un paso acorde y respetable. Se ha sabido últimamente que había en Casanare 1.200 hombres y cerca de 3.000 caballos. En este momento acabo de saber que los enemigos se acercan por Cúcuta. Esta noticia puede tal vez variar los anteriores planes". No nos explicamos muy bien en este caso que un mismo texto hubiese podido servir para los dos generales mencionados, a menos que el gobierno granadino no estuviera aún seguro en la fecha indicada cuál de ellos recibiría por fin el nombramiento. Vamos a ver cómo Mariño rehusó ir a Casanare, alegando más de una causa. Es posible también, aunque nada sepamos con certidumbre, que se pensara en que mandase las tropas en aquella provincia, subordinada a la comandancia lejana de Urdaneta, cosa intolerable para quien jamás aceptó, como jefe de ejército, estar a órdenes de ningún otro general, excepto Bolívar, y ello un tanto a regañadientes. Mariño no era oficial intercambiable: con esa fácil clave se explica, y a veces se justifica, gran número de los actos de su vida.

Vienen luego las querellas que obligan a Bolívar a alejarse, ahora hacia las Antillas. "El genio del mal dominaba en Cartagena", escribe Larrazábal. Al lado de Castillo había otros "gratuitos enemigos" de aquél, como Gual, Mariano Montilla y Campomanes, quienes le acusaban de ineptitud, cobardía e incapacidad, y hasta de bandido le trataban. No pudo el Libertador vencer tal animadversión. Existe un proyecto de manifiesto, que sirvió de base para un documento oficial posterior, en el cual Bolívar denuncia las tortuosas acciones de Castillo y enumera las tentativas que él hizo para llegar a avenimiento y conciliación, las diversas misiones que envió a Cartagena, sus conversaciones con Marimón, la agresión de que fué víctima Tomás Montilla, la terrible inquina de Mariano, comandante de la plaza, y, por último, el ataque de sus líneas, guardadas sólo por doscientos hombres mal armados. No obstante, hubo un pacto, una reconciliación que pareció al principio sincera sin serlo como lo probó poco después la experiencia. Sea lo que fuere, y como sucede siempre que una empresa fracasa y, en consecuencia, no alcanza a

justificar o, al menos, a explicar la conducta de quien la acomete, el hecho fué que la de Bolívar se prestó a censuras y permitió que el juicio que de ella se tenga no parezca deber estar muy lejos del formulado por Restrepo: "La resolución del general Bolívar de marchar con sus tropas sobre la plaza de Cartagena fué un suceso muy infausto para la República. Sin ella acaso no hubiera seguido la guerra civil que tantos males causó a Nueva Granada".

El Libertador decidió irse de Cartagena, reunió una junta militar y le comunicó su propósito. Los oficiales le desaprobaron e insistieron en que permaneciese al frente del ejército. Persistió aquél, sin embargo, y escribió a Marimón, presidente del Congreso en comisión, que deseaba entregar el mando y abandonar el país. Marimón contestóle, el 24 de marzo: "Las críticas circunstancias en que se han puesto esta plaza y su provincia desde que V. E. dejó la línea y empezó a marchar sobre ella y las poderosas razones que V. E. me manifiesta en oficio de este día, me han obligado a convenir, como convengo, usando de la autoridad que me es conferida por el gobierno general de la Unión, en que V. E. deje el mando del ejército, que éste había puesto a su cargo, al oficial de más graduación, exceptuados los ciudadanos Santiago Mariño y Miguel Carabaño, por exigirlo así el estado de las cosas, y que pueda marchar a las colonias extranjeras, a cuyo efecto haré que por este gobierno se apronte un buque de guerra al mando de un capitán de quien no deba temerse alguna felonía, supuesto que no hay que esperar que de esta plaza se den a V. E. otros auxilios que los que se hallan en la línea".

Los envidiosos y enemigos de Mariño le incluían así, en unión del coronel Carabaño, entre los mejores y más temibles amigos de Bolívar. Y no sólo eso, sino que aquéllos sabían que el ejército en manos del general sería el instrumento de una política nada cónsona con el accidental interés de la bandería a la sazón imperante en Cartagena. Mariño no había asistido a la junta de oficiales convocada por el Libertador, tal vez por el motivo que se nos va a indicar; pero del tenor de la carta que el 27 dirigió éste al "secretario general" del gobierno, siempre desde Turbaco, sabemos que contemplaba seriamente el proyecto de volver a emprender campaña hacia Venezuela,

marchando a los llanos granadinos. El mal estado de su salud vino a impedírselo y, como en dos o tres ocasiones más, imprimió otro rumbo a su destino. "El general Mariño —escribía Bolívar— está bastante enfermo: sus males, y más que todo el temor de poder ser motivo de guerra civil en Casanare, le han impedido y desalientan a marchar. Él me ha pedido servicio en mi ejército; y por más que yo deseo servirlo, me he abstenido de dárselo antes de saber el beneplácito del gobierno. Tenga V. E. la bondad de participárselo y de darme noticia de su intención. Yo quedaré muy satisfecho si S. E. se sirve aceptar los servicios de este general en el ejército de mi mando". Pero ya vemos que nada se quería con el héroe oriental; y aunque ignoramos qué se respondió a su solicitud, como cualesquiera otros detalles relativos a su situación de entonces, el fin de todo aquello fué que hubo de salir también de Nueva Granada.

Al general Mariano Montilla, acaso en virtud del célebre terno lanzado quince años más tarde cerca del lecho de muerte de Bolívar, se han perdonado los tremendos ataques que en Cartagena y luego en otros sitios dirigió contra éste y las injurias de que le cubrió, y se le ha catalogado en el escogido grupo de los llamados fieles amigos del Libertador. Sin embargo, se lee en el *Diario de Bucaramanga* que todavía en 1828 Bolívar no había olvidado lo de Cartagena, y así lo decía a Perú de La Croix: "Montilla en aquella época y mucho después era y fué mi más encarnizado enemigo; su odio para mí, su envidia, unidos con su ambición, que siempre ha sido grande, le hacían aconsejar y sostener al brigadier Castillo, que tenía iguales sentimientos para mí. Montilla era entonces uno de los más furiosos y más activos apóstoles del partido sedicioso que se había levantado en Cartagena contra el gobierno de la Unión". En otra ocasión, Bolívar dice al memorialista francés: "La conducta del general Mariano Montilla fué tal entonces que merecía ser crucificado, y también el brigadier Castillo".

Sólo se reservan severidades y censuras para el general Mariño, cuando la pura verdad es que acompañó a Bolívar con inalterable amistad en la época de su desgracia efectiva y compartió sus derrotas, miserias y destierro, sin deberle personalmente ningún favor ni

hallarse ligado a él por obligaciones oficiales de subalterno. Montilla, cuyo alto mérito y grandes servicios a la patria no se discuten, y como Montilla otros muchos, aclamará luego al Libertador triunfante y en el cenit de su rutilante carrera, que no cuesta gran trabajo correr en socorro de la victoria, ni nada difícil es ser fiel al poderoso. Las divergencias entre Bolívar y Mariño, al contrario, comenzaron justamente —y no todas ellas se debieron a la sola falta del segundo— cuando el poder del Libertador se afirmaba, a la cabeza de un ejército, hasta parecer ya irresistible. Por ahora, un adverso destino común liga a los dos hombres, y no será en tierra extranjera ni en pleno común infortunio cuando vengan a disputarse.

En Cartagena, las pasiones habían llegado a un grado de incandescencia inconcebible y se buscaba acabar por todos los medios con Bolívar y sus amigos. Mariano Montilla envió al cuartel general de éste un médico nombrado Martín, con encargo de cuidar a su hermano Tomás, quien estaba enfermo, y, si posible, de llevárselo a la plaza. Entre las noticias que Martín transmitió estaba una que revela las intenciones nada santas que en el campo del gobierno se tenían respecto de Mariño. Dijo el médico: "Que habiéndose corrido en la plaza que el general Mariño, el comandante Montilla (Tomás) y la tesorería del ejército estaban en Turbaco, salió por Albornoz a echarse sobre ellos el capitán Estuart (?) con 150 hombres; llegaron hasta legua y media del pueblo, desde cuya distancia, habiendo tenido noticia de que el mayor general Carabaño le había cortado con 200 hombres, retrocedió y entró en la plaza con sólo 120 hombres y muchos fusiles menos, lo que hizo pensar en la ciudad que había sido batido por el mayor Carabaño".

Bolívar firmó, por fin, un pacto con el gobierno de Cartagena, entregó el mando al coronel Florencio Palacios, y el 9 de mayo se embarcó para Jamaica en el bergantín de guerra inglés *La Descubierta.* Acompañábanle Briceño Méndez y otros de sus adictos.

El general Mariño salió pocos días después, también para Jamaica, en unión de algunos oficiales que rehusaban servir bajo Castillo. El capitán Estévez dice que entonces fué él expulsado con otros 200 ve-

nezolanos y cartageneros, y se fueron "a mendigar a las colonias amigas".

Pero estaba escrito que sería un venezolano quien defendería contra las tropas reales el baluarte de la independencia neogranadina. Ya llega Bermúdez, escapado de Margarita en una flechera a través de la escuadra española, y por Granada, Martinica y San Tomas. Ducoudray-Holstein asegura que el legendario cumanés recibió el mando de la plaza a pesar de la vehemente oposición de García de Sena, a la sazón secretario provisional del Departamento de la Guerra, y pretende que las palabras del último dejaron confuso a Bermúdez y dieron a los allí presentes impresión desfavorable acerca de la firmeza de su carácter. Conocido como es el general Bermúdez, la aseveración del deslenguado oficial extranjero debe tomarse, como la mayor parte de las demás suyas, a beneficio de inventario. "Fuertes sospechas de traición del general Castillo —escribió Wellwood Hyslop a lord Castlereagh el 7 de noviembre— ocasionaron su arresto el 9 del próximo pasado mes; y su sucesor, Bermúdez, el héroe venezolano de Maturín, defenderá la plaza mientras quede un bocado de ración para las tropas". Así fué. El 6 de diciembre las primeras fuerzas españolas, el regimiento de *León,* a cuyo frente marchaba el brigadier Cano, penetraron en Cartagena. El asedio había durado más de cuatro meses.

Mas antes de que Morillo se apoderase de la ciudad, tuvieron sus defensores un proyecto extravagante. No es este lugar para extendernos sobre la solicitud que un grupo importantísimo de cartageneros y de venezolanos hicieron al gobierno británico para que tomara posesión del Estado y lo convirtiese en dominio o colonia de la Corona. Si mencionamos la circunstancia es porque la actitud de las autoridades inglesas de las Antillas correspondió entonces lealmente a la política de amistad y alianza que aún duraba entre Inglaterra y España.

Por lo demás, los de Cartagena no habían llegado a la extremidad de querer entregarse a la Gran Bretaña sin hacer antes muchos esfuerzos para que ésta auxiliase a su Estado contra el ataque realista. Sitiada la ciudad —díjose en su senado y en octubre de 1815— pri-

mero por Bolívar, luego por Morillo y agotada como había sido por ambos sitios, no le quedaba otro camino que ponerse "bajo la protección y dirección del rey de la Gran Bretaña".

Desde mayo, como los habitantes estuviesen muy alarmados con la noticia de la llegada del general español a Margarita, el almirante Douglas ordenó, de Jamaica, al capitán James, del *Tanais,* que permaneciese en Cartagena para proteger el comercio de los súbditos británicos, sin intervenir en las disputas locales ni entre realistas y republicanos. Se proyectaba transportar, en caso de necesidad, ciertos bienes ingleses a Santo Domingo.

El 1.° de junio llegaron a Port-Royal dos comisionados de Cartagena, D. Ignacio Cavero y el brigadier general John Robertson, quienes iban, según informaba Douglas, a pedir asistencia contra la expedición española. Abunda en la correspondencia inglesa de aquellos meses la cruzada entre los comisionados y el almirante, y, sobre todo, el teniente general Fuller, comandante de las fuerzas de la isla. Cavero y Robertson invocaron los ofrecimientos hechos por Sir Thomas Picton en Trinidad muchos años antes; y terminaron por ofrecer Cartagena a los ingleses, a cambio de su ayuda para evitar la reconquista de las colonias por España.

Negóse el duque de Manchester, gobernador de la isla, a favorecer la operación, e hizo que su secretario devolviese las credenciales de los comisionados y declarara que su gobierno guardaría la más estricta neutralidad y no intervendría en el conflicto que dividía a España de sus provincias americanas. Puestos de acuerdo Manchester, Douglas y Fuller, decidieron que tampoco el segundo recibiera a Cavero y Robertson, a fin de que no se sonara que la flota ayudaría a los insurgentes.

"El 12 de junio —escribió Douglas a Croker— se dirigieron de nuevo a mí (los comisionados) ofreciendo entregar inmediatamente la ciudad y las fortalezas de Cartagena en depósito, hasta que se conozca el resultado de la misión enviada a Londres con el fin de obtener el reconocimiento de su independencia y que, en caso de no ser ésta favorable a sus deseos, las fuerzas británicas permanecerían en Cartagena hasta que ellos obtuviesen del gobierno de la Península las

condiciones necesarias para la seguridad de las personas y propiedades de los habitantes de Nueva Granada". Douglas respondió que no podía obrar sin instrucciones de Londres. Pero el almirante estaba dispuesto a proteger a sus connacionales y se mostraba irritado por la actitud "muy hostil" del gobernador realista de Santa Marta, quien rehusaba devolver cierta cantidad de algodón declarando que no respetaría a los súbditos británicos ni a sus propiedades.

Muerto el general Robertson, por octubre, sustituyóle como delegado, con Cavero, aquel Wellwood Hyslop a quien O'Leary y los que le copian confunden con su hermano y socio Maxwell, y que de tiempo atrás se había señalado como penetrante y devoto admirador de Bolívar. El inglés, en efecto, había escrito a lord Bathurst el 20 de diciembre de 1813, refiriéndose a la Campaña Admirable: "Cuando la marcha de este pequeño ejército sea conocida y se consideren las dificultades que tuvo que vencer, la perseverancia, pericia, intrepidez y en general la conducta de Bolívar llevarán su nombre a la posteridad en paralelo con las proezas singulares de los tiempos modernos". El almirante y el general recibieron la visita de Hyslop, pero el duque de Manchester no quiso verle. Y no sólo rehusó Su Gracia intervenir política y militarmente, sino que prohibió exportar de Jamaica harinas u otros abastecimientos mientras no se indagase si la exportación causaría o no daño a la población de la isla. Al apelar directamente a lord Castlereagh de estas decisiones, Hyslop esperaba que el gobierno de Su Majestad hallaría un arbitrio apropiado para resolver "el caso tan nuevo en nuestra historia como es el de tres millones de almas que apelan a la generosidad, protección y engrandecimiento del Imperio británico".

Wellwood Hyslop no temió regresar a Cartagena donde, a la caída de la plaza, fué aprisionado por Morillo durante varios meses. La narración de su nueva empresa y de sus sufrimientos aparece del memorial que Maxwell envió a Castlereagh el 12 de marzo de 1816, y de su propia comunicación al lord, expedida el 16 de mayo, cuando, libre por fin de los españoles, regresó a Jamaica.

Lord Bathurst aprovechó aquella ocasión para manifestar de nuevo, en nota de 4 de agosto al general Fuller, la voluntad inglesa

de conservar la neutralidad y de que no se realizase ningún acto contrario a la alianza anglo-española. "No obstante —dice— la importancia de las ventajas políticas y económicas que han sido expuestas por los comisionados, incluyendo aun el ofrecimiento de la ocupación de Cartagena por tropas británicas, y a pesar de que Su Alteza Real debe deplorar las crueldades que según los comisionados se temen si Cartagena cae en manos de los españoles: aun así, Su Alteza Real, ligado de amistad con Su Majestad Católica, no será llevado a participar en la ayuda de quienes se han declarado contra Su Majestad Católica. Su Alteza Real deplorará la continuación de las diferencias que desgraciadamente subsisten entre Su Majestad Católica y las Provincias en cuestión, y tiene siempre vivo deseo de contribuir con sus buenos oficios al término feliz de la disputa. Es innecesario agregar que en cuanto a asistencia indirecta, el Príncipe Regente no se verá jamás inducido a tomar una parte que no esté preparado a confesar".

Mas ni estas instrucciones ni aquellas declaraciones impedían al con razón pertinaz gobierno español manifestar su escepticismo hacia la actitud del británico. El 23 de diciembre de aquel año 1815 Fernán Núñez llamaba la atención de lord Castlereagh sobre la conducta de los oficiales civiles y navales ingleses en América, quienes reconocían a poderes rebeldes y favorecían la insurrección. A prueba: los navíos de guerra ingleses saludaban al pabellón insurgente con salvas de veintiún cañonazos; y en Jamaica se permitía que buques de Cartagena permaneciesen con su bandera izada. Sin contar que se les daban armas y municiones. Ante los documentos probatorios de tales hechos, el lord deploró éstos, pero, para salir del paso, pidió al embajador informes complementarios, por ejemplo: "el tiempo, el lugar y los nombres de los barcos, oficiales u otras personas que puedan haber dado motivo de queja a Su Majestad el Rey de España".

II

EL PACIFICADOR

El gobierno español había hecho un esfuerzo prodigioso, dadas las condiciones en que se hallaba la Península, para formar un cuerpo expedicionario destinado a América. Vacilante al comienzo entre diferentes direcciones, decidióse por fin a atacar a los insurgentes de Venezuela, quienes parecían los más peligrosos y constantes de sus enemigos y, en tal virtud, a nuestro país enderezóse Morillo, a pesar de que a principios de 1815 se conocía ya suficientemente en Madrid la extensión de las victorias de Boves y Morales.

La versión de algunos historiadores argentinos sobre la dirección que tomaría Morillo formulóla uno de los más conocidos, Vicente López, en los términos siguientes: "Este cambio de rumbo procedía de que España no había podido arreglar una belicosa cuestión que tenía con Portugal acerca de las fronteras de Olivenza; y la política inglesa, hábil siempre y diestra en sus miras, había hecho que Portugal le notificase a la España que si ocupaba la Banda Oriental antes de devolverle a Olivenza, el ejército y la marina portugueses operarían contra Morillo. Con semejante amenaza la expedición no podía aventurarse a entrar en el Río de la Plata, tanto más cuanto que la Inglaterra se mantenía en actitud enigmática, o bastante inclinada a sostener... no a Buenos Aires..., sino a Portugal". Que las palabras de López sean conformes a la verdad, o a parte de ella, no vamos a

examinarlo aquí. Sólo decimos que los papeles que en este momento tenemos a la vista no parecen confirmar tal versión.

El secreto sobre el destino efectivo de la expedición fué tan bien guardado en Cádiz que el embajador de Inglaterra no llegó a enterarse de él sino a fines de abril. En notas de 19 y 26 de enero, Sir Henry señala a lord Castlereagh que un cuerpo de 10.000 hombres saldría de un momento a otro para América, para el Río de la Plata, precisa en la segunda. Aconseja el embajador que se tomen medidas para proteger el comercio inglés en aquella región, dado el mal humor del gobierno español sobre la materia. En efecto, según se ve por otra comunicación del 10 de febrero, fecha para la cual la expedición no había zarpado aún, el tono de las notas de Cevallos concernientes a América era en extremo "ofensivo". Decíase, por lo demás, que había descontento entre las tropas, cuyo "repartimiento" transmitía el embajador. El 23 de abril informó éste que la expedición, en vez de ir a Buenos Aires, seguía para Caracas y Santa Fe y que, después de reducir a estas plazas, lo que se suponía no ofrecería mucha dificultad, se dirigiría a México, su último destino. Otra expedición, compuesta de 2.100 soldados, en una fragata y seis pequeños buques más, había salido también para Veracruz. Lord Bathurst transmitió en febrero a los lores del Almirantazgo órdenes del Príncipe Regente de dar inmediatamente a los comandantes de las fuerzas navales británicas instrucciones conformes con las enviadas a lord Strangford, embajador en Río.

La expedición llegó a Pampatar el 7 de abril. Componíase de seis regimientos de infantería de línea, más la compañía de cazadores del general en jefe, otra compañía de cazadores y gastadores y una tercera de obreros; de dos regimientos de caballería: el de *Húsares de Fernando VII* y el de *Dragones de la Unión;* y de un escuadrón de artillería con dieciocho piezas y un material considerable. Total: 10.642 hombres. La fuerza naval consistía, según los historiadores venezolanos, en el navío de setenta y cuatro cañones *San Pedro de Alcántara,* tres fragatas, treinta buques menores, con cañones de 18 y 24, y más de sesenta transportes. El capitán Milward, del navío de guerra inglés *Herald,* comunicó al almirante Douglas, el

MORILLO

GRABADO DE LA ÉPOCA

17 de junio, que la expedición constaba de 14.000 hombres y había llegado escoltada por un navío de batalla, dos grandes fragatas, dos corbetas, dos bergantines y diez cañoneras.

Ante fuerza tan respetable, la mayor y mejor organizada que España hubiese jamás enviado a sus provincias ultramarinas, y que sumada al ejército de Morales era abrumadora e incontrastable, el gobierno de Margarita y el general Arismendi decidieron someterse. Morillo desembarcó en la isla, abrazó a Arismendi, olvidando las ejecuciones de Caracas y La Guaira y otros pecadillos menores, a despecho de las despiadadas reflexiones de Morales, y lanzó su manifiesto de pacificador. En el justificativo que de su conducta general en Venezuela dará Morillo a la nación española, el 6 de setiembre de 1820, se lee: "Nada fué exceptuado en mi olvido: muchos jefes de la revolución allí estaban y se presentaron: todos fueron respetados y hasta el mismo Arismendi, aquel cruel y feroz Arismendi que un año antes había sido el instrumento de correr la sangre de ochocientos españoles del modo más inhumano; aquel Arismendi quedó en su patria en el Ayuntamiento, en su casa y en sus bienes; de mí recibió atenciones; le senté a mi mesa; le traté con distinción; y nada omití que fuese capaz de dar con él y sus compañeros los primeros y más elocuentes ejemplos públicos de mis intenciones y de la voluntad y deseos de S. M.". Y en el informe que Enrile presentó en Madrid, el 1.° de julio de 1817, se había dicho: "Llegamos a Margarita, se perdonó a todos sus habitantes, juraron fidelidad al Rey, y los jefes y padres de familia sobre los Santos Evangelios; juraron del propio modo más de cien jefes de la Costa Firme, que cogimos, regresaron a sus casas; seguimos a Caracas; prosiguieron los movimientos en los Llanos; se prohibió castigar sin juicio...".

Fué entonces cuando el irreductible Bermúdez escapó, en asombrosa nocturna aventura, en la flechera *Culebra* y acompañado por Pedro María Freites, Justo Briceño y algunos otros oficiales subalternos.

Tranquilo como imaginó quedaba Oriente, siguió muy luego Morillo a La Guaira con su expedición, sin el *Alcántara,* que había volado, y después de dejar a D. Juan Cini de gobernador de la provincia de Cumaná y en esta ciudad una guarnición de 800 hombres.

Antes de embarcarse al fin en Puerto Cabello para Cartagena, el Pacificador nombró comandante general de las provincias de Guayana, Cumaná, Barcelona y Margarita al brigadier D. Juan Bautista Pardo, quien era coronel del regimiento de caballería *Húsares de Fernando VII.*

Una nota del almirante Douglas, de 19 de agosto, indicaba la composición de la flota de Morillo contra Cartagena, según los datos que poseían los ingleses: dos fragatas, una corbeta, dos bergantines, tres goletas, dos cúteres, trece cañoneras y treinta transportes, en los cuales iban 6.000 soldados.

Mas erraba Morillo al creer ya logrado el objeto de su expedición a Venezuela, pues el espíritu de guerra e independencia inspiraba ahora más que nunca a los guerrilleros orientales, quienes, refugiados en montañas inaccesibles a las tropas reales, sobre todo a las organizadas peninsulares, reformaban sin cesar sus partidas heroicas y empeñaban continuos combates con sus adversarios. Así, como ya hemos indicado, Zaraza operaba en los llanos del Guárico, Monagas en los de Barcelona, Rojas y Barreto en los de Maturín, Sedeño por el Orinoco, como también Rivero en Güiria y Peñazola en Río Caribe. Todos mantuvieron en jaque a los realistas y en revolución las provincias y su común acción permitió que la lucha tomara nueva extensión y forma el año siguiente, con el regreso de Bolívar y Mariño. Ya desde mediados de 1815 mejoró la situación de los patriotas cuando Monagas, derrotado con Sedeño en Guayana, volvió a la provincia de Barcelona y comunicó mayor impulso a la guerrilla.

Por otra parte, Margarita no iba a tardar en convertirse una vez más y definitivamente en inextricable rompecabezas para las autoridades realistas. Gobernada al principio la isla por el humano Herráiz, reemplazóse pronto a éste por el teniente coronel Joaquín Urreiztieta, a quien algún historiador califica de avaro y cruel y cuyas violencias provocaron, por noviembre, la decisiva sublevación de los habitantes. Arismendi recomienza su epopeya. Hábil general y con notables dotes de organizador, levanta rápidamente 1.500 hombres, se apodera de Juan Griego y de la Villa del Norte, y proclama un

nuevo gobierno independiente. Con él están Guevara, los Maneiro, los Villalba, los Matos y muchos otros notables.

"¡Cuánto siento no haber ahorcado al pícaro y vil Arismendi! —escribió Morillo a Moxó—; pero usted sabe cuáles eran mis ideas sobre los canallas de esa plaza y las instrucciones..." Fué en Mompox, sobre el Magdalena, donde el Pacificador supo la nueva rebelión de la Margarita "hecha por aquel bajo y cobarde Arismendi que, anegado en llanto, me había dicho serle con su perdón increíble mi generosidad y clemencia".

Muy fuerte era la personalidad del célebre caudillo insular y fuerte la impresión que en uno u otro sentido, favorable o desfavorable, producía en cuantos le contemplaban. Los extranjeros juzgáronle diversamente. Ducoudray-Holstein dice su asombro al encontrar en Arismendi "un hombre franco y bueno, que hablaba en materias militares y políticas con mayor conocimiento y sentido que lo que había oído de Bolívar". El oficial inglés autor de *Recollections* admira al margariteño y, en suma, le elogia: "Es Arismendi mitad criollo y mitad indio; sus facciones son de lo primero y sus cabellos de lo último". Es "ancho, musculoso, atlético"; tiene "feroz continente, su sonrisa es franca, pero no por ello consigue quitar rudeza a su expresión"; su rostro es "parecido a la mueca peculiar de la hiena". Pero, bajo aquel terrible aspecto, es hombre "sincero, enérgico, bravo y generoso". El despechado coronel Hippisley escribía para 1818: "El general Arismendi manda en la isla de Margarita. Es muy feroz y sanguinario; uno de los más inhumanos de la tribu patriota. Sus rasgos dominantes son: astucia, traición, índole vengativa, crueldad y espíritu de represalia. Tiene valor suficiente para intentar cualquier acto sanguinario y un corazón insensible a todo sentimiento de misericordia. Finalmente, es el carnicero general del ejército y el terror de todos aquellos que saben, por sucesos anteriores, que la amenaza de una visita del gobernador de Margarita, por cualquier crimen o supuesto crimen, es un pasaporte de la vida a la muerte". El viajero escritor Martín-Maillefer, por último, dirá diez años más tarde: "Su tez bronceada, sus carnes, la melancólica impasibilidad de su rostro proclamaban el origen indio,

y los observadores ligeros se sorprenderán de que alma semejante pudiera habitar en cuerpo tan tranquilo y tan gordo".

Contra el audaz y terrible medio vasco habrá de combatir, sin buen éxito, pero con saña implacable, el vasco Urreiztieta, quien, desde el 17 del citado noviembre, ordenaba al capitán Garrigo: "No dará usted cuartel a ninguna persona y permitirá el saqueo a las tropas luego que lleguen (a la Villa del Norte). Dará usted fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando todo esté tranquilo. La Villa del Norte será también quemada, cuando vuelva usted de San Juan". De Caracas, el capitán general Moxó, el mismo que pondría pronto "a la talla" las cabezas de los jefes patriotas y quien tenía a la isla de Margarita por "un albergue de pícaros", escribía a Urreiztieta: "Prevengo a usted que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes o los que les sigan, con armas o sin ellas, los que hayan auxiliado o auxilien a los mismos y todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla serán fusilados irremisiblemente, sin formarles proceso ni sumaria, sino con breve consejo verbal de tres oficiales". Y Urreiztieta respondía: "No hay necesidad de juicio; fusilaré sin él".

Y como los insurgentes se dieron por su lado a fusilar realistas, la lucha se convirtió en matanza general y arruinó la isla casi por completo. Se ha dicho que fué entonces cuando quedaron destruídas la Villa del Norte y la del Espíritu Santo, pueblo natal de Mariño. Sin embargo, en una nota de Baptis Irvine, agente especial del presidente de los Estados Unidos John Quincy Adams y sobre cuya misión tendremos ocasión de volver, se dice que, para junio de 1818, el "Pueblo del Norte" era "el solo en la isla que los españoles habían felizmente dejado sin quemar".

Al terminar el año de 1815, los realistas estaban prácticamente reducidos a defenderse en la villa de Pampatar y en el castillo de Santa Rosa, fortaleza ésta que abandonaron cuando llegó el Libertador con la expedición de Los Cayos. No obstante, Margarita fué sometida a prolongado bloqueo por una flotilla mandada por Cañas y Gavazo. Este último ganó un combate naval contra buques patriotas el 17 de enero de 1816. "La pacificación del Llano y la

reducción de Margarita —dijo Moxó al ministro de la Guerra el 15 de agosto de este último año— ha de costarnos mucha sangre. Más de 2.000 hombres he remitido contra esta isla, cuya revolución ha costado ya más de un millón de pesos fuertes y porción de bizarros oficiales y soldados... Los margariteños se han mofado de las exhortaciones, proclamas e indultos que les he ofrecido en nombre de Su Majestad: ya no pueden esperar ninguno".

Encendíase, entretanto, en Apure el otro foco principal de la rebelión que parecía ya incoercible y contra la cual, en efecto, serían impotentes los esfuerzos de España y sus generales.

Por octubre de 1814 una división de 1.000 hombres, formada en la provincia granadina de Casanare y en la cual figuraba Páez como oficial subalterno, pasó el Arauca y emprendió operaciones en territorio venezolano. El coronel Calzada, a quien Morillo había puesto al frente de la 5.ª división realista, de 1.500 hombres, y encargado de guarnecer los llanos de Barinas y de cooperar por el Táchira a la pacificación del Virreinato, salió en enero de 1815 de Guasdualito para los Valles de Cúcuta. Los patriotas atacaron y vencieron entonces la guarnición de aquel pueblo. Disensiones deplorables que Páez ha narrado en su *Autobiografía,* produjeron la dispersión del cuerpo republicano, cuyos restos se salvaron del contraataque de Calzada y quedaron a las órdenes de Miguel Guerrero.

Urdaneta, batido por Calzada en Mucuchíes, había llegado a Cúcuta con 800 hombres, el 1.° de octubre de 1814, y juntado allí sus tropas con las granadinas del general García Rovira, formándose un ejército con el cual el gobierno de la Unión pensaba poder hacer frente a los realistas vencedores en Venezuela. Al mes siguiente, Urdaneta encontró a Bolívar en Pamplona y con él siguió a Tunja, al frente de los batallones venezolanos *Guaira, Valencia* y *Barlovento* y de alguna caballería e infantería granadinas.

No siguió Calzada a Pore de Casanare, como parecía indicado y lo que le habría sin duda permitido acabar allí con los patriotas que se reformaban, sino que, en virtud de órdenes intempestivas que recibió y acaso también porque temiese un ataque de Urdaneta por San Camilo, regresó a Guasdualito. El general republicano, en efecto,

había vuelto en febrero de 1815 a los Valles de Cúcuta y ocupado con sus tropas el territorio hasta La Grita.

Sólo fué durante el último trimestre de aquel año cuando Calzada invadió a Casanare, con 3.500 hombres y dos cañones, para ser batido el 31 de octubre en Chire por el general Joaquín Ricaurte, a cuyas órdenes estaban Páez, Guerrero, Miguel Valdés, Nonato Pérez, Genaro Vázquez y otros de los después célebres oficiales llaneros. Desarróllanse entonces en el campo patriota sucesos cuya oscuridad no deja penetrar completamente la lectura de las diversas relaciones que de ellos tenemos. En febrero de 1815 el general Ricaurte tomó de nuevo el mando en Guasdualito, de manos de Guerrero; pero pronto, por abandono de entrambos, así como de Valdés, vino dicho mando a parar en Páez, quien ya no lo dejará y, al frente de la división, ganará su primera batalla en Mata de la Miel. Algunos próceres civiles, como Yanes y el padre Méndez, están entonces en el que debía llamarse ejército de Apure.

Derrotado en Chire, Calzada realizó una marcha penosísima y, por Chita, pasó a la provincia de Tunja, donde reformó y abasteció sus tropas. Emprendió luego camino hacia Pamplona mientras una división patriota al mando de García Rovira salía del Socorro y, en combinación con Urdaneta y con Serrano, gobernador de esta ciudad, iba a cerrarle el paso. El 25 de noviembre, Calzada atacó y destruyó el cuerpo de Urdaneta en Chitagá, o Bálaga, salvándose apenas algunas compañías y muchos pertrechos. El coronel Santander, que estaba en Ocaña con 500 hombres, logró pasar por Girón y se reunió con Urdaneta y García Rovira en Pie de Cuesta.

Calzada ocupó a Pamplona, donde, al decir de Restrepo, "halló tendidos los cadáveres de varios españoles europeos que mandó matar antes de su salida el teniente gobernador de la provincia, doctor Francisco Xavier Yanes; acción de crueldad innecesaria y demasiado imprudente, pues comprometía la existencia de multitud de patriotas". El jefe realista reorganizó allí su ejército, con el cual fuerte de 2.200 soldados estableció su cuartel general en Suratá a principios de enero de 1816. Llamado Urdaneta a Bogotá, García Rovira y Santander, confiados en su superioridad numérica, dispusiéronse a atacar a los

realistas. Tuvo Calzada viento de ello y, buscando terreno favorable, emprendió retirada estratégica; y seguido como fué por los republicanos batiólos por completo en Cachirí el 22 de febrero, batalla en que los últimos hubieron 300 muertos perdiendo además, según parte del vencedor, 500 prisioneros, de los cuales 28 oficiales, cuatro banderas, dos cañones, fusiles y cartuchos en abundancia.

Así fué la campaña del coronel Calzada al frente de la 5.ª división realista y que Morillo calificó de fabulosa. Con ella y con la toma de Cartagena, verificada dos meses antes, quedaba Nueva Granada prácticamente reconquistada para el Rey.

III

SÍ: CONSIENTO

No es de este lugar extenderse sobre la fecunda permanencia de Bolívar en Jamaica, de que datan algunos de los documentos más importantes que escribiera y durante la cual vivió una especie de apostolado, ensayando convertir a las autoridades y a algunos ingleses notables a la causa de la Independencia hispanoamericana e inculcarles la conveniencia de tal empresa para el destino de la humanidad, y más concretamente para los intereses de la Gran Bretaña. El admirable hombre fué entonces no sólo el cabecilla rebelde que en tierra extranjera persigue su desquite, sino también, hase dicho con razón, el profeta político del Continente. El tema es vasto y seductor; pero no escribimos ahora la historia del Libertador, y siendo otro nuestro designio dejamos con él la isla de las profecías.

Parécenos harto singular, sea dicho de paso, que no exista en la correspondencia oficial enviada de Jamaica al *Colonial Office,* entre mayo de 1815 y mayo de 1816, la menor referencia a Bolívar ni, naturalmente, a Mariño. Hemos hecho efectuar, sin ningún resultado, búsquedas minuciosas para aquel período, que abarca el de la permanencia de ambos en la isla. El hecho es muy notable, cuanto más que el Libertador, como es bien sabido, escribió entonces numerosas cartas a ingleses, entre ellos al propio gobernador, duque de Manchester, e hizo publicaciones en los periódicos de la isla, papeles

todos en que invocó con claridad e insistencia la intervención de la Gran Bretaña para salvar a América de la destrucción completa, en términos análogos a los empleados por Woodford y otros funcionarios británicos.

El conde de Fernán Núñez menciona la estada en Jamaica del "perverso Bolívar", por nota fecha 22 de enero de 1816, en protesta dirigida a Castlereagh contra el transporte a la isla de Cavero y de Robertson por el bergantín inglés *Carnation,* la protección concedida a estos emisarios y, en general, contra la "dada constantemente a los insurgentes de América". Castlereagh prometió investigar sobre el caso del bergantín y declaró: que toda persona, insurgente o no, que llegue a la isla tiene derecho a protección, pero que por ello "no debe imaginarse que las autoridades militares y civiles de Su Majestad aprueban las opiniones que ocupan el espíritu de todos a quienes se puede ofrecer esa protección, ni que se les permite residir allí con el fin de que realicen con mayor seguridad sus principios revolucionarios contra la Madre Patria". El ministro cree que cualquier encuesta probará que la conducta de los oficiales ingleses de las Antillas merece aprobación y no censura.

Cavero y Hyslop invitaron a Bolívar a volver a Cartagena y asumir su defensa. El Libertador rehusó, alegando en carta de 2 de diciembre que no querría ser allí causa de disturbios: "Mientras que la opinión de sus habitantes no esté enteramente de acuerdo —dijo—, mi presencia quizá sería un origen de divergencia y de mal". Sin embargo, pronto cambió de parecer, acaso ante invitaciones más directas. Brión organizaba en Los Cayos de Haití una expedición de socorro a aquella ciudad, y, según dice Ducoudray-Holstein, fué en nombre de aquél y del mismo Ducoudray que Rodríguez se trasladó a Jamaica y excitó al Libertador a que fuese a tomar el mando de la plaza, "donde Bermúdez —insiste el francés con indudable inexactitud— actuaba con gran debilidad y apatía". ¿Será Ducoudray el "coronel francés" que Leandro Palacios recomendó poco después a Bolívar y a quien éste, según dice en una carta de 1.° de febrero, se mostró desde luego "dispuesto a colocarlo bien en la expedición"?

Cualesquiera que hayan sido las influencias o informes que le determinaran, el hecho fué que el Libertador se embarcó el 18 de diciembre rumbo a Cartagena, en el corsario *Nuestra Señora de la Popa,* capitán Brugnian según unos, Hesbert según otros. Llevaba consigo a varios venezolanos y granadinos. Al día siguiente de su salida tuvo la fortuna de encontrar otro corsario, *El Republicano,* capitán Barbafán, el cual le informó de la caída de la plaza en poder de Morillo y de la fuga de los defensores, a través de la flota española y bajo el fuego de los fuertes, en un convoy de trece buques patriotas al mando del comodoro Aury y con destino a Los Cayos. Bolívar enderezó entonces su ruta a Haití. Larrazábal dice, sin fundamento, que aquél salió directamente para Los Cayos, con intención de ir a pelear a Cartagena, porque supo que allá preparaba Brión una expedición de socorro a los sitiados. El 27 del citado mes llegó el Libertador a tierra haitiana, e inmediatamente siguió a Puerto Príncipe, donde entabló conversaciones con Pétion a fin de obtener auxilios.

No todos los buques republicanos que escaparon de Cartagena arribaron a Los Cayos: varios se perdieron o cayeron en poder de los españoles. En aquella travesía trágica dos Carabaños fueron hechos prisioneros, Sata y Bussy murió, así como algunos venezolanos conocidos. Bermúdez, Montilla, Soublette, Sucre, Diego Ibarra llegaron con Aury el 6 de enero de 1816. En setiembre siguiente el virrey de Nueva Granada envió al capitán general de Cuba la lista de los prófugos de Cartagena, con petición de arrestarlos si llegaban a su jurisdicción. En la lista, donde no está el nombre de Mariño, vense principalmente los de Bolívar, "antiguo oficial de milicias"; Bermúdez, "labrador"; Montilla, "hacendado"; Piar "mulato pirata", y Brión, "pirata".

El general Mariño había permanecido en Kingston y no fué a Haití, sino algún tiempo después de la partida de Bolívar. Salom dice que: "En Sabana del Mar (Nueva Granada) fletamos un buque por cuenta del gobierno de Cartagena y nos trasladamos a Jamaica, de donde a pocos días pasé a Los Cayos en unión del general Piñango (¿Francisco? ¿Judas Tadeo?), cuyos pasajes nos facilitó el general Mariño". Uno al menos de estos dos oficiales guardó poca gratitud a

Mariño de tan oportuno auxilio: Salom será de los que, trece años más tarde, le atacará en términos despectivos, aunque bajo la prudente cubierta de una carta particular.

Algún historiador venezolano dice que los barcos que con Aury llegaron a Los Cayos fueron sólo cuatro; pero un haitiano escribe que fueron diez y que llevaron "a los principales jefes de Venezuela y a numerosas familias, todos faltos de las cosas de primera necesidad".

Cuando Bolívar hubo obtenido la seguridad de ser auxiliado por el presidente Pétion, procedió a reunir en torno a su persona a los refugiados venezolanos y granadinos, con el fin de realizar una expedición a Costa Firme. Consiguió, desde luego, que Brión le traspasase, con anuencia de Pétion, cierta cantidad de armas que el marino curazoleño había destinado al gobierno de Haití, y que le prometiera el concurso de una flotilla. El doctor Botero Saldarriaga indica, por otra parte, que los comisionados neogranadinos entregaron voluntariamente a Bolívar una imprenta, treinta mil pesos y los barcos con elementos de guerra escapados de Cartagena. El Libertador recibió de las autoridades haitianas quince mil libras de pólvora, quince mil de plomo, cuatro mil fusiles con sus bayonetas, gran cantidad de piedras de fusil y provisiones abundantes de todo género, así como también una suma en metálico cuyo monto no se indica. Se ha calculado en cien mil pesos el valor total de la contribución de Brión a la empresa.

Las andanzas de Brión no habían, naturalmente, escapado a los españoles. En nota de 9 de enero anterior, que hemos citado, Fernán Núñez las señalaba ya en particular al gobierno británico: El embajador "se ve en la necesidad —decía a lord Castlereagh— de llamar directamente la atención de V. E. sobre las nefastas maquinaciones efectuadas en la isla de San Tomas, con perjuicio del gobierno español, por Juan Bautista (sic) Brión, natural de la isla de Curazao y uno de los más notables entre quienes con mayor vehemencia defienden la causa del partido rebelde en América. Esta persona, de complicidad con algunos de sus compañeros y después de sufrir repetidas derrotas, ha buscado refugio en la mencionada isla de San Tomas con el intento de fomentar y sostener la insurrección en algunos puntos

BRION

POR A. E. FRÍAS

Palacio Federal. Caracas.

sin importancia que los revoltosos ocupan aún en la costa de Tierra Firme. El conde de Fernán Núñez ha recibido muy particulares y detallados datos sobre los perniciosos designios del nombrado Juan Bautista Brión y está, en consecuencia, informado de que este declarado enemigo de España, después de adecuar corsarios, capturado varios barcos españoles y asesinado cruelmente sus infortunadas tripulaciones, y habiendo buscado asilo en la dicha isla, a consecuencia de las victorias obtenidas por las armas de Su Majestad en la provincia de Caracas, se propone volver contra esta metrópoli". Brión —agregaba el embajador— había embarcado a principios de diciembre "gran número de vasos sagrados, copones, oro, plata y piedras preciosas pertenecientes a las iglesias de Caracas, que los cabezas de la rebelión, Bolívar, Rivas y otros robaron y embalaron en cinco y cuarenta (sic) fardos cuando fueron derrotados y se vieron obligados a abandonar la capital el 7 de julio último". Sobre este asunto de "la plata de las iglesias", como se dice generalmente, el embajador habló de nuevo al gobierno inglés en mayo siguiente, pidiendo que ordenase el secuestro de ciertos bultos que "contenían los despojos de las iglesias de Caracas" si llegaban a puertos de Su Majestad. Los lores de la Tesorería transmitieron en aquella ocasión a lord Castlereagh un informe del fiscal de la Corona, papel que, por desgracia, no se halla anejo a la nota.

Cuando empezaron las conversaciones para organizar la expedición, ya Mariño había ido a reunirse en Los Cayos con sus compañeros de Venezuela y de Nueva Granada, militares y civiles. Allí encontró, además de los ya nombrados, a Piar —quien, recuérdese, había sido expulsado de Güiria por Bideau—, Briceño Méndez, Valdés, Florencio y Leandro Palacios, Freites, Justo Briceño, Rafael Jugo, Anzoátegui, Isava, Torres, Plaza, Francisco Alcántara, Ucrós, Padilla, Durán, Vélez, Figueredo, Borrás, Chipía, Pulido, Baza, los hermanos Piñérez, Zea, Marimón y otros menos notorios. Entre los oficiales extranjeros que servían o querían servir la causa de la Independencia se notaban: Mac Gregor, Du Cayla, Villaret, Demarquet, Boguier, Boé, Picard, Chamberlain y Ducoudray-Holstein, quien escribe que entonces había depuesto ya su inquina contra Bolívar y ofrecídole su cooperación.

El oficial francés cita también como presente su compatriota coronel Bidot, en lo cual hay posible confusión con el marino Bideau.

El senador haitiano Marion nos ha dejado una interesante narración de los sucesos de aquellos meses, y Lecuna ha escrito un estudio especial sobre la expedición. A ambos deben recurrir quienes deseen conocer más detalles que los que nosotros creemos pertinentes a nuestro propio fin.

Nada propicia se presentaba la atmósfera que rodeaba a los emigrados para la acción unificadora de Bolívar. Pleitos y desafíos entre aquéllos alimentaron la crónica, alarmaron a las autoridades haitianas y, sobre todo, amenazaron destruir toda esperanza de expedición por falta de acuerdo entre quienes la proyectaban. Para comenzar, el corsario Aury enunció reclamaciones por sus barcos y tomó una actitud que denotaba irreductible rivalidad con Brión. En seguida querelláronse hasta generales y oficiales superiores: Mariño desafió a Brión; Montilla a Bolívar mismo; Jugo a Piar; Ducoudray-Holstein a Soublette. El general haitiano Marion, padre del senador, logró impedir los duelos y poner paz entre los jefes anarquizados. Ducoudray, quien trata siempre, naturalmente, de atribuirse papel principal en todo acontecimiento en que dice haber tomado parte, suministra, sin embargo, datos interesantes y verosímiles acerca de aquellas disputas entre patriotas. No sabemos cuál fuese la causa del cartel de Mariño a Brión. Ducoudray, escogido por éste como testigo, envió secretamente a un oficial que rogara al general Marion que arrestase o detuviese a Mariño en su casa, en vista de que el duelo estaba prohibido por la ley. "Así lo efectuó. Cuando Brión y yo —dice el francés—, acompañados por Bolívar, íbamos hacia el lugar de la cita, insté a este último para que se retirara, porque su presencia era enteramente inusitada e indecorosa; él apreció la fuerza de mis argumentos, tanto más cuanto le aseguré que yo no permitiría que Brión fuese insultado o dañado. Bolívar regresó a la ciudad. Poco después el coronel Valdés, testigo del general Mariño, llegó a la cita y me dijo con gran perplejidad que éste había sido arrestado por orden del gobernador haitiano Marion, quien estaba al corriente de todo. Fingí gran desilusión; pero el hecho es que me contenté mucho de que

el general Marión hubiese aceptado mi insinuación. Había que fijar otro día y otro sitio para una segunda cita. Satisfecho el coronel Valdés con mi consentimiento para esa segunda cita, partió al galope. Cuando enteré a Brión del retardo, se disgustó, expresándose en términos muy agrios contra Mariño". Preparábanse Brión y Ducoudray a alejarse a su vez, cuando se presentó a ellos un oficial haitiano con un piquete de veinte hombres, quien, luego de acceder a retirar la guardia, condujo a aquéllos ante Marión, del cual recibieron cortés amonestación. "El pleito entre Mariño y Brión —concluye Ducoudray— fué arreglado esa misma noche por el general Bolívar, en su cuarto, en presencia mía y del coronel Valdés". Bella la escapó probablemente Brión aquel día, particularmente si el duelo debía ser a sable, pues Mariño era imbatible con tal arma. Y en todo caso, la treta de Ducoudray para evitar el duelo entre los dos próceres fué acaso la única buena acción que durante los años en que estuvo al servicio de la causa patriota pueda anotarse en el activo de aquel odioso aventurero. Mariño y Brión se reconciliaron más o menos sinceramente, y luego los veremos cooperar en operaciones militares, y aun políticas, en pro de la causa común. Pero si creyéramos al narrador francés, el marino curazoleño conservó siempre un fondo de resentimiento, y aun de enemistad apenas velada, hacia el héroe oriental.

Muy difícil fué, por otra parte, desarmar a Montilla, quien quería matar a Bolívar y le provocó repetidamente. Estaba, como Bermúdez, decidido a no servir bajo el Libertador, y si tenía el cumanés carácter altanero y ruidoso, animaba al caraqueño desmedido orgullo, y aun vanidad. Contra las pretensiones de ambos fracasaron los esfuerzos que Mariño y otros exilados hicieron para traerles a composición y a desistir de su inquina hacia Bolívar. Entre los oficiales se decía que ya en 1814 Montilla había preferido servir bajo Mariño a hacerlo bajo el jefe supremo de Occidente, y que éste, en Haití, le consideraba "muy peligroso" y "capaz de trastornarlo todo". Los años y sucesos cambiaron las cosas y en Bucaramanga, por 1828, el Libertador decía a otro memorialista francés que Montilla era "una de nuestras mejores cabezas" y tenía "genio, talento, luces, sagacidad", y

llegaba a creerle el más capaz, después de Sucre, para gobernar la República. Sin embargo, Bolívar nunca gustó de la tendencia de Montilla, característica también de su hermano Tomás, a chancear "hasta en los negocios y asuntos más serios".

En cuanto al duelo entre Ducoudray y Soublette, tampoco realizado, debe tenérsele por primera y decisiva manifestación del odio que el primero alimentó por el segundo y le inspiró no pocas calumnias y juicios desfavorables hacia uno de los más respetables próceres venezolanos. Por último, el desafío hecho a Piar por el teniente coronel Rafael Jugo contribuye a esclarecer la mala inteligencia efectiva que, a pesar de ciertas apariencias, no cesó nunca de reinar entre Piar y Mariño, de quien Jugo fué siempre lo que en nuestro caló político venezolano llamamos un incondicional. Ducoudray asegura que en Haití, Mariño y Piar manifestaban tanta mutua amistad que Bolívar les decía inseparables. Pero debe pensarse que nada era más natural que anduviesen juntos dos compañeros de Chacachacare, al mismo tiempo que los oficiales occidentales, muy numerosos en el grupo de refugiados, se agrupaban alrededor de Bolívar. Piar era díscolo y muy peligroso para fiarse a él. No fué amigo sincero de nadie y desde el principio de la guerra aspiró a suplantar a Mariño en Oriente, como a lo último aspiró a suplantar a Bolívar en toda Venezuela.

Al tomar cuerpo y sustancia el proyecto de expedición, planteóse como primordial el problema de su mando supremo. En realidad, podía vacilarse entre Bolívar y Mariño, dado que ambos habían salido de Venezuela investidos de cargos idénticos, uno en Occidente, otro en Oriente. Era necesario optar por uno u otro, pues tratándose de una empresa puramente militar se imponía establecer el mando único como condición del buen éxito. No era, en efecto, cuestión de jurisdicción ni de gobierno, sino de conducir a Costa Firme una expedición que reencendiese la guerra en toda forma. En esta ocasión, como en otras varias, los historiadores han olvidado por completo hacer notar la conducta absolutamente leal y cuerda de Mariño, quien no sólo se abstuvo de suscitar dificultad alguna, sino que, como se verá, fué el primero que se pronunció en favor de la jefatura de Bolívar. Otros, en cambio, para quienes la historia ha sido más tierna,

asumieron entonces, y con títulos muy inferiores a los de Mariño, una actitud hostil, y aun francamente odiosa, hacia el Libertador. Mas todo ello parece habérselo llevado el viento o haber sido cubierto con silencios cómplices y benévolos.

Bermúdez aspiró abiertamente a mandar la expedición; Montilla la puso mil trabas; ninguno de los dos tomó parte en ella. El corsario Aury se llevó sus buques. Los próceres civiles, excepto Zea y algún otro, querían constituir una junta directiva y se alzaban contra el "poder personal". Bolívar dirá años más tarde en carta a Santander que la expedición "estuvo casi disuelta, sólo por los manejos y tramas de Mérida", quien "separó y dividió a los jefes que la componían, y fueron necesarios esfuerzos inauditos para lograr salir e ir a Margarita". El tuerto era "díscolo, intrigante y aun perverso". Las innumerables juntas revolucionarias que después de la Independencia se formaron en el exterior para derribar a los gobiernos venezolanos o conspirar contra ellos, no oyeron otro lenguaje que el que se oía por aquellos días en Los Cayos. Y precisamente en la misma época, otro grupo de próceres conocidos por su civismo, o civilismo, aunque algunos de ellos fuesen militares, maquinaba en San Tomas y otras islas, siendo algunos, como los Ayalas, adversarios de las tendencias autocráticas que se atribuyeron siempre al Libertador.

En último análisis, la jefatura única de Bolívar se impuso por tres motivos principales, a saber: la intervención de Pétion, dispuesto a auxiliar al Libertador, y al Libertador sólo, porque sólo él podía convencerle, y le convenció con su ardiente genio y los recursos de su dialéctica, de la necesidad y conveniencia para Haití y la raza negra de ayudar a los rebeldes de Venezuela; la actitud de Brión, más decisiva aún que la de Pétion, pues el marino, dueño del armamento más considerable y de los barcos, declaró que no prestaría su concurso sino a condición de que Bolívar mandase en jefe; y, por último, el voluntario apartamiento de Mariño, quien consintió en servir el cargo de mayor general del ejército. Es cierto que éste se hallaba en Los Cayos en situación desventajosa y que fuera de algunos oficiales orientales siempre fieles no habría contado con jefes que apoyasen sus pretensiones eventuales. Pero cualesquiera que hayan

sido las razones de su conducta, no puede negarse que fué discreta y patriótica. Tal es el hecho histórico incontrovertible, con el cual se interrumpió la especie de estatuto que rigiera las relaciones de ambos jefes a partir de su encuentro en La Victoria en abril de 1814. Sin embargo, otros hechos demostrarán que aquella renuncia de Mariño, en Haití, a toda competición para el mando militar de la expedición no significaba forzosamente que renunciase también a la aplicación ulterior, en Venezuela, de su propio programa político, que no se compadecía precisamente con la autocracia y que mantenía como esencial de nuestra futura constitución el sistema federativo. Es seguro que hubo entre los expedicionarios, militares y civiles, conversaciones sobre estas materias políticas y que Bolívar hizo ciertas promesas que reservaban el porvenir.

Ducoudray asegura que Mariño trató de formarse una especie de guardia particular, y con tal fin encargó a cierto capitán de nombre Sobie que reclutase por su cuenta trescientos hombres. No es imposible que Mariño haya trabajado personalmente en ello de acuerdo con Bolívar, pues no es creíble que el jefe oriental pensara que alguna operación de esta índole por su parte pudiera quedar secreta, ni tampoco que tratase de expedicionar por su lado. Pero el aventurero francés no podía desaprovechar ninguna circunstancia que le sirviese sea para inventar y calumniar pura y simplemente, sea para componer a su manera la historia o las historias. En esta ocasión, como en todas, se atribuye a sí mismo papel principal y agrega que a él se debió que fuese destruída aquella tenebrosa maniobra que el propio Sobie le denunció. "Cuando comuniqué a Bolívar —escribe— las órdenes secretas dadas por Mariño a Sobie se alarmó mucho y me pidió contrarrestase el plan. Dije a Sobie que pidiera a Mariño trescientos doblones, precio ordinario del reclutamiento de trescientos hombres: Mariño no tenía dinero, y así el asunto fracasó". ¿Debemos decir que todo esto parece fantástico?

De esta época datan también ciertos juicios sobre Mariño que Ducoudray pone en labios de Bolívar, o atribuye a algún otro jefe patriota. Lo que el francés mismo piense de las capacidades militares y del carácter del Libertador o de Mariño carece de importancia,

pues son conocidos su despecho y sus sentimientos de odio hacia entrambos. Además, el memorialista no economiza sus insultos para ningún personaje, realista o patriota, que se ofrezca a sus reflexiones. Al general La Torre, uno de los mejores y más bravos jefes peninsulares que pasaron a América, llámale: "el famoso cobarde español". Así, pues, cuando de Ducoudray-Holstein se trate recuérdese siempre el precepto de Talleyrand: lo que es exagerado no cuenta. Copiemos, sin embargo, el siguiente diálogo, que se supone efectuado en conversación sobre la necesidad de instruir a los oficiales:

"—Y ahora vea usted —proseguí, acalorándome—, ¿qué puede saber ese general Mariño de cómo mandaría él cincuenta hombres? ¿Es capaz de hacerlo?"

"—¡Oh!, mi querido amigo —interrumpió el general Bolívar riendo—. Usted tiene perfecta razón: él no puede ni aun mandar cuatro hombres."

O Ducoudray inventó por completo tal juicio, o de ser éste cierto, nos hallamos, cosa dura de aceptar, frente a un Bolívar mezquino y majadero. No sólo Mariño tenía preparación técnica, sino que demostró ser, en la práctica, uno de los mejores capitanes de la guerra de la Independencia. El Libertador mismo dirá —según Perú de La Croix, y en el caso, probable, de que éste haya sido relator más honrado que su compatriota— que Mariño figuraba entre los generales que en Colombia poseían mayor capacidad para mandar en jefe. Por lo demás, y según el propio Ducoudray, Bolívar acostumbraba discutir los asuntos militares y administrativos con un comité reducido de tres o cuatro oficiales superiores que conocían el arte y los principios de la guerra: Mariño, Brión, Mac Gregor.

Si se recuerda el desafío, no parecerá extraño que Brión se expresara por entonces privadamente en términos desfavorables hacia Mariño, y calificara su aparente amistad con Piar de peligrosa para Bolívar. Sin embargo, ya se verá al futuro almirante ligarse a su vez con el caudillo oriental y acompañarle en ocasión decisiva, aunque, es cierto, para abandonarle muy luego. Por otra parte, llegará el momento de precisar hasta dónde alcanzaba Piar a tener influencia sobre Mariño.

Reuniéronse por fin en asamblea gran número de los refugiados en casa de la señora Jeanne Bouvil, situada en la Savane, barrio de Los Cayos, con el objeto de designar al jefe de la expedición y proveer a otros nombramientos indispensables. Es indudable, a juzgar por la manera cómo se desenvolvió la escena, que ya existía acuerdo entre los principales próceres. El Libertador habló primero, desde un sillón presidencial; expuso sus proyectos, enumeró los recursos con que podía contarse y opinó que debería concentrarse el mando en manos de una sola persona. Luego discurrieron Brión, Zea, Durán y Marimón, indicando que convenía reconocer a Bolívar como jefe supremo. A lo cual contradijo Aury, quien propuso que se nombrara una junta directiva. Bolívar replicó en tono airado que él no dividiría el mando con nadie, pero que si se nombraba a otro jefe, obedecería. Brión intervino de nuevo, hizo notar que estaba dispuesto a cooperar sólo a condición de que el Libertador fuese jefe único, y dirigiéndose a Mariño le planteó la cuestión decisiva:

—"General: ¿consentís en que el general Bolívar, capitán general de Venezuela y de Nueva Granada, sea nuestro jefe, si o no?"

Mariño respondió sin vacilar:

—"Sí: consiento". Y agregó algunas observaciones, dejando sancionada con "su voto expreso"—dice Austria— la jefatura del Libertador.

Brión interrogó seguidamente a los demás concurrentes, quienes respondieron como Mariño por la afirmativa, excepto Bermúdez, Aury, Du Cayla, Collot y algún otro. Oyéronse entonces aclamaciones y vivas a la patria y a la América libre, pudiéndose creer que Bermúdez mismo aceptaba la decisión general. Según Ducoudray, fué decidido que Bolívar "reuniría en sí la autoridad civil y militar hasta la convocación de un congreso". Esta aserción corresponde probablemente a la verdad y es lógico suponer que tal precaución contribuyó no poco a alcanzar la casi unanimidad de votos en favor del mando único.

En seguida nombróse a Mariño segundo jefe y mayor general, a Brión comodoro y jefe de la escuadra, a Zea intendente general y a Ducoudray-Holstein subjefe del estado mayor. Piar y Mac Gregor mandarían las principales divisiones que se formasen. El comando

supremo del Libertador fué poco después confirmado decisivamente por el presidente Pétion, al ordenar al general Marion que diese a aquél entero apoyo. Bermúdez y Montilla, excluídos, diéronse a maquinar, el primero para ir a pesar de todo a Venezuela, el segundo para guerrear en México. El senador Marion acusa en cierto modo a Bolívar de haber dejado deliberadamente a Bermúdez en tierra. En realidad, el Libertador, como lo dijo él mismo más tarde, "licenció" a su inquieto enemigo, e hizo bien al obrar así. "Despechado Bermúdez —agrega el senador—, corrió a casa del comandante del distrito, a quien contó con lágrimas en los ojos lo que había sucedido". Es improbable que Bermúdez llorara alguna vez, como no fuera de rabia. El Bermúdez llorón del senador haitiano es más inverosímil aún que el Bermúdez apático del venenoso Ducoudray-Holstein. Sea como fuere, el cumanés fué luego a Puerto Príncipe, donde parece obtuvo cartas de recomendación del presidente.

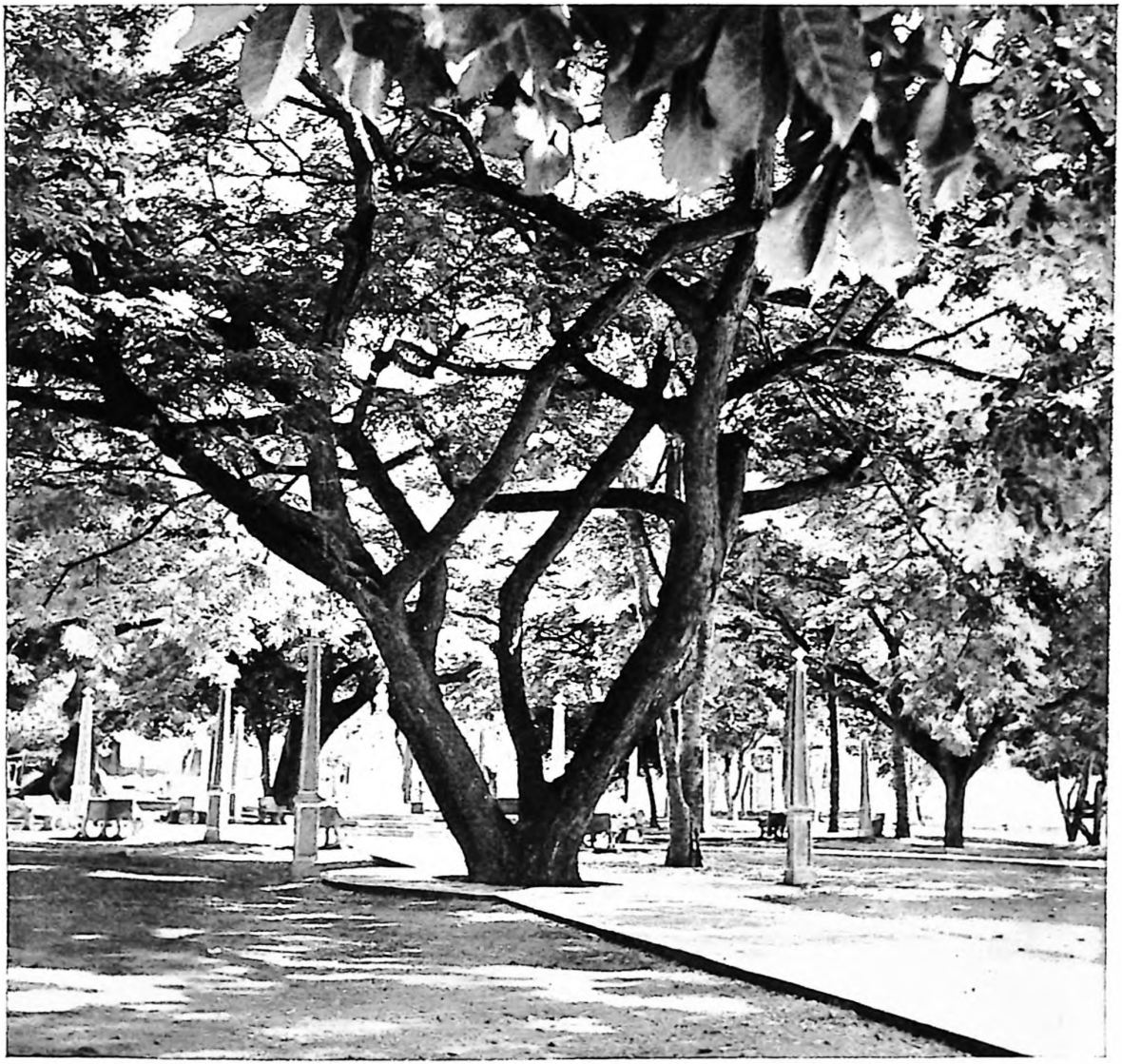
La expedición libertadora zarpó de Los Cayos el 31 de marzo de 1816. Formábanla siete goletas armadas en guerra, a saber: la *Bolívar,* capitán René Beluche, a cuyo bordo iban el Libertador, Brión y el estado mayor; la *Mariño,* capitán Vincent Dubouille, en la cual viajaba el general Mariño; la *Piar,* capitán John Parnell; la *Constitución,* capitán Jean Monier; la *Brión,* capitán Antonio Rosales; la *Feliz,* capitán Charles Lonciné; y la *Conejo,* capitán Bernardo Ferrero. El total de la fuerza expedicionaria parece no haber excedido de 250 hombres, en cuya cifra deben comprenderse, naturalmente, los jefes y oficiales de que hace Ducoudray-Holstein sensacional e irónica enumeración. Salieron también de Los Cayos, o se incorporaron luego, algunas mujeres, circunstancia que ha servido a historiadores y libelistas para alimentar, con algún fundamento, la crónica libertina del Libertador. Otros doctos escritores, bolivarianos a fondo y para quienes la memoria del grande hombre debe ser en todos sus aspectos insospechable como la mujer de César, aprovechan éste y análogos hechos para establecer por su lado tesis que no parecen justas ni siquiera necesarias y tratan de arrojar un púdico velo sobre las intrigas amorosas de Bolívar, volviendo al propio tiempo por la reputación de alguna de las damas que hallamos en su camino durante

aquellos años. Pena perdida. Que el Libertador haya tenido tres o cuatro amiguitas más de las que generalmente le concede la historia o le imaginan la leyenda y la tradición, es cosa que ni quita ni pone rey. Bolívar, felizmente para él, fué mujeriego, y mucho.

Una escuadra realista compuesta de dos fragatas, un bergantín, tres goletas y varias cañoneras bloqueaba a Margarita, adonde se dirigía la expedición de Bolívar. Evitando el grueso de aquella escuadra, la flotilla republicana atacó y apresó el 2 de mayo, a la altura de Los Frailes, al bergantín *Intrépido* y a la goleta *Rita.* Hubo abordaje y combate al arma blanca. Los comandantes de ambos buques españoles fueron muertos, así como un número considerable de oficiales y marinos. La pérdida de los patriotas fué insignificante, según asegura el boletín del 3 de mayo, número que hallamos firmado por Mariño como mayor general, y que describe la acción y cita con honor el comportamiento de Brión y de Beluche. El curazoleño, herido, fué ascendido al rango de almirante, y el francés fué nombrado capitán de navío. El resto de la flota española levantó el bloqueo y fué a refugiarse en Cumaná.

La expedición ancló por la mañana de dicho día 3 en Juan Griego y al punto subió a bordo Arismendi, quien invitó a Bolívar, Mariño y Piar a trasladarse, con otros oficiales, a su cuartel general de la Villa del Norte, a tres leguas de aquel puerto. En otro boletín, de fecha 8, describe el mayor general la llegada a Margarita, los cumplidos de Arismendi a "Su Excelencia el Capitán General" Bolívar, y el reconocimiento de éste "como Jefe Supremo de Venezuela" por el ejército y habitantes de la isla.

Pero aquel mando supremo del Libertador era hasta ese momento puramente militar, de jefe expedicionario y, por lo tanto, convenía extenderlo y darle carácter, por decir así, legal, como lo reclamaba la circunstancia de encontrarse de nuevo en territorio nacional y en disposición de abrir campaña pero, al mismo tiempo, de empezar la reorganización del país. ¿Y cómo legalizar el estado de hecho sino recurriendo al medio clásico del cabildo abierto, de la asamblea popular, en la cual algunos militares y algunos notables "asumían la soberanía" para delegarla inmediatamente y según el rito democrático



PLAZA PRINCIPAL DE LA VILLA DEL NORTE
DONDE SE VE UN BUSTO DE MARIÑO

(Colección fotográfica de Alfredo Boulton
Ejemplar para la presente obra.)

en el jefe electo? Por singular coincidencia era en la Villa del Norte, cerca del lugar de nacimiento de Mariño y en una provincia oriental, donde iba a ponerse por primera vez el mando supremo de toda Venezuela en manos del Libertador, a reconocer a éste el primer papel en el drama histórico que entra en su etapa final, y a relegar por último a Mariño a un plano secundario del cual no podrá evadirse. A partir del 6 de mayo de 1816, no será ya posible hablar de Estado de Occidente y de Estado de Oriente, y el general Mariño será sólo el segundo jefe de la República. Tomemos nota de aquella fecha histórica importante y empecemos a considerar la conducta del héroe en función de las nuevas condiciones políticas y de sus esfuerzos más o menos voluntarios para adaptarse a la inevitable situación de teniente de Bolívar. Habrá dificultades graves, acentuaráse en un momento dado la rivalidad entre los dos generales, hasta el momento en que el predominio del Libertador quedará establecido de manera contundente y definitiva. En aquel forcejeo desigual, en que triunfó y debió triunfar, por suerte para la patria y América, el hombre de genio incomparable, no siempre tuvo éste de su parte la razón ni quiso siempre apartar ciertas influencias funestas que le indispusieron irremediablemente contra el personaje cuyas ambición y posición creyó obstáculos a las suyas propias.

Hubo, pues, asamblea en la Villa del Norte, de Margarita, a cuya iglesia parroquial concurrieron, según reza el acta, y con el clero y otros notables, el "Presidente, Capitán General" Bolívar, el "General en Jefe" Mariño, los generales Arismendi, Piar, Mac Gregor, los tenientes coroneles provistos de diversos cargos y mandos Gómez, Ruiz, José Maneiro, Tubores y Morales; el sargento mayor Mata, el intendente general Zea, el presidente del gobierno provisional de la isla, Sánchez, y los "coroneles expedicionarios" Valdés, Ducoudray, Pedro María Freites, Boguier, Landaeta, Soublette, Marconies, Chipía y Briceño Méndez. Arismendi cedió al Libertador la presidencia de la "Junta", y éste excitó a los asistentes a "elegir un jefe único que fuese reconocido como supremo de la República y de sus ejércitos" y a "un segundo que deba sustituirlo en caso de muerte". Elogió luego Bolívar al presidente Pétion, agradeciendo su "generosa protección",

que había permitido reunir a los exilados granadinos y venezolanos y traerles de nuevo a luchar por la Independencia. Arismendi habló en seguida y se convirtió muy naturalmente en el gran elector para la suprema jefatura. Correspondieron entonces las palabras del célebre prócer no sólo a las necesidades políticas y militares del momento, sino también sin duda a sus propios sentimientos personales. Recuérdese, en efecto, que Arismendi, en su querella con Mariño durante el año de 1813, había tratado de destruir, o en todo caso de desmembrar, el Estado Oriental, al proponer el reconocimiento por Margarita de la autoridad de Bolívar, jefe de Occidente. Ahora es aún más categórico y su intervención en aquella famosa junta, sugerida o impuesta por el Libertador, es decisiva y marca una fecha histórica en la evolución política de Venezuela. "Protestó —dice el acta— que en lo sucesivo deberá ser aquélla (la República) una e indivisible, con desconocimiento de la anterior división de Oriente y Occidente". Acto continuo votaron todos los presentes y "quedó sancionado unánimemente que la República de Venezuela será una e indivisible, que el Excelentísimo Señor Presidente y Capitán General Simón Bolívar se elige y reconoce por Jefe Supremo de ella". Pero si el problema político podía así resolverse teóricamente con un voto, faltaba que otro voto resolviese también el militar, de carácter más práctico y urgente, puesto que se trataba sobre todo de levantar ejército y de coordinar operaciones, en Oriente y contra los realistas que dominaban esas provincias. En aquellos momentos los guerrilleros orientales no conocían ni reconocían sino a un jefe, al que se había levantado sobre todos ellos y conducídolos a la victoria. Ese jefe, además, había demostrado una amistad y consecuencia hacia Bolívar que la historia ha ensayado olvidar, pero que entonces se apreciaba como garantía de buen éxito para la obra de cooperación por la patria. Ocupado el primer puesto por Bolívar, nadie podía disputar a Mariño el segundo y, eventualmente, la sucesión en el mando supremo. De ahí que también por unanimidad se eligiese al "Excelentísimo Señor General en Jefe Santiago Mariño". Ambos aceptaron y ofrecieron dedicar sus cuidados y desvelos a la salud de la patria. Cerrábase así, y por el acostumbrado procedimiento de juntas, asambleas y cabildos abiertos, aquel

período de la historia venezolana para el cual no hemos encontrado designación más apropiada que la de duunvirato.

Celebróse la misa, y después de ella Arismendi remitió a Bolívar las insignias del mando, en ceremonia que recordaba la antigua investidura. Según Ducoudray-Holstein, testigo del acto, el jefe margariteño entregó al Libertador la vara, "pequeño junquillo con cabeza de oro", y le proclamó Comandante y Jefe Supremo de las Repúblicas de Venezuela y Nueva Granada, dándose al propio tiempo a Mariño la facultad de sucederle en caso de ausencia, enfermedad o muerte, circunstancia esta última que debe tenerse en cuenta cuando se juzgue la conducta del héroe oriental después de los sucesos de Güiria y la consiguiente ausencia del Libertador. Y nótese asimismo cómo Bolívar se hace también nombrar jefe de Nueva Granada, a la sazón subyugada totalmente por Morillo: es siempre la idea de la fusión del Virreinato y de la Capitanía, que sigue tomando cuerpo en medio de las peripecias y oscuras circunstancias de la guerra.

Al mismo tiempo el nuevo Jefe Supremo propuso, y la junta aprobó, cierto número de ascensos: Arismendi fué nombrado general en jefe; Monagas, Zaraza, Sedeño y Rojas, generales de brigada; Gómez, Maneiro, Ruiz y otros, coroneles. Tales ascensos despertaron el resentimiento y la envidia de algunos extranjeros, en especial de Ducoudray-Holstein, quien no tardará en ser arrojado del ejército por Bolívar y se marchará a regar por el mundo calumnias y sandeces contra los generales patriotas. Exasperó sobre todo al francés el ascenso de Soublette y de Anzoátegui, próceres que, por lo demás, serán siempre objeto particular de la censura de muchos oficiales extranjeros que les consideraban como simples favoritos del Libertador. Ducoudray se quejó directamente a éste de haber sido postergado en las recompensas, y dice haber recibido excusas y nuevas promesas, que tampoco fueron cumplidas. El francés aspiraba a la jefatura del estado mayor, o al menos de una legión extranjera autónoma, que Bolívar no consintió entonces en formar. También otros voluntarios se disgustaron —agrega el memorialista—, y ello no sólo por falta de paga, de sustento y de vestido adecuados, sino por estar a las órdenes de jóvenes venezolanos que decían inexperimentados y quienes tenían altos grados

militares. "Gran número de franceses, ingleses, alemanes, polacos que habían servido con distinción en Europa, algunos durante veinte o veinticinco años, y quienes sabían veinte veces más que los oficiales nacidos en el país", dejaron oír sus quejas y reclamaciones. Sin duda, Ducoudray-Holstein y todos ellos habrían deseado que Bolívar constituyera un ejército mandado exclusivamente por aventureros extranjeros y encomendara la empresa de libertar a su patria a mercenarios acudidos de todas partes del globo, poniéndose de lado a los venezolanos.

Decisión importante de la junta fué la que aprobó y sancionó el decreto por el cual Arismendi, presidente del gobierno de Margarita, había establecido o establecería como régimen político provisional de ésta un triunvirato removible cada trimestre y encargado además de administrar las rentas nacionales. No se limitó la junta a aprobar lo hecho, sino que recomendó al Libertador "el arreglo de los gobiernos provisionales que deberán instalarse al paso que se vayan libertando las provincias".

El mismo día de la reunión de la asamblea en Villa del Norte, el Libertador lanza una proclama de la cual deben retenerse dos promesas solemnes de importancia capital: la de reunir un congreso y la de cesar la guerra a muerte. Esta segunda dependía de la actitud que adoptaran en adelante los realistas, y como se verá, ella no se modificó sensiblemente, de modo que la matanza recíproca continuó casi al mismo ritmo, sobre todo por parte de las bandas irresponsables que de ambos lados combatían y pillaban. La promesa del congreso o, si se quiere, la autorización para convocarlo produjo consecuencias ciertas, aunque todavía lejanas, debido a los altibajos de la situación militar. Recordemos el texto bolivariano: "El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado dónde y cuándo sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en congreso, sin otra convocación que la presente, confiándoles las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República. Yo no he venido a daros leyes, pero os ruego que oigáis mi voz: os recomiendo la unidad del gobierno y la libertad absoluta,

ARISMENDI

POR TOVAR Y TOVAR

Palacio Federal. Caracas.

para no volver a cometer un absurdo y un crimen, pues que no podemos ser libres y esclavos a la vez. Si formáis una masa sola del pueblo, si erigís un gobierno central y os unís con nosotros, contad con la victoria".

Incorpórense al expediente ese texto y la muy notable recomendación de la junta a que nos referimos arriba, para cuando llegue el momento de explicar sucesos y actitudes y de rectificar juicios que por haberse llamado históricos hasta ahora no son menos inconformes con la verdad histórica. Es, sin embargo, esencial retener aquí que el Libertador recomienda expresamente la unidad del gobierno y su forma central, condiciones ambas que no concordarán en modo alguno con las instituciones que se trató de restaurar al año siguiente en Cariaco. Pero ¿cuándo estuvieron los congresos de acuerdo con Bolívar en materia de forma de gobierno?

IV

CARÚPANO

Los realistas que ocupaban todavía a La Asunción, capital de Margarita, se retiraron a la llegada de la expedición al puerto de Pampatar, cuyo bloqueo emprendió entonces la flotilla patriota. En La Asunción cogieron los republicanos considerable botín de guerra, pero, por desgracia, la ciudad había sufrido mucho. En el boletín del ejército libertador de 8 de mayo decía el mayor general: "El cuadro que presenta la ciudad de La Asunción no es otro que el de una población evacuada por una banda de bárbaros. No han dejado piedra sobre piedra; todo ha sido devorado por el fuego y podemos predecir que el sistema de destrucción que han adoptado los españoles va a hacerles una guerra aún más terrible que la de nuestras armas". Después de las luchas anteriores, parecía que Margarita no podría ya sufrir más grandes calamidades; y, sin embargo, el porvenir reservábale, si mayor gloria todavía, desastres no menores.

No podía el Libertador detenerse a pacificar por completo la isla, siendo necesario que pasase cuanto antes al Continente, donde le esperaba la ruda tarea de recomenzar la guerra en forma orgánica y de asumir la jefatura efectiva en medio de los heroicos caudillos que, a la cabeza de puñados de hombres alternativamente reunidos o dispersos al azar del enemigo o del abastecimiento, luchaban contra los realistas. No podrá hacerse nunca el recuento exacto de los combates

y escaramuzas, de los triunfos y derrotas que se realizaron en aquellos meses que van del desastre de Urica al regreso de Bolívar y Mariño a las provincias orientales. Ensayemos, no obstante, indicar la situación militar para mayo de 1816:

Sedeño había organizado tres columnas en las costas del Orinoco, mal armadas, y al mando de los comandantes Hernández, Sarmiento y Mina. Con ellas el célebre jefe de caballería batiera en diferentes encuentros al gobernador de Guayana Ceruti, el cual sólo debió su salvación a la importante flotilla fluvial de que disponía. Monagas hostigaba sin cesar a los realistas en la provincia de Barcelona y ocupaba a San Mateo, Aragua y Chamariapa. Los españoles, al mando del coronel López, defendían la capital. Zaraza guerreaba en los llanos guariqueños, provincia de Caracas, contra el teniente coronel García Luna. Rojas, cuya fama ha sido un tanto oscurecida por la de los demás gloriosos cabecillas, tenía en jaque al enemigo en Cumaná y Maturín. Otro jefe de menor renombre, el comandante Barreto, se defendía en el territorio comprendido entre Maturín y el Orinoco, y aun llegó a batir en rasa campaña a los realistas del coronel Moles. Pero la anarquía más completa reinaba entre estos guerrilleros patriotas: cada uno era su propio jefe y trataba de serlo de los demás; ninguno se consideraba inferior a otro. No obstante, por la fuerza de las cosas y mérito del valor personal iban marcándose las figuras que poco a poco adquirirían preponderancia. Rojas se titulaba, según apunta Yanes y con gran cólera y protesta de su rivales, Jefe superior de Mar y Tierra. En fin de cuentas fué Monagas quien obtuvo la primacía y ello por obra y gracia del doctor Miguel Peña, recién vuelto de Trinidad a los campamentos patriotas.

Comprendió el ilustre abogado valenciano que no podría adelantarse la guerra mientras no existiese una dirección central, un jefe superior y obedecido y que éste habría menester, por otra parte, una especie de consejo o asesoría que le permitiese extender paulatinamente su acción a otros ramos de la administración a medida que las operaciones militares llevasen a la conquista y organización del territorio. Este intento de Peña era muy lógico y puede compararse al que realizaron otros próceres en Guasdualito, sin buen éxito prolon-

IGLESIA PARROQUIAL DE LA VILLA DEL NORTE
DONDE SE REUNIO LA ASAMBLEA DE MAYO DE 1816

(Colección fotográfica de Alfredo Boulton.
Ejemplar para la presente obra.)

gado, como se verá. El "gobierno" formado en la villa de San Diego de Cabrutica tuvo carácter exclusivamente militar, como que se le destinaba a regularizar una situación militar y a despachar asuntos de esa índole primordial y urgente. Pero tanto como el de Guasdualito aquel esfuerzo debe considerarse, bajo algunos aspectos, como una manifestación neta del estado de espíritu de los círculos civiles patriotas en cuanto a la necesidad de constituir de cualquier modo un gobierno y de contener, dentro de ciertos límites, el obligatorio pero desenfrenado despotismo de los caudillos armados.

Provisto de una procuración de Zaraza, para obrar en su nombre, fuese Peña a San Diego, y reunió el 25 de mayo a los coroneles José Tadeo Monagas y Andrés Rojas y a otros muchos jefes y oficiales orientales y llaneros, entre los cuales merecen citarse José Gregorio Monagas, Barreto, Blanco, Carmona, Calderón, Padrón, Pilvain y los Sotillos. La reunión, convertida en junta, trató de la unificación del mando y de los planes para continuar la guerra en condiciones convenientes. José Tadeo Monagas, Rojas y Peña hablaron sobre ello, y el primero, desciñéndose el sable, declaró: "Ved aquí la insignia de mi autoridad: yo la devuelvo a la República representada en esta asamblea". Palabras idénticas o análogas pronunciaron varios jefes militares en todos aquellos años, como necesario prólogo a su confirmación en el poder. Pero, como no se tratara en la junta de formar gobierno, sino de unificar el mando militar y de seguir la lucha hasta que fueran "tomadas las capitales, o variadas las circunstancias por la entrada con expedición formal de los que antes han sido generales de la República", y por cuanto era tardía la hora, resolvióse cerrar el debate y reunirse de nuevo al día siguiente. Al cabo de quince escrutinios y por sesenta y siete votos contra veinticinco en favor de Zaraza, fué elegido Monagas "general en jefe de las armas de la República". Es notable aquella libre y reñida lucha electoral entre los adictos a uno y otro caudillo y por ella puede verse el carácter dado a la junta por el espíritu jurídico de su promotor, a quien, en fin de cuentas, podemos considerar como derrotado, pues es indudable que debió de hacer cuanto esfuerzo pudo en favor de su mandante Zaraza. El acta comprobó "que había elección canónica en el expresado co-

ronel Monagas", como también la hubo al otro día para segundo jefe "en favor del ciudadano teniente coronel Pedro Zaraza con setenta y seis votos". Nombróse luego un consejo militar permanente para que asesorase y aun fiscalizase al comandante en jefe, y compuesto del coronel Rojas, de los tenientes coroneles Padrón y Barreto y de los capitanes Urquiola y Javier Rojas. Monagas y los consejeros prestaron juramento ante Dios y prometieron "defender la religión católica, apostólica y romana, perseguir y aniquilar a los enemigos de la República hasta dejar reconocido en todo su continente el pabellón nacional, aunque fuese a costa de su propia vida". Para terminar, la asamblea dió al nuevo jefe mandato de tomar a Cumaná y Barcelona y de libertar la provincia de Caracas, marcándole así un plan de operaciones de guerra.

Peña, inventor y empresario de aquella maniobra cívico-militar, presentó luego a Monagas a las tropas reunidas en la plaza y ante ellas le devolvió su sable y entregó un estandarte. Los soldados prorrumpieron en aclamaciones y juraron "derramar hasta la última gota de sangre por la República".

Tal fué la reunión o asamblea de San Diego de Cabrutica, semejante a las otras que en Caracas, Villa del Norte, Carúpano, Arichuna, Cariaco o Angostura, "civilizaron" y legalizaron, o ensayaron legalizar, el poder de hecho de los generales patriotas. En San Diego debió de haber muy pocos "civiles" y ello hace resaltar más el papel de Peña, quien logró allí unificar el esfuerzo de los caudillos orientales y, en espera de Bolívar o Mariño, dar alguna forma a la autoridad que ejercían, confiándola al más capaz y reputado.

De todos modos, aquella unificación simplificó las cosas y facilitó en gran manera el reconocimiento de la autoridad suprema de los jefes de la República nombrados en la Villa del Norte. Así, cuando Bolívar y Mariño le comunicaron las decisiones tomadas el 8 de mayo, Monagas respondió el 25 de junio: "¡Bendiga y prospere el cielo las constantes fatigas de Vuestras Excelencias en la importante obra de la salvación de la patria!" Y en nombre de su división y de las de Rojas y Zaraza, agregó: "El ejército, unánime, ha proclamado a Vuestra Excelencia en primeras y al general Mariño en segundas Jefes

Supremos de la República. El nombre de dos tan dignos jefes no puede ser oído por los venezolanos sin entusiasmo; y ellos grabarán eternamente en sus corazones el reconocimiento y gratitud que les inspiran los sacrificios que han hecho en beneficio de la patria. Desde este punto ha quedado transmitida con la mejor voluntad a Vuestra Excelencia y en su defecto al general Mariño, la suprema autoridad que estaba a mi cargo. Esta es la voluntad general de los pueblos y del ejército". El doctor Peña y el coronel Carmona fueron a expresar de viva voz aquellos sentimientos a Bolívar y Mariño, con el agradecimiento de los nuevos generales por el ascenso que recibían.

El Libertador desembarcó en Carúpano el 31 de mayo, prácticamente con los solos escasos efectivos que traía de Haití, pues ningún resultado pareció dar la tentativa de reclutar hombres en Margarita. Los insulares estaban decididos a reservar todos sus recursos y soldados a la propia defensa. Había enviado armas y municiones a las partidas de insurgentes que se mantenían en la costa de Güiria y las cuales, con ayuda de algunas flecheras, se apoderaron del litoral del golfo Triste hasta Yaguaraparo, obligando a los realistas a concentrarse en Cumaná.

Carúpano estaba defendida por el comandante Andrés Martínez de Pinillos, con una guarnición de cerca de doscientos hombres y una flotilla de trece barcos menores. Rechazado por aquél un ultimátum, dispúsose el ataque por destacamentos ordenados con el pomposo título de divisiones, formadas en su mayor parte de oficiales y cuyo mando superior tomó Mariño. Este avanzó en persona contra el fortín de Santa Rosa y las baterías que cubrían el puerto, mientras Piar y Soublette atacaban simultáneamente el castillo de la Muerte o Cerro de los Masones. Dos horas después los realistas abandonaban la lucha y huían hacia Casanay. Los barcos se rindieron. Es sabido que el Libertador acostumbraba magnificar algunos hechos secundarios y aun insignificantes cuando, por política, quería seducir la opinión pública o lisonjear a sus tenientes: cuestión de propaganda. El punto ha sido comentado por más de un escritor. Acerca de la toma de Carúpano, debe decirse que el boletín de victoria, que elogia el valor y sangre fría de Mariño y de Piar, es particularmente hinchado y sin

proporción con los hechos reales. Y Ducoudray-Holstein, cuya firma aparece al pie, asegura que no lo conoció sino después de publicado.

Mientras tanto, y en conocimiento de la invasión, el gobernador de la provincia, brigadier Tomás Cires, se aprestó a salir de Cumaná con los batallones *Barbastro* y *Dragones de la Unión,* reforzados por compañías del *Clarines* y del *Reina Isabel:* mil soldados en total.

Poco resultado podría obtener el Libertador de sus esfuerzos para organizar un ejército en Carúpano sólo. El 2 de junio declaró libres a los esclavos y les invitó a alistarse en las filas patriotas; debe agregarse que muy pocos respondieron a su llamamiento. Los habitantes, en general, estaban hartos de la guerra, o, en su mayor número, se inclinaban a la causa del Rey. "Es imposible —escribirá Bolívar a Arismendi el 26 de junio— que en la Costa Firme haya un país más realista que éste, por cuya razón el número de hombres que nos ha suministrado no pasa de ciento, estando todos los demás haciéndonos la guerra en partidas o con el enemigo". Por lo demás, los españoles tampoco las tenían todas consigo en cuanto a la fidelidad de los venezolanos si juzgamos por lo que, el 4 de julio, decía de Caracas el capitán general Moxó al ministro de la Guerra: "No hay confianza en la gente del país para entregarles armas, y para cubrir estas vastas provincias sólo puedo disponer de cuatro escuadrones y tres batallones (sin las compañías de cazadores, que se hallan en el Reino), que han sufrido bajas considerables en Cumaná". En realidad, ya se dijeran patriotas, ya siguiesen la bandera real, "grupos considerables de bandidos que aniquilan toda su riqueza" infestaban el territorio de Venezuela, y sobre todo los Llanos. Sin embargo, en términos generales, podía observarse que en Occidente había mayor fidelidad a España que en Oriente, y Moxó escribía en otra nota de 15 de agosto: "Los habitantes de Occidente, en particular los de Barinas y del Bajo Apure, son más constantes y adictos a la causa de Su Majestad, y son también sufridos y dóciles para soldados".

En fin de cuentas, el Libertador logró aumentar su tropa con trescientos hombres, carupanenses o no, que, al mando del general margariteño Rafael de Guevara, formaron el *Batallón Sagrado.* Pero antes de llegar a ese resultado Bolívar hubo de tomar la sola decisión

lógica en la circunstancia, la misma que sin fundamento alguno le han censurado varios historiadores apasionados o sin seso: enviar a Mariño a Güiria y a Piar a Maturín a levantar soldados. Que éstos hayan insistido para que tomase dicha medida es posible, porque no había otra aconsejable; pero que se marchasen a pesar y a despecho de Bolívar es absolutamente inexacto, como lo demuestran los documentos. Ducoudray-Holstein afirma que él se esforzó en persuadir al Libertador de que no debía permitir la partida de los dos generales y que éste le respondió: "Mariño insistió para irse con Piar". Otros, Marion entre ellos, atribuyen también a Bolívar debilidad o error porque "dividió sus fuerzas". ¿Cuáles fuerzas, puesto que Mariño y Piar no llevaron consigo sino algunos oficiales y precisamente la misión de organizar fuerzas? Y nótese, desde luego, que Bolívar ordenó al mismo tiempo a Justo Briceño, Alcántara, Vélez y Galindo que fuesen a ocupar, respectivamente, al Pilar, Cariaquito, Río Caribe y San José y que reclutaran gente en aquellos lugares.

El pensamiento del Libertador está expresado muy claramente en su carta de 11 de junio al general Arismendi: "El general Mariño ha marchado con el general Piar y algunos oficiales y tropas para Güiria. Su objeto es acelerar la conclusión de la campaña y venir volando a reforzarme con las tropas que encuentre ya organizadas (y) las que él mismo organice. El general Piar debe seguir hacia Maturín, donde nos serán muy importantes sus servicios".

Mariño salió de Carúpano en la goleta *Diana,* escoltado por cuatro flecheras y acompañado de Piar, Salom y otros oficiales. Según vemos en una carta de Juan José Revenga a Martín Tovar, de 12 de agosto, Chamberlain decía que Mariño llevó cuatrocientos fusiles con sus municiones y Piar quinientos. No pidieron más porque ignoraban el estado de cosas en el interior del país y porque "teniendo el recurso o cuartel general en Carúpano, muy fácil les era ocurrir por las que fueran necesitando".

El general parece haber llegado a Güiria el 15 de junio y despachado el 20 a Piar para Maturín, por Caño Colorado. La cronología de aquellas semanas es un tanto incierta y debe tomarse con reserva. Pero, en línea general, admitimos que no hay gran diferencia de fe-

chas y aceptamos las anteriores, cuya mención comparativa con las de la correspondencia cruzada entonces entre Bolívar y el jefe oriental arroja luz suficiente sobre las impaciencias del primero.

No poseemos detalles sobre la actividad desplegada en su misión por Mariño, pero no debió de ser menor que la que acostumbraba porque pronto se le verá a la cabeza de un ejército capaz de emprender operaciones de consideración. Una vez más probó el general el prestigio de su nombre y muy notables aptitudes de organizador. Los españoles no se equivocaron sobre aquellas actividades y las señalaron en frase naturalmente despectiva: "Mientras que Bolívar permanecía en Carúpano —dirá Moxó a Morillo el 10 de agosto— Mariño armaba en Güiria las esclavitudes y la multitud de malvados que existían en aquellos montes desde el tiempo de Boves".

Se ha reprochado al general que crease en Güiria "su" ejército y que formase "su" estado mayor, a cuya cabeza puso al coronel Chipía. Pero ¿puede concebirse que obrase de otro modo? ¿Qué quiere decirse con ello? Hasta aquel momento todos los oficiales de Oriente, todos los soldados podían reputarse como sus partidarios. A fines de año, el ejército que ataca a Cumaná es idéntico al de 1813 y en él tienen mandos de división Bermúdez y Valdés, con lo cual se marca que, aparte el díscolo Piar, han vuelto a la unidad los héroes de Chacachacare.

El Libertador se veía incapaz no sólo de pasar al ataque, sino aun de sostenerse largo tiempo en la ciudad, porque no disponía de suficientes tropas y se hallaba en un medio francamente hostil a la causa patriota. Comienza entonces a dirigir llamamientos a Mariño pidiéndole refuerzos, que si se examinan bien las cosas y las fechas arriba citadas, éste podía difícilmente enviarle. Desde el 12 de junio el Libertador informa a aquél de las operaciones, cuya noticia tiene por Francisco Piñango en la costa de Güiria y por Briceño hacia El Pilar. "Así, soy de opinión que Vuestra Excelencia marche volando por tierra a llenar su comisión". Libres Güiria y El Pilar, Mariño podrá seguir "con la seguridad de que no será molestado en el tránsito". Pero ¿marchar con qué tropas, si justamente va a Güiria a levantarlas? La improvisación tiene sus límites. Sin embargo, el

Libertador se impacienta ya, y con el formidable optimismo que le caracteriza habla de atacar a Cumaná. "Es muy sensible —escribe— que presentándonos la suerte ocasión para destruir a los enemigos en detalle, la despreciemos: si nuestras operaciones son rápidas sobre Cumaná, la tomaremos infaliblemente a muy poca costa... Yo la reencargo (la celeridad) de nuevo a Vuestra Excelencia, y espero que dentro de muy poco tendré la satisfacción de verlo aquí acompañado de los bravos defensores de Güiria". ¿Dónde desembarcaron primeramente Mariño y Piar? No lo sabemos. El 11 de junio el segundo escribía a Bolívar de Río Caribe que las lluvias habían impedido ejecutar por tierra las operaciones de que se encargaran Mariño y él. Que los dos generales volviesen a tomar la *Diana,* o que marchasen a través de la península, es lo cierto que no fué antes del 15 cuando llegaron a Güiria. Bolívar desearía pormenores sobre lo sucedido, y, a pesar de la penuria en que se encuentra, despacha un buque con víveres para este último puerto. "Tanto Vuestra Señoría —escribe a Piar— como Su Excelencia el general Mariño están autorizados para obrar conforme a las circunstancias, observando siempre en sus operaciones la mayor celeridad".

Entretanto, el brigadier Cires tomó la ofensiva, batió a Alcántara el 13 de junio en La Esmeralda y seis días después en Cariaquito, y se dirigió contra Carúpano, por fortuna en marcha lenta y circunspecta, como acostumbraban hacerlo los jefes peninsulares del ejército regular. Desde el 14, el Libertador comunica a Mariño aquel primer revés, que presenta, naturalmente, con eufemismo que disfraza demasiado la verdad. No oculta, sin embargo, sus temores de verse atacado él mismo, y pide socorro: "Mis fuerzas actuales son bastantes para defender esta posición; pero quizá no lo serán para adelantarse a batir los enemigos, si permanecen donde están, ni para seguir la marcha sobre Cumaná, caso que me ataquen y sean rechazados. La necesidad, pues, de que Vuestra Excelencia me auxilie cuanto antes se hace tan urgente que Vuestra Excelencia debe apurar todos los medios para hacerlo, volando con los hombres que, en el momento de recibir ésta, tenga reunidos, y activar sus medidas para que vengan luego los demás que puedan traerse". Si Piñango se hubiese incor-

porado ya a Mariño, éste deberá destacarle a Carúpano con el mayor número de fuerzas posible. Bolívar reclama también la flotilla: "Por unos guayqueries que se nos han pasado —escribe el 13— sabemos que los españoles tienen en Cumaná dos bergantines, dos polacras, tres goletas y algunas cañoneras. Es, pues, de urgente necesidad que nuestras fuerzas sutiles de Güiria vengan volando a incorporarse en la escuadra inmediatamente que haya desembarcado el general Piar".

Con referencia a la sorpresa sufrida por Alcántara en Cariaquito, el 19, el doctor Lecuna declara falsas las versiones de "las obras de historia", que confunden aquélla con "una supuesta derrota en La Esmeralda el día 17, inventada por Moxó y la Gaceta de Caracas, de donde tomó la noticia Montenegro Colón, el más antiguo de nuestros autores".

Mariño estaba el 13 en Yaguaraparo, lo que nos hace creer que allí fué por tierra, tal vez desde Río Caribe, y de aquel pueblo comunicó a Bolívar que Güiria había caído en manos de los patriotas y que él mismo marchaba allí. Según se lee en una carta del Libertador a Arismendi, fecha 15, Mariño agregaba en su despacho que "dentro de muy poco volverá (a Carúpano) con seiscientos u ochocientos hombres". Bolívar agregaba: "Lo aguardo con ansia para empezar mis operaciones". La respuesta del Libertador a Mariño aparece con fecha 14, sobre lo cual haremos reservas, dada la distancia de Yaguaraparo a Carúpano, el mal estado y la inseguridad de los caminos. Reitérale su recomendación de obrar con actividad y de volver a reunírsele con tropas. El 16, Bolívar insiste: "Los temores que anuncié a Vuestra Excelencia en mi oficio de 14 del corriente se confirman por el dicho de los espías que he mandado al país enemigo y por la confesión de un prisionero que hemos hecho. El gobernador de Cumaná ha venido a Casanay con cuatrocientos fusileros y, reunido con las otras partidas que había en estas inmediaciones, se prepara a atacarme. Urge, pues, más y más la necesidad de que vengan volando todas las tropas que Vuestra Excelencia haya reunido ya: no debemos perder un solo momento en verificar la reunión de nuestras fuerzas a la mayor brevedad, seguros de que del resultado de esta acción depende la libertad de toda la provincia de Cumaná, y aun la

de Barcelona, que no podrá hacer ninguna resistencia si logramos destruir estas fuerzas". Al mismo tiempo que pedía refuerzos a Mariño, hacíalo Bolívar a los oficiales destacados a los pueblos del litoral y publicaba, por bando, un llamamiento general a las armas, dirigido a todos los hombres válidos, libres o esclavos, so pena de muerte al que no se presentase en el término de veinticuatro horas.

Mariño ha tardado algunos días en volver a escribir a Bolívar desde que lo hiciera desde Yaguaraparo. A esa carta se refiere el Libertador el 20 de junio con una frase que destruye, al menos en cuanto concierne a las primeras semanas del mes, todo reproche de negligencia, inacción o desgano en los socorros esperados: "Doy a Vuestra Excelencia las gracias por la rapidez y acierto con que ha dirigido sus operaciones, en todo conformes hasta ahora a mis deseos y a la confianza que he depositado en Vuestra Excelencia". No obstante, Bolívar insiste en la necesidad de que Mariño acuda a incorporársele antes de que el enemigo, cuya fuerza calcula en mil hombres, ataque a Carúpano. Repite que, según toda probabilidad, podrá rechazarlo, pero teme no poder contraatacar y llegar hasta Cumaná. Sin auxilios no podrá moverse: "Estoy obligado a mantenerme dentro del tiro de cañón de nuestras baterías, sin atreverme a establecer fuera ni una simple avanzada, porque los habitantes del país, que son los más contrarios a nosotros, armados en guerrillas nos molestan de todas partes y acechan nuestros puestos para sorprenderlos". Son estas guerrillas —según Bolívar— las que han causado la segunda derrota de Alcántara, en Cariaquito, y quitádole armas y caballos "que abandonaron infamemente nuestros soldados" y que hubo necesidad de recuperar al día siguiente en nuevo combate.

Raras veces se encuentra en la correspondencia del Libertador como en aquellos días prueba de mayor impaciencia nerviosa, y aun de versatilidad en los propósitos y en la apreciación del estado de los asuntos militares. Después de haber escrito todo cuanto hemos indicado sobre lo precario de su posición, sorprende a la verdad que, con fecha 26, diga a Arismendi: "Por momentos esperamos a Su Excelencia el mayor general Mariño, y con él los últimos restos de las tropas de Güiria, que es lo único que nos detiene en este lugar. Ya tenemos

un cuerpo capaz de emprender operaciones, y aunque los enemigos se jactan de tener fuerzas muy numerosas, yo, lejos de temerlos, cuento con la victoria. Nuestra partida de aquí será dentro de dos o tres días, sin la menor falta. La escuadrilla nos será de la mayor utilidad para el transporte de nuestras municiones y tropas, a fin de evitar los obstáculos invencibles que nos presentan nuestros contrarios en algunos puntos fortificados. Los españoles dicen que tiene mil y setecientos hombres, de los cuales una tercera parte de europeos". El 27, el Libertador escribió al negociante francés Chassériau, quien había, en Los Cayos, contribuído con dinero a la expedición: "Un mes hace que estoy aquí ocupado en levantar y organizar el ejército. Al presente sólo me detiene el general Mariño, que debe llegar de un momento a otro con un grueso que me trae de Güiria. Lo espero antes de dos días para empezar mis marchas inmediatamente sobre Cumaná. Aunque el enemigo se haya reconcentrado allí o en sus inmediaciones, yo confío en el valor y el patriotismo de mis soldados y me prometo una victoria segura". Y afirmaba a su "querido amigo" que la situación de los españoles era tan desesperada "que aunque aparentan defenderse, sólo tratan de huir y de salvarse".

La cuestión que se planteaba era de saber si Mariño podía reunir tropas y traerlas a Carúpano en tiempo oportuno. Su idea era conducir el auxilio por vía marítima, pues la marcha por tierra presentaba muchas dificultades y las lluvias de que hablaba Piar no cesaban. El Libertador aprueba a medias el plan: "El expediente que Vuestra Excelencia me indica de venir por mar, me parece el más seguro, fácil y pronto, con tal que vengan por tierra, al cargo de buenos oficiales, las (tropas) que no puedan transportarse de aquel modo. Es excusado decir a Vuestra Excelencia que no debe quedar ahí ningún buque de guerra, pues estando amenazados también por mar, son tan necesarios como las tropas de tierra".

A decir verdad, Mariño había comenzado a despachar socorros al Libertador días antes de llegar a Güiria, conforme aparece de una de las cartas de éste al presidente Pétion que sólo se publicó recientemente, y que lleva fecha de 10 de junio: "He enviado al general Mariño a Güiria y al general Piar a Maturín a levantar fuerzas; ya

hemos recibido algunos destacamentos y espero que el resto será suficiente para hacernos dueños de Cumaná y de la Provincia". Muy luego, el 21 del mismo mes, llegaron a Carúpano tres compañías de la Costa de Paria, al mando del comandante Carlos Fauchet. Sería interesante indicar qué distancia hay de Güiria a Carúpano y estimar el estado de los caminos en aquella época, para darse cuenta exacta de las dificultades que ofrecía el traslado de fuerzas de un lugar a otro, sin olvidar los rigores de la estación ni la presencia de guerrillas enemigas. A los citados socorros se refiere sin duda Bolívar en su despacho del 23 al "comandante accidental del batallón *Libertador de Güiria*", en que dice: "En la división que ha venido de Güiria al mando de usted están incluídos cuarenta individuos pertenecientes al batallón *Girardot,* reclutados por su comandante en Río Caribe y que marcharon con Su Excelencia el mayor general". Un detalle interesante hallamos en este despacho de Bolívar y que demuestra las condiciones en que se hacía el reclutamiento del ejército patriota. Los jefes debían hacer promesas determinadas y contemporizar con las preferencias y repugnancias de sus voluntarios o reclutas. Mariño había debido prometer a los hombres de Güiria no separarlos de su batallón para incorporarlos en otros.

Así, pues, no queda duda de que Mariño mandó a Carúpano cuanta gente pudo en aquellos primeros días; y el Libertador lo confirma en otra carta a Pétion también de publicación reciente, fecha 4 de setiembre, y a la cual volveremos a referirnos muy pronto. El total de tropas que Bolívar se da impone algún reparo, pero ello no obsta para el punto esencial: "Mi columna —escribe— apenas alcanzaba a 600 hombres, incluyendo un refuerzo enviado por el general Mariño de Güiria; nuestros enemigos habían reunido contra nosotros todas sus fuerzas de Cumaná; ellas eran mucho más aguerridas y su número por lo menos era doble de las nuestras".

El 23, Bolívar describía la situación al general Arismendi, en nota cuyos particulares merecen atención: "El enemigo ha restablecido su línea de defensa en Casanay, Belén y La Esmeralda Según todos los informes que he adquirido, su fuerza alcanza a mil quinientos hombres, compuestos de las tropas retiradas de Güiria, de las que

guarnecían a Cumaná y de las divisiones que obraban sobre los llanos al mando de Luján y de Quijada... Confórmese Vuestra Excelencia con saber que éstas (las operaciones) serán rápidas y que debo dar principio a ellas dentro de seis u ocho días por mar. Sólo me detiene el general Mariño, que traerá de Güiria algunas tropas, además de una división de excelentes soldados que me ha venido ya a las órdenes del comandante Fauchet... El general Piar siguió de Güiria para su destino de los llanos el 20 del corriente, llevando las armas, municiones y demás elementos que le he proporcionado, necesarios para obrar por aquella parte. Sus operaciones van a reducirse a marchas, puesto que los enemigos han retirado todas las fuerzas que podían oponérsele". La última correspondencia de Mariño era del 22 y, cinco días después, el Libertador escribía a uno de los comandantes del litoral: "Este silencio me tiene cuidadoso; si usted supiera algo de él, participelo inmediatamente".

De repente, el Libertador resuelve evacuar a Carúpano e invadir el Occidente. Tal decisión, y la forma en que aquél procedió entonces, tuvo grandes consecuencias. Si Bolívar no podía efectivamente sostenerse en la plaza, parecía lógico que la abandonase, pero retirándose más al Este, para buscar el apoyo de Mariño, en primer lugar, y de los demás jefes orientales. Mariño, como lo hemos notado de paso arriba, demostró poco después que era posible rehacer un ejército y volver contra Cumaná, repitiendo maniobras y campañas anteriores. Mas es de creer que el Libertador se sentía incómodo en Oriente y que, aparte de la obsesión que siempre le acompañó de libertar ante todo a Caracas, buscaba recobrar en Occidente su prestigio y moverse en un medio que le era más familiar y donde contaba con amigos suyos y no de otro y con oficiales adictos a su propia persona, porque a ella le debían posición y ascensos. Que estas razones fuesen o no fundadas, que se hubieran o no presentado a la mente del Libertador en la forma en que lo insinuamos y que suponemos acertada, el hecho es que aquél va a abandonar a su suerte a los jefes orientales, para intentar una operación estratégica en la provincia de Caracas. Y Bolívar decidió su empresa sin consultar a Mariño ni a ningún otro general, alegando después bien entendido la necesidad de proceder

con rapidez y en virtud de su precaria situación militar. Que la expedición a Ocumare haya sido un rasgo de genio que no tuvo éxito, por circunstancias especiales y explicables, es asunto que no habremos de resolver aquí. Lo único que nos interesa es la repercusión que tuvo el hecho en Oriente y particularmente en el ánimo de Mariño.

El día 29, Bolívar había escrito de nuevo a éste para informarle que, según comunicación de Arismendi, doce buques enemigos habían llegado a Pampatar, "sin duda con objeto de extraer la guarnición que la defendía y cargar sobre este cuartel general". Sabemos, por otras fuentes, que aquella flota realista se componía de una corbeta, tres goletas y seis buques menores y que estaba mandada por don Manuel Cañas. Como el Libertador cree que las intenciones del enemigo son de tomar la ofensiva, olvida que tres días antes había escrito que ya disponía de un cuerpo capaz de emprender operaciones y se prepara a abandonar a Carúpano.

Pero hubo en la decisión del Libertador algo más importante y grave para sus relaciones con Mariño, que lo que no hubiera pasado de ser disentimiento entre generales sobre un problema de estrategia: ocurrió lo que nos atreveremos a llamar el golpe de Estado de Urbaneja, por el papel principal que este hombre ilustre representó en la ocasión. El origen inmediato de aquello parece haber sido la conjuración que se tramó en favor del almirante Brión, y así se explican el cariz y desarrollo de los sucesos. Pero no hay duda de que las providencias políticas tomadas allí excedieron en mucho a las necesidades y que tal vez deben estimarse francamente como impertinentes y perjudiciales.

Según la versión de Lecuna, "la sórdida ambición y petulancia de algunos extranjeros originaron la intriga encaminada a elevar al almirante Brión al mando supremo, y aunque no se contara con el asentimiento del candidato, produjo desazón y desconcierto en el cuartel general, rápidamente cortados por el Libertador con una nota dirigida al general Mac Gregor, presidente de la Comisión Militar, en estos términos: "Acabo de saber con el mayor dolor y sorpresa que V. S. ha llamado ayer al Excmo. Señor Almirante para comunicarle la más atroz de las calumnias contra su honor y su persona

sagrada. Como S. E. el Almirante, lejos de ser digno de imputaciones infames, merece altares como Libertador de la patria, es mi deber averiguar quiénes son los autores de este crimen, para dar una plena satisfacción a la justicia, a la patria y al mismo señor Almirante. Este pretende su dimisión y yo pretendo que se le dé la más espléndida vindicta. U. S. es el denunciador. U. S., pues, me presentará las pruebas para el juicio en el término de 24 horas". El "agente principal" de la intriga fué Ducoudray-Holstein, "despedido del servicio tres días antes". Bolívar "lo increpó duramente, llegando a decirle que merecía ser fusilado".

Ninguna referencia o alusión a estos hechos hizo Bolívar cuando, en Bucaramanga, habló de aquel aventurero con el autor del *Diario.* Ducoudray pinta, naturalmente, a su manera el cuadro de su salida del servicio de los patriotas, y pretende probar que sólo después de haberlo solicitado tres veces obtuvo su retiro. En todo caso, consta de documento oficial que el Libertador "admitió la renuncia que presentó el coronel Ducoudray-Holstein de sus cargos de subjefe de estado mayor y de mayor general interino"; y como su reemplazante fuera, para colmo de agravio o de sanción, el coronel Soublette, marchóse el francés a las Antillas y se vengó luego, como es sabido, con su libelo atroz y falso contra Bolívar, Mariño y demás jefes venezolanos. Allí cuenta la violenta escena que tuvo lugar entre Bolívar y él, en presencia del almirante; y asegura que éste quiso después tranquilizarle diciéndole que el mal humor del Libertador se debía a que estaba "muy contrariado por la deserción de Mariño y Piar, quienes le habían dejado en muy desagradable posición". El calificativo de deserción aplicado a la marcha de estos dos generales a Güiria y Maturín es uno de los mil ejemplos de la poca confianza que merecen las palabras de aquel maleador chasqueado. Por ello no sabemos qué crédito puede darse a otra escena que se habría verificado, meses más tarde, en casa de Mr. Sutherland, negociante británico residente en Puerto Príncipe, y donde Bolívar diese satisfacciones a su *cher ami* Ducoudray y, tomándole por el brazo, díchole: "que Brión le había informado que yo tenía la intención de quitarle de su puesto a él (a Bolívar) y dar el mando al almirante Brión".

Pero, como dijimos, no pararon allí las cosas, pues no se limitó el cuartel general a sofocar un proyecto de pura cuartelada, sin pies ni cabeza por lo demás, sino que resolvió aprovecharlo para efectuar una desatentada maniobra política. Por orden del Libertador, el licenciado Urbaneja, gobernador político de Carúpano, convocó a reunión, el 28 de junio y bajo su presidencia, a los alcaldes Ignacio Verde y Agustín Galdona, al síndico procurador Manuel Millán, al cura fray Juan Bautista Molinar y al administrador de rentas Pedro Betancourt. Seis personajes, o personas, en junta extraordinaria, van entonces a decidir, en vísperas de la evacuación de la ciudad por la expedición republicana, sobre cuestiones de organización política y militar. Esta junta se conoce con el nombre de "asamblea" de Carúpano, y sus resoluciones serán tomadas sin juzgar debidamente ni la situación real en que se hallaban las provincias orientales ni lo acordado hacía poco en la muy considerable Asamblea de la Villa del Norte, la cual sí había apreciado como circunstancias capitales las condiciones de la expedición de Los Cayos y el concurso de los generales.

Lo primero que salta a la vista, en esta deliberación o verdadera alcaldada de Carúpano, es la omisión del nombre de Mariño: los héroes del día son el Libertador, desde luego, y el almirante Brión. El segundo jefe de la República y del ejército, el hasta entonces fiel compañero de Bolívar en la gloria y en la desgracia, el hombre que, en Haití, acababa de ser el principal artesano, con el almirante, de la jefatura de Bolívar, el único caudillo de Oriente de quien podía esperarse la creación de un ejército, y que lo estaba formando en efecto, no figura para nada en el acta de Carúpano. Es el primer hecho de los que inician el largo y fatal disentimiento que, a pesar de repetidos remiendos, marcará con su sello las relaciones entre el Libertador y Mariño. Y aquel hecho, que sepamos, no tenía su origen en la voluntad o en actos deliberados del segundo. El acta de Carúpano significaba, por decirlo así, un golpe inesperado en plena campaña, y cuando precisamente Bolívar abandonaba el Oriente para lanzarse con recursos muy medianos a la peligrosa aventura de Ocumare. Indíquese este punto esencial y considérese el estado de espíritu de Mariño al enterarse de lo sucedido. Sus servicios, su

abnegación, la esperanza que su valor y habilidad militar debía despertar, y que seguramente despertaba en todos los patriotas orientales, nada de ello se tomaba en cuenta en Carúpano. Ni la conducta anterior del general justificaba tal actitud hacia él, ni la autoridad y popularidad de Bolívar en Oriente eran tantas que pudiese sin peligro tomar un partido tan osado. Ciertos sucesos posteriores demostrarán aquel error y se explicarán suficientemente por su simple presentación.

El "cuerpo municipal" de Carúpano, órgano y voz del nuevo pensamiento político, no cree dignos de la gratitud nacional sino a Bolívar y a Brión. Es claro que no debía ni podía enumerarse en aquel documento a todos y cada uno de los jefes expedicionarios. Pero, justamente, Mariño no era uno cualquiera de dichos jefes, sino el jefe por antonomasia del Oriente. Mariño era, además del primer general de aquellas provincias, un personaje, el personaje político de las mismas. Cuando se conocen, con estas circunstancias de orden superior, su carácter orgulloso y su sensibilísimo temperamento, es fácil presumir cuál debió ser su reacción ante el ataque que se le dirigía.

Había, sin embargo, una decisión mucho más importante que cualquier cuestión de personas en aquella acta que señala, a nuestro parecer, la ruptura política entre Bolívar y Mariño e inicia su mutua e intermitente hostilidad. Hemos visto en qué condiciones el segundo había llevado al primero los auxilios de las provincias libertadas por él, y cómo sólo la expulsión de ambos por Ribas del territorio venezolano pusiera término a sus probables negociaciones para la constitución de una especie de gobierno dual representativo de los que, por la fuerza de circunstancias entonces perentorias, se reconocían como Estado de Occidente y Estado de Oriente. Aquella situación tenía que ser provisional y no podía ni debía ser sino tal. La unificación de Venezuela se impondría necesariamente, y las tendencias de los orientales hacia la autonomía eran incompatibles, en la forma en que se las presentaba, con el interés nacional y contrastaban con la realidad política y militar de la República. Consideradas las cosas bajo este aspecto, es claro que la voluntad unificadora del Libertador se asentaba en sólidas bases y recibía confirmación de la

experiencia inmediatamente anterior: la República no podía subsistir ni consolidarse sino a condición de renunciar al mando doble, a las tendencias centrífugas, a los regionalismos egoístas y estériles frente al terrible enemigo que se combatía. La Asamblea de la Villa del Norte —ya lo hemos subrayado— había, en presencia y con el consentimiento de Mariño, adoptado como doctrina política la unificación de las provincias todas de Venezuela bajo un solo mando y la desaparición consecuente de los dos Estados en que se hallaba partida: la cuestión estaba así resuelta y la situación apoyada en la jefatura suprema de Bolívar y en la aceptación por Mariño del segundo puesto. Por tal razón, no podemos menos de apreciar como impolítico, por decir lo menos, que en ausencia e ignorancia de Mariño y poniendo de lado todos los antecedentes, todo cuanto durante tres años se había conversado y escrito entre éste y el Libertador, la reunión de Carúpano volviese intempestivamente sobre el grave asunto y pareciera complacerse en remachar la exclusión del héroe. Y esto cuando, justamente, el Libertador carecía de medios militares para imprimir su voluntad y estaba sujeto en el campo de la guerra a la voluntad, buena o mala, y aun al capricho de los jefes orientales o del principal de ellos. El Ayuntamiento de Caracas había, en 1810, iniciado, para el período republicano y siguiendo tradiciones coloniales, el movimiento usurpador de funciones políticas por los cuerpos municipales, movimiento que se justificaba en gran parte por la carencia de otro órgano de expresión popular y cuyos efectos atenuaba y legalizaba un tanto el recurso al cabildo abierto. Ahora vemos, sin asombro, a la municipalidad de Carúpano decretar, con el reconocimiento de la autoridad suprema del Libertador, "la unidad perpetua del gobierno de las Provincias de Venezuela, proscribiendo para siempre la división de Provincias Orientales y Occidentales, con diferentes jefes investidos de facultades dictatoriales, y sancionando que todo dependa de una mano que dé impulso a la máquina política hasta que vengan aquellos momentos en que deba pensarse en el restablecimiento de la forma de gobierno ya indicado y establecido en Venezuela por voluntad general de sus habitantes".

Sin que hasta ese momento hubiese habido de parte de Mariño ningún obstáculo efectivo al establecimiento militar único, y sin que de ningún modo se pudiese atribuir a su acción ni a la situación de hecho entonces existente el fracaso de la guerra en 1814, he aquí que el licenciado Urbaneja declara y hace aprobar por sus cinco colegas que cuanto ha sucedido no se debe a la "falta de fuerza física", sino a la de "unidad en el gobierno de las diversas provincias de que se compone Venezuela, separadas hasta ahora en Poderes Soberanos que han impedido la marcha uniforme de la opinión pública, la reunión oportuna de todos sus ejércitos, la obediencia y subordinación a un solo jefe, sobre cuya legitimidad no cupiesen oposiciones, argumentos ni réplicas, que no fuesen vistos como otros tantos crímenes". Dejamos al lector el cuidado de juzgar si tales palabras reflejaban exactamente la verdad histórica de los últimos tres años, que hemos tratado de exponer en el decurso de las páginas anteriores. Pero sea lo que fuere, no alcanza nuestra penetración a descubrir qué necesidad había, en Carúpano y por aquel mes de junio de 1816, de emplear semejante lenguaje. El mando supremo del Libertador estaba reconocido por todos y cada uno de los jefes del ejército y por los próceres civiles que le habían acompañado desde Los Cayos hasta la Villa del Norte. Para apoyar a Bolívar como tan lealmente lo hiciera el general Mariño no había hecho valer su antiguo reconocido carácter de dictador y jefe del Estado de Oriente. Había aceptado la cualidad de segundo jefe de la República de Venezuela y de segundo jefe del ejército libertador, y con tal cualidad estaba cumpliendo, en la forma que lo permitían las circunstancias y con la actividad militar de que siempre diera pruebas un encargo militar del Jefe Supremo. Que entre ambos hubiese disparidad de criterio en cuanto a planes estratégicos, y la había, ciertamente, ello no bastaba para justificar aquella provocación abierta e inesperada. Los señores reunidos en Carúpano, al ignorar a Mariño, ignoraban sobre todo la situación real del Oriente y, sea imprevisión, sea deliberado propósito, abrían el proceso de las fatales disensiones de los años subsiguientes. Mariño no protestó oficialmente contra aquella acta inoportuna, y continuó usando, como se verá, y aun durante la nueva permanencia de Bolívar en Haití, su

título de segundo jefe; pero al más lerdo no escapará que su amistad hacia el Libertador debió de sufrir entonces rudo golpe y que la desconfianza tenía motivo para despertarse en su espíritu. Las consecuencias de todo esto irán saltando una tras otra en las páginas de la historia, que no en balde se cometen errores psicológicos y políticos de la magnitud del que citamos.

En resumen: la municipalidad de Carúpano limitaba al de Bolívar y Brión el esfuerzo hecho en favor de la Independencia, confiaba sólo en ellos para lograr ésta, decretaba por sí y ante sí la "unidad" de Venezuela, confirmaba como exclusiva la autoridad suprema del Libertador y le rogaba que mantuviese e hiciese mantener aquella unidad "tanto en el presente sistema de gobierno como en el que se substituya luego que el país se encuentre en actitud de pensar y verificar el restablecimiento de su gobierno en la forma que crea convenirle".

¿Cómo explica el Libertador a Mariño lo actuado y ocurrido en la junta o "asamblea" de Carúpano, que confiere prácticamente la dictadura al primero y excluye al héroe oriental, dando su puesto, por medio apenas solapado, al almirante Brión? De ningún modo: Bolívar nada explica, ni siquiera comunica, que sepamos. Los elogios prodigados al almirante se justificarían en parte por el deseo de distraerle con lisonjas y dar el cambio a la opinión de la tropa. En efecto, no debe olvidarse que el Libertador fué siempre, como Napoleón, tramoyista incomparable. Mas nada de ello disminuye la gravedad del acto en cuanto concierne a Mariño, como lo hemos expresado. Hay dos documentos inmediatamente posteriores y muy importantes, en los cuales no se menciona el golpe de Urbaneja. Se trata de las cartas de 29 de junio y de 1.° de julio, relativas sólo a proyectos y operaciones militares. En la primera se refiere el Libertador a los movimientos que, según le informa Arismendi, ejecuta la flota española en aguas de Margarita. Y como, por otra parte, las fuerzas realistas de tierra se mueven también hacia Carúpano, Bolívar cree ser atacado de un momento a otro y renueva a Mariño su solicitud de socorro: "Los auxilios de Vuestra Excelencia son de absoluta y urgente necesidad, tanto más cuanto que si Vuestra Excelencia no

vuela, tal vez no me encontrará aquí". En realidad, para aquella fecha, ya el Libertador había resuelto embarcarse para Margarita y Occidente, abandonando toda idea de asaltar a Cumaná; de modo que si Mariño hubiese salido al fin para Carúpano al recibo de aquella carta habría hallado la ciudad ocupada por el enemigo y estado a su vez en la imposibilidad de pelear contra fuerzas superiores y mejor armadas. La carta de 1.° de julio se presta en cierto modo a reflexiones contradictorias, y dejamos al lector en libertad de aceptar como justas las que mejor le convengan. Por nuestra parte, decimos que nos parece increíble que el Libertador, ya decidido entonces, como es fácil probarlo, a marchar a Occidente, pensase al propio tiempo en volver de Pampatar sobre Cumaná. Que las circunstancias o conveniencias militares lo aconsejasen en esta o en otras ocasiones, la cuestión es discutible; pero es lo cierto que Caracas ejerció siempre sobre el Libertador singular atracción y que, creyendo insostenible su posición en Carúpano, después del descalabro de Alcántara, y sobre todo de la derrota dada en Punche por el comandante venezolano realista Rafael López a las fuerzas reunidas de Zaraza, Monagas y Rojas, amén de otras razones, decidió transportar a Occidente el campo de su acción personal. La rota de Punche, el 30 de junio, impidió a los tres jefes patriotas comunicarse con las poblaciones de la costa, obtener armas y operar en contacto con el cuerpo expedicionario. Monagas estuvo a punto de caer en manos del enemigo, y pudo escapar porque abandonó el caballo y se despojó, para no ser reconocido, de su dormán rojo, su sable y su sombrero.

Fué entonces cuando Bolívar escribió a Mariño: "Al fin ha llegado el caso que tanto he temido y que he procurado evitar encareciendo a Vuestra Excelencia de todos modos la necesidad de que viniese volando a reunírseme. Las circunstancias han apurado más y más, y con ellas mis comunicaciones a Vuestra Excelencia. La suerte de la República depende en este momento de la rapidez con que se ejecute la operación que voy a emprender: no es posible diferirla porque sería exponernos a una ruina segura. Tres días ha que debía haberse ejecutado, y si me he detenido no ha sido por otra consideración que por aguardar a Vuestra Excelencia; pero los instantes

son preciosos y no está en mi arbitrio suspender las operaciones que van a decidir de la suerte de la campaña". ¿Cuál es la operación proyectada? Según el Libertador, Cires ha concentrado cerca de 2.000 hombres, que amenazan a Carúpano, y por otra parte hay una flota de diez unidades que se prepara a atacar a Pampatar: se trata, pues, esencialmente, de batir esta escuadra antes de que juntas las fuerzas realistas de tierra y mar caigan sobre los patriotas encerrados en Carúpano y destruyan, con el principal y mejor organizado ejército de éstos, las armas y pertrechos de que dispone la República. Hay que evacuar a Carúpano "que nos es imposible cubrir". Batida que sea la flota realista, Bolívar dice que "se dirigirá a Cumaná con una superioridad decidida sobre el enemigo". En resumen: el Libertador, que declara que no puede defender a Carúpano porque sus fuerzas son inferiores a las de Cires, anuncia que se apoderará muy luego de Cumaná, por el hecho de que habrá derrotado los buques realistas e incorporado tal vez la pequeña guarnición de Pampatar y algún otro destacamento margariteño. En realidad, cuando Bolívar escribía a Mariño, y aun días antes, la expedición a Ocumare estaba resuelta y calculada. El ataque inmediato y con buen éxito a Cumaná era imposible, y el Libertador lo sabía. De la profusión de textos de aquellos días, muchos contradictorios, no es lícito sacar otra conclusión por más que se los requiera y se aguce la hermenéutica.

Pero el Libertador entiende, naturalmente, que Mariño y los demás jefes orientales prosigan y desarrollen sus operaciones militares en aquella provincia. El final de la carta demuestra que la presunta batalla de Pampatar no era sino un proyecto sobre el papel, una ficción: "Entretanto, dejo a Vuestra Excelencia en libertad de obrar por tierra, o irse por mar con las tropas que haya reclutado a Margarita, o bien a incorporarse conmigo en las flecheras y demás buques mercantes que haya apresado en Güiria, según juzgue Vuestra Excelencia más conforme al bien de la patria. Como las municiones pueden escasear a Vuestra Excelencia, mando por esta misma vía a Río Caribe ocho mil cartuchos de fusil; la dificultad que había para transportarlos a Yaguaraparo, o a donde se halle Vuestra Excelencia,

reduce la remisión a este número, temiendo que se pierdan si van más, pues Vuestra Excelencia no ignora que las cabalgaduras no deben ser abundantes allí, después de haber extraído las que Vuestra Excelencia llevó y las que se han traído para este cuartel general". En Río Caribe ha debido formarse una guarnición, que ha recibido también armas y que el general Mariño podrá, si lo juzga oportuno, incorporar a sus propias fuerzas. Y el comandante de Río Caribe, Vélez probablemente, recibe a su vez las órdenes del caso: "Usted obrará conforme a las instrucciones que le había comunicado antes para cuando llegase el caso, o procurará reunirse con el Excelentísimo señor general Mariño en Yaguaraparo, o donde se halle, llevando los hombres, armas y municiones que tenga". Además de los ocho mil cartuchos citados, Bolívar dispone que se envíen a Mariño todas las mulas que había en Carúpano.

Ya a bordo de la goleta *Bolívar,* el 2 de julio el Libertador, abandonando toda idea de ir a atacar la escuadra española, si jamás la tuvo realmente, anuncia a Arismendi que "marcha rápidamente al corazón de Venezuela a terminar la guerra, privando al enemigo de todos sus recursos".

Tales son las condiciones en que Bolívar dejó a Carúpano, para tentar la empresa llamada expedición de Ocumare. Es difícil conocer o adivinar su pensamiento y sus verdaderos sentimientos respecto del héroe oriental en aquellos momentos, pero es lícito sospechar que ya para entonces había comenzado a repuntarse con él y nacido en su espíritu una tendencia hostil, que no hará sino desarrollarse y provocar en el otro reacciones que, por inexplicadas, han perjudicado su reputación ante la posteridad. Es posible también que algunos amigos del Libertador, o que se decían tales y como tales lograron pasar a la historia, comenzaran a trabajar en su ánimo contra Mariño, a abultar a sus ojos los defectos de éste, a explotar insidiosamente la fatal e incómoda posición recíproca en que las circunstancias colocaban a los dos hombres. Los intrigantes no faltaron nunca en las cercanías de Bolívar, y no siempre pudo éste librarse de sus maniobras. El estado mayor libertador ofreció más de una vez el espectáculo de rivalidades y deplorables disputas de influencia y de

mando. Intrigantes hubo allí de todos tamaños y categorías, pues nunca faltan alrededor de los poderosos quienes armen sus trapisondas. Para la época que estudiamos, se ha señalado precisamente como nefasta, y además de la de Ducoudray-Holstein, enemigo jurado de Soublette, la acción de Anzoátegui y de otros oficiales, entre ellos Pedro León Torres, grande admirador o excitador de los rebeldes instintos de Bermúdez y acaso de las ambiciones presuntas de Brión.

V

LA AVENTURA DE OCUMARE

DESPUÉS de destruir las fortalezas de Carúpano y la artillería gruesa, el Libertador se embarcó con 800 soldados y directamente a las costas de Occidente, sin ocuparse de la flota realista anclada en Pampatar. Marcho —escribió a Arismendi con mucha presunción— "rápidamente al corazón de Venezuela a terminar la guerra, privando al enemigo de todos sus recursos. Este proyecto se ha desenvuelto siguiendo el giro de las circunstancias: tanto la guerra como la política lo han exigido así. El suceso justificará la empresa". No dejó Brión de presentar observaciones sobre este plan de "ir a dar un golpe terrible a las puertas de Caracas", pues habría preferido continuar luchando contra los buques españoles en aguas cumanesas. Pero como viese a Bolívar "seguro del suceso", no quiso poner obstáculo y "consintió" en cooperar a la empresa. El coronel Chamberlain, edecán del Libertador, dijo después a patriotas refugiados en las Antillas que, al contrario, fué por presión del almirante que Bolívar "se determinó en dos días, aun sin esperar las tropas de Mariño", a salir para Occidente. Hay, pues, lugar a controversia. Nuestra opinión personal, sin embargo, es que la expedición fué cosa voluntaria y, lo repetimos sin miedo, bastante madurada por Bolívar. Además de muchos otros elementos a que hemos hecho referencia o alusión, la carta a Arismendi basta para dirimir la cuestión.

Desembarcado que hubo el Libertador en Ocumare, lanzó, el 6 de julio, la necesaria proclama: "Mientras nosotros —dice— marchamos hacia Caracas, el general Mariño, a la cabeza de un cuerpo numeroso de tropas, debe atacar a Cumaná. El general Piar, sostenido por los generales Rojas y Monagas ocupará los Llanos y avanzará sobre Barcelona; mientras el general Arismendi ocupará la Margarita". Si recordamos que Páez combatía en Apure y Barinas, tendremos en la imaginación el vasto campo de la guerra de Venezuela, tal como debía representárselo entonces el Libertador. Operaciones sin plan uniforme, sujetas al capricho y habilidad de los caudillos, a la iniciativa del enemigo y al azar de las circunstancias.

El cuerpo expedicionario a Ocumare contaba entre sus jefes principales a Salom, Anzoátegui, Justo Briceño, Pedro León Torres, Vélez, Borrás y Figueredo. Los generales Mac Gregor y Soublette unirían sus nombres con honra y gloria a la osada aventura. Compañías elevadas pomposamente al rango de batallones afirmarán en nuestra historia denominaciones heroicas: *Vencedores de Araure, Cazadores de Venezuela, Girardot, Cumaná, Güiria, Soberbios Dragones.*

Soublette avanzó hacia el interior con 600 hombres e instrucciones de situarse en La Cabrera, mientras Piñango marchaba a Choroní y Brión recibía orden de bloquear a La Guaira. Atacado por fuerzas superiores, Soublette retrocedió a Pie de Cuesta, donde se le reunió Bolívar, quien tomó el mando y peleó personalmente a la cabeza de su guardia de honor. Los realistas triunfaron, replegáronse las tropas a Choroní, en busca del apoyo de Piñango, y el Libertador, con algunos oficiales, marchó a Bonaire a bordo de la *Mariño* para "consultar" con Brión acerca de las futuras operaciones. La derrota de Bolívar y Soublette en Los Aguacates por Morales y Bauzá, el día 14 de julio, se debió, sobre todo, a que parte de las tropas republicanas no pudieron llegar a tiempo al campo de batalla, y también al hecho de haber el oficial que mandaba el ala derecha abandonado su puesto. Por otra parte, temía el Libertador que los realistas cortaran sus comunicaciones con la costa. Gran desorden produjeron estas nuevas en Ocumare, donde habían quedado algunos barcos al mando del francés Villaret. Engañado éste por una falsa alarma levó anclas, y Bolívar tuvo

que seguirlo a bordo del solo navío que le quedaba. Morales tomó a Ocumare.

Aquí debe recordarse el incidente de Isidro Alzuru, antiguo edecán del general Mariño, y cuya versión, dada por O'Leary, proviene de Soublette: "Estando en esto se le presentó (a Bolívar) su edecán Alzuru a todo galope, diciendo que iba de parte de Soublette a informarle que todo estaba perdido, que Morales se hallaba en el pueblo y que era imposible reunir la gente. Añadió que él mismo había visto un cuerpo enemigo flanquear y dirigirse hacia el puerto. En tales circunstancias no quedaba otro camino a Bolívar, para evitar caer en manos del enemigo, que refugiarse en el bergantín... La versión de Alzuru era falsa. El coronel Soublette le había enviado a anunciar a Bolívar que el enemigo estaba acampado en el bosque a corta distancia del pueblo, que el campo estaba cubierto y que sólo se esperaban sus órdenes y la reunión del coronel Salom para emprender la marcha hacia Choroní". O'Leary agrega que nunca pudo saberse si Alzuru había obrado así por "traición o aturdimiento", y que "este desgraciado oficial volvió a Ocumare, informó al coronel Soublette que el Libertador se había embarcado antes de su llegada al puerto, que Salom aún permanecía allí, sin saber qué hacer, porque Villaret había partido, dejando a la vez en la plaza algunas piezas de artillería y varios cajones de armas y municiones. Aquella misma noche se separó Alzuru de los patriotas y nunca volvió a vérsele entre ellos".

Algunos escritores, por mala lectura o mala intención, han creído poder aprovechar cierta frase de una carta de Bolívar a Fernández Madrid, fecha 6 de mayo de 1830, para insinuar que el calificativo de pérfido que allí emplea el Libertador se aplica a Mariño y no a Alzuru. La insinuación o el supuesto conviértense a veces en afirmación, agravada más todavía por un cambio de vocablo, como sucede en el índice de nombres de la traducción inglesa de cartas y escritos del Libertador, que publicó recientemente el Banco de Venezuela. En efecto, en él se lee, con referencia al informe de Alzuru: "traición" de Mariño. Ejemplo es ese, entre los muchos que citamos, de los amaños de la historia y de las "interpretaciones" acumuladas contra el último,

y de cuya apreciación dejamos juez al lector. He aquí la frase de Bolívar: "Fuí engañado a la vez por un edecán del general Mariño, que era un pérfido, y por los marinos extranjeros, que cometieron el acto más infame del mundo dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo cuando uno de ellos, M. Bideau, volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme".

El almirante, a quien la falta de víveres impidiera establecer su bloqueo, exhortó a Bolívar a volver a Oriente, y opinó, por otra parte, que en Choroní podrían reunirse alrededor de 1.200 hombres bien armados. "Escriba Vuestra Excelencia a los generales que obran en el interior de Oriente —decía Brión al general Arismendi— y no les oculte Vuestra Excelencia amargas verdades. Con la unión deberéis alcanzar la victoria, pero si sois desgraciados debéis escoger la muerte antes que abandonar vuestro patrio suelo, pues en ninguna parte seréis recibidos: es preciso que reconquistéis la opinión pública para ser considerados".

De las conversaciones de Bolívar con Brión resultó la ida del primero a Oriente y la del segundo con rumbo a México y los Estados Unidos, encargado de una misión cuyos términos quedan oscuros. Se ha hablado de un empréstito. En todo caso, la República debía ciento sesenta mil pesos al almirante y la tripulación servía sin paga alguna hacía ya seis meses.

Apenas hubo evacuado Bolívar a Carúpano ocupó Cires la ciudad. De vuelta a Cumaná, envió al teniente coronel Francisco Jiménez, con una fuerte columna de la cual formaba parte el regimiento *Reina Isabel,* a luchar contra Mariño, quien se organizaba activamente en Güiria y se disponía a repetir su campaña clásica por el litoral sur de la península de Paria, llevando como objetivo a Cumaná. Ignoramos cuál fué la impresión del segundo, en cuanto a lo militar, cuando recibió la noticia del embarco del Libertador para Occidente; pero ya hemos sugerido al lector lo que pudo pensar el héroe oriental al saber lo resuelto por la junta de Carúpano.

De Bonaire dirigióse el Libertador a Oriente, y después de un mes de travesía accidentada por San Tomas, Tórtola y otras islas acaso, llegó el 16 de agosto a Güiria, cuartel general de Mariño. No sabe-

mos con exactitud la causa de aquel gran rodeo. Los próceres civiles refugiados en las Antillas no eran por entonces amigos de Bolívar ni confiaban en sus promesas. Para mediados de año, algunos de ellos cambiaban cartas reveladoras de un espíritu descontento y nada constructivo, como se diría hoy. Los Ayalas, Cortés Campomanes, otros aún criticaban la conducta de Bolívar y sus tendencias al mando sin trabas. La Asamblea de la Villa del Norte era particularmente blanco de burlas y censuras. Las juntas de aquella índole, desde la de San Francisco, les parecían "actos ridículos", preparados sólo para investirse del poder supremo. En suma —decían—, el Libertador era como Miranda, quien siempre repetía: "Yo soy el hombre que debe mandar". Tales ideas y sentimientos de los próceres caraqueños, reprimidos durante quince años por la gloria espléndida de Bolívar, estallarán con extraordinaria violencia en 1830.

Al propio tiempo que el Libertador desembarcaba Bermúdez en Güiria. Partiera éste de Los Cayos el 9 de junio, en un barco norteamericano y rumbo a Venezuela. El 29 llegó a Margarita, donde Arismendi, conforme a órdenes dejadas por Bolívar, le negó entrada. De allí siguió Bermúdez a Carúpano, pero antes de llegar a este puerto informóse por el corsario *Feliz,* capitán Lominé, que la plaza había sido evacuada y que Bolívar había marchado a Occidente; transbordóse entonces al corsario, con Manuel Isava, Rubio y algún otro, y se dirigió a Ocumare. No se le permitió desembarcar tampoco en dicho sitio, porque el Libertador estaba decidido a evitar un encuentro con él, y cualesquiera que fuesen en aquel momento los sentimientos de Bermúdez, que persistiera en su animosidad o que viniera arrepentido y dispuesto a servir lealmente, es lo cierto que Bolívar cortó todo puente con el cumanés por medio de una carta categórica y terminante. Bermúdez finge ignorar u olvidar las circunstancias de su "licenciamiento" de Los Cayos, pero el Libertador se los recuerda con severidad y le prohibe desembarcar. Después de todas las trabas que puso a la expedición y que amenazaron dar al traste con ésta, después, sobre todo, "de los votos formales y expresos que usted y sus compañeros hicieron públicamente allí de atentar contra mi vida y de elevarlo a usted a la autoridad suprema", Bermúdez, insubor-

dinado y sedicioso, es indeseable en el ejército y en el territorio de la República. Al proceder de aquella manera, el Libertador creía, sin duda, que no había otra para ponerse a cubierto de un ataque personal de Bermúdez, a quien, como todo el mundo, sabía capaz de las peores violencias. Insistió, no obstante, el oriental en su persecución y logró alcanzar en Bonaire a Bolívar derrotado. Pero de nuevo allí, y a pesar de la amistosa intervención de Brión, rehusó el Libertador recibirle. Salió éste en el *Indio Libre* para Oriente y siguióle Bermúdez en una goleta.

Fácil es imaginar el estado de ánimo del irascible coronel al ver rechazadas por Bolívar sus tentativas de conciliación, en el supuesto de que a conciliación tendiese su tenacidad. Y sea que el truculento héroe haya querido vengarse del desdén de Bolívar, o que ya trajere desde Haití algún mal proyecto, una vez en Güiria armó el motín y soliviantó las tropas, poniendo al Libertador en una posición insostenible. Era, en efecto, absolutamente inconcebible que Bermúdez, hombre de pasiones ardientes, engreído con razón por sus proezas, recibiese a aquél con los brazos abiertos; y se explica que se volviera contra quien, por uno u otro motivo, le expulsara del ejército y de la patria y que ni él, Bermúdez, ni ninguno de sus compañeros de categoría consideraba aún acreedor de ciega obediencia y acatamiento.

En carta de 21 de agosto al general Arismendi, Bolívar narra el descalabro de Ocumare y su vuelta a Oriente. "Me hallo aquí (en Güiria) —dice— disponiendo mi marcha hacia Maturín con las fuerzas armadas y pertrechos que poseemos, y probablemente la partida será mañana, llenos de esperanzas lisonjeras, puesto que debemos hallar en los Llanos un ejército compuesto de las divisiones de los generales Piar, Monagas, Rojas, Sedeño, Zaraza y Mac Gregor, que últimamente quedó mandando la que yo desembarqué en Ocumare y debe haberse reunido con Zaraza y Monagas". Y el Libertador, con su ardiente imaginación, habla de los "5.000 granadinos" que manda Miguel Valdés en Barinas, y de cómo, con todas las fuerzas juntas, "podremos obrar sobre Cumaná y Guayana, y sucesivamente contra las otras provincias que ocupan los españoles". Estos sueños se evaporaron con el motín que estalló al día siguiente.

Ignórase cuál fué exactamente la actitud de Mariño en aquella ocurrencia. Sin duda sería obvio decir que, siendo jefe del ejército, habría debido arrestar a Bermúdez y castigarle. Es difícil, si no imposible, averiguar si podía hacerlo y, en caso afirmativo, por qué no lo hizo. Veamos desde luego los hechos tales como los presentan los historiadores, y sobre todo Larrazábal, que es el que, conforme a su costumbre, mayor culpa atribuye a Mariño.

Según el escritor citado, Mariño "recibió con despego e impertinente frialdad al Libertador, buscó pretextos y razones que disculpasen su esquivez y, aunque no se oponía al pensamiento de Bolívar de ir con tropas a Maturín en solicitud de Piar, para atacar a Guayana, tramaba por medios ocultos contra él". Terreno propicio habría sido así el espíritu de Mariño para los manejos de Bermúdez, quien "comenzó a trabajar ahincadamente para que desconociese a Bolívar", pues "ofendido, exasperado, no era a la sazón el mejor consejero", y por cuanto a Mariño, "tentado siempre a la desobediencia, le movía la más leve insinuación". Baralt, por su parte, dice que el "desconocimiento" fué tramado por Mariño y Bermúdez, con el pretexto de que el Libertador "había abandonado la expedición de Ocumare". Nótese, desde luego, que esta versión de Baralt difiere esencialmente de la que en general se repite de haberse dado como causa del desconocimiento el abandono por Bolívar del Oriente para invadir a Occidente. Yanes se refiere al hecho en lenguaje sibilino y pleno de figuras retóricas, aunque carga a Bermúdez y a cierto M..., con "otros que habían sido instrumentos y cómplices de sucesos anteriores". Ese M... de Yanes no puede ser el general Mariño: primero, porque éste no había sido hasta entonces autor, instrumento ni cómplice de ninguna maniobra contra el Libertador, y segundo, porque cuando el historiador habla luego de "los ambiciosos demagogos que se consideraban merecedores de todo, sin saciarse jamás de empleos y riquezas", no puede aludir a quien sólo buscaba el empleo de ganar batallas para la patria y había perdido por ejercerlo sus propias riquezas, pues es sabido que al general Mariño le costó buen por qué de éstas y de su tranquilidad meterse héroe. Briceño Méndez escribe, por su parte: "Llegado (Bolívar) a Güiria, encontró patriotas pero no amigos,

porque el general Mariño le desconoció y, aunque aparentemente le manifestaba alguna consideración, no le prestó obediencia y consintió que algunos de sus subalternos formasen complots y maquinaciones contra su vida. El general Bolívar no pudo salvarse sino desplegando toda la firmeza de un carácter inflexible y una serenidad y valor superiores a toda expresión. Sin estas grandes cualidades, él habría sido la víctima de una turba de asesinos que conspiraron primero en secreto y luego abiertamente contra su vida. Por entre ellos pudo salvarse con su espada en mano". Esta versión del suceso fué adoptada por O'Leary y también por Restrepo. Nótese que Briceño Méndez no nombra a Bermúdez, principal enemigo de Bolívar en aquella época, pero quien fué después uno de sus más adictos generales.

"El 22 de agosto —continúa diciendo Larrazábal—, por fin, hubo una asonada. Innecesario es decir que los amotinados gritaban: *¡Abajo Bolívar! ¡Vivan Mariño y Bermúdez!* Aspiraban éstos intempestivamente al dominio y lanzaban al pueblo de Güiria contra Bolívar. Una tropa de asesinos, subalternos de Mariño, conspiraron abiertamente contra la vida del Libertador, quien los contuvo con su serenidad y valor extraordinarios, pasando por medio de ellos con espada en mano. Bermúdez, por su parte, encendido de cólera y dejándose arrebatar de la más insolente audacia, tiró la espada contra su jefe. ¡Abominable desorden del ánimo! Detuviéronle el coronel Isava y el licenciado Gaspar Marcano, que estaban presentes y evitaron la consumación del más horrendo crimen". Yanes afirma: "Al tiempo de embarcarse (el Libertador) le tiró por detrás un sablazo Bermúdez, y tal vez hubiera sido muerto o herido si no se hubiera interpuesto un margariteño".

Yanes asegura que el 22 de agosto hubo "junta", que nombró a Mariño primer jefe y a Bermúdez segundo, y Larrazábal lo repite, hablando de amotinados. Sea lo que fuere, el Libertador se vió obligado a embarcarse, con el propósito, según él mismo escribió después, de pasar a Margarita. Hecho significativo y que recuerda el análogo de Carúpano en 1814: antes de partir, Bolívar puso a la disposición de Mariño todos los elementos de guerra que tenía en algunas flecheras y en el bergantín *Indio Libre.* El doctor Lecuna dice que "los

primeros fueron robados en medio del escandaloso desorden en que se hallaban las tropas de Mariño".

He allí cuanto se ha contado de los sucesos de Güiria. Otros historiadores y escritores no han hecho hasta ahora sino repetir más o menos lo dicho por Yanes, Baralt y Larrazábal, y, falta de documentos originales, algunos de ellos han tentado, sobre este período en general, síntesis basadas en errores de hecho y que habrían requerido previo análisis de caracteres y circunstancias. Mariño aparece para todos como autor de los sucesos y, si se quiere, en postura peor aún que la de Bermúdez, puesto que se le presenta solapado, ambicioso, que no tiene siquiera el coraje del otro para plantarse espada en mano frente a Bolívar. Es muy posible que la versión dada no pueda jamás ser destruída. Sin embargo, no reposa sobre fundamento bastante sólido. A Mariño pueden atribuírse cuantos defectos se desee, excepto los de ser hipócrita y cobarde: ningún prócer fué más hidalgo que él.

Importa ante todo examinar la situación respectiva de Bolívar y Mariño para ver hasta dónde son verosímiles las acusaciones formuladas contra el segundo. Hemos dicho, y desde luego insistimos en ello, que el "acta" de Carúpano debió de causar efecto deplorable en el espíritu de Mariño y predisponerlo muy desfavorablemente contra el Libertador. En seguida hay que reparar en la divergencia de opinión entre ambos generales, acentuada después, acerca de las operaciones militares. A juzgar por indicios posteriores, la expedición de Ocumare había sido estimada por Mariño y otros jefes orientales como error grave y casi como una especie de deserción. Aquél quería afirmar la base militar del Oriente, libertándolo por completo de realistas, antes de extender las operaciones que, en su opinión, parecían aventuras, mientras que el Libertador estimaba que la toma de Caracas y la guerra inmediata en las provincias centrales, en combinación con los patriotas de Apure y Barinas, traería una solución rápida del problema militar. Que Mariño no andaba por completo errado probóse a poco, cuando el propio Libertador se decidió a convertir a Guayana en baluarte y base de las campañas decisivas. No convenía dividir las fuerzas, y así lo pensó también éste desde comienzos del año siguiente al resolver la formación de un "gran

ejército", idea que llena toda su correspondencia ulterior con los generales llaneros. Por último —y tal circunstancia era de gran peso—, los orientales apenas habían visto hasta entonces en Bolívar al general siempre derrotado y en cuyas manos se perdieron las tropas que le llevara Mariño. La Puerta y Aragua de Barcelona repercutían en el nuevo infortunio de Ocumare. Después de esta última derrota aumentó de tal modo el descrédito del Libertador que, según escribía Juan José Revenga a Martín Tovar, aun "sus apasionados en todo lo culpan". "La victoria no le acompañaba ya —decía Palacio Fajardo—; su antigua fortuna le había abandonado". Chamberlain dejó su puesto de edecán porque no quería correr la suerte de aquel que, en su concepto, "va a ser despreciado en todas partes".

Corrobora los sentimientos desfavorables que a la sazón abrigaban hacia Bolívar los jefes orientales y la reputación de poca competencia y habilidad que le seguía, la censura de su conducta de 1816 que se halla en los informes que dos años después envió a su gobierno Irvine, agente norteamericano en Venezuela. Este diplomático recogió en Margarita y Guayana cierta versión de los sucesos anteriores que refleja sin duda ideas corrientes y muestra cómo persistía la mala atmósfera que, en cuanto a lo militar, rodeaba al Libertador. Esta circunstancia, como hemos dicho, ayuda a explicar ciertos actos de algunos jefes, de Mariño sobre todo, que es de quien nos ocupamos. Dice Irvine, en nota al pie de uno de estos informes, a los cuales volveremos más adelante al referirnos de nuevo a su misión: "Cuando Bolívar fué de Bonaire a Güiria, después de su segunda (sic) (pues ha tenido más huídas que Mahoma), casi se le silbó. Pidió, sin embargo, a Piar, Mariño y Bermúdez que le oyesen. Ellos accedieron, pero para evitar desprecios se vió obligado a reembarcarse. El mismo Brión estaba tan disgustado de sus respectivos fracasos y fugas, que juró perentoriamente que (Bolívar) *debía volver al Continente y combatir hasta una decisión.* Le dió la *Diana* para llevarle, pero nadie quería acompañarle, excepto cierto Pérez (José Gabriel), pobre teniente entonces y hoy edecán. Fué por desobedecer a Brión que experimentó la recepción y reproches que se le hicieron en Güiria".

Para colmo, el espíritu de anarquía era general en las filas patriotas: Bideau se quejaba del desdén con que era tratado por sus subalternos y concluía: "Todos mandan y nadie obedece". Ambiente aquel muy propicio para que prendieran y tomasen cuerpo entre oficiales y soldados los manejos y sentimientos hostiles de Bermúdez. ¿Se cruzó de brazos Mariño? Es el cargo menor que sus censores pretenden hacerle. Por fortuna para el general, existen piezas emanadas del propio Bolívar que demuestran que aquél hizo lo posible por defenderle y que su intervención evitó lo peor. Dos de esos documentos se conocieron solamente hace quince años; el tercero, que ya citamos atrás, acabamos de leerlo en uno de los últimos números del *Boletín* de nuestra Academia Nacional de la Historia, y todos obligan a reconsiderar muchos de los juicios emitidos por los historiadores sobre las relaciones de ambos hombres. Y piénsese lo que se quiera de las circunstancias en que Bolívar escribió esos textos y de la necesidad en que creyera se hallaba de congraciarse con el jefe oriental en los momentos de su segunda expedición de Haití, es indudable que debe revisarse la idea que generalmente se tiene del motín de Güiria, en cuanto a la responsabilidad personal de Mariño. Bolívar era maestro en diplomacia y sabía, además, a sus horas, manejar la lisonja. Mariño estaba lejos de ser insensible a ésta y su orgullo, que era inmenso, degeneraba a veces en vanidad: el Libertador en más de una ocasión tiró de esa cuerda, y otros como él. Pero si Bolívar pudo llegar por necesidad y política a la zalamería y a callar verdades, no nos parece que haya mentido ni empleado ciertas habilidades que habría derecho a calificar de indignas de su grandeza. Por ello no vacilamos en creer sinceros los documentos que se citan y, como tales, testimonio invalorable y único en descargo de Mariño. Sería difícil, dados los antecedentes inmediatos, atribuir al héroe oriental en la coyuntura gran fervor hacia Bolívar, y es evidente que no se sacrificó ahora por éste ni optó por compartir de nuevo su suerte, recordando quizá las ocurrencias de Carúpano en 1814.

Dejemos la palabra al Libertador, que desde luego reduce a nada la de Larrazábal: en carta de 29 de diciembre de este mismo año de 1816, cuyo original, tomado por los españoles en un combate

de la línea del Unare, fué descubierto en el Archivo de Indias, dice Bolívar a Mariño: "El infortunio no pudo romper los lazos de nuestra unión. Juntos arrostramos la tempestad de Carúpano, la de Cartagena y la de Güiria: en estas circunstancias hemos sido un modelo de amistad". O las palabras no tienen sentido alguno, o éstas del Libertador significan que Mariño no sólo no tomó partido contra aquél, sino que le ayudó a escapar de las tropas y del pueblo amotinados. El segundo papel de Bolívar que puede y debe invocarse aquí es del 14 de enero de 1817, y la minuta o apunte que sirvió para redactarlo ha sido publicada por Lecuna con otras que tomó de los copiadores de la secretaría del Libertador. El párrafo que insertamos a continuación, como algunos otros, aparece tachado, pero este detalle no tiene importancia desde luego, porque el hecho de haberlos dictado Bolívar les da la veracidad necesaria, y en seguida porque no es raro que un secretario tache minutas una vez que las ha trasladado o redactado mejor para la correspondencia definitiva. Creemos, por lo demás, que el caso no es único en los copiadores del Libertador. Veamos lo que escribe éste a Mariño en dicho apunte: "Si al partir de Güiria no participé mi ausencia a los jefes de la República para que se sometiesen a Vuestra Excelencia como al Segundo, fué porque ni allí habría sido posible hacerlo en medio de la escandalosa conmoción en que se hallaba aquel ejército, como Vuestra Excelencia lo sabe mejor que ningún otro, y porque mi ánimo fué dirigirme a la Margarita, cuya resolución no pude ejecutar por ocurrencias que no estuvo en mi mano evitar". Pero el documento-maza, que viene a aplastar la calumnia contra Mariño y a destruir los ataques que renovadamente ha sufrido su reputación en aquel caso, es la recién publicada carta escrita por el Libertador al presidente Pétion a bordo del bergantín *Indio Libre,* en rada de Jacquemel, con fecha 4 de setiembre de 1816, y cuyos párrafos pertinentes rezan: "Me embarqué (en Ocumare) pensando ir a Margarita; pero habiendo sabido que la flota española bloqueaba la isla, determinamos hacer rumbo a Güiria, donde se hallaba el general Mariño con unos 300 hombres. Al llegar me recibieron muy bien. El general Mariño me aseguró que las tropas estaban dispuestas para hacer la conquista de Guayana

conjuntamente con el general Piar. Todo estaba preparado para ejecutar esta empresa. Sin embargo, el general Bermúdez, mi antiguo enemigo, intriga con los habitantes de Güiria para que no salgan de su país. Les hace creer que yo les quiero sacrificar a mi ambición. A pesar de todos los esfuerzos del general Mariño, de sus oficiales y, en fin, de todas mis exhortaciones, rehusaron marchar, dando por pretexto que no podían dejar sus mujeres e hijos a la merced del enemigo. Ante este obstáculo les propongo darles los transportes para sus mujeres e hijos, pero todo en vano, porque no querían exponerse a las privaciones y peligros". Es claro que no convenía al Libertador completar su informe a Pétion revelándole los extremos a que pasó Bermúdez, pero lo dicho basta para fijar las responsabilidades. La carta agrega: "Todos los generales que tienen mando en Venezuela han reconocido mi autoridad y me obedecen ciegamente. El general Mariño es el mejor de mis amigos. El general Arismendi no tiene otra voluntad que la mía. La adhesión del general Piar hacia mí no tiene límites. Tengo toda la confianza en el general Mac Gregor. Los jefes que comandan las guerrillas han hecho un reconocimiento solemne de mi suprema autoridad. No queda sino el general Bermúdez, que tratará de sembrar la discordia entre nosotros; pero como es el enemigo de todos, lograremos anular su influencia". Son esas las palabras definitivas con que la historia debe por fin sellar aquel episodio y descolgarle a Mariño aquel milagro, que es sólo de Bermúdez. "El general Mariño es el mejor de mis amigos": el Libertador sabía pensar y escribir, no estaba nunca corto de fórmulas, y, a pesar de todo el interés que tenía en presentar a Pétion los jefes patriotas en frente unido, no se habría valido de esa frase sin estar seguro de lo que incluía. Quienes lo duden deberán creerle hipócrita, zoquete o amnésico. Aquí ellos, y que escojan.

Sábese que Pétion, más generoso y sobre todo más clarividente que muchos próceres venezolanos, mostró no haber perdido la fe en el genio de Bolívar y, por carta de 7 de setiembre, le invitó a pasar a Puerto Príncipe: "Si la fortuna inconstante —díjole— ha burlado por segunda vez las esperanzas de Vuestra Excelencia, en la tercera puede serle favorable: yo, a lo menos, tengo este presentimiento".

Y el noble presidente ayudó de nuevo al Libertador a tentar por tercera vez a la voluble diosa.

La columna que había desembarcado con Bolívar en Ocumare emprendió marcha hasta el interior del país, al mando de Mac Gregor y con intención de reunirse con los jefes que guerrilleaban en los llanos del Guárico oriental y de Barcelona. El escocés batió al venezolano realista Quero en el Valle del Onoto, bajó por el Pao de Zárate hasta San Sebastián de los Reyes y enderezó hacia Chaguaramas por San Francisco y Camatagua. Derrotó de nuevo a Quero en Quebrada Honda y, reunido con Monagas y Zaraza en San Diego de Cabrutica, ganó contra otro realista venezolano, el coronel Rafael López, el 6 de setiembre, la batalla del Alacrán: 500 enemigos quedaron en el campo y la división patriota, fuerte ya de 1.400 hombres, se dividió para marchar Monagas contra Barcelona y Zaraza hacia Ipire, donde estaba Morales.

VI

EN NOMBRE DE LOS PUEBLOS INDEPENDIENTES DE VENEZUELA

Las consecuencias del acta de Carúpano y de la salida del Libertador para Ocumare en las circunstancias indicadas no podían ser otras sino colocar al general Mariño en posición de ejercer de nuevo su actividad militar y política con alguna autonomía, comparable en cierto modo a la independencia con que había obrado en 1813. Ya se ha visto cómo fué recibido Bolívar a su vuelta a Oriente y se verá el resultado de la nueva campaña emprendida por Mariño.

Mas hay un aspecto muy importante de la acción de este último, que marca el carácter especial que continuaba teniendo su jefatura en las provincias orientales, aspecto sobre el cual es muda la historia y que los papeles ingleses nos han permitido descubrir como hemos indicado. Porque mientras guerreaba, el general conversaba con las autoridades británicas y, precisamente durante el mes del fracaso de la expedición de Ocumare, trataba de arreglar con Sir Ralph Woodford las espinosas cuestiones del comercio posible entre la Costa Firme y las Antillas y de la extradición de esclavos fugitivos. El proyecto de convenio que entonces formuló el jefe oriental, es, sin duda, el primer instrumento de derecho internacional que ensayó establecer la renaciente República con un gobierno extranjero, y merece, por tanto, inscribirse no sólo en el activo personal de Mariño,

sino también en la historia diplomática de Venezuela. Probó entonces éste a hacer que las reacias autoridades inglesas reconociesen por acto público la beligerancia de los insurgentes; o, en todo caso, que aceptaran formalmente una situación de hecho que originaría para ellos derechos y prerrogativas de Estado. De lograrse tal propósito podría esperarse que el gobierno de Trinidad cambiase de actitud, volviéndose un tanto favorable a la causa republicana.

La guerra en Oriente no había podido menos de suscitar, como hemos visto, muchas dificultades entre las autoridades españolas de Venezuela y las de Trinidad. Después de las medidas tomadas por las últimas a raíz de la expedición inicial de Mariño, los ingleses habían tenido que entrar en relaciones de hecho con los patriotas vencedores. Cuando las provincias fueron reconquistadas por los realistas, presentáronse nuevos incidentes, debido sobre todo a que los cabecillas rebeldes trataban de obtener armas en la isla para proseguir su guerrilla. La autoridad británica no sentía en aquellos momentos simpatía alguna hacia los últimos; Sir Ralph se mostraba más bien dispuesto a favorecer a los españoles y, el 19 de agosto de 1815, publicó un bando por el cual renovó con extremada severidad las prohibiciones y penas decretadas por su predecesor y tendientes a impedir todo suministro a los insurgentes y a castigarlo con la confiscación y el destierro, teniéndose por criminales a los autores y cómplices de tal suministro. Algunos patriotas venezolanos apresados más tarde en el mar porque llevaban armas al continente fueron condenados en Trinidad a trabajos forzados. La vigilancia de Woodford era tan estrecha y eficaz, que cuando el coronel Rojas logró pasar a la isla en busca de armas, sólo consiguió llevarse nueve fusiles y cinco botellas de pólvora. Un comisionado de Arismendi, a fines de 1815, fué aprisionado con toda la tripulación del barco que le había conducido a Puerto España. En lo adelante, los insurgentes podrán apenas obtener armas, en pequeñas cantidades, por algunos buques mercantes que de los Estados Unidos arribaban a la costa venezolana y continuarán sosteniendo la lucha sin esperanza alguna de socorro del exterior.

Preocupaban sobremanera a los gobernadores de la Antillas británicas las dificultades del comercio con Venezuela, a que ponían doblemente trabas los cruceros españoles y los corsarios insurgentes, amén de que el estado anárquico y la ruina material en que se hallaba este país habían disminuído considerablemente las posibilidades de venta de mercaderías y de compra de ganados y de otros artículos necesarios para las islas. A cada instante ocurrían incidentes, cuando los barcos extranjeros trataban de forzar el bloqueo de los territorios ocupados por uno u otro beligerante. Las comunicaciones de Woodford y de sus colegas abundan en informaciones de esta índole y dan pormenores que permitirían estudiar con provecho aquella faz de la guerra venezolana, pero que estarían de más en este lugar. El 27 de mayo de 1815, Woodford señalaba la caza dada por un corsario "llamado Brión" al barco norteamericano *La Flèche.* Se decía que Brión transportaba armas para los insurgentes. Americanos e ingleses multiplicaban sus quejas ante este o aquel bando con mayor o menor éxito, en defensa de sus intereses.

El almirante Douglas comunicó a Londres, a fines de enero de 1816, la proclamación por el capitán general interino Moxó del bloqueo de la isla Margarita y según la cual todo buque español que asistiese a los rebeldes sería confiscado y su capitán y oficiales ahorcados, como también cinco de los hombres de la tripulación. Los buques extranjeros serían tratados como piratas, y así se lo participó a las autoridades antillanas. Wellwood Hyslop, libertado por fin de su prisión de Cartagena, llevó a Jamaica, por mayo, noticia del deplorable estado a que había reducido al comercio inglés el triunfo de Morillo en Nueva Granada. En abril, el embajador Vaughan recibió instrucciones de protestar enérgicamente ante el gobierno español contra el decreto de Moxó, el cual no sólo confiscaba y multaba, sino también preveía "medidas sanguinarias" inusitadas. El Príncipe Regente reconocía los derechos normales del bloqueador, pero negaba que éste tuviese el de imponer la pena capital y pedía que se anulase tal disposición. En mayo se llamó la atención de dicho gobierno sobre la "inaudita y poco amistosa violencia de las medidas con que se amenaza, y que muchas veces se ejecutan, contra los súbditos de

Su Majestad". En agosto, por último, se presentaron severas reconvenciones por el tratamiento injustificable y brutal que habían sufrido después de la toma de Cartagena los negociantes ingleses, así como los oficiales y tripulaciones de los barcos mercantes, y se pidió al propio tiempo la libertad de los que estaban presos y la restitución de sus propiedades.

Por lo demás, las comunicaciones transmitidas de las islas contenían no pocas inexactitudes acerca de cuanto realmente sucedía en Venezuela. A 7 de junio, el almirante Harvey escribía de Barbada que la expedición de Los Cayos iba mandada por Valdés y no por Bolívar, estaba formada por miles de soldados escapados de Cartagena y había aparecido en Margarita bajo bandera española. Engañados por este ardid —decíase—, los realistas no se opusieron a su desembarco. El almirante envió allí al *Childers* para que protegiera al comercio inglés y recogiese informes.

Sin embargo, algunas de aquellas comunicaciones presentan interés real como, por ejemplo, la que contiene una deposición del español D. Agustín Galdona sobre la mencionada expedición y hecha en Trinidad el 8 de julio. Allí se da la lista de los principales oficiales que tomaron parte en ella, separando los blancos de los mulatos. Los primeros fueron: Brión, Soublette, Briceño, Mérida, Valdés, Mariño, Anzoátegui, Galindo, Mac Gregor, Montes, Lemenique, Villaret; y los segundos: Bideau, Piar, Zúñiga (?), Sánchez, Piñango, Rosales. No fueron tropas, pero sí doscientos oficiales, muchos de ellos franceses y cinco ingleses, "junto con treinta negros". Treinta "negros de Pétion" formaban la guardia de corps de Bolívar. Llevaron trece mil mosquetes y ochocientos quintales de pólvora, pero ningún uniforme. En Carúpano Bolívar lanzó una proclama prometiendo la libertad a los esclavos y excitando a la población a presentársele; pero ésta huyó y sólo quedaron en la ciudad cuarenta y cinco personas. Los espías informaron a Bolívar de los movimientos amenazadores de los españoles. "A las cinco de la mañana del día 30 (de junio) se recibió un despacho de Arismendi, de Margarita, informando a Bolívar que una flota de once buques grandes de guerra había sido vista al oeste de la isla yendo hacia ésta, e inmediatamente se comu-

nicó una orden general de retirada, y a las cuatro de la tarde todo el mundo se embarcó en buques de la expedición y en otros dos tomados en Carúpano". "La sola cosa que Bolívar pudo encontrar como botín fueron quinientas fanegas de cacao; el resto de las propiedades personales de los habitantes se dió en pillaje a los soldados durante veinticuatro horas como su botín". El rumbo de Bolívar era desconocido, pero Galdona suponía "que se había dirigido hacia el norte de Margarita a recibir a bordo a los jefes insurgentes de esta isla, entendiéndose que de allí volverá a Los Cayos". Mariño había salido "por tierra", con cincuenta esclavos reclutados a la fuerza en Carúpano, tres oficiales negros de Los Cayos y otros tres "emigrados de Caracas". A la sazón se hallaba en Güiria "con ciento cincuenta negros". Según dijeron a Galdona en Río Caribe, una división de ochocientos hombres marchaba contra él. Piar estaba en Maturín.

El Libertador escribió de Carúpano a Woodford, "capitán general de Trinidad", el 21 de junio, una nota por la cual le comunicaba su llegada a la cabeza de "una expedición compuesta de las reliquias del ejército que defendía a Cartagena y de las fuerzas marítimas de la Nueva Granada". Nada decía del auxilio dado por Pétion ni de la libertad de los esclavos, que acababa de ofrecer, pero sí prometía "hacer cesar la guerra a muerte y volver al orden social estos hermosos países, que hasta el presente han sido el teatro de la guerra civil más espantosa y de la dominación española". Las relaciones con la Gran Bretaña serían, como siempre, amistosas —concluía—, y se esperaban la libre navegación y el comercio ventajosos para ambas partes. No hay traza en el *Public Record Office* de esta nota de Bolívar, inserta en la colección de Blanco y Azpúrua. Ni tampoco de que Woodford tratase de entrar en contacto con aquél, sin duda porque supo pronto su partida para Occidente. Sin embargo, el gobernador, fundándose parcialmente en el informe de Galdona, escribió el 10 de julio a lord Bathurst: "Tengo a honra comunicar a Vuestra Señoría que el jefe español independiente Bolívar, después de permanecer treinta días en Carúpano, incapaz de avanzar por estar el país desierto (ya muy devastado) a su llegada, se vió inducido a dejar el puerto el 30 último a consecuencia del aviso que le dió Arismendi, de Margarita, de

haberse visto una escuadra española en esa isla, en la cual los españoles guardan todavía la principal posición. Bolívar declaró la emancipación de los esclavos un día después de su desembarco, y Santiago Mariño ha estado en Güiria con cierto número de esclavos, y me apena agregar que varios de esta isla (Trinidad) se le han juntado. El documento anejo dará a Vuestra Señoría más amplia información; y sólo puedo expresar la esperanza de que tales merodeadores que, sin interés ni apoyo en el país y con propósitos de extorsión o pillaje, arriesgan empresa tan loca como la presente, con la cual sólo pueden crear serios disturbios y dañar cualquiera otra colonia, tendrán suficiente escarmiento con el vuelco de sus proyectos; y de que esta isla pueda en consecuencia restaurar su tráfico y comercio anteriores, que nunca podrán mantener los independientes y que se perderían enteramente para la colonia en caso de independencia general del vecino continente y de la apertura de los puertos".

El otro problema principal que deseaban resolver las autoridades inglesas era, como dijimos, el concerniente a los esclavos que de las islas escapaban a Costa Firme seducidos por las promesas de libertad que les hacían los insurgentes a fines de reclutamiento.

Para informarse de primera mano y, quizá, para que negociasen eventualmente con Mariño sobre el comercio y los esclavos, Sir Ralph resolvió diputar a Güiria al capitán Stirling, comandante del *Brazen,* y al capitán de puerto Kenneth Mathison. Refirámonos ahora a los importantes documentos que poseemos sobre estas conversaciones. Pocos comentarios requieren, pues su lectura, que damos íntegra, es contribución decisiva y bastante para el estudio y juicio del asunto.

El 15 de junio Mariño escribió a Woodford una nota oficial, cuyo texto completo ignoramos porque, como se verá, el gobernador dijo no haberla recibido nunca y que, en efecto, no aparece en los archivos. Stirling y Mathison llegaron a Güiria el 21 de julio y fueron recibidos inmediatamente por Mariño, con quien trataron de las diversas cuestiones en la forma que consta del extenso y pormenorizado informe que, con fecha 27, presentó a Woodford el capitán de puerto, y por el cual se verá cómo el general decidió escribir al gobernador una carta de su puño y letra y remitió luego a los comisionados su proyecto

de convenio. Traducimos aquel informe del inglés y copiamos los dos últimos documentos de sus originales en español.

Escribe Mathison:

"Informe del capitán de puerto de Trinidad sobre el estado de Güiria, incluído en el N° 187.—

"Me permito comunicar a Vuestra Excelencia que, según sus instrucciones, me embarqué en el navío de Su Majestad *Brazen* la tarde del sábado 20 del corriente e inmediatamente me trasladé a la costa de Güiria. Permanecimos a barlovento de ésta toda la noche del sábado, sin encontrar buques ni botes. El domingo, con tiempo casi en calma, anclamos a cerca de tres millas a barlovento de Güiria.

"El lunes por la mañana desembarqué con el capitán Stirling y encontré a Santiago Mariño en posesión de la ciudad y de las costas que la rodean. Nos recibió con mucha cortesía y atención; en la conversación con él le pregunté por qué habían ellos (los patriotas) dicho que los esclavos que se les juntasen serían libres. Respondió del modo más positivo que tal información ha debido ser propalada por sus enemigos, pues no han pensado jamás tomar esa medida excepto respecto de los negros que se habían ido a los bosques mucho tiempo antes de su llegada.

"Preguntéle qué pensaba hacer con los esclavos que pudiesen llegar de Trinidad u otras islas, y entonces me contestó que todo esclavo que lo ensayase sería remitido sin retardo al lugar de donde viniera. Anunció que escribiría a Vuestra Excelencia a este respecto, pues es de la mayor importancia para los intereses de los habitantes y para el bien público impedir por todos los medios de que disponga el desembarco de esclavos provenientes de cualquiera de las colonias.

"Cuando le dije que, según se informaba, una fragata y dos corbetas francesas llegadas de Francia a Martinica venían a ayudar a los realistas, me respondió que le contentaba mucho oír que los franceses venían contra ellos (los patriotas), pues estaba cierto de que éste sería el medio de inducir a los ingleses a tomar muy próximamente parte activa en los asuntos. No puede creer que la nación británica mirará el esfuerzo que hacen los suramericanos para ganar su libertad sin ayudarles de una u otra manera contra sus enemigos,

contra los franceses en particular; declaró que su mayor deseo es ver la bandera inglesa flotar en América del Sur como dueña (master) o como amiga, porque está cierto de que sólo la Gran Bretaña puede detener las horribles guerras cuyo furor se ha extendido y se extiende por América; él y todo el país están prontos a reconocer a la Gran Bretaña como amiga o dueña, pero que no cesará de resistir a no importa qué otro pabellón o pueblo mientras haya un hombre vivo. Reconoce que los enfermos de la guarnición española encontrados en un barco fugitivo habían sido muertos y arrojados al mar, mas asegura que esto sucedió antes de su llegada; que nadie ha sido después dañado, ni lo será en el futuro, pues la determinación fija de Bolívar y de él mismo es de obrar con humanidad hacia todo el mundo; que ellos habían abandonado el anterior sistema de gobierno de matanza (system of Government Massacre) y esperaban que los españoles harían lo mismo.

"Este joven, que Vuestra Excelencia sabe es nativo de esta isla, donde residió durante muchos años en varias inferiores situaciones de vida (y quien) fué proscrito por el general Monro por haber organizado y encabezado la expedición de la hacienda de la isla de Chacachacare en enero de 1813, parece haber establecido un grado de orden y subordinación mayor que el que yo haya observado antes entre los independientes, durante sus precedentes temporales éxitos. Él mismo estaba de uniforme, como también muchos de sus oficiales; y éstos me parecieron encontrarse menos que en el pasado sobre pie de igualdad con su jefe.

"Tiene cerca de 500 hombres, todos armados de mosquetes ingleses Tower, pero desvestidos; hay cerca de 50 dragones con uniformes españoles y armas inglesas: 14 son desertores del ejército de Morillo; y hay ingleses de San Tomas. Han construído para la protección de Güiria tres fortines de cuatro cañones cada uno y que pueden contener 300 hombres. Se alimentan de maíz, plátanos y pescado fresco, todo en abundancia.

"Mariño dijo que había habido una insurrección en Caracas, que sólo tenía una débil guarnición española, y que Bolívar, después de haber dejado su expedición para el bloqueo de Cumaná y Barcelona

bajo el mando de los generales Sir Gregor Mac Gregor, Stuart y Chamberlagne (sic), partió para Caracas a ponerse a la cabeza de los descontentos; y que se decía que el ejército del general Morillo había sido destruído en varios combates y por las enfermedades cerca de Cartagena. (Agregó) que no había entre ellos (los patriotas) españoles con rango de general, salvo Bolívar y él mismo; y que hay tres oficiales ingleses mencionados, diciendo al mismo tiempo que podían tener mayor confianza en éstos que en cualesquiera otros. Sin embargo, y por necesidad, varios franceses mandan las compañías.

"Representó que los independientes eran fuertes en las llanuras de Maturín y que él tenía la intención de atacar a Angostura muy pronto.

"Por lo que he visto, estoy cierto de que los independientes no abandonarán fácilmente la plaza que han retomado, y que si los españoles pueden enviar tropas frescas la guerra será interminable mientras existan ambos partidos.

"Los indios guayqueries se han juntado ahora a los independientes con sus flecheras o grandes canoas, de las cuales he visto una con ciento veinticinco remos. Pero por la manera como se ha expresado Mariño y por mi propio conocimiento de todo el país, de allí hasta Caracas, estoy convencido de que el pabellón británico sería bienvenido y recibido como garantía de seguridad y tranquilidad y que sin él estas cinco provincias serán totalmente destruídas.

"Aun cuando las instrucciones que Vuestra Excelencia me dió se limitaron a que acompañase al capitán Stirling para reclamar los esclavos fugitivos de esta isla y que se decía habían sido recibidos allí, a causa del conocimiento anterior que tengo de Santiago y hallándole comunicativo y amistoso, no pude evitar una conversación que él inició sobre establecer relaciones entre el Continente y Trinidad. Sin embargo, aproveché la ocasión para explicarle claramente que cualquier favor que se hiciese a su partido dependería de: 1° La entrega puntual de todos (los) esclavos; 2° La libre e ilimitada exportación de ganado y mulas de Maturín, en cualquier buque que se enviase a buscarlos; 3° La detención de todas las embarcaciones que no estuviesen provistas de una licencia regular de esta isla. (Dije) que

Vuestra Excelencia no permitirá el comercio si algún barco (venezolano) fuese autorizado bajo el mando de los mulatos franceses alistados precedentemente, y quienes son demasiado conocidos para que se pueda tener confianza en ellos una vez más. En esto Mariño está de acuerdo y se expresó en términos semejantes acerca de las personas aludidas.

"Observé también que yo no pensaba que pudiese permitirse que ningún buque izara en Puerto España el pabellón independiente, por lo cual Mariño sólo expresó su sentimiento.

"Todas las propiedades están en manos de los jefes y en ellas trabajan los viejos, las mujeres y los niños y aquellos esclavos que no optaron por tomar las armas.

"Hay en Güiria ocho barcos de Trinidad, todos admitidos sin licencia. Niégase, no obstante, que se haya recibido a esclavos, excepto a tres pertenecientes a una persona de su propio partido, a quien fueron restituidos.

"St. Yago Mariño me dió la carta que acompaño para Vuestra Excelencia, y después que me reembarqué envióme el papel también anejo. Le aseguré que Vuestra Excelencia no había recibido ninguna comunicación suya.

"Si puedo permitirme dar opinión sobre los papeles adjuntos, quisiera recomendar que se esperase ver cuál será la suerte de Cumaná y Barcelona antes de aceptar o rechazar las insinuaciones hechas por Santiago a Vuestra Excelencia, pero, en vista de la gran escasez que hay aquí de ganado, maíz y plátanos, sugiero humildemente que se permita la importación de tales artículos en buques y botes tripulados por súbditos británicos.

"Tengo a honra ser de Vuestra Excelencia obediente y humilde servidor.—K. MATHISON.—Trinidad, 27 de julio de 1816."

He aquí ahora la carta autógrafa del general Mariño:

"Esxmo. Señor:

"En el oficio que con fecha 15 del próximo pasado junio tuve el honor, de hacer a V. E. anunciándole mi llegada á esta Ciudad le dixe entre otras cosas lo siguiente:

"La recíproca armonía con que se han tratado los Gobiernos Independientes, con los Almirantes y Gobernadores de las Antillas y las Personales atenciones que hemos merecido el Gefe supremo, y yo, de aquellos y demas autoridades de la Ysla de Jamayca, me son muy apreciables para pasarlas en silencio, y para asegurar a V. E. las sanas y amigables intenciones que regirán mis operaciones y conducta con respecto a las Colonias, Buques y Propiedades de S.M.B.

"Para que esto tenga efecto y asegurar de un modo, que inspire confianza á entrambos Gobiernos, la buena inteligencia y relaciones comerciales, que son tan necesarias al Gobierno de V. E. y Costa-Firme, me tomo el más escrupuloso empeño en que seran bien tratados los Ciudadanos Yngleses, despachados sus Buques, con la celeridad que exige el Comercio, respetadas sus propiedades, y la esclavitud que les pertenezca devuelta a V. E. con las seguridades, y brevedad posible: creido firmemente que es el orden de Justicia, y que por él y demás razones expuestas, debemos merecer de V. E. igual correspondencia".

"Y como hasta el presente no haya merecido de V. E. respuesta alguna, al paso que deseo cese enteramente la incomunicación en que se halla la Ysla de Trinidad y esta Porción de Venezuela con perjuicio notable de los ciudadanos de ambas partes, por no hacerse el Comercio de una y otra con los permisos, y licencias que corresponden del Gobierno, me tomo la libertad de repetirlo a V. E. para que entendido de las miras de estos Pueblos y de sus Gefes, se sirva resolver y avisarme en contextación lo que á bien tenga para mi inteligencia.—Dios gde á V. E. ms as.—Quartel General de Guyria á 22 de Julio de 1816 — 6° — Exmo Señor.—SANTIAGO MARIÑO.— Al Exmo Señor Gobernador de la Ysla de Trinidad."

Del proyecto de convenio redactado por Mariño tenemos a la vista tres copias, tomadas de diferentes fuentes. Desde luego está la que, sin encabezamiento, inserta Yanes en su *Historia de Cumaná,* precedida por el siguiente comentario: "El General Mariño dirigía las operaciones de la guerra en Güiria, y el enemigo era molestado en toda la provincia y en tal manera que el Gobernador de Trinidad empezó a tratar exteriormente a los independientes de otra manera

distinta de la que hasta entonces los había tratado. El 23 de julio celebró con el General Mariño por medio del capitán de puerto de la isla, Mr. Matison, un convenio para la entrega de los esclavos, comercio, navegación y pesca, según se expresa en los siguientes artículos". Vemos en seguida el texto enviado por Mariño a Woodford, idéntico al anterior, salvo dos o tres pequeñas diferencias que acaso deben tomarse, en el de Yanes, como simples errores de copista. El documento presentado por el historiador ofrece, no obstante, un detalle harto significativo, y es que aparece firmado también por Mathison, lo cual permitiría suponer que éste lo discutió y aceptó antes de regresar a Trinidad. Tal hipótesis es plausible porque el espíritu de sus cláusulas, si no su letra, se halla en las conversaciones con Mariño tales como las refiere el capitán de puerto en el informe que arriba tradujimos. Hay, por último, el texto que acompañó a la protesta de Pizarro, de que hablaremos más adelante, texto igual al anterior, cuya traducción inglesa figura también en el expediente del *Colonial Office.* Esta traducción es correcta; pero merece notarse que en su encabezamiento se dice: "Ciudadanos Libres" por "Pueblos Independientes" de Venezuela, que fué la expresión empleada por Mariño y que se entiende perfectamente, según el lenguaje revolucionario de la época. Los ingleses llamaron proclama aquel convenio y Woodford le atribuyó apenas carácter de promesa, sin prestarle desde luego mucha fe. Es posible que la firma de Mathison que trae Yanes desapareciese en la transmisión a Londres, porque el gobernador no quisiera asumir responsabilidades sin estar seguro de la aprobación de su gobierno. El texto enviado por Mariño a Woodford reza:

"Convenio entre Sus Excelencias el Gobernador de la Ysla de Trinidad, y el General Mariño, á Nombre de los Pueblos Independientes de Venezuela,

"1st (sic). Los Esclavos pertenecientes a la Ysla de Trinidad que se fuguen á las Provincias Independientes serán debueltos á su Gobierno imediatamente que los reclame, como también las Canoas y otras propiedades Inglesas.

"2°. Los Vasallos de S.M.B. podrán Comerciar libremente con dichas Provincias, con lexitimos permisos de su Gobierno, sin ser molestados, y sus Buques despachados con las brevedad que exije el Comercio.

"3°. El Puerto de Maturín estará abierto para los Buques de S.M.B., á quienes se concede el privilegio de sacar Ganados, Mulas y demás Producciones del País.

"4°. Las Costas de las Provincias Independientes quedan expeditas para la Pesca; a los Vasallos de S.M.B. con las licencias correspondientes, de su Gobierno, y guardando el derecho de Gentes.

"5°. Las Provincias Independientes tendrán igual privilegio con respecto; a las propiedades de sus Individuos, conforme en todo á los concedidos al Gobierno de Trinidad, en el artículo primero.

"6°. El Comercio de los Independientes tendrá igual franquicia en Trinidad que la que le concede a los Vasallos de S.M.B. el artículo Segundo.

"Quartel General de Guyria. Julio 23 de 1816. — SANTIAGO MARIÑO."

Acto continuo, sin que sepamos la fecha exacta, porque no está indicada, Woodford respondió a Mariño, en nota muy evasiva, según su costumbre, en cuanto a compromisos eventuales con los rebeldes, y exigiendo al propio tiempo declaración pública y explícita de las intenciones del jefe venezolano respecto a barcos y súbditos británicos. Los puertos de la isla estaban libres al comercio, además; y el gobernador tomaba nota con satisfacción de la decisión de los independientes de humanizar sus métodos de guerra:

"El Gobernador de Trinidad ha recibido la carta que le dirigió el señor Santiago Mariño el 22 del corriente; así como el papel entregado por éste al señor Mathison, y, en respuesta, le informa que este Puerto no ha estado nunca cerrado a los buques y lanchas pertenecientes al Continente español y que continuará libre para todo comercio lícito, a menos que Su Majestad ordene otra cosa.

"Al hacer esta comunicación, el Gobernador piensa que es su deber declarar que no puede ver una proclama del Jefe de los Independientes Españoles declaratoria de la promesa de inmediata libertad

de la población esclava del Continente español, sin sentir la mayor alarma por las consecuencias de ello en el ánimo de los negros de las colonias británicas, y más especialmente de las contiguas a dicho Continente; así se ha manifestado ya desgraciadamente en las recientes y frecuentes deserciones de esta isla.

"Por consiguiente, el Gobernador de Trinidad estima que es su deber indispensable requerir en primer lugar del Comandante de las Fuerzas Independientes de Güiria una declaración pública y explícita de que no admitirá botes o barcos de la Isla de Trinidad en los puertos que se hallan o puedan en lo adelante caer bajo su autoridad, a menos que tales barcos, así como sus tripulaciones y pasajeros, estén provistos de pasaportes firmados por el Gobernador; y que todas las personas cualesquiera que sean que aparezcan haber desembarcado de esta Colonia sin pasaporte serán devueltas a este Puerto en primera oportunidad como deber especial y sin que se necesite previa solicitud de parte de este Gobierno.

"El Gobernador piensa que es tanto más necesario insistir en esta seguridad preliminar cuanto que, por la visita reciente de un navío de guerra de Su Majestad, ha sabido que un número considerable de buques fué recibido y admitido sin licencia y sus tripulaciones, pasajeros y carga desembarcados en el puerto de Güiria. Muchos de estos buques llevaban esclavos fugados de Trinidad.

"El Gobernador se entera con satisfacción de la intención declarada por los Comandantes de las Fuerzas Insurgentes de retornar a un sistema de hacer la guerra más humano que el que ha prevalecido hasta el presente entre los partidos adversos en el Continente español.

"La anterior comunicación del señor St. Yago Mariño no ha sido nunca recibida. — RALPH WOODFORD. — Trinidad. Agosto. 1816."

En su nota informativa de 4 de agosto a lord Bathurst, Woodford expone cuál ha sido su actitud, da las razones de ésta y expresa la esperanza de que se la apruebe por ser conforme a las instrucciones recibidas tanto por él como por su predecesor Monro. Desde luego, el gobernador ve con satisfacción que Londres ha aprobado ya las

medidas tomadas con ocasión de una insurrección acaecida recientemente en Barbada (sobre la cual no hemos investigado) y continúa:

"No dejaré de atenerme a las instrucciones de Vuestra Señoría en lo concerniente a los misioneros y predicadores metodistas. Uno de estos últimos ha buscado durante algún tiempo establecer el derecho de administrar los sacramentos de la Iglesia y de ocupar el cargo de rector. Al presente, mi objeción principal al predicador metodista es que enseña y permite predicar a los esclavos.

"No obstante, estoy sobre todo ansioso por los asuntos del Continente español. Desde que escribí la última vez a Vuestra Señoría el número de deserciones de esclavos de la isla aumentó tan rápidamente que me indujo a pedir al capitán Stirling, comandante de la corbeta de Su Majestad *Brazen,* de estación aquí, que fuese a Güiria llevando a bordo al capitán de puerto, quien conoce bien el lugar y la gente y cuyo informe acompaño.

"En instrucciones dadas en 1811 y 1812 al general Monro, se ordenó a este oficial abstenerse de cualquier acto que pudiera significar reconocimiento del nuevo gobierno; y como desde entonces el rey de España ha sido restaurado en su trono y es aliado de Su Majestad, me pareció conveniente contestar a las adjuntas cartas recibidas de St. Yago Mariño, más con la esperanza de recuperar los esclavos fugitivos que porque crea a los insurgentes capaces, con sus actuales medios y recursos, de mantener el terreno ganado contra las fuerzas reales cuando éstas tengan tiempo de reunirse. En cualquier momento que esto se efectúe, es probable que el gobierno real no estará poco resentido por el hecho de haber tenido yo comunicación con los independientes. Creo, sin embargo, que Vuestra Señoría no considerará que me he desviado ni en grado mínimo de la estricta neutralidad que me ordena observar en toda ocasión entre los dos partidos contendientes en el Continente español.

"El capitán Stirling informa favorablemente acerca de las maneras y modo de pensar de St. Yago Mariño; pero temo que las declaraciones de éste sobre la intención de su partido de cesar el anterior horrible sistema de hacer la guerra no sean muy sinceras, pues aun hoy se informa que un buque insurgente llevaba cabezas de españoles

en su arboladura. Yo debería agregar que aquel jefe se expresó también ante el capitán Stirling en favor de la intervención británica como único medio de salvar al país y las pocas vidas que allí quedan.

"Debo asimismo observar que he recibido quejas a causa de la detención por los realistas de buques mercantes británicos. Esto es, no obstante, fácilmente explicable, pues me temo que ese partido haya comprobado con mucha frecuencia que barcos con bandera inglesa transportaban armas y municiones para los insurgentes."

¿Hasta dónde tradujo exactamente Mathison el pensamiento y transmitió sus palabras al decir que el general aceptaría la bandera británica como "dueña" de Sur América? Tal vez hubo ligereza de parte del último cuando, por afán desmedido de inducir al gobierno inglés a ayudar a los patriotas, dejó entrever a su agente la posibilidad de que la intervención amistosa se convirtiese en instrumento de dominación final. Recuérdese en todo caso que el lenguaje diplomático de los grandes jefes de la Independencia se prestó más de una vez, por equívoco, a interpretaciones tendenciosas. La intención y propósitos efectivos de Miranda y de Bolívar, precisamente en cuanto a las relaciones de los países latinoamericanos con Inglaterra, aparecen muchas veces desfigurados en los informes de los extranjeros que hablaron sobre el particular con aquéllos. Si tomásemos al pie de la letra estos informes, y aun ciertas frases de documentos cuya autenticidad no deja lugar a duda, tendríamos que toda la política del Precursor primero, del Libertador después, tendía en último análisis a arrojar a los españoles de América para introducir allí a los ingleses. Ninguna conclusión es más absurda y, sin embargo, se ha querido formularla. En realidad, Miranda y Bolívar buscaban simplemente la alianza de nuestros países con Inglaterra y los Estados Unidos, a fin de que a la sombra de estas dos naciones pudiesen aquéllos asegurar su vida independiente.

El gobierno español tuvo conocimiento de aquel documento muchos meses más tarde y por conducto de Morillo, a quien sin duda lo comunicó el doctor Antonio Gómez, que, como se sabe, gozaba de la amistad de Woodford. La reacción de Madrid fué viva; y el 24 de abril de 1817 el embajador Sir Henry Wellesley transmitió

a lord Castlereagh, y éste hízolo a su vez a lord Bathurst, la protesta que el ministro de Estado de Su Majestad Católica elevaba contra aquello que creía poder considerar como un convenio formal entre la autoridad británica y el jefe insurgente. Léase, copiada de su original, la nota de Pizarro, que se pasa de comentarios. Observamos solamente, y como circunstancia curiosa, que ella ofrece el único ejemplo que el autor de la presente obra conozca o recuerde de un documento oficial español en que se dé título militar a un caudillo patriota y no se haga preceder o seguir su nombre de los acostumbrados calificativos de traidor y rebelde: "Exmo. S.r—Muy Señor mio.—No es facil á la verdad poder, como V. E. manifiesta desear en su Nota de 14 de marzo, remitirle documentos auténticos, q.e comprueben la seguridad de las noticias q.e el Gobnerno Español recibe todos los días acerca del apoyo q.e encuentran en las Colonias inglesas los insurgentes de los Dominios del Rey mi Amo en Ultramar, cuyas noticias son entretanto adquiridas naturalmente y dirigidas por los Gefes militares de S. M. en América; pero p.a q.e V. E. vea q.e no han sido tan vagas las observaciones q.e tuve el honor de hacerle en 11 del mismo marzo srê la inclinación q.e muestran aquellas Autoridades Ing.sas en conceder el apoyo contra el q.e reclamo, paso a manos de V. E. la adjunta copia de un convenio, á lo q.e parece formado entre el Gobernador de la Trinidad y el Gen.l Mariño, á nombre de los Pueblos independientes de Venezuela, cuyo docum.to procede de una autoridad suficiente, cual es el Comandante Gen.l por S.M.C. de dicha Provincia de Venezuela y bastante convincente; aunq.e de un documeto de semejante naturaleza no sea facil, como dexo indicado, tener copia auténtica, y q.e su autenticid.d deba solo buscarse en los hechos, q.e p.r desgracia están acordes. Sea, o nó, error, se vé con pena q.e la idea de ver con ojos risueños los progresos de la Rebelión en América no se ha abandonado enteram.te y q.e las tristes y repetidas experiencias no han determinado aun solidam.te una cuestión, que solo un error brillante y fundado en las desgraciadas opiniones de estos tpôs ha podido hacer dudosa. — El bien del Gobierno Esp.l, p.o el del Gobierno Britanico, y el vivo deseo de ver entablada una conducta firme y decidida en un asunto, propio del honor y relaciones intimas

de ambas Potencias, me han estimulado á hacer á V. E. esta comunicación; bien persuadido de q.e sin q.e el Gobierno ing.s dé á sus autoridades en America mas instrucciones terminantes y executivas, y analogas enfin á lo estipulado entre ambos Gobiernos, no conseguirá dar á su Politica una marcha conforme á sus sentimientos, ni se rectificaran tampoco los efectos de las opiniones de aquellos animos descarriados. — Aprovecho con mucho gusto esta oportunidad de reiterar á V. E. las seguridades de mi mas distinguida consideración.— D. g.e á V. E. m.s a.s—Pal.o 16 de Abril de 1817.—Ex. Señor.— B. L. M. de V. E. su at.o seg.o serv.r—JOSÉ PIZARRO.—Sr. Embaxador de S. M. B."

El encargado de Negocios de España en Londres, Campuzano, renovó con vigor a lord Castlereagh, en su nota de 14 de mayo siguiente, "las representaciones tantas veces hechas contra la asistencia prestada por súbditos ingleses a los españoles rebeldes de América". Decía el encargado: "Dos ejemplos recientes pueden invocarse al presente: uno es el desembarque en la costa de Venezuela, en noviembre último, de mil mosquetes y de equipos militares, transportados por el *Caroline,* barco inglés, y destinados a los insurgentes de aquella provincia; otro es la Convención concluída entre el gobernador británico de la isla de Trinidad y el rebelde español Santiago Mariño, cuya copia se incluye. Este último ejemplo, en particular, debe llamar la atención del gabinete británico como acto contrario a los tratados y debe, en consecuencia, rescindirse, a menos que se entienda que él anula dichos tratados, especialmente los de alianza de 1809 y 1814. Aun el mero comercio de súbditos ingleses con los insurgentes españoles altera mucho estas estipulaciones, las cuales cesarían de obligar a Su Majestad Católica si el Gobierno británico reconociese su incapacidad para favorecer los intereses de España, cuya defensa prevén aquéllas y que dicho ilícito intercambio perjudica gravemente. Además, tal tráfico puede ser muy perjudicial para la nación inglesa como se prueba, entre otros hechos, por la insurrección de los negros descubierta en Jamaica en setiembre último y que aparece haber sido provocada por los rebeldes españoles de Caracas".

Campuzano responde por adelantado a posibles evasivas del gobierno inglés basadas en razones legales: "No debería objetarse —dice con hábil ironía— que la autoridad constitucional del gobierno británico no es bastante extensa para dar completa satisfacción a los deseos de Su Majestad Católica en este punto, pues siempre que sus propios intereses privados están en juego el gabinete británico sabe extremadamente bien cómo tomar medidas que no contraríen las circunstancias de su organización; y es muy difícil creer que no pudiera idear medios análogos para dar cumplimiento a sus pactos con potencias extranjeras". Y el encargado apela, por último, a la buena fe y nobles sentimientos del gabinete.

A la comunicación que le hizo Castlereagh de la protesta española respondió Bathurst el 12 de mayo por nota que firmó Henry Goulburn, subsecretario para la Guerra, dirigida a William Hamilton, factótum del *Foreign Office:* "He presentado a lord Bathurst la carta de usted de 9 del corriente, con los papeles anexos relativos a una convención que habría sido concluída entre el gobernador de Trinidad y el general Mariño, en nombre de las Ciudades Independientes de Venezuela; y recibí instrucciones de transmitir a usted, en respuesta, la copia de un despacho de Sir Ralph Woodford, fecha 4 de agosto último, con varios documentos por los cuales comprenderá Su Señoría (Castlereagh) el verdadero carácter de la aludida transacción". Estas piezas son las que hemos copiado y comentado arriba.

La nota de Goulburn es el último documento que nos fué posible encontrar sobre el convenio propuesto por Mariño a Woodford o celebrado entre ellos. Pero el nombre del capitán Stirling, mezclado en aquella negociación, nos condujo a estudiar los informes que, en febrero de 1817, presentó dicho oficial al almirante Harvey, su superior, y los cuales dan luz sobre el estado de Venezuela a la sazón e ilustran acerca de ciertos aspectos de la lucha por la independencia y las condiciones en que la llevaban los anárquicos caudillos patriotas. El comandante de la corbeta de guerra *Brazen,* a quien no debe confundirse con su homónimo el almirante que figura también mucho en la región del Caribe por aquella misma época, permaneció du-

rante largo tiempo en aguas venezolanas, desde la épocaa en que había capturado y conducido a Antigua el buque del almirante Brown, tuvo ocasión de visitar algunas de nuestras villas y ciudades, y en tal virtud sus apreciaciones merecen recogerse como contribución a la historia. Volveremos oportunamente sobre ellas, en detalle, limitándonos aquí a citar lo que dice sobre el estado de la plaza y territorio de Güiria, pues su palabra es complemento de la de Mathison y corresponde en parte al mismo mes del viaje de ambos: "Observaciones sobre particulares plazas. Güiria en julio de 1816 y enero de 1817. Güiria, situada en la costa norte del golfo de Paria, está al presente en poder de los insurgentes. Es una ciudad pequeña y no tiene otro valor que el de mantener abierta la comunicación con Trinidad. Antes existían a su alrededor muchas excelentes plantaciones de cacao, café y algodón; pero, a consecuencia de la revolución, todo el distrito está volviendo rápidamente al estado de naturaleza. Defiende a Güiria un coronel que posee la confianza entera del comandante en jefe de la provincia y cuyo mandato es de sostener ligazón amistosa con Trinidad, de levantar fondos con los productos de la tierra circundante y de organizar tropas. A veces dispone de una fuerza considerable, pero, como ha enviado auxilios al ejército principal, se halla ahora reducido, en cuanto a medios de defensa, a tres casas fortificadas para la protección de la plaza y apropiadas por completo al valor de ésta".

VII

OTRA VEZ PIAR CONTRA MARIÑO

Al mismo tiempo que negociaba con Trinidad, el general Mariño emprendía vigorosamente sus operaciones militares. Jefe indiscutido del ejército que tenía su cuartel general en Güiria, abrió nueva campaña y el 2 de setiembre tomó a Yaguaraparo, derrotando a Jiménez en ataque combinado de sus fuerzas de tierra y mar. Cuatro días después Río Caribe y Carúpano caían igualmente en su poder y muy pronto toda la península de Paria quedó libre de realistas, cuyas tropas retrocedieron para concentrarse en Cumaná. Mariño se apoderó de gran cantidad de material de guerra, de ganados y caballos. Muchos voluntarios corrieron a sus filas, entre ellos desertores criollos y peninsulares de *Barbastro* y de *Dragones de la Reina,* con lo cual se reforzó considerablemente el ejército patriota. Cuando el 20 de setiembre Mariño estableció su campo en la sabana de Cautaro y se dispuso a asediar a Cumaná habríase creído vuelto al año 1813, viendo a la cabeza de sus divisiones a los mismos tenientes que entonces le ayudaran a libertar la provincia: Bermúdez, Valdés, Armario, Isava, con Sucre en el estado mayor. De Cariaco —nos dice Yanes— invitó por una proclama a los cumaneses a volver a las banderas de la República, "a cuya sombra habían triunfado en otro tiempo bajo su dirección, prometiendo observar el derecho de la guerra con los rendidos, premiar a

los españoles que se pasasen y encareciendo a todos la necesidad de la unión, único sacrificio que la patria exigía y necesitaba para salvarse".

Es decir, que en unas pocos semanas Mariño había formado en Güiria un nuevo ejército, suficientemente fuerte para libertar todo el territorio extremo oriental y reducir a los realistas a la plaza de Cumaná. Si Bolívar, en vez de acometer la campaña de Ocumare, se hubiera mantenido en Carúpano durante un mes, Mariño habría podido socorrerle una vez más, y las operaciones de liberación de la provincia cumanesa habrían terminado rápidamente con la toma de la capital, cinco años antes de que pudiesen hacerlo los patriotas. ¿Qué no hubiesen hecho entonces Bolívar y Mariño juntos, cuando el segundo solo pudo renovar y lograr su victoriosa marcha de Güiria a Cumaná? Agreguemos desde ahora que si bien es probable que Mariño se nombrara jefe de un ejército que había sido siempre suyo, es falso que haya desconocido a Bolívar y díchose primer jefe del Estado. Segundo jefe siguió y seguirá llamándose, como consta de los documentos: lo demás es "conseja".

Organizado el sitio de Cumaná, en conexión como la primera vez con la flotilla armada en Margarita, y privada la guarnición de todo recurso del exterior, aun el de la pesca, comenzóse pronto a hablar allí de rendición, propósito que provocó duras medidas de represión por parte de los jefes españoles.

Por este tiempo Piar dejó a Maturín al frente de la columna que había formado con los destacamentos de Barreto y otros guerrilleros, batió algunas partidas realistas y estableció contacto con el ejército de Mariño que iba a sitiar a Cumaná.

A principios de octubre la escuadrilla realista atacó y dispersó la patriota que bloqueaba aquella plaza, a tiempo que destacamentos enemigos se apoderaron de Cariaco, Carúpano y otros lugares del litoral, cortando las comunicaciones del ejército con Güiria, su principal base. Mariño hubo de levantar su campo e ir a restablecer dichas comunicaciones con la recuperación de las plazas mencionadas. Eterna tela de Penélope aquella guerra de Oriente, donde pueblos y ciudades estaban a merced de las partidas de ambos bandos que se

abrigaban en las montañas vecinas, inaccesibles a tropas regulares, por falta de caminos y recursos de todo género. De allí el continuo vaivén de los guerrilleros patriotas o realistas y el alternativo caer de las plazas y posiciones en manos de unos y otros. Operada su limpia del litoral, volvió Mariño a Cautaro y de nuevo estrechó a Cumaná.

Al saber Piar la toma de Barcelona por la tropa de Monagas, el 13 de setiembre, marchó a aquella ciudad y asumió el mando de los diversos destacamentos patriotas, con los cuales se juntó a Mac Gregor y ambos dieron batalla a Morales en El Juncal, el 20 de setiembre. La división realista tenía 1.100 hombres, la patriota cerca de 1.300. Esta acción, que ha sido magnificada por algunos escritores e inscrita a la gloria de Piar, fué en realidad un triunfo del escocés y no del curazoleño, pues éste, en medio del combate y creyéndolo perdido, abandonó el campo y corrió hacia Barcelona. "Derrotado Piar en la izquierda —dice el doctor Lecuna en una nota rectificativa a Baralt— por las tremendas cargas del jefe llanero Alejo Mirabal, huyó hasta Barcelona, mientras Mac Gregor y Monagas batían completamente la izquierda y el centro de Morales y obligaban a Mirabal a retirarse". Esta versión se apoya, entre otras bases, en la dada por el coronel Juan José Conde, testigo ocular, para entonces en las filas españolas. Otras relaciones agregan que Piar se preparaba a embarcarse cuando un repique de las campanas de la ciudad le hizo comprender que los patriotas habían triunfado.

Morales logró rehacerse con su acostumbrada actividad, se retiró a Uchire y envió su vanguardia bajo el capitán Francisco Jiménez al punto de Clarines.

Reasumido el poder en Barcelona, apresuróse Piar a apartar a Mac Gregor, quien dejó el servicio y se marchó a las Antillas, así como a Monagas, a quien privó de todo mando. Digan cuanto quieran sus defensores, el general Piar fué siempre de difícil comercio y su carácter violento y excesivamente puntilloso y versátil contribuyó no poco a sembrar y a mantener la anarquía y el descontento entre los jefes y oficiales republicanos. Por el momento, le vemos idear y decidir marcharse a obrar en Guayana, abandonando toda cooperación

con Mariño, ocupado en sitiar a Cumaná y a quien no tardará en acusar por lo sucedido en Güiria. Una junta de guerra le había dado —apunta su admirador Tavera Acosta— el grado de general en jefe, circunstancia que, a decir verdad, no tenía nada de extraordinario, puesto que los grados de los demás jefes patriotas eran apenas de origen más legítimo.

La campaña de Guayana es uno de los títulos más importantes que abonan el talento militar del general Piar. Pero no parece que pueda atribuírsele la originalidad de la idea ni valerse de ésta para exaltar, como algunos lo han hecho, su supuesto genio y compararlo al muy real y efectivo del Libertador. Desde luego, llevar la guerra a Guayana, expulsar de allí a los realistas y hacer después de aquella provincia una base para operaciones ulteriores en el resto de Venezuela, fué desde 1811 pensamiento estratégico que concibieron e intentaron realizar varios jefes patriotas. Recuérdese la desgraciada expedición de González Moreno y de Sola. Libertadas en 1813 Cumaná, Barcelona y Margarita, Mariño habría debido sin duda alguna, y quizá no le fuera muy difícil, libertar también a Guayana. De haberlo realizado, la guerra de Venezuela hubiese sido más corta. Piénsese, en efecto, en los recursos considerables que extrajeron de allí los realistas y en las facilidades que les dió el dominio de las vías fluviales y la posibilidad de rehacer constantemente sus flotillas. Pero el jefe de Oriente, ocupado durante los meses que siguieron a sus victorias en organizar el gobierno del territorio libre y, sobre todo, en crear un verdadero ejército, y urgido luego por Bolívar de pasar a auxiliarle en Occidente, no pensó, o no pudo pensar, en guerrear en Guayana. En los primeros meses de 1815 Monagas y Sedeño resolvieron abrir operaciones allende el Orinoco, y el 25 de mayo atacaron a Moitaco con 1.300 hombres y marcharon contra Angostura. Pero entonces salvó a los realistas la oportuna llegada de refuerzos al mando de Gorrín, quien derrotó a los invasores en El Caraqueño. Sedeño se retiró a Caicara y Monagas volvió a la provincia de Barcelona.

Según Ducoudray-Holstein, Bideau expuso a Bolívar durante la permanencia de éste en Los Cayos un plan de invasión a Venezuela

con ataque principal por Guayana. Varios oficiales aprobaron aquel plan y Piar lo acogió "calurosamente".

La aparición y actividades de Sedeño en la región de Caicara habían obligado a los realistas a aumentar sus medidas de defensa de la provincia, cuyas plazas amenazaba sin cesar, aunque de manera intermitente, aquel jefe audaz y emprendedor. El peligro aumentó cuando Piar resolvió pasar el Orinoco y juntarse con Sedeño. El 28 de octubre llegó aquél a San Diego de Cabrutica con 800 hombres de infantería y 200 de caballería. Dejaba a Freites como gobernador y defensor de Barcelona.

Pero el general Piar no entendía desprenderse de toda influencia en las provincias orientales ni deseaba que en ellas se acatase la autoridad suprema de hecho, y podemos agregar de derecho, que ejercía Mariño en ausencia de Bolívar. Piar trata, a su vez, invocando el nombre de éste, de alzarse con el mando, y se pone a hablar del gobierno y de la tranquilidad pública como si ninguno fuera de él pudiese garantizarlos. Piar amenaza, ordena, aprisiona, destituye y nombra; ejerce, en una palabra, los atributos de un poder que nadie le ha conferido y que nadie, por lo demás, parece dispuesto a aceptar. Puede decirse, sin embargo, que el futuro vencedor de San Félix, al emprender las operaciones militares que debían llevarlo a la conquista de Guayana, seguía las instrucciones y órdenes que, en principio, le diera el Libertador cuando le expidió con Mariño de Carúpano, autorizando a ambos para conducir la guerra según las modalidades que impusiesen las circunstancias. Pero si Piar podía mandar con buen éxito un cuerpo de tropas, no se hallaba en posición de convertirse en caudillo de los demás jefes que creían valerle como oficiales y disponían además de lo que se llama prestigio popular y de la capacidad de reunir soldados. Muy luego se verá que Monagas, entre otros, no quiso obedecerle y alegó estar enfermo y "otras causas" para no ir al ejército, y que Freites mismo olvidó darle cuenta de los sucesos de Barcelona.

El 15 de noviembre, y en sus acantonamientos de Río Claro, Piar se dice instruído por el coronel Chipía de los hechos acaecidos en Güiria tres meses antes. Inverosímil retardo de noticias que sin nin-

guna duda conocía ya el curazoleño antes de su partida de Barcelona, a principios de octubre. Sus cartas a Zaraza y Monagas, escritas por Briceño Méndez, secretario y mentor que Bolívar había puesto a su lado, señalan la actitud asumida por Piar contra Mariño y contra su viejo enemigo Bermúdez, y se inspiran no sólo en sentimientos y ambiciones personales, sino también en las diligencias que se proseguían en vista del regreso del Libertador, y que se iniciaran por setiembre, a raíz de la batalla del Juncal.

Varios jefes patriotas coincidieron en el pensamiento de llamar a Bolívar, siendo los principales Arismendi y Monagas, así como algunos de los que habían venido de Ocumare con Mac Gregor y Soublette. Dos comisionados, Zea y Olivier, fueron cada uno por su lado a llevar a Haití el voto de los generales. Larrazábal dice que el primero viajó en la goleta de guerra *Diana* y el segundo en la balandra *Bruja.* Otros escritores afirman que los comisionados fueron juntos. El hecho es que en Puerto Príncipe se reunieron con Brión, llegado también allí con análogo propósito, y que los tres suplicaron al Libertador que volviese a Venezuela. De Piar ha llegado a decirse, siguiendo afirmaciones siempre sospechosas de Ducoudray-Holstein, que se opuso fuertemente al llamamiento y que más tarde habló en público contra el Libertador cuando éste reasumió su título de Jefe Supremo. En cuanto a Mariño, dedicado a rehacer su situación personal y a las operaciones militares contra Cumaná, es claro que permaneció ajeno a todas aquellas diligencias, y como él lo fueron sus jefes divisionarios.

La vuelta de Bolívar era de necesidad urgente, en vista de la anarquía que se extendía incoercible entre los caudillos patriotas, quienes contaban cada uno con oficiales y soldados a ellos unidos por lazos exclusivamente personales. Y nadie como los realistas veía mejor que la situación podía cambiar en perjuicio de la causa española si llegase a formarse un centro de autoridad que ligara esfuerzos y voluntades en el campo patriota. "Los rebeldes de Venezuela —escribía Morillo, de Mompox, el 7 de marzo de este año— han adoptado el plan de hacer la guerra por guerrillas, que son fuertes y numerosas, y en esto han imitado el plan seguido en España en la última guerra;

y si Bolívar o algún otro jefe de estimación entre ellos tomara el mando de esas guerrillas, podrían obrar vigorosamente". A ese resultado se llegó con la vuelta del Libertador; quedó demostrado que sólo éste podía lograrlo. Y a medida que el crédito de Bolívar se establece y su genio e incomparables cualidades comienzan a imponerse definitivamente entre sus tenientes, decrece la autoridad de Mariño, cuyos compañeros han adquirido nombre y nutren ambiciones que, así lo piensan ellos, les igualan al antiguo jefe. Monagas, Rojas, Valdés, Bermúdez sobre todo escapan ya a la otrora decisiva influencia de aquél, y su despego prepara el cambio inevitable de la situación en Oriente y abre la vía al poder pronto incontrastable del Libertador, tanto en lo militar como en lo político. La transformación no será completa y definitiva hasta mediados de 1818; pero desde ahora pueden verse síntomas inequívocos e indicaciones precisas de que nada detendrá ya el destino fulgurante de Bolívar, de que nadie podrá impunemente estorbarle en su camino.

Piar, el primero, da la señal contra Mariño cuando de repente, en las cartas citadas, denuncia "los escandalosos atentados ejercidos en Güiria por el sedicioso José Francisco Bermúdez contra la persona y la autoridad del Excelentísimo Señor Jefe Supremo de la República" y ordena a los generales que desobedezcan a Mariño, a quien juzga cómplice en aquellos hechos. "Su Excelencia (el Libertador) —dice Piar por la pluma de Briceño Méndez— se vió en fuerza de ellos obligado a abandonar momentáneamente a Venezuela, y en su ausencia su segundo, el general Mariño, debía sucederle en el mando. Pero desgraciadamente este jefe se hallaba envuelto en los crímenes de Bermúdez; él, hallándose con el mando de las fuerzas de Güiria, no se opuso al motín ni impidió sus efectos; él ha usurpado inmediatamente después de la salida del Jefe Supremo títulos que no le pertenecen; ha protegido y distinguido con empleos honrosos al criminal Bermúdez; y ha resistido, en fin, a los justos reclamos hechos por el general Arismendi para que aquel delincuente fuese sometido a un consejo de guerra. Todo esto anuncia casi con evidencia que el general Mariño o tuvo parte en el crimen, o por lo menos consintió en él y lo vió con agrado". Así sabemos que Arismendi, quien ya no hacía

buenas migas con Mariño, atacaba de firme a Bermúdez, con quien sin duda se pelease cuando, en 1815, él se rindiera a Morillo, a tiempo que el cumanés escapaba a través de la flota española para ir a batirse en Cartagena. Piar agrega que aquella conducta de Mariño debe inspirar circunspección a los demás jefes y estampa frases que, sobre su firma, adquieren trágico relieve: "Someternos a un jefe a quien tan justamente se hacen estos cargos sería envolvernos en los mismos delitos, haciéndonos partícipes como él de los atentados de Güiria; sería sublevarnos contra el Primer Jefe y sería declararnos contra el orden y disciplina militar, no menos que contra las leyes civiles de la República". Y en virtud de aquella culpa de Mariño y de la acefalia del mando, Piar lo toma para sí y previene a cada uno de los oficiales citados "bajo la más estricta y severa responsabilidad que por ningún motivo ni de ningún modo reconozca, obedezca ni preste ningún auxilio al general Mariño hasta que, indemnizado de los cargos que se le hacen y manifestada legítimamente su inocencia, ordene yo a Usía su reconocimiento". Mas ni Monagas ni Zaraza parecían dispuestos a obedecer mandamientos de Piar, y el segundo, a quien éste confiriera un extenso poder militar más pomposo que efectivo, no respondió a la carta del 15. En vista de lo cual Piar, ya del otro lado del Orinoco y en vísperas de juntarse con Sedeño, le renueva, con fecha 23, la "misma prevención bajo la más severa responsabilidad".

Como hemos dicho, Piar asume entonces apariencias de jefe supremo y de tal emplea lenguaje y disposiciones. Sus órdenes a Zaraza y a Freites son características, así como la previsión de su campaña en Guayana y de la que presume se realizará en la provincia de Barcelona. Su correspondencia de aquel mes con Páez, sobre la cual volveremos oportunamente, revela sus concepciones estratégicas. Por lo que respecta a las operaciones en Barcelona, nuevas cartas a Zaraza, de 5 y 24 de diciembre, acusan exagerado optimismo y aun conocimiento imperfecto de la situación. Zaraza temía que sus fuerzas, aun reunidas a las de Freites, no bastasen a preservar la provincia e instaba al general para que abandonase su empresa en Guayana y viniese a auxiliarle. "Las fuerzas de usted —respondía Piar, en sín-

tesis— son iguales si no superiores y sus talentos militares mayores que los del jefe español Real, cuyas amenazas son insignificantes. Yo he pasado el Orinoco y marcho sobre el Caura. Arismendi se reunirá en Aragua con usted, llevando 2.000 hombres. Páez ha tomado a San Fernando y alcanza "gloriosos sucesos" en Barinas".

En realidad, Mariño no había usurpado el título de Jefe Supremo de la República, que correspondía al Libertador, y seguía llamándose Segundo Jefe de aquélla, aunque como era lógico ejerciera por una parte el mando supremo del ejército que operaba contra Cumaná, y por otra le tocara reemplazar a Bolívar ausente, en virtud del mandato de Villa del Norte que para él continuaba válido. No abundan los documentos que permitan, sin embargo, fijar con certidumbre su pensamiento político durante aquellos meses de difícil campaña. Ya haremos algún comentario sobre ello cuando se trate de su nuevo acuerdo con Bolívar. Por el momento, nótese el pleito que le suscita Piar y cómo éste se marchó a Guayana en franca rebeldía contra él y convertido en su acusador y enemigo. Los dos héroes no volverán a verse sino cuando Piar fugitivo irá en busca de auxilio, o simplemente de refugio, al campamento de Mariño.

El sitio de Cumaná se eternizaba. En la primera semana de noviembre el brigadier Pardo evacuó a Pampatar y fué a reforzar la guarnición de aquella plaza, a tiempo que Cariaco y Carúpano caían de nuevo en poder de los realistas, que descendían una vez más de las montañas. Poco después Jiménez batió a los patriotas cerca de Píritu, y el 11 de diciembre ganó el combate más importante de Clarines, agravando la amenaza contra Barcelona. Mariño se vió obligado a emprender nueva campaña en el litoral y luego, apoyado en la base de Cumanacoa, restableció su asedio, en cuya línea se hallaba cuando regresó el Libertador.

VIII

HEMOS SIDO UN MODELO DE AMISTAD

BOLÍVAR seguía en Haití con profunda atención lo que pasaba en el Oriente de Venezuela. Llegábanle noticias, más o menos exageradas, pero en el fondo ciertas, del progreso de las tropas patriotas. Quienes daban las nuevas —escribía a Brión en carta de 5 de noviembre— "aseguran que han visto una proclama de Mariño en que habla de la toma de Cumaná y Barcelona". El Libertador creía con razón que esta segunda ciudad había caído en poder de Mac Gregor unido a Monagas y Zaraza; y agregaba que Mariño, Piar, Rojas y Sedeño debían de haber entrado en Cumaná. "No debemos perder una ocasión tan oportuna de volver a la patria", concluía. Bolívar no tenía a Mariño por su enemigo, y esta comprobación permite presumir en favor de la conducta de éste en Güiria: "Estoy lleno de satisfacción al ver que la República en este momento debe estar ya casi toda libre y que los pueblos y los generales son mis amigos, excepto Bermúdez, que ya puede haber muerto de sus heridas". En otra carta al almirante dice: "Que Mariño está mandado interinamente hasta mi vuelta". Interin recibió el llamamiento de Arismendi.

Auxiliado una vez más y generosamente por Pétion, embarcóse en Jacquemel en la goleta de guerra *Diana,* capitán Dubouille, y escoltado por otros buques de Brión y Villaret, se enrumbó de nuevo a Venezuela. Tocó en Juan Griego el 28 de diciembre y fué recibido

por el gobernador interino de la Margarita, coronel Francisco Esteban Gómez. El 31 llegó a Barcelona, donde poco antes desembarcara Arismendi con 400 soldados. Para aquel entonces los realistas habían sido prácticamente expulsados de Oriente y apenas mantenían la plaza de Cumaná. "La provincia de Barcelona y Cumaná —escribía Moxó a Calzada, el 29 de diciembre— está ocupada casi toda por las fuerzas que ha logrado formar y reunir Mariño, y otros como él, cuyo grueso se encuentra en Maturín".

Al reaparecer en Venezuela, Bolívar proclama a sus compatriotas: "Los pueblos, los generales y los ejércitos, por el órgano del general Arismendi, me han llamado. Vedme aquí. Vengo a la cabeza de una cuarta expedición con el bravo almirante Brión, a serviros, no a mandaros".

En esta ocasión vuelve el Libertador a hablar de la reunión del congreso y de la formación de un gobierno. Sus palabras son comprometedoras y de las que fatalmente preparan a Cariaco: "Una necesidad imperiosa exige la inmediata instalación del congreso para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la constitución política que debe regiros. ¡Venezolanos! Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de mayo para constituir el Cuerpo Legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros a ejecutarlo como las circunstancias lo dictan. La patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles, que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse: las transacciones del gobierno exigen un establecimiento más constante. Un hombre mismo no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público entre muchos ciudadanos que posean las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder".

Así, pues, Bolívar excitaba a sus compatriotas a reunirse y a practicar elecciones, cosa irrealizable a la sazón. No obstante, algunos próceres, y no de los menos ilustres, tomarán a la letra aquellas pala-

bras del Libertador, de quien podría acaso decirse sin excesivo irrespeto que se enredó en su propia habilidad, cuando dichos próceres trataron de crear "un establecimiento más constante" y de "dividir" el poder.

La cuestión que se planteaba como primordial con el regreso de Bolívar era sin duda la de sus relaciones con Mariño y la actitud que éste asumiría hallándose, como se hallaba, a la cabeza de un ejército fuerte y rodeado de divisionarios que habían tomado parte en el motín de Güiria. Entre éstos Bermúdez, el más notable y audaz, era enemigo jurado del Libertador. Sin embargo, no parecía Bolívar reñido con su segundo, puesto que sabemos, por correspondencia caída en manos de los españoles, que de Puerto Príncipe le anunciaba, lo mismo que a Piar y a Arismendi, su próximo regreso. En efecto, el teniente de fragata realista Gavazo, comandante de un bergantín de guerra, escribía de Santo Domingo al capitán general Moxó, el 26 de diciembre: "Después que escribí a Vuestra Señoría con fecha 21, entró la goleta danesa *La Luisa,* capitán Pierre Freere, con doce días de Los Cayos, y como nada declaraba de corsarios le hice una visita rigurosa y le cojí oficios de Bolívar del Puerto Príncipe en que escribe a Mariño, Piar y Arismendi, en que les dice que saldrá dentro de poco con una expedición de algunos buques, alguna gente, armas y municiones".

Larrazábal afirma, ignoramos si con fundamento, que Mariño "había escrito" a Bolívar. En todo caso, cierta frase de una carta confidencial del Libertador para Leandro Palacios, fecha 2 de enero de 1817, es decir, antes de cuanto vamos a narrar, deja creer que ambos hombres habían guardado contacto: "La mejor armonía reina entre mí y el general Mariño". Por otra parte, es un hecho que este último no había en manera alguna usurpado el primer puesto al Libertador: "Mariño, que se titula Segundo Jefe de la sonada República", escribía Pardo a Moxó el 24 de enero, o sea antes de que los dos generales hubiesen llegado a nuevo acuerdo.

A cimentar este acuerdo, o a crearlo si en verdad no existía, va encaminado el admirable mensaje que de la propia isla natal de Mariño dirige a éste el Libertador veinticuatro horas después de su llegada a Margarita, y al cual nos hemos referido atrás. De admirable

calificamos esta carta, que no creemos tenga paralelo en la literatura epistolar del Libertador que abunda, no obstante, en bellezas de estilo y en expresiones del más elevado sentimiento. Ningún general u oficial, ningún amigo recibió de Bolívar un testimonio más afectuoso y elocuente que aquel dado a Mariño en el propio umbral del año que iba, sin embargo, a presenciar la ruptura irremediable entre ambos. Esa carta, en todo caso, basta y sobra para establecer como hecho histórico innegable que desde 1813 hasta entonces los dos hombres mantuvieron su amistad personal y su espíritu de cooperación y que la lealtad de Mariño hacia Bolívar no se había alterado. Sin embargo, el Libertador parece no estar seguro de que el general de Oriente quiera continuar su colaboración en las condiciones de subordinación que envuelve el estatuto de Villa del Norte, es decir, de obediencia a la Jefatura Suprema allí establecida. Para Mariño, vuelto a su comando militar efectivo y coronado por el buen éxito, puesto que, en fin de cuentas, sólo Cumaná quedaba en pie del poderío realista en Oriente, era sin duda muy tentador reasumir la antigua posición de jefe y libertador de Oriente, que le permitiría tratar a Bolívar como colega y no como superior. Y no estaría solo si tal empeño le ocurriese, que en su cuartel general militares y civiles no faltaban para aconsejarle no renunciar a su gloria y ambiciones. De allí el tono de la carta de Bolívar, si bien muy justiciero y lleno de alabanzas, matizado al propio tiempo de advertencias saludables. El Libertador está inquieto y no puede ocultar su temor de que le falte la adhesión completa del héroe oriental, sin cuyo concurso sabe nada podrá lograrse. La situación militar es tal, según Bolívar, que de no juntar los esfuerzos, ni él mismo podrá defender a Barcelona, para donde se embarcará al día siguiente, ni Mariño podrá tomar a Cumaná, cuyo asedio se prolonga. Los realistas socorrerán a esta segunda plaza, arrollando antes a los defensores de la primera. Para concentrar sus operacioses, Bolívar envía al cuartel general de Cautaro al capitán de navío Juan Fermín con su carta y para que explique a Mariño "otras muchas cosas que sería demasiado largo escribir". Urge que ambos generales "podamos obrar de acuerdo, bien separados, bien reunidos". Ya se verá cómo el acuerdo se llevó a cabo, pero antes conviene citar íntegra-

mente los principales párrafos de la carta cuyo texto arriesgaríamos debilitar con otros comentarios:

"Mi querido compañero y amigo: Estos títulos para mi corazón los más caros, los más santos, han sido por mucho tiempo nuestro honor, nuestra garantía recíproca. Usted, a la cabeza de cuarenta amigos, entró por el Oriente a tiempo que yo, por el Occidente, hacía otro tanto. Mútuamente nos ayudamos y por nuestros propios servicios nos elevamos a una igual dignidad. Desde entonces fuimos compañeros: usted me auxilió con las tropas de su mando y yo le vi como el bienhechor de la patria. El infortunio no pudo romper los lazos de nuestra unión. Juntos arrostramos la tempestad de Carúpano, la de Cartagena y la de Güiria: en estas circunstancias hemos sido un modelo de amistad. Esta virtud debe acompañarnos hasta el sepulcro: debe ser nuestra guía en nuestra vida y nuestro epitafio en la muerte. Qué gloria será para ambos vernos rivales de la misma gloria y unidos por un mismo sentimiento. Al frente de Güinimita escribí a usted una carta expresándole el estado de mi corazón y los proyectos que pensaba ejecutar. Aquél es el mismo en el día que lo fué entonces y mis pensamientos no han cambiado a pesar de tantas ocurrencias extraordinarias. General: yo soy el mejor amigo de usted. Desgraciadamente los de usted no lo son míos: de aquí nacen todas las alteraciones que hemos sufrido, y que yo espero no volveremos a sufrir, tanto para salvarnos, como para salvar a nuestra patria querida. La conducta de usted puede haber variado; pero yo estoy cierto (de) que su corazón no varía nunca. El general Mariño no es el general Castillo, y así a pesar de todos los Montillas yo no me puedo persuadir que usted sea capaz de degradarse al infame rango del traidor cobarde que lo envió a usted a los calabozos de la inquisición, destruyó nuestro ejército y perdió quizás para siempre su desgraciada patria. Compañero, amigo: acuérdese usted siempre de Castillo. Sólo porque él fué disidente no debe usted serlo jamás. El fin de aquel miserable es en general el de todos los que siguen sus pasos. Acuérdese usted de Ribas: él fué tan desgraciado como inicua la conducta que tuvo con usted. Temamos los mismos escollos donde otros han perecido o sucumbido. Por último, tenga usted presente a la posteridad que

debe juzgarnos sin cábalas y sin chismes, sólo por los hechos. Usted tiene la pasión de la gloria: procure usted conservarla como la ha adquirido: la ambición es una mancha para la verdadera gloria y el mayor esplendor de este brillante adorno le viene más de la moderación que del poder. El poder sin la virtud es un abuso y no una facultad legítima. Usted posee todo el que conviene a la felicidad del país y a su propio honor: en busca de otro mayor, no pierda usted el que tantos sacrificios le ha costado.

"Querido amigo: no crea usted que yo deseo mandarlo; por el contrario, debe usted persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud. Deseo cordialmente que nuestro jefe común sea de un carácter inflexible e imparcial, y en caso de que no sea así vamos a tener mucho que sufrir por los partidos que se aumentan siempre en razón de las desgracias y del tiempo. En fin, compañero, reciba usted esta carta con indulgencia y véala como la expresión más ingenua de la amistad más franca".

Nada sabemos de la carta que dice el Libertador haber enviado a Mariño de frente a Güinimita, ni de su fecha. Sin duda fué escrita después de los sucesos de Güiria, y por eso su pérdida es una verdadera desgracia. Y la mención que aquél hace ahora de ella deja pensar que su contenido no es desfavorable a la conducta del destinatario en aquella infortunada ocurrencia. Tampoco se conoce la respuesta que diese Mariño a uno y otro mensaje del Libertador, y esa laguna es deplorable. Sabemos por una nota de Bolívar que Mariño escribió oficialmente a éste, y de ello hablaremos más adelante.

Apenas posesionado de Barcelona y al mismo tiempo que entabla conversaciones con Mariño, el Libertador ocúpase en fortificar el ejército y la plaza y escribe a Piar, Sedeño, Monagas y Zaraza invitándoles a cooperar en su proyecto de reunir un cuerpo de tropas suficiente para realizar operaciones decisivas y en grande escala. Cree indispensable reunir al fin las fuerzas a la sazón separadas por grandes distancia y sin plan concertado entre ellas, y piensa establecer su cuartel general y la concentración en Aragua de Barcelona. En aquellos días el Libertador busca cooperar con Mariño, pero no le

llama a Aragua y cuenta con que éste continuará sus operaciones contra Cumaná. Proyecta invadir la provincia de Caracas, y para ello trata de formarse un ejército con los destacamentos o divisiones que obedecen a los jefes nombrados. Diversas razones, aparte de las puramente militares, inducían acaso a Bolívar a llevar la guerra a Occidente. Debía de sentirse incómodo en las provincias orientales, en las cuales estaba a la merced de jefes que, por la naturaleza misma de las cosas, no podían o no querían seguirle con la fe y devoción con que lo hacían sus compañeros de las otras regiones, donde oficiales admirables que le conocían desde la juventud o habían guerreado bajo sus órdenes en Nueva Granada, en la Campaña Admirable y en las estupendas operaciones ulteriores, veían en él al jefe indiscutible. Los caudillos orientales no eran tenientes suyos, sino tenientes de Mariño, y aun más, algunos de ellos, como Bermúdez y el orientalizado Piar, empezaban a convertirse de subalternos sumisos en rivales del héroe de Bocachica. Los soldados de Mariño a éste pertenecían, su ejército entendía obedecer a él y no a otro. Caso idéntico, aunque en mucha menor escala, presentábase con Monagas, Zaraza o Rojas. Pero Mariño no es como éstos simple y audaz jefe de partida que alternativamente se aglomera o se dispersa, por su cuenta o con sus iguales, según las vicisitudes de campañas efímeras. Arismendi permanece, en lo político y en lo militar, encerrado dentro de los límites del épico baluarte margariteño. Piar será un aislado: ni una voz se levantó para defenderle cuando sonó la tremenda hora de su ejecución. Bermúdez es sólo, y lo es gloriosamente, el Murat o el Lasalle de nuestra guerra de Independencia. Mariño, soldado tan valiente como el que más y que posee notables capacidades de general, es también otra cosa: es un personaje político. Las circunstancias y su acción personal le mantienen aún por estos años frente a Bolívar no solamente con un activo militar propio y efectivo, sino, elemento mucho más interesante, como representante del viejo espíritu autonómico de las provincias orientales a que nos hemos ya referido. Casi veinte años más tarde, en época de disputas políticas con Páez, Mariño escribirá a éste: "Yo era general en jefe cuando aún no era usted nada"; y hablando del Libertador, ya muerto, mencionará con visible

orgullo "nuestras rivalidades". Ningún prócer salvo Mariño fué y se dijo rival de Bolívar.

Nótese, para precisar la posición del jefe oriental en la historia, el tono ceremonioso, de igual a igual, en que le habla Bolívar, solicita su auxilio, invoca su cooperación. A ningún otro general, ni siquiera a Páez en el apogeo de su poderío militar, durante la guerra, en vísperas de las campañas de Boyacá o de Carabobo, se dirige de ese modo el Libertador. Es que Mariño todavía en 1817 no es un subalterno ordinario, porque tiene personalidad peculiar y propia. Bolívar no está en capacidad de darle órdenes en los mismos términos que empleara en Occidente, por ejemplo, con Urdaneta, Ribas o Campo Elías, oficiales cuyos mandos sobre cuerpos de ejército dependían en absoluto de la voluntad de aquél, quien podía destinarlos a un lugar u otro cuando le parecía necesario y sin que a ninguno de ellos ocurriese discutir la orden. Que el ínclito Urdaneta mandase esta o aquella división, era por completo indiferente, porque ninguna estaba compuesta de "su gente", adherida a su suerte personal. Mariño era mucho más que comandante accidental de un ejército cualquiera: era caudillo, tenía "prestigio", levantaba hombres y contaba con "oficiales" que respondían a su llamamiento y fundaban en la fortuna del general su propio porvenir. Que tal situación fuese buena o fuese mala es otra cuestión; pero era real en aquel momento y continuó siéndolo durante cierto tiempo.

El Libertador encontrará dificultades semejantes, aunque menos graves, en Apure, donde Páez disponía a su antojo de los soldados que agrupaba en torno a su persona por la fama de sus proezas y de su habilidad táctica. Haber sometido a Páez a su autoridad es una de las manifestaciones del genio político de Bolívar, no menos que de su valor y carácter. No hay que olvidar que el Libertador impresionó a los llaneros porque se mostró capaz de hacer, ante el enemigo, cuanto ellos diariamente realizaban. Decimos, no obstante, que las dificultades que halló en Apure fueron menores que las de Oriente, porque había notable diferencia entre Mariño y Páez. Era éste un primario sin ninguna especie de instrucción, sin más oficio que el de pelear, sin más ambición que la de mandar su tropa exento de trabas

y de vencer a los contrarios. La evolución de Páez hasta llegar a ser lo que fué veinticinco o treinta años más tarde, es una de las maravillas de la historia venezolana y humana. Mariño, al revés, tenía instrucción y educación, así como también ciertas ideas políticas, que compartía con un grupo de próceres civiles, fundadas en la tradición oriental y que aquellos próceres habían ya defendido durante la Primera República.

El oficial inglés autor de *Recollections* escribe que: "Casi puede decirse que no existían dos jefes que fueran amigos y que se sintiesen dispuestos a ayudarse mutuamente". Y esta rivalidad operó muchas veces contra Mariño. Sin hablar de su propia querella con Bolívar, que es trascendental y forma la médula misma de toda interpretación satisfactoria de la acción histórica del caudillo oriental, véase cómo Bermúdez y Piar, por ejemplo, inspirados por él y lanzados a la guerra bajo sus órdenes, no tardaron en creerse sus rivales y en suscitarle dificultades. En ciertos momentos Mariño se halló como cogido entre la autoridad creciente y absorbente de Bolívar y la enemistad de sus antiguos tenientes. Bermúdez era intratable, energúmeno a la manera de Ribas. Piar, terriblemente ambicioso, se creía siempre postergado por desconocimiento de sus servicios, y se labró la desgracia porque siempre corrió tras el señuelo del mando supremo, sin medir los obstáculos ni las posibilidades. El Oriente que, durante los dos años de la Segunda República, pareció unido bajo el poder de Mariño victorioso, no tardó en demostrar que allí, más que en cualquiera otra región venezolana, existía no sólo la semilla, sino el árbol de la discordia, ya latente, ya declarada, pero igualmente nociva para la causa de la Independencia y el buen éxito de las operaciones militares. Jefes de menor categoría, pero también beneméritos por sus servicios, Monagas, Zaraza, Sedeño, Rojas, Isava o Montes, cedían a veces al espíritu de rivalidad, aunque los movimientos de su humor pareciesen no tener, dados sus papeles subalternos, la importancia que revestían las disputas de los grandes generales. Montes, por ejemplo, "mariñista" como el que más y a quien debería creerse incondicionalmente adscrito a su caudillo, sentía también lo que el citado inglés llama "esa pequeña envidia o celo que es tan común entre los jefes surame-

ricanos". Pero, sobre todo, había dos hombres importantísimos que rivalizaban con Mariño en Oriente: el general Arismendi, representante del heroico particularismo margariteño, y el almirante Brión, un tanto hesitante y veleta, pero en quien la lealtad y admiración hacia Bolívar concluían por triunfar e imponerse. Ducoudray-Holstein insiste en la inquina, y aun el "desprecio" que sentía el almirante por Mariño, y el autor de *Recollections* lo confirma en cierto modo: "Le profesaba —dice— mala voluntad".

La campaña iniciada por el Libertador en los primeros días de enero ha sido objeto de críticas diversas. Según la versión más reciente, Bolívar trató de engañar a los realistas fingiendo una marcha rápida por el norte hacia la provincia de Caracas. En apoyo de esta hipótesis se citan piezas y documentos que para algunos escritores podrían parecer probatorios. Sea lo que fuere, el desgraciado fin de aquella maniobra complicó singularmente la situación militar general y la posición personal del Libertador. También fracasó por entonces éste en el propósito que se le atribuye de haber querido levantar en Oriente un ejército que no estuviese subordinado, en su mayor parte al menos, a los caudillos locales. En la escena de Venezuela, sobre todo en las regiones orientales y para aquella época todavía, Mariño balanceaba a Bolívar. El Libertador se impondrá a la larga, su genio y su energía sobrehumana le alzarán sobre todo, hombres y cosas, y sus victorias borrarán la impresión que causara el constante infortunio de los años trágicos. Mas quien desee formarse juicio exacto de los sucesos que vendrán deberá reflexionar sobre la situación real en 1816 y 17.

Resuelto a invadir la provincia de Caracas, o a tentar una maniobra engañosa, salió el Libertador de Barcelona el 8 de enero y, al frente de 700 hombres, fué a estrellarse en Clarines contra las trincheras del capitán Jiménez, quien se revelaba ya como uno de los jefes realistas más capaces que guerreaban en Oriente y cuyo cuerpo, aunque inferior en número al patriota, estaba bastante bien organizado. Fué aquel un revés nada hecho para restaurar el decaído renombre militar de Bolívar ante los jefes y pueblos orientales. Tanto menos cuanto que perdió en la aventura muchos elementos de guerra y número apreciable de soldados. Según el parte realista, ampuloso

y evidentemente exagerado, los patriotas perdieron setecientos fusiles, veinte mil cartuchos y un cañón de a 4. Según Bolívar, la pérdida total de hombres fué de cerca de doscientos, inclusive los dispersos. Entre muertos y heridos hubo cincuenta, cifra a la cual los realistas, en su parte, agregaron un cero. Jiménez ganó en aquella refriega su ascenso a teniente coronel.

Bolívar mismo reconocía que en Oriente reinaba un estado de espíritu que no le era favorable, y así se lee en el *Diario de Bucaramanga:* "En el año 17, después de mi segunda expedición sobre Venezuela y antes de emprender la de Guayana, los españoles me derrotaron en Clarines dos o trescientos reclutas a cuya cabeza me hallaba, y la voz corrió que yo era desgraciado y que todo me salía mal". En realidad, la relación y causas del descalabro de Clarines expuestas por el propio Libertador se hallan en una carta de éste al general Mariño, fecha 17 de enero, sobre la cual volveremos.

Quizá sea esta la mejor coyuntura para decir que la inclinación del Libertador a llevar ante todo la guerra a la provincia de Caracas no es mera patraña de sus enemigos realistas. Guerrear allí inmediatamente era un pensamiento estratégico muy defendible al cual, no obstante, podían oponerse otros que no lo eran menos. La opinión de O'Leary sobre este asunto es categórica y, como sucede muchas veces con las suyas, puede suponérsela idéntica o análoga a la de Soublette. Doble razón para no creerla inspirada en los papeles realistas. Si hay algo de realista en ello es sin duda el juicio crítico militar, que es lícito tomar como válido. Dice el evangelista: "La predilección de Bolívar por Caracas, o la exagerada idea que tenía del patriotismo de sus habitantes y de los recursos que aquella ciudad podía proporcionar al partido que la ocupase, fué causa de muchos errores en su carrera militar. En más de una ocasión se le vió posponer operaciones más importantes, para apoderarse de ella o socorrerla, según el caso. Después de expedir las más urgentes órdenes al llegar a Barcelona, incurriendo de nuevo en la misma falta, concibió el proyecto de invadir la provincia de Caracas con sólo 700 hombres, de los cuales 400 eran reclutas".

Sea lo que fuere, Bolívar tornó, por Píritu y en compañía de Arismendi, hacia Barcelona, donde renovó sus esfuerzos para lograr una concentración de tropas en El Chaparro.

Mientras tanto, Real, Morales y Aldama organizaban el ejército realista en Orituco. Moxó informaba a Morillo, con fecha 16 de febrero, de las operaciones del primero de aquellos jefes, quien había emprendido su marcha de Orituco a Aragua muy lentamente a causa de la penuria de mulos y caballos. El día 1.° de dicho mes llegó el brigadier al Chaparro y tuvo escaramuzas con algunas partidas de patriotas. El 6 estaba en El Pilar y el 7 en Clarines, donde incorporó la división de Jiménez. De allí marchó contra Barcelona, de noche, "sin haber comido nada la tropa, sin los botiquines indispensables, sin aguardiente para los heridos y con las escasas municiones que conservaba en el parque del ejército". Según la narración del doctor Lecuna, para mediados de enero los realistas disponían, ya prontos para abrir sus operaciones contra Barcelona, de 2.800 infantes y 400 caballos; y creían tan segura la caída de la plaza, que habían nombrado gobernador de ella al coronel Montenegro y Colón.

Arismendi marchó en misión de convencer a Piar y Sedeño, a otros jefes, así como a los granadinos, de ir a juntarse en la provincia de Barcelona, cuya capital creía Bolívar era indispensable defender, porque su cercano puerto permitiría mantenerse en comunicación con el extranjero y como una de las llaves del llano. "Perdiendo esta plaza —escribe a Monagas, el 13 de enero— el general Mariño no puede tomar a Cumaná. Las tropas granadinas y del general Zaraza quedan desarmadas, y sobre todo perderemos tanto en la posición, que yo temo que lo perderíamos todo y quizá para siempre. Estoy resuelto, pues, a conservar esta plaza o a sepultarme entre sus cenizas o sus escombros, hasta que el general Arismendi realice mi comisión de reunir en los Llanos todos nuestros ejércitos". A la concentración de las tropas realistas, Bolívar quiere oponer fuerzas iguales, o superiores: "Pequeñas divisiones no pueden ejecutar grandes planes— dice a Piar—... Sin una flotilla respetable no es posible tomar la Guayana... No perdamos nuestros esfuerzos. Aún no es tiempo de tomar a Guayana. Llegará ese y con suceso". Y lo mismo dice a Sedeño.

Aquella reunión general en El Chaparro, realizada por Arismendi, se anuncia a los barceloneses en una proclama del 13, en la cual se lee también: "Su Excelencia el general Mariño manda un grande ejército contra Cumaná y los españoles perecen de hambre". Al mismo tiempo que perseguía su proyecto de concentración, Bolívar negociaba con Mariño y fortificaba a Barcelona, reuniendo bajo su mando directo 1.200 infantes y una flotilla.

Sus operaciones militares, a que nos referiremos muy luego, no impedían a Mariño llevar con el Libertador la correspondencia que iniciara la carta de este último datada en Villa del Norte el 28 de diciembre. Por "oficio" de 4 de enero, cuyo texto no conocemos, pero al cual se refiere Bolívar con fecha 14, y en nota cuya minuta citamos atrás con motivo de los sucesos de Güiria, Mariño había informado al Libertador de su determinación de marchar con su ejército contra Cumaná, "atacarla y rendirla por la fuerza". Sin duda aquel oficio indicaba las dificultades de orden personal y militar que el caudillo oriental encontrara hasta entonces, pues el Libertador le dice: "Me ha sido muy sensible la falta de cooperación de los jefes de que Vuestra Excelencia se queja. La actividad, patriotismo, valor y crédito de Vuestra Excelencia han conservado una parte del territorio de la República. Vuestra Excelencia ha obtenido triunfos. Vuestra Excelencia, lejos de desmayar en la desgracia, ha cobrado nuevo aliento. Los reveses mismos le han producido ventajas. El infortunio no ha tenido imperio sobre Vuestra Excelencia. Yo doy a Vuestra Excelencia las más expresivas gracias en nombre de la patria por los señalados servicios que Vuestra Excelencia le ha hecho". Y Bolívar, al explicar, como atrás recordamos, por qué a su partida de Güiria no dió órdenes expresas a ciertos generales de que obedeciesen a Mariño, alude indudablemente y sobre todo a la actitud de Piar. El Libertador había mandado, al reembarcarse, ya lo dijimos, entregar a su segundo los pertrechos y otros efectos que estaban en las flecheras, pero Mariño asegura que nunca los recibió. Bolívar replica: "Yo mismo he dado la orden para que se transbordase a la goleta presa que estaba surta en Güiria, los vi transbordar y los recomendé al inglés de la contrata de ropas, Mr. Taylor. Más: los que

estaban a bordo del bergantín *Indio Libre* los remití a Vuestra Excelencia con el extranjero Cipriani desde Güinimita, con un oficio". Hemos indicado que se ignora el paradero de este último oficio de Bolívar. Y es probable que el que ahora nos ocupa haya sido redactado de otro modo que la minuta, cuyo estilo es el que corresponde a ese género de piezas, es decir, el de nota o apunte que fija puntos para la definitiva.

Entre esos puntos que Bolívar señala, y que sin duda desarrolló en su oficio, hay uno de importancia excepcional y que deberá incorporarse a lo que hemos llamado el expediente de Cariaco. Aludimos a las siguientes frases: "Luego que Vuestra Excelencia ocupe a Cumaná, proceda a la formación del censo para el nombramiento de diputados al congreso. Si las circunstancias de la guerra no sean (sic) tan urgentes, proceda Vuestra Excelencia a formar el censo para..." Sería interesante conocer cuál fué el fin de este párrafo y qué forma recibió el texto definitivo. Es posible, por otra parte, y la hipótesis de poderlo algún día verificar contribuiría mucho a esclarecer el problema, que aquella indicación del Libertador se debiera a que Mariño le tocara el tema de la constitución inmediata o próxima de un gobierno civil. Bolívar concluye su nota con el ofrecimiento de su cooperación para todo "cuanto (concierne) a la gloria de Vuestra Excelencia y a la salvación de Venezuela". Cuando llegue el ganado que Zaraza envía, siquiera doscientas reses serán para el ejército de Mariño.

En otra nota, de 17 de enero, arriba citada, el Libertador informa a Mariño de las operaciones que ha realizado desde su desembarco en Barcelona, y especialmente de la derrota de Clarines. Según Bolívar, y allí tenemos un tercer modo de interpretar y explicar aquella infortunada tentativa, cuyo fin era simplemente castigar a los "bandidos" que infestaban las cercanías de aquel pueblo y "contener el mal funestísimo" de la sedición que se extendía sin cesar en la provincia, al mismo tiempo que "dar a los pueblos amigos y a los enemigos una idea ventajosa de nuestra fuerza". Arismendi, Monagas, Freites, especialmente consultados por el Libertador, aprobaron el proyecto, y el primero tomó el mando directo de la tropa que salió contra

Jiménez. La temeridad del coronel Hernández, jefe de la vanguardia, comprometió la acción en condiciones que determinaron la derrota. "La metralla y la fusilería —dice Bolívar— hacían tales estragos en nuestra columna, que ésta empezó a vacilar y al fin se desordenó. Muchas veces intentamos a la bayoneta tomar el puesto. Yo mismo puse pie a tierra y conduje esta columna al asalto. El general Arismendi y todo el estado mayor hicieron otro tanto. Nada pudo conseguirse a pesar de nuestra resolución. La confusión se introdujo de un modo espantoso, habiendo penetrado la caballería enemiga en medio de nuestras columnas". Hernández quedó en el campo, Mesa perdió su caballo, Arismendi "escapó por milagro". La derrota fué "completa". Y no acertamos a comprender por qué el Libertador cerraba el capítulo de Clarines con un: "Este instrumento nos ha producido grandes ventajas", como no fuera porque el fracaso le había preservado de proseguir una campaña a todas luces aventurada.

De todos modos, Mariño queda informado de la misión de Arismendi y de que el Libertador cuenta con la marcha de Piar por un lado, de los granadinos por otro hacia El Chaparro, donde está ya Zaraza. Monagas opera contra Jiménez y Freites organiza un nuevo cuerpo de reserva. La guarnición de Barcelona es de mil soldados de todas armas. Aquellos famosos "granadinos" eran las tropas patriotas que, según se sabía en el cuartel general de Bolívar, sitiaban a San Fernando y habían entrado en comunicación con la división de Zaraza. Arismendi debía llegar hasta Apure con proposiciones de concurrir a la concentración de Oriente. Según sus cuentas, el Libertador dispone ya de 2.700 hombres, de los cuales 1.000 de Zaraza y 700 en Aragua de Barcelona.

Al mismo tiempo que escribe él a Mariño, Bolívar le hace escribir por Brión, quien es probable ejerciera en aquella ocasión el papel de amigable componedor entre jefes patriotas que algunas veces representó. "Son igualmente juiciosos —escribe el Libertador al almirante— los oficios de Vuestra Excelencia al general Mariño. Creo con fundamento que la armonía reinará entre todos los jefes de la República y que ha desaparecido ya la discordia, funesto origen de nuestros males".

Según hemos dicho, cuando Mariño hubo reconquistado por segunda o tercera vez el litoral, recuperando a Río Caribe, Carúpano y Cariaco, asentó de nuevo su campo en Cautaro y decidió asaltar a Cumaná, si el brigadier Pardo no se avenía a una capitulación. Existe el relato de sus operaciones de entonces escrito de puño y letra del coronel Sucre, de quien se ha dicho era ya entonces jefe de estado mayor del ejército, y que en todo caso ocupaba en aquél puesto importante. Se afirma asimismo, y a nuestro parecer arbitrariamente, porque no hay prueba de ello, que Sucre había "reorganizado" las tropas de Mariño. A decir verdad, aquel ejército, como tantos otros en el decurso de la guerra, fué creado de todas piezas y "organizado" por el mismo Mariño, que era, como lo hemos apuntado, excelente oficial de estado mayor. Sucre tenía a la sazón veintiún años y es dudoso que se le haya dado una responsabilidad tal que debamos ver en él solo al "reorganizador" supuesto. Algunos admiradores de tan admirable hombre creen exaltar su mérito aplicándole el de otros. También se dirá más tarde que el plan de campaña que condujo a la segunda batalla de Carabobo lo trazó Sucre y no Bolívar. Y, naturalmente, en este último caso nadie menciona tampoco lo que pudo hacer Mariño como jefe del Estado Mayor General del Ejército Libertador. Repitamos que debe dejarse a cada uno sus títulos y que el mariscal de Ayacucho tiene suficientes. Ocasión habrá en que el propio Bolívar pondrá las cosas en su punto y decidirá que para todos hay porción. Recuérdese que después de la capitulación de Pasto en 1822 y aludiendo a Pichincha, escribió a Santander: "Tenga usted entendido que mi intimación fué la que produjo el efecto, pues aquí no se sabía ni se podía saber nada de la batalla de Sucre, ni se ha sabido hasta el 1.° Por lo mismo, no quiero que atribuyan a Sucre el suceso de mi capitulación: primero, porque bastante gloria le queda, y segundo, porque es verdad, y muy verdad, que estaban resueltos a capitular sin saber nada de Sucre, y me parece que será muy oportuno el que se haga un preámbulo en la *Gaceta* de nuetras glorias respectivas".

Según el relato en cuestión, cuando Mariño se vió obligado a ir contra Carúpano dejó en Cumanacoa una columna a las órdenes del

coronel Domingo Montes y del teniente coronel Bernet, con instrucciones de continuar hostigando a los realistas de Cumaná. Una vez en Carúpano, "tomó las más activas y acertadas medidas para destruir la facción de Macario Martínez, realista de prestigio en aquel cantón; de manera que dentro de pocos días todo quedó realizado y Mariño regresó a su cuartel general de Cautaro y estableció el sitio con un lucido ejército que no bajaba de 1.600 hombres". Sucre continúa su narración: "En los primeros días de enero de 1817 se propuso atacar y atacó la plaza por el estrecho y ensenada del Peñón, vía del puerto del Barbudo, proponiéndose tomar de paso una casa fuerte bien dispuesta por los españoles y apoyada con siete buques mayores y menores situados en el estrecho mencionado. En efecto, Mariño se puso al frente del batallón de *Cazadores* y cargó con tal denuedo e intrepidez la casa fuerte que, a la hora de combate, los españoles tuvieron que abandonarla, arrojándose al mar para tomar a nado los buques, que ya habían cortado los cables y perdido las anclas. La pérdida de los patriotas en este primer encuentro fué insignificante comparada con la de los realistas". Si comparamos fechas y a juzgar por la continuación del relato, este combate tuvo efecto, no "en los primeros días de enero", sino precisamente el día 18. Tal opinión se confirma con la lectura del informe enviado por el brigadier Pardo al capitán general sobre la batalla de Cumaná, que fué muy ruda, según se ve por el cotejo de ambos documentos. Pardo no habla de casa fuerte, sino de una "endebilísima casa de bajareque, situada a la orilla del golfo en un estrecho paso que dirije al Barbudo, la que estaba defendida por veinticuatro hombres del país y cinco o seis de infantería de la *Unión,* mandados todos por un oficial del país, sostenido dicho puesto por los fuegos de la goleta *Salaberría* y dos pedreros de los calibres de a 1 y a 2". Pardo agrega que él se proponía hacer evacuar la posición, por inútil cuando se produjo la carga de los patriotas, "general y obstinada". La goleta nombrada y las fuerzas sutiles que, al mando del comandante Guerrero acudieron al instante, tiraron sobre la tropa de Mariño, causándole "horroroso estrago", según dice el brigadier, al revés, como es natural, de lo que afirma Sucre. Con poca o gran

pérdida, el hecho fué que Mariño, según Pardo, se "posesionó de toda la circunferencia", quedando "a su discreción el barrio de Chiclana", donde los defensores habían elevado tres reductos, y —dice el relato de Sucre— "continuó su marcha hacia la plaza, haciendo alto en la capilla de Los Cerritos como a las diez de la mañana". No hay concordancia entre las relaciones patriota y realista sobre el momento en que se verificó la comunicación del ultimátum de Mariño. Pardo asegura que antes de este combate preliminar del 18, una de las gruesas partidas de infantería y caballería patriota que se acercó a la Chara de Capuchinos "adelantó un oficial parlamentario con un pliego para mí". Pero Sucre escribe cosa diferente: fué después de haber tomado sus nuevas posiciones cuando Mariño, "atendidas las formalidades y miramientos a la usanza de la guerra, dirigió en el acto al gobernador una nota intimando la plaza y ofreciendo todas las garantías del caso, cuya comunicación fué conducida por el coronel Antonio José de Sucre, acompañado del coronel Juan Carlos Fauchet y el teniente coronel Bernet, quienes a pocos momentos regresaron con la contestación". ¿Cuál fué la intimación del jefe patriota? He aquí el texto: "General: Llamado por el pueblo de Cumaná y a la cabeza del valeroso ejército que tengo la honra de mandar, he llegado hasta las puertas de esta capital resuelto a tomarla por la fuerza; pero deseando evitar las funestas consecuencias de un asalto, no queda a Vuestra Señoría otro arbitrio que elegir un medio, en el término de cuatro horas, entre el rendirse o la muerte. Es la una del día. Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años". Es indudable que este ultimátum estaba escrito con anterioridad, como que está fechado el 18, en el cuartel general "a las inmediaciones de Cautaro". Mariño lo envía en su calidad de "Segundo Jefe Supremo de la República de Venezuela y General en Jefe de sus ejércitos y de los de Nueva Granada". Por donde se ve —y hay otras pruebas de ello— que no había, como pretendiera Piar y lo afirman los historiadores, usurpado el título de Primer Jefe a Bolívar. Y obsérvese desde ahora que aún no se ha realizado entre ambos el acuerdo que será necesario sobre el plan de operaciones y mutua colaboración a que llegarán pronto. Pardo rechazó la

intimación que le dirigía el "Comandante en jefe de las fuerzas rebeldes en Cautaro", dirección ésta que hace verosímil la versión del realista sobre el momento de la comunicación. El detalle pudiera parecer baladí a algunos; pero no lo es en realidad, pues sólo discutiendo los detalles se llega a veces a establecer si un documento histórico es o no veraz. "Ningún otro medio estoy acostumbrado a elegir que el del honor", respondió Pardo. Y concluyó: "Deseo sólo ver confundida vuestra arrogancia". La guarnición realista se elevaba a 900 hombres.

Resolvió entonces Mariño el ataque. Dió a Valdés el ala izquierda, con el batallón *Cazadores,* encargándole de tomar la altura de Agua Santa; Bermúdez con el ala derecha, muy reforzada, debía apoderarse de "los parapetos del Hospital", mientras "el propio Mariño con el resto del ejército marchó por el centro hacia el barrio de Chiclana y la fuerte posición de la Tenaza,, poniendo a la vanguardia el batallón *Granaderos* a las órdenes del coronel Armario". El movimiento de avance, en toda la línea, se precisó hacia mediodía, empeñándose la lucha más encarnizada en las dos alas. El centro, con el general en jefe a su cabeza, se apoderó rápidamente de Chiclana y llegó al pie de las trincheras y baterías de la Tenaza, con poca pérdida, según Sucre, aunque —dice Pardo— "sufriendo el más horroroso fuego al descubierto". Los cañones españoles tronaban en todo el frente, desde el castillo de San Antonio hasta el reducto de San Fernando. Bermúdez avanzó con su habitual ímpetu contra el Hospital, defendido con denuedo y buen éxito por oficiales del *Barbastro,* entre ellos el capitán Arana. Tres cargas infructuosas, la última a la bayoneta, lanzaron en esta ala los patriotas. Valdés, por su lado, atacó la altura de Agua Santa, sin lograr tampoco tomarla y recibiendo una herida en el brazo izquierdo. En toda la línea —acusa el parte realista— "el fuego nuestro, correspondido por los enemigos, era horroroso y destructor". Cuatro horas había durado aquella violenta batalla, cuando "Mariño —habla Sucre— concibió que era temeridad continuar y, advertido al mismo tiempo de que las municiones escaseaban, y sin esperanza de repuesto en aquellos momentos, dió la orden de cesar el fuego, pero que se conservasen las posiciones

que se ocupaban frente al enemigo". Produjose entonces el incidente que determinó la retirada general del ejército patriota: según escribe Yanes, un edecán "equivocó" la orden del general en jefe a Valdés y éste, ya a punto de lograr su objetivo, retrocedió, abandonando el terreno conquistado. Sucre dice también que el jefe de la izquierda, "próximo ya a conseguir el triunfo, recibió la orden de retirada hasta Chiclana (y) así lo hizo". Se ve, pues, que Valdés, por una u otra razón, no "conservó" sus posiciones y que su movimiento retrógrado parece haber causado el de todo el ejército. El fuego nutrido cesó entre siete y ocho de la noche, disparándose todavía de una y otra parte de modo intermitente hasta la madrugada. De Chiclana Mariño envió a Valdés a Los Cerritos, donde estaba el hospital de sangre, y luego replegó también hacia allí toda su línea, bajo el tiro de las baterías realistas de tierra y de los buques anclados en el puerto. A las diez de la mañana del 20 el ejército acampaba de nuevo en la sabana de Cautaro, lugar de donde, dos días antes, partiera lleno de esperanza al asalto de Cumaná. Según Pardo, en la defensa de la ciudad se distinguieron no sólo las tropas peninsulares y del país, sino también los habitantes todos, inspirados por la lealtad al rey. El parte realista que, según costumbre de ambos bandos, exagera las pérdidas del enemigo y disminuye las propias, da a los patriotas cien muertos y trescientos cincuenta heridos. Ignoramos las cifras que haya dado el estado mayor republicano. En último análisis, parece que el fracaso de la operación puede atribuírse a la falta de pertrechos y, sobre todo, de artillería.

En espera de éstos, que iban a llegarle por mar, estaba Mariño cuando el Libertador, deseoso de concertarse por fin con él y de combinar un plan de campaña, diputó a Soublette al cuartel general de Cautaro.

IX

MI ILUSTRE SEGUNDO

El 19 se oyó en Barcelona un fuerte cañoneo hacia los lados de Cumaná, y Bolívar lo atribuyó, en cartas de esa fecha para Arismendi y Zaraza, al ataque de esta plaza por Mariño, o acaso a algún combate entre las escuadras patriota y realista. Cuatro días después —dícelo a Monagas— recibe noticias de "que los españoles han evacuado a Cumaná y que el general Mariño, después de tres días de acción, ha tomado aquella plaza". Y es partiendo de aquellas noticias erradas que se decide a llamar a Mariño a Barcelona e insiste en concentrar las divisiones ya convocadas de Piar, Monagas, Zaraza y la llamada granadina, según el plan que llevó Arismendi y que reposaba esencialmente en la conservación de Barcelona, doble llave de comunicación con el exterior y con los Llanos. Por esta razón se dispone a defender la ciudad con voluntad inquebrantable, y dice a Zaraza, el citado 23, que está "resuelto a sepultarme entre sus ruinas y a comerme hasta las mujeres antes que abandonarla".

Para combinar su plan con Mariño, a quien, repetímoslo, cree dueño de Cumaná, o al menos a punto de coronar su posesión, el Libertador envía al general Soublette con un oficio y la misión de completar éste con informes verbales y demostrar la conveniencia de su venida. Invoca, además, el auxilio de las tropas de Cumaná como urgente por la amenaza de los realistas contra Barcelona. Acerca de

estas negociaciones del Libertador y Mariño se han dicho no pocas trivialidades y dado por ciertas algunas hipótesis encaminadas todas, naturalmente, a presentar al segundo en su posición acostumbrada de remiso a la cooperación, de ambicioso y voluble y, por último, de subalterno que no comprende los planes de su genial superior y los combate sin razón válida. Aquí, como otras veces, importa examinar la situación real y los papeles con imparcialidad y sangre fría. Desde luego, Mariño se ha asignado, y lo ha hecho en ausencia de Bolívar, como objetivo primordial de su campaña la toma y liberación de Cumaná, que completaría la expulsión de los realistas de aquel territorio y del de Maturín y permitiría, como en 1813, libertar en seguida la provincia de Barcelona, donde ya los realistas habían perdido la capital y se hallaban continuamente hostigados por Monagas y otros jefes de partidas patriotas. Este plan no se ejecutaría con la relativa facilidad que se efectuó cuatro años antes, por el simple hecho de que ahora existía un fuerte y aguerrido ejército realista, mandado por jefes capaces, que se disponía a tomar por su lado la ofensiva y a adelantarse, si posible, al ataque de los republicanos procedentes de Cumaná. Pero el proyecto de Mariño era realizable, y su fracaso o la demora en llevarlo a cabo se debió a que no pudo tomarse esta plaza en la fecha prevista. Que a estas razones militares se juntasen otras de carácter personal, como no deja de asegurarse, es muy probable. Pero las primeras, evidentes, eran perfectamente defendibles, y las segundas, conjeturales, no impidieron en modo alguno a Mariño acudir a Barcelona cuando fué necesario y a riesgo —digámoslo de una vez— de que Pardo le atacara por la espalda. Había divergencia de criterio estratégico entre los dos generales. A tiempo que Bolívar obedecía a la idea primordial de invadir la provincia de Caracas, y quería para ello concentrar las fuerzas en la de Barcelona, Mariño prefería verificar la concentración más al oriente y organizarse sólidamente en Maturín, vivero de excelente caballería y cuyo territorio permitiría mejor aún que el de Barcelona recibir recursos del exterior, y ello no sólo por el Orinoco, al sur, sino también, al norte, por los caños del delta vecinos de Trinidad. Es deplorable que no poseamos su correspondencia de aquella época y que se deba descubrir su pensa-

miento e intenciones por los oficios y cartas que le dirigía el Libertador. A lo último, sin embargo, la amenazante ofensiva de los realistas vino a influir de modo decisivo en el ánimo del último para que instase a Mariño a reunírsele.

Para arreglar dificultades y divergencias sale, pues, el general Soublette, a quien el almirante Brión llevará en su escuadra "cerca de Su Excelencia el general Mariño, en una misión de la más alta importancia". La misión duraría siete días y la escuadra volvería con el comisionado y, en la confianza de buen éxito, con "todas las armas, pertrechos, bagajes y hombres que pueda transportar a este cuartel general". Soublette no lleva carta, sino nota oficial, fecha 23 de enero, en la cual el Libertador comienza por decir que ha sido por una flechera que enviara en reconocimiento como ha sabido la presencia de Mariño en Cumaná o sus alrededores. Agrega que Barcelona se halla amenazada por dos divisiones realistas: la de Morales que, fuerte de 1.500 hombres, avanza por Chaguaramas, y la de Real que, en número de 1.000, marcha de Orituco hacia Clarines. Aquel ejército es mucho mejor disciplinado y más aguerrido que el que pueda oponerle Bolívar. "El general Soublette —continúa éste—, comisionado por mí cerca de Vuestra Excelencia, la informará detalladamente de nuestra situación, fuerzas y recursos. El objeto de su misión es convencer a Vuestra Excelencia de la absoluta necesidad en que estamos de reunir nuestras fuerzas y obrar de acuerdo para salvar la República. No creo que Vuestra Excelencia se deniegue a contribuir a la obra de nuestra vida, de nuestra gloria y de nuestro corazón. Yo creo no poder defender a Barcelona, ni Vuestra Excelencia tomar a Cumaná si yo pierdo esta plaza evacuándola o pereciendo en ella. Cualquiera de los dos partidos me parece igual, pues con perderla lo perdemos todo, no teniendo bagages con que retirarme ni habiendo recibido aún los elementos militares que traigo en la escuadra y deben llegar de un momento a otro. Sin Barcelona no tendremos puertos donde recibir auxilios exteriores, ni víveres con que poder continuar la campaña contra Caracas, ni las operaciones contra Cumaná. Si fuese fácil tomar a Cumaná con la cooperación de las tropas de Barcelona, yo iría en persona con ellas, aunque perdiésemos esta plaza; pero estoy cierto

(de) que no llevando muchos víveres o no tomándola al asalto nuestra situación empeoraría y al fin nos veríamos reducidos a introducirnos en los Llanos a hacer la guerra de bandidos. Evitemos todos estos escollos reuniéndonos. Salvemos la patria, cubriéndonos de honor no menos por nuestra prudencia que por nuestro valor. Demos a nuestros enemigos y a nuestros amigos un ejemplo de virtudes políticas, obedeciendo, combatiendo y sacrificándolo todo por el bien de nuestros hermanos". La comparación de ese texto con otros de Bolívar de la misma fecha permitiría un examen crítico de consideración si tratáramos ahora de captar y concretar el verdadero pensamiento del Libertador; pero tal no es nuestra tarea actual. Retengamos solamente la circunstancia, no excepcional por cierto en Bolívar, reveladora de un estado de espíritu contradictorio y, por lo tanto, indefinible. En el mismo día en que escribe a algunos generales que Mariño ha tomado a Cumaná, o que los españoles de allí mueren de hambre, dice a éste que la plaza no caerá ni aun con el auxilio de sus propias tropas. Se dirá —y se ha dicho— que todo aquello era por un lado propaganda y por otro maniobra: contentémonos con esa explicación, puesto que no nos interesa buscar otra.

El capitán Stirling, comandante de la corbeta *Brazen,* cuya estadía en rada de Cumaná durante aquellos sucesos hemos señalado ya, daba justamente el 1.° de febrero datos al almirante Harvey acerca de la situación de la plaza y de las fuerzas con que Mariño la atacaba. El número de los soldados de éste resulta en el informe del marino británico bastante inferior al que en realidad parece haber tenido, si se juzga por lo que luego veremos. De todos modos, el documento es importante, y vale la pena traducirlo antes de pasar adelante:

"De la provincia de Cumaná, que incluye a Barcelona y la isla de Margarita, la ciudad de Cumaná es el único puerto que queda en manos de los realistas. Aun ésta está bloqueada por el lado de tierra, y el cuartel general de los insurgentes se encuentra a distancia de mil quinientas yardas de las defensas avanzadas de la ciudad. La fuerza bloqueadora consiste en un millar de hombres, negros en su mayor parte, armados de mosquetes, pero sin cañones; la fuerza bloqueada

es de 850 soldados europeos, de los regimientos *Barbastro* y *La Unión,* y de una tropa de milicia de 500 ó 600 hombres del país. La guarnición, encerrada dentro de sus trincheras, está reducida a una pequeña ración de provisiones, y a esa medida tiene sólo suficiente para los primeros diez días del mes de febrero.

"Cumaná está situada en una llanura que el mar rodea por tres lados, y al este hay una línea de colinas en una de las cuales está el castillo de San Antonio, principal defensa de la plaza. Este fuerte fué construído originariamente para defender la ciudad de los ataques de los indios, y está dominado en su parte posterior por una colina, a distancia de mil quinientas yardas; pero como hasta ahora los insurgentes carecen de cañones, no pueden sacar ventaja de este punto débil. Dicho castillo y el fuerte de mar, que distan un cuarto de legua de la ciudad, donde desemboca el río, eran antes del bloqueo las únicas defensas. Cuando los insurgentes se aproximaron fué elevada una cadena de reductos y se establecieron barricadas en las calles; pero la extensión de terreno que estas obras cubren requeriría para defenderlo una fuerza mayor que la que la guarnición puede suministrar.

"Como el comercio de la ciudad ha sido destruído y gran parte de las casas derribadas para reforzar la defensa, y como todos los habitantes que podían hacerlo se marcharon, Cumaná no tiene ya valor sino como punto militar, y aun bajo ese aspecto la cuestión es discutible. Sólo puede mantenérselo a costa de expensas inmensas y mediante un suministro regular de provisiones, que de fracasar las tropas caerían forzosamente en manos del enemigo.

"Además, cuando los insurgentes reciban la artillería que se dice esperan, podrán tomar la plaza con gran facilidad y a poco costo. No ha habido ninguna salida de parte de la guarnición. El 19 del mes pasado el ejército sitiador efectuó un ataque hacia el centro de la ciudad, siendo rechazado con pérdida de doscientos hombres, mientras que los realistas sólo perdieron cuarenta o cincuenta. La tentativa fué hecha con precipitación, pero con gran bravura."

En su informe de 24 de octubre de 1818, dirigido a Baptis Irvine, agente de los Estados Unidos encargado de obtener ciertas satisfac-

ciones del gobierno para entonces formado en Angostura por el Libertador, misión sobre la cual habremos de volver con frecuencia, L. D. Forsyth dice que cuando Morales y Real amenazaron a Barcelona y Bolívar pidió auxilio a Mariño, despachó también un correo al almirante Brión para que mandase sin demora todas las armas y municiones que se hallaban en Margarita. Cuando dió esa orden el Libertador —agrega Forsyth— ignoraba los movimientos de la flota realista, y "ordenó que todos los buques (republicanos), grandes y pequeños, que estaban en los puertos margariteños, zarpasen para Barcelona". Brión, "temiendo que la intención de Bolívar fuese de emigrar segunda vez", desobedeció, y no envió a éste sino la goleta *Diana* y "cuatrocientos mosquetes de los mil que habían llegado de San Tomas con unos pocos reclutas".

A este respecto Forsyth da también curiosos detalles acerca de la misión despachada antes por Brión a San Tomas en solicitud de dichas armas. Allí se ve a Zea complicado en un asunto de venta de negros, y el dato es de retenerse para cuando, años más tarde, veamos a este prócer, representante de las libertades cívicas y otras, enfrentándose al general Mariño, encarnación del militarismo, según se acostumbra decir, pero quien, por su parte, había manumitido sus esclavos. El informante escribe: "El 9 de enero de 1817 regresó (de Barcelona) el almirante Brión, en la *Diana,* a la isla de Margarita, para fijar su cuartel general y establecer por primera vez en Venezuela una Corte de Almirantazgo. Después de su llegada a Margarita, la goleta *Diana,* con el intendente general del Ejército (Zea) y Mr. John H. Hudson, a la sazón comisario general del departamento naval, fueron despachados a San Tomas con instrucciones y cartas de crédito del almirante Brión para obtener, si posible, una pequeña cantidad de armas y municiones de que el ejército bajo el mando del general Bolívar estaba enteramente desprovisto. Mientras Zea y Hudson se hallaban en San Tomas, el capitán Felipe Estévez, comandante de la *Diana,* tuvo un encuentro y capturó la goleta negrera *Gran Pelícano,* del puerto de La Habana, que llevaba a bordo noventa y siete esclavos. Se intentó deshacerse de éstos en San Tomas, pero fué imposible. Sin embargo, el capitán pudo inducir a los señores Benedetti y otros comerciantes

de San Tomas a conceder a los señores Zea y Hudson un crédito para comprar mil mosquetes, crédito que antes se les había rehusado. Con estos mil mosquetes, y seguida de su presa, salió la *Diana* para Margarita, donde llegó a fines de febrero... Los negros cogidos en el *Gran Pelícano* fueron vendidos en Martinica a un francés que hasta ahora nada ha pagado por ellos; en consecuencia, su producto no se ha destinado a cubrir la deuda contraída en San Tomas, y de ahí la pérdida de crédito con los negociantes de esta isla."

Para apreciar estas y otras informaciones de Forsyth, que no debe confundirse con el diplomático de su mismo apellido John, nombrado poco después ministro de los Estados Unidos en Madrid, adviértase que se trataba de "un gentleman americano de distinguidos talentos". Así le califica Handy, sobrecargo del navío del comodoro Perry. Forsyth vivía en Angostura, sirvió de intérprete en las conversaciones del comodoro con Zea, y sobre él agrega Handy en su informe a Adams: "El comodoro le estaba muy agradecido por la ayuda útil y eficaz que le prestó, y su estima se aumentó al asegurarse que su devoción hacia su país era firme e inquebrantable." Según Yanes, nuestro Forsyth, a quien llama el doctor Samuel D. Forsyth, se halló, junto con Beluche y Villaret, entre los náufragos de la goleta *Bolívar*, comandanta de la flotilla con la cual Brión iba a Nueva Orleáns después del desastre de Ocumare. Los náufragos "escaparon maravillosamente", y "arribaron después de indecibles trabajos a la isla de Jamaica".

A su tiempo hablaremos de la misión del comodoro Perry a Angostura.

No convenció Soublette a Mariño de la bondad del plan de campaña general propuesto por el Libertador, y éste debió escribirle una nueva y extensa nota, en la cual volvió sobre sus argumentos y produjo otros en favor de su tesis. Pero, en cambio, Mariño, no obstante su repugnancia a abandonar el asedio de Cumaná, prometió ir en auxilio de Bolívar en caso de que se precisara la amenaza contra Barcelona. Así lo demuestra una carta del último al general Arismendi, fecha 29 de enero: "Ayer ha llegado el señor general Soublette, destinado por mí cerca de Su Excelencia el general Mariño, y estamos de

acuerdo de hacer cara sobre esta plaza, con su ejército entero, al primer aviso que tenga de que los enemigos sitian la plaza. Este general ha obtenido grandes ventajas: el 19 del presente se ha apoderado de la Capilla de los Capuchinos (Pastora), estrechándolos (a los realistas) de manera que están encerrados dentro de sus trincheras y tomándoles un almacén de víveres y dos piezas de artillería". A Monagas dice, asimismo, el 28: "Mis fortificaciones están concluídas ya. Espero refuerzos considerables de Su Excelencia el general Mariño. (Si) se acercan a esta plaza los enemigos, vendrá con todo su ejército completo de más de 2.800 fusileros. Con tan plausible noticia, hoy ha regresado el general Soublette, que destiné cerca de Su Excelencia el general Mariño, que sitia rigurosamente a Cumaná a medio tiro de sus fortificaciones, y que dió un golpe terrible a Pardo el 19". Esta promesa de socorro, cumplida inmediatamente que se manifestó peligro real para Bolívar, demuestra que Mariño no estaba reacio a colaborar, como han supuesto y afirmado muchos historiadores. Según una nota que citaremos más adelante, el Libertador le ofreció desde entonces el mando en jefe del ejército reunido, ofrecimiento hecho probablemente por órgano de Soublette y en forma verbal.

Sobre aquellos tratos de Bolívar con Mariño, el doctor Lecuna se muestra categórico en sus afirmaciones. Según él, Soublette debía "pedir la cooperación de Mariño, y en último caso, si éste la negaba, ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos y hasta el de todas las fuerzas armadas de la República, como la mayor concesión posible en su favor; y sin duda esta condición quedó solemnemente establecida, como lo comprueban declaraciones posteriores del Libertador y los documentos referidos descubiertos por nosotros. Sin este sacrificio de Bolívar, el jefe oriental no hubiera venido a Barcelona, y se habrían perdido las tropas reunidas en esa plaza y las armas sobrantes de la República. En consecuencia de tan singular convenio, Mariño fué nombrado jefe de la fuerza armada de la República, y así se dió a conocer a las tropas cuando se reunieron y se participó el 13 de febrero a Zaraza y a Monagas y al coronel Meza, nombrado jefe de la plaza".

No existe, sin embargo, documento alguno probatorio de que Mariño sólo resolviese acudir a Barcelona bajo tal estipulación o

condición previa. Su promesa de socorrer a Bolívar en caso de amenaza efectiva del enemigo, parece, al contrario, indicar que no le determinaba únicamente el halago del mando militar supremo, perspectiva seductora, no obstante, para quien se creía muy competente para ejercerlo y se juzgaba merecedor de él, sobre todo en tierras de Oriente. El hecho histórico es que cuando Barcelona fué amenazada y atacada, el general dejó su sitio de Cumaná y acudió en auxilio de Bolívar. El juego de la hipótesis sobre los móviles recónditos de los hombres está siempre abierto a los que se interesan en él, pero es de poca certeza en historia. Adelantemos, por otra parte, que cuando el Libertador ordenó reconocer a Mariño como general en jefe del ejército, este ejército pertenecía en su mayor número al caudillo oriental, habiéndose quedado el principal núcleo de las tropas que Bolívar había reunido por su cuenta como guarnición en Barcelona, a las órdenes de Freites. Sucedió entonces cosa análoga a la que notamos cuando la campaña de San Carlos y la derrota del Arao.

Tres días después de la partida de Soublette, el Libertador despacha a Mariño otro emisario, el licenciado Pablo Garrido, con encargo de anunciarle que los realistas estaban ya en Santa María de Ipire y marchaban contra Barcelona. Y como Brión no había llegado aún y no tenía piedras de chispa sino las puestas en los fusiles, Bolívar, suplica "a Vuestra Excelencia se sirva remitirme con el conductor siquiera tres o cuatro mil piedras, (pues) de otro modo soy infaliblemente destruído". El Libertador se impacienta: "Espero de un momento a otro el auxilio que he pedido a Vuestra Excelencia por el general Soublette. Si no viene, esté Vuestra Excelencia cierto que este ejército es batido, y si Vuestra Excelencia no me envía volando las piedras de chispa, no podré ni retirarme sobre Vuestra Excelencia, y yo y mi división pulverizados; pero, de todos modos, yo no puedo sostenerme aquí, y deberé abandonar la plaza si Vuestra Excelencia no me auxilia como le he significado". En términos semejantes escribe a Soublette para que lo repita a Mariño. El día 29, es decir, en el término de la distancia, Bolívar recibió sus piedras y escribió: "Doy a Vuestra Excelencia mil gracias por la prontitud con que me ha surtido de un objeto tan necesario y de que carecía absolutamente". No

podrá, pues, tampoco alegarse como decisivo el argumento de deber Mariño ir a Barcelona en busca de pertrechos, porque no se le ve tan desprovisto de ellos que le fuese imposible suministrar algunos a Bolívar.

Después de discutir con Soublette las proposiciones del Libertador sobre el plan de campaña, Mariño formuló el suyo, basado, como hemos dicho, en la concentración de las fuerzas en Maturín, y presentó "reflexiones" en dos notas de 27 de enero, que llevó el mismo Soublette al Libertador, cuyo texto, por desgracia, no se conoce, y a las cuales Bolívar replica incontinenti. En su opinión, el proyecto de concentrarse en Maturín no es aconsejable, y, además, presenta tales dificultades e inconvenientes de orden práctico, que parece irrealizable. No podrá trasladarse la artillería ni el parque; la escuadra retirará su apoyo cuando le falten bases; los soldados desertarán, y, además, se perderán los grandes recursos que ofrecen las provincias de Cumaná y Barcelona. En Maturín no hay ya caballos, y la caballería que opera en los llanos de Barcelona no consentiría en ir allá, y si consintiese llegaría inútil y sin poder reponerse, pues aquella ciudad está convertida en un desierto. Así, en frases vigorosas y con argumentos contundentes, el Libertador destruye el plan de Mariño. En cambio, hace a éste y defiende con no menor elocuencia una nueva sugestión más simple y halagadora que su anterior vasto proyecto de sacar todas las tropas de Oriente y lanzarlas contra Caracas: se trata de que Mariño traslade su ejército a Bordones, deje allí un "campo volante" a las órdenes del "bravo general Bermúdez", encargado de "afligir" la plaza de Cumaná, y marche con el resto de sus tropas a reunirse con Bolívar, para lo cual le bastarán tres jornadas, y con el fin de batir a los realistas que se acercan. Libre Barcelona de toda amenaza, Mariño volverá con todas sus fuerzas contra Cumaná. Es más que probable que los argumentos del Libertador hicieron mella profunda en el espíritu de Mariño, porque, a decir verdad, parecían irrefutables. La nota, además, termina con un párrafo singularmente imperativo: Bolívar se declara resuelto "a aventurarlo todo", ya encerrándose en sus atrincheramientos, ya dando batalla campal a los españoles, "aun cuando sea temeraria". Luego vemos una palabra cuyo significado

no se compadece exactamente con el tono y el lenguaje de negociación prudente que conserva en el resto de la comunicación y en todas las demás enviadas a Mariño: "Ordeno a Vuestra Excelencia que cesen todas las consideraciones y vuele Vuestra Excelencia sobre esta plaza, pues estoy imposibilitado de tomar ningún partido". Es el verbo *ordenar* que nos parece en desacuerdo con los contextos, y que nos habría agradado verificar en el original de la comunicación.

Nueva nota del Libertador, el 30 de enero. Espera mucho de la acción combinada de Zaraza e Infante con sus propias tropas de Barcelona, y aprueba los planes de coordinación propuestos por Arismendi, quien en San Diego cumple sus instrucciones al respecto. Infante informa que para el 20 de aquel mes los realistas no se han movido, lo cual, según el Libertador, debe atribuirse al temor que les inspira la caballería de Zaraza. Si los españoles atacan, Bolívar los espera "bajo mis trincheras", mientras llegan "poderosos auxilios" que debe enviarle Mariño y los que vienen de los Llanos. Cuando los tenga, será él quien tome la ofensiva. Piar ha alcanzado en Guayana "considerables ventajas", y el Libertador cree que podrá continuar desarrollando con buen éxito sus operaciones. No cuenta ya, pues, con la división de Piar ni para la defensa de Barcelona, "ni para la próxima inmediata campaña". En cambio, sí cuenta, y primordialmente, con el ejército de Mariño: "Aquí —repite a éste— organizaremos las divisiones que deban obrar contra los Llanos, contra Cumaná y que guarnezcan esta plaza. Aquí, en fin, abastecidos y con recursos, podremos obrar conforme a las circunstancias y tomar las medidas que parezcan más ventajosas. Si Vuestra Excelencia no estima conveniente marchar con su ejército sobre esta capital para efectuar nuestra reunión, puede Vuestra Excelencia hacerlo sobre San Mateo, a donde marcharé yo inmediatamente para acordarnos y batir los enemigos de estas inmediaciones. Sin embargo de que es infinitamente más ventajoso hacerlo aquí, puesto que en las flecheras y demás embarcaciones menores que hay sobre este río, puede Vuestra Excelencia transportar todo su parque, bagajes y parte de su ejército. Este, Excelentísimo Señor, es el plan que estimo más juicioso y que debe producirnos mayores ventajas. De resto, sólo aventuraremos pequeñas acciones que,

sin destruir los enemigos, nos exponen, si somos batidos, a perder la República". Por lo tanto, el Libertador insiste en que Mariño venga a juntar su ejército con el de Barcelona, donde hay municiones de guerra y de boca para equipar y alimentar a ambos, sin contar con que Monagas enviará pronto tres o cuatro mil reses del Chaparro.

Mariño, entre tanto, diputa ante Bolívar al granadino Gabriel Piñérez, refugiado de Cartagena, y al capitán Ramón Machado para que le anuncien que marcha en su socorro. "Nada es comparable —dícele el Libertador el 3 de febrero— a la satisfacción que he tenido al saber que Vuestra Excelencia viene a reunirse conmigo para batir al enemigo que se acerca a esta ciudad. Como he ofrecido a Vuestra Excelencia, tendré el honor de verlo mandar el ejército reunido en Barcelona. Y Vuestra Excelencia tendrá el de salvar la patria en la primera jornada que el enemigo nos ofrezca para vencerlo. Destruído este cuerpo de tropas españolas, Vuestra Excelencia volverá con la última rapidez a expugnar la ciudad de Cumaná, lleno de elementos y coronado de laureles". Nótese una vez más, y para juzgar correctamente de sucesos posteriores y de la eventual nueva disparidad de criterio estratégico entre el Libertador y Mariño, que el primero conviene o abiertamente reitera su promesa de que una vez libre de peligro Barcelona, el segundo volverá contra Cumaná. Bolívar continúa: "Siempre he tenido la satisfacción de combatir al lado de Vuestra Excelencia en el campo del honor, y siempre me he hecho un deber de comunicar a Vuestra Excelencia mis designios y de consultarle su parecer. Ahora llenaré con más gusto que antes tan sagrados deberes, pues que la experiencia me ha probado que esta conducta ha sido muy acertada y que yo he menester los consejos y la cooperación de mis dignos compañeros de armas, y muy particularmente de mi ilustre Segundo". Y para terminar, el Libertador "tributa" a Mariño la gratitud de la patria "por los nuevos servicios que ella espera de quien la ha socorrido oportunamente en medio de sus más grandes convulsiones".

Mariño se ha puesto así en marcha en tiempo oportuno. Las últimas noticias que el Libertador tenía sobre los movimientos del enemigo, señalaban la entrada de éste al Chaparro el día 30, y ese mismo

día Bolívar escribía a Mariño, como hemos visto, que la caballería de Zaraza le mantenía en respeto. Sin embargo, el 3 de febrero el Libertador señala todavía El Chaparo como sitio de reunión a las divisiones de Monagas y Zaraza, y ordena a Arismendi, quien se halla en San Diego de Cabrutica formando un cuerpo de tropas, que venga hacia Barcelona, por la espalda del enemigo, "con todas las fuerzas de todas las armas, y muy principalmente con la caballería del general Zaraza y del coronel Infante". Los acontecimientos evolucionan con rapidez y excitan al máximo la ardiente cabeza del Libertador. Si la guerra es, como decía Napoleón, un asunto de imaginación, nadie exhibiera mayor fertilidad que Bolívar en planes y proyectos para ejecutarla. Tanto, que la crítica militar estricta de sus órdenes y operaciones es motivo muchas veces de perplejidad y aun de confusión. Léase, como ejemplo, en aquellos días, cierta frase de su carta del 3 a Arismendi. Bolívar viene proclamando que no puede salir de Barcelona, que sin el auxilio de Mariño "está imposibilitado de tomar ningún partido", que todo depende de la reunión de su ejército con el de Cumaná; y, de pronto, vemos que también estaba dispuesto a abandonar aquello y a marchar a los Llanos, donde, según escribía hacía poco, sólo podría hacerse una guerra de bandidos. Porque no otra cosa significa la frase aludida: "Cuando me disponía, en virtud de la noticia de Vuestra Excelencia de que los españoles no se acercaban a esta capital, a marchar con mi ejército a los Llanos para incorporarme con las divisiones que obran en ellos, he tenido la extraordinaria satisfacción de ver llegar ayer a media noche a este cuartel general a los ciudadanos G. Piñérez y capitán Ramón Machado, comisionados del Excelentísimo señor general Mariño. Estos ciudadanos vienen encargados de participarme que Su Excelencia el Segundo Jefe está ya en marcha para esta plaza con 2.000 fusileros, y que mañana o pasado entrará en ella, dejando asegurados los principales puntos de la provincia de Cumaná. Esta reunión nos dará un poderoso ejército, que irá a buscar los enemigos dondequiera que se encuentren". A juzgar por estas palabras, el 2 de febrero el Libertador ignoraba los movimientos exactos de los realistas, y sólo el anuncio de la llegada de Mariño le impidió marcharse de Barcelona en busca de Arismendi,

al extremo sur de la provincia. No es de este libro examinar más a fondo cuestiones de esta índole, pero debemos declarar que no nos satisface la explicación de que el Libertador se veía forzado a ocultar sus planes efectivos y a engañar continuamente a sus propios generales. En todo caso, aquellas "noticias favorables" sobre la actitud supuesta del enemigo, y que Bolívar comunicaba el propio día 2 a Mariño, habían sido enviadas desde San Diego por Arismendi y el coronel Salcedo.

Pero tales informes no correspondían a la verdad, y Real, Morales y Jiménez marchaban ya al ataque de Barcelona. El 7 de febrero, enterado por fin el Libertador, lo anuncia a Mariño en términos de alegría un tanto exagerada. Se ve que, por una parte, confía en sus propias fuerzas para asegurar la defensa, y, por otra, espera que el peligro que corre decidirá a Mariño a precipitar su auxilio. Su confianza se justifica, tanto como su esperanza: los españoles son batidos, y Mariño llega. "Tengo el mayor gusto —escribe a éste el Libertador, el 7 de febrero y en carta, según aparece del copiador de la secretaría— de anunciar a usted que al fin los españoles nos hacen el favor de venirnos a visitar. Hoy han llegado a San Bernardino y al Pilar. Ya creíamos que no venían, pero, gracias a nuestra buena fortuna, mañana los tendremos delante de esta plaza, donde tendremos algunas corridas de cañas para festejarlos hasta que usted llegue a darles la gran función". Bolívar está fuertemente atrincherado, con mil quinientos hombres bien armados, y estima en dos mil a los realistas. Mariño podrá venir por el río o por tierra; en ambos casos, el Libertador efectuará la necesaria salida, sea para apoyar el desembarco, sea para atacar por la espalda la línea enemiga. "Señor general: yo estoy loco de contento; más deseo la llegada de las tropas españolas que la de usted... Sólo temo que retrograden cuando sepan que usted se acerca; mas ya será demasiado tarde, y es de esperar que la destrucción de su ejército será la consecuencia de una vergonzosa retirada, sobre todo estando Zaraza por la espalda con más de mil hombres de caballería perfectamente montados y los enemigos sin caballería, según todas las noticias". Y Bolívar termina con la siguiente recomendación: "Si usted viene por el río, tire usted dos cañonazos al acercarse,

pero si viniere por tierra yo lo observaré desde la azotea de la Casa-Fuerte, que domina todo el país".

Mientras Bolívar se prepara a recibir como conviene al brigadier Real, Mariño reúne a sus tenientes y les invita a ponerse en marcha para auxiliar al Libertador. La escena ha sido pintada por los historiadores: de un lado, el general en jefe expone la necesidad del socorro; del otro, los divisionarios reacios, sobre todo el terrible Bermúdez, autor principal del motín de Güiria, que persiste en su enemiga y, con su vehemencia legendaria, vería con placer el aniquilamiento, y tal vez la muerte, de Bolívar. De allí el diálogo dramático que, inspirado en narración de testigos, transcribe Larrazábal:

—No debemos permitir —dice Mariño a sus oficiales— que Bolívar sea víctima de la ferocidad de sus enemigos, que son los nuestros; preparémonos todos para auxiliarle.

Y como Valdés, Guevara y Armario asintieran, he aquí que Bermúdez protesta que no marchará; que el Libertador, su enemigo, se defienda solo. Y el impetuoso adalid va a proseguir en sus habituales invectivas, cuando Mariño le interrumpe:

—Bermúdez: no te conozco. ¡Cómo! ¿Conque abandonaremos a Bolívar en el peligro y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi, Freites y los demás amigos y patriotas que con él están? ¡Eso no puede ser!

Aquellas palabras, mezcla hábil de orden y de amistoso reproche, hieren certeramente el fuerte corazón de Bermúdez:

—Mi general: estoy en marcha.

Y Mariño, quien, como se ve, obedece al deber y consciencia militares y a la lealtad que siente hacia el Libertador, y que en su generosidad ha olvidado también hace tiempos su querella con Arismendi, dicta órdenes para que, dejando las tropas de cobertura que contengan la guarnición de Cumaná, salga el ejército inmediatamente, parte por tierra, parte por mar, rumbo a la amenazada Barcelona. El coronel Antonio José de Sucre fué nombrado comandante general de la provincia y jefe de aquellas tropas. Por esta última circunstancia puede verse que el pacto o tratado de 1814, llámesele como se quiera, funcionaba todavía, y que Mariño ejercía atribuciones de jefe del Estado

de Oriente. No dió a Sucre solamente el encargo puramente militar de amagar la plaza al frente de una columna, sino que también le confió la administración civil de toda la provincia. Demuéstrase con ello cuán confusa era todavía la situación política entre los patriotas. El Libertador era Jefe Supremo, y Mariño su Segundo; pero éste, que tenía en Oriente un ejército oriental y adscrito a su persona, reivindicaba preeminencia en aquellos territorios. Aparte de los problemas nacidos de ambiciones personales, existía así un problema político complicado, que debe apreciarse considerando, como tenemos más de una ocasión de repetirlo en la presente obra, que la posición particular de Mariño no fué ni pudo ser hasta 1818 la de simple teniente de Bolívar. Muchos sucesos han quedado inexplicados y existen de ellos versiones inexactas, porque los historiadores no han querido situarse en tal punto de vista.

X

EL JEFE DE LA FUERZA ARMADA

DESDE el 10 de febrero, apenas unas horas después de haber conversado con Mariño, el Libertador, en alas de su fogosa imaginación y acaso de su genio militar, proyecta de nuevo una rápida campaña en Occidente, como lo demuestra su carta a Arismendi: "Yo parto mañana mismo con el señor general Mariño, que ha llegado ayer aquí, para Aragua, donde espero tener noticias de Vuestra Excelencia y cambiar mis operaciones a fin de entrar en Caracas junto con las reliquias de nuestros enemigos. Espero en Aragua todos los caballos y bagajes posibles. El general Monagas no puede suministrarme caballerías, porque no las tiene; a menos que Vuestra Excelencia no le haya enviado los caballos que le haya ofrecido. Yo no llevaré por tierra sino lo muy indispensable. Nuestro parque marchará por mar. Dé Vuestra Excelencia orden a los granadinos de acercarse a Caracas. No llevamos sino infantería, por no retardarnos; pero ella es magnífica, sobre todo la del general Mariño, la de Margarita y la de *Honor.* Esta plaza quedará guarnecida con el batallón de Barcelona, que también se ha distinguido en la jornada de antes de ayer".

Fué probablemente la idea de Bolívar de trasladar la guerra y el ejército a la provincia de Caracas que precisó en aquellos momentos la divergencia de criterio con Mariño, quien, como hemos notado, creía

necesario limpiar previamente de enemigos el Oriente, así como también con Piar, que no quería salir de Guayana antes de terminar su conquista. Recuérdese que el Libertador acababa de prometer al prinero que, libre Barcelona, podría volver contra Cumaná. En carta a Brión, del 11, habla Bolívar de emprender "grandes operaciones", y dice que sólo espera la escuadra para explotar su victoria. Cree que con el "ejército poderoso y aguerrido" de que ahora dispone, "la salvación de la República es infalible".

Mas, aparte del plan estratégico que pudiera tener el Libertador, o más bien dentro de él y como condición inmediata y urgente, había la de continuar la persecución de Real, de batirlo de veras, de destruir definitivamente la amenaza que su ejército constituía para Oriente y de abrir con ello el camino de Caracas. Bolívar dicta medidas: Monagas, a quien llamase el 3 de febrero a Barcelona con todas sus fuerzas, pero que no ha venido, recibe ahora órdenes de lanzarse contra los "restos" del ejército realista, de exterminarlos, pues están desmoralizados y se disolverán ante "el primer intrépido que los ataque por la espalda". Y el 12 renueva aquellas órdenes optimistas: "Venga Vuestra Señoría para que no se salve ninguno". Mismo lenguaje, el 13, a Zaraza: "Yo salgo mañana, con el general Mariño a la cabeza de 3.000 hombres, a destruir el resto de las fuerzas españolas que se han hecho fuertes en el pueblo del Pilar... El general Monagas, con 300 hombres, se reunirá mañana conmigo en San Bernardino, y espero que Vuestra Señoría venga por el camino de Aragua al Pilar, a fin de envolverlos por aquella parte y no se retire uno a los Llanos". Y luego, la gran esperanza, que no le abandona jamás, ya esté en Casacoima, ya esté en Boyacá: "Y la *Diana* llegará mañana con dos mil fusiles más..., de suerte que ya tenemos elementos para libertar toda la América..." Bolívar y Mariño no tienen caballería, y cuentan con las de Monagas y Zaraza; pero el primero está dispuesto a dar batalla, "aunque sea sin caballería", arriesgando "perder gran parte de nuestro triunfo". Por lo demás, tampoco dispone el Libertador de bagajes para transportar su parque, y por eso lo deja "bien custodiado en la ciudadela de esta capital, que queda bien guarnecida para que no sea la presa de los enemigos, ni aun cuando seamos de-

rrotados". Cierto número de hechos se desprenden netamente de estas importantes comunicaciones a Zaraza. Desde luego, el Libertador no tiene víveres suficientes para alimentar las tropas en Barcelona, circunstancia que, entre otras, le fuerza a sacarlas de la ciudad. En seguida, y ello es esencial para explicar en gran parte lo que sucedió muy luego, no hay caballería: cualquier victoria será, por decirlo así, inútil, porque no podrá explotarse con la persecución del enemigo. Además, como tampoco hay medios de transportar el parque, no podrá iniciarse la campaña con la rapidez que imagina Bolívar, puesto que habrá necesidad de privarse de mucha tropa para guardar dicho parque. Hay más: el 14 de febrero, día del sonado combate de San Bernardino, Bolívar escribía a Brión que estaba inquieto porque le escaseaba la pólvora y no disponía para todo el ejército sino de sesenta mil cartuchos. Y era así como iba a ejecutarse una operación decisiva, que, lograda, "no habrá ya enemigo con quien combatir". Tal optimismo es desconcertante. De comprobar imparcialmente lo acontecido, algunos historiadores habrían vacilado en sus juicios sumarios sobre el fracaso de aquellas operaciones y en atribuirlo entero, por el manifiesto empeño de cubrir a Bolívar, a las reticencias y maniobras de Mariño. En esta ocasión, como en alguna otra lo hicimos, digamos que el Libertador no ha menester ciertas defensas ni apologías sistemáticas, y que sus espaldas son bastante robustas para soportar el peso de tal o cual error, sin que la gloria inmarcesible que le rodea requiera siempre que otro cargue con la responsabilidad. El Libertador no nombró a Mariño general en jefe del ejército unido, despojándose de su propia autoridad de comandante supremo, y es inconcebible en absoluto que hombre como Bolívar hubiese consentido en permanecer en el cuartel general en calidad de segundo, de simple consejero o de espectador. Cuando años más tarde, en el Perú, entregó el ejército a Sucre, éste quedó solo y solo mandó, y aun así, continuó recibiendo instrucciones escritas, de modo que ha podido decirse que la campaña de Ayacucho fué en realidad dirigida por el Libertador. El título que recibió Mariño fué un verdadero hallazgo: Jefe de la Fuerza Armada de la República, o sea una especie de mayor general con nombre más original y solemne, bueno para lisonjear al héroe e inspirar respeto

de su nombre y autoridad a los caudillos que, como Monagas y Zaraza, guerreaban todavía por su cuenta y según propia conveniencia. Aquel título, sin embargo, era como el reconocimiento explícito de la posición singular que aún ocupaba Mariño en la Revolución y del hecho innegable de que disponía de la mayor parte del ejército. "Vuestra Señoría —escribió el Libertador a Zaraza— reconocerá a Su Excelencia el general Mariño como Jefe de la Fuerza Armada de la República. Este general se ha hecho acreedor a tan eminente destino por su obediencia al gobierno y por los servicios que ha hecho a la República con su grande ejército, que ha sido capaz de bloquear a Cumaná (y) de venir aquí, todo a la vez". Y a Monagas: "Su Excelencia el general Mariño ha sido elevado a tan eminente destino por premio de su obediencia al gobierno y por los servicios importantes que ha hecho a la República con su grande ejército". Estas comunicaciones, así como la enviada al coronel Mesa, jefe de la plaza de Barcelona, son del 13 de febrero.

Es posible, por otra parte, que Bolívar y Mariño hayan tocado en sus conversaciones de entonces la cuestión de la formación, dentro de un tiempo dado, de alguna especie de gobierno que diese satisfacción a ciertas aspiraciones generales entre los próceres y conforme a las repetidas promesas del primero. No debe excluirse por entero la suposición de que tal tema haya podido ser uno de los tratados por Soublette en su misión al cuartel general de Cautaro. Porque es muy significativo que el 11 de febrero, es decir, menos de cuarenta y ocho horas después de la llegada de Mariño a Barcelona y en medio de los menesteres militares primordiales, Bolívar encuentre un instante para escribir al almirante Brión, quien, como se sabe, era uno de los partidarios más decididos de la creación de un gobierno, las frases siguientes: "En cuanto me desocupe de las atenciones más urgentes, que son las de batir a los enemigos, convocaré un consejo para que se establezca una administración capaz de mantener la República. Por el momento todo lo que haga será inconsulto y precipitado. Yo pienso que de dos males el último es el peor, sobre todo si es autorizado o establecido por el gobierno supremo". Quizá el ofrecimiento hecho a Mariño y su designación como Jefe de la Fuerza Armada, explica-

ble ya en el terreno militar, obedeció también al deseo de dar un comienzo de satisfacción a los deseos no sólo de éste, sino de varios otros hombres importantes, de que se "dividiera" el poder. No cesaremos de repetir, porque considerar las cosas desde tal punto de vista nos parece importante, que el espíritu cívico o civilista no se extinguió nunca en Venezuela ni aun en pleno campamento, y de ello presenta la historia más de un ejemplo, que el lector conoce.

Real había resuelto bloquear a Barcelona, mientras recibía la artillería y otros suministros que había pedido al capitán general, y que le permitirían, según creía, formalizar el asedio de la plaza. Su cuartel general estaba en El Pilar, y en los mismos días de su instalación allí envió al teniente coronel Moles con tres compañías de cazadores y cincuenta dragones del regimiento de la *Unión,* a pelear con Monagas, quien se encontraba con 250 hombres en Curataquiche, a diez leguas de distancia, por la derecha. Pero Monagas se había ya retirado, y Moles sólo pudo atrapar otro destacamento patriota, al cual cogió ganado y caballos. Al mismo tiempo, Real mantenía en el sitio de San Bernardino una compañía de cazadores del *Granada,* en vigilancia y al mando del capitán Juan Valonir. En aquel sitio debía empeñarse una escaramuza sin mayor importancia, que algunos escritores han aprovechado para construir una fábula laboriosa y demostrar que la campaña entera se perdió por culpa de Mariño, quien dejó escapar la ocasión de destruir a todo el ejército realista. Tal fábula no resiste al examen.

Veamos cómo pasaron las cosas, diciendo desde luego que no podemos, en cuanto nos concierne, adoptar la siguiente versión de Lecuna: "Y, en efecto, el ejército salió el 14 al amanecer, pero a las pocas horas la vanguardia encontró en el pueblo de San Bernardino, camino del Pilar, una compañía del batallón de *Granada* de 86 hombres, atrincherada en el convento, y aunque los patriotas ocuparon y aspillearon las casas inmediatas y comprometieron un vivo fuego contra el edificio, no pudieron tomarlo, y Mariño, desalentado, ordenó la retirada a Barcelona, sin que valieran los empeños del Libertador, como Jefe del Estado, de seguir adelante. Naturalmente, la posición del convento de San Bernardino podía dejarse a un lado, y, en todo

caso, el obstáculo era insignificante; pero Mariño, alegando la consistencia mostrada por la infantería española, la tomó como pretexto para opinar contra una acción ofensiva. Momentos después de la retirada de los patriotas llegó en auxilio de los españoles el comandante Bausá con una columna de granaderos. Los patriotas hubieran podido destruirla si no se retiran tan a destiempo".

El suceso parece poder narrarse en esta forma: un cuerpo patriota de 500 soldados, con Mariño en persona a su cabeza, y del cual formaba parte el escuadrón de Monagas, marchaba el día 14 por el camino que conduce al Pilar, de simple reconocimiento, o, como lo dijeron los realistas en su parte, con el deliberado propósito de sorprender la compañía de Valonir. Este parte agrega que los patriotas "mandaron por tres direcciones" sus tropas a San Bernardino. A las cinco de la tarde Mariño atacó a los realistas, atrincherados en el convento y en varias casas situadas en posición ventajosa, y sin duda habría dado razón de ellos, ya a las nueve de la noche reducidos al convento. Pero reforzado entonces el enemigo, Mariño no vió la necesidad de empeñarse en un combate nocturno dentro del bosque, en el cual su tropa, atacante, llevaría la peor parte, y ordenó el repliegue. ¿Qué clase de refuerzos recibió la compañía de Valonir y en qué momentos le llegaron? Léase el respectivo parte del brigadier Real a Moxó, citado por Rodríguez Villa, y se verá que la posición fué reforzada por los realistas dos veces, y que es infinitamente probable que los primeros refuerzos llegaron antes del repliegue de Mariño: "A las cinco de la tarde se escuchó fuego en aquel punto —dice Real—, y observando que seguía y la compañía (de Valonir) no se replegaba, envié de reserva la columna de cazadores al mando del teniente coronel D. Manuel Bausá..." Valonir "se batió heroicamente con solos 86 hombres, hasta las nueve de la noche, que los enemigos emprendieron su retirada, temiendo la llegada de nuevas tropas, cuyo movimiento ya habían hecho a la de Bausá, y no fueron perseguidos en razón a la oscuridad de la noche y lo fragoso del camino, cubierto de bosque". De ello se deduce que cuando Mariño se retiró, ya estaba Bausá en el campo, y que, además, anduvo acer-

tado en lo que hizo, pues los realistas iban a asaltarle con mayores fuerzas aún.

En verdad, no puede imaginarse que Mariño pudiese, con algunos centenares de hombres mal pertrechados, marchar contra El Pilar, donde Real tenía 2.600 y tal vez 3.000, organizados y dirigidos por los mejores oficiales españoles. Ni el Libertador pudo darle instrucciones de hacer tal cosa, a menos de que tuviera ideas estratégicas y tácticas absurdas. Bolívar era genial, y a veces demasiado imaginativo; Mariño valiente, y en ocasiones temerario: pero ninguno de los dos era alocado. En todo caso, no nos explicaríamos que Mariño, de quien se dice que ejercía efectivamente en aquel momento el mando supremo, hubiera persistido en comprometer su persona en una refriega nocturna al frente de una partida compuesta en parte por caballería inapta para pelear a aquellas horas y en semejante sitio.

Dejemos aparte polémicas de este género, y continuemos la historia. En San Bernardino, Mariño aparece a vanguardia; pero si el Libertador hubiera efectuado lo que había anunciado la víspera a Zaraza y Monagas, se habría hallado también en aquel lugar en el momento de la escaramuza. En efecto, la salida de todo el ejército de Barcelona debía verificarse el día 14, según las cartas dirigidas a aquellos generales, y también a Arismendi. Confesamos que tal anuncio introduce un elemento de perplejidad, no sólo sobre el verdadero objeto del que hemos llamado reconocimiento efectuado por Mariño, sino sobre la manera misma en que ambos generales habían planeado la salida y marcha de todas las tropas.

Dos puntos nos parecerían ininteligibles en este asunto, a saber: que Mariño hubiese recibido instrucciones de Bolívar o concertado con él marchar sobre El Pilar con sólo un destacamento, y que, en caso de que todo el ejército debiera seguir inmediatamente aquel destacamento, fuera puesto a las órdenes personales del presunto general en jefe, aventurándose éste en cualquier combate de avanzadas y con orden de arremeter contra cualesquiera obstáculos. Preferimos explicar todo aquello suponiendo que Mariño, con el arriscado temperamento de que dió muchas pruebas, como la mayor parte de sus compañeros, se adelantó a reconocer el camino y tantear el enemigo,

chocó con fuerzas bien situadas y dispuestas a defenderse, y volvió entonces al cuartel general. Si no fué así, no tememos opinar que el plan de marcha del ejército libertador era malo, aunque fuese ordenado por Bolívar, por Mariño o por ambos de concierto. Débese renunciar a sostener que todas las operaciones militares imaginadas por los patriotas, y en especial por el Libertador, eran irreprochables, y que las que se perdieron fuéronlo sólo por faltas de los subordinados. Aníbal y Napoleón, maestros universales y supremos de la guerra, cometieron varios errores, perfectamente establecidos por los críticos del arte. Bolívar logró operaciones admirables, que bastan para darle puesto de gran capitán, como las maniobras que precedieron a Boyacá o la campaña de Carabobo; pero en muchas otras ocasiones, y probablemente no pudo hacer otra cosa, obró a la diabla como guerrillero, conforme a las condiciones del medio o creadas por sus enemigos. Hacer del cuartel general del Libertador una academia de principios puros y una fábrica de impecables disposiciones, no es cosa que corresponda a la realidad.

Mas, sea lo que fuere, cuando se considera el espíritu de ofensiva que caracterizó siempre a Bolívar, su decisión y energía en la ejecución de sus planes no puede presumirse que el hecho de que su vanguardia reculase en perfecto orden después de un tiroteo con algunas compañías enemigas bastase para hacerle desistir de su marcha, si estaba dispuesta y calculada convenientemente. Ni es tampoco creíble que Mariño se opusiese a atacar a Real si había probabilidades de vencerle y de acabar con la amenaza contra Barcelona. La hipótesis contraria nos parece atrevida y, en todo caso, sin fundamento documental. La divergencia de planes estratégicos entre ambos generales aparecía, como hemos dicho, en cuanto a que uno quería invadir la provincia de Caracas y el otro prefería libertar antes a Cumaná. Pero no había, no podía haber discusión sobre la necesidad de atacar las fuerzas de Real, que de quedar intactas cerrarían el camino a Bolívar; pero también impedirían, por otra parte, a Mariño volverse a Cumaná. Este había venido a socorrer a Barcelona, plaza que continuaba amenazada y a cuyo asalto marcharían de nuevo los realistas por tierra al no más retirarse las tropas cumanesas, e iban a hacerlo in-

mediatamente por mar con la escuadra de Chacón y de Guerrero. Creemos que las razones que retuvieron al ejército patriota fueron de simple prudencia y que ésta no la tuvo solamente el general Mariño. No nos convencen, por otro lado, y por juzgarlas meras suposiciones, basadas ante todo en arraigados prejuicios sobre el carácter de éste, las aseveraciones de que obstruyó deliberadamente la operación y dejó pasar el momento psicológico favorable a la ofensiva victoriosa. Toda hipótesis histórica debe basarse al menos en indicios, y los indicios en algún texto. Lecuna es categórico, sin que en parte alguna hallemos prueba concreta de órdenes de Bolívar y de negativas de Mariño: "Ante una negativa terminante del Jefe de la Fuerza Armada, el Jefe Supremo no tenía más que tascar el freno y someterse. Romper con Mariño, dueño de la mayor parte de las tropas, era imposible, pues él podría regresar a Cumaná y dejar a Bolívar abandonado a sí mismo". Agreguemos que la afirmación de la disputa que se asegura existió en aquellos momentos entre ambos generales fué desde luego hecha por contemporáneos, tales, por ejemplo, Ducoudray-Holstein, quien, al comentar los sucesos de marzo y abril, no vacila en escribir: "Ambos; Mariño y Bolívar, se condujeron aquí como antes en Cumaná. Cada uno era celoso y ambicionaba el mando, y los dos buscaron en la huída su propia seguridad y desertaron bajamente el interés de su país".

Desde el 12 de febrero se mostró ante el puerto la escuadra realista, y entabló combate con los buques republicanos, menores en fuerza y número. Las fuerzas de tierra apoyaron a nuestros barcos, y los españoles abandonaron la lucha para seguir a Cumaná y volver el 18 reforzados. Este día y el siguiente hubo nuevos combates en el mar, y también en tierra, pues los realistas atacaron el fuerte del Morro, que cambió dos veces de manos y quedó por fin en las patriotas. Lecuna, quien, por otra parte, afirma que Mariño había asumido "por entero" las facultades de Jefe Supremo y de Jefe de la Fuerza Armada, asegura, sin embargo, que la columna de 300 hombres que arrojó a los realistas del Morro fué "enviada por el Libertador". Al referir aquel combate, Ducoudray-Holstein dice que los españoles fueron rechazados por buques corsarios mandados por "oficiales franceses y norteamericanos al servicio de la República". Se sabe que la

escuadrilla republicana contaba gran número de oficiales extranjeros; pero aquí debe aclararse que el comandante de los buques que estaban en Barcelona era Antonio Díaz. Los buques enemigos volvieron más tarde, a principios de marzo, y desembarcaron un destacamento de infantería que se apoderó de nuevo del Morro y rechazó los ataques iniciales lanzados por los patriotas para reconquistarlo. Esta tercera acometida naval de los españoles se efectuó poco después de la partida de Mariño de la plaza, hecha en las condiciones que narraremos inmediatamente. "Hubo reñidos combates el 2 y el 3 de marzo —dice Lecuna—. Las flecheras de Antonio Díaz y los soldados mandados por Armario arrojaron a los realistas del Morro y del puerto, y éstos volvieron por tercera vez a Cumaná. Si la escuadra de Brión hubiera venido a Barcelona, como lo había exigido el Libertador, y se une allí a la escuadrilla sutil de Antonio Díaz, habría podido batir a la escuadra española o ahuyentarla por largo tiempo, pero los corsarios tenían sus intereses particulares y algunos se hallaban cruzando, y ni el mismo Brión podía disponer de ellos libremente". A esta ausencia del almirante aludían, sin duda, los que le criticarán en 1818 por haber dejado escapar los barcos realistas en aquella ocasión.

Al mismo tiempo que la flotilla realista embestía por segunda vez el puerto, acercábase el ejército del brigadier, por El Juncal, a la plaza de Barcelona. Visto lo cual, los patriotas se apercibieron a la batalla. Pero Real, quien decididamente nada podía tentar sin artillería, de nuevo retrocedió, retirándose a Píritu y Clarines.

Lecuna ha indicado, con mucho acierto, cómo es difícil, si no imposible, poner en claro aquella situación respectiva de ambos generales, debido a la falta de documentos que permitan seguir con exactitud los actos del cuartel general a partir del 14 de febrero. Estamos reducidos a hipótesis más o menos plausibles, a juntar indicios, a aventurar deducciones. Y por esto mismo nos preguntamos por qué aquel eminente especialista de las guerras del Libertador da por sentado e irrefutable que Mariño impidió a éste dar batalla inmediata a los realistas y que los "propósitos" del jefe oriental "paralizaron" su acción. Ya se sabe lo que pensamos de esto. Pero copiemos algunos de los párrafos en que el mencionado historiador señala la incertidumbre que

reina para fijar los sucesos sin documentos y partiendo de meras suposiciones: "Amargos —dice— debieron ser estos días para el Libertador. No existen las órdenes diarias referentes a sus actos sino hasta el 13 de febrero, por haberse perdido los copiadores de su secretaría posteriores a aquella fecha y el diario de operaciones del Estado Mayor; por esto no tenemos elementos para puntualizar sus disposiciones del 14 de febrero en adelante... Hasta ahora no se han estudiado estos acontecimientos, y, por tanto, no se han determinado ni la situación relativa de ambos caudillos ni sus propósitos, y sin conocer las bases fundamentales de su unión ni las ideas predominantes en cada uno, se han lanzado afirmaciones arbitrarias, en desacuerdo con los hechos". Como es natural, la mayor parte de tales arbitrarias afirmaciones se hacen siempre contra Mariño. "No está, pues, en lo cierto O'Leary —sigue diciendo Lecuna— cuando asegura que Bolívar envió a Mariño a los llanos simplemente a activar las remesas de ganados, como tampoco lo están Baralt y otros autores al decir que los deseos del Libertador eran que los enemigos volviesen a atacarle en Barcelona". A decir verdad, puesto que no hay documentos en qué fundarse, en esta materia unas conjeturas valen tanto como otras. O quizá ninguna vale nada.

En todo caso, y júzguese como se quiera, es lo cierto que Mariño salió de Barcelona a fines de febrero o principios de marzo. El general Urdaneta indica que era imposible que el ejército permaneciese en una plaza donde carecía de subsistencias y cuyas precarias comunicaciones estaban a merced de numerosas partidas realistas que, por su lado, se apoyaban en pueblos amigos. En tales circunstancias, el Libertador envió a Mariño, o ambos así lo resolvieron, con una "división" hacia El Chaparro, para que concentrase allí la caballería de Zaraza y, además, abriese camino al indispensable ganado. Es inconcebible, a pesar de cuanto algunos hayan podido decir, que el general llevase sólo misión de recolectar reses de consumo. Tanto como éstas debían interesarle los caballos y los caballeros, pues el ejército carecía de ellos casi por completo, y tal era una de las razones que es lícito suponer influían en su ánimo para estimar poco prudente internarse sin tal arma en los llanos, donde, como es sabido, era esencial. Aun

abrir campaña en el país plano costanero contando solamente con los doscientos o trescientos jinetes de Monagas, podía creerse, por lo menos, azaroso.

Confesamos sin perífrasis que parece muy singular ver cómo el general en jefe, revestido, según se afirma, de todos los poderes, de los que le dan y de los que usurpa, deja su ejército sin mando alguno y, al frente de una patrulla que ciertos historiadores bautizan de división, se aventura como un simple teniente en plena tierra enemiga, plagada de partidas agresivas. Mas dése por fin treguas a lucubraciones sobre este inextricable tema, y admítase, como hipótesis cómoda y a falta de otra mejor, que el Libertador conservó comando efectivo mientras permaneció en el cuartel general, conforme a su posición de Jefe Supremo. Ni la lógica ni el propio carácer personal de Bolívar permiten no suponerlo. De ello deducimos que las medidas militares fueron tomadas de acuerdo por ambos generales, quienes, a nuestro conocimiento, nunca se disputaron cuando guerrearon juntos.

El 10 de marzo se hallaba Mariño en el hato de Punche, situado entre Aragua y El Chaparro, y de donde le vemos expedir ganados al Libertador. Allí le encontró Urdaneta, quien había resuelto abandonar el ejército de Páez en Apure e ir a incorporarse a Bolívar en compañía de algunos oficiales. En San Diego de Cabrutica se le juntaron otros que venían de Guayana, "desterrados por Piar unos y fugitivos y perseguidos otros". Urdaneta llevó personalmente a Barcelona cien reses de las primeras trescientas recogidas por Mariño. "La plaza carecía de todo, y aquellas reses fueron de un grande auxilio", escribe el general, quien halló el ejército formado "de unas pocas tropas de Margarita, algunas más creadas en el mismo Barcelona, y varios jefes y oficiales que llegaron del territorio libre; pero la principal fuerza consistía en las tropas que llevó Mariño de Cumaná, mandadas por los generales Bermúdez, Valdés y Armario". Soublette era jefe de estado mayor, y subjefe el general Guevara. Mariño regresó a Barcelona, sin que sepamos fecha fija, y no tardó en plantearse claramente la cuestión de la ida del Libertador a Guayana.

Se ha visto cómo Piar, a fines de noviembre de 1816, decidió operar del otro lado del Orinoco, llevando consigo un cuerpo de ejército

que fué a juntarse con la caballería de Sedeño. Freites quedó de guarnición en Barcelona, y al sur de la provincia permaneció Monagas con su tropa personal. Zaraza hostigaba por su cuenta a los realistas hacia el límite de Caracas. Así, pues, Mariño no pudo contar en su campaña sino con el ejército que había formado en la parte extrema de la provincia de Cumaná y en Maturín.

La reunión de Piar y Sedeño creó desde luego graves preocupaciones al comando realista e inició una etapa decisiva en el desarrollo general de la guerra. Los jefes españoles se dieron perfectamente cuenta del riesgo que ofrecería la formación en Guayana de un fuerte ejército patriota, "capaz —escribirá Moxó a La Torre el 26 de enero siguiente— de producir ella sola en la causa de Su Majestad más peligros y cuidados que todos los otros cuerpos de insurgentes que inquietan a Venezuela, en razón de la localidad que ocupan". Morillo, por mayo, será aún más categórico: "Vuestra Excelencia —léese en una nota al ministro de la Guerra— habrá observado cuántos han sido mis esfuerzos para conservar y sostener a Guayana, el punto más importante de toda la Costa Firme y el que, poseído por los rebeldes, va a poner en duda el feliz éxito de las armas del Rey..." En aquella campaña Piar dió pruebas de indiscutible talento militar, y sus servicios fueron invalorables. Y no pudo hallar mejor colaborador que Sedeño, a quien el destino llevaría al cabo de algunos meses a convertirse en principal instrumento de su ruina y castigo.

Por aquella época Páez afianzaba en Apure su homérica reputación, y trataba de concertarse con los jefes orientales u obtener de ellos, al menos, algún auxilio en municiones. Sus comisionados llegaron a los campamentos de Sedeño y de Piar. Respondió éste que no podía, por la distancia y otros motivos, enviar pertrechos; pero aprovechó para invitar a Páez a abandonar sus llanos, dejando sólo pequeñas partidas de caballería encargadas de hostigar a los realistas, y a ir a juntársele con el grueso de sus tropas para atacar a Guayana. Fijo Piar en la que debía en adelante ser su idea primordial, no se daba cuenta de la importancia de la posesión de los llanos de Occidente para la causa republicana, ni podía tampoco prever la obra militar que realizaría Páez en aquellas regiones. Creía que la decisión estaba en el

Orinoco, y con ello mostraba claro sentido estratégico; sólo que la posesión de Guayana sin la de Apure y Barinas sería precaria e insuficiente. Es magistral la exposición que de sus ideas hace Piar en su carta de 25 de noviembre, y en ella se advierte el estilo de Briceño Méndez, secretario que le había dado Bolívar al encomendarle, meses antes, abrir campaña en Maturín.

Como se dijo atrás, el general Piar no fué quien llamó a Bolívar de Haití, como algunos han afirmado, pero sí había llevado correspondencia con él. El Libertador le escribió el 7 de noviembre, como a otros, avisándole de su próxima nueva expedición. Piar responde, el 19 de enero, que en su campamento de La Mesa, frente a Guayana, la noticia de la vuelta de Bolívar ha producido "una embriaguez de placer sólo igual a la que sigue a la victoria". Dueño del territorio que va "desde las bocas del Caroní hasta más allá de las del Meta", había atacado sin buen éxito la ciudad de Angostura, y, ante la sólida resistencia realista, resuéltose a asediarla. "Las ventajas que nos ofrece esta provincia libre son incalculables", concluía; tendremos un "asilo seguro" y la posibilidad de organizar "un ejército fuerte y valeroso, capaz de libertar la República si Vuestra Excelencia viene a Guayana". Al mismo tiempo, Piar, que había desconocido a Mariño y roto con él, como hemos visto, para asumir el mando supremo de las tropas de la provincia de Barcelona, expresa en cartas a Zaraza y a Freites su contento de ver que Arismendi ha tomado a su vez dicho mando, al llegar de Margarita a la Costa Firme.

Fué al comenzar el año cuando Piar y Sedeño abrieron operaciones contra Angostura, que defendió su gobernador don Lorenzo Fitzgerald, con 600 veteranos. Atacado éste el 17 de enero, rechazó a los patriotas, causándoles notables pérdidas en muertos y heridos. Piar resolvió entonces marchar a las Misiones del Caroní, a fin de apoderarse de aquella fuente de suministros de toda suerte y de reorganizar el ejército. Semanas después llegaron a Angostura considerables refuerzos españoles, capitaneados por el brigadier La Torre, recientemente derrotado por Páez en Mucuritas y proveniente de San Fernando de Apure, donde estaba Morillo.

Un incidente grave puso entonces en peligro la empresa de Piar y Sedeño: el 26 de enero, el escuadrón *Dragones de Caracas,* inducido por su comandante Ramón Segura, por el coronel Teodoro Figueredo, el cirujano Cervelión Orbura y el capellán Durán, abandonó el ejército, dejándole sin ninguna caballería. Tal hecho inspira entonces a Piar frases que, a la luz de sucesos posteriores, resultan dolorosamente alusivas. El general escribe a Bolívar, en quien ve el "origen del orden y de la disciplina", para pedirle "el castigo ejemplar de estos criminales", como "una de las medidas más saludables para contener el espíritu general que reina en esas provincias". Todo cuanto se lee en aquel despacho tendrá luego en el propio caso de Piar trágica aplicación. El crimen de aquéllos —concluye el general— "es de tal naturaleza, que la impunidad, o un castigo menos severo, sería seguido de la ruina de la República. Sería consagrar el desorden, fomentar la sedición, defender el robo, y trastornar, en fin, los principios y bases fundamentales de la milicia... La severidad y justo rigor con los delincuentes es en todas partes y tiempos el medio de reprimirlos; pero principalmente se hace necesario ejercerlo en pueblos inmorales, bárbaros y corrompidos, como ésos. La clemencia ahí se juzga debilidad; la dulzura se confunde con la falta de carácter y energía; las virtudes todas se estiman en nada. Vuestra Excelencia debe haberlo conocido. Hombres que fueron gobernados por Boves y sus compañeros, no admiten otro freno que el que ellos les pusieron". ¿Qué habían hecho aquellos soldados? Abandonar el ejército, desertar. A Piar se le juzgará por abandono del ejército, por desertor, y también por conspirador. No será más terrible que esta acusación contra el *Dragones* y sus jefes la que levantará Soublette contra el héroe de San Félix.

La misión "diplomática" que el Libertador confió a Arismendi de obtener la cooperación de algunos jefes para su plan de "grandes operaciones" tuvo buen resultado, como hemos visto en cuanto a Monagas y Zaraza. Páez respondió que no podía abandonar sus llanos a la amenaza de Morillo. Y Piar, por su parte, se negó a dejar a Guayana, en tales términos, que Arismendi, buen profeta, creyó poder escribir, el 20 de febrero: "El general Piar, quiero decírselo reservado, *me da*

mala espina. A este patriota le ha soplado mucho la fortuna, y quién sabe a dónde va a parar esto, porque como que él no piensa como nosotros". En efecto, el hombre habla ya como jefe de Estado e invita al gobernador de Demerara a establecer "comunicaciones comerciales, conforme a las benéficas intenciones de ambos gobiernos y a las ventajas recíprocas de uno y otro país". Alegando, entre otras razones, que no dispone de fuerzas fluviales, rehusa repasar el Orinoco, lo repite así en varias cartas, y, por último, envía sucesivamente cerca de Bolívar a los coroneles Vélez, Salcedo y Olivares con encargo de explicarle su negativa. Sedeño, por su parte, comunica que deben aprovecharse los recursos que ofrece Guayana, por Caicara.

El 30 de marzo, y del paso de Caruachi, Piar escribe a Arismendi que la llegada a Angostura del general La Torre, procedente de San Fernando, en un convoy de 26 velas y con 1.500 soldados, le pone en el caso de concentrar sus fuerzas y prepararse para "dar la batalla que debe abrirnos las puertas de ambas Guayanas de un momento a otro". Por lo tanto, le es imposible remitir a Bolívar el auxilio de hombres, caballos y mulas que éste le pide. Sin embargo, una semana después envía cuatrocientas mulas y yeguas.

El Libertador decidió entonces tentar fortuna en Guayana, con la esperanza probable de que las tropas de Piar y de Sedeño serían en sus manos un instrumento más dócil que las de Mariño y otros jefes orientales. Baralt, anacrónico en esta ocasión, dice que "tomada Barcelona y separado Mariño de la división para volver a Cumaná, quedó de hecho el general Bolívar reducido a obrar en la provincia de Guayana". Y Lecuna, en nota a aquel autor y con referencia a la defensa de Barcelona, escribe: "Por otra parte, la oposición de Mariño a todo proyecto emanado de Bolívar obligó a éste a dirigirse a Guayana". Según eso, la ida del Libertador a dicha provincia no habría obedecido a ningún plan de campaña madurado y voluntario, y es evidente que tales opiniones no encierran precisamente un elogio del sentido estratégico de Bolívar. Además, ellas parecen confirmar que la idea primordial de éste continuaba siendo de invadir a Caracas, proyecto quimérico a la verdad, irrealizable sin base cierta, sin el Oriente enteramente libre y sin Guayana dominada. Sobre tal proyecto sólo podrá

el Libertador volver con probabilidades de buen éxito dos años después, cuando posea esta última provincia y cuente con Páez obediente y árbitro de las llanuras apureñas. En todo caso, las noticias que le llevó Olivares en los últimos días de marzo le decidieron a marchar al Orinoco.

Quizá parecerá alguna vez a nuestro lector que nos detenemos demasiado en refutar este o aquel concepto de Ducoudray-Holstein, de quien se sabe cuánto mal pensamos. Pero es que, a nuestro entender, aquel aventurero representa, como el libelista Díaz, en la guerra de la Independencia de Venezuela, y guardadas las debidas proporciones, un papel análogo al que hace el padre Las Casas en la historia de la colonización española, o Antonio Pérez en la crónica de Felipe II. Sólo que ningún historiador de la Independencia osa siempre o recuerda citar a aquéllos como fuentes, y se limita a repetir o parafrasear, sazonándolas con distinta salsa, las patrañas de ambos. Y ni aun en ello ha tenido Mariño suerte, porque se da, en general, el caso de que se tome del libelo lo que hay contra él y se escamotee lo que hay contra Bolívar, de donde queda falseada la balanza. Veamos, para memoria, uno de los comentarios de Ducoudray sobre los sucesos de entonces: "Bolívar y Mariño, alentados con estas nuevas inesperadas (las disputas entre los jefes realistas), perdieron su tiempo en fiestas e indolencia. No tomaron serias medidas para unir sus fuerzas y marchar contra Cumaná, despejar la costa y los valles vecinos y arrojar a los españoles de las provincias de Barcelona y Cumaná. Bolívar, celoso de la influencia de Mariño sobre los habitantes, rehusó asistirlo en el sitio de Cumaná e insistió en dirigir sus operaciones contra Caracas, donde el otro no tenía influencia. Mariño estaba en favor de asediar a Cumaná. Y así sucedió que la desunión estalló de nuevo entre ellos, como en 1813. Mariño se consideraba independiente de Bolívar, y al fin dió orden a sus tropas de evacuar a Barcelona. Pero oyendo que los españoles bajo el mando del coronel Aldama marchaban a atacar la plaza, acampó no lejos de la ciudad, frente a la casa atrincherada de Bolívar". Otro texto de Ducoudray reza: "Si Bolívar se hubiera desembarazado de su poco juiciosa predilección por Caracas, ciudad abierta y exhausta; si hubiera consentido en conquistar a Cu-

maná, como proponía Mariño, no habría perdido a este general y a sus tropas, que, en Barcelona y en 1817, subían a 1.500 hombres, ni habría perdido esta plaza, ni, lo que fué la pérdida mayor, 1.100 valientes. Todas estas pérdidas resultaron, ciertamente, de su predilección por Caracas. Ya veremos las fatales consecuencias de esto, para él, en 1818". Es así, con estas mezclas de suposiciones arbitrarias, de imputaciones falsas y de medias verdades, diluído todo en fuerte dosis de perfidia, como se construyen ciertas historias que pasan por historia.

Repetimos, con Lecuna, que no hay documentos que permitan explicarse por qué se hizo o no se hizo esto o aquello. Pero no basta para justificar lo hecho repetir que Bolívar no se encontraba en "su medio" en Oriente y tenía que buscar otro que le fuese más propicio. Ni puede, por otro lado, fundarse toda la crítica recordando que Mariño "no se hallaba bien sino en la región de su influencia". El problema militar se planteaba de otro modo, y el Libertador tuvo, sin duda, harta razón cuando marchó a dirigir en persona las operaciones de Guayana. Mariño, por su parte, tenía abundantes motivos para no querer sacar sus fuerzas del Oriente, donde había aún fortísimas tropas realistas y cuya capital resistía a todo ataque. Aunque nada se sepa a ciencia cierta, es muy probable que si se le propuso hacerlo negara su consentimiento. Contra tal proyecto podían levantarse no sólo argumentos de estrategia pura, sino también otros de carácter imperativo y práctico, como, por ejemplo, la repugnancia de los oficiales y guerrilleros orientales a entregar sus tierras y familias a la represalia de los realistas. Toda aquella situación era confusa y compleja, y cuanto tienda a establecer juicios sin atento examen conduce a lo arbitrario y deleznable. Se repite, muy a la ligera y en la creencia de resolverlo todo con una frase, que el general Mariño, encastillado en su provincialismo, no veía más lejos del horizonte cumanés, y no quería salir de Oriente. No: en este aspecto del problema importa convencerse de que toda la "gente" oriental rehusaba salir de su tierra, todavía ocupada a mitad por el enemigo, y que Mariño ni ningún otro caudillo hizo jamás nada sin su "gente".

Además, ¿qué hubiera sido Mariño en Guayana en aquellos momentos? Un oficial superior, al igual de otros, tal vez el jefe de es-

tado mayor del Libertador, como lo será, cuatro años más tarde, en Carabobo. Por los primeros meses de 1817 aquello parecía imposible. Cosa semejante sucedía en Apure. ¿Qué hubiese sido de Páez si atiende a la invitación de Piar? Aramendi u otro épico bárbaro de la especie se habría apoderado del mando de sus caballerías, y la lanza de Mucuritas embotádose contra las defensas de Angostura.

Pero vamos al grano, o sea a las disposiciones efectivas que tomó Bolívar antes de salir para Guayana. Parece que sobre el particular debemos atenernos, como a documento decisivo, a la muy importante carta que aquél escribió al almirante Brión, de Santa María de Ipire, el 18 de abril, y uno de cuyos párrafos dice: "Con el importante objeto de incorporar la división que obra contra Guayana al ejército de Barcelona, marché de esta ciudad el 25 del próximo pasado y ordené a Su Excelencia el Jefe de la Fuerza Armada marchase a Aragua con el resto de las fuerzas que deben componer el ejército de operaciones, y encargué de la plaza de Barcelona al señor general Freites con una guarnición suficiente, para rechazar cualesquiera fuerzas que la invadieran, mientras debía ser auxiliado por el Jefe de la Fuerza Armada, a quien le ordené expresamente volase en su socorro al primer aviso".

A su tiempo veremos cómo se desarrollaron los sucesos. Por el momento, y dejando de lado la contradicción que esta carta pueda presentar con algún otro documento contemporáneo o con opiniones de historiadores, es de interés primordial para la historia y el entendimiento de los hechos enunciar ciertas conclusiones lógicas, apoyadas en la palabra del Libertador. Compruébase, en primer lugar, que, muy al contrario de lo que aseguran algunos, Bolívar conservaba y ejercía el supremo mando militar, puesto que, según él mismo lo dice, daba órdenes expresas a Mariño. Vese en seguida que Bolívar, quien sabía escribir, no habla de incorporar las tropas orientales a las de Guayana, sino precisamente de lo contrario, es decir, de "incorporar la división que obra contra Guayana al ejército de Barcelona", lo cual significa que no mandó a Mariño que le siguiese camino de Guayana. A mayor abundamiento, prueba también lo anterior, y de manera decisiva, la orden que le dió de estar pronto a socorrer a Freites. Aquellas disposiciones pueden dejar creer que la idea estratégica de fijar la base

principal en Guayana no era todavía tan firme en la cabeza de Bolívar como se lo dice, tal vez porque no estaba seguro de disponer a su voluntad de las tropas de Piar y de Sedeño. En consecuencia de todo lo cual, parécenos que debe tenerse por arbitraria y sin fundamento la opinión de que Mariño quiso retener su ejército en la región oriental a pesar de las instrucciones del Libertador, pues, como se ve, éste mismo declara que las dió. Y, en todo caso, rechazamos la versión de Larrazábal y de otros escritores, según la cual las tropas debían marchar inmediatamente a Guayana.

Examínese ahora la información del general Urdaneta, testigo ocular. Según él, para realizar su plan "dispuso Bolívar su marcha hacia Guayana, escoltado por muy pocos hombres, la mayor parte oficiales y jefes, y ordenó que el general Pedro María Freites, con una guarnición suficiente, quedase encargado del mando de la Casa Fuerte de Barcelona, en tanto que el resto del ejército saldría hacia El Carito, en donde hallaría algún ganado de que subsistir, y debería permanecer allí hasta que, por medio del empleo de todas las caballerías del ejército y de frecuentes viajes con ellas a Barcelona, hubiese extraído de la Casa Fuerte todo el material de guerra que encerraba, y que constaba de algunos miles de fusiles, gran cantidad de cartuchos y otros efectos que Bolívar había hecho llevar allí del extranjero. Verificado todo, debía seguir el ejército para Guayana, conservando Freites a Barcelona mientras le fuera posible, y para el caso de tener que evacuarla, le quedaban a su disposición las flecheras de Margarita, al mando de Antonio Díaz, para salvarse". En suma: al agregar que una vez salvados el parque y demás suministros, Mariño debía conducir el ejército a Guayana, abandonando a Freites a sus solas fuerzas, Urdaneta se pone en contradicción con Bolívar en un punto esencial, a saber: la suerte de la guarnición de Barcelona, a la que, según el primero, sólo se dejaba la escuadra como medio de retirada. El doctor Lecuna parafrasea las citadas palabras de los *Apuntamientos,* y comenta: "Sin duda estas disposiciones, de las cuales no existen los documentos correspondientes, por el momento se limitaron a providencias tomadas de acuerdo con Mariño y sus tenientes para situar al ejército en la villa de Aragua, punto central de los llanos, en donde podía dar una batalla si el ene-

migo lo seguía, o bien dirigirse a Cumaná, como quería Mariño, o a Guayana, según deseaba el Libertador".

Nótese que, conforme a lo arriba copiado, según Urdaneta, el Libertador no atribuía importancia a la conservación de la plaza de Barcelona sino como depósito de sus pertrechos, y que una vez éstos a salvo no vacilaba en prescribir o permitir su abandono. Agréguese que la retirada eventual por mar no parecía segura en modo alguno, pues la escuadra realista, superior en número y calidad, había restablecido el bloqueo del litoral y batido a la republicana, en nuevo combate trabado el 18 de marzo.

La Casa Fuerte no lo era tanto, a pesar de que Bolívar nada había descuidado para armarla. Estaba artillada, y se le ha llamado fortaleza. Pero algunos la decían Casa Débil, entre otros el general Morillo, quien, en nota del 1.° de abril al ministro de la Guerra, en la cual censura la retirada de Real, escribe: "... en el convento de San Francisco de Barcelona, que habían con anticipación fortificado, pero que siendo un edificio débil y construído de la materia que en estas provincias llaman bajareque, paredes de tierra formadas entre estacas, ofrecía un bien miserable asilo a aquellos malvados".

Se ha negado que Freites insistiera ante el Libertador para que conservase a Barcelona, y Lecuna declara leyenda y "pura invención" toda conversación entre ambos sobre la defensa de la plaza. "No existe —dice— ningún documento en que puedan apoyarse tales aserciones". Y agrega: "La conservación de Barcelona era imposible". Sin embargo, a este respecto Urdaneta es terminante cuando, al defender a Bolívar de las críticas que se le hicieron entonces, escribe: "Además, la municipalidad de Barcelona hizo reclamaciones muy exigentes para que la plaza no se evacuase del todo"; y "el mismo general Freites, que era barcelonés y tenía allí propiedades, fué de los más interesados en ello y se ofreció a su defensa". Urdaneta concluye que, aunque el Libertador había cambiado de plan de campaña, "condescendió con Freites y con los barceloneses", si bien tomando las precauciones y disposiciones anotadas. Entre éstas debe notarse una que los historiadores no citan, o citan poco: Bolívar nombró "gobernador"

de la Casa Fuerte al mayor inglés William Chamberlain, según escribió después al padre de éste. Sería interesante saber cuáles fueron las atribuciones del gobernador de un fortín cuyo comandante era Freites. Es probable que se tratara de la intendencia.

Queda por justificar la razón que hubo Bolívar de adoptar aquel sistema de paquetes para sacar el material de guerra. Se recordará que no había medios adecuados de transporte, y allí tendríamos nueva prueba de que la ofensiva contra Real se suspendió porque el ejército, que no tenía caballería suficiente para la persecución, tampoco podía mover las armas y municiones. Y, naturalmente, nada de esto era culpa de Mariño. Sobre dicha cuestión del parque Larrazábal dice que el Libertador, en vista de la creciente penuria en que se hallaba la provincia de Barcelona y de los peligros de la situación, pensó en trasladar a Margarita parte de aquél y llevar el ejército a Guayana. Era, sin duda, aventurado mandar las tropas sin pertrechos a un lugar y los pertrechos a cientos de kilómetros de distancia. Pero no es imposible que Bolívar pensase transportar los últimos al Orinoco en la flota de Brión.

Hay unas frases de Urdaneta que revisten grande importancia, y si correspondieren exactamente a la realidad, demostrarían que el Libertador había concluído por adoptar, al menos en parte, el proyecto sugerido por Mariño, y una de cuyas bases principales era la conservación en Oriente del ejército de éste y el aprovechamiento de los recursos de Maturín. Ello, además, explicaría la actitud posterior del mismo Urdaneta y de Sucre, quienes, como se verá, no vacilaron en seguir a Mariño a Cumaná. Después de indicar el plan del Libertador de combinar las operaciones del ejército de Piar con las de Páez, que formaría "la izquierda de la línea", Urdaneta concluye: "La plaza de Maturín y la parte libre de la provincia de Cumaná formaría la derecha, y las pequeñas divisiones de Zaraza y Monagas quedarían obrando en las provincias de Caracas y Barcelona como cuerpos avanzados en esa gran línea". Todo aquello parecía racional y hacedero. Pero no hay duda de que el proyecto de operaciones inmediatas, quienquiera que haya sido su autor y tal como en fin de cuentas lo sugiere Urda-

nera y lo comentan algunos historiadores, era erróneo, o al menos desordenado. Prueba de ello fueron los hechos subsiguientes, en los cuales ninguna parte tuvo la supuesta oposición de Mariño.

La evacuación de Barcelona, único puerto de comunicación del ejército con el exterior, y el abandono definitivo del asedio de Cumaná, única ciudad que en esta última provincia quedaba en manos de los realistas, no podrán jamás aceptarse como ideas de genio, y, muy por el contrario, deben calificarse como faltas garrafales. Lo lógico era tratar de conservar a toda costa a Barcelona, mejorando la especie de campo atrincherado que había construído el Libertador, no circunscrito a la Casa Fuerte, que era indefendible sola; aumentar y concentrar las caballerías de Monagas y de Zaraza, que permitirían, una vez incorporadas al grueso del ejército, abrir operaciones en grande por los Llanos; llevar a Barcelona la flota de Brión, encargada de limpiar el mar de realistas y de asegurar el abastecimiento en pertrechos y víveres traídos de las Antillas, y, por último, reforzar el bloqueo de Cumaná y aun su franco asalto, de ser ello posible. Un plan concebido dentro de esas grandes líneas no podía ser obstáculo, antes por el contrario, para dar batalla al enemigo si se presentaba ocasión favorable, o en caso de que atacara.

El Libertador salió de Barcelona el 25 de marzo, acompañado de algunos oficiales. Los realistas le tendieron una celada en las cercanías de Quiamare, a la cual escapó por fortuna, pero cuya noticia, recibida poco después en el ejército de Mariño, produjo el efecto que veremos. En Santa Ana le recibió Monagas, quien había dejado a Barcelona semanas antes. Cruzó el Orinoco por la isla Bernabela, y el 7 de abril, según dice el padre Blanco, llegó al campamento patriota situado en La Mesa de Angostura. Conferenció con Piar durante día y medio, y dictó ciertas órdenes, entre ellas la de enviar caballos y municiones al cuerpo de Monagas. Fué también entonces cuando el Libertador expidió a Páez el despacho de general de brigada, con una comisión encargada de obtener que reconociese su autoridad y compuesta de los coroneles López y Pardo y del comandante Manuel Manrique.

Según afirma Larrazábal, las conversaciones con Piar y con Sedeño confirmaron a Bolívar en su idea de "fijar la base de las operaciones en Guayana", en vista de lo cual regresó al Chaparro, "resuelto a hacer conducir a esta provincia el parque de Barcelona y aumentar las fuerzas de Piar con las que había dejado a las órdenes de Mariño y Freites. El plan era el asalto de Angostura". Estos propósitos, de ser exactos, envolvían el completo abandono de las provincias orientales a la reconquista española, puesto que en ellas apenas quedarían verosímilmente las antiguas y de nuevo diseminadas partidas de Monagas, Rojas y otros guerrilleros secundarios.

XI

PARA DESCARGO DE MI CONCIENCIA

He aquí llegada una hora decisiva para la carrera de Mariño y para la historia de Venezuela y de América en general. Dentro del triángulo comprendido entre los pequeños pueblos de nuestro Oriente que se nombran Aragua de Barcelona, El Chaparro y Santa Ana, se inicia el último acto de un drama cuyo desenlace será, con la caída de la autoridad del caudillo desconocido por sus tenientes, la afirmación del poder del Libertador, que va a convertirse en jefe único e indiscutible de la República y a encarnar definitivamente la Revolución. Ya entonces y en lo adelante podrá decirse con el general Morillo: Bolívar es la Revolución.

En el inextricable embrollo que han hecho los narradores de aquellos sucesos, y quienes, por lo demás, se han seguido unos a otros, a punto que es inútil dar a cada cual lo suyo, ensayemos poner en claro las cosas. Desde luego, la cronología. No hay consenso siquiera sobre las fechas exactas, primero, de la salida de Bolívar de Barcelona y de su entrevista con Piar, y luego, sobre la partida del ejército de aquella ciudad. De Mariño dicen unos que iba a la cabeza de éste desde la propia Barcelona, otros que halló las tropas en El Carito, cuando regresaba de la excursión que le llevara hasta el hato de Punche. En lo concerniente al ejército y a Mariño, creemos más probable que éste había regresado a Barcelona para combinar con el Libertador las ope-

raciones, y que salió de nuevo con las tropas poco después de la partida de Bolívar, es decir, hacia el 29 de marzo. Esa conjetura vale, en todo caso, tanto como la contraria. Desde luego digamos que la fuente principal de información sobre aquellos sucesos son los *Apuntamientos* del general Urdaneta, a quien Baralt y, en consecuencia, Restrepo no han hecho sino copiar, agregando por supuesto apreciaciones que no ocurrieron a Urdaneta y en las cuales se inspiraron los comentarios posteriores, que son variaciones del mismo tema. Veamos, pues, la narración pura y simple de los hechos, que luego trataremos de explicar.

El Libertador dió instrucciones a Mariño de reorganizar el ejército, indicándole especialmente que debía dar a Urdaneta el mando de la división del coronel Armario. Este importantísimo detalle demuestra, si hubiere necesidad todavía y a pesar de cuanto se ha asegurado, que Bolívar sí podía ejercer, y ejercía, mando en las tropas mientras estuvo con ellas. Mas, para su reorganización, Mariño creyó también oportuno constituir, además de las tres existentes, una cuarta división, que pensó confiar al teniente coronel Rafael Jugo, quien ocupaba su secretaría particular, pero era al mismo tiempo oficial benemérito y perfectamente capaz para ejercer su mando. No se trataba de un simple burócrata, sino de un hombre que se había batido tanto como sus camaradas y que lo haría aún hasta caer prisionero y ser fusilado por los realistas. Nada anormal en todo aquello: Mariño se ocupa en reorganizar, como corresponde a un comandante en jefe. En tal virtud, y siguiendo indicaciones precisas de Bolívar en beneficio de Urdaneta, no teme privar de un cargo de primer orden, como era el de jefe de una división de soldados orientales, a un oficial superior que, si bien no originario de Oriente como que había nacido en Puerto Cabello, estaba identificado con los hombres y las cosas de aquellas provincias y era nada menos que uno de los Cuarenta y Cinco de Chacachacare. Aquella medida podía decirse inoportuna, pero Mariño se dispuso a tomarla.

De repente ármase la gorda: Bermúdez y Valdés vetan el proyectado nombramiento de Jugo, asumen actitud de rebeldes ante el general en jefe y resisten a sus órdenes "hasta el punto de tomar sus

BERMUDEZ

POR TOVAR Y TOVAR

Palacio Federal. Caracas.

divisiones las armas y desobedecer". Y aquellos oficiales que, sin embargo, conocían a Mariño y le sabían incapaz de cometer crímenes o acciones viles, no vacilan, con el fin de justificar su propia actitud, en propagar el rumor de que el Libertador había sido muerto, camino de Guayana, como resultado de una traición fraguada por Mariño y Jugo. ¿Era posible que hubiese tenido tal propósito aquel a quien Antonio Leocadio Guzmán llamará más tarde el más bondadoso y magnánimo de todos los libertadores? Urdaneta se esforzó en vano en desmentir el rumor, no menos imbécil que infame, comunicando los informes que se acababan de recibir de Monagas sobre el paso de Bolívar por Santa Ana. Dos exaltados, Justo Briceño y Salcedo, propusieron a Urdaneta que se separase de su casa, donde estaba Jugo, y les dejase campo libre para asesinar a éste. El insigne zuliano trató de disuadirles de tan criminal propósito, y terminó declarándoles que, "resuelto a no abandonar a Jugo en aquel lance, era preciso que le asesinaran a él también". Pero, en vista de la situación, el general fué a decir a Mariño, y lo hizo saber a los divisionarios, que, no queriendo mezclarse en la disputa de "aquellos partidos", no aceptaría el mando que le ofrecía el comandante en jefe. En medio de aquel desorden o como su resultado, según Urdaneta, movióse todo el ejército del Carito hacia Aragua, "alejándose de Barcelona sin pensar en extraer los elementos que allí estaban, pretextando para este movimiento ser Aragua posición más militar y abundante en recursos".

En Aragua, según dice Urdaneta, se recibieron los primeros partes del general Freites pidiendo auxilio contra el ejército realista que marchaba al asalto de Barcelona. El comando enemigo había sido reorganizado y Real sometido a juicio por negligencia o incapacidad. El coronel Aldama, jefe de la división que ahora tomaba resueltamente la ofensiva, llevaba como segundo al coronel de *Barbastro* Cini, y entre los demás excelentes oficiales que le acompañaban se veía a los tenientes coroneles Bausá, comandante de *Cazadores* y Urresteitia de *Unión* y al capitán Arana. La escuadrilla real que cooperaría al ataque continuaba a las órdenes del capitán de fragata Chacón. La división Aldama era de cerca de 3.000 soldados, es decir, un verdadero

y numeroso ejército, dadas las cifras que consideramos en las guerras de la Independencia.

Los defensores de la ciudad, atrincherados en la Casa Fuerte, eran 700, y con Freites se hallaba, entre otros oficiales, el neogranadino Francisco de Paula Vélez. La defensa iba a hacerse difícil y peligrosa por la circunstancia de haberse refugiado en aquel alcázar gran cantidad de civiles, de mujeres y de niños: más de 300 personas, dice Yanes.

Las tropas reales ocuparon la ciudad el día 5, rodearon la Casa Fuerte y, desembarcada la artillería de la flota, se lanzaron el 7 al asalto. El combate fué terrible y duró seis o siete horas, pero era imposible no ceder ante la superioridad aplastante del enemigo: cayó el alcázar, algunos pocos escaparon, y Aldama ordenó acuchillar a todos los sobrevivientes, sin distinción, con crueldad pocas veces igualada, aun en aquella tremenda época. Perecieron mil personas. El vencedor se apoderó de mil fusiles, de veinte cañones y de municiones de todo orden. El general Freites y el gobernador político D. Francisco Esteban Ribas, prisioneros, fueron remitidos a Caracas, donde el capitán general Moxó les hizo fusilar. La historia retiene el nombre de estos Freites, Antonio María el de La Puerta, Pedro María el de la Casa Fuerte, como paradigma de entereza y heroísmo, prez del carácter de los venezolanos orientales.

Aldama, después de saquear concienzudamente a Barcelona, marchó en dirección al sur, hacia Aragua y El Chaparro.

Yanes asegura que Bolívar creía que la tropa de Freites bastaría para defender a Barcelona, aserción falsa, como hemos visto; pero que Mariño recibió, sin embargo, orden de auxiliarle en caso necesario. Agrega que el último, lejos de cumplir la orden, "se retiró con su guardia de honor a Cumanacoa, determinación que participó al Jefe Supremo, cuyos siniestros resultados se verán en seguida". Citamos aquí a Yanes desde luego para que se palpe cómo es indispensable verificar siempre con cuidado las afirmaciones de las autoridades, aun las altas y saneadas.

Cuando se discutió en el cuartel general patriota sobre la necesidad de socorrer a Freites, ¿quién se opuso a esto, o quién obró de manera que el oportuno auxilio fué imposible? No Mariño: léase

el relato de Urdaneta, quien dice que cuando, debido a sus propias instancias, "se creía que se iba a volver en auxilio de Barcelona, se oyó un toque de alarma a media noche, diciendo que el enemigo se aproximaba. No había tal, sino que en aquella hora habían decidido evacuar a Aragua con destino al Chaparro, es decir, más al centro del Llano, las tres divisiones de Bermúdez, Valdés y Armario, dejando allí a Mariño con la que debía mandar Jugo, y que se componía de un batallón de negros de Güiria, sin contar para nada con Barcelona". Ahí está la rebelión de los coroneles, la deserción pura y simple, el abandono del general en jefe, que los historiadores han transformado en rasgo de obediencia al Libertador y en conducta patriótica frente a la desatentada sed de mando e independencia de Mariño. ¿Cuál mando, cabe preguntar, si lo tenía ya sobre el ejército, no sólo porque era su creación en la mayor parte, sino porque lo ejercía por delegación y expreso mandato de Bolívar?

No contramarchó, pues, el ejército en socorro de Freites y fuéronse los rebeldes rumbo al Chaparro. ¿Qué podía hacer entonces el general en jefe abandonado, a quien se dejaban sólo sus negros de Güiria y su famosa guardia de honor? ¿Seguir a sus tenientes sublevados? Sobre ridículo e indigno, ello parecía imposible. ¿Permanecer en Aragua, a la merced de un ataque de Aldama que marchaba, o no tardaría en marchar, contra la villa con un ejército seis o siete veces superior en número al puñado de hombres que le había quedado? Mariño tomó el único partido que le era dable: apartarse de la evidente dirección de la ofensiva realista y acercarse al mismo tiempo a la provincia de Cumaná, donde podría reemplazar las tropas desertoras. Esa fué la razón de la marcha a Santa Ana. Sería interesante saber qué otro camino habrían escogido los literatos que tan agriamente censuran al general, sobre todo Baralt, que se frotó con la profesión militar. Por lo demás, la confusión y el desorden eran tales, que Urdaneta asegura que él mismo "siguió al amanecer el movimiento de Mariño, tan maquinalmente como hubiera podido seguir a los otros". Cosa extraña en hombre de serenidad proverbial en la batalla. Su explicación es humilde, pero no muy

digna, y deja sospechar que el prócer la da para defenderse de cargos que luego se le hicieron por haber acompañado a Mariño a Cumaná.

En Santa Ana vuelve Urdaneta a pedir a Mariño que le dé alguna tropa para "ir hasta Barcelona y quizá salvar a Freites y sus compañeros". ¿Rehusa Mariño? De ninguna manera: le da lo que puede, o sea el batallón de Güiria y 200 jinetes que ofrece Monagas. Así, el general en jefe, obligado por una rebelión de cuartel a seguir del Carito hasta Aragua, y que por esta razón no ha podido en ningún momento socorrer a Barcelona, se desprende de su último puñado de hombres y lo entrega a Urdaneta. Pero cuando éste llegó de nuevo a Aragua encontró allí al teniente Raimundo Freites, hermano del general, y a otros fugitivos, que le dieron cuenta de la catástrofe; en vista de lo cual, dispúsose a regresar a Santa Ana y devolver a Mariño sus soldados. Agreguemos que el rasgo de Urdaneta, sin duda heroico, era inútil y nada aconsejable en aquellas circunstancias, pues si este general hubiera llegado a Barcelona, los negros de Güiria y la caballería monaguera habrían sido otras tantas víctimas de Aldama.

La versión de Restrepo, quien, como recuerda Lecuna, tuvo a la vista el hoy perdido diario del estado mayor llevado por el general Soublette, enseña que Mariño no se limitó a dar a Urdaneta la tropa que pudo, sino que contramarchó en persona a Aragua y envió a Soublette al Chaparro "para que activase la marcha retrógrada que debían emprender todos con dirección a Aragua". Nótese, entre paréntesis, que los divisionarios rebeldes habían también abandonado a Soublette, jefe del estado mayor. ¿Eran éste y Urdaneta "cómplices" de Mariño en su "desobediencia" al Libertador? La hipótesis no resiste al examen. Restrepo, o Soublette, agrega que la división de Bermúdez regresó a Aragua el 11 de abril, a las diez de la mañana, que Urdaneta llegó a las once y que poco después arribó el mismo Mariño. Según esto, vemos al general en jefe hacer un último y meritorio esfuerzo, no sólo para socorrer a Barcelona, y ello empleando, si posible, todo el ejército, lo cual ofrecía la única probabilidad de buen éxito, sino también para restablecer la unión en-

tre las tropas y reasumir el mando efectivo. Pero aquella tentativa no dió ningún resultado, y muy pronto vendrá la dispersión definitiva. En esta parte la narración de Urdaneta, si bien no contradice la que Restrepo sacó del diario de Soublette, tampoco la confirma: Urdaneta no habla de la misión del jefe de estado mayor al Chaparro, ni de la vuelta a Aragua de Mariño y Bermúdez. De las palabras del prócer zuliano se desprende que aquella vuelta de las tropas fué cosa extravagante, aun en momentos fértiles en extravagancias: el ejército sin cabeza que había marchado al Chaparro, comenzó a su vez a desbandarse como colmena a la cual faltase su reina, y una de las divisiones volvió a Aragua, diciendo que las otras dos la seguirían "dispuestas a auxiliar la Casa Fuerte". Tardíos remordimientos y, sobre todo, prueba de cómo progresaba la anarquía entre los rebeldes.

Cuando, por noviembre del mismo año, el Libertador se encontraba con Mariño en estado que podía llamarse de guerra, se refirió a aquellos sucesos en una carta a López Méndez, que citaremos varias veces. Dijo entonces Bolívar: "Siento recordar la pérdida de Barcelona, debida únicamente a que el general Mariño, animado de este fatal espíritu (el espíritu provincial, el "sistema federativo"), en lugar de ejecutar mis órdenes, de que no podía menos de resultar la completa destrucción de los españoles, hizo lo contrario". Y el Libertador agrega: "No era lo más sensible la pérdida de unos almacenes de armas y municiones, la desmembración de nuestro ejército de operaciones, ni aun el sacrificio de tantos valientes soldados y de todo un pueblo, sino los males en que se vió abismada la República por esta disidencia". Es decir, que, para Bolívar, Mariño no sólo abandonó a Freites, sino que con este abandono empezó su disidencia. Necesidades de polémica y propia defensa explican esas palabras, sin alcanzar a justificarlas. Obsérvese que Bolívar creía en aquel momento necesario imponer a toda costa sus ideas políticas centralistas, y ello le llevaba a ser injusto con su adversario federalista hasta atribuirle faltas militares que, verdaderas o supuestas, no tenían en la ocasión nada que hacer con los principios constitucionales. ¿Qué relación pudo haber entre éstos y la insubordinación de los oficiales

que impidió socorrer la plaza? En cuanto a que habría sido absolutamente segura la destrucción de los realistas con el plan establecido antes de la salida del Libertador para Guayana, es argumento o teoría que, dado lo expuesto en nuestro anterior capítulo, no nos encargaríamos de desarrollar. A otros el juego de las hipótesis. Por lo demás, se halla en aquellas palabras de Bolívar una indicación interesante que de paso recogemos: al hablar a la vez de un sistema político y del espíritu provincial, el Libertador confirma la idea de que la conducta política de Mariño no obedecía sólo a su deseo de limitarse a la "patria chica", como se acostumbra repetir, sino que estaba basada en una doctrina sobre determinada forma de gobierno.

Pero lleguemos a las conclusiones del general Urdaneta: "El lector juzgará por esta relación a quién pueda con más o menos fundamento atribuirse la pérdida de la Casa Fuerte de Barcelona y de todos los elementos de guerra que debían servir para armar las divisiones del interior, pues todas carecían de armamento, la de Apure sobre todo". En efecto, el lector juzga y pone la responsabilidad sobre la espalda de los desertores. Baralt mismo, haciendo por esta vez un esfuerzo laudable, e inspirado, sin duda, en el relato desnudo de Urdaneta, había concluído: "Lo cual hace ver, con todo, que no debe atribuirse a mala voluntad de Mariño, como hasta ahora se ha hecho, la pérdida de Barcelona y la suerte desgraciada de sus defensores".

El punto final, y que es ya tiempo de registrar como decisivo en esta cuestión, adelantólo el mismo general Mariño en una frase de la nota que el 30 de abril dirigió a Madariaga, y sobre la cual habremos de volver. Se diría que el general en jefe preveía la polémica sobre responsabilidades, y deseaba precisar desde luego que ninguna le correspondía. La frase es importante además, porque indica cuál había sido su opinión en lo concerniente al plan de operaciones durante sus tratos con el Libertador en Barcelona. Medítense esas cortas líneas: "Para descargo de mi conciencia, manifestaré que me opuse fuertemente a la extracción del ejército de las inmediaciones de la plaza, mientras no tuviésemos proporciones de llevar el parque, o de destruir el (ejército) que mandaba el brigadier Real".

¿Quiere Mariño decir, por otra parte, que se debió al Libertador el que no se venciese entonces a Real? No lo parece en modo alguno. Y aunque aquella nota a Madariaga no fuese escrita expresamente para explicar determinado plan de campaña, ni para defenderse de tal o cual cargo hasta entonces inexistente, en ella encontramos elementos de juicio bastante apreciables, como el siguiente comentario: "Las operaciones del ejército están sujetas constantemente a los movimientos del enemigo, y los cálculos más exactos varían respectivamente a los sucesos imprevistos. La batalla que me había prometido decidiría en el llano de Barcelona la suerte de nuestras armas en esta parte fué eludida por el cuerpo español". Estas palabras se refieren, sin duda, a los días en que el Libertador estaba todavía en el ejército, pues, partido aquél y estallada la revuelta de los comandantes divisionarios, cae de su peso que la batalla no podía darse.

Para concluir con lo relativo especialmente al doloroso y grave episodio de la Casa Fuerte, apuntemos que no siempre faltaron voces que dijesen la verdad y penetraran a través de la bruma en que desde el principio se trató de mantenerla. En un documento, que volverá a citarse, que el director del Archivo Histórico Nacional de Bogotá, doctor Otero Ricaurte, atribuye con fundamento a Roscio, y que fué escrito probablemente a fines de 1819, se lee: "Durante estas operaciones (las de Piar en Guayana) el general Bolívar rechazó en Barcelona, con cuatrocientos hombres, tres mil españoles que asaltaron la plaza; pero habiendo salido dicho general con dirección a Guayana, en su ausencia el enemigo volvió con nuevas tropas, repitió el asalto, tomó la plaza y pasó a cuchillo hasta las mujeres, y la República perdió allí, con sus valientes defensores, todos los elementos de guerra de que podía disponer, sin embargo de los esfuerzos que hizo el general Mariño para llegar a tiempo a socorrerla con todo su ejército... El Jefe Supremo, de vuelta de Guayana, supo la desgracia de Barcelona, y tomando del ejército del general Mariño las tropas de los generales Bermúdez y Valdés, se dirigió a Guayana y llegó después de la batalla de San Félix. El general Mariño volvió sobre Cumaná con la otra parte de su ejército". Nótese que este documento puede datar de los

momentos en que Mariño había ganado de nuevo posición importante en Angostura, de resultas, como veremos, de la caída de su enemigo Zea y en ausencia del Libertador. Además, su autor tiende visiblemente al apaciguamiento entre las facciones patriotas, que se inició al terminar la disidencia de Mariño.

Sigamos nuestra narración. Cuando se marcharon los rebeldes al Chaparro dirigióse Mariño a la provincia de Cumaná, seguido de cerca por Urdaneta, quien llevaba a Jugo enfermo en hamaca y con una escolta dada por el general en jefe. Esta vez Soublette se juntó a la corriente que empujaba hacia el Sur. En realidad, el circunspecto jefe del estado mayor no habría encontrado colocación en Oriente, y era muy natural que optara por acercarse al Libertador.

A ninguna otra parte podía volverse Mariño que no fuese el "territorio de su predilección", pues era allí donde levantaba sin cesar sus ejércitos. Es claro que no podía ir a alistar gente en Guayana o los Valles de Aragua. Reprocharle su marcha a Cumaná equivale a que se reproche a Páez no haber abandonado los llanos de Apure para emprender una recluta de lanceros en las montañas de Mérida y Trujillo.

De Santa Ana Mariño escribió a Bolívar que, en vista de lo sucedido, se retiraba con su guardia de honor a Cumanacoa. Es deplorable que no se conozca el texto de su comunicación, que daría, sin duda, una versión de los hechos y permitiría tal vez ponerlos más en claro. Reténgase, en todo caso, que Mariño informó al Libertador.

Es de creer que éste se hallaba aún en el campamento de Guayana cuando recibió la nueva de la caída de Barcelona, a juzgar por lo que escribió al almirante Brión, el 18 de abril, de Santa María de Ipire: "Tan funesta noticia me hizo precipitar mis marchas hacia el cuartel general de nuestro ejército". La crónica de aquella época, repetímoslo, es muy confusa. Hay historiadores que afirman que Bolívar, en su vuelta al Chaparro, no tocó en Ipire, sino pasó por El Pao, y que allí se le juntaron Santander y Manrique, provenientes de Apure. Santander dice, en efecto, por su parte, que fué en El Pao

donde encontró al Libertador, y que éste lo recibió tan desabridamente "como era de suponer en un hombre que conservaba memorias de las mortificaciones sufridas en Cúcuta". Agrega que poco a poco aquella "frialdad fué desapareciendo". Tendríamos entonces que la parada de Bolívar en Ipire se efectuó durante el nuevo y definitivo viaje a Guayana, como parece demostrarlo la misma carta que citamos. El cuartel general a que se refiere Bolívar estaba en El Chaparro, a donde, como se recordará, había sido enviado Arismendi a reunir tropas. Allí recibió aquél la comunicación de Mariño, que Yanes dice le llegó a Ipire. Veamos cuál fué su "reacción" y cómo la transcribe al almirante: "Y a mi llegada a él (el cuartel general) he sido sorprendido con una carta del Jefe de la Fuerza Armada, que, bajo pretextos frívolos y aun especiosos, me participa que se retira con su guardia de honor a Cumanacoa. Esta deliberación sin orden mía, y en circunstancias en que debemos más que nunca reunir nuestras fuerzas, me obliga a mi pesar a desaprobar la conducta del Excmo. Señor Jefe de la Fuerza Armada, porque se separa de la cooperación con el gobierno, formando planes y acordando medidas por sí que no le ha dictado ni prevenido éste para tales acontecimientos". El nombre de *gobierno* empleado aquí por Bolívar significa, sin duda, su autoridad personal, pues no había otra cosa. Pero, sin detenernos en consideraciones de este género, quedamos en que la rebelión de los coroneles divisionarios, que había hecho imposible la continuación de Mariño al frente del ejército y obligádole a irse a Cumanacoa seguido, no lo olvidemos, por Urdaneta, era "pretexto frívolo y aun especioso" para adoptar una conducta censurable, que había llevado al general a formar planes y acordar medidas por sí solo.

Muy severos se muestran nuestros principales historiadores cuando sentencian sobre aquellos hechos, que el más reciente no hesita en llamar "disensiones causadas por Mariño". La historia oficial, que la posteridad engulle, abarca los mencionados hechos con la expresión clásica de "nueva defección de Mariño". Frase doblemente falsa: primero, porque hasta aquel momento, y durante cuatro años

de cooperación con Bolívar, el caudillo oriental no había cometido acto alguno que pudiera bautizarse de defección, y segundo, porque en el caso presente la defección era de sus subalternos.

Mentirosa y aun teñida de calumnia es la narración del general Briceño Méndez, que reza: "Durante su ausencia (de Bolívar) se habían levantado nuevas aspiraciones. El general Mariño hizo esparcir la noticia de que el Jefe Supremo había muerto en su tránsito a Guayana, y pretendía no sólo sucederle, sino regresar a Cumaná con toda la tropa que mandaba. La presencia inesperada del general Bolívar trastornó aquel proyecto, que no pudo realizarse sino en parte, porque Mariño logró desmembrar la fuerza retirándose a Cumaná con sus partidarios. El resto de la división vino a Guayana a reforzar el ejército de Ocumare, que, después de haber libertado toda la provincia, se ocupaba sitiando las plazas de Angostura (y) de Guayana la Vieja, últimos asilos del enemigo".

Larrazábal, precursor de las contemporáneas historias noveladas e imitador de Tucídides en cuanto a discursos y frases de los héroes, acusa a Urdaneta de haber acompañado a Mariño "en su fatal inobediencia" y de haber aceptado de éste el mando de una división: "Mariño contrarió abiertamente las disposiciones del Libertador, fraccionó el ejército y dió el funesto ejemplo de la insubordinación... Urdaneta continuó obedeciéndole". En tanto que Arismendi, Bermúdez, Valdés, Armario, "rompieron con Mariño y regresaron al Chaparro, para aguardar las órdenes de Bolívar". He allí los rebeldes, los que destruyeron la unidad del ejército, los que, en medio de la anarquía y de la indisciplina más escandalosa, evacuaron al Carito y abrieron a Aldama el camino de Barcelona, y luego, no contentos aún, abandonaron también a Aragua, helos allí convertidos en los "fieles" del Libertador y salvadores de sus planes. Fué entonces cuando Bolívar, recibiendo "las divisiones que le fueron fieles" y enterado de la "defección" de Mariño, exclamó "con dolor y asombro":

"—¿Hasta cuándo querrá el general Mariño atormentarme con su pretensión de mando? ¿No considera el mal que hace a la patria con esa sed que nada apaga?"

Que el lector acepte, si le vienen ganas, la redacción de Larrazábal, pero sin olvidar al propio tiempo preguntarse en qué términos debieron los rebeldes de presentar al Libertador el caso del ausente Mariño y su propia deserción. Sólo Dios lo sabe, mas por los frutos cualquier mortal lo adivina.

Examínese con algún cuidado este asunto, y se quedará sorprendido, sin duda, ante una de las mayores tergiversaciones de la historia nacional. Vamos a ayudar al examen.

De la narración del general Urdaneta, única y exclusiva fuente valedera de que dispongamos, se deduce que la anarquía del ejército fué debida a bajas intrigas, cuya responsabilidad no correspondió en modo alguno a Mariño, y que, muy al revés, iban dirigidas contra éste. "Debe tenerse presente —escribe el ilustre memoralista— que por los acontecimientos anteriores a esta época ya no existía confianza entre Bolívar, Mariño y los jefes que dependían de éste; pero al llegar Bolívar a Barcelona, deseoso de dar impulso a la libertad del país, había conseguido decidir a Mariño a que le auxiliase con su ejército, y había ganado, por decirlo así, la buena voluntad de Bermúdez y Valdés, que, llegados a Barcelona con Mariño, se decidieron más y más a obrar de acuerdo con Bolívar y a contrariar cualquier plan de Mariño opuesto a los del otro". Esto quiere decir, en buen romance, que se había llevado a cabo una obra de seducción contra quien acudiera una vez más en auxilio del Libertador, abandonando sus propias operaciones frente a Cumaná, a pesar de la opinión del ahora seudo bolivariano Bermúdez. Aquellas intrigas no podían pasar inadvertidas por Mariño, ni contribuir al buen entendimiento entre ambos libertadores. Sus consecuencias inmediatas fueron nefastas para todos. "De aquí se concibe fácilmente —concluye Urdaneta— que el ejército de Barcelona no tenía aquella unión que nace de la verdadera subordinación y que había intereses distintos". La insinuación es grave en boca de Urdaneta, y hay que pesarla como tal. Por nuestra parte, no creemos posible cubrir un acto caracterizado de indisciplina y deserción suponiendo órdenes secretas del Libertador, lo cual sería, por otra parte, atribuir a éste el

indigno plan de conspirar para que los oficiales desobedecieran a quien él mismo había nombrado su jefe, y al propio tiempo para que se abandonase a Freites.

De todos modos, las sutiles intrigas que denuncian los *Apuntamientos* sembrábanse en terreno preparado, y la rebelión de Bermúdez y Valdés, y en segundo término de Armario, puso de manifiesto los manejos a que de tiempo atrás se daban dichos jefes para reemplazar a Mariño en el mando del ejército de Oriente y en la dirección de la guerra en sus provincias socavándole la posición política y militar allí. A partir de este mes de abril de 1817, el principal de los próceres orientales después de Mariño, Bermúdez, el indómito oficial de 1814, el que se opuso en Los Cayos al mando de Bolívar, el autor del motín de Güiria contra éste y que contra éste desenvainó su gran sable, encuentra ahora su camino de Damasco en el camino del Chaparro, y abre su ardiente cabeza, y quizá el corazón, al genio de Bolívar, que de allí en adelante hallará un hombre que oponer al antiguo y embargante "Libertador de Oriente". Desde entonces, Bermúdez no cesará de combatir a Mariño, y perseguirá, bajo el manto de la sumisión a Bolívar, un fin simple y claro: suprimir a su ex-comandante y mandar en Cumaná. Bermúdez era hombre de efusiones, un violento de tipo emotivo, y ya tendremos ocasión de verle sensible al recuerdo de comunes hazañas y a la atractiva personalidad de Mariño; pero, por el momento, el "bravo general", como le llamara Bolívar, no entiende razón y se subleva, poniendo en la rebelión su proverbial vehemencia. Fué por milagro que en aquella ocasión los jefes orientales no requirieron la espada para zanjar la querella, que no se fueron a las manos y decidieron en combate abierto a quién correspondía el mando.

Los corifeos facciosos pretextaron, o algunos historiadores les atribuyen tal pretexto y lo acogen como razón válida, que la "extraordinaria" marcha al Chaparro se debió "al temor que los jefes habían concebido de los designios de Mariño y la necesidad en que estaban de frustrarlos para no ver destruídos los planes de Bolívar". Desatinada es esta explicación no exenta de perfidia. Muy ocultos

debieron de ser los designios del general cuando sus adversarios no pasaron de aludir a ellos, sin poder jamás referir algo concreto que permitiera revelarlos. Designios hubo, pero fueron los muy claros de los sublevados, y no los del hombre a quien justamente se reprocha siempre no saber ocultar sus sentimientos y llegar, en su sencillez, hasta la imprudencia.

Preséntase a aquellos oficiales bajo el marbete clásico de "fieles amigos del Libertador" y adversarios de su émulo ambicioso y versátil. Singular y hasta curiosa aquella fidelidad que se manifestaba revolviendo el ejército, rompiendo la disciplina en tan extravagante forma y poniendo trabas a la reorganización ordenada por Bolívar mismo. Larrazábal dice, no obstante: "Mariño, cuyas hazañas fueron de extraordinario mérito, aun en aquel tiempo en que eran comunes las proezas, valiente y militar por carácter y constitución, repugnaba servir en Oriente bajo las órdenes del Libertador y soñaba con volverse a Cumaná al frente de los cuerpos que de allí había llevado para obrar independiente". Estos sentimientos atribuídos a Mariño son verosímiles, y aun debe decirse que en su existencia puede solicitarse mucha parte de la explicación de su conducta general durante la guerra. Pero en el caso que se estudia, frases como las copiadas, u otras como la de "acostumbrado a la independencia" de Restrepo, o la de ambos de que "no quería servir a las órdenes de Bolívar" no se apoyan en documentos ni en rasgo alguno cierto del caudillo oriental.

Facilísimo es invocar siempre las "pretensiones particularistas" de Mariño, que no parece tengan nada que ver con el caso concreto, o afirmar que el general "quería mandar solo". Pero no debería omitirse agregar, sin embargo, que sus subalternos no querían ya obedecerle. Es innegable que hasta aquel entonces los soldados habían sido de Mariño, quien les reclutaba con extraordinaria rapidez, que le seguían con entusiasmo y que, nueve veces de diez, bajo sus órdenes, habían alcanzado la victoria. ¿En virtud de qué razones debía el general ceder el comando a Arismendi, Bermúdez, Valdés, Monagas o Rojas?

En cuanto al poder supremo que había acordado al Libertador la Asamblea de la Villa del Norte, Mariño no lo desconocía; e insisti-

mos explícitamente en el hecho de que no existe prueba alguna de que no estuviera cumpliendo o se preparase a cumplir las instrucciones de Bolívar o el acuerdo que con éste hubiese tomado.

Obsérvese que no inventamos defensas más o menos laboriosas. Pero como es necesario fijar algún criterio histórico exacto en lo posible, citamos ciertos hechos o probamos que otros no existieron.

La verdad asequible hasta este momento, y mientras no se produzcan textos fehacientes, es que los coroneles desobedecieron al general, causaron la dispersión del ejército e impidieron proseguir las operaciones prescritas por Bolívar o concertadas entre éste y Mariño. En consecuencia, es imposible continuar aceptando la versión consagrada en los libros clásicos sobre aquellos sucesos, y ha de abandonarse toda fumosa lucubración al respecto.

Aquella versión se apoya esencialmente en cuanto dijo Piar, enemigo de Mariño y no menos rebelde a su autoridad que Bermúdez y Valdés, ocupados todos tres en sobredorar su propia infidencia. No es cierto que Mariño haya "causado" entonces disensión alguna, ni que haya habido tropas "salvadas", sino restos de desertores que siguieron a los promotores de la deserción. Ni cargos formales, ni reticencias trabajosamente fabricadas, ni omisiones de ninguna especie deberían ya bastar para tapar la verdad. Hay que levantar por fin el manto de la adhesión al Libertador con que se cubrió la felonía. Mariño no tuvo culpa en la pérdida de Barcelona ni en la disolución del ejército, ni mucho menos en la pérdida de la campaña, como algunos historiadores afirman. Los coroneles se llevaron los soldados que pudieron para donde les dió la gana. No hay datos ni papeles de ninguna especie que permitan saber o suponer lo que el general habría hecho de conservarse el ejército en la obediencia. A este respecto cada uno puede formular la hipótesis que desee; pero la historia verdadera no se escribe con ese género de hipótesis.

La sola culpa de Mariño en todo aquello consistió en no haber castigado a Bermúdez, Valdés y Armario, si es que podía hacerlo, de lo cual dudamos. Porque, en efecto, es menester darse cuenta de lo que fué la disciplina, es decir, la indisciplina, en las tropas venezo-

lanas, patriotas o realistas, durante aquellas guerras. El lazo que unía los soldados de Boves y Morales a sus jefes era la libertad de pillaje y, como consecuencia lógica, de asesinato y destrucción. Los "centauros" seguían en Páez al macho más fuerte de la tribu, pero con una suerte de camaradería laxa y vulgarota, que justificaba el origen e ineducación del caudillo. En Oriente la ruptura de la disciplina se verificó cuando ciertos generales y coroneles imaginaron que convenía más a sus propios intereses reemplazar la subordinación estricta al jefe inmediato por la que creyeron más cómoda y flexible al mediato Libertador. En lo cual se equivocaron por completo, pues a partir de la época en que se desvanece la amable y tolerante autoridad de Mariño, la época en que éste "se desprestigia", surge el férreo poder bolivariano, con el cual no habrá ya componendas, sino obediencia pura y simple. No se había menester en El Carito el guante de Mariño, sino el guantelete de Bolívar.

Ha salido, pues, el general Mariño con las tablas en la cabeza, luego de haber, por acudir a Barcelona, abandonado a Cumaná, cuya toma era necesaria, en su opinión, para el buen éxito de toda campaña en Oriente. Desde aquel momento su posición cambia por completo y se compromete sin remedio su autoridad, por el hecho de que los tenientes se han engallado y quieren cantar por su cuenta. Aquella posición será en lo adelante menos favorable que la de Páez en Occidente, porque éste no podía temer que hubiese entre sus oficiales ninguno capaz de disputarle el mando, y así pudo asentar su hegemonía y encabestrar sus reses bravas. Por tal razón, cuando Páez hubo reconocido la autoridad del Libertador, el problema político-militar de los Llanos, es decir, de Occidente, quedó resuelto una vez por todas. Pero no aconteció lo mismo en Oriente, donde Arismendi y Bermúdez desde luego, y después Monagas, Valdés, Rojas y también Zaraza, llanero guariqueño asimilado a los orientales, eran jefes mucho más considerables que Silva, Muñoz, Aramendi o Vásquez. Los oficiales de Mariño eran, en general, burgueses cultos, aun nobles, como Bermúdez de Castro o como los Sucre y sus cognados Isavas. Valdés, a quien bajo la fe de ciertos testimonios apasionados se acostumbra tildar de

bárbaro, había ejercido profesión de letrado en Trinidad. Por ello las tropas orientales habían presentado hasta entonces mayor organización técnica y sus cuadros altos eran mucho más instruídos que los de Apure. Sus brigadieres y coroneles tenían influencia y gentes adscritas a sus personas; algunos habían ganado batallas por su propia cuenta, y todos abrigaban explicables ambiciones particulares. Existía y existirá siempre, cada vez más fuerte y unificado, el ejército de Páez. En cambio, está en vísperas de "disolverse" el de Mariño, que había hecho las campañas de la Segunda República y reconstituídose el año 16, siempre con el glorioso nombre de ejército de Oriente. Esta denominación se conservará para darlo a nuevas tropas que, entre victorias y derrotas, se organizarán sucesivamente, bajo mandos distintos, hasta la toma de Cumaná en 1821. Pero ya Mariño no dispondrá a su antojo de tales tropas, y verá muchas de ellas volverse contra él. Bermúdez y los demás generales serán en las manos hábiles, aunque no siempre justas, de Bolívar, instrumentos para destruir en Oriente la supremacía del jefe de los Cuarenta y Cinco. Mariño adoptará entonces una actitud defensiva, y su carácter orgulloso y susceptible acentuará su natural desconfianza y le llevará a cometer errores y desaciertos que los escritores han exagerado por sistema y sin tratar de explicarlos, acumulándolos sin miramiento, para el balance final, en la columna de su pasivo histórico.

Por aquella época Mariño no ha cumplido aún treinta años. Está solo espiritual y moralmente, pues el puñado de capitanes, tenientes y suboficiales que le siguen todavía apenas sirve para conducir la mesnada contra los realistas. Un momento, en Cariaco, parece que algunos próceres van a formar alrededor de su persona un cuadro de asesores eminentes, una especie de ministerio civil. Pero aquello será miraje y simple falacia. El centro es Bolívar, y hacia éste convergen servicios e intereses. Piensen los historiadores en lo que va a ser desde entonces la terrible soledad del "joven héroe".

Así, pues, el Libertador, luego de entenderse con Piar, había repasado el Orinoco, y a mediados de abril vuelto al Chaparro. Cerca de este pueblo, en un lugar llamado La Palmita, encontró las colum-

nas de Bermúdez, Valdés y Armario, y oyó la versión de los brigadieres sublevados. Debemos aquí preguntarnos si cuando salió de Barcelona, el 25 de marzo, llevaba sólo la intención de concertar operaciones con Piar y Sedeño y de volver a aquella provincia sin asumir el mando personal del ejército de Guayana, o si su ida al Chaparro fué determinada por las conversaciones de La Mesa y por otras circunstancias accesorias. He allí un problema irresoluto. Los términos de las instrucciones que Bolívar dijo en su carta a Brión haber dado a Mariño, hacen pensar en la primera hipótesis. Otros argumentos hay contrarios. En todo caso, es verosímil que en el cuartel general de Mariño se ignorase que Bolívar tuviera la intención de regresar a la provincia de Barcelona. Nuestra presunción se funda en la actitud que tomó Urdaneta, pues es dudoso que éste hubiese seguido a Mariño si se esperaba tal regreso. O entonces, si se contaba con la pronta vuelta de Bolívar, tendríamos que Urdaneta resultó dando su aprobación al plan de campaña que es presumible sostenía el general de Oriente.

El final de cierta aserción de Bolívar, hecha once años después, transcrita por Perú de La Croix, y en la cual —según una de nuestras citas anteriores— aquél habla de la mala opinión que entonces se tenía de sus capacidades militares, vale la pena de recordarse aquí. Las palabras del memorialista francés no toman en cuenta las fechas ni el modo como se efectuaron en realidad los hechos, pero su fondo es interesante y quizá da luz sobre la cuestión: "Poco después —decía el Libertador en Bucaramanga—, estando ya en Guayana, los españoles se presentaron, y vi que me convenía dar la batalla que me presentaban; llamé entonces al general Piar, encargándole de mandarla en persona, porque no se había borrado todavía la impresión de mi última derrota... Piar ganó la batalla, se borraron las ideas que habían nacido sobre mi mala suerte". Monseñor Navarro ha hecho sesuda crítica de éste y otros textos de Perú de La Croix; a nosotros toca sólo, para nuestro objeto presente, recordarlos como elementos de juicio.

Sea como fuere, el 11 de abril Piar venció a La Torre en la batalla de San Félix. Eran 1.800 realistas contra un poco menos de pa-

triotas. Quinientos enemigos murieron en la acción, y 200 más fueron luego acuchillados, entre ellos el bravo Ceruti, gobernador de Angostura y jefe del estado mayor español. Allí perecieron del lado republicano el coronel Chipía y el comandante Landaeta, del batallón *Barlovento.* La Torre escapó por el puerto de Las Tablas.

El 2 de mayo hallábase de nuevo el Libertador en el campo del Juncal, cuartel general de Piar, acompañado de Arismendi, Soublette, Zaraza, Bermúdez, Valdés y Armario, y con el residuo del ejército formado por el general Mariño y destruído por sus tres coroneles. Setecientos hombres llevaron éstos a Bolívar, contando los de Zaraza y algunos de Arismendi. Porque sucedió lo que debía: como la mayor parte de los soldados era de Mariño y no de sus coroneles, durante la marcha de éstos al Orinoco fueron aquéllos quedándose en el camino.

La posición del Libertador se consolida de repente y oriéntase la historia de modo decisivo. En efecto, un general con dos batallones mandados por Bermúdez, Valdés y Armario, quienes ligaban a la suya su suerte personal, y que contaba con la adhesión definitiva de Arismendi, era cosa distinta del jefe un tanto desamparado que poco antes llegara al campamento guayanés con cuatro o cinco oficiales. El gran hecho histórico realizado entonces por Bolívar fué resolver al fin y a la vez los problemas militar y político, es decir, la fijación del eje de la guerra en el Orinoco y, al abrigo de esa base inquebrantable, el establecimiento de un gobierno. "Tenemos aún fuerzas suficientes para salvar la República —dice—. Esta división incorporada a la que obra contra Guayana no bajará de 2.500 infantes y más de 1.500 caballos, con los que es infalible la rendición de Angostura antes de ocho días". Y Guayana "nos dará no sólo mil recursos, sino una importancia política extraordinaria".

La política del Libertador se basa ahora en factores de hecho generadores de una situación nueva. El ejército de Mariño ha dejado de existir, y en su puesto y lugar se hallan algunos restos anárquicos, bajo jefes dispuestos a obedecer cualesquiera órdenes a fin de cohonestar su conducta y escapar a las consecuencias de sus propias faltas. De aquel caos extrajo el Libertador provecho máximo para la causa

de la Independencia; y es a partir de tal momento cuando se le ve desplegar los recursos más admirables de su genio y establecer su autoridad omnímoda sobre tropas que le obedecerán ciegamente en lo sucesivo. Vamos a asistir a la formación de un ejército de Bolívar.

Las operaciones reciben entonces gran impulso. Bloqueáronse Angostura y los Castillos. Piar marchó a las Misiones, con el fin de reclutar y de buscar abastecimientos. Sedeño permaneció frente a la plaza con su caballería. Brión recibió orden de salir de Margarita y de remontar el Orinoco con la escuadra.

XII

AMAR MÁS LA LIBERTAD DE MI PATRIA QUE DOMINARLA

PERO si, como creemos haberlo demostrado, no existe prueba alguna de que Mariño haya estorbado la ejecución de tal o cual plan militar, por negligencia o maniobras cuya responsabilidad pueda atribuírsele, no es menos cierto que, a partir de su regreso a la provincia de Cumaná, su conducta va a convertirle durante los siguientes meses, no ya en émulo de Bolívar, como en 1813 o 14, sino en su rival y enemigo. Grave situación aquella en que se coloca el héroe, que ningún escritor ha tratado de explicar o al menos de exponer con imparcialidad, y que, por tal razón, determina los juicios más severos de que sufre su personalidad histórica.

Dos cuestiones debieron de ofrecerse como primordiales a la reflexión de Mariño mientras caminaba la vuelta de Cumaná: la reconstitución de su ejército y el establecimiento en cualquier forma de una autoridad orgánica, que reemplazase en cuanto a menesteres no militares de gobierno la ambulante y precaria dictadura y el despotismo de los caudillos. A resolver ambos problemas le veremos aplicarse desde su llegada, y sus esfuerzos, aunque a la postre fracasaron, no son menos dignos de que se los considere con espíritu de justicia.

Entremos desde luego en el estudio del punto, no diremos más debatido, porque sobre él no ha habido debate, sino condenación pura y simple, cuando no fáciles sarcasmos. Se trata de una de las

materias menos exactamente conocidas de la historia venezolana: el congreso y gobierno creados en Cariaco.

Primero recordemos algunos antecedentes cuya enumeración es indispensable para formar juicio y explicarse el desarrollo de los hechos. Ya referimos la iniciativa tomada por el doctor Peña para concentrar el mando de las partidas insurgentes orientales en manos de Monagas y dar a éste una especie de consejo o asesoría. Más reveladora aún del estado de espíritu de muchos próceres, en cuanto a la necesidad de establecer lo que Mariano de Briceño llamará "un orden cualquiera de gobierno", fué la tentativa, coronada de efímero buen éxito, realizada en Apure, cuando, por julio de 1816, el coronel Miguel Valdés, enfermo, reunió en Arauca una junta para que le nombrase sucesor en el mando del ejército. Los oficiales neogranadinos y venezolanos, "considerando —escribe Yanes, testigo y actor del hecho— que ni en la Nueva Granada ni en Venezuela había un gobierno conocido, convinieron en que no sólo debían nombrar un jefe para mandar el ejército, sino también un gobierno adaptado a las circunstancias en que se hallaban, y, casi por unanimidad, fué nombrado presidente el teniente coronel Fernando Serrano, gobernador que había sido de la provincia de Pamplona, sujeto de apreciables circunstancias y patriota muy distinguido, y por ministro secretario al ciudadano Francisco Xavier Yanes". Eligiéronse al mismo tiempo como consejeros de Estado a los generales Urdaneta y Serviez, y como comandante del ejército al coronel Santander. Fué lo que se llamó gobierno de Guasdualito. Se sabe cómo un motín echó por tierra ese flamante gobierno y dió el mando a Páez. Lo curioso de tal motín fué que no lo hicieron los militares, sino los civiles: Pumares, Briceños, Pulidos y los eclesiásticos Méndez y Lobatón. Serrano, Urdaneta y Serviez se inclinaron, mas Santander y Yanes protestaron contra la "ilegalidad" del golpe. Páez aseguró que tomaba el mando "hasta que se presentase el general Bolívar", cuyo desembarco en Oriente se sabía. Es aquélla la primera vez que Páez se sirve de los "abogados" o que éstos le utilizan, a fines de mando y poder. Por lo demás, es posible que la causa no menor del derrumbamiento del gobierno de Guasdualito haya sido la repugnancia de los llaneros venezolanos a

verse "gobernados" por extranjeros: los neogranadinos Serrano y Santander, el francés Serviez, el español cubano Yanes. Poco después Páez ganó el combate del Yagual. Urdaneta resolvió abandonar el campo de operaciones de Apure y marchó a Oriente, como hemos visto.

Mas la necesidad de constituir un gobierno se había hecho sentir sobre todo en el espíritu del Libertador mismo, a quien hemos visto hacer promesas formales desde Haití. Brión y Zea eran quienes con mayor fuerza insistían en aquel sentido. Según Ducoudray-Holstein, Bolívar sedujo a Arismendi desde su llegada a Margarita dándole la seguridad de que reuniría un congreso tan pronto como las cosas se arreglasen un poco en Tierra Firme. En una proclama de 8 de mayo de 1816, en Villa del Norte, dice el Libertador: "El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado donde y cuando sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme de la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en congreso, sin otra convocación que la presente confiándole las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República". En Ocumare, el 6 de julio, otra promesa, aunque esta vez subordinada a la toma de Caracas: "Luego que tomemos la capital, convocaremos el congreso general de los representantes del pueblo y restableceremos el gobierno de la República". De nuevo en Margarita, de regreso de Haití, el 28 de diciembre, final excitación: "¡Venezolanos! Vosotros me habéis confiado la autoridad en los dos últimos períodos de la República. Vosotros me habéis obligado a subir al tribunal y a combatir en el campo. No he podido a la vez llenar tan opuestos destinos. La patria ha sufrido en la administración y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria, por atender a los cuidados del gobierno. La justicia, la política y la industria han sufrido, cuando me he ocupado en defenderos. Así, una necesidad imperiosa exige inmediata instalación del congreso para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la constitución política que deba regiros... Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de mayo para constituir el cuerpo legislativo, sin prescribiros

restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros a ejecutarlo, como las circunstancias lo dictan. La patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles, que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse; las transacciones del gobierno exigen un establecimiento más constante. Un mismo hombre no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público entre muchos de los ciudadanos que posean las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder... Nombrad vuestros diputados al congreso. La isla de Margarita está completamente libre: en ella vuestras asambleas serán respetadas y defendidas por un pueblo de héroes en virtud, en valor y en patriotismo. Reuníos en ese suelo sagrado, abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer acto de vuestras sesiones será celebrado por la aceptación de mi renuncia". Y el Libertador prevé aún, en su proclama, que entren de nuevo a ejercer funciones públicas los antiguos titulares de 1812: "No obstante que su autoridad ha prescrito —dice—, yo los habría convidado a continuar de nuevo el gobierno de la República".

La opinión corriente entre los patriotas era que no debía posponerse la reunión de un congreso, por ser cosa urgente y que se desprendía forzosamente de las proclamas del Libertador en Margarita, a su segundo regreso de Haití. Corrobóralo así cuanto Forsyth escribía a Irvine sobre la acogida de aquél por Arismendi: Bolívar, "después de haber publicado varias proclamas, *todavía con lenguaje de Jefe Supremo* (subrayado en el texto), convocó un congreso de Venezuela. Como usted ha visto esta proclama, es innecesario comentario alguno de mi parte. El general Bolívar llegó a Barcelona el 1.° o el 2 de enero y fué recibido por Arismendi..."

Después de leer aquellas proclamas y los demás textos citados, causan verdadero estupor las agrias censuras, las injurias, las arbitrarias imputaciones que se han hecho a los próceres de Cariaco por su tentativa de acatar lo que a todas luces aparecía como sincero deseo y voluntad de Bolívar de que se "civilizase" el gobierno, se dividie-

MADARIAGA

DIBUJO A PLUMA DE GEORGINA PARDO

(Interpretación del retrato existente en el Palacio Federal. Caracas.)

sen sus atribuciones y se diera algún asiento a los poderes públicos. Hay más: en Cariaco se trató de crear el gobierno de que carecía la República. Es cierto que el Libertador hablaba en Barcelona, por enero de aquel año, de un consejo provisional del Estado, y se valía de tal expresión, por ejemplo, cuando nombró a López Méndez y a Andrés Bello para que gestionasen en Londres armas, municiones y dinero. Pero aquel "consejo" no existía sino en la fecunda imaginación del grande hombre que no holgaba jamás y quien entonces quería calmar a los impacientes que sin cesar también recordaban sus citadas promesas sobre la reunión de un congreso.

Existe otro texto bolivariano de influencia aún más decisiva que los arriba mencionados en la reunión de Cariaco, por cuanto de él pudo prevalecerse como de cosa propia el hombre que mayormente participó en los sucesos y los formalizó: Cortés de Madariaga. Se sabe, por papeles que el autor de la presente obra copió de los archivos ingleses, cómo fué debido a insistencia del Príncipe Regente y del gobierno británico ante el español, por órgano de Vaughan, sucesor de Sir Henry Wellesley en la embajada de Cádiz, que Madariaga y sus compañeros de cautiverio fueron al fin devueltos a la libertad en diciembre de 1814. Por enero de 1816, Roscio, Juan Pablo Ayala y Juan Paz del Castillo llegaron a Jamaica, según consta de una nota del ministro Cevallos al embajador inglés. No se menciona en ésta a Madariaga, pero es seguro que iba también con aquéllos, o que se les juntó muy poco después. El gobierno español esperaba que las autoridades británicas impidiesen a los nombrados reanudar sus maniobras revolucionarias. El 25 de junio lord Castlereagh instruyó a Vaughan del asunto: si Inglaterra pidió la libertad de los patriotas venezolanos, fué porque desaprobaba la manera como les entregó el gobernador de Gibraltar, ciudad donde se refugiaron; pero no se les darán en Jamaica facilidades para seguir a Venezuela, y si se averigua que comunican con esta provincia serán expulsados de la isla. Va a verse, no obstante, que, si Madariaga dijo verdad, y así lo parece, los ingleses se sirvieron de él como transmisor de sus planes y política ante los corifeos insurgentes. Instalado en Jamaica, el canónigo siguió conversaciones con las autoridades, y no tardó en convencerse

de que no podrían obtenerse reconocimiento, al menos de beligerancia, ni auxilios eficaces de parte de Inglaterra, si no se establecía en Venezuela un gobierno cualquiera que cubriese con formas civiles la dictadura puramente militar existente. Tal será el móvil de sus actos y la inspiración de su política, para cuya aplicación deberá desde luego y ante todo contarse con la anuencia y apoyo de los dos jefes de la República: Bolívar y Mariño. Con ambos entró en correspondencia Madariaga. Dos cartas recibió éste del Libertador: una de setiembre, otra de 26 de noviembre de 1816. De la segunda, única que nosotros conocemos, es el siguiente párrafo a que arriba aludimos y que resulta de suma importancia para el tema que nos ocupa. El Libertador estaba en Haití y se preparaba a volver a Venezuela con su segunda expedición. "Parto —escribía— con la esperanza de ver a usted muy pronto en el seno de la patria, cooperando eficazmente a la construcción del grande edificio de la República. En vano las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno: así, necesitaremos de nuestros próceres, que, escapados en tablas del naufragio de la revolución, nos conduzcan por entre los escollos a un puerto de salvación. Usted y nuestros amigos Roscio y Castillo harían un fraude a la República si no le tributasen sus virtudes y talentos, quedándose en una inacción que sería muy perjudicial a la causa pública". Obsérvese, en apoyo de cuanto dijimos en alguna parte respecto a las relaciones de Bolívar con algunos próceres caraqueños, que éste no nombra aquí a Ayala.

Madariaga, auxiliado por los almirantes de Jamaica y de Barbada, marchó a Margarita, a mediados de abril de 1817, en la "balandra" *Brazen.* Forsyth dice que el canónigo llegó a ésta en un bergantín inglés y que al mismo tiempo que éste ancló en Pampatar el capitán Stirling con la *Brazen,* la cual, como sabemos, no era una balandra, sino una corbeta de guerra, enviada a aguas venezolanas para reclamar contra el apresamiento de algún barco, y sin duda también contra todas las medidas de bloqueo tomadas por los patriotas y que creaban grandes dificultades al comercio inglés y extranjero en

general. "Por este tiempo —escribe Forsyth— llegó a Pampatar el canónigo de Chile Cortés de Madariaga en un bergantín inglés y en compañía de la *Brazen*". Notemos de paso que la nacionalidad del barco de comercio que llevó a Madariaga no indicaría por fuerza y por sí sola que las autoridades de Jamaica intervinieran directamente en su viaje. Sin embargo, es también de señalarse la relación estrecha que el canónigo establece entre su dicho viaje y el hecho de que Stirling fuese encargado de correspondencia oficial para los jefes patriotas.

Llevaba Madariaga a Venezuela no sólo su espíritu inquieto y agitador, del cual era menester desconfiar muy particularmente, sino también parecía llevar una misión concreta e importante de las autoridades británicas. Querían éstas, según él, prestar ayuda a los patriotas venezolanos, o intensar de modo eficaz la poca que las circunstancias habían permitido darles hasta entonces; pero para ello era menester que la revolución venezolana cesase de presentarse en forma de una rebelión de cabecillas que parecían batirse cada uno por su cuenta contra las fuerzas de la Corona española. Era, pues, urgente constituir, en alguna parte, una apariencia de gobierno, una muestra de administración regular con la cual pudiesen entenderse los agentes extranjeros, que impresionase a los realistas y diese al pueblo venezolano la sensación de que tenía medios y posibilidad de restaurar la República, la que en 1811 había despertado o creado el espíritu nacional. Tal fué el pensamiento que Madariaga se propuso hacer compartir por los caudillos y los próceres civiles venezolanos y a cuya propagación se dedicó a su llegada a Pampatar, de donde a fines de abril lanzó un manifiesto y escribió a Bolívar y a Mariño. Aquel manifiesto y esta correspondencia son documentos que deben considerarse entre los más importantes de la época, por cuanto, aparte la personalidad del autor, exponen ideas y dan pormenores que ayudan mucho a explicar hombres y sucesos en aquel período, uno de los más oscuros y difíciles de nuestra historia, que va de la vuelta de Bolívar de Haití hasta la reunión del Congreso de Angostura. Años de anarquía entre los caudillos, de derrotas sin cuento, de planes fracasados, de cansancio de la población diezmada y arruinada, en

su mayoría dispuesta a continuar abrigándose bajo la bandera real, con la esperanza de obtener al fin la paz y la tranquilidad. Años durante los cuales se afirma poco a poco ineluctablemente la autoridad y preponderancia del Libertadoor, cuya férrea mano concluye por empuñar las riendas del mando e imponer a jefes y a pueblos la dirección única e indispensable para ganar la guerra y constituir el Estado. Pero aún estamos en plena confusión y lejos de los días brillantes de Boyacá y de la Ley Fundamental. Vivimos de tanteos y veleidades, en medio de pasiones desenfrenadas, frente al enemigo armado y al pueblo hostil. Los próceres militares rivalizan de valor contra el realista en el campo de batalla, y al mismo tiempo dispersan el esfuerzo por los celos y aun la declarada enemistad que muchos de ellos se profesan. Nunca como entonces pudo aplicarse la enérgica expresión con que un gran escritor de Venezuela y de América ha caracterizado la rivalidad de aquellos hombres: se muerden los leones.

Madariaga no perdiera en sus prisiones el ardor patriótico y la truculenta demagogia. Vuelve a Venezuela con sed de hacer figura y con sus viejas ideas radicales, que ni la experiencia de los hechos ni sus personales penalidades en modo alguno han modificado. El canónigo vive todavía su 19 de Abril y su 5 de Julio, resplandecientes de civismo, en la prístina ilusión republicana que no empañaran la derrota, la ruina y el cambio profundo que una y otra han traído al medio venezolano, donde nuevos hombres surgidos de la guerra no conocen ni quieren aún conocer los principios y las actas de la primera Revolución. Nada, absolutamente nada, tienen que ver los lanceros de Aramendi o los macheteros de Montes, que nos pintan los oficiales británicos en sus relaciones, con los patricios de 1811, cuyo espíritu civilista, con la gravedad en menos, aporta ahora al Oriente el clérigo jacobino. Mas trae éste en su maleta y entre su léxico grandilocuente algunos pensamientos justos y posiblemente aplicables en el momento histórico. Su palabra viene a ser como levadura y fermento que halla en el espíritu de otros próceres campo propicio al cultivo de gérmenes imprevistos, próceres que, como él, estaban imbuídos de lo que se llama ideas civiles y que las creían conformes al credo político y al ordenamiento jurídico proclamado por la Re-

volución. La simple lista de aquellos hombres demuestra que la tentativa de Cariaco es no sólo explicable, sino también perfectamente defendible. En todo caso, puede decirse que el "Congreso" debió su existencia a Madariaga, como antaño se debió a su índice imperativo el giro que tomaron los sucesos de abril de 1810.

Desde luego, el manifiesto atribuye, con razón, el enorme aumento de las dificultades que encuentra la independencia de Venezuela, como la del resto de América, a la caída de Napoleón y consiguiente restauración de los Borbones en España, y cuya demostración más decisiva ha sido la expedición de Morillo. Después se refiere a la obra destructora de Boves, Morales y "otros foragidos de abigeato y homicidio", que lograron intimidar y preocupar a las poblaciones hasta llevarlas a alistarse en gran número en las filas realistas, "bajo el pabellón de la muerte". Por fortuna, la isla de Margarita levantó de nuevo el de la patria, y sus heroicos hijos, a quienes por primera vez oímos dar por el canónigo el legendario gentilicio de neo-espartanos de Colombia, resucitan la República. Luego Bolívar y sus generales y camaradas "recogen las reliquias separadas de aquélla", y la lucha empieza, o continúa, y "el valor republicano se despliega en todos los puntos de la Confederación". Entretanto, surgen en otras partes de América patrias independientes, reúnense congresos, fórmanse al calor de las batallas gobiernos que ensayan afirmar la libertad con la expulsión de los realistas.

Dentro de este cuadro, que su pincel pinta con colores alternativamente sombríos y de clara perspectiva, Madariaga viene a cooperar en los "santos designios" de los patriotas. Dice que quiere, con su experiencia de hombre maduro y aleccionado, aconsejar e indicar el medio de resolver el problema primordial de nuestra política y nuestra guerra, puesto que "la libertad e independencia son los votos de la gran familia colombiana a que todos pertenecemos por un mismo derecho". Ese medio, ese remedio imprescindible y heroico, es la formación de un gobierno civil que, sin descuidar en modo alguno las apremiantes exigencias de la guerra, entre en relación con los gobiernos extranjeros, en especial con el de la Gran Bretaña, negocie y obtenga, con el reconocimiento de la República, los elementos que

ésta precisamente necesita para alcanzar la victoria y los fines políticos de la lucha. Ese gobierno, a cuyo amparo los venezolanos renunciarán a querellas y rencores, abrirá —y la expresión es bastante curiosa en labios eclesiásticos— la "hégira de nuestras prosperidades". Es evidente que Madariaga no propone claramente en su manifiesto la formación inmediata de un gobierno; pero la idea aparece en sus cartas a Bolívar y Mariño y, sobre todo, en el hecho mismo de la reunión del congreso. Ahora habla solamente de la necesidad de "arreglar las relaciones exteriores y continentales", y recuerda que los gobiernos han sido establecidos para la felicidad de los pueblos y garantizar a éstos "leyes fundamentales y conexiones sociales". Las libertades del hombre son un don del Ser Supremo, y la voluntad del pueblo —dice— es la única fuente legítima del poder y de las leyes.

Así, la acción del canónigo obedece esencialmente a su creencia, fundada, repetimos, en conversaciones con las autoridades británicas de las Antillas, de que sin gobierno civil la República de Venezuela no será reconocida, ni obtendrá socorros militares y diplomáticos eficaces. La idea, como puede verse, es excelente en sí, y su consideración basta para eliminar los cargos que, aparte los provenientes de la mayor o menor oportunidad de la formación del gobierno y de sus posibilidades de duración en aquel momento, se han formulado arbitrariamente contra la asamblea de Cariaco. Y dirígese el canónigo en primer término al Libertador, porque, según dice, las autoridades inglesas le han dado encargo expreso de hacerlo. Sobre esto el canónigo es categórico en su carta de 25 de abril: "General: Me tenéis en esta isla desde el 18 con procedencia de Kingston y escala en Barbada, habiendo en ambos puntos merecido de sus respetables almirantes que me brindasen dos buques de guerra en las travesías de aquellas islas, y para llegar a Margarita en prosecución de objetos muy importantes, conectados con la causa total del Sur América y dependientes de mis informaciones después de hablar con vos y nuestro almirante (Brión), a quienes discurrimos deber encontrar en Pampatar depositarios de un gobierno provisorio anunciado en vuestras proclamas y notificado a los jefes departamentales de la nación británica en el seno (?). Dichas autoridades, de acuerdo conmigo, quisieron

que el capitán Stirling, comandante de la corbeta de Su Majestad Británica *Brazen,* que me ha conducido aquí, conferenciase con vos y el almirante en cuanto al mejor concierto de nuestras recíprocas relaciones, ya entabladas, dejando a mi cuidado que os comunicase algunas especies reservadas que no pueden aventurarse a los riesgos de la pluma". Por desgracia, el Libertador estaba en Guayana, no en Margarita, ni aun en Barcelona, donde Madariaga y Stirling habrían podido ir a verle. Brión acudió de Carúpano a Pampatar y se ligó con el canónigo fácilmente, dados sus antecedentes en lo relativo a la formación de un gobierno; pero no encontró ya allí a la *Brazen* ni los buques mercantes que escoltaba. El capitán Stirling había remitido al gobernador de la isla los "pliegos" ingleses para Bolívar y el almirante. La partida del Libertador a Guayana cambió así el rumbo de los acontecimientos, pues de otro modo habría sido él a quien personalmente incumbiera resolver sobre las proposiciones del canónigo. Y por tal motivo —comprobó este último— "ha quedado malograda una coyuntura de sumo influjo a nuestra República y para la satisfacción y seguridad de las naciones extranjeras".

Sobre su proyecto de gobierno, Madariaga habla muy claro: "General —dice a Bolívar—: cada vez se toca más de bulto la imperiosa necesidad de restablecer el gobierno en receso con la división legítima de sus poderes; sin este simulacro viviremos siempre desfigurados, menospreciados de todo el mundo, y, lo que es peor, vendremos a ser víctimas de la anarquía. Vos mismo (re)conocéis que "la fuerza no es gobierno", y no se os oculta la crítica que en esta línea actualmente sufrimos de nuestros propios amigos y de la mordacidad de nuestros enemigos".

El canónigo, influído sin duda por Brión, elogia la obra y los sacrificios de éste, y deja ver el temor de que, si se prolonga aquella situación insegura, no pueda el almirante continuar sirviendo a la República. Por el momento, Brión no piensa en Guayana, creyendo sin duda, como Mariño, que no convenía abandonar la provincia de Cumaná y había que apoyarse en los llanos de Maturín. "Su plan es sólido —dice Madariaga—. Margarita no tiene (recursos), ni parece que se esmera en ayudarle en manera alguna". Por ello, con-

ducirá su flota al Guarapiche. En cuanto a aquella isla, importaría que volviera cuanto antes Arismendi a despertar el "fervor patriótico" de sus paisanos y a librarlos de "fatalidades domésticas".

Sin esperanza de ver a Bolívar, dícese Madariaga pronto para regresar a Kingston, a hablar con el almirante Douglas y a despachar correo a Londres. Desea que el Libertador escriba a dicho almirante, y que mande boletines del ejército y proclamas que el propio canónigo se encargará de reimprimir y difundir.

No obstante todo aquello, he aquí que de repente Madariaga decide no ir a Kingston, sino a Cariaco. El mismo día, 25 de abril, que escribiera al Libertador habíalo hecho también a Mariño, a su cuartel general de Cumanacoa. No se conoce su carta, pero por la respuesta del general, fechada días después, sabemos que el canónigo y el almirante le excitaban a pasar a la isla para conferenciar. La situación militar impide a Mariño atender a la invitación, y así lo manifiesta. El enemigo puede atacar próximamente. "Los momentos son preciosos, y un solo instante de ausencia mía sería bastante para perderlo todo; yo sería un criminal a los ojos del pueblo, y del ejército que ha depositado en mí su confianza, si en tal estado de cosas lo abandonase. Yo no puedo separarme un instante de tan sagrados deberes sin faltar a mi honor, a mis conciudadanos y sin cargar mi conciencia. Entonces sí me expondría a ser visto por la posteridad con execración". De estas frases puede deducirse el género de admonición que llevaba la carta de Madariaga. "A ustedes (Usía y el señor almirante), que están desocupados, les es más fácil acercarse acá que a mí allá", concluía Mariño.

Con su carta personal, Mariño enviaba la nota de carácter oficial que ya hemos citado atrás, y que utilizaremos de nuevo al tratar de las operaciones militares. Por el momento, copiemos los párrafos relativos al proyecto de formación de gobierno, para fijar una vez por todas el estado de espíritu del héroe y sus opiniones sobre la materia.

"La formación del gobierno —escribe Mariño— me parece de la mayor importancia: estoy penetrado de esta urgente necesidad. Un centro común de donde partan todas las determinaciones, un cuerpo respetable que reúna la opinión de los pueblos, es, positivamente, un

baluarte contra el despotismo y la arbitrariedad; y juro al cielo que el día más lisonjero a mi corazón va a ser aquel en que yo vea restablecido mi país y constituído bajo los poderes depositarios de la soberanía de los pueblos. En la carrera de mi vida será éste el primer triunfo, y esperando aquel momento dichoso lo contemplo con entusiasmo. Los sentimientos del hombre son varios, y la elevación los conduce siempre al deseo de ser superior a sus semejantes, pero yo protesto que en cualquiera que me halle seguiré constantemente los principios que me han dirigido por espacio de siete años: *Amar más la libertad de mi patria que dominarla*".

"No dudo que el Jefe Supremo estará, como yo, convencido de que la fuerza no es gobierno, y ahora más que nunca verá la necesidad de remediar los males pasados por una organización sólida y respetable, que nos haga considerar en las naciones de Europa".

"Vuestra Excelencia viene a anunciar el destino de Venezuela en el reconocimiento que se desea por el gabinete de San James a los Estados independientes del Sur de América. Nosotros esperamos que los esfuerzos de Vuestra Excelencia y de los amigos de la causa colombiana harán que seamos comprendidos. La patria será a Vuestra Excelencia deudora de sus infatigables trabajos desde abril de 1810 hasta conseguir su libertad absoluta. Como uno de los admiradores de Vuestra Excelencia, como uno de sus conciudadanos más afectos, pido al cielo le conserve".

Pero, antes de proseguir con la gestión política de Mariño en aquella época, volvamos la atención al aspecto militar de la situación, que, en último análisis, decidirá del curso de la historia nacional y del destino de aquél. Tarea esencial era para Mariño, y difícil en extremo, la de constituir un ejército, ahora cuando los altos oficiales sus compañeros, y con ellos los mejores cuadros inferiores, le habían abandonado. ¿Cuántos ejércitos levantó de la nada? ¿Cuántas veces fué a instalarse en determinada localidad con un puñado de oficiales para aparecer poco más tarde a la cabeza de dos o tres mil soldados cuya calidad elogiara el Libertador? "Los soldados de Mariño, sobre todo, son excelentes".

El peligro para la provincia de Cumaná y el Oriente en general se acentuaba considerablemente, y Mariño lo sabía. "Mi vuelta a esta provincia —escribía en su nota a Madariaga— la conceptúo como el medio seguro de salvarla reduciendo su capital y distrayendo a los enemigos mientras se verifica la incorporación del ejército que yo dirigía al que obra al otro lado del Orinoco, conducido personalmente por el Jefe Supremo. Sólo he traído mi Guardia de Honor, quedando a Su Excelencia el resto del ejército, para la ejecución de sus nuevos planes de campaña". Por lo demás, para esta campaña de Guayana Mariño considera sin duda suficientes, con razón a nuestro entender, las tropas de Piar y de Sedeño. Insistimos en que aquél no quiere desguarnecer a Oriente; y en cuanto a la operación concreta de abandonar los llanos de Barcelona, es cosa que no aprueba. "También diré, por los resultados, que creo importuna la marcha de las tropas al paso del Orinoco", escribe en su nota. Y en la carta personal agrega: "La marcha del ejército que dejé en la provincia de Barcelona sobre Guayana ha colocado al enemigo en la aptitud de ofendernos por esta parte". En realidad, si Mariño podía tener razón desde el punto de vista militar, debe convenirse en que del lado político el traslado a Guayana de los restos de las divisiones de Bermúdez y Valdés, y rotos los lazos de éstos con Mariño para formar nuevos con Bolívar, puso a éste en capacidad de librarse de la omnipotencia de Piar. Piénsese en los sucesos inmediatamente posteriores y en lo que hubiese acontecido de haberse hallado el Libertador solo y a la merced del ambicioso y díscolo curazoleño, quien estaba rodeado de un ejército que era su hechura y es de suponerse le obedecía ciegamente. El golpe de Bolívar, deliberado o no, fué de doble efecto: privó a Mariño de sus mejores tenientes y lanzó a éstos contra Piar. No se olvide que Bermúdez era enemigo de este último. Mas, repitámoslo, Mariño se preguntaba por qué el Libertador, con el traslado de tropas innecesarias al otro lado del Orinoco, exponía territorios ricos y ya libres a la vuelta ofensiva de los realistas en acecho. Aldama había saltado sobre la presa en Barcelona y la defensa de Cumaná y Maturín tornádose más difícil.

Se recordará que, al salir en auxilio de Barcelona, Mariño había dejado algunos cuerpos encargados de observar a los realistas en la plaza de Cumaná y de defender las posiciones ocupadas por los patriotas en la provincia. El coronel Sucre, nombrado ahora mayor general del ejército, recibió atribuciones de comandante en jefe, aunque no nos sea dable saber, por falta de documentos, hasta dónde pudo extenderse tal comando. No debió de ser muy fácil para aquel jefe de veintidós años hacerse obedecer de guerrilleros como Montes, curtidos en la batalla y reacios a toda disciplina. Una carta de Sucre, y otra de Urdaneta a Mariño, que examinaremos más adelante, ponen de manifiesto la relajación a que habían llegado las tropas.

Cuando Urdaneta y Jugo llegaron al pueblo de San Francisco, rumbo a Cumanacoa, recibió el primero una comunicación de Sucre en que éste le decía que tenía instrucciones del general Mariño para ponerse a sus órdenes con las fuerzas que mandaba, "si quería encargarse de ellas", y con el fin de continuar operando contra Cumaná. Dichas fuerzas se componían del batallón de Güiria que había seguido a Mariño y de otro de "indígenas", nombrado batallón *Colombia.* Urdaneta aceptó, escribiendo luego en su relación y a guisa de excusa que había "tomado el mando que se le ofrecía", porque "no sabía cuándo ni por dónde podría ir a Guayana a reunirse con el Libertador". Nótese, de paso, que esta frase de Urdaneta autoriza la duda que antes expresamos sobre las verdaderas causas del regreso de Bolívar al Chaparro y confirma que en el campo de Mariño se ignoraba tal próximo regreso. Sea lo que fuere, tome el lector como guste la excusa de Urdaneta. Este nombró a Sucre jefe de estado mayor.

Mariño creía inminente el ataque de los realistas, o, mejor dicho, sabía que la "invasión" no tardaría. "Los partes más recientes que he tenido —dice en su carta de 30 de abril— conspiran a (hacer) creer la aproximación del enemigo. De acuerdo con mis sentimientos, estoy resuelto a disputar este terreno palmo a palmo; y protesto por mi honor que no pisará una pulgada sin cubrirla primero con su sangre. Desde mi llegada aquí se ha aumentado este ejército prodigiosamente, y estoy poniendo el país en estado de defensa, que no lo estaba; de manera que, si somos atacados, no es dudosa la victoria".

Y en su nota concluye, con optimismo tal vez tendencioso, pero que indica el esfuerzo realizado en las dos últimas semanas: "Una fuerte división, ya organizada, pone a cubierto la provincia de los temores que tuve algunos instantes, y me lisonjeo que el enemigo va a encontrar su sepulcro si me ataca antes de disponerme yo a batirlo. Más de 2.000 hombres bastante bien armados y municionados la guarnecen, y de ellos el cuerpo reunido actualmente es de 1.500". Sus propias futuras operaciones lígalas Mariño a las del Libertador en Guayana y a las de Páez en Apure, atribuyendo a ambos número exagerado de soldados. "El conjunto de estas fuerzas —dice— que existen físicamente nos dan la mayor ventaja poseyendo los llanos desde Barinas a Maturín y las costas de Cariaco a Güiria. Nuestros recursos para proveernos de elementos son escasos, pero ellos nos han dado hasta ahora para sostener la guerra, y las medidas por mejorarlos nos producirán los que necesitemos en lo adelante, con poca carga sobre la deuda nacional".

Los colores de este cuadro de la situación de los patriotas, exagerados acaso voluntariamente, lo son tanto más si se los compara con los que Mariño emplea para pintar la situación de los realistas. De creerle, el ejército de Morillo está ya "pulverizado", destruído por los combates y la deserción. Las guarniciones de Caracas, Maracay, La Guaira, Puerto Cabello, Valencia, Cumaná, constantes cada una de pocos centenares de hombres, constituyen las solas tropas que quedan al enemigo. El núcleo realista más numeroso es el de Guayana, y no pasa de 1.300 soldados de infantería y caballería. En la provincia de Barcelona hay escasamente 1.000 hombres. Por otra parte, Mariño debe comprobar la inferioridad en que se halla la marina republicana. Sin ello —dice— Cumaná estaría en poder de los patriotas y Barcelona no se habría perdido.

Tal es, según el general, el verdadero estado de las cosas para fines del mes de abril. En resumen, y como elemento muy importante para apreciar su actitud y conducta en los sucesos que se aproximan, reténgase la siguiente comprobación, que deja trasparentar no poca dosis de orgullo: "Los boletines y partes publicados del ejército de mi mando se han guiado siempre por la verdad, y, de consiguiente,

no sé cuáles son los anacronismos que se observen. Hasta ahora no he sufrido (ni) un ligero revés en el tercer período de la República, y creeré muy bien que algunos desgraciados sucesos en los de otros generales habrán sido encubiertos, pero no mentidos".

Muchas son las dificultades con que tropieza la organización del nuevo ejército, a la cual se dedica Mariño en persona con la ayuda de Urdaneta y de Sucre, mayor general. Como de costumbre, no dejan algunos historiadores de atribuir a este último todo el mérito de dicha obra. No vemos, por otra parte, cómo haya podido entonces la "disidencia" de Mariño "impedir la formación de un verdadero ejército", pues, en primer lugar, no existía aún tal disidencia, y, en segundo, el general sí formó otro ejército, a pesar de haberle abandonado sus principales tenientes.

Cuando en los primeros días de mayo partió Mariño de Cumanacoa para Cariaco, agravóse el estado de anarquía que caracterizó aquel año y se cometieron actos que tocaban el límite de la rebelión abierta. Hemos visto que la disciplina no fué nunca ejemplar en los campamentos patriotas y que los jefes debieron más de una vez contemporizar con los excesos y susceptibilidades de subalternos heroicos, pero nada conformes con las normas y ordenanzas del oficio militar. Mariño se mostró, en general, tolerante, fuese por necesidad o por política, fuese debido a su natural generoso. El terrible escarmiento que hizo en 1814 con los desertores de Valencia y algún otro ejemplo de severidad inevitable, fueron excepcionales, si hemos de juzgar por los cargos de lenidad que ahora vemos le hace Sucre. El famoso cuerpo llamado *Guardia de Honor,* objeto de los mimos del general en jefe, había llegado a un grado de desarreglo que exasperaba a Sucre, cuyo espíritu recto y austero no admitía relajamientos. El tono de su nota de 10 de mayo a Mariño, es acerbo y un si es no es irrespetuoso. ¿De qué se trataba? El general Urdaneta, jefe interino de las tropas, ordenó que cien hombres de la *Guardia* practicasen un reconocimiento hacia la plaza de Cumaná, en cuya guarnición se notaban ciertos movimientos sospechosos. Negóse a obedecer el teniente coronel Bernet, comandante del batallón *Cazadores* y accidental de la división, y nada valieron para reducirle las reflexiones

ni las amenazas de Urdaneta y de Sucre. A punto estuvieron las tropas de venir a las manos, unas por, otras contra Bernet, y al fin hubo de permitirse que el rebelde oficial se marchase a Cariaco con su batallón. Todo ello dejaba mal parada la autoridad de Urdaneta y de su jefe de estado mayor, y de allí que ambos escribiesen a Mariño en términos tan escuetos. Porque también Urdaneta escribió, como veremos. "Manifestar a Vuestra Excelencia —dice el indignado Sucre— los acontecimientos de este día, sería un detalle largo y vergonzoso para Vuestra Excelencia, no sólo por haber ocurrido en el ejército de su mando, sino también por la particularidad de ser en su *Guardia de Honor,* que tanto nos molesta y en quien Vuestra Excelencia ha tenido una confianza burlada constantemente". Y el mayor general levanta una bandera y terrible requisitoria contra la *Guardia,* denuncia sus desórdenes y atropellos de todo género, la acusa de provocar con ello la enemiga de la población y echa sobre sus espaldas la responsabilidad de lo que pueda suceder. Aquellos soldados, sus jefes sobre todo, son el "deshonor de Vuestra Excelencia y el descrédito de nuestras armas"; son "asesinos y ladrones", y "no hay crímenes y excesos que no hayan cometido". La *Guardia* "ha hecho más enemigos de nuestro sistema que lo que ella importa por su valor, no acreditado aún". Y la causa de todo —dícelo claramente Sucre— es la tolerancia de Mariño, quien "ha colmado de beneficios una porción de aventureros errantes y, colocándolos en su guardia, los elevaba a los primeros empleos". Mariño no los castigó cuando en Güiria atentaron contra su propia persona, antes bien se recompensó al autor del motín "con dos grados en el ejército". Todo ello, bien se ve, es grave en la boca de Sucre, e indica de manera precisa el bajo grado de moralidad de las tropas republicanas en aquella época. No inferior, por lo demás, al de las realistas, especialmente de las formadas por soldados venezolanos como los que seguían a jefes de la naturaleza de Morales o Calzada. "La *Guardia* —continúa diciendo Sucre— no ha conocido jamás subordinación; no habiéndosele aplicado ningún castigo, se ha conducido siempre por el desorden, el robo y el pillaje". Y el mayor general concluye con una amonestación solemne: "Excelentísimo Señor: si este último suceso, que es el más

escandaloso, no se castiga ejemplarmente, se multiplicará cada día, y yo mismo, que he conocido siempre la subordinación, no aseguraré conservarla; antes, corrompido también, atentaré contra Vuestra Excelencia, otros contra mí, y de escollo en escollo llegaremos a precipitarnos en la anarquía. Vuestra Excelencia será el responsable de todo, porque de Vuestra Excelencia penden las medidas que han de adoptarse. El sistema militar no deja duda: sus leyes enseñan cuáles sean las que deban ponerse ahora en ejecución". Es decir, que Sucre pide se fusile a Bernet y a sus cómplices. Lo mismo da a entender Urdaneta, quien estima "indispensable el más ejemplar castigo por el honor del ejército y por el mío". Urdaneta no ha querido apelar a las armas para hacerse obedecer, y sin su paciencia "Bernet y su miserable batallón habría sido destruído". Pero espera que Mariño castigue a aquel sedicioso criminal. "Me avergüenzo —concluye— al relacionar tales crímenes sin haberle bajado la cabeza a su autor; pero Vuestra Excelencia tenga la bondad de persuadirse de que sólo la expuesta consideración me ha contenido".

No sabemos qué castigo impusiera Mariño a Bernet, si alguno le impuso. Pero, en todo caso, no le fusiló, y por aquel suceso quedaron muy ulcerados Urdaneta y Sucre, quienes vieron burlada su autoridad y dedujeron, sin duda, que nada tenían que hacer en un ejército donde dominaban elementos como Bernet. Cuando se plantee para aquéllos la cuestión de dar o no apoyo a Mariño y al "Congreso" de Cariaco, no hay duda de que el grave incidente relatado ejercerá influencia decisiva en el ánimo de ambos oficiales.

El nombre de Guardia de Honor fué luego aplicado al cuerpo que, a proposición de Anzoátegui, formó el Libertador en julio de 1818 y que adquirió tanta celebridad: la Guardia.

XIII

EL CONGRESO SUPREMO DE LA REPÚBLICA QUEDA INSTALADO

En Cariaco habíanse reunido, al amparo de las tropas de Mariño, algunos de los próceres civiles penosamente escapados a las terribles peripecias de la guerra. En ellos halló favorable acogida la idea de Madariaga, quien de Margarita, y luego que el general le hubo escrito que no podían verse en la isla, pasó con Brión a Tierra Firme. En todos aquellos hombres, patriotas ardientes y muy republicanos y demócratas, el propósito de restaurar las instituciones de 1811 no podía dejar de corresponder a sus propias convicciones. Además, creían en la sinceridad de las declaraciones del Libertador, y como, por otra parte, la constitución de un gobierno parecía ser condición del reconocimiento de la Independencia por Inglaterra y de la inmediata ayuda de ésta, ninguno puso en duda que Bolívar no aprobase una iniciativa de este género. Que aquello fuese o no oportuno, realizable y duradero, no es la única cuestión que deba examinarse. La acción de Cariaco ha sido considerada, ya como simple tentativa de un caudillo siempre descontento y rebelde, ya como episodio burlesco, obra de cuatro ideólogos empujados a la aventura por un cura sin seso. Es tiempo de abandonar esos criterios y de formarse otro más conforme a los hechos históricamente establecidos y a las condiciones del medio y del momento, cuando hombres y cosas estaban muy lejos de revestir el carácter y cualidad que vinieron a darles

hechos posteriores y a veces sólo una crítica que se nos presenta como irrefutable. Más que la controversia, servirá al lector para sus reflexiones la narración desnuda de los hechos. No dejará aquél de notar, sin embargo, que si cuanto se hizo e intentó en Cariaco, acaso muy racional y lógico, no lo fué precisamente contra Bolívar, sí resultó a espaldas de éste y sin que se le consultase sobre la oportunidad del paso ni sobre la forma que convenía dar al gobierno. Por ello, dícese, los próceres obraron al menos con ligereza, y de allí su fracaso. Pero esta ligereza bien se verá no fué solamente de Mariño, sino también de todos aquellos hombres, "brillante grupo de patricios", según dice el doctor Botero Saldarriaga, que siempre habían dado prueba de madurez de espíritu. Así, la responsabilidad del hecho histórico y de carácter bastante distinto del que arbitrariamente se le atribuye, está compartida, y puede decirse que los "civiles" tuvieron en ella tanta parte como el jefe militar que les convocó a deliberación. Responsabilidad decimos, y no culpabilidad. Urbaneja, Mayz, los Alcalá, Martínez Alemán, Marcano, Vallenilla, Bezares, García Cádiz, el neo-granadino Zea, el chileno Madariaga, el almirante Brión, todos pertenecían a la vieja guardia republicana: ¿es acaso creíble que tales hombres trataran de efectuar un simple pronunciamiento militar con el fin de derribar a Bolívar y poner en su lugar a otro general, o llevados de no sabemos qué insana ambición y espíritu de revuelta? Y a Mariño, ¿por qué creerle en esta ocasión nada más que torpe sed de mando? ¿Cuál mando? ¿No tenía ya el de su ejército, y esto no sólo por los eminentes esfuerzos y servicios que de él habían hecho el personaje más importante de Oriente, sino también por delegación expresa del propio Libertador?

Ignoramos cuanto sucedió en aquella semana de mayo después que, de Cumanacoa, el general Mariño respondió a la carta del canónigo, y cuándo y por qué uno y otro resolvieron ir a Cariaco y tentar su empresa. Sea lo que fuere, para el 8 del mes pudo ya estallar la bomba tan rápidamente preparada. En su nota de 20 de noviembre siguiente a López Méndez dirá el Libertador: "En estas circunstancias llegó a Margarita el Canónigo de Chile anunciando con énfasis un encargo del gobierno inglés para que tratase conmigo de organizar

VALDES

POR MONTOYA

Palacio Federal Caracas.

un gobierno en el concepto de que verificándolo sería reconocida nuestra independencia. Este aliciente en medio de tantos sobresaltos y de la incertidumbre de mi paradero, decidió a mis mejores amigos a unir sus votos a los del canónigo, y dirigiéndose al general Mariño como segundo jefe de la República, restablecieron bajo sus auspicios el antiguo gobierno federal". Tales frases corresponden a la realidad. Pero es pertinente adelantar, para explicárselas con exactitud, que para la época en que fueron escritas ya los "mejores amigos" de Bolívar, es decir, los coautores con Mariño y Madariaga de los actos de Cariaco, habían repudiado éstos y entrado en el otro gobierno instituído en Angostura. Guárdase, pues, el Libertador de censurarlos, limitándose a comprobar hechos.

Hemos hallado en el *Public Record Office* la copia de las dos actas del "Congreso" y de otros papeles emanados del gobierno entonces formado. Se trata, sin duda, del texto exacto de documentos de primera importancia para la historia venezolana, y lo damos aquí, habiéndolo a nuestra vez hecho copiar con escrupuloso cuidado por persona competente, quien, aunque de habla inglesa, puede garantizar la absoluta fidelidad de su compulsa, en la cual ha conservado la ortografía y la puntuación del copista venezolano. Estas piezas fueron enviadas directamente al gobierno británico, en las circunstancias que más adelante expondremos. Una versión inglesa de las dos actas, comunicada por el gobierno de los Estados Unidos de América al de Gran Bretaña, fué luego publicada por el *Foreign Office* en su colección de papeles de Estado. Yanes inserta en su *Historia de Cumaná* un texto de dichas actas que ofrece bastantes diferencias con el que hoy presentamos; y, naturalmente, damos al nuestro la preferencia, porque es indudable que fué copia directa del primitivo. Con mayor razón aún, preferimos éste a los que aparecen en el tomo V de los *Documentos* de Blanco y Azpúrua y en el XV de la compilación de O'Leary, que son retraducciones del inglés hechas hacia el año de 1876.

Sigamos, pues, las actas, limitando nuestros comentarios personales a los necesarios para el cabal entendimiento de ellas:

"En la ciudad de San Felipe de Cariaco á ocho del mes de mayo de mil ochocientos dies y siete Septimo.

"El Exmo S.r Grâl Santiago Mariño Segundo Gefe de la Republica, haviendo combocado por esquelas à S. E. el S.r Almirante Luis Brion Gefe de las Fuerzas Navales, al S.r Yntendente Grâl Fran.co Ant.o Zea, al S.r Canonigo de la Sta Yglesia de Caracas José Cortes Madariaga y a los Senores Fran.co Xavier Mais q.e era Presid.e del Departamento Executivo al tiempo del reseso del Congreso Venezolano, Fran.co Xavier de Alcala, Diego Ballenilla, Diego Ant.o Alcala, Manuel Isava, Fran,co de Paula Navas, Diego Baut.a Urbaneja y Manuel Maneyro, dijo

"Ciudadanos. Jamas he esperimentado mayor satisfac.n q.e la q.e desfruto al beros reunidos para deliverar lo q.e mejor convenga a la salud de la Patria enlas grandes y extraordinarias circustancias Politicas q.e han movido á nuestro ilustre compatriota Jose Cortes Madariaga a benir en solicitud del Gefe Supremo, en cuyo nombre y representacion, tengo por su ausencia el honor de hablaros como Segundo Gefe del Estado.

"El mismo honorable C. José Cortes Madariaga aquí presente os espondrá como se lo ruego las razones indicadas. Vosotros jusgareis si son de tanto peso, q.e obliguen à instalar immediatamente un Govierno provisorio, sin aguardar la reunion de Diputados, cuya eleccion no puede verificarse tan pronto por el estado de agitacion y de Guerra en q.e se halla nuestro Pais.

"Nadie ignora q.e en todos sus reveses no hatenido la Republica mas firme apollo ni mejor amigo q.e el incomparable patriota Ciudadano Grâl Simon Bolivar, y q.e todos sus decignios ban dirigidos al restablecimiento del Govierno representativo q.e se dieron los Pueblos por su Constitución fundamental, pero con mas energia fuerza, y unidad. Este ha sido su mas ardiente anhelo y el obgeto con q.e por dos veces ha convocado el Congreso, cuya reunion, como ya he dicho, han retardado las agitacion. politicas y los movimientos militares. Pero ocurriendo las circunstancias extraordinarias de q.e se os bá á informar, hé creido combeniente hacer en nombre y representacion del Gefe Supremo, lo q.e haria el mismo si estubiese presente, q.e es

instalar un Govierno provisorio, conforme a la Constitucion decretada por el Congreso venezolano, mientras reunidos los Diputados para un nuevo Congreso se procede alas reformas y modificaciones q.e se crean necesarias en nuestras instituciones politicas. Este es el asunto, sobre q.e os ruego me comuniqueis vuestras luces, y dictamen, después de oir la expocicion del C. Cortes."

Discurso hábil y en principio inatacable éste por el cual Mariño pide la restauración del poder civil con la República federal, elogia a Bolívar e invoca sus palabras y promesas y delimita las funciones que podría atribuirse aquella junta de patricios, semejante a tantas otras reunidas antes y después y a la cual se dió inexactamente el carácter de congreso y, más tarde, por irrisión, el calificativo de "congresillo". Habla el general como "Segundo Jefe del Estado", cargo que tiene de la Asamblea de la Villa del Norte y del cual no se cree despojado por la omisión que de su nombre se hiciera luego en Carúpano. Pero nótese que en toda aquella circunstancia no dejará de recordar, con insistencia, su título y cargo de "Jefe de la Fuerza Armada", que, como debe recordarse, le había dado el propio Libertador en Barcelona y con cuyo carácter espera poder proseguir la guerra.

Al referirse a la reunión, Larrazábal escribe, inesperadamente, por decir lo menos: "Se presentó nuestro Mariño vestido de uniforme". Vale la pena preguntar: ¿y de qué otra manera iba vestido el general Mariño durante sus diez años de batallas por la patria de Larrazábal y de otros literatos, batallas que de manera tan decisiva contribuyeron a permitir que éstos pudieran escribir sus historias con el cuello envuelto en el corbatín romántico?

En realidad, Mariño, en quien sus adversarios y enemigos verán encarnado veinte años más tarde el militarismo retrógrado y caudillesco y la reacción contra las instituciones civiles, aparece en Cariaco sirviendo una causa civil por excelencia. Causa puramente ideal en aquellos momentos, puede alegarse, pero no menos liberal, como lo eran sus sentimientos y convicciones. Porque Mariño fué siempre liberal y, además, federalista, y no es lo menos paradójico en la historia de aquel personaje, sobre el cual llueven acusaciones de versa-

tilidad, comprobar cómo persiste en determinadas ideas y vuelve siempre sobre ellas, en ocasiones tan diversas y en el curso de cuarenta años de vida pública. El tantas veces llamado general ambicioso, sediento de mando, nada solicitó de "su congreso", no pidió a éste que le nombrara presidente ni miembro del gobierno, y sólo recibió de la nueva autoridad, por él creada voluntariamente, el reconocimiento de la posición de hecho que ocupaba al frente de las tropas. El general apenas buscó que se le dejase el mando del ejército, de "su" ejército; que se le autorizase legalmente, por decirlo así, a continuar sirviendo en calidad de jefe militar. La historia, o que se pretende tal, ha olvidado notar en su favor esta circunstancia, que nosotros llamaremos, más que atenuante, de completo descargo. Y ya se verá cómo, en 1819, también dejó Mariño el gobierno en manos de Arismendi y, con el cargo de general en jefe, se marchó a Maturín a levantar tropas, tarea ésta en la cual nadie en Oriente y solamente Páez en Occidente podía rivalizar con él.

Nunca trató Mariño de defender o justificar su actitud en Cariaco, pareciendo dejar a la historia ese cuidado. Del examen imparcial del expediente resulta que aquella actitud fué mucho más honrada y patriótica, menos hija de torpes ambiciones que lo que hasta ahora se ha escrito. Guardaba gran veneración por la memoria de la Primera República, cuya constitución correspondía perfectamente a sus ideas personales, y no hay razón para dudar de su sincero deseo de verla restaurada. Por otra parte, es evidente que deseó obtener, o readquirir. la libre y completa disposición del ejército, por lo menos en Oriente, para dirigir las campañas futuras como él lo entendía, puesto que la jefatura omnímoda del Libertador no había dado los frutos esperados, ni los planes estratégicos de éste encontrado siempre su anuencia Que los civiles administren y los militares hagan la guerra: tal creemos haya sido el deseo real del héroe. Así nos atrevemos a comprobarlo, sin ir hasta darle toda razón en cuanto a la oportunidad de su intento, y menos aún a la posibilidad de separar entonces de manera tan absoluta entre sí los poderes de un Estado que no existía sino en los campamentos. Formar un gobierno era ya indispensable, y el Libertador deberá hacerlo no muy tarde. Pero las condiciones

eran distintas, y la manera como éste procedió correspondía, ciertamente, mejor a la realidad y a las necesidades que el ingenuo programa de Cariaco; y fué por ello que pudo verse en Angostura el verdadero renacimiento de la República, o más bien la creación de una nueva República.

Después del general, habló el canónigo para indicar, sobre todo, los motivos de índole internacional que, a su parecer, imponían la restauración del gobierno civil. En lenguaje un tanto enrevesado, según su costumbre, Madariaga alude a sus conversaciones con las autoridades inglesas de las Antillas, y asegura que es necesario aquel restablecimiento para inspirar confianza al extranjero. No repite, pues, a la letra lo que se presume le dijeron aquellas autoridades; mas, en cuanto a razones, afirma que ha comunicado las delicadas a Bolívar, a Mariño y a Brión, es decir, a los tres personajes más importantes de la Revolución en aquel momento. Imprégnanse sus palabras de melancolía cuando evoca la memoria de los próceres muertos y que eran gloria de la República:

"En seguida el Ciudadano Cortes dijo, q.^{e} animado delos sentimientos de amor y compacion con que siempre ha visto al suelo venezolano y a sus nobles compatriotas, particularmente desde el año de doce para adelante en q.^{e} las desgracias casi no interrumpidas del Pais han hecho desaparecer del quadro de nuestra República una multitud de personas de todas edades, sexos y profeciones, q.^{e} engrandesian con su numero virtudes, valor y luces los Estados de la confederación con el azote de la guerra exterminadora q.^{e} nos declaro y sostiene la ferocidad de nuestros enemigos, y haviendo llegado a entender por conductos respetables de la mayor exepcion aproximarse ya el termino de q.^{e} la America del Sur aparesca con toda la dignidad q.^{e} le corresponde a la faz del mundo culto; se resolvio à emprender el penoso viage q.^{e} ha trahido à este Continente desde las Yslas de Barlovento con el fin de indicar a sus conciudadanos las especies noticias y favorables antecedentes q.^{e} le hacen esperar sera Venezuela incluida en la comun prosperidad del sur de America dentro del año corriente, y por medio de sus relaciones, exteriores una ves q.^{e} se constituya del modo q.^{e} se exige para recobrar el rango primero desu

emancipacion, restableciendo su Govierno, y con el orden domestico q.e alege la anarquia, pueda inspirar confianza alas Naciones Magnanimas y filantropicas interesadas en el bien general solido y estable de esta preciosa parte del Glovo: protestando ademas q.e se abstenia por delicadesa de reproducir en el acto otra refleccion de suma gravedad q.e ha transmitido en su correspondencia oficial al Gefe supremo de la Republica, al Grâl Mariño su Segundo, y al Almirante dela Esquadra: y que convencidos desu peso actualmente los dos ultimos estan dando pruevas del aprecio con q.e han recivido las comunicacioñ. del expresado ciudadano Cortes; Por lo qual, y refiriendose al discurso del S.r presidente a q.e suscribe, concluyo recomendando de nuevo la imperiosa necesidad q.e demanda la pronta reinstalacion del Govierno."

Tocó luego la palabra al almirante, quien dijo que a partir de aquel día el nombre de Mariño sería inmortal porque, al convocar la asamblea, correspondía al anhelo del pueblo y llenaba los deseos del Libertador. Así, también era Brión de quienes creían que la restauración del gobierno no podía menos de ser agradable a Bolívar y "animaría" a los extranjeros a reconocer a los patriotas su beligerancia y a prestarles ayuda. De las palabras del almirante puede deducirse la importancia que se daba a sí mismo y a su escuadra:

"A continuacion tomo la Palabra el S.r Almirante y dijo: Conciudadanos y hermanos: nada complace mas aun hijo adoptivo de Venezuela como yo q.e al presenciar, q.e el Gefe Segundo revestido de los poderes del primero, haya convocado esta respetable Asamblea tan urgente a la Salvacion de nuestra Patria: su nombre en este dia queda immortalizado, haviendo cumplido con los deseos del Soverano Pueblo de Venezuela, y llenado los de nuestro Gefe primero. Yo me congratulo hermanos, con vosotros y os felicito por un paso tan acertado, y tengo la satisfaccion de anunciaros para la vuestra q.e los sacrificios q.e he dedicado hasta este dia al servicio de la Patria son nada respecto a los q.e me comprometo consagrarle para adelante persuadido deque un Govierno estable y energico, apoyando mis esfuerzos anunciara también á mis amigos forasteros para q.e nos abran su mano venefactora y concurran al sostenimiento de nuestra

Livertad e Yndependencia. Ellos estan dispuestos: conocen bien la honrrades de mis sentimientos: saben q.e no me dispenso de ninguna fatiga en favor de la Causa Venezolana, y solo aguardan de vuestra parte q.e coopereis con vuestra virtud union y sagacidad ala perfeccion de la Republica, y de mis conatos p.a hacerla mas respetable al abrigo de la Esquadra de mi mando."

Uno a uno fueron hablando los vocales de la junta y por unanimidad elogiaron la patriótica determinación de Mariño. Juzgaron todos prudente y urgente la medida proyectada, tan de acuerdo con las declaraciones de Bolívar, de reanudar el hilo legítimo y legal, creado por el Congreso constituyente que fundó la República y roto por la reconquista de Monteverde. Los hechos posteriores a la caída de aquella Constitución federal y democrática, preparada justamente contra la tiranía, el poder personal y la centralización administrativa, sólo parecen servir para convencer a los flamantes restauradores de Cariaco de la necesidad de precaverse contra tales peligros. Con las instituciones conformes al ideal civil de la Revolución, vuelven los ilustres patriotas a la república de ángeles de que hablara el Libertador; pero, por esa misma razón, nada debe verse en la tentativa que no se compadezca con la sinceridad y la buena fe.

"Todos los señores vocales discurrieron unanimente, sobre el assumpto propuesto manifestando del modo mas energico la necesidad de establecer inmediatamente el Govierno Provisorio q.e proponia S.E. aplaudiendo por aclamacion su patriotica determinacion y espresando q.e haria un servicio immortal a la Republica, si desde luego procediese ainstalarlo, restableciendo del modo qe. permitiesen las circunstancias el imperio dela Constitucion. Apollaron con varias reflecciones importantes las Consideraciones politicas q.e hacian indispensable y urgente esta dispocicion y manifestaron con solidas razones y conlas pruevas mas concluyentes q.e era conforme al voto unanime de los Pueblos, alas rectas y bien conocidas intenciones del Gefe Supremo, y alos intereces del genero humano."

Oído que hubo el general Mariño el parecer de aquellos señores, ¡y qué señores!, dió el paso decisivo:

"El Sôr Presidente tomando otravez la palabra dijo: aprovando altamente vuestra resolucion y creyendola conforme a las miras patrioticas del Gefe Supremo y alos votos que tan solemnem.te ha expresado en todas sus proclamas, declaro en presencia del Ser Supremo y del Pueblo de Venezuela a quien representais, q.e el Congreso Supremo dela Republica queda instalado desde este momento, y en concecuencia resigno en vuestras manos la autoridad suprema q.e por la acta de Margarita se havia conferido en primer lugar al Grâl Simon Bolívar y en su defecto a mi, obrando en su nombre y en el mio, en virtud de los principios Republicanos de q.e ambos hacemos profecion, y que animan ygualmente à todos nuestros amigos y compañeros de armas q.e con tanto valor y tanta gloria sostienen la santa Causa de la Yndp.a y de la Livertad. Me retiro para q.e delivereis libremente lo q.e mejor convenga a la salud del Estado, suplicandoos unicamente tengais presente q.e yo sifro toda mi ambicion en pelear por la Yndependencia de mi Patria, y q.e no pretendo ni quiero otro honor enla Republica q.e el de conducir mis conciudadanos y amigos al triunfo de su livertad."

¿Por qué el general Mariño, al deponer su autoridad en manos de la junta, depone también la que tiene Bolívar? Porque, a sus ojos, los poderes que ambos recibieron en la Villa del Norte son indivisibles y unos mismos. Y porque asimismo recuerda, sin duda, que en el proyecto de estatuto constitucional que, dos años antes, creaba el gobierno dual se preveía que, si las circunstancias "lo exigían", el senado convocaría a los pueblos "por las reglas que juzgare oportunas" para que formasen un gobierno y ante la asamblea depondrían "su autoridad los Dictadores". Mariño creía haber base de hecho, y en cierto modo de derecho, aunque precario, para tenerse como jefe supremo y dictador en su territorio de Oriente, tanto más cuanto que Bolívar estaba ausente. Esta consideración explica bastante su conducta y nos lleva a juzgar como impropio el decir que él y los demás próceres "sus cómplices" obraron a tontas y a locas. Cuán bella ocasión han perdido los oradores de festividades patrióticas, de exaltar el rasgo de ese militar que por su cuenta y riesgo, sin que nadie hubiese capaz de imponérselo, convoca algunos inermes "civi-

les", baja ante ellos el sable glorioso y, con un discurso, resucita las "instituciones". Y cómo zumbaría en los oídos de la paciente posteridad el consabido canto apologético, si en vez de Mariño el hombre de Cariaco hubiera sido alguno de los tres o cuatro generales a quienes se acostumbra proclamar, las más de las veces con abuso y aun falsificación de la historia, modelos de civismo y de personal desinterés.

Salió nuestro general de la sala, y ocupó la presidencia de la asamblea el decano Mayz. El doctor Urbaneja, secretario, a quien asistía Casiano Bezares, tomó en seguida juramento a los asistentes y luego pasóse a discutir el orden del día:

"En el mismo acto y al separarse S.E. dela sala de Asamblea acompañado delos Señores Almirante Yntendente y Canonigo Cortes, llamó al ofic.[1] dela Guardia y ordeno quedase a disposicion del Congreso cuyo decano procedio a ocupar la silla de Presidente, y puestos de pie todos los vocales prestaron el juramento prescripto por la Constitucion federal bajo la formula designada en la misma ante el Secretario C^no^ Diego Baut.^a^ Urbaneja havilitado al efecto. Discutieronse luego diversos Puntos relativos al obgeto actual de la Asamblea, y despues de haver deliverado y convenido unanimen^te^. sobre todos ellos, dicto el C.^no^ Presidente la acta siguiente."

Fué entonces cuando el llamado Congreso asumiendo la representación de los "Estados Unidos de Venezuela", en forma análoga —repitámoslo— a la empleada siempre por los patriotas y algunas veces por los realistas desde el comienzo de la Revolución, restauró el gobierno federal y nombró el triunvirato ejecutivo y los funcionarios del poder judicial. Ordenóse al propio tiempo que los empleados civiles y militares y las tropas prestasen nuevo juramento; y se designó a La Asunción, en Margarita, como capital provisional de la República. Todo aquello sería comunicado al Libertador, a quien se invitaría para ir a ejercer su nuevo cargo. Tales fueron las disposiciones que los hombres de Cariaco prometieron cumplir y defender a costa de su sangre: actitud romana que ninguno de ellos sostuvo, excepto Madariaga, a quien veremos poco después y para siempre fugitivo y en desgracia.

Repetimos que puede verse como seguro que ninguno de aquellos hombres tuvo la intención de reemplazar por el de Mariño el poder de Bolívar, por lo demás muy flaco todavía. No trataron los próceres de excluir al segundo del gobierno; pero como su plan fué de restaurar la Constitución de 1811, hubieron forzosamente de volver al triunvirato y con él a dos de los hombres que lo ejercían en el momento de la caída de la Primera República, y les asociaron al Libertador. ¿No había dicho éste, en su alocución de 25 de diciembre precedente, que los antiguos funcionarios reocuparían "las dignidades que les fueron conferidas"? Mayz y Fernando Toro eran de esos funcionarios, y los más altos que existieran. Ni siquiera habló el "Congreso" de que el Libertador dejara el mando supremo del ejército y, como se verá, subordinó su ida a tomar posesión del gobierno al cumplimiento de "sus atenciones militares". No hemos podido comprobar en documento alguno la siguiente afirmación del doctor Lecuna: "Pero lo más raro del caso fué que Mariño en su discurso declaró a Madariaga investido de las funciones de Jefe Supremo".

Entre los puntos de mayor interés que presenta el acta a nuestra consideración está, sin duda, la pena prevista para los antiguos funcionarios y diputados que no obedeciesen la orden de regresar al país a prestar juramento y a reasumir sus cargos. Esta amenaza de privación de nacionalidad, de que el "Congreso" da el primer ejemplo entre nosotros, iba dirigida sobre todo, en nuestro sentir, al nombrado Fernando Toro y al marqués, quienes moraban en Trinidad en la actitud de que hablaremos de nuevo, y al grupo de los refugiados en San Tomas, algunos de los cuales permanecían en prudente espectativa desde 1814.

La última frase de dicha acta es de capital importancia, porque indica que los restauradores de la Constitución no juzgaban que ésta fuese intangible, y ello basta para atenuar en gran parte el reproche de ideólogos que pudiere hacérseles. Por las palabras anteriores y posteriores de Mariño se ve claramente que éste, de su parte, no pretendía en modo alguno que las instituciones de 1811 no admitiesen alteración. El general sabe que Bolívar, como lo dijo en el manifiesto de Cartagena y lo confirmó luego en varias ocasiones, entiende dar

más fuerza al poder ejecutivo y corregir las debilidades anejas al sistema federal en tiempo de guerra. Esta idea de reformas, que, por lo demás, había sido compartida o insinuada en su tiempo por Miranda, viene ahora a ser acogida por todos los próceres de Cariaco. La Constitución, dicen, será enmendada, y ¿qué más puede pedirse, en aquel momento, a quienes sólo tratan de reanudar la vida política del país, valiéndose del aparato jurídico y civil nacido con la República y que nadie, como no sean las armas del realista, ha abolido? Dice el acta dictada por Mayz:

"En la Ciudad de San Felipe de Cariaco à ocho días del mes de Mayo de ochocientos dies y siete Septimo: nosotros los representantes de los Estados Unidos de Venezuela Fran.co Xavier Mais Diputado ordinario del Congreso federal por el Estado de Cumana, Miembro del Departamento Executivo y su Presidente en turno al tiempo del reseso de Valencia ocurrido en nueve de Mayo de mil ochocientos doce Fran.co Xavier de Alcala, Manuel Ysaba, Diego Ballenilla, Fran.co de Paula Navas, Diego Antonio Alcala, Diego Baut.a Urbaneja, y Manuel Maneyro: declaramos formalmente con detenida, libre y espontanea refleccion q.e reasumimos desde luego el caracter y representacion constitucional en cuya absoluta y entera pocesion nos ha restablecido el muy distinguido Gral Santiago Mariño a nombre del Gefe Supremo de la Republica el venemerito Ciud.o Simon Bolivar, y en el suyo propio como segundo Gefe del Estado, y tomando en consecuencia desde este momento las riendas del Govierno, hacemos saver a todos los Pueblos de la Confederacion, poniendo por testigos al Ser Supremo dela pureza de nuestras intencioñ, q.e desde hoy dia de lafha queda reinstalado el Govierno federativo de la Republica en sus tres Departam.tos Legislativo, Executivo y Judicial, y abierto, y expedito el despacho de los dos ultimos Poderes para el curso de los negocios interiores y exteriores: q.e en consecuencia nombramos para la administracion del Govierno executivo al C. Grâl Fernando del Toro y al C.no coron.l Fran.co Xavier Mais, miembros q.e eran del dicho Departam.to, y alos ciudadanos Grâl Simon Bolivar, Fran,co Zea, Jose Cortes Madariaga y Diego Ballenilla; entendiendose q.e los tres ultimos entraran solo a regentar el referido Poder en calidad de interinos,

mientras que los honorables ciud.nos Toro y Bolivar aucentes se trasladan ala ciudad q.e ba á designarse para la residencia del Govierno: y para el Departamento Judicial a los ciud.ncs Juan Martines, Jose España, Gaspar Marcano y Ramon Cadiz encargado el ultimo del ministerio fiscal: y q.e en atención alas concideraciones poderosas y dela mas alta importancia politica q.e han movido a nuestros generosos compatriotas y Gefes anteriores de la Republica Bolivar y Mariño à desprenderse de las atribuciones desu administracion y restablecerlos en esta por medio del Govierno reinstalado à impulsos del celo infatigable de uno y otro por la salvacion del Pais y recobro a su rango Politico; se resiva nuevo juramento de los funcionarios y autoridades civiles y militares delos Departamentos q.e han recobrado su Livertad y subsesivamente delos q.e lafueren recobrando y comensando desde luego por los deesta ciudad, siteseles y emplaceceles para mañana alas nueve del dia afin de q.e le presten en nuestras manos. Quese circulen las ordenes correspondientes alos funcionarios aucentes en Pais estrang,o para q.e en el termino perentorio de treinta dias se presenten en la ciudad de la Asumpcion capital del Estado de Margarita que como mas proporcionada en las actuales circunstancias y demas facil y libre comunicacion, elegimos por ahora para recidencia del Gov.no Federal, areserva de mudarlo à qualquiera Capital delas del Continente en su oportunidad: y q.e se aperciva alos enunciados funcionarios q.e sin legitima y justificada escusa desobedecieren esta convocatoria, q.e por el mismo hecho se entendera q.e han renunciado delos drôs de ciudadanos y por consiguiente de todo empleo civil y milit.r enla Republica. Ynvocamos por ultimo las misericordias del Altisimo, esperando q.e protegera nuestros votos; y declaramos solemnemente a presencia del Cielo y de todos los Pueblos de la tierra q.e no llevan otro obgeto nuestros constantes esfuerzos, q.e el de concervar en paz y livertad los honrrados y virtuosos restos de la gran familia venezolana, salvada por un rasgo de su bondad del furor y devastacion del Despotismo; protestando primero sepultarnos bajo las ruinas de la Republica, q.e retrogradar a la servidumbre y alas cadenas de tres siglos, q.e por uniforme voto de los hijos de Colombia nuestros hermanos hemos roto para siempre: Y sea notorio a todos q.e los represen-

tantes q.e abajo firmamos estamos resueltos y nos comprometemos por quanto hay de mas Sagrado para el hombre moral y politico, a sellar con nuestra sangre nuestra Patriotica determinacion.

"Comuniquese esta acta con la expocicion correspondiente delas causas q.e la han motivado al ciud.no Grâl Simon Bolivar invitandole a benir quanto antes lo permitan sus atenciones militares, atomar pocecion de un destino, en q.e seguramente hará ala Republica Servicios immortales y dignos desu nombre. Saquense testimonios de la misma acta y comuniquense atodos los Gefes Departamentales civiles y militares, y sitese al Grâl en Gefe del Exto y al Almirante para q.e enterados del acuerdo dela Asamblea federativa, concurran conlos funcionarios del Poder Executivo a prestar su juramento, y comuniquen sus ordenes afin de q.e lo presten ygualmente el Exto y la Marina. Fecho publiquese por bando en esta Ciudad y en todos los Pueblos de la federación solemnizando en todas partes con fiestas y regosijos publicos el restablecimiento de la Soverania Nacional bajo de una Constitucion q.e corregida y modificada conforme á las luces del siglo y alas lecciones de la esperiencia sera la salva guardia de nuestra Yndependencia y Livertad: Conlo q.e se termino la secion y firmaron = *Fran.co Xavier de Maís* — Presidente = *Manuel Ysaba* = *Diego de Ballenilla* = *Fran.co Xavier Alcala* = *Diego Ant.o Alcala* = *Fran,co de Paula Navas* = *Manuel Maneyro* = *Diego Baut.a Urbanexa* vocal Secret.o"

Al día siguiente, reunida de nuevo la asamblea o "congreso general", prestaron juramento ante ella Mariño y Brión, jefes de las fuerzas de tierra y mar, comprometiéndose ambos "a obedecer y sostener los pactos federativos" y la autoridad del nuevo gobierno. El cumplimiento de tal promesa pondrá en grave peligro la cabeza de Mariño. El almirante olvidará su compromiso. Prestaron igualmente juramento Mayz, Zea y Madariaga. Luego, la asamblea se declaró en receso:

"En la Ciudad de San Felipe de Cariaco á nueve de Mayo de mil ochocientos dies y siete Septimo = Reunido el congreso federal comparecieron asu presencia los Ciudad.nos, Grâl en Gefe de los Exercitos de la Republica y Gefe dela fuerza armada Santiago Mariño y Almi-

rante Luis Brion, los q.^{c} siendo juramentados por el Ciudadano Presidente ante mi el Secretario bajo la formula prescripta por la Constitucion federal delos Estados Unidos de Venezuela reconocieron la soverana autoridad depositada en este Cuerpo y demas poderes desu emanacion comprometiendose a obedecer y sostener los pactos federativos expresados en aquel Codigo. Ygualm.^{te} separandose de la Presidencia el Ciudadano Fran.^{co} Xavier Mais y ocupando su lugar el C. Fran.^{co} Xavier Alcala se recivio en la misma forma juramento alos tres miembros q.^{e} deven entrar á desempeñar el Poder Executivo a saver Ciudadanos Fran.^{co} Xavier Mais, Fran.^{co} Ant.° Zea, y José Cortes Madariaga, y fueron puestos en pocecion delas funciones de su ministerio y con calidad de suplentes los dos ultimos hasta la comparecencia delos Generales Bolivar y Toro. Y verificado este acto la Asamblea teniendo en concideracion las actuales circunstancias en q.^{e} se encuentra la Republica se declaro y puso en reseso y firmaron = *Fran,^{co} Xavier de Maiz = Fran.^{co} Antonio Zea = José Cortes Madariaga = Santiago Mariño = Luis Brion = Fran.^{co} Xavier Alcala = Diego Ballenilla = Manuel Ysaba = Diego Ant,° de Alcala = Fran.^{co} de Paula Navas = Manuel Maneyro = Diego Bautista Urbaneja* vocal Secretario — Es copia — *Zenon Garcia de Sena* Sec.° de Grra Ynt.°."

El propio día 9 se nombraron los ministros o secretarios para los diferentes despachos del Ejecutivo. Sabíamos que Casiano Bezares entró a ejercer las funciones de secretario de Estado para los Asuntos exteriores; pero ignorábamos que Zenón García de Sena hubiese sido nombrado secretario interino del departamento de la Guerra. Hay más: hasta ahora no se conocía, creemos, que anduviese entonces por Cariaco aquel tercer García de Sena, que aparece certificando, con el carácter indicado, la autenticidad de las copias enviadas a Londres.

El día 10 fué Brión confirmado en la jefatura de la escuadra, por medio de la siguiente comunicación: "El Govierno Executivo de los Estados Unidos de la Confederación en uso de sus atribuc.^{nes} y haciendoos, como deve toda la justicia aq.^{e} os contempla acreedor por Vuestros constantes utiles, y distinguidos servicios dedicados a la Republica, ha tenido a bien señalar el primer acto de la apertura

de sus secciones confirmandoos el nombrant.° de Almirante de la Esquadra Venezolana, y el de Capitan General de sus Exercitos de mar y tierra que ya dignamente serviais por eleccion y nombramiento del Antiguo Gefe Supremo de la Republica; e igualmente tendreis por aprovados quantos Nombramientos huvieseis hecho de oficiales en el Ramo maritimo de Vrô cargo y las Ordenanzas formadas por vos para su mejor Regimen = Os lo participo de orden del mismo Govierno Egecutibo y me congratulo de ser el instrumento de Vrâs satisfacciones = El Cielo dirija como siempre Vuestras empresas Navalez y corone Vrôs virtuosos exfuersos—Palacio Federal de San Felipe de Cariaco Mayo 10 de 1817, 7^mo *Fran.^co Xavier Mais* Presid.^te Al Hon.^l C. Luis Brion Almirante de la Esquadra Venezolana y Cap.^n Grâl de los Ex.^tos de Mar y Tierra. Ex copia. *C. Bezares.* Secret.° de Estado in.°"

No podía faltar en aquella ocasión la proclama del general en jefe, quien, muy ufano de su papel de restaurador del régimen civil, apresuróse a lanzarla en los términos altisonantes, que eran y son aún de uso obligado para esa clase de documentos. Damos a continuación su texto, que suponemos desconocido hasta hoy e inédito, y el cual copiamos en Londres con las demás piezas de nuestro expediente. Servía entonces de secretario del general, Rafael Jugo, cuyo nombramiento para mandar una división había servido recientemente de pretexto, como hemos visto, a la rebelión de Bermúdez y Valdés. Nótese una vez más cómo Mariño invoca siempre con deferencia el nombre de Bolívar y declara que cuanto se ha hecho en Cariaco traduce fielmente los deseos e intencionees de éste. Adelanta, por otra parte, las reflexiones esenciales que debían hacerse meses más tarde en Angostura en favor de la constitución de un gobierno, punto éste sobre el cual hará el lector las que juzgue pertinentes. Léase la proclama:

"Santiago Mariño Cap.^n Gener.^l y primer Gefe de los Exercitos de la Rep.^ca à los estados de la Federac.^n.

"Pueblos de Venezuela! levantaos à saludar el dia de la Yndependencia, y de la libertad. Salve, glorioso y afortunado dia, p.^r q.^e suspiraban los amigos de la humanidad: por q.^e volaban à verter su san-

gre en los combates los Heroes de la Patria, y se disputaban la gloria del patibulo los más virtuosos Ciudadanos.

"Tantas proèzas, tantos, y tan generosos sacrificios no seran yà perdidos p.ª la libertad. Nuestros votos han obtenido del Sielo el restablesimiento del Gobierno representativo, à que felismente se halla vinculada nuestra exsistencia politica. Circunstancias extraordinarias, en q.e se descubre la mano del Todopoderoso, han acelerado esta operacion capital, à q.e iban dirigidas todas las empresas del magnanimo Gener.[1] Bolivar, y todos los exfuerzos de sus dignos compañeros de Armas.

"Nuestra constitucion ès tal ves un poco defectuosa, como todas las q.e se forman en la efervescencia de una repentina libertad. Pero su restablesimiento era un paso indispensab.e p.ª mejorar nuest.s institucion.s, y recobrar la exsistencia social. ¿Qué esperanzas podíamos consevir, ni q.e confianza inspirar al mundo politico, sin unidad, ni consierto en nuestras operacion.s, sin un centro comun, sin un principio de organizacion, y de vida, sin un Gob.no enfin que diera vigor, y mobimiento al Cuerpo exanime de la Rep.ca?

"Felizmente la escena se hà mudado, y bien pronto vereis los efect.s prodigiosos de una sabia administracion, y de la religiosa observancia de los principios de justicia, y de Filantropia universal, que han de consiliarnos la amistad de todos los Pueblos y la benevolensia del genero humano.

"Venezolanos de tod.s clases, partidos, y opinion.s! Olvidad de una vez vuestros mutúos resentimientos, y reunios al Gob.no q.e acaba de instalarse p.ª salvar la Patria. El espiritu de Yndependencia es inextinguible en Venezuela, y la obstinacion y ferocidad de los Españoles quitan toda esperanza de reconsiliacion, y de paz. Optad, pues, entre arrojarlos de una vez de nuestro territorio, q.e han inundado de lagrim.s y sangre o favorecer con nuestras division.s insensat.s sus atroces proyectos de devastacion y horror.s hasta ver convertido nuestro hermoso pais en una espantosa soledad.

"Y vosotros tambien, desconocidos hijos de la patria, q.e hasiendo con sus á sesinos esa liga impia q.e escandaliza al genero humano,

levantasteis vuestra mano parricida ..... reunios à nosotros, volad à nuestros brazos, y volvamon.^{s} à llam.^{r} herman.^{s}

"Reunamon.^{s} todos al Gob.^{no} representativo yà restablecido, prestemosle el firme apollo de nuestros corazon.^{es}, cooperem.^{s} energicamente à las sabias, y benefic.^{s} miras, y bien pronto recobrara Venezuela el mayorasgo de su Yndependencia, y de su grandeza natural, y se presentara de nuevo en la escena del mundo con toda la dignidad del heroismo, y de la virtud.

"Quart.^{l} Grâl de Cariaco à 10 de Mayo de 1817 = 7° = firmado = *Santiago Mariño* = *Rafael Jugo* = Sec.° — Es copia. *Zenon Garcia de Sena.* Sec.° de Grra Ynt.°."

XIV

EL GOBIERNO FEDERAL

CLAUSURADO el "congreso", trasladáronse inmediatamente los nuevos poderes ejecutivo y judicial a la isla de Margarita, como lo exigían las circunstancias militares y de acuerdo, por lo demás, con el consejo que diera en una de sus proclamas citadas el propio Libertador. En aquel heroico baluarte esperaban los próceres organizar la administración y dirigir la política de reconquista o liberación completa del territorio continental. El cuartel general de Mariño quedó por el momento en Cariaco.

El primer decreto gubernativo que a continuación insertamos, según la copia de Londres, confiere a la Margarita el glorioso nombre ganado por su coraje y que inventara Madariaga: Nueva Esparta. Las actas del "congreso" hablan, por cierto en frase un tanto oscura, de "hermanos de Colombia", denominación que parece aplicarse allí al resto de los hispano-americanos insurgentes y que se conforma a la tradición de 1811, cuando de acuerdo con el vocabulario de Miranda, América se llamaba Colombia. Espartanos de Colombia comenzó, pues, a decirse en 1817 a los tremendos insulares. Dice el decreto:

"Palacio del Gob.^{no} Pampatar 12 de Mayo 1817. 7^{c}.

"En atención à los distinguidos servic.^{s} hechos por los habitantes de esta Ysla en la lucha q.^{e} han sostenido para la destrucción del enemigo y gloria de la Republica se decora à la misma Ysla con

el titulo de Nueva Esparta por la semejanza de su eroismo con el de la antigua Republica de este nombre en Grecia. Comuniquese p.ª su publicasion. Así lo decreto el S.P.E. y rubricaron — hay dos rubricas—*Casiano Bezares* Sec.º Honorables Presidentes *Cortes*—*Mais*—*Zea.* Es conforme—*Zenon Garcia de Sena* Sec.º de Grra Ynt.º"

Al siguiente día decretóse la Ley Marcial:

"El Supremo Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela reinstalado felizmente para su honor y libertad, deseando llenar sus grandes obligaciones, cuenta con el esfuerzo de los Pueblos virtuosos que le han proclamado y le aman. Ellos se han convenido p.ª su eleccion y sostenimt.º y este pacto tan sagrado debe cumplirse a costa de todo sacrificio, como dirigido al mayor bien de una preciosa porcion del genero humano, qué noblemente se eleva al rango aque aspiran el Corazon y el alma del hombre.

"En consecuencia, es dela primera atencion el establecimiento y organizacion de la fuerza q.e ha de salvar la Republica, y su Gobierno protector ordena ofreciendo a los Pueblos su seguridad, conservacion y prosperidad, a cuyo efecto las medidas de las circustancias es la Ley Marcial, bajo los siguientes articulos

"Primero.

"Todos los individuos que se hallen en esta isla desde catorce hasta sesenta años son soldados de la Republica, y como tales se presentaran à los respectivos Comandantes militares dentro de veinte y quatro horas precisas los quales tomaran razon de sus nombres, edad, vecindad ocupacion para pasarla inmediatam.te al Supremo Gobierno.

"Segundo.

"Son exentos de esta presentacion los individuos ocupados efectivamente en la Marina pues sirviendo en ella a la Republica pertenecen a la jurisdiccion del Almirantazgo y su Gefe.

"Tercero.

"Durara esta Ley quatro meses, contados desde el día de su publicacion.

URBANEJA

POR CARMELO FERNÁNDEZ

Palacio Federal. Caracas.

"Quarto.

"Los que faltaren a la presentacion y alistamiento sin una causa notoria seran tratados como enemigos de la patria y castigados segun las circunstancias.

"Quinto.

"Los Comandantes militares quedan obligados y responsables al cumplim.to de esta Ley y en consecuencia deben arrestar qualquiera individuo que no la haya observado, participandolo immediatamente al Supremo Gobierno.

"Sexto.

"Ygual responsabilidad y obligacion tendran p.a con los desertores de la Marina remitiendolos à disposicion del Honorable Almirante y Cap.n General de los Ext.s de Venezuela.

"Publiquese en todos los partidos de la Ysla y fixese en los lugares publicos para su observancia y execucion.

"Palacio del Gobierno en Pampatar, 13 de Mayo de 1817.—

"Es copia de su Original: *Zenon Garcia de Sena* Sec.o de Grra Ynt.o"

Como era de rigor, procedió el gobierno a reglamentar un punto importante de etiqueta oficial y estableció el tratamiento o calificativo que debería darse a los distintos poderes del Estado. He aquí la circular concerniente a ello:

"El R.P.E. en Decreto de doze del corriente y en conformidad de lo dispuesto por la Constitucion federal ha declarado q.e al Soberano Congreso de Venezuela deve tributarse en cuerpo el tratamiento de Honorable Congreso.

"Al Poder Egecutibo el de Respetable.

"Al Poder Judicial el de Recto. A los Ministros de los tres Poderes, Capitanes Generales y Almirante el de Honorable por cortesía, tratandoles en la correspondencia oficial de C.no y usando siempre de os y voz.

"Lo q.e os comunico de orden del mismo R.P. p.a q.e lo circuleis aquien.s corresp.da Palacio del Gob.no Pampatar Mayo 17 de 1817. 7.° = *Casiano Bezares* — Sec.° = Cn.° Sec.° de la Grra. — Es copia. *Zenon Garcia de Sena.* Sec.° de Grra Ynt.°"

Véase, por último, la importante disposición relativa a la introducción de las siete estrellas en la bandera nacional, iniciativa que no se está habituado a reconocer al gobierno federal restaurado en Cariaco:

"El R.P.E. en Decreto del dia ha declarado q.e deven usarse en las Banderas de los Buques de Guerra de la Republica de Venezuela Siete Estrellas azules en Campo Amarillo en Representacion de sus siete Provincias, y los Mercantes solo la Tricolor; os lo comunico de orden del mismo R.P. para vra inteligencia y fines consiguientes desu comunicacion = Palacio del Govierno en Pampatar Mayo 17 de 1817. 7.° *Casiano Bezares* = Ciudadano Secretario Ynt.° de Guerra. Es copia. *Zenon Garcia de Sena.* Sec.° de Grra Ynt.°"

Al mismo tiempo que dictaba medidas urgentes de orden interno, y como era de esperarse, dada la principal circunstancia que había impelido a los próceres a reinstalar el gobierno civil, apresuróse éste a dirigirse a los de Estados Unidos e Inglaterra en solicitud de reconocimiento y relaciones. Previamente, y como utilísima preparación del terreno diplomático, concediéronse privilegios al comercio de aquellas dos naciones por medio del siguiente decreto:

"El Sup.mo Poder Executivo de los Estados Unidos de Venezuela,

"Deceando manifestar su reconocimiento à la gran Bretaña y à los estados unidos de la America septentrion.l p.r la generosa Hospitalidad q.e han exercido con los Emigrados de la Republica en la Epoca desgraciada de su disolucion, y p.r la rigorosa neutralidad, q.e han observado admitiendo nuestros buques en sus Puertos y respectando en los mares nuestro Pabellon sin preferencia ni execucio.s à favor de nuestros enemig.s

"Ha decretado y Decreta lo siguiente.

Articulo 1.° todos los productos de la Industria Ynglesa y Norte Americana, frutos y Generos comerciables de qualquier especie importados bajo su Pabellon à los Puert.s de Venezuela libre, solo pagaran un seis p.r ciento de Derecho en lugar de quinse p.r ciento y dos y medio de Almirantasgo, q.e pagan los comerciant.s de las demas nacion.s Articulo 2° todos los productos y generos del Paiz q.e esportaren bajo su Pabellon no pagaran mas derechos q.e los q.e se exsijen

de nuestros propios con-ciudan.os Articulo 3° La Ymportacion de Arm.s monturas bestuarios militar.s Peltrechos municion.s de grra y biver.s de prim.a necesidad es libre de todo derecho, ási como tambien los retornos que se hicieren p.a los mismos efectos — Este Art.co se extiende à todo el comercio estrangero durante la precente grra. Articulo 4° los Buq.s de las Nacion.es expresadas q.e nabeguen de Puerto à Puerto de la Rep.ca no pagaran derecho alguno, tampoco no pagaran los q.e p.r tratar de expendio tengan q.e dirigirse à otro mercado con sus cargamentos — Articulo 5° todos los subditos de la gran Bretaña y Estados Unidos q.e recidieren o se abecindaren en el territorio de Venezuela seran especialm.te favorecidos p.r el Gob.no disfrutaran de la mas completa libertad sibil y religiosa, en quanto no turben el orden social, y obtendr.n una protecion distinguida p.a emprender todo genero de establecimient.os de industria Agricultura nabegacion y comercio. Articulo 6 p.a q.e de ningun modo pueda entenderse q.e el Gob.no de Venezuela se compromete p.r estas demostracion.s de reconocimiento à no ha ser yguales ó mayor.s consepcion.s à las Nacion.es q.e nos favorescan, declara solegnem.te q.e dara un grande y memorab.e exemplo de adhesion y de gratitud à la primera q.e condolida de los males de la humanidad destrosada p.r esta guerra impia se desidiese à favor de nuestra causa en que se interesa la industria de Europa, la Agricultura y Mineria de America el Comercio y las relacion.es del mundo, y q.e la España misma si amaneciera cuerda un dia deberia terminar por sus prop.s bentajas.

"Publiquese y circulese p.a la Gener.l Ynteligencia Palacio de Gobierno en Pampatar Puerto de la Nueba Esparta Mayo 17 de 1817 — 7° *José Cortes Madariaga* = *Fran.co Zea* = *Casiano Bezares.* Sec.° Esta rubricado — Es copia. *Zenon Garcia de Sena* Sec.° de Grra. Ynt.°"

Desde luego, reviviendo también con ello otro proyecto de Miranda, decidió el gobierno enviar a Madariaga a los Estados Unidos, encargado de una misión diplomática. La nota de Mayz al "Presidente de los Estados Unidos de la América del Norte", así como la de envío de ésta, dirigida al Secretario de Estado por Bezares, secretario de Estado interino en el "departamento Ejecutivo de los

Estados confederados de Venezuela", han sido copiadas de sus originales y publicadas por el doctor Francisco José Urrutia en su obra sobre las relaciones de Estados Unidos y las repúblicas latinas de 1810 a 1830. Una retraducción del inglés de ambos documentos, tomados de la obra *America State Papers,* aparece en el tomo III de la colección de Blanco de Azpúrua. También en O'Leary, tomo XV, se halla una retraducción de la nota de Mayz. Creemos conveniente atenernos al texto del doctor Urrutia. Ambas notas se deben, sin duda, a la pluma de Bezares, ducho en achaques diplomáticos, antiguo escribano real y quien, como se sabe, había sido secretario "con ejercicio de decretos" para Hacienda, Guerra y Marina de la Junta Suprema y luego de la Alta Corte de Justicia. En la indicada retraducción de Blanco y Azpúrua aparece, con la fecha, el nombre de Nueva Esparta; pero esta denominación no figura en la versión de Urrutia, aunque sí se halla en la reproducción hecha en la importante compilación de Manning.

Mayz recuerda en su comunicación la caída del régimen republicano en 1812, en circunstancias conocidas sin duda por el gobierno de los Estados Unidos en virtud de informes de sus agentes de entonces en Venezuela, Scott et Lowry. Luego participa la "reinstalación del gobierno federativo" en Costa Firme "por trámites legales", como consta de las piezas cuya copia acompaña. Las siete Provincias de la Confederación "no anhelan otro bien que el de estrechar sus relaciones con sus hermanos de la América del Norte, identificados por la naturaleza, por la política y por los principios republicanos con la gran familia del Sur". Desde los comienzos de su vida independiente —escribe Mayz— Venezuela envió comisionados a los Estados Unidos para que tratasen de vincular a los pueblos venezolano y norte-americano "bajo de un mismo sistema que respondiese de la recíproca fidelidad de las dos naciones". Si entonces no pudieron los Estados Unidos reconocer la independencia de Venezuela, debido a las condiciones que representaban los asuntos de Europa, parecía ahora que hubiese desaparecido toda traba a tal objeto; y en esa creencia el nuevo gobierno diputa ante el norte-americano al canónigo Madariaga para que "entable estipulaciones diplomáticas". En el

texto que seguimos, en su párrafo final se encuentra, sin duda por error, la palabra "facultades" que, a nuestro parecer, deberá ser reemplazada por homenajes, saludos u otra análoga.

Madariaga no pasó nunca a los Estados Unidos; y para decir de una vez cuanto sabemos acerca de su misión, adelántese que a ella se refirió el secretario de Estado Quincy Adams cuando muchos meses después, el 31 de enero de 1818, dió instrucciones a Baptis Irvine, su agente en Angostura. Dicha referencia, que se insertará en su debido lugar, es todo lo que conocemos de la impresión causada en Washington por la reunión de Cariaco.

A lord Castlereagh, secretario de Estado de Su Majestad Británica para los Asuntos exteriores, remitió Casiano Bezares los documentos que hemos copiado, con la siguiente nota:

"Exmo Sôr. El Departamento Executibo de los Estados Confederados de Venezuela me encarga dirigir à S.A.R. el Principe Regente por mano de V.E.ª las adjuntas copias de la Acta de la feliz Reinstalación del Congreso de Venezuela, exercicio de sus Poderes y demas noticias que contienen.

"Sirvase V.E. elevarlo todo al conocimiento de S.A.R. manifestando le que el Govierno tendrá la mayór de sus satisfacciones en hacerle iguales comunicaciones, de quanto succesivamente ocurra.

"El Cielo dilate la vida de V.E. para el bien general de los humanos y la prosperidad de la Nacion Britanica. Palacio del Govierno Pampatar Mayo 22 de 1817. — *Casiano Bezares* Secrt. de Estado int.

"Exmo S. Minro.t Secretº de Relaciones Exteriores del Govierno Britanico."

Castlereagh recibió a un enviado del gobierno venezolano que se llama de Cariaco, cuya identidad vamos a establecer. Como al mismo tiempo López Méndez, representante personal de Bolívar, estaba de nuevo en contacto privado con el *Foreign Office,* aquella dualidad de los órganos empleados por los patriotas para conversar con los funcionarios británicos contribuía a inspirar a éstos mucha reserva.

Expuso el lord al enviado de Cariaco la muy conocida actitud de Inglaterra ante el conflicto de España con sus provincias ultramarinas. Informó a la vez de los hechos a Campuzano, encargado de Negocios español en Londres, y ordenó a Sir Henry Wellesley que diese comunicación directa de aquéllos a Pizarro, ministro de Estado de Fernando VII. Traduzcamos la nota al embajador, fecha 28 de agosto:

"Debo llevar a conocimiento de V.E. que hace pocos días recibí de una persona que ejerce el cargo de secretario del gobierno de Venezuela una comunicación por la cual me anuncia el restablecimiento de la antigua República de Venezuela, y acompaña varios documentos publicados en los periódicos y relativos a la instalación de las principales autoridades de la misma. Se me transmitió también una carta para el Príncipe Regente, con ruego de que la presentase a éste. — Como el recibo de tal carta por el Príncipe Regente habría podido considerarse equivalente al reconocimiento de aquel gobierno como Estado independiente, la devolví, sin abrirla, a la persona comisionada para entregármela, y, a fin de prevenir equivocaciones, di a ese individuo la adjunta nota verbal, contentiva de lo que le había dicho en conversación sobre la materia de la comunicación de que fué encargado. No me pareció necesario dar luego ninguna respuesta a la nota que se me dirigió. — El mismo día en que vi a la persona comisionada para dicha comunicación, expliqué ampliamente al ministro Campuzano cuanto había sucedido al respecto. Presumo que él transmitirá a su Corte nuestra conversación; pero he pensado que es, sin embargo, conveniente suministrar a V.E. esta declaración para que informe de ella al señor Pizarro."

Según decía Castlereagh y lo confirma una apostilla marginal de su nota, se transmitió con ésta a Sir Henry copia de la del gobierno venezolano, que insertamos arriba, y de la respuesta dada al "diputado de Venezuela". Esta última no se halla en el expediente; pero en otro lugar hallamos un "proyecto" de contestación que presumimos haya sido adoptado y cuya traducción es la siguiente:

"Proyecto Copia de la respuesta dada por el gobierno británico a la invitación del Presidente de la República de Venezuela, recibida por órgano de Mr. Hughes. — Setiembre 1817. — El gobierno britá-

nico ha manifestado repetidamente que está pronto a interponer sus buenos oficios con el propósito de traer una reconciliación entre España y las Provincias españolas de Sur América, y ve con profunda pena la continuación de las infelices diferencias que prevalecen entre ellas hace tanto tiempo. — Durante todo este aflictivo conflicto, el gobierno británico ha mantenido la más estricta e invariable neutralidad. — En consecuencia, conforme a ésta, no puede recibirse la carta dirigida por el Presidente de la República de Venezuela a Su Alteza Real el Príncipe Regente; pero la disposición del gobierno británico a contribuir por todos los medios a su alcance a la restauración de la tranquilidad en Sur América permanece inalterada, y el gobierno británico está pronto a dar efecto a esta disposición siempre que aparezca que pueda emprenderse con esperanza de buen éxito."

¿Quién es este Mr. Hughes, transmisor de la correspondencia del gobierno venezolano? Lo ignoramos.

¿Quién llevó a Inglaterra dicha correspondencia, que no pasó por el gobernador de Trinidad, corresponsal ordinario de los patriotas orientales? Según vemos en una carta que Madariaga dirigió desde Jamaica, el 17 de junio, a cierto agente chileno en Boston nombrado Skirner, carta citada por el señor Arias Argáez, alguien fué a Europa con la correspondencia: "El enviado de Londres ha partido ya; y yo estoy nombrado para serlo cerca del gobierno de los Estados Unidos". Un documento de Angostura, fechado el 29 de noviembre de aquel mismo año y que se halla en el Archivo del Libertador, esclarece el punto: quien marchó a Londres por los de Cariaco fué Maxwell Hyslop.

Advirtamos antes de pasar adelante —y creemos esta observación de grande importancia— que los patriotas que se hallaban en el exterior y sus auxiliares extranjeros tuvieron la autoridad republicana creada por el Congreso de Cariaco como representante legítima de la soberanía nacional, sin contraponerla en modo alguno al poder de hecho ejercido por Bolívar. Unas frases que Palacio Fajardo escribió en su libro, publicado en Londres meses antes de que el Libertador formase las instituciones de Angostura, son a tal respecto muy significativas: "La isla de Margarita, Guayana y parte de las provin-

cias de Cumaná, Barinas y Caracas están en poder de los independientes. El general Bolívar, como jefe supremo, gobierna el país, y tiene su nombramiento del Congreso, que él convocó por una proclama fechada en Margarita el 28 de diciembre de 1816". ¿Cuál Congreso? El de Cariaco, que había nombrado al Libertador miembro del Poder Ejecutivo federal, dejándole su mando militar en Guayana mientras creyera necesario ejercerlo para terminar las operaciones. ¿Cuál proclama de convocación? La misma que, con otras, invocaban los próceres de Cariaco: "Nombrad vuestros diputados al Congreso... Reuníos en ese suelo sagrado (Margarita), abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad". Hay más todavía: en el "suplemento" que aparece en la segunda edición francesa del dicho libro de Palacio Fajardo y que fué escrito en 1819, se indica la obra del Congreso de Cariaco en términos tales que confirman enteramente la impresión de que los patriotas hispano-americanos residentes en Europa apreciaban aquella obra de modo muy distinto del que nos suministra la historia oficial. Léase: "El Congreso de Venezuela se instaló en Cariaco el 8 de mayo: en ausencia de Bolívar, abriólo Mariño; su discurso anunció que la república triunfaba en todas partes. Los primeros actos del congreso fueron la erección de un poder ejecutivo, la distribución de los mandos de los ejércitos, la confirmación de los decretos dictados por Bolívar, entre otros el que proclamaba la libertad de los esclavos, y la declaración de que todos los individuos de catorce a sesenta años eran soldados de la república y debían presentarse en el término de veinticuatro horas ante los comandantes militares. Bolívar y Fernando Toro fueron elegidos jefes del poder ejecutivo; Mariño y Bolívar confirmados en el mando de los ejércitos. Para recompensar a la isla de Margarita por el patriotismo que sus habitantes habían mostrado, se le dió el título de *Nueva Esparta;* y La Asunción, su capital, fué designada como residencia provisional del gobierno. El Congreso decretó también que el pabellón del Estado sería un campo amarillo (sic) sembrado de siete estrellas, en honor de las siete provincias que formaban la república. Se confirmó a Brión en su cargo de almirante."

En virtud de esa confusión, muy lógica y que correspondía sin ninguna duda al pensamiento y móviles de los hombres del Congreso, el citado Hyslop, una vez cumplida su misión y conociendo la dispersión del "gobierno federal" de Margarita, informó de aquélla al Consejo de Gobierno que el Libertador acababa de constituir en Angostura y cuyo presidente era, como se sabe, uno de los principales actores de Cariaco, el almirante Brión. En su informe dió cuenta el enviado de que Castlereagh le había devuelto, sin abrirlo, el pliego dirigido al Príncipe Regente.

Nótese el lenguaje muy cortés y diplomático que emplea el Consejo de Gobierno bolivariano para retirar a Hyslop las credenciales cariaqueñas y reforzar las de López Méndez, de cuyo papel hablaremos a su tiempo. En efecto, no había interés en privarse de los servicios del devoto inglés, ni podían por otra parte Brión y Zea obrar de distinto modo sin visible indecencia, sobre todo el último, que sin duda participara en la redacción de los papeles mandados a Londres. He aquí el texto refrendado por el secretario José Prudencio Lanz:

"El Consejo de Gobierno, plenamente autorizado por S.E. el Sr. Jefe Supremo para despachar en su ausencia los negocios extranjeros, se ha enterado del oficio de U.S. con fecha de Londres el día 13 de agosto último, y lo dirige hoy mismo a S.E. por correo extraordinario. Entretanto que el Sr. Jefe Supremo se sirve contestar a U.S., el Consejo se ciñe a prevenirle retenga en su poder hasta nueva disposición el pliego dirigido a S.A. el Príncipe Regente, y a darle las más expresivas gracias por el celo, interés y actividad con que trabaja en beneficio de su patria adoptiva. — Aunque las circunstancias que han dado otra dirección a los negocios públicos no permiten por ahora que U.S. continúe sirviendo a la República con el carácter que se le había conferido, espera el Consejo de su patriotismo y nobles sentimientos que redoblará sus esfuerzos particulares en favor de esta gran causa en que se interesa el género humano. — Conociendo los sentimientos y principios del Sr. Jefe Supremo y su adhesión personal a U.S., se atreve el Consejo a asegurarle que si el estado en que se halla-

ban nuestros negocios en Londres no hubiera exigido se continuasen y aún se ampliasen los poderes conferidos mucho antes a nuestro agente el Sr. Luis López Méndez, S.E. satisfecho del generoso patriotismo de este ilustre ciudadano, habría confirmado gustoso los de U.S., luego que se vió en la necesidad de reasumir la autoridad suprema. El mismo Sr. Méndez (27 Grafton Street, Fitz-Roy Square) impondrá a U.S. de los acontecimientos que han dado a los negocios la dirección que siguen felizmente, y que han consolidado nuestro gobierno, al mismo tiempo que nuestras armas lo han hecho respetable. Todo presenta el aspecto más lisonjero, y el Consejo espera que uniendo U.S. sus esfuerzos a los del Sr. Méndez obtendrá la República tantas ventajas en sus relaciones exteriores como las que ha alcanzado en lo interior por la reunión de los buenos ciudadanos."

Bolívar no estaba en aquel momento en Angostura, y el Consejo de Gobierno dispuso instruirlo del asunto, según consta de una de sus actas así concebida: "En la ciudad de Angostura, a 1° de diciembre de 1817, los señores del Consejo de Gobierno, Presidente Almirante Luis Brión, y vocales General Gobernador de la Provincia Manuel Cedeño, e Intendente Francisco Zea, acordaron: que después de hecha la traducción, se remitiese con el correspondiente oficio al Excmo. Sr. Jefe Supremo original en idioma inglés un paquete enviado a S.E. por el Sr. Almirante de Barbada John Harvey, contentivo del expreso de Sir Maxwell Hyslop, encargado de los negocios de la República de Venezuela cerca del gabinete británico, y que se librasen oficios a uno y otro de haberse recibido sus respectivos pliegos. Con lo que se terminó esta acta que firmaron los Sres. Presidente y Vocales."

Volvamos a Londres. No conocemos el texto del mensaje de Mayz al Príncipe Regente. En sus líneas generales debía de ser análogo a la comunicación hecha al presidente de los Estados Unidos; pero tal vez hiciéranse valer en él argumentos basados en la situación peculiar de las relaciones anglo-venezolanas y la correspondencia cruzada anteriormente entre los patriotas de Oriente y las autoridades británicas antillanas.

Cumplió Sir Henry Wellesley su cometido cerca del ministro de Estado, semanas después, y recibió de éste la siguiente contestación, en español:

"Exmo. S.^{or}, Muy S.^{or} mío. Hé recibido la Nota que se ha servido V. E. dirigirme con fecha de 23 del presente mes comunicándome, de orden de su Gobierno, lo acaecido con una persona que se presentó en Londres, al Principal Secretario de Estado de S.M. Británica, para los negocios extrangeros, titulándose Secretario del Gobierno de Venezuela, y anunciando el restablecimiento de aquella República; y habiendo dado cuenta al Rey, mi Amo, de todo su contenido, me manda S. M. contextar à V. E. que agradece mucho esta confianza y franca comunicación, que en ella vé S. M. impulsos de un sistema neutral, que dictó evitar qualquier acto de reconocimiento; pero en la misma halla S. M. motivos de deplorar el punto de vista en que la Inglaterra vé todavía, y aun ha visto más tarde, estas graves materias. La circunspección con que esta escrita la respuesta verbal, comparada con las continuas gestiones, alarmas y extremada circunspeccion y precauciones con que iguales ofrecimientos se han hecho siempre à la España, confirman la idea de la equivocación con que el Gobierno británico mira este asunto. No reconocer à los rebeldes como à Potencia independiente, y obrar y hablar de neutralidad politica acia ellos, no lo combina S. M. de modo alguno. Omitir en esta contestacion verbal quanto pueda mover à los rebeldes à abrir los ojos y entrar en su deber y solo anunciar lo que puede alagarlos por una equivocación de concepto, en que tomen por inclinacion lo que solo es circunspeccion de parte del Gobierno Ynglés; tampoco puede hallarlo S. M. sin inconveniente, y menos à la vista de las precauciones con que procede la Ynglaterra quando se trata de hablar con la España de igual imparcialidad; podría en efecto darse lugar a la suposicion (sin duda absurda) de que la Ynglaterra esta en la idea de que todo lo tiene que temer del Gobierno español, con respecto à su interes politico; y nada del de los rebeldes; y ésta es en efecto, por desgracia, la opinion que los demagogos Yngleses se esfuerzan à probar y hacer comun e influyente; pero S. M. no puede persuadirse de que penetre hasta el

Santuario del Gabinete; y sin embargo el resultado propendería à comprobarlo, por una fatal equivocacion de datos y principios. Esto no ha podido menos de manifestarlo S. M. al responder à esta comunicacion, que por lo mismo que es franca pedia una igual franqueza de parte de S. M. y seria ademas necesaria para mantener en su debido vigor la idea de que la neutralidad de que habla la Inglaterra, podra ser un hecho real, nacido desgraciadamente de las circunstancias; pero jamas podra S. M. mirarlo como un derecho fundado en principio alguno de política, de derecho de gentes, ni de utilidad para los legítimos Gobiernos.

"Tengo el honor de renovar à V. E. en esta ocasion, las expresiones de mi constante aprecio y mas distinguida consideracion. Dios gûe à V. E. m.^{s} añ.^{s} — Palacio 30 de Sept.^{bre} de 1817. — Exmo. S.^{or} — B. L. M. de V. E. su mas at.^{to} seg.^{o} serv.^{r} (Firmado) *José Pizarro*.—S.^{or} Embaxador de S. M. Britanica."

Así la iniciativa diplomática del asendereado gobierno nacido en el cuartel general de Mariño produjo, como único resultado, procurar al inglés nueva ocasión de afirmar aquella política de "neutralidad" y "mediación" que España tenía tanta dificultad en comprender y aceptar. Porque Madrid cerraba obstinadamente la puerta a toda eventual negociación con los insurgentes americanos, al imponer como condición de ella que el gabinete inglés tomase empeños previos que en realidad equivaldrían al abandono por éste de su citada política.

Por otro lado, y para volver a nuestra concreta cuestión venezolana, vese que la posición de neutralidad y mediación asumida y reafirmada por Inglaterra deja suponer que cualesquiera que hubiesen sido las promesas hechas a Madariaga por autoridades subalternas de las Antillas, si en efecto se las habían hecho, el gobierno nacido en Cariaco no podría contar con reconocimiento alguno por parte del británico. Repetimos que los papeles estudiados no permiten desvelar el misterio de las conversaciones del canónigo en Jamaica y otras islas. Sólo el examen de la correspondencia, de los "pliegos" que, según el mismo Madariaga, llevó Stirling a Margarita, daría la clave de tal misterio. Por desgracia, esa correspondencia, si existió real-

mente, está perdida, y no vemos traza en los informes del capitán de que haya nunca recibido tal misión.

Por lo demás, el problema creado en Cariaco iba a resolverse en el campo de batalla. Todo dependía, en efecto, del duelo inminente entre Mariño y Morillo. Es imposible, y sería inútil, discurrir aquí sobre lo que habrían sido la posición y la actitud de Bolívar en caso de que el primero hubiera ganado la partida o, por lo menos, sostenídose a la cabeza de un ejército numeroso y fiel, en territorio suficiente y sujeto al "gobierno federal".

XV

DISPUESTO A DISPUTAR ESTE TERRENO PALMO A PALMO

INTERESABA a Mariño conocer cuanto antes cuál sería la actitud del general Urdaneta, a quien hemos dejado al frente de la división acantonada en Cumanacoa. Al efecto envió allí al comandante Antonio Alcalá, con misión de solicitar —escribe Urdaneta— su "reconocimiento" como "Jefe Supremo". Urdaneta afirma que en Cariaco "se desconocía la autoridad del Libertador, se declaraba a Mariño Jefe Supremo y se convocaba un congreso", cosas, sobre todo las dos últimas, absolutamente inexactas. Pero, fundándose en ellas, el general rehusó aprobar lo hecho, y protestó "no reconocer otra autoridad que la del Libertador, que aceptaban los pueblos y el ejército". Urdaneta acusa a Mariño de habar dado al propio tiempo a Alcalá "órdenes secretas" "para entenderse con los jefes de los cuerpos" y provocar la deserción de "todo el batallón de Güiria con dirección a Cariaco", que se realizó aquella misma noche. Hasta dónde hayan podido aquellas órdenes ser ciertas y ser secretas, no hay medio de comprobarlo; pero sería por lo menos extraño que Mariño las hubiese dado antes de saber si obtendría o no la adhesión del general y de otros oficiales a las decisiones del "Congreso", adhesión a la cual concedía altísimo precio, como lo demostró inmediatamente, yendo a hablarles en persona. Ni tampoco concuerdan con el carácter del héroe maniobras tan hipócritas y siendo la segunda de ellas peligrosa

en cuanto a la disciplina militar. Por otra parte, jamás habría podido el general maracaibero servirse de aquellos soldados contra Mariño, pues su comando de tropas de Oriente era postizo y dependía exclusivamente de éste. ¿Tenía Mariño necesidad de hacer "desertar" el batallón de sus fieles negros de Güiria, que le habían escoltado desde Barcelona, cuando le bastaba ordenar que marchase a Cariaco? ¿Por qué no creer simplemente que el batallón, cuya disciplina era precaria como la del resto de la tropa, abandonó a Urdaneta y a los oficiales cuando advirtió que querían conducirle a Guayana? ¿Se ha olvidado que los soldados orientales no querían salir más de su tierra? Pues no queda duda de que Urdaneta y Sucre pensaron en quitar sus tropas a Mariño, a juzgar por la carta, cuya fecha ignoramos, que el primero dirigió en aquellos momentos al Libertador y de que éste habla a Piar en la suya de junio: "El general Urdaneta me escribe de Cumanacoa: que ni él, ni Sucre ni las tropas de su mando han querido jurar al gobierno ilegítimo; que, con el parque, marchaba para Maturín a la cabeza de 500 fusileros para reunirse a Rojas y ponerse a sus órdenes; que Sucre había ido a Cariaco a obligar a Mariño a reconocer mi autoridad, y que si lo hacía así, vendría también a Maturín con su batallón. Urdaneta asegura que a Mariño no le quedará más que su guardia y se irá con ella a Güiria". Todos estos manejos y tentativas para sustraer el ejército a la obediencia de Mariño, análogas a las que, con mejor resultado para sus autores, se habían llevado a cabo semanas antes en El Carito y Aragua, debieron de efectuarse inmediatamente o muy pocos días después de la reunión del "Congreso", y es posible que el envío en misión de Alcalá a Cumanacoa haya sido determinado por la resistencia, quizá ya manifestada, de Urdaneta a adherir al nuevo gobierno. No se sabe si Sucre estuvo efectivamente en Cariaco con el propósito que se indica en la carta. Es posible que sí, y en ese caso su decisión de no esperar a Mariño en Cumanacoa, de que hablaremos más adelante, se explicaría muy bien por el fracaso de su tentativa de convencer a éste de que debía desbaratar lo hecho o, si rehusaba, de llevarse la tropa. Todas aquellas infructuosas operaciones no han sido, naturalmente, calificadas por los historiadores, quienes tratan, como siempre, de adjudicar a Ma-

riño el papel más desairado y menos simpático. Ninguno habla de que se hayan dado "órdenes secretas" para quitarle sus soldados, pero varios atribuyen este carácter subrepticio y peyorativo a las que posiblemente se vió aquél en el caso de dictar para defenderse.

Sea lo que fuere, Urdaneta "entró en conferencia" con su jefe de estado mayor, coronel Sucre, y con los jefes del segundo batallón, comandante Jerónimo Sucre y mayor Francisco Postero, todos tres "hombres de razón", y les manifestó que no aprobaba lo efectuado en Cariaco, y que no era conveniente hacer revoluciones cuando todos debían unirse para destruir al realista. Cayeron los cuatro de acuerdo, y decidieron "irse en busca del Libertador, diciéndoselo así al comisionado". Mas como en aquel momento pasara por Cumanacoa, rumbo a Cariaco, el coronel Salcedo con órdenes de Bolívar para el almirante Brión llamándole a bloquear con su flota los puertos de Guayana, Urdaneta y los oficiales "resolvieron aguardar el resultado que produjesen estas órdenes". No tenía Brión razones para desobedecer las instrucciones militares del Libertador, dadas probablemente antes de que éste se enterase de las decisiones del "Congreso"; así es que Salcedo pudo regresar inmediatamente a Guayana con su respuesta favorable, de la cual informó a Urdaneta a su paso por Cumanacoa. Esta actitud de Brión parece ser todavía otra prueba de la buena fe con que había procedido, y con él sus compañeros de empresa, y demuestra que en su concepto la formación de un gobierno no envolvía forzosamente riña con Bolívar ni abandono de la campaña de Guayana. Al saber la respuesta del almirante, Urdaneta, Sucre y otros oficiales, en número de treinta, tomaron el camino de Maturín, dejando a subalternos el mando de la restante tropa. Como indicamos, pensaron aquéllos llevarse a ésta, "como un medio de contener la revolución de Cariaco", pero "se tocó con el inconveniente de que, siendo todos de aquel valle, desertarían, y era mejor no empeñarlos en cometer un crimen".

Pero Mariño, repetimos, no ignoraba cuánto valdría la adhesión de Urdaneta a la constitución del nuevo gobierno y a sus resoluciones, ni estimaba menos la colaboración militar de aquél, desde luego, y en seguida de oficiales capaces, como Sucre, precisamente en mo-

mentos en que sus tropas carecían no sólo de los coroneles que le habían abandonado, sino de cuadros en general. Sus campañas posteriores demostrarán cuán funesta fué, en cuanto a la composición y mando de su ejército, la "disolución" de Aragua, que dispersó prácticamente el fuerte núcleo de oficiales que había hecho su gloria y eficacia. Quedaban Montes, Isava y algún otro, pero ¿cómo reemplazar a Bermúdez o a Valdés? Monagas había crecido mucho y "jefeaba" en su provincia adoptiva de Barcelona, como lo hacía Rojas en Maturín. A causa de ello, Mariño, al conocer por Alcalá la decisión de Urdaneta, púsose rápidamente en camino para ensayar convencerle de que debía permanecer a su lado con los demás oficiales, y, vía Caripe y escoltado por un escuadrón al mando del comandante León Prado, alcanzóle en Guanaguana. En los *Apuntamientos* se describe así la escena del encuentro: "Desde el pueblo de Guanaguana se observaba el camino que traía Mariño y se veía descender la tropa de caballería. Los oficiales que acompañaban a Urdaneta temieron que llegase en persecución de todos ellos; pero Urdaneta les indicó que podían seguir para Maturín y que él se quedaría a esperar a Mariño, el que llegado, en efecto, manifestó que su intención no era otra que la de decidirlos por las buenas, y que se quedasen con él y apoyasen el pronunciamiento. Recibió contestaciones negativas y habiendo pasado la noche en aquel pueblo, al día siguiente rerocedió Mariño a Cariaco y Urdaneta siguió a Maturín en alcance de los oficiales". Baralt apoya el pincel y agrega en el cuadro los "ruegos" de Mariño y que los oficiales partieron antes de su llegada "para no verle". En realidad, y según se deduce de las palabras de Urdaneta, los oficiales se marcharon por temor y no por el púdico deseo de evitar su vista, como lo insinúa el historiador.

Urdaneta y los demás oficiales pasaron el Orinoco en canoa, abordando a un punto más abajo de Angostura y a una legua del campamento de Bermúdez, a donde siguieron. Aquél escribe que la primera persona que allí encontró "fué el general Piar, sin mando, porque ya habían principiado los disgustos con el Libertador que a la sazón estaba sitiando a Guayana la Vieja". El 24 de julio, de Casacoima, el Libertador escribió a Soublette: "El general Urdaneta

y el coronel Sucre me han participado su llegada a La Mesa y se disponían para venir aquí luego que recibiesen bestias para montar; por estos oficiales seremos instruídos detalladamente de los asuntos ocurridos en Cumaná y Maturín".

Frustrada así la tentativa, volvió Mariño a su cuartel general y procedió febrilmente a concentrar y reorganizar sus tropas, en nada favorables condiciones, con el fin de hacer frente al inminente amago realista. Lo dicho sobre Brión no obsta para comprobar que Mariño veía su partida con inquietud, considerando que debilitaba excesivamente la defensa del Oriente, amenazado en tierra por fuerzas triples y mucho mejor armadas que las suyas, y cuyos mares dominaría ahora la flota real. No queriendo, o no pudiendo, impedir la salida del almirante, comunicó, sin embargo, instrucciones a sus subordinados para que conservasen la mayor cantidad posible de recursos y elementos, en vista de la defensa local. Una carta que le dirigió Pedro Betancourt el 1.° de junio y que inserta Mariano de Briceño, revela que aquellas instrucciones existieron y pone sobre todo de manifiesto la irritación y especie de xenofobia que reinaba entre los orientales, quienes, viendo en terrible peligro el territorio que les quedaba libre, se cuidaban poco de ir a auxiliar a Bolívar en Guayana. "Mi general —decía Betancourt, de Carúpano—, he visto su papelito adjunto a otros oficios interesantes a nuestra seguridad. Vuestra Excelencia se acordará de lo que le dije en su aposento, muy reservado, porque sabía positivamente de que nuestra escuadra se iba de la Margarita para Guayana: a mí no me engañan ya esta casta de hombres. Siete años de revolución me han hecho criar una experiencia que estoy seguro de todos ellos. Vuestra Excelencia esté persuadido que para ellos sacar el más pequeño auxilio de este punto es preciso que primero mueran Betancourt y Olivier".

Pero no limitó Mariño su acción política a la restauración del poder federal y la extendió, como forzosa consecuencia, a la formación de poderes locales, comenzando por el de la provincia de Cumaná, cuyo territorio había en gran parte libertado de realistas. Las diversas autoridades de hecho existentes en pueblos y ciudades recibieron encargo de convocar juntas de padres de familia que nombrasen

representantes, a razón de dos por cada "departamento" o partido, a una asamblea general cuyo mandato sería constituir el gobierno de la provincia. Yanes inserta en su obra citada el acta de la reunión de Río Caribe, que tal vez puede considerarse como modelo de las demás que se hayan levantado. Esta reunión se efectuó el 19 de mayo y los representantes de todos o de gran número de los partidos se encontraron en Cariaco el 28 siguiente. Fué el teniente coronel Luis Alcalá, comandante político y militar del departamento de Río Caribe, quien, por "orden de Su Excelencia el General en Jefe de la Fuerza Armada", convocó a los vecinos y les expuso: que aquel "digno General, habiendo corrido rápidamente a la cabeza de las huestes republicanas desde los confines de Güiria hasta las mismas puertas de la capital de la provincia, conducido de triunfo en triunfo, dejando salvo de la tiranía española todo su territorio, quería ahora descuidarse generalmente de las omnímodas facultades, que el pueblo le había conferido, lleno de confianza, en los primeros momentos de la cruda campaña que había dirigido". En vista de ello, Alcalá proponía que se designasen cuarenta padres de familia para que éstos, a su vez, nombraran dos diputados a la asamblea provincial, por reunirse en Cariaco. Varios de los convocados expresaron su "dolor" por la decisión de Mariño de "despojarse absolutamente de una investidura a que se había hecho acreedor" por parte de un pueblo que, en especial el de Río Caribe, "le amaba entrañablemente". Alcalá cerró el debate con la declaración de que había llegado el momento de que aquel pueblo diese una prueba efectiva "a su ilustre Jefe, al más benemérito de sus compatriotas", obedeciendo a sus deseos. Procedióse entonces al nombramiento y resultaron electos los ciudadanos Pascual Navarro, administrador de las Rentas nacionales, y Esteban Herrera, ministro de Hacienda honorario. Y separóse el cabildo o junta, rogando a los representantes que diesen a conocer al general Mariño "lo sensible que le había sido este acto y que un secreto instinto anunciaba a los corazones de todos la satisfacción de no verse desamparados de él en lo sucesivo".

Reuniéronse los diputados en Cariaco el 28, como queda indicado, y eligieron a Mariño Presidente del Estado de Cumaná, siendo enton-

ces la primera vez que se da oficialmente este nombre a aquella provincia. Una nota del general a Brión, "Capitán General de Mar y Tierra", fechada al día siguiente, nos informa de aquel acto que venía a resucitar la autonomía cumanesa y "legalizaba" en la única forma por entonces empleada la restaurada autoridad del caudillo de Oriente. Insístase sobre ese hecho: la nueva asamblea de Cariaco —distinta, naturalmente, del "congreso" ya disuelto— representaba la Provincia o Estado de Cumaná, con tantos o quizá mayores títulos para hacerlo que los que hubiesen tenido otras asambleas o juntas para representar porciones del pueblo venezolano o su totalidad y para nombrar jefes y gobiernos. Esta clase de títulos podrán calificarse, bien entendido, de precarios, pero en ese caso lo serán todos y no unos más que otros. "En asamblea de ayer —escribe Mariño— ha sido constituído el gobierno de la Provincia por sus legítimos representantes, que convoqué deseoso de desprenderme de su dirección política y consagrarme sólo a la guerra, hasta presentarle a mis conciudadanos la libertad íntegra de un territorio que por dos veces he tenido la honra de mandar y la de toda la República de Venezuela. Creyeron aquéllos que las circunstancias no permitían el establecimiento de un plan de gobierno exactamente conforme al instalado en el primer período de la República, con cuyo objeto los invité. Lo han constituído, pues, nombrándome Presidente del Estado de Cumaná, con las atribuciones de todos los poderes, y estableciendo un senado asociado con voto activo, para los casos que expresa el reglamento contenido en el acta fundamental, con que doy cuenta al Supremo Poder Ejecutivo federal e incluiría también a Vuestra Excelencia si no me lo impidiese la premura del tiempo". Renacen asimismo en esta ocasión expresiones y criterios políticos que llevan a pensar de nuevo en el estatuto para los duunviros. Recuérdese que en éste se hablaba de "senado"; pero sobre todo que, según él: "Se nombrará un Presidente del Estado en cada una de las principales provincias, que será presidente nato de todas las municipalidades".

Nótese de nuevo que, según las palabras de Mariño, los próceres de Cariaco y en general cuantos hombres participaron en aquel momento en los asuntos políticos, juzgaban que las instituciones

de 1811 requerían reformas y que la tentativa de restauración de la República sobre las bases de la Constitución suspendida no envolvía forzosamente la intangibilidad de ésta ni la vuelta a los errores que la habían inutilizado.

No conocemos, por desgracia, aquella acta o ley "fundamental", cuyo texto nos revelaría particularidades interesantes para la historia constitucional del país. El "senado asociado" de Mariño era una forma de su "consejo privado" de 1813, pero sin duda más importante por su origen y composición. Antes de fines de año, Bolívar creará un "consejo de Estado" como uno de los organismos del poder supremo central establecido en Angostura. Mariño trató siempre de consultar a los hombres que le rodeaban sobre los asuntos públicos en materia política y civil y aun en la militar, pero aquella tendencia laudable y discreta no ha merecido ningún comentario favorable por parte de los historiadores, antes bien ha servido de pretexto a éstos, y a otros censores simples arrendajos de la pluma, para acusarle de haber sido demasiado dócil a las opiniones y consejos de los demás. En su carta a Brión, Mariño indica, una vez más, cuánto espera de la ayuda ajena: "Para corresponder a la confianza de mis conciudadanos cuento menos conmigo mismo que con los esfuerzos y auxilios que me presten mis compañeros los dignos Jefes que se interesan en la grandiosa obra de nuestra libertad. De mi parte, ofrezco a Vuestra Excelencia, para su interesante ramo, los que estén a mi alcance como jefe particular de esta Provincia, que hace consistir su primera gloria en sacrificarlo todo en beneficio común". Urbaneja y Navarro fueron comisionados para llevar a Brión aquella nota y, probablemente, para tratar otros negocios con el gobierno federal.

En su varias veces citada nota a López Méndez, de 20 de noviembre, el Libertador opina sobre aquellos actos de Mariño del modo siguiente: "No bien se había instalado éste (el gobierno federal de Cariaco) cuando el mismo Mariño instituyó el provincial en una junta que le confirió todos los poderes, político, legislativo, ejecutivo y judicial. Esta era una violación manifiesta de la misma Constitución que había jurado, y una desobediencia solemne al poder ejecutivo que había reconocido y cuyas órdenes sobre el particular eran las más terminan-

tes y positivas". Es difícil precisar a qué poder ejecutivo alude aquí el Libertador, si al federal y civil de Cariaco o al suyo propio omnímodo y militar conferídole en la Villa del Norte. En todo caso, no parece que Mariño violase la "Constitución" federal al crear un gobierno provincial, aun cuando necesariamente todas las facultades de este último debieran por el momento concentrarse en su persona.

Mas he aquí que mientras tanto Morillo había decidido volver a Venezuela y atacar simultáneamente los dos focos principales de la insurrección: Apure y Oriente. Léese en las *Memorias* del Pacificador: "... y el rebelde Piar había invadido la provincia de Guayana. En posición tan crítica e inesperada, envié socorros a esta última provincia bajo las órdenes del general La Torre, quien partió de San Fernando de Apure, y yo me dispuse a andar muchos centenares de leguas para atacar el mal en su raíz". En efecto, La Torre y Calzada llegaron por enero a Guasdualito. Correa y Gorrín, a la cabeza de 1.500 hombres, forzaron al coronel Miguel Guerrero a replegarse y a levantar el sitio de San Fernando. Sin embargo, el 28 de aquel mes Páez batió a La Torre en Mucuritas y éste, incorporado ya Morillo al ejército, hubo de acuartelarse en San Fernando, mientras Páez marchaba a San Juan de Payara. Se sabe cómo, según dijo Morillo, "la fortuna no favoreció" las siguientes operaciones de La Torre en Guayana.

Gran interés despierta sin duda la lectura aquí de uno de los ya mencionados informes enviados al contra-almirante Harvey por el capitán Stirling, comandante de la corbeta *Brazen*. Trázase en él un cuadro aproximado de la situación militar de Venezuela para febrero de este año de 1817, tan fecundo en peripecias de toda suerte. Algunos de los datos y conclusiones de dicho informe pueden prestarse a controversia; pero tal documento no es por ello de poca importancia y en ese concepto lo traducimos íntegro a continuación. Creemos que se trata de uno de los inéditos más interesantes que ofrece la presente obra para ayudar a la fijación o revisión de ciertos criterios en el estudio de la historia nacional.

Las fuerzas militares y navales del partido realista, sus recursos y su política son descritos por Stirling en la siguiente forma:

"Las provincias de Guayana, Cumaná, Barcelona, Caracas, Maracaibo y Barinas forman la Capitanía General de Caracas. De aquéllas, las tres últimas continúan sujetas a la autoridad real. En las otras las únicas partes que quedan en posesión de los realistas son las ciudades de Guayana y Cumaná. Pero a pesar de que los insurgentes sólo están en armas en la región este del país, hay en todas partes poderosas bandas de ladrones que desafían las leyes y hacen éste inhabitable. El número de tropas europeas empleadas en la Capitanía General monta, según la cuenta más auténtica, 4.000 hombres. Entre éstos están los *Húsares de Fernando VII* y otro regimiento de caballería, el de la *Unión.* Los regimientos de infantería son: *Barbastro, Castilla, León, Extremadura, de la Reina* y *La Unión.* Estas tropas están excesivametne dispersas. En Cumaná hay 900 hombres; en Caracas y la Guaira, 500; en Guayana, 200; en Orituco (y) en el Valle del Tuy, alrededor de 1.200; hay varias compañías ligeras en Barinas, y dos compañías en Puerto Cabello y Valencia. Dichas tropas son excelentes, tanto en su apariencia personal como respecto de su equipo. Todos los soldados han servido en España y son, por consiguiente, veteranos, pero la guerra en este país, donde el ejército ha perdido la mitad de sus efectivos desde su llegada, les ha desalentado, inspirándoles desamor al servicio. No he tenido modo de comprobar el número de hombres alistados en la milicia; pero no creo que el gobierno ponga mucha confianza en ese cuerpo, compuesto como está principalmente de gentes de color.

"Hay una parte de la milicia de este país que merece atención. Son los hombres llamados llaneros, que forman una especie de fuerza irregular y quienes eligen sus propios jefes. Antes de la Revolución, habitaban y eran pastores en las inmensas pampas que se extienden hasta el Orinoco. Son de raza mezclada, pero en ellos se han fundido las marcas de sus distintos orígenes para formar un tipo a la vez peculiar y nuevo. Robustos, activos y feroces, realizan jornadas asombrosas y pueden soportar toda suerte de privaciones; su modo usual de pelear es a caballo y armados de lanza. Se parecen mucho a los cosacos, pero les exceden en crueldad y desesperado valor. Estos fueron los hombres empleados por Boves dos años atrás para subyugar el

país, y desde entonces, habiendo sido llamados a las armas por ambos partidos contendientes, muestran poca inclinación a volver a sus antiguas ocupaciones. Distinta de todas las demás en maneras, intereses y opiniones, esta clase tiene grandes probabilidades de ganar ascendiente sobre todo el resto. En general, han adherido a la causa realista, pero esta adhesión es más accidental que basada en el interés.

"La fuerza naval de Su Majestad Católica empleada en esta región consiste en una fragata impropia para navegar, situada en Puerto Cabello, un bergantín en el mismo estado y en el mismo lugar; un navío de veinte cañones y cuatro bergantines, antiguos barcos mercantes armados en guerra, estacionados en La Guaira; cuatro goletas y varias cañoneras.

"La opinión pública, que no tiene menos fuerza que las armas, se inclina seguramente hacia el lado realista. Hablo de la opinión de quienes hasta ahora no han tomado partido.

"El restablecimiento de la autoridad real restauraría la tranquilidad en la provincia, aunque no traería consigo la prosperidad. El pueblo, cansado de los excesos de ambos bandos, se satisfaría si pudiese asegurar su vida, a expensas de todo lo demás. Todos saben que las condiciones serían duras, pero creen que serían las mejores que es posible esperar. A ello se puede agregar que los realistas ocupan al presente la mejor porción del país, y sobre estas dos consideraciones se funda toda la influencia que la causa real deriva de la opinión pública.

"Muchas gentes y de las mejor informadas dicen que este sería el momento en que un cambio de política de parte de España podría ganar a su interés gran número de los que, disgustados, se están apartando de las salvajes doctrinas de los insurgentes. Sin embargo, al presente la política del gobierno tiende invariablemente a la restauración del antiguo sistema colonial. No me toca decidir si tal sistema es benéfico o no, ni si una vez que ha sido destruído pueda jamás restaurársele con buen éxito. Pero es claro para el pueblo que ninguna conducta liberal puede esperarse de la Madre Patria, vistos el rigor con que se refuerza (el sistema), las exacciones de los funcionarios y el restablecimiento de la Inquisición. Por consiguiente no hay

entusiasmo en favor de la causa real y los acontecimientos de los dos últimos años no inspiran confianza en su triunfo final.

"El general Morillo llegó hace algunos años con el mejor ejército que jamás enviara España a este país. Al principio triunfó en todas partes y durante algún tiempo la rebelión pareció completamente aplastada. Pero los insurgentes se repusieron de su sorpresa y se alzaron de nuevo contra la autoridad real. Las probabilidades de éstos altualmente mejoran y se extienden con rapidez, en tanto que ya no queda sino la mitad de la fuerza que por un tiempo los mantuvo sujetos; y aun esa mitad se ve menguada por el desaliento.

"Los gastos de la guerra han obligado al gobierno, además de muchos empréstitos forzosos, a establecer un impuesto de 10 % sobre la renta, que pecha toda propiedad. Tal medida ha sido la señal de partida para cuantos tienen medios de emigrar.

"Respecto de los extranjeros, la conducta del partido real se caracteriza por la misma desconfianza que existía bajo el antiguo sistema. La única excepción reza con los buques que aportan artículos necesarios."

A estas consideraciones de índole general, conviene agregar las no menos interesantes que Stirling presenta sobre el estado de Caracas y La Guaira, sintomático a la vez de la ruina del país de que habla otra parte del informe y de la debilidad militar de los realistas. En rigor, ninguna de aquellas dos ciudades representaba ya valores militares apreciables, no sólo porque estaban medio destruídas desde el terremoto de 1812, sin que hubiese podido hacerse nada por su reconstrucción, sino también porque carecían de fortificaciones propiamente dichas, o las existentes eran sumamente precarias. "Caracas —dice Stirling— no debe en absoluto su seguridad a fortificaciones; y ello no porque la plaza sea inadecuada para la defensa, puesto que en el sitio de los destruídos cuarteles de la Trinidad se podría fácilmente erigir una obra suficiente que domine la ciudad, impida una sorpresa y en todo caso, proporcione refugio a la guarnición, de ser apremiada por una fuerza superior. Las tropas, alojadas ahora en casas privadas, viven en familiaridad con los habitantes, lejos de los ojos de sus oficiales y sufren de todos los males de una disciplina relajada; nunca se

las ejercita y rara vez se las pasa en revista; y la buena suerte parece tener mayor parte que la precaución en preservar la tranquilidad de la capital. Hay en ésta alrededor de 400 hombres de tropas europeas, y, además, tres compañías del regimiento de milicias de Caracas. ... A Caracas se puede acceder al este por el valle del Tuy, por el valle de San Fernando (sic) que comunica con los de Aragua por el oeste; y por la base oeste de la montaña detrás de La Guaira. El camino directo entre Caracas y La Guaira que pasa sobre las montañas no es practicable para una fuerza militar. ..... La población, si se juzga por el número de casas ocupadas, no pasa de la mitad de la que existía antes del terremoto. Desde entonces no se ha construído ninguna casa nueva y se han reparado muy pocas. En los conventos hay pocas monjas; sólo cuatro o cinco estudiantes en la Universidad: todo ofrece las marcas claras de la decadencia y de la ruina. Sin embargo, los mercados están bien abastecidos y los víveres son baratos. La arroba de veinticinco libras de carne de buey vale seis reales, o sea tres cuartos de dólar."

En cuanto a La Guaira, he aquí lo que dice el informe:

"La Guaira, que en otro tiempo se consideraba inexpugnable, es ahora poco más que un montón de ruinas. Su importancia como puerto de mar de Caracas no ha inducido a ninguno de los dos partidos, mientras ha estado en su respectivo poder, a reparar las fortificaciones de los daños que las hizo el terremoto de 1812. La línea del mar, que no sufrió tanto como las otras partes, está en condiciones tolerables, y al presente tiene montadas treinta piezas de artillería en muy buen orden. Estos cañones son suficientes para proteger los barcos, en la rada, de ataques de cruceros no apoyados. Las obras exteriores de la ciudad están desmanteladas y abandonadas, y aun al castillo de San Miguel, que se levanta sobre una colina en la parte posterior de la plaza, que es la clave de sus defensas y las domina todas, se lo deja sin guardia y abierto a las sorpresas del enemigo. La guarnición de La Guaira se compone de una compañía del regimiento de *Castilla* y de la guardia civil compuesta por todos los hombres de la ciudad. La población consiste en comerciantes, tende-

ros, pescadores y refugiados del interior del país y puede sumar tres mil almas."

Véase ahora en qué consisten, según el oficial británico, el poder y los recursos de los patriotas y cómo juzga su política:

"La fuerza militar del partido rebelde es tan cambiante de naturaleza, y se extiende tan hábilmente para sus operaciones, que es difícil obtener datos exactos sobre su número.

"Todos los jefes de cuerpos profesan obediencia a Bolívar como al oficial más alto de la República de Venezuela. Pero su autoridad no es muy grande, porque depende de la disciplina voluntaria de hombres cuyo móvil es el interés privado y no el bien de la causa. En general éstos no le deben ni siquiera sus nombramientos, porque o se los han hecho ellos mismos o los tienen por elección de sus partidarios.

"Mariño, quien manda frente a Cumaná, tiene en esa provincia alrededor de 2.000 hombres a su disposición. Piar, otro jefe, tiene 800 ante Guayana o Angostura. Arismendi cerca de 1.000 en Barcelona. Y Bolívar está reuniendo tropas en Margarita para una expedición cuyo objeto se desconoce, así como también el número de sus fuerzas. Estos ejércitos, que se componen sobre todo de negros mandados por oficiales blancos, están notablemente adaptados al clima y al país. No siempre van vestidos, pero no lo necesitan. A veces pueden subsistir de los productos espontáneos de la tierra. No han menester pago sino botín, y en general son valientes y fieles a sus jefes.

"Hay muchos extranjeros alistados en la causa de los insurgentes, y por su superior inteligencia gozan generalmente de gran consideración entre sus conmilitones.

"La fuerza naval de los insurgentes, compuesta de todos los piratas y gentes fuera de la ley existentes en estos mares, comprende algo así como veinte buques armados. A ello se puede agregar la fuerza auxiliar de un navío de veinte cañones y de varias unidades más pequeñas que Pétion les ha prestado, dícese que bajo la promesa de que al triunfar el partido rebelde declarará la emancipación de los negros.

"Esta alianza ha abierto los ojos del país acerca de los verdaderos designios de los líderes insurgentes y cambiado esencialmente la naturaleza de la contienda. Mandan los mismos hombres, pero no es ya el mismo partido que, al principio de la Revolución y prosiguiendo una política errónea, levantó el estandarte rebelde. Cuando los insurgentes derribaron la autoridad real, su partido no mostró ni buen juicio ni espíritu público; así, cuando en mayo último desembarcaron de nuevo en la provincia de Cumaná no podían esperar mucho de los blancos, y la necesidad les llevó a unir sus intereses a los de otras castas que tenían más poder y mayor inclinación a ayudarles. La primera medida que tomaron fué ofrecer la emancipación y la libertad a los esclavos si abrazaban su causa, y éstos no tardaron en acceder a sus deseos. Tal paso aumentó la fuerza del partido, pero destruyó su respetabilidad, y las pocas gentes que habían trabajado por principio en favor de la independencia del país, abandonaron al grupo que tanto aceleraba su propia ruina. Además de tener conexiones con Santo Domingo, los insurgentes atrajeron a sí, con la esperanza del botín, todos los desertores de las Indias Occidentales. Sin embargo, estos hombres, aunque merezcan mal el nombre de patriotas que han asumido, agregan fuerza a la causa por su valor y audacia."

Sobre el resultado del conflicto, el capitán Stirling ha recogido las opiniones corrientes, que resume así:

"Cuando se mira al futuro, adviértese que hay poca esperanza de tiempos mejores para los realistas. Los medios de que disponen no son adecuados para restaurar la autoridad del Rey ni para aplicar las leyes. Están persuadidos de que tendrán que abandonar el país y en general se piensa que ello será en el término de dos años. Las opiniones de los insurgentes son distintas, pero no más satisfactorias. Creen que sus esfuerzos para derribar al gobierno serán coronados por el buen éxito; pero abrigan grande aprensión a causa de los instrumentos que han tenido que emplear. Mientras tanto, los líderes se enriquecen con sus mandos, y confían en que alguna circunstancia afortunada les permita evitar la tempestad que ellos mismos provocaron al armar a los negros. Tal esperanza es débil, pero aun puede servir de objetivo para hombres arruinados.

"Es extraño observar cuán ansiosamente ambos partidos desean la mediación de la Gran Bretaña. Los realistas saben que sin ella el país se arruinará forzosamente; y los insurgentes creen que una intervención extranjera es la única posibilidad de prevenir el predominio de los negros."

El 15 de marzo, Morillo tiene su cuartel general en Calabozo y de allí mueve hacia Caracas. Con fecha 1.° de abril da cuenta al ministro de la guerra de su penosísima marcha a través de los Llanos, a tiempo que gran porción del territorio venezolano ha caído en manos de los insurgentes: "El traidor Páez estrechaba fuertemente el bloqueo de San Fernando y, noticioso, por comunicaciones oficiales de los jefes rebeldes de Barlovento, que Guayana estaba amenazada por el caudillo Piar, Margarita abandonada, Bolívar en Barcelona, Mariño sobre Cumaná y el pérfido Arismendi disponiéndose a venir triunfante al Continente con los foragidos que mandaba..." En resumen, los patriotas están más fuertes que nunca, hacen la guerra según métodos técnicos, los oficiales extranjeros han dado buenas lecciones; en tanto que las tropas reales se hallan diezmadas por las enfermedades y la detestable administración. "Los rebeldes —dice el Pacificador el 8 de mayo— no son ahora los mismos que empezaron la revolución; han adquirido mucha inteligencia y valor en cinco años de guerra, se baten con denuedo y han adquirido la misma progresión que nosotros en la guerra de la Península, poniéndose casi en el mismo estado a que llegaron nuestras tropas en las campañas de 813 y 814". En cuanto a la guerra de Margarita, Morillo se expresa en términos rabiosos: "El clima y el hambre son allí aún más terribles que la muerte misma, al paso que aquellos bárbaros isleños, alimentados con peces salados que ellos cogen o alguna mazorca, tienen una salud robusta y una superioridad incontestable sobre todo el que quiera disputarles su árido, seco y enfermizo país". En cambio, no hay idea de las penalidades que agobian a las tropas de Su Majestad en aquellas interminables campañas, sobre todo en los Llanos: "Han padecido los males de una plaga inmensa de mosquitos y garrapatas y de millones de insectos enemigos del hombre, que parece ha colocado la Providencia en aquellas apartadas regiones y que jamás pueden ser

habitadas. El paso de tanto río navegable, sin canoas a propósito; de los caños profundos y valles pantanosos han puesto a la más dura prueba a nuestros valientes e infatigables soldados. El hambre, la disentería, las calenturas han ejercido su cruel imperio en aquellos desiertos y muchos oficiales y tropa terminaron gloriosamente su carrera". Las pérdidas de europeos habían sido tan considerables que, dos años después de la llegada de Morillo, las tres cuartas partes de su ejército estaban formadas por soldados venezolanos, soldados "criollos", como él los llama. Cuerpos enteros, por ejemplo, la tercera división, que guarnece la Nueva Granada, son venezolanos, y sólo cuentan algunos oficiales y sargentos europeos.

Morillo se queja durante todos los años de su mando de la poca o ninguna colaboración que le prestan las autoridades civiles y aun militares, sobre todo en lo concerniente a suministros para el ejército. Censura el sistema administrativo en general y el expedienteo, que todo lo retarda; e insiste en la incapacidad de los jefes y funcionarios y les nombra con todas sus letras. Aun a aquellos que fueron empleados por indicación suya y a quienes en un momento dado elogiara y recomendara trátales luego con acerbas palabras: Moxó, por ejemplo, quien al fin desertó de su puesto de capitán general. Los "beneméritos soldados" perecen por la inercia culpable de los civiles. Las tropas, hambrientas y desnudas, se desbandan. Enrile, portavoz del Pacificador en Madrid, decía al ministro de la Guerra el 19 de junio de este mismo año: "El jefe enemigo es un dictador con talento y bien obedecido, cuando el general del Rey es contrariado de todos modos, y, en realidad, el partido no es igual". O bien: "El plan de los insurgentes se consolida más cada día, evitando las disensiones domésticas que los dividen y dirigiendo sus empresas al mismo fin. Ellos son hábiles, necesitados, apoyados por hombres de talento aunque desgraciados". En rigor, estas últimas frases encierran una involuntaria ironía del realista, si las aplicamos a aquellos precisos momentos en que se agriaba la rivalidad entre Bolívar y Mariño y se preparaba el drama de Piar. Enrile había dejado a Venezuela cuando aquéllos parecían definitivamente unidos. "Las fuerzas respetables que quedaron en Venezuela —dice todavía

Morillo el 8 de mayo— no han sido empleadas con acierto; mis instrucciones no se han cumplido en todo ni en parte; la opinión pública es la más perversa; un trastorno general se halla introducido en todos los ramos de la administración y gobierno". Para salvar la situación, Morillo reclama el establecimiento de un gobierno puramente militar en Venezuela, "que es el punto importante"; en tanto que en el Nuevo Reino pueden continuar "marchando los jueces". Y concluye: "Los que creen que estos países frenéticos con la idea de independencia, particularmente Venezuela, pueden sujetarse por medios suaves y conciliatorios, no tienen interés alguno por el servicio de Su Majestad".

El Pacificador no ha recibido de España reemplazos de ninguna suerte después de su llegada con el ejército expedicionario. Sus batallones están reducidos a quinientos hombres. Y las tropas realistas del país, los soldados venezolanos comienzan a vacilar en su fidelidad a la causa: "Sobre todo las provincias de Cumaná y Barcelona son las más desleales de América y puede decirse que no hay ni un solo hombre que sea fiel... El país se halla arrasado y no se encuentra en él otra cosa que enemigos del Soberano". Así, el reclutamiento de "criollos" para el ejército se hace cada día más difícil, y la causa patriota va ganando en la opinión pública: "Es increíble los progresos que ha hecho la opinión de independencia entre estos habitantes", escribirá el Pacificador, de Cumaná, el 28 de agosto. Y es en esta comunicación al ministro de la Guerra que dice: "Los venezolanos son los franceses de la América, y con la misma veleidad e inconstancia que aquéllos, pero con mucha menos ilustración. Son susceptibles de todos sus defectos e incapaces de ninguna de sus virtudes, dispuestos a alborotos y tumultos, de una variedad ilimitada en sus opiniones, que los lleva a ser tan pronto de un partido como de otro; y como el mayor número son de color, no tienen más objeto ni más guía que el robar y enriquecerse. Desde el principio de la guerra han ido extinguiéndose poco a poco los blancos, y ya en los pueblos tierra adentro apenas si se ve alguno de ellos, siendo negros y mulatos la mayor parte de los habitantes, hasta las mismas costas. Con esta gente encuentran abrigo todas las novedades que puedan

alterar el orden y las conmociones aquí, con cualquier pretexto, serán eternas". Ya en su despacho de 8 de mayo, Morillo indicara esta transformación racial del país: "La mortandad y la desolación que una guerra tan cruel ha ocasionado va disminuyendo, de un modo conocido, la raza de los blancos, y casi no se ven más que gentes de color enemigas de aquéllos, quienes ya han intentado acabar con todos".

Según leemos en un estudio del historiador español D. Jaime Delgado, la Secretaría de la Guerra envió a la de Estado, el 28 de setiembre de aquel año y a petición de ésta, un informe que contenía los últimos partes recibidos de América, entre ellos los mencionados del general Morillo. "A la vista de estos documentos —dice Delgado—, el primer secretario de Estado informó al rey, haciendo ver a Su Majestad que la insurrección iba tomando incremento en Venezuela, donde Morillo —según confirmaba en su carta número 154— había perdido la isla de Margarita y la Guayana. "Es muy interesante este despacho —escribe el secretario de Estado—, y no es fácil manifestar en extracto las consecuencias que son de temer abandonados aquellos puntos. El General lo manifiesta por extenso y no oculta sus temores si no se le envían refuerzos, principalmente de oficiales, y pinta a aquellos habitantes muy parecidos en su carácter ligero a los franceses". Así, dueños los insurrectos de Guayana, se establecerían fácilmente sobre los ríos Orinoco, Apure y Meta, y avanzarían por el interior hasta el Nuevo Reino de Granada".

A principios de mayo, Moxó aconseja que la anunciada expedición de Canterac desembarque en Cumaná, pero que se evite enviar aquellas tropas europeas a guerrear en el "mortífero" clima de la región de Güiria. Los insurgentes, decía el capitán general, se hacían siempre fuertes allí, porque "conocen que es nuestro sepulcro" y así lo demostraba una experiencia repetida y "las horrorosas bajas que ha sufrido *Barbastro*". Era necesario emplear en aquella terrible campaña la "tropa criolla de Cumaná" y las partidas realistas que había en las montañas de Cariaco y de Carúpano. Morillo revocó las instrucciones dadas a Canterac de abordar en Margarita y ordenó a éste lo hiciese en Cumaná, donde se juntaría a la primera división del ejército

para "destruir el cuerpo principal y más fuerte que tienen los rebeldes mandados por Bolívar, Mariño, Bermúdez, Monagas y toda la banda de jefes insurgentes de la Costa Firme". Morillo se propone dirigir personalmente aquellas operaciones. "Pasado mañana —escribe el Pacificador al ministro de la Guerra, de Chaguaramas, justamente el 8 de mayo— me incorporaré con la primera división que está a las órdenes del coronel D. Juan Aldama, y que es la única fuerza veterana con que cuento actualmente. No sé si será posible emprender el socorro de Guayana, a la distancia de más de ciento treinta leguas, en un país desierto y arrasado, sin una caballería en que transportar auxilios y en la estación en que van a principiar las lluvias". En El Chaparro, Morillo concentró cerca de 6.000 hombres, y luego avanzó con parte de ellos hacia el Orinoco, pero apenas pudo llegar a Santa María de Ipire, pues "las constantes y copiosas lluvias me cerraron el paso absolutamente".

En aquellos momentos el Libertador marchaba a Guayana, el ejército patriota de Oriente se "disolvía" y el general Mariño se dedicaba a la vez a formar nuevas tropas y a reunir "su" congreso. ¿Cuántos ejércitos levantó Mariño? ¿Cuántos dió a Bolívar? La rapidez con que el héroe oriental organizaba divisiones y entraba en campaña, utilizando los recursos del país para procurarse armas y municiones, llamaba la atención de los generales españoles. En un informe de Morillo de 9 de octubre de 1817 se lee: "Piar y Mariño, que desembarcaron solos en la costa de Güiria, aprovechándose de los esclavos que sublevaron, llegaron a formar el uno un batallón y el otro un ejército, con cuyas fuerzas han invadido la provincia de Cumaná y hecho sufrir la incalculable multitud de vidas que tanto se lamenta". Y con referencia a las operaciones del segundo semestre de 1816, el Pacificador escribió al ministro de la Guerra el 2 de julio del año siguiente: "Mariño, sin embargo, desembarcó solo en estas costas y con poco más de 1.000 hombres que pudo reunir encerró aquí (en Cumaná) las guarniciones y puntos avanzados en número de 600 de que disponía el gobernador brigadier D. Tomás de Cires. Así quedó aquel caudillo dueño de toda la provincia, de sus riquezas, de sus recursos y de su población". Fué con aquel ejército que Mariño

socorrió a Bolívar en Barcelona. Ahora ha organizado otro, compuesto en su mayor parte, según afirmaba Morillo, de esclavos a quienes ofrecía la libertad. En realidad, el jefe republicano se esforzaba en reclutar sobre todo extranjeros, como lo había hecho años atrás, al menos para formar los cuadros de su tropa. Pero aquel reclutamiento se hacía ya difícil, como lo vemos por un despacho de Woodford, de fecha 3 de abril, y en el cual el gobernador informa que del Continente han regresado a Trinidad algunos franceses y guardia-marinas ingleses, que habían ido voluntariamente a juntarse con los insurgentes y volvían "insatisfechos y disgustados". Sin embargo, Woodford creía, y así era, probablemente, que algunos de aquellos voluntarios iban a la isla a alistar otros o en solicitud de armas y ropas.

En Ipire supo el jefe español el desembarco de Canterac, verificado el 21 de mayo. Retrocedió entonces al Chaparro, dejó allí acantonada la división de Aldama y continuó con el resto de sus tropas hacia Barcelona y luego hacia Cumaná, donde llegó el 4 de junio. El general Canterac traía un ejército de 2.600 soldados, distribuídos así: dos batallones del regimiento de *Navarra,* con 800 hombres cada uno; el segundo batallón de *Burgos,* con 800 hombres; dos escuadrones de lanceros; y dos compañías de caballería de 192 plazas; una compañía de 80 artilleros; y 12 piezas montadas. Esta fuerza debía prestar servicio bajo Morillo y seguir luego al Perú, vía Panamá.

Como hemos visto, los patriotas ocupan casi toda la provincia, estando los realistas reducidos a la capital. Morillo decide atacar a Mariño, quien se encuentra en Cariaco, al frente de 2.000 hombres con armas suficientes, pero aún en vías de organización. El 10 de junio Canterac, al frente del batallón de *Burgos,* uno de los de *Navarra* y de sus lanceros, asalta a Cariaco, que Mariño defiende en persona encarnizadamente, sin lograr contener la acometida de aquellas fuerzas frescas y perfectamente ordenadas. En el sangriento combate caen heridos y prisioneros, entre otros oficiales, el joven Francisco Sucre, Antonio Herrera y el teniente coronel Jugo, secretario del general en jefe y cuyo nombramiento para mandar una división fué, como se recordará, origen y pretexto de la rebelión de Bermúdez,

Valdés y Armario. Jugo será fusilado en Cumaná. Siete años más tarde, en Ayacucho, el mariscal acordará a Canterac, matador de su hermano, la más noble capitulación.

Mariño, derrotado, retrocede hacia Carúpano, de cuya plaza expulsa al realista Quijada y otra vez hace frente a los españoles. Nueva batalla el 13, decisiva y adversa al general patriota, quien escapa con un puñado de soldados y, por las montañas de Paria, gana Maturín, con su siempre irreductible voluntad de rehacerse y de continuar la lucha.

Lecuna narra las cosas así: "Mariño retrocedió desconcertado a Guanaguana, donde permaneció inactivo muchos días, mientras los españoles destacados por Morillo de Cumaná tomaban a Cariaco el 10 de junio y a Carúpano el 13, tras reñidos combates en los cuales destruyeron las principales fuerzas de Mariño e hicieron prisioneros y fusilaron por orden de Morillo al célebre coronel Rafael Jugo, el favorito de Mariño, causa de tantos trastornos, al valiente capitán Francisco Sucre... y a muchos otros". El escamoteo de la parte personal y efectiva que en los combates mencionados tomó Mariño, se debe originariamente a Baralt, quien con su acostumbrada desenvoltura cuando de aquél se trata, dice que "al saber" Mariño la pérdida "en corta pelea" de Cariaco y de Carúpano, "se replegó a Maturín con algunos dispersos, en tanto que otros se dirigían a Güiria. He allí el espíritu con que se ha escrito, de ordinario, la historia del héroe oriental. Pero la narración de Baralt parece a su vez fundarse en la muy somera de Urdaneta, quien por un lado se contradice cuando, después de asentar que "Mariño retrocedió a Cariaco" al separarse de él en Guanaguana, añade que las tropas españolas de Cumaná aprovecharon "la ausencia que acababa de hacer éste" de dicho pueblo para derrotar "la división que estaba en Cariaco". Urdaneta añade asimismo que los españoles atacaron también porque "sabedores de la ida de la escuadra para el Orinoco", ida que se efectuó, como se sabe, muchas semanas después de la citada entrevista de Guanaguana. La verdad es sencilla: como palmariamente aparece de los acontecimientos narrados poco antes, Mariño se encontraba desde fines de mayo en su cuartel general de Cariaco, ocupado no sólo en reorganizar

el ejército, sino en establecer el gobierno provisional del Estado de Cumaná. Las fechas no dejan duda: la carta a Brión sobre este último negocio es de Cariaco y del 29 de mayo; el ataque realista es del 10 de junio. Es absolutamente inverosímil que en el intervalo Mariño se haya vuelto a Guanaguana y "permanecido inactivo" allí. Por lo demás, inacción es vocablo socorrido cuando se habla de quien fué, al contrario, jefe tan activo como el que más en aquellas guerras. Adviértase, a mayor abundamiento, que habría sido inconcebible que el general que escribió a Madariaga el 30 de abril las frases que hemos citado, sobre la necesidad de su presencia en el ejército y su decisión de batirse a todo trance, hubiera abandonado dicho ejército para el 10 de junio. No vacilamos en remachar algunas de esas frases: "Los momentos son preciosos y un solo instante de ausencia mía sería bastante para perderlo todo... Yo no puedo separarme un instante... Estoy dispuesto a disputar este terreno palmo a palmo; y protesto por mi honor que (el enemigo) no pisará una pulgada sin cubrirla primero con su sangre". Concluímos que, de cualquier manera que se lo exprese, es absurdo afirmar que Mariño estaba ausente de Cariaco y de Carúpano cuando los españoles atacaron ambos pueblos. No tiene, pues, fundamento el por otra parte anfibológico comentario de Urdaneta y no pueden tenerlo los demás basados en él. Entre los testimonios que desechamos figura, naturalmente, el de Restrepo, cuya relación está aquí, como casi siempre, calcada en la de Baralt o deriva de fuente igual a la suya.

Por consiguiente, tampoco parece digno de crédito en este punto el aserto semejante que se encuentra en la relación anónima de las guerras de Oriente, que existe en el archivo de Rafael Acevedo. Este escrito, interesante por más de un respecto, abunda también en errores de hecho y en compendios infundados. Véase, por ejemplo, cómo se sintetizan allí los largos y complicados sucesos de Barcelona que hemos tratado de poner en claro: Bolívar "fué reconocido de nuevo por la tropa de gefes de Barcelona Gefe Supremo de la República, y en unión de todos marchó a la Provincia de Guayana a reunirse con Sedeño y Monagas, quedando en Barcelona con una guarnición el General Freytes. Mariño solo regresó a la Provincia de Cumaná, fixó

su Quartel General en Cariaco y aquí reunió y organizó una División de dos mil hombres bien armados". El tono característico de este escrito permite creer que su autor era partidario de Bermúdez.

Merece la pena indicar también aquí la parte de inexactitud que contiene la siguiente afirmación con que Lecuna completa sus anteriores: "Ya hemos expuesto los triunfos del enérgico y valeroso coronel Jiménez, destacado por Morillo a Cumaná, sobre las tropas de Mariño en Cariaco y Carúpano, y la captura de un corsario pequeño surto en el último, mientras Mariño intentaba catequizar para su partido a los oficiales de Maturín, quedando así perdido el territorio reconquistado, durante su ausencia en Barcelona, por el coronel A. J. de Sucre". En realidad y conforme se ha visto y quedó demostrado a su tiempo, todas las ciudades de la costa excepto Cumaná fueron reconquistadas o libertadas por Mariño en persona antes de ir a asediar esta última plaza. Hasta pudo verse que el general debió levantar el asedio para acudir a sofocar movimientos realistas en el litoral. Déjese, pues, tranquilo a Sucre en el puesto de observación que le confió Mariño cuando partió a auxiliar a Bolívar.

Luego de señalar el malogro de la expedición de La Torre a Guayana, el general Morillo continúa en sus *Memorias:* "Yo penetré hasta Cumaná y Carúpano, después de haber atravesado el interior de tres provincias; todos los puertos de mar, donde reside la mayor parte de la población, fueron arrebatados al enemigo, y poco tiempo después me encontré, con fuerzas suficientes, en el suelo pérfido de Margarita". Pero la descripción de su campaña contra Mariño dióla el Pacificador en su despacho de 2 de julio al ministro de la Guerra. Marchó —escribe— "sin detenerme con parte de la división expedicionaria sobre Carúpano y la costa de Güiria, de donde han sido arrojados y batidos los rebeldes mandados por Santiago Mariño, que se titulaba Segundo Jefe de la República, cuyo ejército, que ascendía a 1.800 ó 2.000 bandidos, ha sido deshecho y dispersado en diferentes encuentros, particularmente en el pueblo de Carúpano, a donde el teniente coronel D. Francisco Jiménez, comandante del batallón de *Clarines,* hizo prisioneros varios jefes y se apoderó de la artillería y armamento. La costa de Güiria, Cariaco, Río Caribe, Cumanacoa

y en general toda la provincia ha quedado en nuestro poder y limpia de malvados. Se han presentado en número de seiscientos rebeldes, la mayor parte de los dispersos que erraban por los montes. Hemos cogido catorce cañones de los calibres de 4, 8 y 12, más de quinientos fusiles y todas las municiones. Estas y el armamento lo compraban en las colonias, a cambio de cacao, café..."

Como se ve, Morillo atribuye al solo Jiménez el triunfo de Carúpano. Quizá se debió esto a que el Pacificador no se entendía ya muy bien con Canterac. No es por ello menos cierto que a dicho triunfo concurrieron el batallón *Burgos* y los lanceros del ejército de dicho Canterac. Según Morillo, fué en este último combate y no en el de Cariaco, como asienta Baralt, donde Mariño perdió su artillería. Coincidiendo con el tono de la comunicación del Pacificador, Restrepo y algún otro autor dicen que Morillo mandó en persona el combate de Cariaco. En todo caso, y en lo que atañe a Mariño, aquella comunicación demuestra que se hallaba al frente de sus soldados y no "en el interior del país".

Al mismo tiempo que se verificaban dichas operaciones de tierra, la escuadrilla real, al mando de Guerrero, limpiaba el litoral de buques republicanos.

Parecía que, esta vez, no quedaba ni un solo patriota en aquella parte de Oriente, mas ya veremos cómo Mariño reaparece con otro ejército y se lanza a dar y recibir nuevos golpes en la tremenda lucha que ha emprendido contra el realista y en la cual no se le ve jamás desmayar, cualesquiera que fuesen las circunstancias. Por ahora, su campaña, aunque desgraciada, ha prestado considerable servicio a la República, pues reteniendo al ejército de Morillo y Canterac en Cumaná durante tres meses, ha contribuído tal vez de manera decisiva al buen éxito de las operaciones del Libertador en Guayana, las cuales tomaron su definitivo giro precisamente en aquel lapso. Es de preguntarse, en efecto, cómo Bolívar habría podido resistir entonces si su ejército se hubiese hallado cogido entre La Torre, que se defendía, y las fuerzas considerables que Morillo debió conservar en Oriente. Una vez el Libertador dueño de Angostura, el peligro de Guayana se volvió contra los españoles.

XVI

UNA CANALLA RESUELTA A MORIR

MORILLO, por su parte, reconquistado que hubo la Costa Firme oriental atacó a Margarita. Una flotilla de transportes embarcó en Carúpano a Canterac y las tropas que allí había y les condujo a la isla de Coche, donde, el 13 de julio, aguardaba el Pacificador.

Mayz, Zea y Madariaga no esperaron, naturalmente, que aquella amenaza se precisara para abandonar la isla, y desde el 29 de mayo, es decir, antes de los reveses de Mariño, resolvieron trasladar de Pampatar a Maturín el "gobierno general", que comprendía los secretarios de Despacho, así como el Poder judicial. Recuérdese que más de una vez y en determinadas circunstancias Mariño manifestó que Maturín era el reducto militar donde se podría siempre y en último caso defender las provincias orientales. En lo cual debemos darle razón, pues es sabido que jamás pudieron los realistas reconquistar dicha región.

En consecuencia de aquella decisión, Mayz pidió a Brión que tomase las medidas del caso, a lo cual contestó el almirante que en acatamiento a órdenes recibidas del Libertador debía conducir la flota a Guayana, y que por tal motivo sólo para esta región concedería transportes y auxilios. Era un golpe de gracia para el gobierno, que no podía entonces menos de disolverse. Es inimaginable lo que habría

sucedido de haberse instalado en Maturín los poderes de Cariaco en vez de ir la mayor parte de sus miembros a implorar en Angostura el perdón de Bolívar y aceptar su autoridad dictatorial.

El almirante salió pocos días después con sus diecisiete buques, en lenta navegación hacia Guayana. Llevaba consigo a ciertos individuos del Ejecutivo y del Poder judicial, algunos jefes y oficiales y centenares de particulares margariteños o refugiados en la isla. Mariano de Briceño se muestra excesivamente severo al juzgar la "fuga desordenada" del "llamado gobierno federal" y sobre todo de Brión, quien "arranca del seno patrio hombres tan importantes como el margariteño Antonio Díaz y se lleva casi todas las armas y pertrechos que para su defensa necesitaba Margarita". En realidad, hubo pánico en la isla y en Costa Firme a la partida del almirante, y sobre la impresión y resultados que ésta produjo poseemos también el dato de Woodford, en comunicación dirigida a lord Bathurst el 25 de junio: "Tengo a honra informar —escribe el gobernador— que en los últimos tres días hemos recibido de Margarita, Carúpano, Río Caribe y Güiria nueva emigración, que excede de trescientas personas". Y luego el siguiente importante párrafo, con referencia al gobierno de Cariaco: "Parece que el almirante independiente Brión zarpó de Margarita para Guayana el 30 de mayo, y como la flota española pasara poco después, muchos habitantes huyeron por temer que anduviese allí. Al mismo tiempo las tropas realistas avanzaron de Cumaná contra Cariaco, donde Santiago Mariño había proclamado pocos días antes un nuevo gobierno llamado la Unión, le obligaron a retirarse hacia Maturín y tomaron desde entonces posesión de toda la costa. Se dice que el pueblo de Margarita está muy descontento por la traslación del gobierno, cuyos miembros fueron conducidos por los buques independientes".

Sin embargo, la medida que tomó Brión en virtud de las órdenes del Libertador, que conocemos, fué acertada y por ella se salvaron para las operaciones de Guayana elementos de todo género. En aquellos días fijábase la suerte de la guerra con la campaña del Orinoco, base y arteria de la República. Todo cuanto reforzase la posición de Bolívar sería decisivo. ¿Por qué iban a tener aquellos

hombres por indispensable para la causa que defendían una nueva heroica matanza de margariteños? ¿Y yéndose al lado de Bolívar no probaban todavía los incomprendidos próceres de Cariaco que no eran ni habían sido sus enemigos? Tampoco parece merecer personalmente Mariño, desde el punto de vista militar, el reproche que le hace Briceño de no haber tratado de escapar a Morillo y corrido en socorro de Margarita, "sabiendo que sus operaciones en Paria estaban condenadas al fracaso y cuando en la isla estaba instalado el gobierno formado en Cariaco". ¿Qué clase de auxilio podía llevar a la isla el general cuando, fugitivo de Carúpano con un puñado de oficiales, se rehacía a duras penas en los montañas de Paria y en Maturín? De todas maneras, si Morillo, al atacar y vencer a Mariño, destruyó la base militar de la empresa restauradora de Cariaco, el asalto que dirigió contra Margarita dió al traste con el flamante gobierno y puso término a uno de los episodios más interesantes y menos imparcialmente juzgados de la historia de Venezuela. Así, tuvo el Pacificador mayor parte que el Libertador en la desbandada de aquellos próceres, pues si bien el almirante, por obedecer al segundo, abandonó a sus compañeros de "movimiento", es imposible saber lo que habría sucedido si por entonces los realistas no hubiesen roto una vez más en su favor la balanza de fuerzas que caracterizó durante varios años la guerra en Oriente. Fué evidente desde el principio que ni congreso ni gobierno podrían subsistir sino apoyados en el ejército de Mariño, y tal ejército no existía ya.

Al decir que el almirante Brión abandonaba a sus compañeros, empleamos una expresión que quizá se justificara hasta ahora, a causa de la oscuridad que envolvía su conducta en aquellas circunstancias, como lo está aún la de muchos de los personajes históricos de la época. En su nota de noviembre a López Méndez, el Libertador asienta: "Cuando esto pasaba (el establecimiento por Mariño del gobierno provincial) y la expedición española llegaba a Cumaná, había obligado a nuestra escuadrilla a salir a Margarita con el nuevo gobierno, que teniendo noticias oficiales de mi situación por despachos que recibió el señor Almirante, tomó la resolución de restablecer por un acto de renuncia la unidad del poder ejecutivo, para evitar la dila-

ceración del Estado, que el ejemplo de la disidencia del general Mariño podía producir, y que en efecto iba ya produciendo". No conocemos ningún "acto" expreso del gobierno federal en el sentido que indica Bolívar; pero éste presenta los hechos como debían serlo entonces para liquidar la grave cuestión de manera decente y política. Sin embargo, documentos importantes de los archivos ingleses, que aquí insertamos o comentamos, permiten descubrir que el almirante Brión al partir para Guayana entendía seguir fiel al gobierno que había contribuído a establecer y al cual solamente se trataba de cambiar de sede, en vista de las nuevas condiciones militares. Brión creía sin duda que Bolívar aceptaría tal gobierno como legítimo y le instalaría en Angostura; y por ese motivo juntaba su propia fidelidad a uno y a otro en la decisión de continuar prestando sus invalorables servicios a la República. Será, pues, a su llegada al Orinoco cuando, inclinándose ante la voluntad del Libertador, renunciará a sostener el programa y las autoridades de Cariaco. Véase lo que enseñan los papeles ingleses.

En su ruta hacia Angostura el almirante, cuyo pabellón ondeaba en el mástil de la goleta *General Mariño,* tocó en Granada el 10 de junio, al frente de seis o siete goletas y bergantines que formaban parte de su escuadra, el resto de la cual parecía haber seguido directamente a su final destino. Allí pidió el reconocimiento y admisión en puertos ingleses de la bandera federal, obrando en nombre del restaurado gobierno de los "Estados Unidos de Venezuela". He aquí la comunicación que, a tal fin, dirigió, en lengua española, al mayor general Riall, gobernador de la isla:

"Excel.^{mo} Sôr: La casualidad de pasar por estas inmediaciones con una parte de mi esquadra me proporciona la satisfacción de manifestar à V. Ex.^{a} los sentim.^{tos} de predilección y de amistad de que se halla animado mi Govierno respecto de la Gran Bretaña, y la consideración personal que le merece V. Ex.^{a} — Los Estados-Unidos de Venezuela acaban de dar una prueba solemne de estos sentimientos en el decreto por el qual se concede entre otras cosas que el comercio inglés no pague mas que un seís por ciento por todo derecho de importacion en lugar de diez y siete y medio que se exige al de las demás

Naciones, y que para la exportación sean considerados sus negociantes como los mismos hijos del país. — La ocupación de un territorio de tantos productos como la Guayana, y el establecimiento en él de la residencia del Govierno y del Almirantazgo van a dar una vasta extensión a nuestras relaciones comerciales con las islas de Barlovento. Aora se verá quanta rason tenian (los?) ilustrados para clamar por la independencia de nuestro pais, y que grandes y profundos calculadores eran los Pitt y los Fox, que dieron el primer impulso a esta empresa, desgraciadamente suspendida entonces por los acontecimientos de Europa. Estaba reservada à V. Ex.ª la satisfaccion de que baxo su mando comenzaran à verse en esta isla los frutos de aquella sabia politica, como yo espero se verificará bien pronto, estrechando nuestras comunicaciones. A este efecto se necesita saber si nuestros buques así mercantes como de guerra seran admitidos en este puerto con su pavellon del mismo modo que lo son en Jamaica. Ruego à V.Ex.ª se sirva comunicarme su determinacion sobre el particular. — Permítame V. Ex.ª que me aproveche de esta ocasion para manifestarle mi adhesión particular à su persona y los sentimientos de la alta consideracion con que soy de V. Ex.ª el mas atento servidor. L. BRION, Alm.te Abordo de la Goleta *General Mariño* à 10 de junio de 1817. — Exmô. Sôr Mayor General Gobernador de la Granada."

El gobernador respondió sin tardar, en inglés: "Casa de Gobierno, Junio 12 de 1817. — Señor: He tenido la honra de recibir su carta fechada ayer y me permito expresar mi satisfacción por las seguridades de respeto y amistad hacia la Gran Bretaña que expresa. — En respuesta al asunto sobre el cual me pide información, tengo a honra decirle que mi gobierno desea mantenerse estrictamente neutral entre los partidos contendientes en la América española. Por consiguiente, no intervendré, ni estorbaré a ningún barco perteneciente a algún Estado amigo de la Gran Bretaña, que pueda llegar al puerto de esta isla y observe las leyes municipales relativas al comercio.—*P. Riall.* Gobernador. — Al Almirante Brión, comandante de la escuadra de los Estados Unidos de Venezuela".

Con fecha 30 del propio mes, Riall dió cuenta del suceso a lord Bathurst, en los términos siguientes: "Mylord: Tengo a honra infor-

mar a Vuestra Señoría que una escuadra de buques de guerra, compuesta de seis o siete unidades (bergantines y goletas) pertenecientes a los Estados Independientes de Venezuela y bajo su bandera, y mandada por un almirante Brión, llegó a esta isla el 10 del corriente. La goleta que llevaba el pabellón almirante entró a la bahía con la intención aparente de anclar, lo cual no permití. Pero refiriéndome a la carta de Vuestra Señoría de 10 de febrero de 1814, por la cual se ordenó al difunto gobernador Sir Charles Shipley "mantener estricta neutralidad entre los partidos contendientes y de evitar cualquier medida que pudiere ser interpretada como acto de hostilidad hacia cualquiera de ellos", dispuse intimar al almirante Brión que sus buques podían anclar, si lo deseaba, al amparo de los cañones del fuerte. Él rehusó, sin embargo, y permaneció al pairo, durante cuatro o cinco días, a una o dos millas de la costa, después de lo cual hizo vela hacia el sur. Declaró que el motivo de permanecer tantos días en las afueras de este puerto era reunir su escuadra entera, que había recibido orden de concentrarse cerca de la parte oeste de Granada, con el propósito de ejecutar operaciones ofensivas contra Guayana en el Orinoco. No obstante, créese generalmente que fué expulsado de la isla de Margarita por una escuadra superior en número que se dice acaba de llegar de España.

"Tengo a honra incluir una carta que recibí del almirante Brión, así como mi respuesta, que espero será aprobada por Vuestra Señoría. Agradeceré muchísimo que Vuestra Señoría quiera informarme si "mantener estricta neutralidad" significa que yo deba permitir que los buques y los navíos de guerra que lleven la bandera de los Estados Unidos de Venezuela entren a los puertos de esta isla con el propósito de hacer aguada, abastecerse y repararse, del mismo modo que lo permito a los buques y a los navíos de guerra que navegan bajo la bandera real de España. — Tengo a honra, Mylord, ser de Vuestra Señoría el más obediente servidor. — *P. Riall.* Gobernador."

No encontramos la respuesta concreta que diera Bathurst a esta comunicación del general Riall; pero se sabe que las autoridades de Londres no cesaban de renovar a sus representantes órdenes de preservar a toda costa la neutralidad. Citemos a este respecto otro de los

documentos cuya copia tenemos a la vista. Se trata de una nota, fecha 1.° de agosto siguiente, en la cual John Wilson Croker, secretario del Almirantazgo, pide a William Hamilton que informe a lord Castlereagh que se ha ordenado a dos pequeñas fragatas y a un bergantín vayan a reforzar la flota del comodoro Bowles, estacionada en Sur América. Al mismo tiempo, los lores comisarios desean saber si, releída la correspondencia de Bowles, el *Foreign Office* no juzga necesario dar algunas instrucciones de carácter político tanto a este oficial como al comandante de uno de los buques aludidos que, probablemente, iría también al Pacífico. Castlereagh no creyó útil dar al último tales instrucciones; pero al pie de la nota de Croker se halla escrita, con lápiz, la indicación siguiente, que confirma cuanto arriba decimos y que se aplica también a la política inglesa en el mar de las Antillas: "Los comandantes de dichas estaciones deberían recibir instrucciones de seguir el sistema establecido hasta ahora para la de Buenos Aires, que es de observar cuidadosamente el curso de los sucesos públicos y dar informes detallados de ellos en su correspondencia, de abstenerse de toda intervención política entre los partidos adversos, de mantener la paz y buen entendimiento con los amigos de Su Majestad, y de continuar tomando medidas activas para proteger el comercio legal de los súbditos de Su Majestad".

Reunida su flota, probablemente en aguas de Granada, como se ve. dirigióse el almirante Brión al Orinoco, donde el Libertador proseguía operaciones que tomaban desde ahora carácter decisivo, porque fijarían al fin una base estratégica y política a la República.

Madariaga, empresario del cívico espectáculo de Cariaco, no fué a Guayana, pero sí escribió a Bolívar "una larga carta" en la cual —según éste comunicó a Piar el 14 de junio— "entre otras cosas me dice que volvía a Jamaica para de allí escribir a Inglaterra en favor de nuestra independencia". En realidad, el canónigo llevaba misión oficial de sus colegas ante las autoridades británicas. El capitán Estévez fué enviado por Brión a Jamaica con pliegos para esta isla y para Londres, y dice en su relación que: "Llevamos a bordo del *Condor* al señor canónigo de Chile, que también iba en comisión".

No conocemos la carta de Madariaga para Bolívar, cuyo examen presentaría grande interés; ni hemos podido seguir sus nuevos pasos en Jamaica, pues no existe en los archivos provenientes de dicha isla nota alguna a su respecto. Sábese, como hemos dicho, que no fué a Europa ni a los Estados Unidos y que fué Maxwell Hyslop quien, probablemente por su encargo, llevó a Londres los papeles de Cariaco. El canónigo continuó, pues, en las Antillas su vida trashumante e inspirada siempre por el deseo de servir la causa de la Independencia hispano-americana junto con la de la libertad civil. Ramón Azpúrua al trazar su biografía, se pregunta —para rechazar púdicamente tan importuna idea— si la persistente desgracia del prócer en el ánimo de Bolívar, quien perdonara ofensas mayores de Bermúdez y de Montilla, no se debió a que el canónigo "se había enagenado la voluntad del Libertador con la escena de Cariaco y con la propaganda contrariando su autoridad". La respuesta debe ser afirmativa, porque de los documentos se deduce claramente que Bolívar tuvo al chileno por culpable principal de lo ocurrido y así su cólera cayó inexorable sobre él, aun cuando, pasada la tempestad, absolvió a sus "cómplices" o fingió olvidar otras responsabilidades no menos grandes en aquella "escisión en que puso a la República el canónigo Madariaga", según escribió un poco más tarde a Lino de Clemente. Y no debe tenerse por absolutamente cierto que si el culpable se hubiese presentado en Angostura como lo hicieron sus colegas, Bolívar le habría perdonado, pues el rencor de éste aparece sólido e implacable. A prueba de ello, copiemos de Arístides Rojas el siguiente oficio dirigido el 3 de diciembre, de San Diego de Cabrutica, al gobernador y comandante general de Guayana: "Las intrigas e imposturas con que el canónigo José Cortés Madariaga vino a turbar el orden y trastornar el gobierno establecido en la República, han producido no sólo dolorosos males que nos agitaron en los meses pasados y que Usía calmó en parte, sino que saliendo del interior del Estado han ido hasta los países extranjeros a obrar sus perniciosos efectos. El recuerdo de aquellas calamidades, el conocimiento que tengo de su autor y la íntima convicción de que en todos tiempos y circunstancias en que llegue a presentarse a alguno de nuestros puertos no tendrá otro objeto que

repetir sus sediciones, me obligan a prevenir a Usía que en el momento mismo en que sepa que el canónigo José Cortés Madariaga ha arribado a cualesquiera de los puertos o pueblos de esta provincia, lo haga Usía asegurar y, conservándole privado de comunicación, me dé parte sin pérdida de tiempo para comunicarle el modo con que debe ser tratado y remitido a la capital para ser juzgado". En puridad sea dicho, el inquieto eclesiástico no había intentado aquella vez trastornar el gobierno, porque éste no existía, sino, al contrario, establecer alguno. Pero Bolívar decidiera tenerle y tendrále siempre en lo adelante como faccioso y peligroso; y su conocida frase a Mariano Montilla, en carta de 21 de julio de 1820, debe leerse en relación con esa idea. En el curso de ese año Madariaga está en Río Hacha en unión de Gual, Coto Paúl y otros, y Montilla trata de organizar la provincia recién libertada. Es entonces cuando el Libertador escribe al último: "Si algún faccioso llegare al territorio del mando de usted, hágalo reembarcar para que no moleste ni embarace el curso de los negocios públicos. El canónigo es loco y debe tratarse como tal".

En fin de cuentas, Madariaga, por su lado, no aceptó jamás el gobierno tal como se constituyó bajo el poder de Bolívar. Para agosto de 1818, de Kingston, donde está aún, escribe a O'Higgins sobre cierto plan de ataque a Panamá, y agrega que la república de Venezuela está ahora "reducida a caricatura y víctima de la más espantosa anarquía". Él había ido a Costa Firme "llamado con instancia para reinstalar su gobierno representativo, como lo conseguí en 8 de mayo del año pasado", pero el país "volvió a caer en delirio; se repitieron sus excesos trágicos..." Las mismas expresiones que le sirvieron para censurar a Venezuela le sirvieron luego contra Colombia. Así, en carta de Río Hacha de 4 de mayo de 1824, se queja de estar "despreciado y olvidado de los funcionarios de esta república en caricatura".

La expedición contra Margarita se componía con un total de 3.000 hombres, por lo menos, del regimiento entero de *Navarra,* del batallón de *Burgos* y de dos compañías de *Unión* y de *Barbastro,* más las tropas venezolanas bajo Jiménez y Arana, todo en dos divi-

siones y al mando de Canterac y Aldama. Morillo dirige en persona las operaciones, y tiene como jefe de estado mayor al coronel Warleta. Una escuadrilla de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas y otros buques menores coopera en el ataque. El gobernador patriota, general Francisco Esteban Gómez, y su segundo, el coronel Joaquín Maneiro, tienen a sus órdenes 1.100 soldados de infantería y 200 de caballería. Comienza la nueva estupenda epopeya de los neo-espartanos. El 16 de julio Morillo desembarca en Los Basales, por la costa sur, y al día siguiente lanza una proclama para advertir a los insulares que serán severamente castigados si persisten en la rebelión. Trata a Arismendi de hipócrita, despreciable, ruin y cobarde, nacido para el mal de su patria, y a Brión, de pirata y ladrón. "De esta isla desleal —concluye— no quedarán ni las cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes". De Sabana Grande, veinticuatro horas después, Gómez rechaza el ultimátum y ratifica el juramento de vencer o morir que han hecho "los espartanos de Colombia". El nombre de la batalla de Matasiete resume como un símbolo aquella serie de combates encarnizados que, coronando la lucha iniciada cinco años antes, ha hecho de la isla de Margarita el paradigma del heroísmo venezolano. El Pacificador, exasperado, apenas encuentra frases para describir la batalla: "Estos malvados, prevalecidos de la aspereza del terreno y de los multiplicados inconvenientes que la naturaleza ha puesto en su desleal suelo, hicieron la defensa más obstinada y sangrienta, defendiendo el terreno palmo a palmo, el cual fué regado con sangre de ellos y de nuestros valientes". Los rebeldes "se batieron con un denuedo y osadía de que apenas hay ejemplo... Se presentaban al fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo". Y no pudo el general español borrar como quería la memoria de los margariteños, que éstos, calificados de facinerosos, desalmados y canallas, no quedan menos en la historia como héroes comparables a los *gueux* de Flandes.

Al mismo tiempo que injuria a los insurgentes, Morillo elogia a los soldados venezolanos que sirven en las filas realistas, especialmente a los del batallón *Reina Doña Isabel*, que manda el teniente coronel

Arana. "Estos soldados —dice—, que son todos del país, se han portado con tal denuedo que han superado mis esperanzas".

En aquellos terribles combates los jefes de ambas partes pelearon como soldados: Canterac y Aldama fueron heridos.

Al cabo de un mes, el 17 de agosto exactamente, Morillo, impotente para continuar peleando contra las "bandas feroces" de los insulares, abandonó el campo y se reembarcó para Cumaná, llevándose 700 heridos y enfermos. La víspera había decretado el bloqueo de toda la costa de Margarita a Guayana. El balance de su aventura consignólo en nota al ministro de la Guerra, de 22 de julio de 1818: "Lo que en la isla de Margarita pudo sofocarse con un batallón oportunamente enviado, no lo alcanzaron después 3.000 españoles mandados por mí, de las mejores tropas de la Península".

Los triunfos de Bolívar en el Orinoco imponen al Pacificador el estudio de otro plan de campaña. Pero no le inquieta menos la nueva y resuelta ofensiva de Mariño, quien, nunca desalentado, ha vuelto a la carga al saber que la división de Aldama partiera de Carúpano para Margarita y que las restantes compañías de *Barbastro* han marchado a Cumaná. Esfumado como se ha visto el gobierno federal creado en Cariaco, Mariño no renuncia por ello a su doble condición de Presidente del Estado de Cumaná y de Jefe de la Fuerza Armada de la República, y, como tal, reorganiza con su conocida actividad y eficacia alguna tropa, que le permite atacar de nuevo las plazas perdidas. Yanes dice que tomó a Carúpano "a pesar de la vigorosa resistencia que opusieron 600 realistas que allí había". Agrega que, "habiéndose retirado al interior", volvieron los realistas a ocupar aquel y los demás pueblos de la costa. Vemos al héroe convertido en realidad ahora en jefe de partida, porque, abandonado, como se ha dicho, por sus generales y por casi todos los oficiales superiores, no puede ya reconstituir con rapidez un verdadero ejército, técnico, por decirlo así, y debe limitarse a intentar audaces golpes de mano. Está a la cabeza de hombres mal armados y encuadrados de modo precario, en tanto que a su frente hay tropas disciplinadas, al mando de profesionales, como Jiménez, Arana y otros, que juntan a su conocimiento del oficio grande experiencia de nuestra guerra y del país.

La fuente más importante sobre la nueva campaña, por no decir la sola aprovechable, si se exceptúa una relación del entonces capitán Castelli, son los despachos del Pacificador al ministro de la Guerra, pues no existen, o son poquísimos e insuficientes, los documentos de origen republicano que permitirían establecer una narración ordenada de las operaciones emprendidas entonces por Mariño. Trátese, pues, de seguir a éste a través de cuanto dicen sus enemigos. El tono agrio y despectivo de las comunicaciones realistas no logra ocultar que aquéllos, quisiéranlo o no, comprobaban la constancia, energía y valor del caudillo insurgente.

"Entretanto —escribe Morillo, de Cumaná, el 28 de agosto—, el traidor Santiago Mariño, que había podido rehacerse en Maturín y extraer alguna gente de la costa de Güiria, se aprovechó de mi ausencia y vino a caer sobre Cariaco con un cuerpo de 700 a 800 hombres, cuya pequeña guarnición, que escasamente llegaría a 100 soldados, se había desmembrado de una mitad, con su comandante el capitán de caballería D. Ramón Arévalo, para pasar a la Esmeralda, donde cuatro flecheras de Margarita, procedentes de Guayana, amenazaban un desembarco.

"Mariño llegó a este tiempo a Cariaco y encerró la guarnición dentro de la casa fuerte que anteriormente los rebeldes habían construído en la iglesia del pueblo, y allí el capitán de milicia D. Juan Fuentes se sostuvo heroicamente por espacio de cuatro días, hasta que habiendo principiado a batir las paredes de la iglesia con un cañón, de 6, que dejaron los rebeldes enterrado en el abandono anterior, viéndose sin víveres, sin recursos y que todos iban a ser víctimas, salió protegido de la oscuridad, rompió valerosamente el cerco que le tenían hecho y salvó la guarnición que antes no había podido libertar el capitán Arévalo, a pesar de los esfuerzos que hizo, luego que volvió de la Esmeralda, por el cortísimo número de soldados que le acompañaban". Morillo afirma que el alcalde, teniente coronel Luis Lara, D. Vicente Solá y otra persona, que no se atrevieron a salir con Fuentes, fueron hechos prisioneros y fusilados por los patriotas.

"Noticioso entonces el gobernador de esta plaza (Cumaná) de la entrada de los rebeldes en Cariaco, dispuso, de acuerdo con el coronel

del regimiento de *Barbastro* D. Juan Cini, marchase allí la fuerza disponible de dicho batallón y 200 hombres del país; en todo, un total de 500 plazas, que fué mandando el expresado coronel. Mariño salió de Cariaco con ánimo de sorprender y atacar esta fuerza; la encontró, efectivamente, sobre la casa de D. Carlos López, al fin del golfo de Cariaco, en 3 del actual, y la acometió denodadamente. El batallón de *Barbastro* se portó con la mayor bizarría, y después de un fuego vivísimo de cinco horas, la entrada de la noche suspendió la acción e impidió que el coronel Cini pudiese observar la completa derrota del enemigo. Éste dejó más de 200 cadáveres sobre el campo de batalla, con un considerable número de fusiles y otros efectos de guerra, y no hubiese escapado ni uno solo si Cini, aprovechándose de la victoria que había conseguido, los hubiera perseguido sin detenerse. El rebelde Mariño, herido en una mano y con muy pocos de los suyos, llegó a Guanaguana, y después siguió sobre Cumanacoa, en el mayor desorden, dejando rastros de su fuga por todas partes. Al día siguiente se cogieron algunos prisioneros, esparcidos por los bosques, y muchos heridos que quedaron bárbaramente abandonados por los facciosos en la precipitación con que se salvaron. La pérdida de éstos, en su total, ha sido muy considerable, pues se sabe que Mariño, del cuerpo que había reunido, apenas conservaba algunos hombres, y la nuestra consiste en el número de muertos, heridos y extraviados que constan en el adjunto estado". (No conocemos tal estado. Este combate no debió ser tal victoria de los realistas, a juzgar por el lenguaje del parte. ¿Por qué hubo "extraviados" entre los vencedores?).

Mariño, otra vez batido, volvió a Maturín, heroica fortaleza cuyos llanos continuaban sirviendo a la República de inagotable reserva de hombres, ganados y caballos.

En aquella situación, ocupada Guayana por los insurgentes, lo que había "vuelto a poner muy dudosa la suerte de las armas del Rey", inundadas las llanuras de Barcelona por las partidas de Monagas, Zaraza y otros cabecillas, "Santiago Mariño rehaciéndose en Güiria y Maturín para amenazar nuevamente a Cumaná", y viéndose sin esperanza de aumentar sus tropas con soldados venezolanos a consecuen-

cia del cambio que observaba en la opinión de éstos, Morillo decidió suspender la partida de la división de Canterac, que consideraba "como la única fuerza que puede contribuir a paralizar las ventajas de los enemigos en estas provincias". El Pacificador se empeña vanamente en convencer al gobierno español de la verdadera naturaleza de aquella guerra. "He hecho ya presente a Vuestra Excelencia —insiste— que el estado actual de la guerra de Venezuela es muy diferente de como, en general, se cree en Europa; y los últimos estados que acompaño a Vuestra Excelencia de las acciones que hemos tenido en la isla Margarita y golfo de Cariaco, manifiestan la pérdida que se ha sufrido y el encarnizamiento y valor con que pelean los insurgentes. La continuación de los sucesos militares y la clase de guerra que han hecho desde el principio de la revolución, les ha instruído, y puede asegurarse, con toda verdad, que se hallan en el mismo grado de instrucción y conocimiento que llegaron a alcanzar nuestros ejércitos al fin de las últimas campañas con la Francia".

Pero Canterac ha quedado escarmentado con sus batallas en Oriente, y rehusa guerrear más en país tan agrio e inhóspito. Ha salido de España para el suelo muy clemente del Perú, y allí quiere seguir. Allí encontrará, siete años más tarde, un oriental venezolano a quien deberá entregar su espada; pero por el momento tal eventualidad duerme en el secreto destino, y lo que le importa es alejarse cuanto antes de Venezuela. Morillo se queja amargamente de aquella especie de deserción, de aquella incomprensión de la "importancia política" que representa "salvar a Venezuela de la completa disolución". La Capitanía —dice el Pacificador— "es de mucha más consecuencia e influjo en la suerte de toda la América que cualquier otro reino o provincia de ella que las vicisitudes de la guerra y de la fortuna pusiese en manos de los traidores". Y el brigadier Canterac, que tanta prisa tiene por marcharse "a mejores y más tranquilos países", bien pudiera haberse abstenido de propalarlo y de llevar con ello el desánimo e idéntico deseo de abandonar a Venezuela hasta los jefes, oficiales y soldados de su división. Es cierto, el cuerpo expedicionario había venido con ilusiones que la atroz realidad destruyó sin tar-

dar. La guerra venezolana era espantosa: en Margarita, "en pocos días hemos tenido siete sangrientos combates", que han demostrado "el encarnizamiento y la rabia de una canalla resuelta a morir". Quinientos peninsulares han quedado tendidos bajo el ardiente sol de la isla, y su sacrificio ha sido inútil. Pero, en fin, no sólo la división Canterac ha sufrido: "Los padecimientos de las tropas del ejército de mi mando han sido infinitos —concluye Morillo— desde el momento que pisaron las playas de estas costas. Luchando con un clima enfermizo y contrario a los europeos, batiéndose diariamente con tanto vasallo rebelde como aborta este país..." Una de las enfermedades más grave que había asaltado a los soldados de Canterac era una especie de ceguera, provocada, decía Morillo, por el hecho de dormir al sereno en los campamentos.

Un año después, de Barquisimeto y el 22 de julio, Morillo escribe de nuevo: "En el día, Excelentísimo Señor, debe llamar poderosamente la superior atención de Vuestra Excelencia el ejército de Costa Firme, que opera en la América verdaderamente militar, de cuya conservación depende la de los demás virreinatos de este Continente, así como su ruina arrastraría la de ellos por consecuencia". Por aquella convicción y por su natural rencor a causa de los innumerables obstáculos que le oponían los enemigos, y también los amigos y subalternos, se afirmaba en el ánimo del Pacificador el propósito de emplear cuantos medios estuviesen a su alcance para ganar la guerra sin sujetarse a leyes, reglamentos ni ninguna otra rémora semejante. "Pocos estarán más penetrados que yo —escribía ya el 9 de octubre de 1816— de que el gobierno militar es el más despótico y malo de los conocidos. Es el gobierno más tirano y destructor, pero es el más ejecutivo y el que han adoptado los rebeldes. ¿Qué gobierno cabe a unos habitantes que por lo que escriben y hacen se ve que tascan el freno, que aun tienen puntos en que dominar y en cuyo país todo es sangre, destrucción y horrores? ¿Cuál conviene a un país poblado de rebeldes que aprovechan toda oportunidad, de donde se ha de sacar la subsistencia del soldado, los gastos de la guerra para la reducción de ella (sic) o de otra provincia o plaza, como en gran

parte ha sucedido para la de Cartagena?... Cada provincia, Señor Excelentísimo, en América, pide distinto modo de conducirla. Lo que es bueno para el reino de Santa Fe no surte efecto en Venezuela, a pesar de que son confinantes... Creo, pues, de mi obligación, Señor Excelentísimo, repetir que en Venezuela la autoridad suprema debe residir en uno solo, que ésta debe ser ilimitada, que sin dilaciones y males no pueden los tribunales y prácticas gubernativas volver a seguir arregladas a la ley escrita hasta la total pacificación de las provincias, y que a éstas por ahora, en gran parte, no se las debe considerar más que como un vasto campo de batalla donde sólo decide la fuerza".

Aquella ruina de Venezuela, no en el sentido que indicaba el general Morillo, de pérdida para España por emancipación de nuestras provincias, sino en el material y terrible para el país, se acentuaba más y más con el sistema de lucha empleado por ambos beligerantes. "Los informes del Continente —dice Woodford a lord Bathurst, en un despacho de 3 de abril— confirman el hecho de la completa ruina y despoblación del país, y yo tengo la seguridad de que sólo la intervención de la Gran Bretaña en favor de uno u otro bando podría salvar a estas provincias de la dominación de las gentes de color". El capitán Stirling, por su parte, presenta en la forma siguiente el "estado actual de la agricultura, comercio y población de Venezuela" para febrero de 1817:

"El país ha sufrido tan frecuentes revoluciones en los últimos años, que no hay confianza alguna en la estabilidad del presente gobierno. Esta es ya razón suficiente para que la agricultura haya decaído, y a esa razón se agregan otras no menos poderosas, siendo la principal de ellas la crueldad y ferocidad con las cuales se ha llevado la guerra. Viendo las gentes sus propiedades arruinadas y sus personas en peligro por todas partes, se refugiaron en las ciudades; y excepto en las cercanías de éstas ha cesado todo cultivo.

"Pero ya antes de la Revolución la agricultura de este país trabajaba en malas condiciones que debían fatalmente comprometer su prosperidad. Toda suerte de bienes raíces estaba hipotecada, a tal extremo que se hacía difícil pagar las deudas, aun en años favorables.

Como el primer efecto de los disturbios fué la depreciación de las haciendas, mientras que las deudas de que respondían continuaban las mismas, los agricultores no pudieron seguir sus cultivos con beneficio y fácilmente las abandonaron.

"Nada hay de más desolado que el aspecto actual de las casas de campo en ruinas, de las plantaciones invadidas por matojos, los caminos destruídos, perdidos. Sin embargo, los árboles de café y de cacao, aunque descuidados, producirán todavía durante varios años. Siempre que un jefe insurgente o realista obtiene posesión tranquila de un distrito, emplea sus soldados y los habitantes en recoger el cacao y el café del campo vecino, y de ese modo se trae todavía algo de la producción al mercado, aunque, hablando en general, ya no hay cultivo alguno.

"El comercio, por supuesto, ha tenido la misma suerte que la agricultura. Las gentes no tienen ya medios de comprar artículos extranjeros, y los comerciantes no van a vender a crédito cuando todo está al borde de la ruina. Hay, pues, pocas importaciones, y éstas se limitan a mercaderías destinadas a las necesidades inmediatas del pueblo: artículos ingleses de algodón baratos, una pequeña porción de vino y moneda de España, harina de Norte América. Las exportaciones, consistentes en cacao, café, algodón y tabaco, se hacen en general en beneficio de los jefes que encabezan al partido predominante, y exceden considerablemente a las importaciones, pues el objeto es acumular un fondo en algún lugar distante y seguro, por si las circunstancias obligaren a los dueños a abandonar la provincia. Tal es, al presente, el único comercio que mantiene este asombroso país (*this wonderful country*).

"Se admiten barcos de todas las naciones en los puertos de uno y otro partido. En los que están sometidos a los realistas, los extranjeros pagan un derecho de 19 1/2 % *ad-valorem* sobre todas las importaciones. El cacao es el único artículo que se prohibe exportar en buques que no sean españoles y los reglamentos usuales lo destinan a España; pero desde diciembre último se permite, por orden del capitán general, que se pueda traer cacao a cualquiera de estas islas (inglesas) durante tres meses. El impuesto de 19 1/2 % sobre las

importaciones y uno de 7 % sobre todos las artículos exportados, son los solos que existen actualmente en vez de los antiguos de almorifazgo, consulado y armada.

"En los puertos insurgentes los reglamentos relativos al comercio no han tomado forma definitiva, pero se habla de pechar tan fuertemente las importaciones como las que se hacen por puertos bajo autoridad real.

"La opresión del gobierno y el retardo que sufre la justicia son suficientes para impedir cuanto sea comercio en este país, tal como está ahora.

"Respecto a la población, no es ya posible obtener informes auténticos. Todas las comunicaciones entre puntos distantes están cortadas, excepto donde las necesidades requieren el envío de estafetas militares.

"Si la condición de las ciudades se toma como guía para formar opinión sobre el asunto, se deduce que este país ha debido perder al menos la mitad de su población desde que comenzó la Revolución. La casta de los blancos es la que ha sufrido la disminución más importante."

Fué precisamente por entonces cuando Morillo, quien pretendía con ello asegurar la defensa de la plaza de Cumaná, ordenó al sargento mayor de *Barbastro,* D. Vicente Bausá, que marchase a Cumanacoa, arrasase el pueblo por entero y destruyera las siembras y todo cuanto pudiese servir a los rebeldes, puesto que nada querían saber de sus indultos y perdones. El Pacificador decía haber obligado así a aquéllos a "permanecer por el punto más inmediato en Maturín, que dista siete grandes jornadas, por montañas y caminos intransitables, de un continuo despoblado, donde no se encuentra el menor recurso de subsistencia". El general Eguía, ministro de la Guerra, tomó nota de aquella destrucción, con fecha 18 de enero de 1818: "El Rey queda enterado de los motivos poderosos que obligaron a V.E. a destruir el pueblo de Cumanacoa y arrasar todas las siembras de sus contornos. Lo que de Real orden digo a V. E., en contestación a su carta N. 173 del año próximo pasado. Dios guarde a V.E. muchos años".

Pero los insurgentes no cedían, ni por las buenas ni por las malas, y Morillo lo comprobaba días más tarde, en otra nota a Madrid: "Fueron inútiles los medios de reconciliación que les propuse cuando destruí las fuerzas de Mariño en Cariaco y Carúpano. Todos huyeron a los montes y, apenas me embarqué para la isla de Margarita, volvieron otra vez a reunirse, presentándose a las órdenes de Mariño". Por tal razón, decidió el Pacificador acentuar su política de represión, a la manera salvaje de Morales y de otros desalmados, comprometiendo definitivamente el honor del ejército regular español en aquella lucha inexpiable que los patriotas, por desgracia, no llevaban con más miramiento. Así, no sólo Cumanacoa sufrió tan terrible suerte: varios otros pueblos o localidades de sus valles, como San Fernando, San Lorenzo, Aricagua, Arenas, fueron incendiados. Santa María de Ipire fué también "totalmente destruída" por Morillo, así como "los hatos y casas de sus inmediaciones", que habían servido de "asilo y guarida" a los rebeldes. En cambio, Chaguaramal de Perales, la actual Zaraza, fué "reducida a cenizas" por los republicanos, con motivo de "su adhesión a la causa del Rey". Todo aquello había traído la miseria más espantosa. "Debido al total abandono de la agricultura —escribía Woodford en julio— reina escasez general de provisiones, y las tropas independientes reciben sólo caña de azúcar como ración". Cuando un mes antes, en Carúpano, los soldados realistas debieron alimentarse con perros y gatos, Morillo concluía: "Tal es la pobreza del país, que perecen de necesidad hasta los pocos habitantes que han quedado".

En mayo, como hemos visto, el Pacificador había insistido sobre los resultados de la lucha social. Y en setiembre siguiente, proclamaba a los venezolanos: "Volved los ojos a vuestras familias, a vuestros pueblos. Montones de cenizas, llanto, luto, desolación sólo encontraréis: el fruto terrible de la revolución y de la guerra civil. Sin embargo, las riquezas de estos países, la prosperidad de tan bellas porciones de la América, la industria, el comercio, la magnificencia de Venezuela, toda era obra de vuestros abuelos y aun de vosotros mismos cuando, sujetos al dulce imperio de las leyes, erais gobernados por el sabio código de la monarquía". Pero, en fin de cuentas, ¿no

era el propio general Morillo uno de los que remataban la obra con aquellos que el regente Heredia, tantas veces nombrado, llamó "monstruosos procedimientos", que "completaron la desolación de Venezuela y acabaron de hacer execrable el nombre español en ella"?

Por aquel mismo mes de mayo —apunta el citado D. Jaime Delgado— el Consejo de Indias se informó del parecer del rey sobre las medidas que convendría tomar para la "pacificación" de América, según el espíritu de las conversaciones diplomáticas que se llevaban; y en esa ocasión dicho Consejo comprobó que "el trato dado a los rebeldes, el modo como se les había juzgado y castigado, se aparta mucho de la justicia, y que esto constituía una de las causas de la continuación de los *horrores* en América. El error se debía a un celo equivocado de las autoridades, que confiaban demasiado en la severidad de los castigos y dirigían las cosas por un orden puramente militar, que no curaba, sino aumentaba el mal".

De Cumaná Morillo marchó a Caracas y no tardó en abrir nueva campaña en el Guárico. Pero antes de dejar a Oriente dispuso que el coronel Jiménez, con un cuerpo cuyo número dicen algunos era de 1.500 soldados, marchase contra Güiria, plaza que servía de último refugio a los patriotas en la zona extrema de la región oriental. Parece que las guarniciones republicanas allí obedecían todas al comandante José María Hermoso. Lecuna dice que Jiménez y Arana partieron de Pampatar con los batallones *Clarines* y *Reina Isabel,* 800 hombres en total. En Río Caribe se incorporó la partida del cabecilla Necario Martínez.

El 23 de agosto Jiménez destruyó las avanzadas patriotas en Río Seco. El 27 tomó a Yaguaraparo, matando o hiriendo 250 hombres, y días después se lanzó al asalto de Güiria donde, procedente de Guayana, acababa de llegar la goleta *Tigre* con un destacamento de infantería a las órdenes de Castelli. De la relación de éste se desprende que las fortificaciones de la plaza eran bastante precarias, levantadas "con poco arte" y defendidas por 200 hombres, guarnición que Yanes, por su parte, eleva a 500. Hermoso estaba ausente por enfermedad y los demás jefes "discordes". Pidieron éstos auxilio a Castelli y se reunió un consejo de guerra para tomar las medidas del

caso. La tripulación de la *Tigre* —escribe aquél— "era turbulenta y descontenta, sólo se podía contar con la fidelidad de unos diez venezolanos y tres o cuatro genoveses y alemanes". El capitán mismo, Stuart, no inspiraba confianza. Castelli resolvió dejar una guardia en el buque, y desembarcó 62 soldados y tres oficiales. Los patriotas rechazaron el primer ataque de Jiménez, pero la superioridad numérica de éste era aplastante y muy luego los realistas penetraron en la ciudad. "Se sostuvo el combate por algún tiempo con esperanzas de suceso; teníamos una pieza de a 4 de campaña obrando en las calles, sostenida por un puñado de los valientes granaderos del general Mariño, lo que constituía la defensa del espacio entre el reducto del noroeste y el Caballero; el otro trecho entre el mismo reducto y el del Oeste lo sostenía la tropa de mi mando". Inutilizado el cañón, decayó la defensa y Güiria fué una vez más tomada y saqueada por los realistas. Yanes asegura que allí murieron 300 patriotas, entre los cuales Hermoso, a quien, según vimos, Castelli dice ausente. Este último escapó hacia las montañas con un grupo de oficiales y soldados, mientras la goleta se dirigió a Trinidad "cargada de emigración". Varios oficiales, entre otros el comandante Fauchet, ganaron también aquella isla. Castelli se propuso hostigar a los enemigos en las haciendas vecinas, donde pudo comprobarse una vez más la implacable saña con que éstos trataban de extirpar la rebelión. "Mientras esto pasaba —continúa Castelli—, Su Excelencia el general en jefe Santiago Mariño llegaba de Maturín a Güiria. Afortunadamente, la misma barbaridad de los españoles en dejar los cadáveres insepultos lo salvaron de caer en su poder. Recorría la costa en dos pequeñas flecheras, se imponía de lo acaecido, e indignado contra los comandantes que habían abandonado sus tropas, dejaba orden por vía de algunos dispersos que reuniesen a todos en la hacienda de cocos". Según Lecuna, Mariño había seguido el 20 de agosto de Aragua de Maturín a Güiria por el río San Juan, "ignorando la marcha simultánea del coronel Jiménez de Río Caribe a Yaguaraparo con igual destino".

Castelli fué a Trinidad, cuyas autoridades habían embargado la goleta y luego librádola mediante rescate, y buscaba la cooperación

de ésta "y la demás tropa a nuestra vuelta sobre Güiria, bajo las inmediatas órdenes de Su Excelencia el general Mariño". El capitán continúa: "Estoy bien seguro que si Su Excelencia hubiese llegado ocho días antes a Güiria no habríamos sufrido desastre alguno. Llegados a Güinimita con Su Excelencia, reconocimos que la acción de Güiria nos había costado un coronel, tres oficiales, 32 de tropa en muertos en ella y heridos asesinados, sin incluir en estos últimos varias mujeres y niños; algunos estaban aún dispersos; teníamos unos 240 hombres útiles, podíamos reunir más, pero nos faltaban armas aun para los presentes". Se observa gran diferencia entre estas cifras de pérdidas y la dada por Yanes; a menos que Castelli no hable allí del destacamento que él mismo había traído de Guayana. No sabemos a qué coronel alude. Restrepo sitúa el combate en Yaguaraparo, no en Güiria, y dice que allí perecieron el "coronel comandante" Hermoso y los de igual clase Fauchet y Pachano. Lecuna dice que Hermoso, quien había escapado de Yaguaraparo a Güiria, murió en esta última ciudad y que los oficiales Benn y Fauchet, al que llama Fuches, huyeron a Trinidad. Fija la pérdida de los patriotas en este postrer combate en 140 muertos o prisioneros. La mayor parte de los datos y cifras que dan los historiadores clásicos sobre los sucesos de aquella época en Oriente deben sujetarse a caución.

Morillo creyó pacificada la región y, con fecha 13 de setiembre, transmitió al ministro de la Guerra el parte de Jiménez sobre la toma de Güiria y de toda la costa de Paria, parte que, por desgracia, no conocemos. El general en jefe recomendaba al gobierno "este valeroso oficial", así como también el comandante Arana, "que tantas y tan repetidas pruebas dan diariamente de su denuedo y entusiasmo por defender la justa causa de nuestro amado Soberano".

Pero no había tal pacificación, porque Mariño quedaba en pie y se preparaba a nuevas empresas. Desde luego —escribe Castelli— "comisionó a un francés llamado Canabal para que con cantidad de alhajas de plata y otras mercancías que había a bordo de la flota fuese a comprar unos doscientos fusiles, los que aguardamos cerca de dos meses sin que el señor Canabal volviese a parecer". Durante aquella espera, en medio de infinitas penalidades Mariño y muchos

de sus subalternos enfermaron: "Entretanto habíamos empezado a comer los frutos de los cocos; acabados éstos nos sustentamos con los más tiernos de las mismas matas y con todo lo que hallábamos que nos parecía que se podía comer: el resultado fué que de Su Excelencia abajo todos nos enfermamos sin casi excepción y muchos fueron víctimas". En esta y muchas otras peripecias de su vida dedicada a servir al país debió de pensar más de una vez el héroe sobre el cual se ha querido sólo acumular faltas y cuya figura aparece en la historia tan alterada y borrosa. Sin embargo, nunca nada ni nadie pudo abatir su coraje, y ahora le vemos, enfermo, batido por quinta o sexta vez, "maltrecho" pero no "descorazonado", abandonado por sus compañeros que ya se acogen a la luz y al calor de otro sol más brillante que el suyo, tomar por el Guarapiche la vuelta de Maturín. ¿Qué va a hacer Mariño en Maturín? Lo de siempre: levantar tropas para seguir peleando por la República. Cuanto había sucedido en los últimos meses le separaba para siempre del corazón del Libertador y las tentativas mutuas de reconciliación servirán apenas para hacer resaltar la irreparable profunda desunión de los dos hombres, conducidos, sin embargo, en su común destino, por el mismo inmutable pensamiento de libertar a su patria.

Antes de partir, Mariño recibió a su antiguo subalterno el coronel Armario, quien "había venido allí —dice Castelli— comisionado por Su Excelencia el Jefe Supremo", y cuya gestión en vista de un arreglo entre ambos generales quedará, como será dable apreciar, envuelta en el misterio.

De la misión confiada por Mariño a Canabal hallamos referencia expresa en el acta del Consejo de Gobierno, en Angostura y el 27 de noviembre de aquel mismo turbulento año de 1817. Deliberaron entonces el presidente almirante Brión y los vocales Sedeño y Zea: "y que acerca de la solicitud por escrito de Jaime Cannavá (sic), pidiendo la satisfacción por una parte de la suma de 1769 pesos de a nueve reales cada uno, y por otra de la de 687 pesos 7 reales, que hacen 2.447 pesos 7 reales, importe de los elementos de guerra suplidos a instancia del Sr. Gral. Mariño, e introducidos por los puertos de Güiria y Esmeralda para continuar la campaña contra la capital de

Cumaná, según consta de dos documentos con que acompañó su instancia firmados de aquel Sr. General; se consultaría a S.E. el Sr. Jefe Supremo, para obtener su resolución sobre el modo y términos con que debía saldarse la deuda nacional". El gobierno de Angostura tardó mucho en pagar aquella suma, y las autoridades de Trinidad embargaron una de las propiedades de Mariño en jurisdicción de la isla. Más adelante habremos de volver sobre el asunto. Por el momento, nótese que Canabal, al hacer su cobro, no parece recordar que el general le había dado, según Castelli, "cantidad de alhajas de plata y otras mercancías" para pagar los fusiles.

Los realistas se regocijaban con indecencia no sólo de las derrotas de sus enemigos, sino de la obra de vandalismo y destrucción que cumplían sus propias tropas: "Esto va ya de capa caída —decía a Moxó el brigadier Pardo, el 5 de setiembre—; se ha muerto a los rebeldes mucha gente, en regla y fuera de ella: en Cumanacoa, en Río Caribe y en Tunapuy he tenido que hacer la vista gorda. Las tropas han robado bien, en términos de quitar a los del país lo que ellos habían agenciado. Esto me ha disgustado, pero los *Dragones* y *Barbastro* lo hacen a las mil maravillas. En tirando un tiro no hay quien los contenga, pues ni la custodia está segura". Pero aquella sorna indigna en boca de un oficial del ejército regular español ocultaba mal la inquieud del realista, quien confesaba cuán inútiles eran sus esfuerzos de "pacificación" y preveía la reaparición, en la provincia, dentro de dos o tres meses, de los caudillos rebeldes. "Estoy ya cansado —concluía sañudamente— de mandar pasar insurgentes por las armas: no sé cómo no escarmientan".

Al mismo tiempo que los realistas extremaban su salvaje rigor, atiesábase de nuevo, para desgracia de los patriotas orientales, la actitud del gobernador de Trinidad. Pues si, a juzgar por cuanto decían Madariaga y las cartas que según él llevara el capitán Stirling, las autoridades de Jamaica y otras islas inglesas se mostraban favorables, no sucedía ciertamente lo mismo con Woodford, quien parecía arreglar su conducta según los altibajos de la guerra. Cuando cayó de nuevo Güiria en poder de los realistas fué aquélla tan desagradable que los patriotas no pudieron ocultar su indignación, cuyo eco oímos en otras

palabras del citado capitán Castelli: "En este mismo tiempo la goleta *Tigre* en Trinidad había sido embargada por aquel gobernador Sir Ralph Woodford. Le servirán de pretexto haber salido a la mar sin despachos y destruído una lancha inglesa, haciendo referencia a la que habíamos hallado abandonada en el caño de Pedernales: trataba así al capitán Stuart de pirata. La acción desgraciada de Güiria, la multitud de familias que se salvaron en ella de la cuchilla española, la conducta que habíamos observado con los prisioneros desembarcados en su isla, de todo lo cual estaba instruído, y las circunstancias de la lancha, que tampoco ignoraba, hablaban de sí a toda alma justa. Sin embargo, ni fué suficiente la razón para salvarnos de su persecución a todos los emigrados que venían a implorar su asilo, creyendo hallar allí una tierra neutral, según las intenciones manifestadas por el gobierno de S. M. B.". Hubo que pagar rescate por la *Tigre* y Sir Ralph expulsó sin piedad a los refugiados.

XVII

CASABE EN CALDO CALIENTE

El Libertador recibió comunicación de la reunión y actos del "Congreso" de Cariaco por correspondencia del secretario Bezares que le llegó el 13 de junio, vía Maturín, según dice Mariano de Briceño. Pero, aparte de la reserva con que conviene tomar esta fecha, tardía en nuestra opinión, es de suponer que Bolívar tuvo en sus manos mucho antes la carta de Urdaneta, sin contar el informe verbal que debió de presentarle el coronel Salcedo. Por lo demás, el propio Briceño escribe que: "Los sucesos de Cariaco habían llegado a noticia del campamento de San Félix antes del día en que Bolívar los supiera oficialmente por Bezares". Sobre todo, sabemos, por un boletín que publicó la *Gaceta de Curazao* de 14 de junio, reproducido días más tarde por los realistas en la *Gaceta de Caracas,* que el general Guevara había llegado a San Tomas procedente del campamento de Bolívar en Las Palmitas, donde ya se había recibido dicho boletín, que fué probablemente el "comunicado" oficial hecho por la secretaría del "Congreso". Es posible que Guevara hubiese ido a Las Palmitas en misión de los de Cariaco. A menos de haber pasado a Guayana con la tropa de Bermúdez. Pero entonces ¿por qué se marchó a San Tomas, lugar donde vivían a la sazón varios próceres poco ortodoxos en materia de adhesión a la persona del Libertador? Guevara fué siempre partidario de Mariño. Decíase en aquel boletín que la "junta

compuesta de los más respetables vecinos y convocada por el general Santiago Mariño" había tenido por objeto "establecer una forma de gobierno que llenase los deseos de muchos pueblos de Venezuela, regulase las operaciones políticas, diese energía a su constitución fundamental, conservase sus relaciones diplomáticas y se encargase también de la alta dirección de las operaciones militares". Los vecinos, "animados del más verdadero espíritu de desinterés", restablecieron el "Congreso" con "representantes provisionales", mientras "se reunen los individuos que componían el último Congreso, que será reforzado por una elección popular". Agregaba el boletín los nombres de los individuos llamados a ejercer los poderes ejecutivo y judicial. Ningún comentario necesita, después de cuanto hemos escrito, aquel papel que sintetiza lo que se trató de hacer y se hizo en Cariaco; y es probable que Bezares no empleó otros términos en su participación oficial al Libertador.

Mas cualquiera que haya sido la fecha en que Bolívar supo las extraordinarias novedades, existe un documento que demuestra cómo el Libertador estaba desde mediados de mayo resuelto a precaverse de Mariño y a debilitar en lo posible su posición. En efecto, sea que hubiese madurado un plan de nueva política sin consideraciones de persona, sea que las intrigas de los enemigos del segundo hubieran llevado a su ánimo la convicción de que todas las ocurrencias inmediatamente anteriores se debían a faltas y tortuosos proyectos del caudillo oriental, el hecho es que Bolívar, de su cuartel general del Juncal, en Guayana, con fecha 17 de mayo, escribió al general Andrés Rojas una carta decisiva contra aquél. Dos medidas tomaba el Libertador nada propias para fortificar los lazos de obediencia a su jefatura suprema que pudieran atar todavía a Mariño, y esto cuando aun no conocía, como se deduce del tono y letra de la carta, la reunión de Cariaco: Bolívar reasume el alto mando directo del ejército y, como medio de disminuir la influencia y poder de barón feudal, por decir así, de que el general goza todavía en Oriente, sustrae a la jurisdicción de éste el departamento de Maturín. Con la hábil maniobra no sólo se priva a éste del apoyo considerable que representa Maturín como fuerza militar, sino que se le suscita un nuevo rival en la persona de su hasta

entonces sumiso subalterno Rojas. Después de elogiar los servicios prestados por la heroica ciudad a la causa de la Independencia y de notar la importancia de toda su región para la estrategia militar y las comunicaciones con el exterior, el Libertador presenta los hechos y su decisión del modo siguiente: "Enteramente dedicado a los negocios del gobierno y (en vista de) que obraba el ejército grande a mucha distancia de mi lugar de residencia, tuve a bien nombrar un Jefe de la Fuerza Armada para que inmediatamente dirigiese las operaciones del ejército, cuyo nombramiento hice en el señor general Santiago Mariño; mas las contrariedades de este jefe, su renuncia en obedecer mis disposiciones, los incalculables males que ha causado a la República el sistema de contrariar las providencias del gobierno, me han hecho resolver a ponerme otra vez a la cabeza del ejército, suprimiendo el destino de Jefe de la Fuerza Armada conferido al señor general Mariño para obrar conforme al bien del Estado. He resuelto, pues, por estas razones que en lo sucesivo sea gobernado el Departamento de Maturín independientemente de dicho señor general Mariño y de la capital de Cumaná; y de consiguiente Vuestra Señoría, a quien nombro general de dicho Departamento, se entenderá directamente con el gobierno supremo, y en las medidas que tome sólo atenderá a las órdenes mías sin obedecer las que otro le comunicare". Nótese que el Libertador no menciona el carácter de Segundo Jefe del Estado que Mariño tenía en la Asamblea de la Villa del Norte y que, a pesar de la situación equívoca que a este respecto había creado la reunión de Carúpano de 28 de julio de 1816, continuara dándose y dándosele hasta ahora. A ese cargo o categoría renunció el general espontáneamente en Cariaco; pero no habría estado dentro de las posibilidades del Libertador privarle de él sino recurriendo al mismo procedimiento "constitucional", si así puede decirse, que había dado origen también a su propia posición de Jefe Supremo. Así, pues, la medida comunicada a Rojas se refirió sólo al alto comando del ejército concedido en Barcelona. Otra observación interesante es que, al separar a Maturín de Cumaná, Bolívar iniciaba un sistema que, a veces inconscientemente, no dejaron de aplicar los presidentes de Venezuela durante todo el siglo XIX y que condujo al establecimiento de lo que en 1898

se llamó las "autonomías", es decir, la creación de veinte pequeños Estados federales, por desmembración de las antiguas entidades que, demasiado fuertes en manos de caudillos locales belicosos, inquietaban y a veces derribaban al poder central.

Aquella actitud de Bolívar y sus disposiciones respecto de Mariño cobraron, naturalmente, mayor fuerza cuando se enteró de la conducta de éste y de la restauración, en Cariaco, de un gobierno cuya forma había condenado él siempre con energía y que, constituído sin su orden y especial permiso, resultaba verdadero desafío a su autoridad personal y, en su opinión de hombre político y de jefe militar, un desacierto y en todo caso una medida inoportuna. El Libertador no era hombre que permitiese que nadie le diera en caperuza ni le hiciera punta. Espíritu realista y realizador, tenía sed de autoridad y sabía ejercerla, odio al desorden y no temía reprimirlo, habilidad para escoger sus medios y mano ruda al aplicarlos. Poseía en grado mayor la virtud del príncipe que, según Maquiavelo, consiste en inclinar la fortuna hacia el buen lado. Así, resolvió llevar el pleito a fondo. Varios autores, desde Ducoudray-Holstein hasta Tavera Acosta y el doctor Botero Saldarriaga, hablan de la violenta y terrible cólera en que entró al conocer los hechos. Cólera cuyo principal objeto fué necesariamente Mariño, pero que también se dirigió desde luego y en especial contra Madariaga, considerado como instigador de la operación. Según el nombrado libelista, Brión y Zea, conocedores del carácter de Bolívar, se apresuraron a apaciguarle con pronta sumisión, no sin hacer notar que habían obrado por creer necesario "atender al deseo general de los habitantes y de los antiguos miembros del Congreso de que se estableciera un gobierno". De tal necesidad estaba convencido mejor que nadie el propio Libertador; pero era inconcebible que, aparte de otras consideraciones ya insinuadas, pudiese aceptar los principios constitucionales que se restauraban en Cariaco y contra los cuales se rebelara enfáticamente desde su manifiesto de Cartagena, en 1812. Fué siempre enemigo del sistema federal en Venezuela y en Colombia, aun cuando atribuyera a ese sistema aplicado a otros países virtudes exageradas y lo expresase así en términos ditirámbicos y alguna vez inexactos en pura técnica

política. El doctor Botero trae muy oportunamente a colación un párrafo del discurso de Angostura en el cual el Libertador, con alusión tan clara como una referencia, toma el contrapunto de Cariaco: "Abandonemos las formas federales que no nos convienen; y abandonemos el triunvirato del Poder Ejecutivo (Constitución de 1811) y, concentrándolo en un presidente, confiemos a éste la autoridad suficiente para que logre mantenerse, luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación, al estado de guerra que sufrimos y a la especie de enemigos externos contra quienes tenemos que combatir". La mejor síntesis del pensamiento de Bolívar sobre el "Congreso" de Cariaco se halla en su desenfadada y venezolanísima carta a Martín Tovar, de 6 de agosto siguiente: "El canónigo restableció el gobierno que tú deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo. En Margarita lo desobedecieron; en Carúpano lo quisieron prender; a bordo lo quisieron poner en un cañón, se entiende para llevar azotes; aquí ha llegado y aun no se le ha visto la cara porque los individuos se dispersaron, no de miedo sino de vergüenza de que los muchachos los silbasen. Yo he usado de la moderación de no haber escrito ni una palabra, ni de haber dicho nada contra el tal gobierno federal y, sin embargo, no ha podido sostenerse contra todo el influjo de la opinión. Aquí no manda el que quiere sino el que puede."

A su regreso de la provincia de Barcelona, donde le dejamos recibiendo, en El Chaparro, los restos del ejército que se llevaran Bermúdez y sus compañeros rebeldes contra la autoridad de Mariño, el Libertador había asumido el mando de las tropas de Piar y de Sedeño y emprendido o continuado las operaciones contra las plazas de Angostura y de Guayana la Vieja. Su llegada y el hecho de que Piar pasase de nuevo a su condición de subalterno provocaron inmediatamente por parte de éste dificultades que fueron a resolverse en el episodio más dramático de la historia de la Independencia después de la entrega de Miranda a los españoles. Bolívar había dispuesto que Bermúdez y Sedeño dirigieran el sitio de Angostura y que Piar sitiase a Guayana la Vieja con el ejército vencedor en San Félix, pero Piar rehusó, y no fué sino un poco más tarde cuando aceptó ir a

organizar más tropas en las Misiones, donde se querelló ruidosamente con el padre-coronel Blanco. El curazoleño, que Larrazábal llama "caudillo heroico y vanidoso", tascaba el freno y no se conformaría jamás con un papel secundario, fuese quien fuese el que pretendiera supeditarlo, sobre todo después de su victoriosa campaña guayanesa.

Complicóse singularmente la situación cuando al saberse lo de Cariaco Piar y Arismendi, en contubernio o cada uno por su cuenta, que la cosa no está clara, concibieron también el proyecto de formar un gobierno, pareciendo entonces que a ninguno de los dos dejaran dormir los laureles de Mariño. En tan difícil trance, dió Bolívar prueba de la mayor prudencia y de grande habilidad y logró desbaratar el proyecto. Briceño Méndez fué entonces, como muchas otras veces, su principal agente y colaborador, y Bolívar le escribió, con fecha 13 de junio: "Anoche he sabido por trasmano que Arismendi ha tratado de reunir algunos jefes para que se forme un gobierno en contraposición del que reside en Margarita. Esto es expresamente dividir la República en dos partidos, teniendo ambos los mismos vicios de ilegitimidad, pues aquel no ha sido nombrado ni reconocido sino por los del partido de Mariño, y este será hecho por otro partido sin consentimiento de todos los generales. A mí me nombró de Jefe Supremo la conjuración de los jefes republicanos. Estas son locuras para perdernos..." Y después de notar que no pueden realizarse elecciones, el Libertador continúa: "¿Para qué esta mutación? Este ejército me obedece; Páez dice que me reconoce; Monagas, Zaraza y Rojas me estiman y me obedecen por un milagro de fortuna para la República. Después y aun ahora cada uno se creerá para mandar en jefe. Cada uno, repito, tiene derecho para mandar y deseo de ello, y como lo enseña la historia, no ha habido en el mundo una elección hecha por militares que no se haya decidido con las armas en la mano y a costa de mucha sangre. Lo único que por el momento se puede hacer, y no sin peligro, es nombrar un segundo jefe para el caso de muerte o de ausencia del primero, puesto que Mariño no solamente ha desertado, sino que reconoce otra fuente de autoridad, y tiene actualmente el mando usurpado de todas las armas de Venezuela". Por notable coincidencia el mismo día en que Bolívar escribía aquellas amargas

frases, el "desertor" Mariño se batía desesperadamente en Carúpano contra los solos enemigos que conociera: los realistas, y por la causa que siempre defendiera: la de la Independencia. Pero fatalmente, ya el Libertador no podrá "soportar" a Mariño, según la expresión del francés tantas veces citado, y la carta a Briceño Méndez reza todavía: "Este hombre, digo, quiere perdernos y si se perdiera él solo nada nos importara". En cuanto a Piar, debe disuadírsele de entrar en proyectos con los intrigantes, quienes cambian ahora de táctica y ensayan seducirle, "porque no han logrado dividirme de él, acusándolo de mil picardías para que nos dividamos y ellos entren a mandar".

Al mismo tiempo, el Libertador escribió directamente a Piar. Dícese que una carta de 19 de junio, que los españoles publicaron como muchas otras en la *Gaceta de Caracas,* y en la cual aparecen terribles ataques contra Arismendi, es apócrifa. Pero bastan otras misivas para apreciar la diplomacia bolivariana con el díscolo Piar, y sus tentativas para "adormecerlo". En principio, éste no se entendía con nadie, quería mandar en jefe y sufría de una especie de manía de persecución, que se caracterizaba ahora por su creencia de existir "un complot de caraqueños" formado para perderle. Reñía a la vez con Arismendi por cierto asunto de mulas y ganados y por otro de casabe o cualesquiera otras causas, con Blanco, cuyo comercio tampoco era fácil. "Prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre los patriotas", dice el Libertador a Piar. Y agrega: "Usted sí que está prevenido contra sus compañeros... No insista usted en separarse de su puesto. Si usted estuviera a la cabeza yo no lo abandonaría, como no abandonaré al que lo esté mañana, sea quien sea, con tal que tenga legitimidad y lo necesite la patria. La patria lo necesita a usted hoy como lo que es y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegue a ser... El padre Blanco es amigo de usted... En cuanto al general Arismendi también está usted equivocado..."

Respecto al proyecto de organizar algo que se asemeje a un gobierno, Briceño Méndez transmite desde Upata las explicaciones que da Piar: "Lo que intenta no es crear, es reformar lo que hay y, hablando en términos propios, ayudar a usted en el gobierno. Es

verdad que este pensamiento tal vez no habría tenido lugar sin la farsa de Cariaco; pero también es verdad que no tiene nada de semejante a aquella. Aquí no se pretende la menor cosa contra usted, su autoridad se respeta y queda existente. Toda la pretensión es dar a usted un senado o consejo, para que tenga algo de democrática o representativa nuestra forma de gobierno y para que haya quien trabaje en lo civil y político, mientras usted se ocupa de las atenciones de la guerra". Reténgase de estas palabras que Piar sigue plantado en su actitud hostil a Mariño, cuya autoridad había desconocido y mandado desconocer desde noviembre anterior, conforme se recordará. Es, pues, falsa como muchas otras, la afirmación de Larrazábal de que el suceso de Cariaco "encontró simptías en Piar y en otros jefes que anhelaban por mando absoluto y medios inmediatos". Y sobre falsa, la afirmación es absurda, porque Cariaco, de cualquier modo que se la juzgue bajo otros aspectos, era una tentativa para acabar con el "mando absoluto". En cuanto a lo que haya querido hacer Arismendi, ya veremos cuál era la opinión del Libertador sobre el "generoso intento" que le atribuye el mismo Larrazábal. Porque a lo que parece y para la mayor parte de los historiadores, los próceres sólo abrigaron siempre generosos y desinteresados intentos, excepto el general Mariño, quien nunca obró sino movido por la ambición y por sentimientos de mezquina rivalidad.

Mas es indudable que todos los generales y demás prohombres, por una u otra causa, sentían llegado el momento de salir de aquella situación precaria, de asentar de algún modo un poder que no fuese sólo el de los campamentos y de la arbitrariedad militar. El Libertador no tardará mucho en dar un principio de satisfacción a aquella necesidad con la creación del Consejo de Estado; y es evidente que para ello influyó la tentativa hecha en Cariaco, así como estas veleidades de Piar y Arismendi. El coronel Briceño Méndez se esforzó en llevar al ánimo de Bolívar las reflexiones que se hacían a su alrededor, empleando su lenguaje siempre cuerdo y moderado: "Prescindiendo —escribe aquél— del objeto de dar al gobierno una forma republicana, se proponen también sus autores otro no menos interesante. ¡Oh! si se lograra, ¡cuánto deberíamos al que lo concibió!

Este fin es ver si se consigue evitar los celos, temores y desconfianzas que desgraciadamente se han sembrado entre los generales y especialmente contra usted. Dicen que el general Mariño, no temiendo ya el absoluto poder de usted, entrará de buena fe en su deber, cosa que no es de esperar de otra manera. Que los demás jefes, las tropas y los pueblos se aquietarán, y fundarán esperanzas de ser libres al ver un cuerpo que representa sus derechos y que garantiza en cierto modo la libertad. No me toca decidir si, en efecto, deberemos prometernos todo esto; pero tengo para mí que de la unión, enlace y relaciones que se den a las facultades del senado con la autoridad del jefe supremo dependerá lo que deba esperarse". He allí planteado el verdadero problema político del momento, y Briceño Méndez lo hace en términos cuya claridad no ha bastado para llamar la atención de los historiadores. Existía, a no dudarlo, en los próceres, fuesen civiles o militares, una grave preocupación sobre la instabilidad de la institución republicana y la necesidad de remediar a ello. La mención expresa del nombre de Mariño en las líneas citadas probaba, por otra parte, que había una cuestión concreta relacionada con este general y que importaba resolverla, no porque la actitud que se le atribuía fuera mera hija de sus ambiciones, sino porque él aparecía como principal representante de la oposición al "poder absoluto" del Libertador. Vistas así las cosas, y de ese modo se las puede ver, sin forzar la hermenéutica, la historia de aquel año singularmente confuso cobra nitidez inesperada y permite fijar criterio con serenidad y justicia. Ya hemos insistido en las circunstancias y calidad de los hombres que acompañaron o inspiraron a Mariño en Cariaco. Ahora vemos que Piar y Arismendi, a su manera, buscaban también soluciones. Y no estaban solos: "Tiene un gran partido este proyecto", decía Briceño Méndez. Bolívar, sin embargo, y tal vez tuvo razón en ello, lo desbarató por el momento, reservándose volver sobre él al creerlo oportuno o inaplazable. El Libertador ve y cree su propia situación muy fortificada y se dispone a imponer definitivamente su autoridad suprema de modo que no se la discuta. Aleccionado y lleno de resquemor por el recuerdo de Carúpano, Cartagena y Güiria, declara que está decidido a no dejar repetir escenas parecidas, tanto más

cuanto juzga que las circunstancias le son ahora favorables. No quiere que se tome su prudencia por debilidad. "A mi voz —dice— obedecen tres mil hombres, que harán lo que mande, defenderán la inocencia y no permitirán facciones... Aquí no hay tiranos ni anarquía mientras yo respire con la espada en la mano". Y que todos sepan que va a "corregir los desórdenes". Mariano de Briceño cita palabras más fuertes aún, que toma de otra carta a Briceño Méndez: "El poder supremo está en mi mano y no se tratará de quitármelo impunemente. ¡Pobre del que lo intentare! Deben obedecerme los ambiciosos y los intrigantes, y me obedecerán". Aviso formal a Piar, que maquina en los propios cuarteles de Guayana; y a Mariño que, derrotado por los españoles y abandonado por los coautores de la aventura constitucional, reune en las montañas de Paria nuevos soldados y acaricia nuevas esperanzas.

El general Piar —decía también Briceño Méndez al Libertador— "no aspira sino a la unión y concordia general entre los jefes y a la libertad de la patria, que desaparecerá al desvanecerse aquélla. Él es amigo de usted..." Era posible y aun probable. Sólo que Piar —y toda su historia lo demuestra— entendía la unión de un modo peculiar suyo, que parecía excluir la idea de subordinación de su parte. Larrazábal le atribuye esperanzas de que Mariño le pudiese nombrar comandante en jefe del ejército de Guayana. En todo caso, no sería extraordinario que hubiera aspirado al mando de aquella provincia, cuya conquista era obra suya, y que el haberlo perdido haya sido el elemento determinante de su rebelión. Ulcerado profundamente como estaba, no se dió cuenta del cambio de condiciones y, desoyendo las sinceras advertencias del Libertador, se precipitó de cabeza en el abismo.

Uno de los actos del "Congreso" de Cariaco que retuvo la atención del Libertador fué el nombramiento de Fernando Toro para miembro del Poder Ejecutivo. Valióse entonces de ello para reanudar relaciones con aquél y su hermano el marqués, refugiados aún en Trinidad y de quienes se sabe que no habían tomado parte alguna en las empresas de Mariño y sus compañeros, ni en los demás esfuerzos de los patriotas en los años corridos. El Libertador excitóles, con

fecha 27 de junio, a que regresaran "a morir por su país, o por lo menos a morir en él"; recordóles sus pasados servicios a la patria y les reprochó finamente que permaneciesen en las "tinieblas del limbo" y no dieran "señales de vida". Decía a Fernando, particularmente: "Uno que se llama gobierno te ha nombrado o, por mejor decir, te ha llamado para que vuelvas al poder ejecutivo; sea legítimo o no, yo aprovecho su medida y te llamo con más instancia que el tal gobierno. Añado que el marqués debe venir también a ocuparse de la patria. El destino que ofrezco a mi querido marqués es más seguro aunque no sea tan honroso como el de Fernando". Se ve allí, aparte del placer sincero que debía sentir Bolívar al llamar a sus amigos y parientes, la maniobra destinada a impedir que los Toro cayeran en la tentación de alistarse entre los sostenedores de la restauración de Cariaco. Los hermanos respondieron a aquella carta, según aparece de otra que el Libertador escribió el 1.° de septiembre a Peñalver; y probablemente se excusaron de ir por el momento a Venezuela, pues aquél insistió en que fuesen "sin temor que rivalidades indignas turben su regreso a la patria".

A decir verdad, los Toro tenían entre los patriotas lo que puede llamarse mala prensa por las circunstancias en que, a raíz de la caída de la Primera República, se retiraran a Trinidad para asumir allí, como hemos visto, una actitud que revelaba más que desilusión de su parte sobre la experiencia republicana. El lector no ha olvidado sin duda las graves reflexiones que les invitó a hacer el memorial al Príncipe Regente de Inglaterra que citamos extensamente, al tratar de la expedición de Chacachacare. Ni tampoco que aquellos mantuanos, quienes con tanto entusiasmo ayudaran a destapar la caja de Pandora, no encontraron muy luego remedio para evitar la ruina total de Venezuela, como no fuera la ocupación de ésta por Inglaterra. Bien entendido, aquella actitud, aquellas opiniones de los Toro estaban lejos de ser compartidas por todos los aristócratas, y eso hacía, justamente, que fuesen objeto de agrias censuras, aun por parte de quienes más cerca de ellos habían estado. Recuérdese, a este respecto, cuanto en setiembre de 1814 decía Ribas, noble demagogo, a Martín Tovar, noble demócrata: "No me coje de nuevo la conducta de los

Toros: para mí había sido siempre muy ambigua y sospechosa, pero puede ser que muy en breve tengan que arrepentirse, cuando ya no puedan remediar las consecuencias que se les preparan". Por otra parte, Juan Toro, encargado de una misión de Bolívar a los Estados Unidos, en diciembre de 1813, se había detenido en San Tomas y permanecido allí, sin que nunca se supiese por qué no cumpliera sus instrucciones. Quizá se tratase también de Juan en el cambio de amenidades sobre los Toro que efectuaban Ribas y Tovar.

Poco o nada habían modificado sus ideas Fernando y el marqués en 1817, y he aquí que para colmar el desafecto que inspiraban a los patriotas, en abril o mayo y con grande indignación de Morillo, se devolvieron en Caracas sus bienes al segundo. "No puede oírse sin escándalo —escribía el Pacificador— que los (bienes) que pertenecían al traidor marqués del Toro, emigrado en Trinidad, le hayan sido devueltos a su familia, tratándose al mismo tiempo de entregar a la de Bolívar los que a este infame pertenecían". Sospechoso cuando menos para los patriotas, traidor para los españoles: tal era la posición del marqués del Toro en 1817. Fernando no la ocupaba mejor. Y en cuanto a Juan, se había alistado en las filas realistas.

Por lo demás, Juan Toro no era el único mantuano o notable que hubiese abandonado la causa patriota y justamente a propósito del "Congreso" de Cariaco mucha gente conocida dirá, en manifiesto publicado en Caracas el 6 de abril de 1819: "Fué en este tiempo cuando la gavilla de Santiago Mariño, que en la provincia de Cumaná se había apoderado de Cariaco, Carúpano y otros pueblos, instaló en el primero un *Congreso General de Venezuela* con el mismo supuesto de haber concurrido a él *el voto general de los habitantes;* y cuando no sin risa y admiración se vió esta reunión proscrita por Simón Bolívar y declarados traidores a sus miembros que vagaron de uno a otro punto perseguidos por parciales". Este papel, lleno de injurias contra Bolívar y los demás jefes independientes, está firmado, entre otras personas, por Santiago Vegas y Mendoza, alcalde, y Feliciano Palacios, alférez real de Caracas; Pedro Ibarra, alcalde de Baruta; Manuel María de las Casas, corregidor de Petare; Bernabé Planas, alcalde de Barquisimeto; Mateo Troconis, Felipe Casanova, segundo

alcalde y regidor de Maracaibo; Pablo Ignacio Azacaza, alguacil mayor de Coro; Pedro Briceño, procurador general de Trujillo; Antonio María Cárdenas, teniente justicia mayor de San Cristóbal; Francisco Uzcátegui y Gregorio Nucete, regidores de Mérida.

Angostura cayó en poder de las tropas mandadas por Bermúdez el 19 de julio y a principios de agosto el Libertador en persona ocupó las fortalezas de Guayana la Vieja. La Torre y el coronel Fitzgerald, gobernador de Angostura por el Rey, evacuaron los restos de ambas guarniciones y, con enfermos y refugiados, bajaron por el río, logrando parte del convoy escapar a la flotilla republicana y reunirse a los realistas de Cumaná. La conquista de Guayana y del Orinoco era, en realidad, el primer episodio decisivo de la guerra comenzada siete años antes. En lo adelante la República tendrá asiento para el gobierno, base para el ejército, vía segura para el abastecimiento y las relaciones con los países extranjeros. Dos días antes de la toma de Angostura, el Libertador decía en una proclama, que Yanes data el 13 de agosto siguiente y cuyos términos y cifras están evidentemente exagerados para la circunstancia: "Cinco mil hombres son dueños de esta rica provincia. El general Mariño, a la cabeza de dos mil soldados, defiende la libertad en Cumaná. Mil bravos maturineses a las órdenes del general Rojas esperan a los tiranos en Maturín". Cualesquiera que sea la fecha de ese documento, es de notarse que en él Bolívar evita publicar todavía oficialmente la querella con Mariño, y antes bien presenta a éste en situación mucho más favorable que la que realmente tenía y ocupado sólo en combatir a los realistas. El panorama de la situación militar que el Libertador contemplaba por aquellos días se completa en su carta de 7 de agosto a Leandro Palacios: "En todas partes adquirimos ventajas. La Nueva Granada está sublevada. El general Páez triunfa en Apure. Zaraza, dueño de los llanos de Caracas, aumenta sus fuerzas diariamente con las del enemigo y se acerca a la capital. Monagas ocupa casi toda la provincia de Barcelona, pacífica y tranquilamente". El cuadro, como se ve, era halagüeño, tal vez voluntariamente; pero no parecía serlo menos el que veían otros observadores desde el exterior. Tal Guillermo White,

quien, de Trinidad, escribía el 6 de julio también a Palacios: "Los patriotas se unen; los intereses fraternizan y la libertad sonríe; los esfuerzos dan resultados propicios para la patria. Páez, Bermúdez, el mismo Mariño y sus partidarios marchan con Bolívar, muy dispuestos a seguir regularizando un gobierno formal que ya va teniendo importancia y consiguiendo aquí elementos de guerra".

Pero la prueba más característica de la importancia del buen éxito de las operaciones del Libertador en Guayana veíaselo en el cambio de tono de las notas que el gobernador de Trinidad enviaba a Londres, las cuales comenzaban a ser favorables a los patriotas. Desde el 25 de junio Woodford informa a lord Bathurst de la rendición de la "ciudad de Guayana", señalando al propio tiempo que la escasez de víveres allí es tal que hay peligro de hambre. El 12 de agosto comunica que las fuerzas realistas han evacuado la provincia y anuncia la caída próxima de Angostura, plaza reducida a la última extremidad por el sitio terrestre y fluvial de los republicanos. Regocíjase Sir Ralph ante la posible reapertura del comercio por el Orinoco y espera con ello suministro de carne para la población y tropas de su isla. Reclama un buque de guerra que vaya a proteger aquel comercio.

El Libertador escribió al gobernador de Trinidad la carta que a continuación insertamos, dejándola su ortografía original. Figura en el expediente del *Colonial Office,* al cual fué remitida por Woodford con despacho de 12 de noviembre siguiente. Dicho documento se publicó en el tomo XI de las *Cartas de Bolívar,* según copia tomada antes de nuestras propias búsquedas. También está en aquel expediente la copia de la proclama fechada en Barcelona el 6 de enero anterior y por la cual el "Gefe Supremo de la República, Capitán General de los Extos de Venezuela y de Nueva Granada, &&", decretó el bloqueo de Guayana, Cumaná, La Guaira y Puerto Cabello, "dejando libres todos los demás puntos de la Costa". El original de este decreto, refrendado por José Gabriel Pérez, como secretario, fué "depositado en el Archivo del Almirantazgo de la República", en Pampatar, según lo atestigua una nota de Brión. Léase la carta u oficio del Libertador a Woodford:

"Quartel General de Guayana, 3 de Sept.r de 1817. — Exmo Señor, Tengo el honor de anunciar á V.E. la completa libertad de la Provincia de Guayana rendida á nuestras armas desde el 3 del mes pasado. Quedando ahora abolido, como queda el bloqueo del Orinoco, su comercio está expedito para la Nacion Britanica, y Yo me apresuro a ponerlo en conocimiento de V.E. á fin de que se sirva comunicarlo a los súbditos de Su Majestad Britanica que quieran frequentar nuestros Puertos. Segun el estado de nuestros negocios en la Costa-firme muy pronto los demas Puertos de Venezuela serán igualmente libres que Guayana, pues que nuestras Armas triunfan por todas partes y los enemigos estan reducidos á la ultima extremidad. Yo aprovecho de esta oportunidad para testificar á V.E. los sentimientos de alta consideracion con que soy de V.E. el mas atento adicto servidor Q.B.S.M. — BOLIVAR. — Exmo Señor Gobernador y Capitan General de la Ysla de Trinidad."

El almirante Brión escribió por su parte a Woodford, dos días más tarde, en inglés, una nota sobre la ocupación de la "rica e importante provincia por las fuerzas de los oprimidos habitantes de Venezuela constituidos bajo un Gobierno Republicano de este nombre", y anuncia la apertura del río a los buques ingleses. Brión habla ahora de un gobierno venezolano formado en Angostura, como cuatro meses antes hablaba del formado en Cariaco. En realidad, aquel gobierno no será constituído sino a principios de noviembre; pero desde la liberación de Guayana Bolívar empieza verdaderamente a emplear lenguaje de jefe de Estado.

Woodford contestó, el 4 de octubre, por separado, a las notas del Libertador y del almirante. Su lacónico billete al primero dice así: "El Gobernador de Trinidad tiene a honra acusar recibo de la comunicación del General Bolívar, de 3 de setiembre. Se entera con placer de que el comercio de Guayana está abierto a los buques británicos y desea sólo repetir que este Puerto está, como ha estado siempre abierto libremente al comercio lícito de los habitantes de Venezuela.— El Gobernador aprovecha él mismo esta ocasión para ofrecer al General Bolívar las seguridades de su consideración".

Cayó por entonces enfermo el gobernador y estúvolo durante muchas semanas. Por ello no fué sino el 12 de noviembre cuando pudo transmitir a Londres copia de aquellas cartas y de sus respuestas, esperando que Bathurst no hallase impropias estas últimas. "Tengo la pena de decir —agregó— que nuestras esperanzas de renovar el comercio con Guayana han sido grandemente engañadas. Hay muchos ejemplos recientes de que buques armados de ambos partidos, abrigándose en las costas de esta isla, salen a atacar o detener embarcaciones: hasta donde ha sido posible se han tomado medidas para prevenir esto".

A las dificultades que hallaba el comercio inglés a causa de las operaciones de los patriotas, juntábanse las más considerables aún que determinaban el bloqueo y medidas conexas impuestas por los españoles. A fines de enero de 1818, Morillo envió una circular a los gobernadores de varias Antillas británicas, anunciándoles el arribo a sus respectivos puertos de la flota de S.M.C. al mando del capitán de fragata D. José María Chacón, y encargada de "operar por ahora en la persecución y destrucción de los piratas que infestan las costas de Venezuela y entorpecen el comercio, prosperidad y riqueza de sus pueblos". El Pacificador espera que Chacón reciba buena acogida de las autoridades inglesas, a las cuales, por otra parte, informa de sus recientes triunfos.

Poco antes, el almirante Harvey, estacionado a la sazón en la isla Antigua, había protestado ante el propio Morillo por el hecho de haber los buques españoles violado la neutralidad del territorio británico, al "examinar y apresar buques bajo pabellón inglés dentro de los límites de la isla de Trinidad". No contestaba el almirante el derecho de los navíos de guerra españoles a hacer respetar el bloqueo de los puertos insurgentes ni a visitar buques extranjeros en alta mar; pero no quería permitir las indicadas violaciones ni dejar sin defensa el comercio legal de las colonias de Su Majestad. Siguióse de aquello correspondencia entre el general y el almirante y entre el primero y su ministro de la Guerra, a quien el de Estado transmitiera las quejas llegadas a su despacho por conducto del embajador británico en Madrid. De dicha correspondencia, que puede leerse en la obra de

Rodríguez Villa, aparecen las instrucciones dadas por el gobierno real para evitar, en lo posible, los inconvenientes creados a los ingleses por el bloqueo de nuestras costas, bloqueo, por lo demás, incompleto y por ende ineficaz.

Entrábase entretanto en un período que no justificaría en modo alguno los agradables colores empleados por White para pintar la situación de los patriotas. El segundo semestre de 1817 marcará, al contrario, el apogeo de las dificultades originadas en la desavenencia de los jefes militares, y será necesario que el Libertador se decida a castigar al general Piar y a lanzarse en lucha abierta con Mariño, ya casi desarmado y cogido entre la doble amenaza de los realistas y de sus ex-subalternos, para que puedan asentarse la autoridad y el mando únicos indispensables para alcanzar la victoria.

Como Piar repitiera que deseaba marcharse del ejército, Bolívar le dió, el 30 de junio, un pasaporte para el lugar de Venezuela adonde quisiese ir, o para las colonias extranjeras. Pero el general se guardó de usar de aquel permiso y emprendió una serie de manejos entre los oficiales de que no tardó en enterarse el Libertador, cuando llegó a Angostura después de dejar a Urdaneta el mando de las tropas en Guayana la Vieja. Según vemos en una carta del coronel Juan Francisco Sánchez a Bolívar, fué el teniente coronel José Manuel Torres quien denunció aquellos manejos a Bermúdez y a Sedeño. La propaganda subversiva trató sobre todo de ganar, conforme dicen Urdaneta y otros, a oficiales pardos como el mismo Sedeño, Olivares, Sánchez y Salcedo. El general Santander, a la sazón subjefe del estado mayor, dice que ganó "el afecto y confianza" del Libertador porque, además de haber cooperado a reorganizar el ejército, observó "conducta franca y leal hacia la autoridad de Bolívar en las revueltas de Piar, Mariño y algunos otros que lo convidaron para sus proyectos". Santander mezcla allí, tal vez deliberadamente y bajo el nombre común de "revueltas", la conspiración y conato de rebelión de Piar y la disidencia de Mariño. No sabríamos decir cómo este último, que estaba lejos de Angostura y no vió en todo el año al granadino, pudo "convidarlo" a entrar en su "proyecto". A menos que lo hiciera por carta, lo que es dudoso.

El Libertador se decidió a aplicar severas medidas contra Piar y al propio tiempo —escribe Urdaneta— "escribió a todas partes, envió comisionados, halagó a algunos, hizo confianza de otros para impedir que la seducción cundiese". Y, de aquel lugar después tan célebre de Casacoima, escribió a Soublette, el 23 de julio: "Con esta fecha libro orden al señor general Bermúdez para que intime al general Piar que se presente en este cuartel general, o lo remita preso con seguridades; si no obedece a aquella intimación, usted prevendrá a los comandantes del tránsito de Caruachi hasta esta línea que velen sobre su conducta e impidan el que tome otra dirección que no sea esta". Urdaneta por su parte recibió orden de "moralizar" a sus tropas, que habían sido formadas por Piar, y "proceder en juicio sumario contra cualquiera individuo que se mostrase adicto a los proyectos que acababan de descubrirse". Una junta de generales y oficiales superiores robusteció por entonces la autoridad de Bolívar, renovándole el reconocimiento de su jefatura suprema.

Al llegar a oídos de Piar, en una u otra forma, las órdenes dadas por el Libertador, resolvió huir y, abandonando hasta su pasaporte, tomó la ruta de Maturín. El general Rojas escribió a Bermúdez, el 5 de agosto: "Es en mi poder el (oficio) de Usía y le digo que el señor general Piar ha pasado para adentro, a unirse al señor general Mariño. Ellos están unidos. Él aquí poco paró, por lo que cuando llegó el suyo, ya él se había partido". A decir verdad, Rojas nada sabía de esta unión entre Mariño y Piar; pero desde hacía tiempo había producido el efecto requerido la medida del Libertador que le independizara del primero y suscitara en su ánimo el natural deseo de combatirle. Su carta a Bolívar, de 12 del mes citado, es significativa al respecto.

Pero sea porque el Libertador supiese a qué atenerse sobre los verdaderos y nada amistosos sentimientos de Piar hacia Mariño y contase en algún grado con ellos, sea porque juzgase inoportuno todavía echar aceite al fuego atacando públicamente a éste, o por ambas razones, es lo cierto que en su manifiesto contra Piar de 5 de agosto evitó asociar a los dos generales en esta aventura. Al contrario, pudiera creerse que el terrible documento está hecho en parte

para recordar a Mariño los viejos tiempos de la unión y de los comunes sacrificios, con el recuento de las ocasiones en que Piar obró contra uno y otro. En todo caso, el escrito de Bolívar, verdadera acta de acusación contra el rebelde, es la mejor defensa que pueda presentarse de la actitud de Mariño en ciertos momentos obscuros o controvertidos de su historia, y destruye, además, o amengua considerablemente el valor de la aserción de algunos, Ducoudray-Holstein desde luego, según la cual Piar, carácter fuerte, ejerció siempre decisiva influencia sobre el supuesto carácter débil de Mariño. La verdad es que los dos hombres tuvieron frecuentes choques, y ya vimos cómo el atrabiliario curazoleño desconoció la autoridad del otro. Al iniciarse el fatídico año en que nos hallamos, las relaciones de ambos generales no podían ser peores, y tal estado formaba desde hacía meses uno de los principales elementos de la discordia entre jefes patriotas que distingue esa época. En cuanto concierne a las citas que de Mariño hace el Libertador, conviene apreciarlas considerando el instante en que fueron hechas y la circunstancia de que muy pronto el segundo va a ensayar desembarazarse del primero por la fuerza.

"Yo denuncio a la faz de la nación —escribía Bolívar— el crimen más atroz que ha podido cometer un hombre contra la sociedad, el gobierno y la patria. El general Piar es el autor execrable de este fatal delito". Y no es extraño, para Bolívar, que aquélla fuese la conducta del hijo de un canario y de una curazoleña, que ningún sentimiento recibiera al nacer y cuya vida, a pesar de los servicios que le hicieron "benemérito de la patria", ha sido "un tejido de conspiraciones, crímenes y violencias". ¿De dónde sacó Bolívar aquella ascendencia de Piar? El misterio circunda el nacimiento del infortunado héroe, pues si él mismo, a lo que parece, se decía hijo de un Braganza, algunos aseguran que era hermano natural de los Ribas y otros fundan en cierto origen la supuesta aversión que a Soublette inspiraba. Hay quienes afirman que Piar era mulato y lo parecía, y quienes dicen que, siéndolo, no lo parecía; quienes, en fin, pretenden que era rubio, con ojos azules. El coronel Sánchez, cuya declaración en el proceso tomamos en este y otros detalles con la debida precaución, afirma que

Piar le dijo: "Yo he sido ascendido a general en jefe por mi espada y por mi fortuna, pero soy mulato y no debo gobernar en la República". En el Archivo General de la Nación existe una nota del general Joaquín Paris, en nombre de la Comisión Principal de Repartimiento de Bienes Nacionales y fecha 14 de julio de 1824, relativa a la reclamación de haber que presentaron las señoras Isabel Gómez y María Marta Boon, "la primera como madre natural del finado general Piar y la segunda como su viuda". Ignoramos el resultado de aquella diligencia y si, por otra parte, algún estudioso ha identificado aquellas dos damas. Gil Fortoul dice: "Manuel Piar nació en Curazao, en 1777, de Fernando Piar, canario, y de María Isabel Gómez, mulata, partera o comadrona", quien "vivía con su hijo en La Guaira en 1798". Hippisley, que no conoció al general, dice que "era un negro" originario de Santo Domingo, y agrega que en Angostura se guardó como recuerdo la silla en que fué fusilado. Según el intrigante y malévolo Ducoudray-Holstein, el almirante Brión "odiaba a Piar, y hablándome de él, decía el mulato Piar es un gran ladrón y vagabundo", o todavía: "Piar es un mulato, un vagabundo, un hombre de la clase más baja, peligroso y perjudicial para todos los blancos". Otro oficial extranjero que fué a Venezuela poco después de la muerte de Piar, el comandante Persat, escribe: "Este general era de raza negra, de la clase libre". Sea lo que fuere, el curazoleño, acusado por todos de ambicioso, libertino y amante del lujo, tenía reputación deplorable.

Los cargos del Libertador contra Piar son formales: "Llevado —dice— por el general Mariño a la costa de Güiria, enviado a Maturín, habíase sublevado contra su jefe Bernardo Bermúdez y causado la muerte de éste a manos de los realistas". Acúsale luego de haber ocasionado por su "estupidez" la pérdida del fruto de las victorias alcanzadas por los maturineses. "El general Mariño —continúa Bolívar—, reconocido por jefe de la expedición de Oriente, fué a Maturín a inspeccionar aquellas valientes tropas. El general Piar, entonces ausente, había tramado antes de separarse un motín contra su jefe, que se habría logrado, sin duda, si el virtuoso general Rojas

no hubiese cumplido con su deber en favor de la justicia y de la subordinación militar. La insurrección de Piar no tuvo efecto por la bella conducta del general Rojas". Cuando la aventura de Bianchi, Piar, quien había ido a Margarita "para salvar el fruto de sus depredaciones en Barcelona, y más aún para escapar a los peligros de la guerra, que él hace sólo por enriquecerse a costa de la sangre de los infelices venezolanos", se insubordina de nuevo: "El general Mariño y yo, jefes de la República, no pudimos desembarcar en Margarita porque el faccioso Piar se había apoderado de la fuerza y nos obligó a ponernos a la merced de un pirata más generoso y más sumiso que él, aunque iguales en la rapacidad". La cólera de Bolívar y su decisión, ahora implacable, de acabar con Piar, le lleva hasta negarle valor y capacidad militar: "Una vez que ha hecho su botín, el valor le falta y la constancia le abandona. Díganlo los campos de Angostura y San Félix, donde su presencia fué tan nula como la del último tambor". Fué Mac Gregor quien ganó la batalla del Juncal. Piar, y sólo él, causó en 1814 la pérdida de Cumaná, conspirando contra Ribas y haciendo a la población víctima de Boves. Luego se va a Güiria, a tramar contra Bideau, "quien tenía la autoridad suprema de aquel país por delegación del general Mariño". Pero Bideau lo expulsa de allí. En resumen: Piar es avaro, venal, feroz, despótico, usurpador, calumniador y embustero, "un sátrapa de Persia". Tal es el hombre que quiere sublevar a los pardos contra los blancos, ¡él, que pretende ser hijo de príncipes! "¿Quiénes son —pregunta el Libertador— los actores de esta Revolución? ¿No son los blancos, los ricos, los títulos de Castilla y aun los jefes militares al servicio del Rey? ¿Qué principios han proclamado estos caudillos de la Revolución? Los actos del gobierno de la República son monumentos eternos de justicia y liberalidad. ¿Qué han reservado para sí la nobleza, el clero, la milicia? Nada, nada, nada". Y es Piar quien viene a provocar una guerra de hermanos contra hermanos, en un país donde la igualdad existe y la libertad es meta y fin de la Revolución.

El último párrafo de aquella proclama truculenta y despiadada anuncia el cadalso: "El general Piar ha infringido las leyes,

ha conspirado contra el sistema, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huído como un cobarde; así, pues, él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor".

Pero la actitud prudente del Libertador respecto de Mariño, el primer cuidado puesto en no confundir desde luego los casos de ambos generales en una común reprobación, y que parecía obedecer sólo al deseo de reservar las posibilidades de nuevo acuerdo con aquél, cambiaron al recibirse en el cuartel general noticias de la llegada de Piar al campamento de Mariño, y, semanas más tarde, del hundimiento completo, con la pérdida de Güiria, de toda la fuerza militar del último.

Bolívar había tratado de entenderse una vez más con Mariño, y al efecto había confiado al coronel Armario la misión a que alude Castelli, y a la cual se refiere precisamente Jerónimo Ramos en el estudio publicado en 1925 y que hemos citado atrás. Debía Armario excitar a Mariño a reanudar sus relaciones con el Libertador y a reconocer explícitamente la autoridad de éste. Cuando el coronel llegó a Maturín, supo que Mariño había partido para Güiria, y allí le siguió, hallándole en las circunstancias de que se ha hablado. La presencia de éste en Paria —dice Ramos—, coincidiendo con Castelli, "sirvió, a lo menos, para evitar que fuesen mayores las pérdidas de los patriotas, pues logró salvar en la derrota el parque y gran parte de las fuerzas con que se acogió a los montes".

No sabemos qué respondiera Mariño a Armario, a quien veía por primera vez después de los sucesos del Carito y Aragua de Barcelona. Pero no hay duda de que le confió una carta para el Libertador, la cual el 11 de noviembre no había llegado todavía a manos de éste. Ramos afirma que Bolívar "prescindió" de la negociación al saber el arresto de Piar, y dió entonces a Sedeño las órdenes contenidas en su carta de 3 de octubre, a la que nos referiremos.

XVIII

DÍA DE LUTO PARA MI CORAZÓN

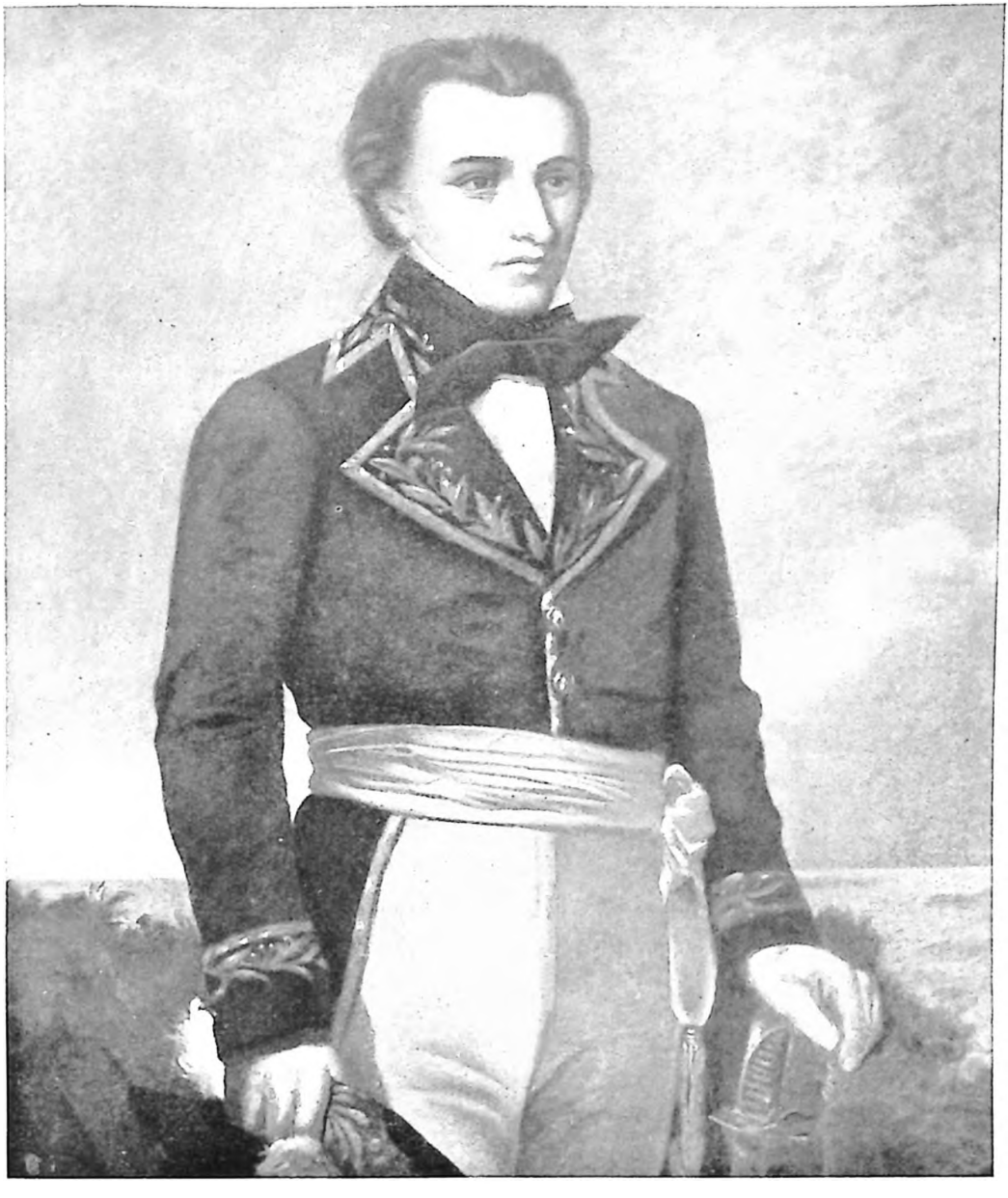
CUÁLES fueron en realidad las conversaciones de Piar con Mariño, o bien, qué respuesta dió Mariño a la excitación que indudablemente le hizo aquél de juntar sus respectivas causas y tomar posición común frente al Libertador? Los historiadores Baralt, Yanes, Restrepo, Larrazábal y otros que les copian, empleando todos términos idénticos o semejantes, resuelven la cuestión con afirmaciones sumarias: al saber Piar que Bermúdez tenía orden de prenderle, fugóse a Maturín, se puso de acuerdo con Mariño, quien ya estaba en "abierta disidencia", y se dió "a juntar soldados para resistir". Conde, en su *Relación,* dice, con mucha precaución: "Ya había llegado el general Piar a Maturín, donde se puso de acuerdo sobre sus ideas sediciosas con otros jefes y algunos oficiales que no es oportuno recordar". Yanes, más seguro del asunto, asienta que el rebelde logró inspirar a Mariño desconfianza hacia Bolívar, y que la conducta que entonces siguió Mariño "dió a conocer que aceptaba los proyectos de Piar". Tratemos de aclarar el embrollo, exponiendo desde luego los hechos tales como nos aparecen de los documentos, y entre éstos de las declaraciones del propio Piar.

Al llegar éste a Maturín escribió a Mariño, quien, después de su última reciente derrota en Cariaco, se hallaba con un pequeño destacamento en el pueblo de San Francisco, vecino al más considerable de

San Antonio. Decía aquél que el cansancio le impedía seguir inmediatamente a ver al segundo, pero que lo haría muy pronto. Mariño envió entonces a Maturín al coronel Isava y a otros oficiales, quienes acompañaron a Piar a su campamento. Este último dice que su deseo era obtener de Mariño "un pasaporte de su mano para trasladarse a una colonia extranjera", pues habiendo dejado en Angostura el que le había dado el Jefe Supremo, corría el riesgo de que las autoridades extranjeras lo considerasen desertor. Agrega que su primera entrevista con Mariño, verificada en Aragua de Maturín, se realizó en presencia del coronel Isava, del capitán Villegas y de otros oficiales. Mariño rehusó otorgarle el pasaporte, y entonces Piar "le pidió permiso para retirarse a los montes de Punceres a hacer una labranza y a aguardar allí el día de la reconciliación. Estos propósitos del fugitivo fueron abandonados, y, según vamos a ver, las cosas tomaron otro giro. Piar cesó en sus quejas contra quienes lo habían envuelto en la "negra intriga", y "sólo pensó en arreglar y organizar aquella provincia, reunir tropas y continuar haciendo la guerra a los enemigos de la República".

Lecuna afirma, sin que sepamos su fundamento, que cuando Mariño iba hacia Maturín, después de su última derrota en Cariaco, "con gran sorpresa suya, encontró a Piar caminando en su busca", versión que contradice, en parte al menos, la que dejamos dada. Aquel historiador agrega: "Allí se amistaron de nuevo aquellos dos hombres alternativamente amigos y enemigos. Peleados a muerte desde la traición de Piar y de Ribas y la consiguiente expulsión de Mariño y Bolívar en 1814, y reconciliados en Los Cayos, volvieron a enemistarse en 1816, a causa de pronunciarse Piar por el Libertador después del Juncal. Las circunstancias les colocaban otra vez en la misma línea; pero, según se desprende de los sucesos subsecuentes, entre ellos no hubo cordialidad ni unión. Se miraban con recelo".

Cualesquiera que hayan sido las circunstancias del encuentro, si se examina la conducta que observó Mariño en esta emergencia, puede emitirse la hipótesis de que se esforzó en persuadir a Piar, y tal vez lo logró, de que abandonase sus planes de rebelión y continuara junto



PIAR

POR TOVAR Y TOVAR

Palacio Federal. Caracas.

con él la lucha contra los realistas, sin sujeción a Bolívar. Pero, de todos modos, aparece que Mariño resolvió ir a Maturín, hablar con Rojas y poner en claro, tanto la actitud de éste respecto a él, como el asunto particular de Piar. Ambos generales pusiéronse, pues, en marcha. Piar declara: "Que el señor general Rojas, instigado por tres o cuatro, dijo al general Mariño que el confesante le había convocado a él mismo para degollar a los blancos, y le citó por testigo a su propio hermano, el coronel Infante, y a otros varios; que el general Mariño procedió inmediatamente a examinar estos testigos, y resultó ser todo falso; lo que, unido al encargo que el general Rojas hizo a este jefe de que no dijese al confesante que él era el que lo delataba, y el sentimiento que manifestó después de esta declaración, hizo conocer al general Mariño que todo era una calumnia". Porque, como se sabe, Piar negó rotundamente ante el consejo de guerra que hubiese tratado de desencadenar una lucha de castas, y, en todo caso, formuló a este respecto una pregunta que basta, si se la responde con justicia y justeza, a eliminar toda idea de que Mariño pudiese compartir cualquier idea de guerra social como la atribuída a Piar: "¿El general Mariño es tenido por el jefe de la facción de un color contra otro?" Hubo muchos, por lo demás, que siempre tuvieron por falso aquel cargo hecho al rebelde: el general Francisco Mejía aseguraba bajo su palabra de honor haber oído decir a Bermúdez y a Sucre que la acusación de que Piar hubiese tratado de sublevar a los pardos era simple invención. Sin embargo, Bermúdez, a quien sabemos enemigo o, por lo menos, poco amigo de éste, le atribuye, en cartas de 28 de julio a Rojas, Zaraza y Monagas, "proyectos destructores" y de guerra civil, y le acusa de haber inventado, "con el objeto de formarse un partido y disolver este precioso ejército, a muchos oficiales y soldados pardos para que, acaudillados por él, se separen de la misión tan íntima que liga a todos en la presente lucha, y de la igualdad verdadera que disfrutan aquéllos en nuestra sociedad, inspirándoles que los mantuanos sólo tratan de su destrucción y que él, como pardo, y no como a criminal, le persiguen". He allí, en síntesis, "las negras ideas", el "complot de los caraqueños", de que Piar hablaba al padre Blanco. El coronel Sánchez, cuya responsabilidad en todo este asunto no es

ligera, dice que Piar, cuando le anunció su ida a Maturín, díjole: "Mariño, cuyas ideas liberales son bien conocidas, me hará algunas reconvenciones, pero él se unirá de muy buena fe, por estar de acuerdo con mis sentimientos". Reconvenciones parece Mariño haberlas hecho; pero en cuanto a concordes sentimientos sobre aquella barbaridad, el mismo Piar demostró con su pregunta, citada arriba, que no podían existir. El capitán Antonio Díaz afirmó haber oído decir a Piar que en Maturín había un partido pronto a seguirle, y convidar a todos para la "destrucción del mantuanismo". Cuando se le careó con Díaz, Piar preguntó: "¿Cómo podría pensar, sin haber perdido el juicio, en formar tropas para venir a atacar al gobierno de esta provincia, que tenía un grande ejército, cuando toda la perspectiva que se le presentaba era el general Mariño batido y sus fuerzas reducidas a ciento y pico de fusileros, sin recursos de armas ni de municiones?"

Sobre aquella ida de Mariño y Piar a Maturín, como se dijese a éste en su proceso, que ambos habían marchado "contra Maturín con tropa armada y amenazas de guerra, por la sola razón de que aquel departamento era fiel al gobierno de la República", respondió: "Que cuando el general Mariño marchó hacia Maturín, el exponente fué en su compañía y estuvo en todo este tiempo como un simple espectador, pero que en honor de la verdad no puede menos que manifestar que las intenciones del general Mariño eran sólo de obtener algún auxilio de municiones, pues si su proyecto hubiese sido de forzar a Maturín, lo habría ejecutado impunemente, porque no había tropas que se le opusiesen".

Soublette, en los cargos, no evoca la conducta de Mariño sino para reprochar a Piar sus contradicciones: "Llega a Maturín y quiere allí encender la guerra civil. Pasa al campo del disidente general Mariño, se une a él y sigue rivalizando con el gobierno, pues aunque en su confesión, al folio 43, dice que cuando se dirigió hacia el general Mariño fué sólo con el objeto de pedirle un pasaporte, él mismo se ha contradicho en la propia confesión, a los folios 40 y 41, y muy particularmente en las confrontaciones, al folio 58, en donde confiesa haber dicho que se iba a reunir al general Mariño, que estaba

seguro le trataría con más generosidad que la que aquí había experimentado".

Y, en verdad, piénsese lo que se quiera de la actitud de Mariño hacia Bolívar en aquellos momentos, dice mucho bien de su generosidad, de su magnanimidad, haber acogido a Piar fugitivo, pues aparte de las causas de disgusto que contra éste debía tener según el propio Libertador, no había pasado todavía un año de la última ofensa grave que el curazoleño le hiciera al desconocer su autoridad y excitar a otros jefes a desconocerla. La desavenencia entre ambos generales era tan pública y notoria que el coronel Galindo, defensor de Piar en el juicio, creyó cumplir mejor su encargo presentando a Mariño, con alguna exageración ciertamente, como mortal enemigo del acusado y pintando al héroe neo-espartano con negros colores. "¿Quién fué sino mi defendido —decía Galindo, con referencia al citado episodio— el que en ausencia de la autoridad suprema se rehusó vigorosamente y despreció con una dignidad heroica las sugestiones y las lisonjeras promesas que le brindaba el general Mariño?... ¿Quién ignora el heroísmo incomparable, el ejemplo sublime, de constancia y la invencible firmeza con que desde entonces se decidió contra Mariño?... Allí se ven estampadas (en las gacetas realistas de Caracas) las órdenes más terminantes que hizo circular a todos los que mandaban divisiones para que no obedecieran a Mariño como un general disidente, que desconocía la más legítima autoridad de Venezuela". No pueden indicarse, porque no existen documentos, cuáles pudieron ser aquellas "lisonjeras promesas" de Mariño a Piar a fines de 1816; pero es lícito pensar, si se considera la vida de este último toda entera, que aquella conducta que Galindo sublima y exalta con el doble objeto de defender al acusado y de adular al Libertador, fué simplemente hija del espíritu de insubordinación y revuelta que animó siempre al general Piar. En materia de conducta, el defensor aprovecha para calificar de "escandalosa" la de Mariño en las circunstancias a que luego alude, es decir, a la "disolución" del ejército en la provincia de Barcelona. Creemos haber demostrado que el "escándalo" de entonces se debió a los divisionarios Bermúdez, Valdés y Armario y en modo alguno a su general, a quien desobedecieron.

En todo caso, si "odio" existía entre Mariño y Piar, más resaltante fué por ello la generosidad del primero, y, conociéndole, podría creerse que de haber estado él presente, el segundo no habría sido arrestado ni la tropa rehusado protegerle. ¿Y qué partida mejor venida no habrían sumado los historiadores al por ellos tan abultado pasivo de Mariño si se hubiese negado a recibir al compañero fugitivo? Precisamente porque éste, al creerse poderoso, se había convertido en adversario e insultádole en sus comunicaciones a otros subalternos, era deber de hidalgo no rechazarle en su desgracia. Hidalgo, Mariño éralo por los cuatro costados y lo probó en aquella ocasión como en muchas otras. Y además, su posición no era tan favorable que pudiese desdeñar la ayuda eventual de un general capaz, tanto para fortificarse personalmente como para continuar la guerra contra los realistas, fin primordial de sus esfuerzos. Un hecho esencial parece, por otra parte, desprenderse de autos y principalmente de las frases de Galindo: Piar no estaba en sus cabales durante toda esta desgraciada aventura, y sus propias contradictorias declaraciones demuestran que tenía el espíritu trabucado y anormalmente exaltado. "El acto de acogerse al general Mariño, de quien siempre ha sido enemigo —atrévese a decir el defensor—, prueba bien claramente que su espíritu no estaba todavía muy tranquilo, ni su juicio muy en su lugar para refugiarse casa del que más le ha odiado siempre".

Otro proyecto que se dice tuvo Piar al encontrarse con Mariño fué el de sugerir a éste volviese a la antigua división de las provincias. En efecto, el teniente coronel Francisco Pildain declaró que Piar había dicho en Maturín, en presencia del general Rojas, "que él iba a unirse al general Mariño para que se hiciese la división de las provincias como estaban anteriormente, y que los mantuanos gobernasen en Occidente, que Mariño y él gobernarían en Oriente". No puede saberse si Piar hizo a Mariño tal proposición, ni, en caso afirmativo, si éste la acogió. Es posible que una sugestión de ese género sí hallase eco en el ánimo de quien, no hay que olvidarlo, era federalista convencido y acababa de hacerse nombrar Presidente del Estado de Cumaná. Pero este problema excedía ya del caso de

Piar formaba parte del otro, mucho más vasto, suscitado por el "Congreso" de Cariaco.

Mas, cualesquiera que hayan sido las conclusiones y planes a que llegaran Mariño y Piar, y que no es dable precisar, en cuanto a sus respectivas actitudes hacia el Libertador y la autoridad de Angostura, hay un punto incontrovertible y es la decisión del primero de continuar a toda costa la lucha contra los realistas. A este fin, emprendió marcha hacia Güiria, donde, según dijo Piar ante el tribunal, era necesaria su presencia, por los malísimos procedimientos del jefe de aquella región, Hermoso, y de sus subalternos, quienes provocaban las quejas de nacionales y extranjeros por sus "robos e insultos". Hemos visto, por la relación de Castelli, que Mariño llegó a la costa, ya caída Güiria en poder de los realistas, en los últimos días de agosto o a principios de setiembre. Nótese que a pesar de la violencia de las pasiones nadie se atrevió entonces a acusar a Mariño de haber incitado a la guerra civil, llamándosele sólo "disidente" y reconociéndose que sólo pedía a sus compañeros, Rojas, por ejemplo, que le auxiliasen con municiones.

Cuando el general marchó a Güiria, quedóse Piar con el destacamento de "ciento y pico" de soldados a las órdenes del comandante Carmona, y, según declaró Galindo, dióse a aumentarlo, logrando "en corto tiempo formar una brillante y brava división compuesta de más de quinientos hombres". Ya veremos si esto es exacto. Piar dijo personalmente que "se hizo cargo de aquellas tropas durante la ausencia del general Mariño, sólo por evitar la total ruina de la Provincia de Cumaná, y porque estaba cierto de reunir tropas con que imponer algún respeto a los españoles que con fuerzas muy superiores ocupaban la capital". Porque Mariño iba a ausentarse, en la circunstancia que adelante veremos.

Al saber el Libertador que Piar hallaba refugio en el campo de Mariño, decidió medidas inmediatas destinadas a evitar que un acuerdo entre aquéllos pusiese en peligro su propia autoridad y dispersase el esfuerzo patriota, más que nunca necesario. Yanes asegura que al enterarse Bolívar de que dicho acuerdo existía "convocó una junta de generales, jefes y oficiales, para que francamente manifestasen

si le reconocían como jefe supremo, o que nombrasen al que tuvieren a bien". Los asistentes, naturalmente, proclamaron, una vez más, la jefatura del Libertador. Poco después súpose en Angostura la pérdida de Güiria y tal suceso no dejó de causar allí cierto alivio porque significaba debilitamiento, por no decir definitiva ruina, de lo que se llamaba ya "partido de Mariño". Precísase rápidamente el propósito de acabar a la vez, confundiéndolas en una sola reprobación, con la rebelión de Piar y la disidencia de Mariño. Como primer paso, el Libertador envía a Sedeño a Maturín, con caballería y el encargo de "socorrer" aquel departamento y de cumplir instrucciones que se adjuntan por escrito a la nota que le nombra y tiene fecha de 17 de setiembre. Pocos oficiales estaban más indicados que Sedeño para cumplir una tarea de aquella índole: hombre propio para golpes de mano y que hablaba con frecuencia de "afusillar" gentes, ya Bolívar le mandara en 1814 sorprender y matar a Boves en Villa de Cura, misión que no realizó por haberle abandonado, lleno de miedo, el piquete de soldados que le acompañaba. No conocemos aquellas instrucciones, pero es probable que en ellas se señalase francamente a la acción de Sedeño la persona de Piar. Según la nota, aquél debería empeñarse en "desengañar a los infelices inocentes que por su sencillez se hayan dejado seducir: hágales usted ver el abismo en que algunos enemigos de la tranquilidad pública quieren sepultarlos y hágales ver las rectas y paternales intenciones que han guiado hasta hoy los pasos del gobierno de Venezuela". Rojas recibe orden de auxiliar a Sedeño, y que ambos jefes combatan tanto a los "godos" que acaban de ocupar a Güiria como a los "rebeldes", cuyas fuerzas no pasan de doscientos hombres. Es necesario "ahogar para siempre la facción que amenaza la tranquilidad de la República". El Libertador ha pensado en enviar también a Maturín una brigada de infantería, pero ahora juzga que bastan las tropas de Rojas y la caballería de Sedeño. El 22 de setiembre, nuevas y terminantes órdenes al último: "Jamás —dícele Bolívar— se ha presentado una ocasión más oportuna, ni una circunstancia más favorable para arrancar hasta las más pequeñas raíces del mal que los enemigos domésticos de Venezuela querían sembrar". Hay que prender a los "autores,

jefes y partidarios de este horrendo crimen" y "purgar" el país de tan "abominables monstruos". Y puesto que Piar está "solo, sin partidarios y sin espacio siquiera donde vagar", Sedeño debe aprehenderlo, "a él y a los que lo sigan", ya que "los acontecimientos inesperados de Güiria aseguran más el éxito feliz de la comisión de Vuestra Señoría". En ningún caso, por ninguna causa puede permitirse la evasión de Piar, y Sedeño "debe volver trayéndolo consigo, pues si se frustra la captura de éste la facción no queda enteramente ahogada y extinguida".

Pero las órdenes extiéndense ahora, nominativamente, a los oficiales de Mariño, a los hombres que no han cometido otro delito que el de ser fieles al caudillo que les enseñara a pelear y a sufrir por la patria. "El capitán Estévez, comandante del *Condor* —continúa Bolívar—, asegura que el comandante Benn, de la Guardia de Honor del general Mariño, debe regresar de Trinidad a Maturín. Este y los más que indique a Vuestra Señoría el ayudante-general Sánchez, que los conoce, deben ser asegurados y conducidos con los demás facciosos, como también Isava, Montes y demás jefes que han seguido a los revolucionarios de esa plaza". El Libertador espolea sin cesar a su agente, y el 24 escríbele: "He sabido también que Piar se dirigió a Cumanacoa. Persígalo Usía por todas partes hasta aprehenderlo junto con los demás caudillos y secuaces de su facción... El comandante Benn y otros facciosos pueden recalar a Maturín: todos deben ser presos y conducidos con seguridad aquí". La pérdida de Piar está irrevocablemente decidida: "Las tramas y el genio revoltoso de Piar —dice Bolívar a Rojas— en estas circunstancias en que no estamos perfectamente tranquilos, son muy terribles. Los individuos todos de la República deben empeñarse en su aprehensión".

Se sabe cómo en la mañana del 27 de setiembre, el general Sedeño arrestó a Piar en Aragua de Maturín. Carmona, quien, como se ha dicho, mandaba un piquete de setenta o cien fusileros, se negó a emplear las armas para defenderle. "Quiso resistir la orden que le comunicó el señor general Sedeño de venir a esta capital —escribió Bolívar a Bermúdez— y se dispuso a resistirla a viva fuerza; pero afortunadamente el comandante Carmona, que mandaba el destaca-

mento, se adhirió con todo él al partido del gobierno y Piar quedó abandonado". Jerónimo Ramos escribe que en aquella actitud de los soldados influyó la circunstancia de que "se afirmaba como cierto el avenimiento de Mariño con el Libertador en virtud de las propuestas de Armario". El hecho es que al recibir intimación de entregarse, Piar desenvainó la espada, pero fué desarmado y conducido a Maturín y de allí a Angostura, bajo escolta al mando del coronel Sánchez.

El 3 de octubre, día en el cual el Libertador se manifiesta particularmente exaltado y dispuesto a tomar medidas extremas no sólo contra Piar, sino también contra Mariño, como veremos, ordena enjuiciar al primero en nota a Soublette: "El señor general Manuel Piar, acusado de los crímenes de insubordinación a la autoridad suprema, de conspirador contra el orden y tranquilidad pública, de sedicioso y últimamente de desertor, debe ser juzgado conforme a nuestras leyes". El león zamarreaba su presa. El consejo de guerra, nombrado el 14 de octubre, se compuso del almirante Brión, presidente, y de los vocales generales de brigada Torres y Anzoátegui, coroneles Ucrós y Carreño, tenientes coroneles Piñango y Conde. Actuó como fiscal el general Soublette, y el coronel Galindo defendió al acusado. En carta a Bermúdez, de 4 de octubre, dijo el Libertador que se proponía escoger los jueces de Piar entre los oficiales que no tuvieran motivos de resentimiento contra éste y que Brión, "su paisano y su más íntimo amigo", presidiría el tribunal. Varios vocales serían "criaturas" de Piar. Bolívar agregó que esperaba que si el consejo aplicaba la pena capital "abriese camino, camino claro, para la conmutación" y que entonces el ejército pidiese ésta, porque él estaba dispuesto a concederla. Sobre los sentimientos de Brión hacia su compatriota, ¿quién tenía razón, Bolívar o Ducoudray-Holstein? Creemos que el primero; pero a cuanto citamos en el presente capítulo y para completar el expediente agreguemos esta afirmación del aventurero francés: "El almirante Brión odiaba a Piar y, deploro decirlo, contribuyó grandemente a su muerte".

El tribunal pronunció, el día 15, la pena capital, por unanimidad. Hay presunciones de que Anzoátegui votó además por la degradación. El Libertador confirmó: "Vista la sentencia pronunciada por el con-

sejo de guerra de oficiales generales contra el general Manuel Piar, por los enormes crímenes de insubordinado, desertor, sedicioso y conspirador, he venido en confirmarla, sin degradación. Pásese al señor Fiscal para que la haga ejecutar conforme a ordenanza, a las cinco de la tarde del día de mañana".

El general fué fusilado en la plaza de Angostura, de rodillas, en presencia de la bandera. Las tropas desfilaron ante el glorioso cadáver.

Nadie alzó la voz en favor del condenado, y así lo comprobaba el *Correo del Orinoco,* el 18 de julio de 1818, al exaltar el espíritu de unión que, según el periódico, reinara siempre entre los patriotas, fuesen blancos, fuesen pardos: "Jamás se ha visto un tiro de fusil ni un bayonetazo en Venezuela entre los republicanos. El general Piar pretendió hacer una insurrección contra el gobierno y sólo él fué juzgado, porque no halló un solo partidario... A pesar de toda su fortuna, de su carácter militar y de su empleo, no llegó a seducir un solo individuo. Aquellos a quienes comunicó su proyecto lo delataron, lo aprehendieron y después asistieron a su ejecución. Todos eran pardos y ni uno siquiera ha mostrado dolor por el castigo de aquel desnaturalizado ciudadano".

Irvine envió una información sobre el asunto al secretario Adams, con fecha 9 de noviembre del citado año de 1818. Antes había transmitido otra, que debe de hallarse en el expediente de su misión pero que no hemos leído, pues de éste sólo algunas piezas hubimos de hacer copiar. Aquí, y como de costumbre, el norteamericano recoge de preferencia los dichos de los adversarios del Libertador y censura los procederes dictatoriales de éste. Copiemos algunos párrafos de la información que se relacionan concretamente a Piar: "El esquema incluído antes relata el crimen y proceso de Piar. No doy fe alguna a esa descripción, salvo que contiene los cinco textos (?), a pesar de que el memorándum me fué suministrado por un hombre que yo juzgaba *entonces* (subrayado en el texto) independiente. De investigaciones ulteriores y completas y de repetidas conversaciones *con personas que conocieron íntimamente a Piar y sirvieron con él* (subrayado en el texto), resulta casi seguro que se le castigó por haber

proferido invectivas contra toda dictadura y dicho que Venezuela no podría nunca prosperar sin un gobierno. "Napoleón —dijo en su rudo lenguaje— ha ido al infierno y arrastrado a Francia con él porque tenía que ser emperador absoluto". Piar era hombre de cierto talento, educado y había leído. Además, en el tiempo de la reunión de Margarita o de Barcelona, no se convino jamás en otra cosa que no fuera fijar y reconocer la jerarquía militar. Bolívar fué nombrado primer jefe, Mariño segundo y así de seguida; y los pocos hombres inteligentes que hay se han quejado de que esta regulación de grados se haya convertido en dictadura. Todos los testigos contrarios a Piar —agregó el coronel ...— fueron sobornados de distintos modos para el propósito y no se juzgó imparcialmente al acusado. Éste permaneció constantemente preso en su casa. El doctor F... confirma tal versión y observa que hasta el último momento el infatuado Piar no creyó que la acusación fuese seria. Galindo también le traicionó al admitir las acusaciones. Este bajo miserable fué muerto cuando sorprendieron a Bolívar en el Rincón de los Toros: se le consideraba como un gran cobarde". Y después de algunas injurias contra Bolívar, Irvine agrega: "El almirante Brión fabricó su propio plan de insultos y ofensas y dijo de antemano que Piar debería ser fusilado si se le juzgaba. Esto es notorio: Brión lo dijo imprudentemente en su misma mesa y cumplió su palabra".

"Hoy es un día de luto para mi corazón", proclamó Bolívar a los venezolanos el día de la muerte de Piar, y debe creérsele. Sin embargo, él defendió siempre éste y otros de sus actos de aquel año con persistencia que demostraba su interés en que no quedase la menor duda sobre su justicia. Piar fué su duque de Enghien y, como Napoleón en Santa Elena, Bolívar declaró o dejó entender más de una vez que, de volver a hallarse en aquella trágica circunstancia obraría de modo idéntico. Recuérdese que lo mismo decía respecto de la noche de Miranda en La Guaira. Según Perú de Lacroix, el Libertador, en 1828, reconocía, por otra parte: "que en aquella época su nombre era ya conocido, su reputación ya establecida, pero no como lo quería y como era necesario para llegar a dominarlo todo y lograr a (sic) independizar todo el país, hacerlo libre y constituído bajo el

sistema central". Bolívar hablaba de los "grandes obstáculos" presentados "por la rivalidad, la ambición y la enemistad personal" y aseguraba que la muerte de Piar fué entonces "de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos; el exterminio de todos ellos y, por consiguiente, el triunfo de los españoles". Otras palabras atribuídas al Libertador por el memorialista nos ayudan a completar el pensamiento de aquél y permiten apreciar el alcance de su política, al par que separan claramente de las de Piar las responsabilidades de Mariño e indican su naturaleza: "Entonces, la ejecución del general Piar, que fué el 16 de octubre de 1817, fué suficiente para destruir la sedición; fué un golpe maestro en política, que desconcertó y aterró a todos los rebeldes, desopinó a Mariño y a su congreso de Cariaco, puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió pensar y efectuar la expedición de la Nueva Granada y crear después la República de Colombia. Nunca ha habido una muerte más útil, más política y, por otra parte, más merecida".

XIX

MARIÑO TENDRÁ LA MISMA SUERTE

La lucha que Bolívar abre contra la "facción" no le distrae en absoluto de la que lleva empeñada contra los realistas. Conocemos su nuevo plan de campaña por dos cartas a Páez y al jefe que opera contra San Fernando, de 15 y 18 de setiembre. El caudillo llanero había, a mediados de agosto, tomado a Barinas y batido a Remigio Ramos, pero la inundación y el mal estado de sus caballerías le impidieron avanzar hasta San Carlos como se proponía. Amenazado por las fuerzas enemigas que ocupaban a Nutrias y San Fernando, abandonó el proyecto de invadir la provincia de Caracas y aun evacuó a Barinas. El Libertador dispone que Páez emprenda de nuevo su marcha contra San Carlos y Valencia; en tanto que Bermúdez, juntándose a Zaraza en Chaguaramas, lo cual le dará 3.000 hombres "perfectamente armados y municionados", marche contra Calabozo. Bolívar en persona remontará el Orinoco en buques de guerra para atacar a San Fernando "a la cabeza de otra gruesa división de infantería". Zaraza recibe instrucciones el 21 de setiembre de auxiliar a Bermúdez con ganado y bestias: "Mañana a las seis de la mañana pasa el Orinoco la división del señor general Bermúdez, que seguirá rápidamente a las Bocas del Pao y de allí a la Villa de San Diego". Monagas es nombrado gobernador y comandante general de Barcelona, con instrucciones de levantar tropas para aumentar

su brigada y ocupar la capital y, al mismo tiempo, para acabar con astucia o por la fuerza con los "facciosos que existen en diversos puntos de la Provincia". Aquel plan de campaña envuelve abandono de toda operación importante en las provincias orientales y procura mantener allí solamente las brigadas o escuadrones que desde el principio de la guerra siguen a jefes de la categoría de Monagas o Rojas. El Libertador se entrega de nuevo y con mayor calor a realizar su viejo proyecto de atacar la provincia de Caracas.

Durante algunos días Bolívar cree a Mariño privado definitivamente de toda fuerza militar por la pérdida de Güiria y llega a imaginar que aprehender a éste es simple cuestión de policía. De allí sus órdenes a Sedeño, quien ha cumplido a cabalidad las relativas a Piar, y sus demás instrucciones a los otros oficiales que ejercen mandos en aquellas provincias. En carta de 24 de setiembre, ya citada, comunica a Sedeño dicha pérdida, y después de hablarle de la ida a Trinidad del "cobarde y faccioso" Benn, agrega: "El general Mariño ha tenido la fortuna de salvarse y refugiarse en Chacachacare, donde hoy está. Todo parece que conspira, hasta las ventajas del enemigo común, a ahogar la facción que quería trastornar el orden e interrumpir la marcha feliz de los negocios públicos. Güiria no puede prestar auxilios ni recursos a los caudillos que fomentaban la rebelión, que, abandonados y cercados por todas partes de peligros, de tropas nuestras y enemigas, no tienen otro partido que la desesperación". El 29 siguiente nueva carta a Sedeño: "Por mis oficios del 22 y 24 informé a usted de la ocupación de Güiria por Nacario y de la muerte de Hermoso, comandante de aquel punto, y de la muerte y dispersión de las tropas que lo guarnecían, de la fuga de algunos jefes para Trinidad y de la del general Mariño a Chacachacare, donde aún existe". Si el general Mariño hubiese podido leer tales cartas en momentos en que, enfermo y expulsado de la costa de Paria por los realistas, se recobraba en el famoso islote al lado de su hermana y preparaba su vuelta al Continente, tal vez habría recordado melancólicamente sus preguntas a Bermúdez en la línea sitiadora de Cumaná:

"—¿Conque abandonaremos a Bolívar en el peligro y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Aris-

mendi, Freites y los demás amigos y patriotas que con él están? ¡Eso no puede ser!"

Hemos hallado un documento que prueba aquella ida de Mariño a Chacachacare, de la cual no se tenía más noticia que la resultante de la correspondencia del Libertador. El 26 de julio de 1819, el gobernador Woodford hubo de escribir al ministro de las Colonias una nota por la cual se defendía una vez más de cargos que se le hicieran sobre su actitud hacia ciertos extranjeros que habían buscado refugio en Trinidad. El último agente para la isla, Marryat, acababa de renovar las acusaciones y el asunto fué materia de debate en la Cámara de los Comunes. Woodford insiste en sus explicaciones anteriores, aludiendo a la situación que resultó de la expedición de 1813 y refiriéndose primero al norteamericano Robbins, antiguo socio de Mariño en Güinimita y su representante en Trinidad. Robbins, quien había vuelto a Costa Firme en aquel año y residido allí "bajo el gobierno de Bideau y otros franceses de color que mandaban entonces en la costa vecina", se refugió de nuevo en la isla "trayendo consigo su dinero, con el cual compró después una costosa finca de cocoteros". Woodford continúa su nota en los siguientes términos: "Con frecuencia he informado a Vuestra Señoría de las precauciones que era necesario tomar para que se admitiese la residencia aquí de los franceses de color relacionados con el Continente y, después del comportamiento de Santiago Mariño en 1813, de los jefes de los independientes; pero felizmente puedo asegurar a Vuestra Señoría que en ninguna ocasión se ha rehusado a nadie asilo temporal y sobre este punto pueden testificar, si es menester, los comandantes de la costa entera. La sola obligación que se ha instruído a éstos imponer es que los interesados vengan a Puerto España a obtener mi licencia, tan pronto como su salud se los permita. Que su número ha aumentado en vez de disminuir, demuéstralo la adjunta lista. En setiembre de 1817 se me informó que Santiago Mariño estaba viviendo clandestinamente con su familia en la hacienda de la isla de Chacachacare, pero no me di por avisado aunque aquél incurría en pena. Cuando la cosa se hizo pública, Mariño volvió al Continente y solicitó permiso para residir aquí por motivos de salud; pero como había sido

declarado fuera de la ley por la proclama del general Monro en 1813, yo no podía con decoro acceder a la solicitud, ni aun en el caso de que tal admisión no hubiese arriesgado mi propia responsabilidad en la preservación de la neutralidad. Evité, sin embargo, responder y poco después supe que aquél había reasumido el mando de sus tropas".

Así, pues, Mariño no sólo estuvo durante algunos días en Chacachacare, con la tolerancia de las autoridades inglesas, sino que, en vista de su precaria situación frente al Libertador y sin duda también a causa del mal estado de su salud, trató de asegurarse un refugio fuera de Venezuela. Ya veremos que tomó otro camino; pero la solicitud que hizo de residencia en la colonia inglesa confirma la decisión que le conocemos de escapar a la persecución de que era objeto.

Sedeño está bien penetrado de su doble misión y se dispone a cumplirla hasta el fin. Preso Piar, cree que también le será fácil apoderarse de Mariño: "Aquí —escribe a Bolívar el 28, de Maturín— he apresado algunos partidarios de los facciosos, y quedo descubriendo los más que se pueda para llevarlos a todos por delante. Si el general Mariño viniese a Güiria, creo que no se nos escapará, pues están ya puestos muchos lazos. Ayer he oficiado al general Guevara, que es el que manda la fuerza de Cumanacoa, para que venga con ella a Maturín; y le hago ver la necesidad de que hay que reunirnos y de conciliarnos a un mismo tiempo". Pero ya vamos a ver que poner la mano al general Mariño y "llevarlo por delante" a Angostura era irrealizable como operación de policía y que habría de recurrirse a otros medios para cambiar aquella situación bochornosa y peligrosa para las armas y el porvenir de la República.

En efecto, después de su "fuga" a Chacachacare, el islote del Juramento, donde doña Concepción, heroína olvidada, continúa trabajando por la patria, y a tiempo que se le declara "disidente", el general reaparece y va a acampar en Punceres, rodeado de su guardia y de un puñado de oficiales, con los cuales emprende una vez más, y a pesar de cuantos obstáculos le oponen el enemigo realista y el adversario patriota, su perpetua tarea de crear un ejército. De Punceres, poco después, mueve hacia San Francisco, a diez leguas de

Cumanacoa, centro de las actividades del fiel guerrillero Montes. Lecuna describe así aquella operación: "En estos días o poco antes Mariño había reaparecido con una partida en Güinimita, adelante de Güiria y de allí se embarcó con algunos hombres, armas y pertrechos, atravesó el Golfo Triste y desembarcó en el caño de San Juan algunas leguas al noroeste de Maturín, reunió muchos partidarios y permaneció en su misma actitud. Estos hechos probaban cuán grande era su prestigio, y la necesidad de un acto de rigor capaz de extinguir la anarquía, por no tener la República tropas para ahogarla". Tal acto de rigor sería el fusilamiento de Piar.

Sedeño, luego de remitir éste a Angostura, escribió, pues, al general Rafael Guevara, quien mandaba accidentalmente las fuerzas patriotas de Cumanacoa, invitándole a que reconociese la autoridad del Jefe Supremo Bolívar y condujera dichas fuerzas a Maturín. Guevara respondió acompañando una representación del cuerpo de oficiales, del cual formaban parte el coronel Isava, los tenientes coroneles Montes y Calixto Basa y el comandante Prado, y quienes estaban todos de acuerdo para "no abandonar este punto (Cumanacoa) y conservarlo a toda costa (como) es orden expresa del Sr. Capitán General Benemérito Santiago Mariño". Guevara, sin embargo, se mostraba dispuesto a esperar las nuevas órdenes que le diese Sedeño después de examinar la situación "con su acostumbrada prudencia". Sedeño despachó entonces a Cumanacoa, el 1.° de octubre, al capitán Vicente Villegas portador de una especie de ultimátum, que no sabemos muy bien cómo habría sancionado, pues carecía de tropas bastantes para lanzarse en batallas. Pero Villegas llevaba no sólo misión de intimidar, sino también de seducir, de "insinuarse", de "interesarse" con los oficiales nombrados y con los demás, "y si fuese posible y necesario, con la tropa". En cuanto al abandono de Cumanacoa, diríala provisional, demostrando "lo útil que sería traerla (la división) momentáneamente" a Maturín.

Los oficiales mariñistas no querían guerra civil. Guevara los reunió de nuevo, formó las tropas y leyó ante éstas "los oficios y proclamas" de Sedeño. Los oficiales adoptaron un término medio: reconocieron la autoridad del Libertador, pero declararon al mismo

tiempo de nuevo que no saldrían de Cumanacoa sin orden expresa "del Sr. Capitán General de este Ejército Benemérito Santiago Mariño". Entre las tropas de éste parece haber habido siempre algún cuerpo o fracción que llevase el nombre de Colombia, creado por Miranda y que el héroe oriental había resucitado al desembarcar en Güiria en enero de 1813. Ahora existía el batallón *Colombia,* y a su jefe, el teniente coronel Basa, encargóse de ir a arreglar con Sedeño "lo que sea más adaptable en estas circunstancias". Guevara declaraba que él, personalmente, habría querido llevar la división a donde Sedeño lo ordenaba, pero que no había podido hacerlo, porque "ciertas voces (que no he podido averiguar su origen) han infundido en este ejército y oficialidad desconfianzas, que no alcanzo a qué atribuirlas". Decididamente, aquellos bravos oficiales parecían poco dispuestos a dejarse aprehender y enjuiciar; y por la voz de Guevara excitaban a Sedeño a terminar "con todo el pulso y madurez que V.S. conoce", aquellas "desavenencias políticas" que aprovechaban sólo a los realistas y hacían de los patriotas "el ludibrio de las naciones que nos observan".

En el fondo, la situación en Cumanacoa quedó como estaba, salvo, y era lo esencial, el reconocimiento de la autoridad suprema del Libertador, que los oficiales se esforzaban en conciliar con la militar inmediata de Mariño y su deferencia hacia éste. Pero ello no podía durar mucho, y ya veremos cómo Sedeño no tardó, por orden de Bolívar, en enviar al coronel Carmona a tomar el mando en lugar de Guevara.

El Libertador, quien acusa a Piar de rebelde, desertor y sedicioso, llama a Mariño solamente "disidente" y le imputa ejercer una autoridad ilegítima, según vemos en carta de 30 de setiembre dirigida al almirante Brión, con ocasión de las reclamaciones del extranjero Smith. Pero la captura de Piar y su remisión a Angostura excitan en Bolívar la voluntad de arrancar de raíz toda oposición a su poder autocrático y de realizar la unidad absoluta del mando con la eliminación del indócil caudillo que hasta entonces ha balanceado su prestigio y su influencia en las filas republicanas. Conviene a su política que el "disidente" se convierta en "faccioso" y como a tal

va a tratársele en lo adelante. Salen nuevas órdenes, el 3 de octubre, para Sedeño y Rojas: "La aprehensión del general Mariño —dícese al primero— es tan importante como Usía lo conoce, pues mientras haya un solo jefe disidente tendrá partidarios, habrá facciosos y la República y los buenos ciudadanos padecerán: empéñese, pues, Usía y desvélese por la captura de Mariño, que creo logrará Usía por los medios que ha tomado; y si éstos se frustran, por cuantos le dicten su valor, el interés de la causa pública, la tranquilidad general, su amor y obediencia al gobierno y a la conservación de la República". Al general Rojas avisa Bolívar la llegada de Piar preso y agrega: "Maturín desde ahora y toda la provincia de Cumaná quedan libres de este faccioso. La aprehensión del general Mariño y de los demás autores de la rebelión asegurarán su tranquilidad... El departamento de Maturín, aprehendido Mariño y el resto de facciosos, en que Usía debe empeñarse, va a gozar de la más perfecta tranquilidad". El Libertador envía al propio tiempo una especie de circular a los generales en campaña, en la cual, al participarles la prisión de Piar, les anuncia como próxima la de Mariño. Zaraza y Monagas reciben aviso: "Mariño tendrá la misma suerte que sus compañeros, y de este modo las fuerzas de Cumaná se emplearán en combatir contra los españoles y no en amenazar al gobierno que han establecido los venezolanos... Piar será juzgado y castigado conforme a las leyes. El general Mariño tendrá la misma suerte, pues se han tomado todas las medidas para su aprehensión". Hasta el lejano Páez, quien no debe estar muy al corriente de lo que sucede, recibe una versión de ello adecuada y condensada en una frase: "La guerra civil que asomaba en la provincia de Cumaná, acaudillada por los generales Mariño y Piar ha sido ahogada en sus principios con la prisión de Piar y otros jefes de la rebelión. El señor general Mariño será también aprehendido, pues se han tomado ya todas las medidas para ello".

Pero el Libertador ha comprendido, a pesar de cuanto quiere hacer creer, que la prisión del general Mariño y la eliminación de su influencia son empresas que exceden en mucho de la capacidad y de los medios de que puedan disponer Sedeño y Rojas, y, en consecuencia, recurre a una operación decisiva por su doble carácter militar y

político: va a valerse de Bermúdez, quien, de tiempo atrás, aspira ardientemente a suplantar a su antiguo jefe y a apoderarse del primer puesto en Oriente. Bermúdez contra Mariño, el expediente es genial y dará el resultado apetecido. Así, separándole del mando de la división que, en combinación con Páez, debía avanzar en la provincia de Caracas, el Libertador nombra al tempestuoso cumanés gobernador y comandante general de la provincia, con residencia en Maturín y encargo especial "de hacerla entrar en sus verdaderos deberes e intereses". Es el jefe que allí conviene —piensa Bolívar— por su reputación, triunfos, valor y fortuna, por su generosidad y desinterés y —cosas extraordinarias, sobre todo en boca del Libertador— "por su carácter firme y obediente", y porque "ama el orden y la concordia". Bolívar ha descubierto cómo y en qué medida puede utilizar a su antiguo enemigo y está dispuesto a aplicar determinada política. Mas es de preguntarse si no extrema la ironía en sus apreciaciones, por ejemplo, cuando, en carta del 14 de octubre a Rojas, elogia todavía el "desinterés" y sobre todo el "carácter suave y popular" que hacen a Bermúdez "muy amable". Porque parece difícil que el Libertador creyese tal cosa. Por el momento lisonjea al alborotadizo prócer con la perspectiva de la jefatura, que sabe ambiciona: en la provincia de Cumaná —dícele— "sólo falta un jefe que reuna todas las voluntades, que tenga valor, reputación y concepto para lograr la absoluta pacificación". En su discurso de instalación del Consejo de Estado, el 1.° de noviembre, el Libertador definirá todavía la misión de Bermúdez: "El general de división José Francisco Bermúdez, nombrado gobernador y comandante de la provincia de Cumaná, ha sido encargado por el gobierno del doble objeto de pacificar la provincia y libertar la capital, para lo cual debe organizar y disciplinar tres o cuatro batallones de infantería y uno o dos escuadrones de caballería, tanto para expulsar a los españoles como para destruir las facciones que la disidencia del general Mariño había producido en la provincia, aplicando su mayor atención a restablecer el orden que el espíritu de partido había allí alterado y a proteger la agricultura, el comercio y la industria; tratando a los cumaneses con la suavidad (a) que ellos son acreedores por su fidelidad a la causa de la independencia".

Bermúdez tiene, pues, órdenes de entregar el mando de su división al coronel Miguel Martínez, su jefe de estado mayor, y de ponerse en marcha secretamente y acompañado sólo de sus edecanes para Maturín, donde encontrará las instrucciones sobre la conducta y operaciones que deberá ejecutar, así como los elementos necesarios. El nuevo comandante general queda autorizado para tratar con los extranjeros, en vista de auxilios o suministros. En nueva carta del día 4, citada atrás, Bolívar dice a Bermúdez que si Piar se hubiese sometido a tiempo, tal vez habría sido perdonado. "Le seguiría —agrega— el general Mariño y, quedando así sofocada la sedición, acaso hubiese caído un velo sobre todo".

Vamos, pues, a asistir a la liquidación de la disidencia. Pero Mariño no está dispuesto a liquidar su persona, a dejarse conducir a Angostura, donde se le enviaría ante un piquete de fusileros, después de un juicio de tragicomedia pronunciado por oficiales cuya principal virtud no sería el respeto a sus egregios servicios, ni tampoco la ausencia de envidia por éstos y por la posición excepcional que conservaba, a pesar de todo y de todos, en el cuadro de los caudillos y generales. Mariño desconfiaba con motivo de la atmósfera de represión que rodeaba a Bolívar, cuyos amigos íntimos amenazaban públicamente de muerte a cuantos suponían opuestos a las miras y a la voluntad de éste. El Libertador —escribía Irvine al secretario Adams, el 9 de noviembre del siguiente año— había resuelto aniquilar a sus enemigos: "Mariño recibió orden de venir al cuartel general y Bermúdez fué nombrado capitán general de Cumaná para reemplazarle. Si (Bolívar) hubiese atrapado al venerable canónigo de Chile, la edad no habría protegido de insultos a éste; pero a Mariño había decidido ejecutarle". Sin embargo —continúa Irvine—, "como usted recordará, Mariño no obedeció la orden y se retiró a Margarita. Sus oficiales le suplicaron desafiar a Bolívar: pero aquel hombre bueno rehusó promover una guerra civil". Y no sólo contra Mariño se hablaba en Angostura: "Los edecanes del dictador y el general Soublette han insinuado y dicho frecuentemente que Páez sería muerto en cuanto las circunstancias lo permitiesen".

Así, aquella lucha en que está en juego la cabeza de un prócer, del más ilustre de los próceres después de Bolívar, se prolongará durante ocho meses, pero terminará afortunadamente como lo pedían el interés de la causa patriota y la propia reputación de ambos libertadores.

En espera de que llegue Bermúdez a Maturín, Bolívar reitera sus instrucciones a Sedeño. El Libertador ve con satisfacción cómo Guevara, así como Isava y sus demás altos oficiales prestan obediencia "al Gobierno de la República" y están "otra vez formando una masa de venezolanos". Pero no basta: "Es necesario aprehender al general Mariño", pues sin ello renacerán las dificultades. Para el 6 de octubre, el Libertador cree que éste se halla en Güinimita, al este de Güiria, y pronto a marchar contra esta ciudad al frente de "una partida". Sin embargo, Bolívar no excluye la posibilidad de que se trate con él: si Sedeño "pierde la esperanza de aprehenderlo" se le autoriza para negociar y "admitirá que reconozca al gobierno". Aquel "admitirá" es muy sugestivo. En realidad no hay constancia de que hasta entonces Mariño se hubiese sublevado ni negado obediencia. La impresión que resulta es que para él se trata, más que de oponerse al "gobierno", de escapar a la persecución de que es objeto. El Libertador, por su parte, quiere y exige completa sumisión: que el general Mariño —dice a Rojas el 6 de octubre— consulte la felicidad de la provincia y "la suya propia" y "se someta", y entonces todo quedará tranquilo. Para el 17, Bolívar ignora aún el paradero del disidente, y escribe a Bermúdez: "El general Mariño dicen unos que está en Chacachacare y otros en Güinimita. Si pone el pie en la provincia de Cumaná será aprehendido". Dos días después, renueva al comandante general "la alta confianza del gobierno" y espera "incalculables bienes para la patria" de su acción en la provincia. Ya sabemos dónde se hallaba Mariño en aquellos momentos.

Bolívar comunica entonces a los generales Monagas, Zaraza y Rojas que "terminó de un todo la guerra civil" en Cumaná, y que las tropas de esa provincia han "prestado de nuevo un solemne juramento de fidelidad al gobierno supremo". Una vez más se ve que, aun en el ánimo de Bolívar, quien tendría interés en confundirlas y

no ha dejado de hacerlo en ocasiones, la cuestión Mariño es distinta de la cuestión Piar. De esta última, de la "rebelión no quedan ya ni vestigios", escribe el día 23 a Zaraza. Lo mismo dice a Monagas, quien adiestra en El Pao su brigada y se prepara para atacar a Barcelona, según la orden que ha recibido: "Por fin terminó la guerra civil de Cumaná. El general Piar, caudillo de ella, fué aprehendido el 27 del pasado... El ejército de Cumaná ha jurado solemnemente fidelidad y obediencia al gobierno supremo de la República, celebrando la acta que incluyo a usted (en) copia. Así es que el general Mariño, sin partidarios de su loca empresa, debe, o alejarse para siempre del territorio de Venezuela o, si es aprehendido, sufrir el castigo de sus crímenes. La república, pues, no tiene ya enemigos internos y va a dedicar toda su atención contra sus enemigos externos". La "loca empresa" de Mariño, véselo claramente, no es la "guerra civil" de Piar, sino la tentativa hecha en Cariaco de restaurar el gobierno civil de 1811. Aquél no ha renunciado formalmente ni a su "presidencia" del "Estado" de Cumaná ni a sus facultades de jefe del ejército, en cuya virtud se le ve conceder ascensos militares, por ejemplo el de Montebrune a que se refiere Bolívar en carta a Urdaneta del 24 de octubre.

Un hecho importante fué, en esos días, el nombramiento que el Libertador hizo de Sucre, "oficial de toda confianza", para jefe de estado mayor de la división de Cumaná, mandada por Bermúdez, dándole encargo especial de "influir en aquellas tropas y hacerlas ver lo que les conviene la unión y la obediencia al gobierno". El futuro mariscal, quien siempre conservó su amistad y su deferencia hacia Mariño, recibió entonces de Bolívar una misión diplomática ante éste, y vamos a verle emplear toda su habilidad en poner término al embrollo. El 7 de octubre escríbele el Libertador: "Anoche he recibido los oficios del general Guevara y una carta de Montes, en que manifiestan la mayor satisfacción por el suceso de Piar y ofrecen venir con todas las tropas de Maturín a incorporarse con Sedeño. Un tal Balderrama, que fué a llevar los pliegos a Cumanacoa, escribe que todas las tropas y oficiales están sumamente satisfechos y adictos al gobierno. Ya sabrá usted que Carmona se puso de parte de nosotros

en Aragua y que se trajo ochenta hombres que mandaba. Mariño no había llegado aún a Maturín; pero, lo esperaban de un momento a otro para traérmelo de grado o por fuerza. En Maturín hay el mejor espíritu en favor de nosotros y es el momento decisivo para destruir la facción disidente y establecer el gobierno en Cumaná". Bolívar concluye: "En caso que el general Mariño se haya adherido al gobierno voluntariamente, o porque las circunstancias no le hayan permitido hacer otra cosa, usted deberá procurar completar la reunión del general Mariño con el gobierno. Y en caso de no lograrse una completa y absoluta sumisión, sea del general Mariño, sea de sus tropas, entonces estará usted autorizado para regresar a mi cuartel general a dar cuenta de su comisión".

¿Cuál es, entretanto, la situación militar en Oriente, en cuanto a la guerra española? Los realistas ocupan, después de los triunfos de Jiménez y de la toma de Güiria, las ciudades y pueblos del litoral, y como son al propio tiempo dueños del mar, disponen de medios de ataque o defensa muy superiores a los que pudieran tener los patriotas diseminados en partidas por el interior del territorio. Según vemos en Tavera Acosta, los comandantes españoles ocupan las plazas en la forma siguiente: el coronel Arana está en Cumaná, con el *Reina Isabel* y el segundo batallón del regimiento de *Granada;* el teniente coronel Fuentes, en Cariaco con dos compañías; el teniente coronel Armas, en Carúpano con un batallón; el teniente coronel Jiménez, con 400 hombres de *Reina Isabel* y de *Clarines,* cubre a Río Caribe, Yaguaraparo, Irapa, Soso y Güiria. Los republicanos, en cambio, están dispersos y en las circunstancias verdaderamente trágicas de división que venimos exponiendo. Mariño puede apenas defenderse con un puñado de fieles, a la vez contra realistas y contra patriotas. Bermúdez se esfuerza en capturar o someter a aquél y en preparar campaña contra el enemigo común. Monagas en Barcelona, Rojas en Maturín, mandan las partidas más numerosas y mejor organizadas. Pero hay otros jefes de menor graduación que continúan batiéndose como antes, por su cuenta, puede decirse, y con heroísmo siempre igual. Montes ataca la plaza misma de Cumaná en la primera quincena de

octubre; poco después Carrera da un combate victorioso en Catuaro y luego asalta a Cariaco.

Por orden de Bolívar Sedeño regresó a Angostura y envió al coronel Carmona a hacerse cargo del mando en Cumanacoa, conforme queda dicho. Pero no fué fácil reemplazar a Guevara: "Hace diez y ocho horas —escribióle Carmona el 19 de octubre— que he llegado a este cuartel con orden suprema de tomar el mando de esta división; hasta esta hora no se ha verificado la entrega, y es bien de extrañar en un militar como V. S., que debe conocer la gran falta que es en la milicia la insubordinación, que no lo haya verificado. Si dentro de media hora no me pone V.S. en posesión tomaré las providencias necesarias, y daré parte al Excmo. Sr. Jefe Supremo de su desobediencia". Pero a pesar de sus amenazas, no parece que Carmona hubiese logrado posesionarse del mando, aunque tampoco Guevara lo conservase. En las peripecias que pronto veremos sólo Montes y Carrera figuran al frente de aquellas tropas.

Arismendi ha vuelto al gobierno de Margarita y dice tener fuerzas bastantes para rechazar nuevas invasiones de la isla. "Si Morillo —dícele Bolívar el 12 de noviembre— ha talado una parte de sus campos e incendiado sus graneros, sus bravos margariteños han recogido laureles a cuya sombra reposarán quizá para siempre y repondrán todas sus pérdidas en el seno de la paz; y el gobierno que los ve con una particular atención, les proporcionará también cuantos medios de prosperidad estén en su mano". Los bravos margariteños esperan, hace ciento veinticinco años, que la República cumpla la promesa que les hizo el Libertador. Así, en aquellos últimos meses del año, hállanse las tres provincias bajo el mando, del lado patriota, de los tres jefes orientales más considerables después de Mariño: Arismendi, Bermúdez y Monagas.

El Libertador espera que Bermúdez arregle las cosas en Oriente y vuelve los ojos al teatro de guerra que le parece más importante y decisivo. Zaraza es nombrado jefe del cuerpo de operaciones en lugar de aquél y Pedro León Torres toma el mando de la infantería. Actívanse los preparativos para enviar, en cuarenta embarcaciones, 1500 hombres contra San Fernando. Bolívar cree poder reunir

7000 soldados en los llanos guariqueños, a las órdenes de Urdaneta, Zaraza, Páez y Anzoátegui, para marchar contra Caracas. Caída la capital —piensa—, los realistas evacuarán a Barcelona y Cumaná y el Occidente no opondrá resistencia.

Pero otro asunto de trascendencia ocupa al mismo tiempo al Libertador: la constitución, en cualquier forma, de un gobierno que, al satisfacer con las necesidades públicas el parecer de sus principales consejeros y colaboradores, llene el vacío que no puede ya colmar el mero poder militar de que se halla investido. Según Yanes, la situación política existente y que, en nuestra opinión, se originaba principalmente en la acción de Cariaco, "determinó" a Bolívar a constituir un gobierno. Ya el 15 de octubre, día de la sentencia de Piar, había tomado una medida administrativa de importancia: la provincia de Guayana fué oficialmente incorporada a la República de Venezuela y se la dividió en tres departamentos. Luego —paso decisivo— el Libertador creó el Consejo de Estado: "Es imposible —dijo el 30 de octubre— establecer por ahora un buen gobierno representativo y una constitución eminentemente liberal". El 5 de noviembre instituyó un Consejo de Gobierno. Y dos días después quedó formado el "Tribunal de Consulado, o de Justicia", para conocer "de los pleitos de los negociantes", y con Martín Tovar como prior, dos cónsules y dos tenientes. Queda así constituído, o poco menos, un aparato político y administrativo al cual puede darse la calificación de gobierno. Aparte lo que tales decisiones del Libertador significan en la historia constitucional de nuestro país, retengamos que esta primera "constitución" de Angostura va a permitir a Mariño someterse al "gobierno", puesto que ya existe uno por precario que sea, en lugar y puesto, aparentemente, bien entendido, de la mera autocracia militar del Libertador.

Dígase lo que se quiera, ensáyese como lo hace Gil Fortoul y lo hicieron antes de él otros historiadores, separar por completo el precedente de Cariaco de la iniciativa que ahora toma el Libertador y negar toda relación del uno con la otra, es evidente que en aquel cambio de política, o mejor, en aquella adopción de una política,

Cariaco influyó decisivamente. Bolívar, por otra parte, se vió en la necesidad de recurrir a los hombres del "Congreso" para formar su gobierno. Porque fué un verdadero gobierno el compuesto por aquellos entes políticos, judiciales y militares que entraron a cooperar con el Libertador y a descargarle en la vastísima obra de administración que implicaba ahora el asiento de la hasta entonces nómade República y la instalación de una capital civil. ¿Quiénes presiden las secciones del Consejo de Estado? Tres de los personajes de Cariaco: Zea, la de Estado y Hacienda; Brión, la de Guerra y Marina; Martínez, la de Interior y Justicia. ¿Quiénes de ellos entran al Consejo de Gobierno? Zea y Brión. ¿Quién preside la Alta Corte? Martínez. Es probable que si Madariaga hubiese seguido a sus colegas a Angostura en vez de marcharse a las Antillas, en misión independiente de Bolívar, también habría encontrado puesto en la nueva administración. Pero el canónigo aparece siempre como uno de esos tipos fuera de serie que se labran su propio destino, feliz o infortunado, por instintos o razones singulares y que escapan a la regla común.

Bolívar, siguiendo el método de la ducha escocesa que se tiene costumbre de calificar como de los mejores en diplomacia, y quien, en el fondo, no desdeñaba la *combinazione* cuando la creía útil para sus fines, tronaba contra Mariño en Angostura, pero al mismo tiempo comisionaba a Sucre, jefe del estado mayor de Bermúdez, para que ensayase una vez más traer aquél a composición. De *combinazione* hablamos porque ninguna resulta más atrevida que la de plantar a la vez frente al disidente al impetuoso y atrabiliario Bermúdez y a Sucre, dotado como nadie para el empleo de hábiles medios de política. Con la circunstancia ya señalada de la amistad sincera y de la deferencia que este último tenía por el jefe que condujera sus primeros pasos en el camino de la gloria. Difícil, no obstante, presentábase cualquier arreglo, porque Mariño sabía cómo se las gastaba el Libertador y, para guardarse del nublado que se le venía encima poníase al socaire, abroquelándose con su tropa.

Las instrucciones de Bolívar a Sucre no significaban en manera alguna que aquél hubiese renunciado a aprehender al disidente, porque

sin esto —decía a Sedeño— "veremos nacer nuevas diferencias y pretensiones que destruirán lo que tanto nos ha costado". El Libertador persigue el doble fin de arrestar al jefe y de ganar sus partidarios. Al ampliar sus instrucciones el 19 de octubre, dice a Sucre: "La política más que la fuerza debe obrar en esa provincia, así pues encargo a usted mueva todos los resortes del corazón humano, para someter al gobierno los disidentes que el general Mariño ha extraviado". Bolívar no da ya a éste el título de Jefe de la Fuerza Armada, pero le llama oficialmente Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Provincia de Cumaná. Sucre, quien había llegado el 16 a Maturín, escribía al día siguiente no creer mucho en las protestas de Guevara transmitidas por Carmona y concluía que lo mejor sería que Bermúdez fuese a encargarse del mando en Cumanacoa. Razón tenía Sucre cuando creía que Bermúdez inspiraba temor; pero faltábale al contar con su inexistente popularidad. Este era, en efecto, el más impopular de los jefes orientales y no vacilamos en decir que su nombramiento contra Mariño retardó durante más de un año la resolución del conflicto.

Separóse en Aragua de Maturín Sucre de Bermúdez, y mientras éste guiaba a Cumanacoa, a hacerse cargo de las fuerzas que allí se decían obedientes a Bolívar, fuése el primero al campo de Mariño, en Punceres, donde llegó el 3 de noviembre, después de haber dado orden, contra las de Bermúdez, de que se dieran víveres al disidente y para que Rojas le prestase algunos hombres que trasladaran el considerable parque que traía desde Paria.

No pueden conocerse los términos exactos en que discutieron Mariño y Sucre; pero por las consecuencias de su entrevista pudo verse que llegaron a un acuerdo de principio sobre el reconocimiento por el primero de la autoridad del Libertador, con la opción de abandonar el país, si lo creía conveniente. Así, pues, cuando Sucre siguió a Cumanacoa llevóse en cartera un oficio de Mariño para Bolívar, fechado el 7 de noviembre, y cuyo texto se ignora, por desgracia, pero cuyo contenido nos lo revela la respuesta que recibió. Quejábase desde luego el general del nombramiento de Bermúdez y,

acaso, de otras medidas tomadas por Bolívar. Por irreparable debe tenerse la desaparición de aquella comunicación, así como de la que llevó Armario, pues ambas habrían permitido fijar sin vacilación el verdadero estado de espíritu de Mariño y su actitud real frente al Jefe Supremo. Es posible que los documentos cayesen luego, como otros papeles del Libertador, en manos de los realistas y que duerman hoy en algún archivo de España. Poseemos en cambio la respuesta que dió el Libertador a la comunicación del 7, y que lleva fecha del 11. Como es difícil y acaso imposible creer que en aquella época un correo pudiese ir de Cumanacoa o Maturín a Angostura en cuatro días, será necesario tomar con reservas una de estas fechas, probablemente la primera. Va a verse que Sucre dió cuenta a Bolívar de su entrevista con Mariño en carta de Maturín y del 5 del mes, acompañándole el oficio en cuestión.

Es fría y ceremoniosa esta nota de Bolívar, ultimátum escrito en lenguaje deferente pero de una severidad que demuestra cómo el Libertador se creía ahora seguro de poder obligar al disidente a doblar la cerviz una vez por todas, a someterse a su voluntad soberana. Que Mariño se incline, obedezca, entregue sus soldados y se marche fuera del país: he allí el deseo que el imperátor formula en aquella nota dirigida, según todas las reglas del protocolo, a quien no ha dejado, ni dejará nunca de ser, el "Excelentísimo Señor General Santiago Mariño". El Libertador dice que aquel oficio del 7 de noviembre es la primera comunicación oficial que Mariño le haya enviado "desde nuestra separación de Barcelona", lo cual no corresponde quizá exactamente a la verdad, porque como debe recordarse, el general había dado cuenta de los sucesos que ocasionaron la "disolución" del ejército o, en todo caso, participado que dichos sucesos le obligaban a tomar la vuelta de Cumaná. Pero después vino la reunión del "Congreso" de Cariaco; y entonces sí fué muy extraño que Mariño no escribiese en persona al Libertador para comunicarle aquel hecho trascendental. Durante los dos o tres meses siguientes, ambos hombres parecen querer ignorarse mutuamente. Cuando Bolívar tomó posesión de Angostura y del ejército de Guayana volvió los

ojos a Oriente y entonces se planteó la cuestión Mariño, complicada muy pronto con la cuestión Piar.

A las quejas sobre el nombramiento de Bermúdez, contesta el Libertador que no lo revocará porque es justo, útil y necesario: "Vuestra Excelencia sabe las causas extraordinarias que han motivado una medida tan importante al restablecimiento del orden y del legítimo gobierno en la provincia de Cumaná. Son tan notorias, tan crueles y lamentables las causas que han separado de la República de Venezuela la parte de la provincia que Vuestra Excelencia mandaba, que yo no podría recordarlas sin sentimientos dolorosos que estoy resuelto a calmar". No hay aquí referencia a las funciones de presidente del Estado de Cumaná que Mariño se había hecho conferir, pero es muy posible, a juzgar por la alusión de Bolívar, que aquél las invocara en su queja contra las atribuídas a Bermúdez. Pero el Libertador está, desde el principio resuelto a no tener cuenta de los actos de Cariaco, como no sea para censurarlos despectivamente y tomar razón de ellos a sus principales autores.

Mariño recibió a su tiempo orden de trasladarse al cuartel general y no ha obedecido: "Vuestra Excelencia debe (¿venir?) cerca del gobierno a prestar nuevo juramento de obediencia y fidelidad, ya que Vuestra Excelencia, faltando a sus más sagradas obligaciones, estableció y juró un intruso gobierno". Ya se verá cómo explicaba Mariño su abstención de ir a Angostura. "Es indispensable —continúa Bolívar —que la autoridad suprema se asegure de un modo solemne y legal de la fidelidad de Vuestra Excelencia; de otro modo, la República jamás podrá contar con solidez y permanencia. Vuestra Excelencia ha dado el ejemplo de la disidencia, y así, a Vuestra Excelencia toca dar los más brillantes ejemplos de adhesión, fidelidad y obediencia al gobierno de la República". Allí se encontraba proclamada, y sostenida ahora por la fuerza de las armas, como sucede y sucederá siempre, la legitimidad del gobierno de Angostura, contra la ilegitimidad del de Cariaco, destruído por las armas. Y aparte lo que signifique el genio del Libertador, obsérvese, una vez más, para explicar la actitud de Mariño, cómo se hallaron en aquel año frente a frente

el criterio centralista del primero y el criterio federalista del segundo, apoyado en varios próceres de conocidas tendencias liberales. Los historiadores no han querido reflexionar sobre el verdadero problema, y han preferido salir del paso definiendo la situación con algunas frases sumarias contra Mariño y con aserciones que muy poco explican.

El Libertador dícese dispuesto al perdón, pero supone tales condiciones, que desde luego parecen difíciles de aceptar por el caudillo disidente. Recuérdese la posición de éste y los servicios que ha prestado, su carácter altivo y orgulloso, el celo que tenía "por su honra", como apunta Ramos; las maniobras subterráneas dirigidas contra él durante los últimos meses, y cuyo resultado fuera su abandono por amigos y subalternos que tanto le debían, y piénsese, en fin, en las condiciones de la ejecución de Piar, y se verá que Mariño tenía más de una razón para no acercarse demasiado a las garras del león. Cierto que fusilar a Piar era una cosa bastante distinta de fusilar al Libertador de Oriente, pero Bolívar, que había querido también fusilar a Miranda, era muy capaz de hacerlo. Mariño lo sabía, y se decidió a defender su vida por todos los medios, logrando escapar, afortunadamente, a la terrible malla estratégica de halagos y amenazas que se le tendía. ¿Qué le promete y qué le propone el Libertador? Sumisión primero, olvido, pero destierro, en seguida: "Yo ofrezco a Vuestra Excelencia, en nombre de la República, un olvido absoluto por su antigua disidencia a la autoridad suprema, con tal que Vuestra Excelencia, sometiéndose ciegamente a las disposiciones del gobierno, ejecute sin restricción alguna sus órdenes y ponga inmediatamente las tropas que actualmente le obedecen a las órdenes del señor general de división J. Francisco Bermúdez. Si Vuestra Excelencia, contra toda probabilidad, resistiere a dar cumplimiento a esta disposición, Vuestra Excelencia no será más tenido como ciudadano de Venezuela y sí como un enemigo público". Se ve que la pena de privar de su nacionalidad al adversario político no fué inventada por los dictadores y tiranos de nuestro tiempo, y que Mariño, uno de los creadores de la nacionalidad venezolana, corría serio riesgo de ser tratado como

apatrida. Y condenado, de cualquier modo que fuere, a perder la patria, puesto que, una vez sometido y humillado, nada menos que ante Bermúdez, su ingrato ex subalterno, debería irse al destierro y renunciar a su derecho de seguir combatiendo por la independencia del país: "Siempre que Vuestra Excelencia —concluye Bolívar —esté determinado a abandonar su patria y dejar el servicio de la República, Vuestra Excelencia podrá por los medios regulares pedir el permiso de hacerlo y el gobierno no tendrá inconveniente en conceder a Vuestra Excelencia esta gracia". Aquel tono no era el más apropiado para arreglar la querella.

Bolívar lleva también correspondencia con Rojas, quien le tiene informado del paradero y los movimientos de Mariño. El propio día del ultimátum a éste, el Libertador escribe al general maturinés: "He recibido con el mayor placer el oficio de Vuestra Señoría de 5 del corriente, en que me participa la llegada del general Mariño a Punceres y su resolución de someterse al gobierno." Y agrega: "El general Mariño no debe temer nada".

Aquel mismo 11 de noviembre, Bolívar acusó a Sucre recibo de la carta en la cual le daba cuenta de sus conversaciones con el "disidente" y le remitió su respuesta a éste o copia de ella. He aquí cómo se expresa el Libertador: "He recibido con mucho gusto su apreciable de 5 del corriente en Maturín, en que me participa los asuntos ocurridos con el general Mariño y en que usted se ha portado con la delicadeza y tino que yo esperaba. Celebro infinito que usted haya visto y tratado al general Mariño del modo que lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece por su conducta en estos últimos días, que me parece bastante favorable a nuestros intereses comunes; sobre todo, si logramos que el general Mariño se reúna de nuevo al gobierno con la sinceridad que él me ofrece. Yo contesto al general Mariño lo que usted verá por el oficio y carta. Esta es mi última deliberación y no la revocaré jamás. A ella debe usted someterse y hacerla obedecer. Es la única que puede salvarnos, porque el general Mariño no puede servir en el día en Cumaná de modo alguno; y sólo Bermúdez puede realizar los

planes del gobierno, que se dirigen todos a la libertad general y a la concordia entre todas las partes de la República. Apruebo que a las tropas del general Mariño se les den los auxilios de víveres y demás que puedan necesitar pues corresponden a la república, siempre que no sean enemigas o traten de hostilizarnos; cosa que estoy lejos de creer, según lo que usted mismo me dice por su carta. Procure usted, Sucre, que si no son amigas estas tropas, lo sean por fin, y sirvan a la patria en lugar de destruirla. La política es lo que debe hacerlo todo. Si, por desgracia, Mariño desconoce su deber, usted empleará todos sus ardides para atraer sus tropas; y si no, procurará entonces emplear la fuerza; pero de modo que no sea con escándalo ni perjuicio. De resto, me refiero en todo a las instrucciones que he dado anteriormente, porque son las únicas que se deben seguir y las únicas que convienen en el día. Sólo, sí, recomiendo a usted mucho que si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad y como a un hombre que acaba de hacer un importante servicio con no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil. La disminución del mal es un bien y este bien debe premiarse en cuanto sea compatible con el decoro del gobierno, que es en lo que consiste la mayor dificultad para poder ejercer la clemencia. Pero si, por el contrario, el general Mariño resiste a sus órdenes y ustedes logran aprehenderle, es preciso enviarlo aquí con toda seguridad. Este es mi ultimátum".

Pero la mayor dificultad para un avenimiento rápido y efectivo provenía sin duda del hecho de ser Bermúdez el reemplazante de Mariño y el encargado de recibir su sumisión al gobierno. El Libertador había nombrado a aquél, entre otras razones, porque consideraba que su prestigio en Oriente le calificaba mejor que a cualquier otro jefe para ganarse a los principales oficiales de aquella región, o en todo caso para imponerse a ellos. En esto vió justo, al menos en cuanto a la primera etapa de aquella dificilísima misión. Por otra parte, el ruidoso e irascible personaje no era el más apropiado para aplicar con tacto la política de moderación que parecía indicada. Sin embargo, un cúmulo de circunstancias favorables le permi-

tió salir airoso de la empresa y adquirir nuevo título de honra para su vida.

Los dos paladines se encuentran ahora en guardia uno contra otro y parece inevitable un encuentro sobre el campo de batalla. Mariño ha entrado, como hemos visto, en correspondencia directa con el Libertador, por medio de Armario y de Sucre, y entretanto trata de reforzar su posición militar. Bermúdez asume la jefatura de las tropas que acampan en la región de Cumanacoa y que mandan los coroneles Isava y Montes y el comandante Prado, todos fieles amigos y subalternos de Mariño hasta entonces, pero que han declarado obediencia a Bolívar. Bermúdez sospecha de la lealtad de aquellos oficiales y, no obstante, se dispone a dirimir la querella apoyado en ellos. Si las circunstancias no hubieran sido tan graves y la decisión tan importante para el porvenir de la causa republicana, la posteridad tendría derecho a sonreír cuando considera a aquellos dos hombres insignes que, empuñadas sus gloriosas espadas, alternativamente se injurian como héroes de Homero y negocian como generales chinos.

La nota del Libertador de 11 de noviembre excitó, naturalmente, el descontento de Mariño, quien parece había formulado sus condiciones de acuerdo en la correspondencia que encargara a Armario y a la cual jamás se contestó. Apremiado, además, por la falta de víveres, dejó a Punceres por Aguablanca, y muy luego por Aragua, donde entró el 23. Apresuróse Bermúdez a llamar a sí el destacamento de Montes y al teniente coronel Carrera, quien acababa de derrotar a los realistas en Santa Cruz. Pero como anduviera escaso de pertrechos, resolvió pedirlos a... Mariño, y envió de nuevo a Sucre en comisión al campo disidente. Aprovechó Sucre la ocasión para insistir en que se concluyera un arreglo del conflicto mismo, y parece, a juzgar por una carta suya para Rojas, que volvió a hablarse de salida de Mariño para Chacachacare. Pero como en aquel momento mismo Bermúdez intensaba sus preparativos y la desconfianza mutua de ambos generales llegase al extremo, Mariño resolvió marchar contra Cumanacoa, cuartel general de su adversario, y, habiendo sabido en Guanaguana que Carrera descendía hacia Caripe, fué a encontrarle allí, y le incor-

poró a su fuerza, por seducción o temor. Carrera —dice Ramos—, "arrastrado por la inclinación de sus tropas a Mariño, se alistó como de propio dictamen entre los de su bando". Verificábase en cada campo un trabajo de propaganda en favor del otro, tratando los contendientes de llevarse consigo oficiales y soldados. Un teniente del batallón *Colombia,* de nombre Gregorio Baca, fué fusilado de orden de Bermúdez por haber repartido en las filas de éste cartas de oficiales de Mariño que incitaban a la rebelión.

Mientras Mariño ocupa a San Francisco, Bermúdez reúne un consejo de guerra, y, de acuerdo con decisiones de éste, o sin ellas, que nada sabemos en realidad, decide tomar la ofensiva contra aquél y darle batalla donde le encuentre. Y pónese, en efecto, en marcha por San Antonio y Cachimbo, para acampar a cinco kilómetros de San Francisco. Antes de atacar transmite por escrito a su adversario cargos y amenazas. A éstos responde Mariño por su carta de 3 de diciembre, en que precisa su posición y se declara decidido a defenderla. "Señor General —dice a Bermúdez—: Usía es un injusto en creerme capaz de una guerra civil", y agrega que si se ha aproximado a Cumanacoa es en virtud de los "repetidos llamamientos" de la propia división de su adversario, que se hallaba en desorden y anarquía. Aquella situación parecía, en efecto, insoluble, porque los oficiales que debían obedecer a Bermúdez eran conocidamente mariñistas, y, como se verá por el desarrollo de los sucesos, examinados cuidadosamente y no de la manera sumaria con que han sido en general presentados hasta ahora, puede emitirse como probable la hipótesis de que en ningún caso habría habido batalla. Esos "llamamientos", esa correspondencia continua entre ambos campos, anuncia un desenlace pacífico, un compromiso cualquiera, no un combate a muerte. Mariño proclama altamente que no está en rebelión ni disidencia, puesto que él acepta la autoridad del gobierno, aludiendo, sin duda, a sus conversaciones con Armario y Sucre y a las notas que por órgano de éstos ha enviado al Libertador. Pero reconocer al gobierno es una cosa, e ir a Guayana maniatado para que lo juzguen, es otra; no tiene confianza en Bolívar, y así lo dice sin ambajes: "Yo he reconocido

al Supremo Gobierno de Venezuela en Su Excelencia el general Bolívar; y si he rehusado el marchar a Guayana, ha sido porque este hombre ha sido el primero en faltar a sus palabras y a sus pactos. Autorizado por esta razón para desconfiar siempre de él, he creído deber ponerme a cubierto de los crueles tiros de su doblez". Aquellos pactos concluídos por el Libertador con Mariño, aquellas palabras dadas por el primero y que el segundo recuerda, dicen relación, ante todo, con la constitución de un gobierno que ha quedado hasta entonces en el limbo. Y luego, tal vez, a algún convenio concluído en Barcelona cuando el nombramiento de Jefe de la Fuerza Armada. Naturalmente, Mariño no parece percatarse que si ha habido ruptura de pactos, él no se halla exento de falta, muy al contrario, por el grave asunto de Cariaco. Sea lo que fuere, el espectro ensangrentado de Piar está allí, de frente, para advertir sobre lo que puede esperarse de un consejo de guerra en Angostura, y si el general Mariño no tiene inconveniente en presentar a diario su pecho a las balas de los realistas, siente natural repugnancia a ofrecerlo a las balas de los patriotas. Todavía el Jefe Supremo no ha dado "la contestación categórica que espero a la comisión del coronel Armario", dice, y mientras llega la respuesta, "dejémonos de vanas amenazas, que miro con desprecio por el origen que tienen y por el modo con que se hacen".

La deserción del teniente coronel Carrera, quien con su cuerpo entero pasó a Bermúdez el 3 por la noche, precipitó el desenlace. Horas antes, Mariño decía en su citada carta: "Usía es el engañado, cuando cree que yo he engañado a las tropas. Ni el comandante Carrera ni sus soldados han estado oprimidos; y su colocación de segundo jefe de esta división es una prueba convincente de esta verdad". Así, pues, otra vez era Mariño víctima de la traición y abandono de sus subalternos, y cualesquiera que hayan sido las circunstancias en que Carrera se incorporara en su bando, el hecho es que cuando este oficial aceptó el segundo puesto para desertar a la primera ocasión llevándose sus soldados, adoptó una posición nada airosa, sobre la cual no queremos insistir, pues ha habido siempre muchos

Carreras en nuestra historia nacional. Y tal vez el que nos ocupa sólo quiso evitar con su acción una pelea fratricida.

Gran desconcierto produjo, naturalmente, aquel acto en el campo de Mariño, quien muy debilitado, o casi solo con su guardia en realidad, evacuó a San Francisco y sobrepasó a Caripe, poniendo espacio entre él y su peligroso contendor. Asistimos en aquel momento a una maniobra muy curiosa e interesante, que demuestra suficientemente cómo tampoco Bermúdez podía disponer a voluntad de los oficiales bajo su mando. El cumanés ocupó a San Francisco pisando los talones de Mariño, pero envió de buen o mal grado a Carrera a Cumanacoa, y, deteniéndose él mismo en aquel pueblo, expidió en seguimiento del caudillo al mejor amigo de éste, al coronel Montes, quien, al par que recogió a su paso a desertores y dispersos, diputó oficiales que fueron a decir a Mariño que su fiel subalterno le esperaba en Caripe para conferenciar. Sin que deseemos novelar el episodio, bastante novelesco de por sí, no creemos forzar demasiado la imaginación formulando así las palabras con que Montes debió de recibir al héroe atribulado: "Mi general, usted nada tiene que temer, pues Isava, Prado y yo, como los demás oficiales, estamos dispuestos a impedir que se toque un solo cabello de su cabeza. El coronel Sucre, quien ama y respeta a usted, está por la conciliación a todo trance. El propio general Bermúdez, a pesar de sus baladronadas coléricas, no puede olvidar lo que le debe y lo que es usted, y yo estoy encargado de asegurárselo. Venga usted a San Francisco, donde ni siquiera tendrá el disgusto de ver a Carrera, y allí se arreglarán las cosas a satisfacción recíproca". Lo demás que Montes prometiera a quien continuaba y continuará teniendo por su verdadero jefe, como se verá, lo supondremos a su tiempo, cuando lleguemos al segundo acto de aquel drama cuyos protagonistas son Bolívar y Mariño, por encima de Bermúdez y de los comparsas, a la suprema partida cuya posta es el destino de la República.

Nunca retrocedió el general por lo arriesgado de una empresa, ni menos podrá ahora dejar de tentarla cuando, según toda verosimilitud, podía prever resultado favorable. Así, montó de nuevo a ca-

ballo y, con poquísima escolta, adelantóse al campo de Bermúdez. Y sucedió lo deseable y esperado: la división entera, banderas desplegadas, resonante la música, rinde honores al ínclito caudillo, a quien Bermúdez mismo, caballero de pura tradición castellana, abraza con efusión. Tropa y pueblo saludan con vivas a la patria y al gobierno el encuentro de los dos héroes.

Mariño y Bermúdez convinieron que el primero se retiraría a Margarita, de modo que el segundo quedase en disposición de cumplir las instrucciones del Libertador en cuanto a la preparación de una nueva campaña contra los realistas. Reiteró aquél su negativa a ir a Guayana y ofreció éste recomendar a Bolívar la solución adoptada. Es lo que Baralt y quienes lo copian llaman con desenfado y olvido de jerarquías "protección" de Mariño por Bermúdez. El 8 —fecha que da Ramos— se separaron los generales, yéndose aquél con la tropa de Montes hacia Caripe y el mar, tomando el otro la vuelta de Cumanacoa.

La explicación de aquel desenlace se encuentra mucho más que en la inútilmente por algunos historiadores exagerada magnanimidad de Bermúdez, en las circunstancias que forzaron a éste a proceder como lo hizo. Sin que le creamos por completo desprovisto de aquella virtud de que diera escasas pruebas, ni insensible a la influencia benéfica que sobre su corazón pudiese ejercer su antiguo jefe, no se ocultaba al terrible hombre el riesgo que correría de querer matar o solamente atropellar a Mariño. Aquellos oficiales no amaban a Bermúdez y pronto veremos que le obligaron a seguir sus voluntades. Además, ¿estaría ya para entonces y por completo apagado en él el fuego de Los Cayos y de Güiria? Y, teniendo ante los ojos el patíbulo de Piar, ¿no vacilaría mucho antes de enviar al mismo destino a su glorioso compañero por satisfacer el resentimiento y la política personal del Libertador, con quien se había reconciliado apenas siete u ocho meses antes y precisamente por imposición o sugestión del propio Mariño?

¿Qué piensa entretanto Bolívar de aquel problema cuya resolución importa primordialmente al asiento de su autoridad y a la suerte de la República? No son las facultades recibidas por Bermúdez tan

completas que Bolívar crea poder desentenderse del asunto y esperar el resultado de la acción del comandante general. Movido probablemente por los despachos que le han enviado Armario y Sucre, decide el 11 de diciembre, es decir, tres días después del convenio que acaba de concluirse en San Francisco, expedir en tercera misión de arreglo ante Mariño al coronel Sánchez, ayudante del estado mayor general. El oficio que envía a aquél, verdadera carta credencial de plenipotenciario para Sánchez, parece demostrar que Bolívar está cansado de la impotencia o lentitud de Bermúdez y que prefiere asumir personalmente la dirección de las negociaciones. Dicha credencial, dirigida siempre "al Excmo. Sr. General en Jefe Santiago Mariño", reza así: "Dará Vuestra Excelencia entero crédito a cuanto le comunique el señor coronel ayudante general del estado mayor general Francisco Sánchez; ejecutará como recibidas por escrito y firmadas de mi mano las órdenes verbales que dicho señor coronel está encargado de comunicar a Vuestra Excelencia, pues las ha recibido inmediatamente de mí mismo, y está expresamente destinado por mí para tratar con Vuestra Excelencia sobre el destino que debe darse a las tropas que actualmente manda Vuestra Excelencia y para comunicar a Vuestra Excelencia mi última resolución con respecto a las desagradables ocurrencias entre Vuestra Excelencia y el gobierno de la República. Cuanto el coronel Sánchez acuerde y convenga con Vuestra Excelencia será aprobado por mí, pues lo comisiono cerca de Vuestra Excelencia en todas las facultades y poderes necesarios". Con este documento, el Libertador entrega a Sánchez otros análogos dirigidos a Bermúdez y Rojas: "Dará usted —dice el primero— entero crédito a cuanto le comunique el señor coronel ayudante del estado mayor general Francisco Sánchez, y ejecutará como recibidas por escrito y firmadas de mi mano las órdenes verbales que dicho señor coronel está encargado de comunicarle, pues las ha recibido inmediatamente de mí". He allí al ayudante Sánchez elevado por el Libertador al rango de árbitro entre Mariño y Bermúdez, o, al menos, de ejecutor del arbitraje cuyos términos sólo él conoce porque no están escritos y los ha recibido de la boca misma del Jefe Supremo. ¿Debemos entender que Bolívar se había por fin decidido a responder por aquel

medio a las comunicaciones llevadas por Armario y en las cuales parece Mariño haber expuesto sus puntos de vista y sus condiciones de arreglo? El texto de la credencial de Sánchez es de los que se prestan a interpretaciones diversas. Por ejemplo, ¿cuál era la "última resolución" del Libertador, y "el destino que debe darse a las tropas" que obedecen a Mariño? ¿Insiste Bolívar en que éste las entregue a Bermúdez? Es probable. Pero, entonces, ¿qué son aquellos acuerdos y convenios que Sánchez puede concluir y cuya aprobación da por adelantado el Libertador? ¿Qué relación tienen las instrucciones de Sánchez con algún nuevo plan de campaña contra los realistas? Decimos nuevo porque la fertilidad de Bolívar en materia de planes militares era desconcertante.

Un hecho aparece evidente: para el 11 de diciembre el Libertador ignoraba materialmente lo convenido cuatro días antes entre Mariño y Bermúdez y, como no tardaremos en verlo, el retiro a Margarita del primero de éstos se decidió entre ellos, sin autorización o permiso previos de Bolívar, como los historiadores pretenden que sucedió, fundándose quizá en una frase posterior del último. El Libertador quería y esperaba que Mariño se presentase en Guayana; pero, colocado ante el hecho cumplido de San Francisco, no pudo sino homologarlo. La correspondencia inmediata posterior así lo confirma. Otra observación, mucho menos importante, sin duda, pero que no debe dejar de hacer el narrador, se refiere a la dificultad de establecer la fecha precisa de algunos de los episodios apuntados. Según algún escritor, la deserción de Carrera, determinante de la solución del asunto, se efectuó en la noche del 2 al 3 de diciembre: ahora bien, la nota de Mariño a Bermúdez, que citamos, parece demostrar que el día 3 Carrera estaba aún en el campo del primero. Según otros, especialmente Ramos, cuya relación hemos seguido por parecernos la más coherente y fundamentada, la entrevista de Mariño y Bermúdez se verificó el día 6: pero, según se ve en las comunicaciones de Bolívar de 14, 16 y 19 de diciembre, Bermúdez escribió a éste desde el 4 sobre dicha entrevista. Queda, pues, a disposición de los curiosos y eruditos el problema de las fechas de los papeles mencio-

nados, y, en consecuencia, de las asignadas a los sucesos por quienes los han narrado.

La primera comunicación de Bermúdez al Libertador, cuyo texto no conocemos, es sumaria, no da pormenores que éste reclama luego con insistencia, pero debió ser ya categórica, puesto que Bolívar, a su recibo, da el asunto por terminado: "Este feliz acontecimiento —dice con fecha 14 de diciembre—, debido en gran parte a la incesante actividad de Vuestra Señoría, a sus constantes esfuerzos, a su celo e interés por el orden y el gobierno, augura para siempre la tranquilidad de esa provincia y el exterminio de los españoles". Y desde el día siguiente, Bolívar anuncia jubiloso el fin de "la disidencia del señor general Mariño" a Zaraza y a otros jefes. Mariño ha entregado sus tropas "y marcha a presentarse en esta ciudad". Todo ha terminado "sin el sacrificio de una sola gota de sangre". Y el Libertador concluye: "Este feliz suceso reemplaza con ventaja la pérdida de La Hogaza".

Bermúdez envió a Angostura su edecán Sánchez —distinto del coronel de que arriba se habla— y dió "algunas noticias sobre el modo y circunstancias de la presentación del señor general Mariño"; pero el Libertador espera "impaciente los detalles que Usía me ofrece en su oficio del 4 del corriente", y que no sabemos cuándo llegaron por fin. "Supongo ya con Usía al coronel Sánchez y a Usía impuesto extensamente de mis ideas y proyectos —concluye Bolívar en aquella nueva carta de 16 de diciembre—. Ahora podrá Usía convertir su atención toda contra nuestros enemigos externos, y la Ley de 11 corriente se ejecutará y producirá el saludable efecto que me he propuesto". Se verá que entre los encargos dados al coronel Sánchez estaba el de conducir a Angostura algunas tropas de la división de Oriente.

En cuanto a la ley de que habla el Libertador, se trataba de su ordenanza, refrendada por el secretario Pérez, sobre incorporación al ejército por espacio de dos meses de todos los hombres de catorce a sesenta años, inclusive, existentes en territorio libre de Venezuela. Los que no se presentasen a filas después de la publicación de esta "ley" en cada localidad serían reputados por traidores a la patria

o desertores y fusilados como tales. La misma pena se impondría a quienes ocultaran a personas comprometidas en el alistamiento y a los comandantes militares y políticos que no aplicasen estrictamente lo dispuesto. Así, durante dicho período de dos meses todo ciudadano que no estuviere en el ejército o en el servicio público sería considerado traidor o desertor, puesto fuera de la ley y fusilado. Exigíase salvoconducto para circular por el territorio libre.

El llamamiento en masa, motivado quizá por la derrota de La Hogaza, a más de sus efectos para el curso de la guerra, ponía en manos de Bolívar un terrible instrumento de represión contra la disidencia mariñista, porque el general y sus secuaces venían a quedar virtualmente comprendidos en las categorías de traidores o desertores.

Pero hay algo anormal en aquella situación, puesto que todavía para el 19 el Libertador ignora los pormenores y aun el fondo mismo del pacto concluído entre los dos jefes orientales, lo cual no deja de preocuparle. "El silencio de Vuestra Señoría desde el 4 del presente —escribe a Bermúdez— me tiene muy cuidadoso y me sorprende bastante, mucho más cuando Vuestra Señoría, en aquella fecha, se refiere a los detalles que me daría después. Sin duda que las órdenes que se le han librado han ocupado enteramente a Vuestra Señoría y no le han dado lugar a pensar ni hacer otra cosa; pues no hallo ningún otro motivo de temor habiendo tan felizmente terminado la discusión del señor general Mariño, a quien no creo ya en disposición de volver a encender una nueva discordia". Las órdenes a que Bolívar alude son sin duda las que llevó el coronel Sánchez para organizar el cuerpo de tropas que debía ir con éste a Angostura. Bermúdez había informado, pero su correo el edecán Tinoco se enfermó en camino. Bolívar escribió el 22 al coronel Vicente Sucre que averiguara si la correspondencia se había extraviado y que, en todo caso, tomase a Tinoco "una declaración por escrito, sobre el objeto de su comisión y sobre el contenido de los pliegos, si lo sabe, y le exigirá una relación del estado y situación de la división del señor general Bermúdez al tiempo de su separación de ella, expresando el destino que tiene el señor general Mariño, el lugar donde exista, si viene ya para aquí o por qué causa se ha detenido". He allí, neto y claro, un texto

que destruye por completo, y como arriba lo asentamos, la versión repetida por los historiadores de que el Libertador permitió u ordenó el retiro de Mariño a Margarita. Este, repetimos, rehusó ir a Angostura, y ya veremos en qué condiciones y con cuáles propósitos se fué a la isla. Bermúdez no hubo de "obtener" de Bolívar permiso alguno, puesto que pactó sin él con su "protegido", como dicen ingenuamente algunos escritores. Las tractaciones que valieron a Mariño poder eludir el sometimiento incondicional y el peligroso viaje a Guayana, si se juzga fríamente por los documentos y sobre todo a la luz de los sucesos posteriores, fueron impuestas a Bermúdez por los altos oficiales del ejército, quienes, mariñistas de corazón como hemos dicho, soportaban apenas el mando del último y su impetuoso carácter. En tal virtud, creemos que debe renunciarse a repetir que Bermúdez "protegió a Mariño" y "obtuvo del Libertador que no se le persiguiese". La protección parece haberse efectuado contra Bermúdez y no por éste, y en cuanto a la no persecución, ya podrá apreciarse si Margarita ofrecía seguro refugio al disidente y si los jefes de la isla habrían entregado éste a la cólera del Jefe Supremo. En todo caso no fué sino el día 22, ó el siguiente, cuando el Libertador recibió al fin participación de lo convenido en San Francisco. Y entonces tuvo a bien aprobarlo: "El retiro del señor general Mariño a la isla de Margarita ha sido de mi aprobación —escribió a Bermúdez el 30 de diciembre— como lo comuniqué a Usía desde el 23 del presente". Más adelante examinaremos una nota escrita por el Libertador a Mariño el 26 de enero de 1818, del Potrero de Araguaquén, la cual, aparte su interés por otros respectos, confirma nuestra manera de ver la cuestión del retiro del último a Margarita.

Desde el día 13 de diciembre había Mariño dejado la Costa Firme. Por la narración anterior, fundada en textos, puede apreciarse hasta dónde es conveniente tomar a la letra la frase que Perú de La Croix pone en boca del Libertador en 1828: "Que el general Mariño merecía la muerte como Piar, por motivo de su disidencia, pero que su vida no presentaba los mismos peligros, y que por esto mismo, la política pudo ceder a los sentimientos de humanidad y aun de amistad por un antiguo compañero".

Mas que aquella solución le satisfaga o no por completo, el Libertador tiene motivos suficientes de estar contento por el fin de la pesadilla, decide nombrar a Bermúdez comandante de las fuerzas orientales y le ordena establecer su cuartel general en Soledad u otro lugar adecuado, con el doble encargo de cubrir y defender las provincias de Oriente y de atender también a Guayana.

XX

VOLVERÉ

Por noviembre Morillo ha procedido a concentrar tropas en los llanos de Calabozo, a fin de defender esta ciudad y evitar la reunión en ella de las fuerzas patriotas de Oriente, Guayana y Apure que, según el plan de Bolívar que se indicó, amenazarían a los Valles de Aragua y a la misma Caracas. Se recordará que el Pacificador había ordenado formar sumario a Morales por "desorden, despotismo y arbitrariedad" desde su vuelta de Nueva Granada, así como por sus "defectos militares" en varias acciones de guerra. Pero, escaso de buenos oficiales y queriendo "dar un golpe político", llamó de nuevo al canario a servicio. Igual cosa hizo poco después con el brigadier Real. Por política también Morillo envió a España bajo partida de registro al oficial Alejo Mirabal, venezolano pardo, "acérrimo enemigo de todos los blancos". La penuria de jefes en su ejército mortificaba mucho al general español, y cuando La Torre fué herido el 2 de diciembre y Aldama y Warleta enfermaron de escorbuto, la situación se le hizo verdaderamente embarazosa. Por lo demás, estos dos coroneles tenían ya "poco deseo de servir a Su Majestad en estos países, habiéndose prolongado la guerra más tiempo del que creían", y el primero de ellos era de carácter tan "orgulloso e insufrible" que el mismo Morillo consideraba que debía sacársele no sólo del ejército, sino de América. No quedaba al general en jefe

sino Calzada, pero éste "aunque valiente, sumamente práctico en las provincias y con gran influjo entre los habitantes, a cuyo carácter y costumbres sabe atemperarse, ha sido más a propósito para manejar las grandes reuniones de gente del país, siguiendo la marcha que se le ha designado, que para mandar una división de europeos". Y como también se hallasen en aquel momento herido el coronel González Villa y enfermo el coronel Urreistieta, era urgente que se enviasen de España algunos brigadieres jóvenes o mariscales de campo.

Pero no era aquel problema de altos oficiales el único que, en el orden táctico, se presentaba a Morillo: había también el problema de los reclutas. Para resolver éste, y puesto que no venían reemplazos de la Península y el alistamiento ordinario de venezolanos se hacía ya difícil, el Pacificador se propuso armar a su vez los esclavos, prometiéndoles la libertad, como habían hecho los republicanos. "La infantería europea que vino conmigo al Apure —escribía de Calabozo el 22 de diciembre— se ha disminuído en muy pocos días de marcha a una tercera parte, por las calenturas y las llagas, quedando el resto débil y sin fuerzas para continuar la fatiga en algún tiempo, no tanto por el sufrimiento de los ardores del sol y de marchar constantemente por barrizales y agua hasta la cintura, como por la falta de alimento que nunca ha sido más que carne, con falta de sal muchas veces, y siempre con la de toda clase de recursos". Para enero siguiente había cerca de 2000 negros ex esclavos en las filas del ejército, así en Venezuela como en el Nuevo Reino, pero Morillo encontraba serias resistencias en sus servicios para la formación de batallones especiales, porque se temía una sublevación general de las gentes de aquella casta.

Tantas dificultades y la poca o ninguna cooperación que le prestaban los demás funcionarios reales, habían desalentado al Pacificador y le inducían a insistir en que se le relevase de aquel ingrato mando.

El Libertador, por su parte, ha establecido su cuartel general en San Diego de Cabrutica, donde, para el 30 de noviembre, tiene a sus órdenes 2200 hombres de infantería y 1000 de a caballo. Mas he aquí que su plan de campaña todo entero se viene abajo: el 2 de diciembre Zaraza pierde contra La Torre la batalla de La Hogaza

ZARAZA

POR CARMELO FERNÁNDEZ

y retrocede precipitadamente hacia San Diego. "He resuelto —escribe Bolívar a Páez dos días después— desistir de la empresa por esta parte y llevar a efecto la expedición de San Fernando en los términos mismos en que pensaba antes hacerla". Las primeras noticias de la derrota impresionaron mucho al cuartel general, pero no tardaron en llegar otras algo más tranquilizadoras: "Después de haberse puesto en marcha el ejército el 5 del corriente —dice el Libertador a Monagas en carta del 8— recibí nuevo parte del señor general Zaraza que disminuye en algún modo el dolor del suceso del 2. Toda nuestra caballería, según parece, se ha salvado y una parte de la infantería". Al jefe derrotado guárdase el Libertador de hacer cargo alguno y le exculpa por la "estrecha necesidad" en que se vió de dar batalla al enemigo: "Vuestra Señoría —dícele de Javillal, el día 9— ha obrado conforme a las circunstancias y si el suceso no ha correspondido a sus esfuerzos y deseos, no ha dependido de Vuestra Señoría evitarlo". Sin embargo, sus órdenes eran de "evitar encuentros que preveía yo nos serían funestos", y en despacho del 13 a Arismendi su juicio es más severo: Zaraza, "que mandaba un cuerpo de observación con orden expresa de no comprometer ninguna acción y de incorporarse al ejército grande que yo mandaba en persona, por una lentitud inexcusable fué atacado por un cuerpo de 1500 hombres y frustró mi plan de operaciones". En puridad de verdad, el general patriota se encontró embarazado con el mando de un cuerpo de tropas más numeroso que el que estaba acostumbrado a manejar y tropezó en aquella ocasión con uno de los jefes españoles de mayor capacidad. Zaraza era guerrillero admirable, el "mejor conocido en nuestra santa causa", dice sin mucha exageración el general Juan José Conde, quien le vió pelear y obrar. Por lo demás, perfecta figura la de aquel llanero que, como tantos otros, se levantó a puño y por su solo mérito y estupendo coraje hasta la cima de la jerarquía militar, y supo conservarse "siempre humano, siempre subordinado, siempre honrado", según las palabras del mismo Conde. Los oficiales extranjeros, tan duros con frecuencia en su calificación de los jefes venezolanos, no dejaron de Zaraza sino elogios: "Después de Páez —dice Ducoudray-Holstein—, el general Zaraza es quien tiene la mayor autoridad e

influencia sobre los llaneros. Es bravo, inteligente y humano y, por todos respectos, superior a Páez, que tiene celos de él". Tempérese la última apreciación y se tendrá una pincelada justiciera del insigne guariqueño.

Bolívar vuelve entonces a Angostura, decreta la leva en masa de todos los venezolanos de catorce a sesenta años residentes en el territorio libre de la República, y combina otro plan de campaña. Proyecta reunir 6000 u 8000 hombres bajo su mando directo, es decir, las brigadas de Monagas, Zaraza, Valdés y Torres, así como las demás tropas orientales que traiga Sánchez, e ir a guerrear en combinación con Páez, en el Bajo Apure, donde se concentra el enemigo. Las fuerzas que a fines de diciembre inspecciona en El Palmar y las Bocas del Pao se hallan "en el mejor estado de organización, orden y disciplina y prontas para empezar las operaciones". El Libertador va ahora a apoyarse más y más en el ejército de Páez, puesto que las circunstancias que reinan en Oriente permiten apenas mantener allí la actividad de las partidas insurgentes contra los realistas instalados en fuertes posiciones. Bolívar atacará en lo sucesivo la provincia de Caracas por el curso del Guárico y por Guanare y San Carlos. "Quiera el cielo, general —escribe a Páez el 19 de diciembre— que la fortuna le depare otra vez los favores con que le distinguió en Mucuritas, El Yagual, La Miel y Setenta. La patria y yo lo esperamos todo de Vuestra Señoría. Pero Vuestra Señoría será más digno de nuestra admiración y aplauso y adquirirá el nombre de prudente y sabio si aguarda nuestra reunión, anteponiendo la verdadera y sólida gloria al brillante honor de ser solo el vencedor del primer monstruo español". Y diez días después despacha a Apure al coronel Olivares con expreso encargo de recomendar al caudillo llanero de no "comprometer entretanto la batalla", pues él corre a socorrerle con al menos 5000 soldados, contando la brigada de Zaraza, que pasará por Caicara.

Teme Bolívar que su arrojo legendario no lleve a Páez a una derrota que sería más grave que la que acaba de sufrir el guerrillero guariqueño. Morillo está en Apurito con 3000 soldados y Páez frente a él, en La Concepción, orillas del Matillure, con 2000.

Después de la victoria de La Hogaza, el general español deseaba continuar la campaña contra Guayana, creyendo que podría concluir con Bolívar, pero el ejército realista carecía de subsistencias y de medios de transporte. Una vez más el país le detiene, y las condiciones son tales que debe inmovilizarse. La combinación de las fuerzas terrestres con las fluviales es particularmente difícil. Esta cuestión de la flota, en general, preocupa al alto mando español. Una parte de los buques continúa en Puerto Cabello, "al paso que una guerra de oficios, disputas, reclamaciones y pedidos se sigue entre la Marina, el Intendente y el Capitán General". En cuanto a las unidades que se hallan en el Golfo Triste, la falta de víveres impedirá mantenerlas. Por otra parte, Morillo no sabe qué hacer en Apure, donde Páez le "ha dado siempre y da más cuidados". Este caudillo —dice— "no carece de talentos ni de valor". Los llaneros son imbatibles y lo que tantas fatigas cuesta a las tropas reales "es para ellos un objeto de diversión y placer".

¿Cómo aparecen los llaneros de Oriente y Occidente a los ojos de quienes entonces les vieron pelear y morir a órdenes de sus jefes? Veamos el desfile de aquellos testigos que nos han dejado descripciones invalorables, no exentas tal vez, en cuanto a los extranjeros, de un poquillo de exageración y de gusto marcado por lo pintoresco.

La miseria de los soldados de Apure es proverbial y alimenta nuestro folklore heroico, escrito sobre todo por dichos extranjeros y conservado por el pueblo con orgullo de hidalgo mendigo. En 1816, según nota Yanes, aquellos hombres estaban "reducidos a tal desnudez, que las frazadas y sombreros con que se cubrían de las copiosas y continuas lluvias eran de las pieles de ganado, permaneciendo día y noche en lo raso de la sabana". Baralt parafrasea y extiende su descripción: "Estaban tan desnudos, que se veían en la necesidad de usar para cubrirse de los cueros frescos de las reses que mataban; pocos tenían sombrero, ninguno zapatos. El alimento ordinario único era la carne sin sal y sin pan". El general Santander, citado por Restrepo, habla de los llaneros en unos apuntamientos históricos: "El que tenía vestido lo usaba; el que no, montaba desnudo a caballo

con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habituados los llaneros a vivir con carne sola y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río les detenía en sus marchas; valerosos por complexión, ningún riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros, pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles". Santander alude aquí a los neogranadinos que con él guerreaban en Apure por 1816. Todo el mundo, hombres, mujeres y niños, militares y civiles, comían carne asada sin sal e iban descalzos. Cualquiera que fuese capaz de llevar un arma, la tomaba: en El Yagual y en Mucuritas "tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla". Tales vestidos y género de vida empezaban apenas a modificarse hacia la época en que entramos, al contacto con tropas españolas mejor equipadas, y sobre todo por la llegada a los campamentos patriotas de oficiales y legionarios europeos. Páez cuenta en alguna parte que él se puso botas a la manera de los ingleses.

El legionario británico autor de *Recollections* comparaba, por decirlo así, a los llaneros apureños y a los montañeses orientales. Insertamos los textos dejando a su traductor argentino la responsabilidad eventual de cierta contradicción que en ellos se nota: "Los llaneros tienen malos vestidos y equipos: ambos son de la misma clase que los usados por las guerrillas que manda el coronel Montes; pero son mucho más valientes que éstos y más a propósito para las operaciones militares. Son diestros, activos y ejecutan cualquier movimiento que se les manda con asombrosa celeridad. Su única arma es la lanza, cuya asta, hecha de madera ligera y elástica, pero fuerte y duradera, mide de nueve a doce pies de longitud". Y en otro lugar: "La indumentaria del llanero es pobre, casi tanto como la de los otros guerrilleros que manda Montes; pero aquéllos jamás podrían competir con éstos en bravura. Tienen una notable agilidad y ejecutan cualquier maniobra con una rapidez prodigiosa; su única arma es la lanza, una lanza que tiene de nueve a once pies de largo, fina, cimbreante pero extremadamente fuerte; no se parece en nada a la

que usa la caballería europea, es más bien como la cuchilla de una enorme navaja en cuya punta hay un acero cortante y bien templado, la sujetan a la muñeca con trenzados de cuero como de ocho pulgadas de largo; podríamos decir que el llanero nace con la lanza: de niños los padres les fabrican pequeñas lanzas con las cuales a fuerza de jugar se van adiestrando... El montar a caballo es para los llaneros una segunda naturaleza; las marchas interminables que hacen les convierte en la más resistente caballería del mundo. Los caballos que montan están tan adiestrados que parecen formar un solo cuerpo con su dueño, de suerte que la menor indicación del jinete basta para advertirles de la maniobra que deben realizar. Al verles marchar sobre sus caballos parece que una misma voluntad moviese al jinete y a su cabalgadura: la sagacidad del uno se anticipa al deseo del otro".

Hippisley presenta un cuadro impresionante de la caballería de Sedeño que, por 1819, "estaba compuesta de gentes de todas clases y tamaños, desde el niño hasta el hombre, y montados tanto en caballos como en mulos. Algunos tenían sillas; otros no. Algunos usaban frenos, cabezadas y riendas; otros mecates atado como freno en la boca del caballo. Unos tenían pistolas viejas colgadas del arzón de la montura, que no puedo llamar de pico, metidas en fundas de piel de tigre o de res, o colgadas de cada lado con sogas. Eran hombres que iban de los diez y seis a los treinta o cuarenta años, negros, morenos, cetrinos, según las castas de sus padres. Los adultos lucían grandes bigotes y pelo corto, chicharrón o negro, según el clima o la ascendencia. Gentes de aspecto feroz y salvaje a quienes los avíos militares no humanizaban ni mejoraban. Montados en bestias famélicas y agotadas, muchos sin calzones, ropa interior u otra alguna, excepto una faja de paño azul o de algodón por los hijares, cuya punta pasaba por entre las piernas sujetándola al cinturón. Otros llevaban pantalones, pero sin medias, zapatos ni botas y generalmente con una sola espuela, algunos llevaban una especie de sandalia con el pelo hacia afuera. Sujetan las riendas con la mano izquierda y en la diestra llevan una vara de ocho o diez pies de largo con una lanza de hierro muy afilada en la punta y bordes, más bien chata, que tiene la forma de la alabarda de nuestros sargentos. Una cobija cuadrada de

una vara con un agujero en el centro por el cual pasan la cabeza, les cae en los hombros, dejándoles los desnudos brazos en libertad para manejar el caballo o la mula y la lanza. A veces poseen un antiguo mosquete recortado de doce pulgadas a guisa de carabina, y con un sable largo o tajante de punta y filo, o una espadita colgada de costado, y con su sombrero de fieltro o gorra de piel de tigre o de cuero adornado con una pluma blanca, o hasta un pedazo de trapo blanco, estos jinetes de la legión de Sedeño parecen preparados y listos para actuar". Esta descripción es fiel —concluye Hippisley—, "no demasiado colorida; pero no se crea que yo me permitiría restar cualquier cosa a su valor como enemigo en campaña. Son valientes al exceso, no necesitan sino juicio y discreción y oficiales diestros y experimentados que los conduzcan".

"La caballería de Páez —continúa diciendo el oficial británico— es muy superior en cuanto a traje, aspecto y buen estado de sus caballos, pero no debe suponerse que está uniformada. Ninguno de sus hombres va tan desnudo como los de Sedeño, pero los hay sin botas, zapatos ni más ropa que la cobija que es el necesario complemento de la indumentaria. Todos usan calzones, o algo en forma de pantalones o calzoncillos flojos, y sus armas son iguales a las de los demás cuerpos de caballería. Muchos de los hombres de Páez están vestidos con los despojos de sus enemigos, y así, vense hombres con cascos ornados de cobre y metal plateado, grandes sables con puños de plata, monturas y frenos con puntas y hebillas de lo mismo. Vi un jinete cuyos estribos eran de tan precioso metal".

Existía, naturalmente; gran dificultad para someter a aquellos hombres a disciplina siquiera análoga a la que seguían las tropas ordinarias. Ducoudray-Holstein exagera poco cuando dice: "Escogen ellos mismos sus oficiales y los cambian a placer, los matan a veces y ponen a otros en su lugar. No sufren jamás que les mande un extranjero. Muchos de sus propios generales han estado en peligro de ser muertos por sospechárseles de cobardía o traición". Hay que recordar aquí que, aparte los ejércitos, patriotas o realistas, había, en ambos partidos, bandas sueltas no sujetas a disciplina alguna, como por ejemplo la que en el campo republicano seguía al negro Vicen-

tico Hurtado, y dentro de las cuales reinaba la igualdad más perfecta de oficiales y soldados. Se trataba de verdaderos malhechores "que habían usurpado el título honorable de guerrilleros" y quienes, aunque en buena inteligencia con los jefes patriotas, eludían las órdenes que se les daban de incorporarse al ejército.

El general Morillo, por su parte, traza de los llaneros un cuadro de muy negros colores, cuyo "realismo" no estamos en el deber de aceptar por entero: "Los rebeldes de Apure y de Arauca, gente feroz y perezosa, que aun en los tiempos de paz han errado en caravanas por la inmensa extensión de las llanuras, robando y saqueando los hatos y las poblaciones inmediatas, han encontrado en la guerra una ocasión muy favorable para vivir conforme a sus deseos e inclinaciones. Hubo un hombre que supo conocerlos, reunirlos y hacerlos pelear por la causa del Rey, con la esperanza del saqueo y del pillaje, que es el móvil que les anima. Éste fué el difunto coronel D. José Tomás Boves, que, hallándose en el Apure cuando Bolívar y demás caudillos rebeldes dominaban estas provincias, se puso a la cabeza de estos mismos llaneros que hoy nos hacen la guerra, y, señalándoles los pueblos opulentos del interior, les condujo a ellos y acabó con los traidores. Pero restablecido el gobierno legítimo, volvieron a su país estos hombres, que no pueden vivir sino a caballo, ni en otra parte que en sus llanos, entre las vacas y el ganado, y fueron poco a poco reuniéndose en pequeñas partidas, proclamando la independencia, que era la voz con que podían robar... El atrevido José Antonio Páez..., supo aprovecharse del camino que dejó abierto el famoso Boves, e hizo lo mismo que él con los lanceros".

Considérese ahora que aquellos eran los soldados con quienes Bolívar entendía contar primordialmente para las nuevas campañas, porque en el cuadro llanero y bajo reserva de ciertos matices debían incluirse con los jinetes de Páez los que mandaban Monagas, Zaraza y, ya lo hemos visto, Sedeño.

Cuando el otro oficial británico, Wavell, autor de *Campaigns and Cruises,* llegó en 1818 al campamento del Libertador en los llanos del Guárico, le encontró "rodeado de un gran número de oficiales

de estado mayor y de coroneles de los diferentes cuerpos, cuyos uniformes diferían entre sí tanto por el corte como por la diversidad de colores... El equipo de Bolívar respondía perfectamente a los escasos recursos del ejército patriota: llevaba un casco de simple dragón que un mercader de Trinidad le había enviado como modelo; una chaqueta redonda de paño azul le marcaba el talle: estaba adornada de brandemburgos rojos y de tres hileras de botones dorados en forma de pan de azúcar; un pantalón de paño grueso del mismo color que la levita, y sandalias (alpargatas) completaban su vestido. Llevaba en la mano una lanza ligera, con una pequeña bandera negra, en la cual se había bordado un cráneo blanco y huesos en cruz, con esta instrucción: *Muerte o libertad*... Los oficiales indígenas que rodeaban a Bolívar eran hombres de color, a excepción de dos generales, Páez y Urdaneta, que son blancos. Pocos de ellos llevaban vestidos militares. Su uniforme se componía ordinariamente de una camisa hecha con varios pedazos de pañuelos de diversos colores, de mangas anchas; de amplios pantalones blancos en bastante mal estado, que bajaban de la rodilla, y de un sombrero de cogollo de hojas de palmera, adornado con plumas abigarradas. Aunque la mayor parte de estos jefes fuesen sin calzado, todos, sin ninguna excepción, usaban grandes espuelas de plata o de cobre, cuyas rosetas no tenían menos de cuatro pulgadas de diámetro, y algunas eran de dimensiones aún más extravagantes. Bajo sus sombreros, los jefes llevaban pañuelos de seda o algodón, para preservar el rostro de los ardores del sol, a pesar de que, según toda apariencia, sus anchos sombreros debieran bastarles". Los oficiales de Páez en Achaguas "no tenían más vestido que sus camisas y sus pantalones". En aquel año contrastaban realistas y republicanos en cuanto a vestido y equipo: "Los regimientos españoles tenían (en la batalla del Semén) uniformes casi nuevos, que les habían sido expedidos recientemente de Caracas, y debían parecer magníficos al lado de los harapos de los soldados patriotas. Además, los españoles eran más numerosos, iban mejor armados y aventajaban a sus enemigos en disciplina. Nuestro único cuerpo que pudiese vanagloriarse de poseer uniforme era la guardia de Bolívar".

Un legionario francés anónimo, sobre cuya correspondencia volveremos, escribía, a su vez, de Angostura, el 30 de setiembre de aquel mismo año: "El traje de estos últimos (los patriotas) consiste más en esteras que en cobijas, o en una pieza cuadrada de paño con un agujero en medio para admitir sus cabezas, una cuerda alrededor del talle, una especie de bonete de anchas alas; no tienen botas ni zapatos. Equipados de esta manera y armados de una lanza de doce a catorce pies, atacan de la manera más resuelta, y rara vez no vuelven vencedores".

Recojamos, por último, la opinión que de la caballería llanera tenía el coronel Jean-Baptiste Esménard, o Déménard, según su propia firma, antiguo edecán de Murat y de Ney. Este oficial, que conocía a cabalidad las cosas de España y de América, fué luego a prestar servicios en Colombia, y parece, por otra parte, haber ejercido en Bogotá el papel de informador oficioso del gobierno francés. Dicha opinión está expresada en una importantísima *Memoria sobre el estado militar de la República de Colombia,* fechada en París el 28 de junio de 1827, documento inédito cuyo original posee en la actualidad nuestro amigo D. Guillermo Pardo de Leygonier, y que en lo pertinente reza: "Entre estas tropas (las colombianas) merece particular atención la caballería indígena. Esta arma está alimentada por hombres salidos en su mayor parte de un vasto país llamado los Llanos, y quienes durante toda su vida, corriendo a caballo, aun para los menesteres más insignificantes, son muy propios para el servicio de la caballería ligera. Su vestido, su manera de vivir a costa del país, de proveer a todas sus necesidades, la destreza con que manejan su lanza, suministran pormenores muy curiosos: reunidos en llanura, en número de diez mil, un escuadrón de coraceros o dragones europeos bastaría para disiparlos en quince minutos; pero en una guerra de marchas, de detalles, en una campaña de algunos meses y en los países de la América meridional, la caballería más brillante del universo sería insensiblemente destruída por estos *cosacos.* Debo decir que llevan el valor hasta la audacia, hasta la ferocidad. Es con ellos y por ellos como Páez se ha creado su reputación. Él mismo posee en grado superlativo todas las cualidades buenas y malas de sus hermanos de armas". Es posible

que sobre el coraje de nuestros soldados en general, Esménard arriesgue una apreciación que los hechos contradicen notoriamente. "En cuanto al valor, la disciplina de estas tropas (todas las de Colombia, en 1827) y la capacidad de los jefes, no es fácil manifestar opinión positiva. Hablando en general, el soldado americano no es bravo, y el oficial lo es menos todavía. Sin embargo, en esta última clase es necesario conceder más de una excepción. Los generales Sucre, Páez, Córdoba, son verdaderos hombres de guerra, capaces a la vez de combatir y de mandar. La conducta de los españoles, el odio que provocaron, el entusiasmo que Bolívar comunica a su alrededor, le habían producido cierta excitación que, en más de una circunstancia, reemplazó las cualidades militares". Esta última frase es ambigua, y no se sabe a ciencia cierta si el francés se refiere al soldado americano o al propio Libertador.

Por lo demás, la impresión que los soldados venezolanos producía en los oficiales europeos era, sin duda, análoga a la que años más tarde recogió Darwin cuando, según recuerda Ibarguren, visitó el campamento de Rosas, "poblado de negros y mestizos de siniestra catadura, envueltos en ponchos rojos", "bandoleros semidesnudos" que "bebían sangre fresca de las reses recién carneadas". Pero no se crea que aquella penuria y aquel estrafalario desaliño de la tropa se vió solamente en los patriotas venezolanos o las gentes del dictador argentino. El historiador francés Lenôtre cuenta cómo el caballero de Moré contempló en el cuartel general de Washington "grupos de milicianos extendidos sobre la yerba, mal vestidos, la mayor parte sin zapatos". A medida —continúa— "que avanza en medio de aquellos hombres trapajosos, armados apenas de escopetas o de fusiles viejos fuera de uso, discierne el abismo que separa la ilusión de la realidad". En cuanto a los generales y oficiales, Moré señala: "Otros militares llevaban como signo distintivo un bonete de algodón pasado sobre sus sombreros, y, como capas, mantas de lana ordinaria absolutamente parecidas a las de los enfermos en nuestros hospitales: supo que aquéllos eran los generales y oficiales superiores". Y no fuera tampoco Bolívar el solo libertador que anduviese a corto de uniforme, puesto

que también Washington iba "como los otros generales, vestido de una simple hopalanda, sin ninguna marca distintiva de su rango supremo".

Mas volvamos a la narración. Si, como hemos apuntado, el Libertador renuncia por el momento a emprender grandes operaciones en Oriente y transfiere la guerra ofensiva al Apure, no por ello deja de contar para sus planes con la cooperación de soldados de aquella región. Conocemos el objeto de la misión de Sánchez: apresurar el arreglo con Mariño y llevar a Guayana un cuerpo de tropas de las que aún obedezcan a éste y de las que sigan ya a Bermúdez. Luego, cuando se entera de la "presentación" del primero de éstos, Bolívar decide que sea el segundo quien conduzca en persona una división oriental a la gran concentración que está en curso. Así, el 19 de diciembre, Bermúdez recibe orden de marchar al cuartel general, porque el Libertador proyecta "volar en auxilio del ejército de Apure". Y es entonces cuando las cosas se complican de nuevo y se advierte que el absceso oriental no ha sido en modo alguno extirpado.

El coronel Montes había tomado a su cargo abrir camino a Mariño a través de las partidas realistas y conducirlo a la ensenada de La Esmeralda, en la costa del Caribe, para que de allí siguiese a Margarita. De Pozo Azul, donde alcanzó a Mariño, el destacamento, de ciento y tantos hombres, se pone en marcha el 13 de diciembre, sorprende la guarnición enemiga de Cariaco, y mientras una parte de sus hombres hace frente a los realistas vueltos a la ofensiva, un escuadrón de caballería, bajo el mismo Montes, escolta al general, bordea la laguna de Campona y, por Soledad y El Silencio, llega al mar. Allí, Mariño y sus edecanes se embarcan con su equipaje en dos pequeñas canoas y bogan hacia la isla heroica. Al despedirse, el caudillo dice a quien no ha dejado de ser su devoto subalterno: "Volveré". Porque ya veremos cómo Mariño no hace, con aquella retirada que llamaremos estratégica, sino preparar, de connivencia con el audaz guerrillero, su regreso a Tierra Firme. Montes retornó con sus hombres a Cumanacoa.

La reorganización del ejército o división de Oriente se efectúa rápidamente. Mariño ha dado su guardia y los pertrechos que con tanto trabajo salvara de Güiria y trajera hasta San Francisco, y a los

cuales se juntaron veinticinco mil cartuchos expedidos por el Libertador con el teniente coronel Ramón Machado, antiguo secretario de Mariño y que lo es ahora de Bermúdez. El coronel Goitia llevó maturineses enviados por Rojas. Pronto hubo reunidos y equipados 1000 hombres prontos a atacar a Cumaná. Las dos brigadas estaban mandadas por el general Guevara y el coronel Isava; segundos jefes eran, respectivamente, el coronel Carmona y el teniente coronel Torres. Montes conservó el mando del escuadrón de caballería *Dragones Invencibles.*

Era gobernador interino de Cumaná por el Rey el coronel Barreiro, futuro vencido de Boyacá, quien se ocupó activamente en completar las fortificaciones de la plaza, pero no tardó en entregar su mando al titular, brigadier Cires.

Aprestábase Bermúdez a asaltar la ciudad, cuando supo que el Libertador había cambiado una vez más de plan de campaña, o, mejor dicho, que para su plan favorito de invadir la provincia de Caracas solicitaba ahora el concurso de tropas orientales, y que él, Bermúdez, abandonando su proyectada operación contra Cumaná, debería conducir personalmente dichas tropas al Orinoco. Dispónese el general a obedecer, y toma medidas para que la población civil evacue con las tropas a Cumanacoa y se vaya a Maturín, en previsión de que los realistas vuelen a ocupar la región. Pero jefes y oficiales encuentran que aquel abandono de la provincia es inconveniente en cuanto a lo militar y expondrá, además, a la venganza y represalias de los realistas a las inermes poblaciones que se han acogido a la protección de las tropas republicanas. Los orientales creen poder comprobar que repetidas veces, en cinco años de guerra, se les ha llevado a pelear lejos, dejando sus provincias en manos del enemigo o expuestas con certidumbre a sus ataques victoriosos. Aquellos ardientes patriotas han demostrado en varias campañas su voluntad y decisión de auxiliar a las demás provincias y han dejado sus huesos en cien campos de batalla. Pero al mismo tiempo piensan tener derecho a que se les deje por fin expulsar al realista de territorios que aman por sobre todo y de los cuales, además, podrán extraer soldados que, disciplinados y equipados, emprenderán fuera nuevas operaciones. ¿Cómo po-

día esperarse que los oficiales evacuasen de buen grado la única región que con la de Maturín les permitía hacer frente al enemigo y preparar el ataque de Cumaná, meta moral, política y militar del esfuerzo patriota? Fué así como Montes, Carrera y Prada, entre otros, decidieron oponerse a la salida de sus tropas para Guayana, y de allí peligro de tragedia: Bermúdez, indignado, desenvaina, y sólo la intervención de Sucre, Guevara e Isava evita el choque a duras penas. Era un hecho que los guerrilleros orientales no saldrían de su provincia, ni aun de sus propias pequeñas regiones respectivas. Los jefes y oficiales superiores estaban animados de otras ideas y sentimientos; pero poco o nada podían hacer ante la constante insubordinación de los soldados cuando se trataba de expediciones más o menos lejanas. No era ya cuestión de altas concepciones estratégicas opuestas o diferentes, como las que algunas veces dividieron a Bolívar y Mariño, sino del estado psicológico de la masa de los soldados, contra la cual era difícil reaccionar con eficacia. Aquellas gentes —notaba un oficial de la Legión británica— salían a campaña en busca de aventuras y no de otra cosa. "Lo curioso era que cuando los realistas se acercaban con intenciones de atacar su ciudad o su provincia, peleaban con enorme bravura para defenderla; pero si se pretendía hacerles ir a otra parte del país, huían o protestaban, o iban de mala gana". La voluntad de hierro de los grandes jefes estrellábase con frecuencia contra aquel estado de espíritu, que explica ampliamente muchas situaciones y justifica ciertas actitudes juzgadas con harta severidad en historias apresuradas o superficiales. El oficial extranjero a que aludimos presenta un episodio significativo: cierta vez Montes envió a Mariño algunos soldados, y hubo menester "atarlos con sogas unos a otros"; la precaución resultó inútil, pues cuando el grupo llegó al cuartel general había desertado la mitad. En otra ocasión, los reclutas de Arismendi a quienes se había regalado para estimularles guerreras rojas del equipo inglés, desertaron en masa llevándoselas.

Montes propuso, y el general en jefe aceptó, que, para evitar la disolución del ejército, se detuviese la marcha de las primeras compañías que salían ya de Cumanacoa, y que, estudiándose la situación con sangre fría, se tomaran medidas para el caso de ser inevitable cumplir

las órdenes del Libertador. Por fin, el 2 de enero de 1818, decidióse que Montes permaneciera con fuerzas suficientes para defender el territorio ocupado por los patriotas, y que Bermúdez saliese para Guayana con 600 soldados. Quince días después llegaba éste a Angostura. Aquella nueva "capitulación" ante la voluntad de sus oficiales confirma la circunstancia de ser entonces muy precaria su autoridad sobre los "cuadros" del ejército y la hipótesis de que su acuerdo con Mariño le fué impuesto por la actitud de éstos. Con Bermúdez marchóse, naturalmente, Sucre, cuyo carácter no se avenía con el estado de anarquía y desorden que reinaba entre los patriotas de Oriente.

Por lo expuesto y comprobado se advierte que es completamente falsa la aserción de Yanes, repetida por otros autores, de que el plan de operaciones del general Bermúdez "hubiera lanzado a los españoles de Cumaná y Barcelona, si se hubiese ejecutado lo que no se verificó por la oposición del comandante Domingo Montes, que seguía el partido de Mariño, cuya deficiencia produjo una escisión o división entre los que invocaban al mismo tiempo la independencia y libertad". Fué precisamente porque Bermúdez, por orden del Libertador, dejó aquel plan de atacar a Cumaná para llevarse las tropas y abandonar todo el territorio a la empresa de los realistas, que los oficiales se rebelaron y asumieron una actitud que Bolívar calificó severamente y le hizo concebir nuevas y fundadas inquietudes.

En su campamento de La Urbana el Libertador recibió, por fin, juntas, cuatro notas o cartas de Bermúdez, y a ellas respondió el 21 de enero: "Estas comunicaciones han calmado la agitación y cuidado en que me tenía el largo silencio de Vuestra Señoría desde que me participó las nuevas del señor general Mariño, y si en parte se han confirmado mis temores, también he tenido la dulce satisfacción de ver renovar a Vuestra Señoría las pruebas de la firmeza de su carácter y de su fidelidad y subordinación al gobierno. Así es que la conducta de Vuestra Señoría ha templado la indignación que debió causarme el escandaloso procedimiento del coronel Montes, del teniente coronel Carrera y de las tropas seducidas por ellos... Yo felicito a Vuestra Señoría por estos rasgos de virtud, y le doy las gracias por los esfuerzos con que ha procurado cumplir mis órdenes, a pesar de cuantos

obstáculos se le opusieron". Esas órdenes, bien se ve, Bermúdez no las ha podido cumplir exactamente; pero el Libertador no quiere formular ahora observaciones, y con aquel sentido de realismo que caracteriza su política, opta por aprobar lo hecho, que es ya mucho, y acaricia como sólo él sabe hacerlo la reciente y preciosa fidelidad de su teniente. Bolívar, juzgando por la actitud de Montes y demás oficiales, teme "que se renueve la disidencia", sobre todo si aquél, partido Bermúdez, llega "a tener una división fuerte". Ya veremos que tal sucedió y que las previsiones del Libertador, como casi siempre, se realizaron. ¿Cómo tratar de evitar el peligro? Que Bermúdez, aparte las precauciones que sin duda tomó antes de salir de Cumanacoa y aplazando o anulando órdenes superiores, "fije su cuartel en el punto de la provincia de Cumaná que crea más conveniente para impedir los nuevos efectos de la rebelión, si llega a intentarse, y para atender a la defensa del país que he puesto bajo su dirección", y que "obre, pues, Vuestra Señoría con libertad conforme a las circunstancias".

Mas Bermúdez no sólo tenía que habérselas con Mariño en cuanto al mando militar y político de Oriente, sino que se hallaba también en dificultades de carácter imprevisto con el general Monagas, quien, ya por completo barcelonés, había suscitado una cuestión de límites entre su provincia y la de Cumaná. El Libertador trató de apaciguar esta nueva querella, recordando que por uno de sus decretos expedidos en Angostura "el conocimiento contencioso de las causas que ocurran entre provincia y provincia está reservado a la Alta Corte de Justicia". De Posote, el 4 de enero, Bolívar había ordenado a Monagas tomar el mando, con el coronel Manuel Manrique como jefe de estado mayor, de la vanguardia del ejército formado por su propia división, la brigada de Torres y la Guardia. Sotillo quedaría como gobernador interino de Barcelona.

El Libertador toma también precauciones del lado de Mariño, y escribe a éste la carta de 26 de enero a que nos referimos ya, y en la cual se trata del retiro a Margarita. ¿Cuándo envió Mariño aquel "oficio" de San Francisco? ¿Antes o después de verse con Bermú-

dez? Es difícil o imposible saberlo, por lo cual no puede establecerse si el proyecto de marcharse a la isla nació de la entrevista de ambos generales o si fué anterior y provino del solo Mariño. Por los sucesos subsiguientes, nos inclinamos a suponer lo segundo. Sea lo que fuere, el Libertador asume en su respuesta, como acostumbra hacerlo en grandes ocasiones, posición y lenguaje de jefe. Da por sentado que si el caudillo oriental puede marcharse a la isla, es porque él, Bolívar, tiene a bien permitirlo y que su licencia es bajo condición de sumisión y obediencia. Todo cuanto ha convenido Bermúdez se ha hecho por instrucciones suyas, y así, no debe existir ningún error de interpretación: la aprobación del Libertador va al cumplimiento de sus propias órdenes, y no a transacciones o compromisos. Este sentido de las cosas no correspondía exactamente a la realidad, como hemos visto; pero el Jefe Supremo no podía ni debía hablar oficialmente de otro modo: "Excelentísimo Señor General: Por mi último oficio, contestación al de Vuestra Excelencia, fechado en San Francisco, solicitando mi permiso para trasladarse a la isla de Margarita, habrá visto mi comentario. Nada podía Vuestra Excelencia pedirme que fuera más justo ni más conforme al bien general de la República y al particular de Vuestra Excelencia. Vuestra Excelencia con este paso ha dado una clara prueba de la buena fe con que ha reconocido al gobierno y de que sus intenciones son puras para lo sucesivo. Vuestra Excelencia ha cortado la guerra civil y ha abrazado el medio único que dicta la prudencia para evitar un nuevo incendio de la patria. Pero nada habría ganado la República ni adelantado Vuestra Excelencia con aquel acertado paso si, humeando aún las cenizas de la discordia, volviese inconsultamente Vuestra Excelencia a encenderla con su presencia o de cualquier otro modo. Mi deber es apartar semejante suceso; y el honor y el deber de Vuestra Excelencia exigen que coopere por su parte a disipar cuantos temores y desconfianzas pueda haber infundido su anterior conducta. Permaneciendo Vuestra Excelencia en Margarita hasta que obtenga mi orden para trasladarse al Continente, yo llenaré a la vez las funciones que como Jefe Supremo reclama de mí la patria, y las que en favor de Vuestra Excelencia

interesan la misma patria y nuestra amistad, que venero. Yo prevengo, pues, a Vuestra Excelencia que sin orden expresa mía no salga de la isla de Margarita, ni para los países extranjeros ni para ningún puerto de la República".

Ignoramos a qué "oficio" suyo se refería Bolívar al tratar del retiro eventual de Mariño a la isla de Margarita. En el de 11 de noviembre, ampliamente comentado atrás, habla de que el general "esté determinado a abandonar su patria y dejar el servicio de la República", caso en el cual Bolívar se declara pronto a concederle "esta gracia", es decir, a desterrarle de Venezuela. Nada vemos allí que se relacione con Margarita, que es territorio nacional.

Lecuna informa que Blanco y Azpúrua publicaron esta respuesta del Libertador de 26 de enero con algunas "tontas alteraciones", reproducidas luego por el editor de O'Leary y destinadas a "aclarar o suavizar el lenguaje de Bolívar". No conocemos otro texto, fuera del que dan aquellos compiladores; pero, a decir verdad, las expresiones tildadas no quitan ni ponen rey. Añade Lecuna inmediatamente después de citar la supradicha respuesta: "Mariño partió con una escolta al puerto de La Esmeralda, y de allí una flechera lo condujo a Margarita". Esto puede dar lugar a confusión, y para evitarla debe recordarse que el general había salido para la isla el 13 de diciembre, o sea mes y medio antes de aquella respuesta.

El meritísimo historiador de Bolívar que aquí citamos nos permitirá, por último, decir que no compartimos en modo alguno la opinión que sobre el fin de la querella entre el Libertador y Mariño expresa en los sumarios términos siguientes: "Así terminó la absurda oposición de Mariño, causa de la inacción militar en Barcelona, de la pérdida de las tropas sin dar una batalla al brigadier Real, como quería Bolívar; de la catástrofe de la Casa Fuerte, y, por último, de las intrigas y manejos del congresillo de Cariaco y de la agitación de Piar". Quien lea cuanto escribimos y probamos en la presente obra, verá, sin duda, que nunca se ha emitido juicio más arbitrario.

Por desgracia, aquel asunto no terminó "así", ni allí, y el pleito continuó. Mariño no había retrocedido sino para saltar mejor, pues,

con razón o sin ella, consideraba su vida en peligro mientras no volviese a tener el mando de sus soldados; ni creía, por otra parte, que nadie hubiese el derecho y el poder de impedirle luchar a su manera por la causa de la Independencia de su patria, a que había dedicado aquella vida. Cartas que se citarán muy luego, y que, como otras de las ya referidas, se hallan en la obra de Mariano de Briceño, ponen de manifiesto los sentimientos del héroe y de los oficiales y soldados que le eran fieles y la decisión de éste de readquirir una posición armada que le permitiese pactar con Bolívar en condiciones que, así lo creía, dejasen a salvo su decoro y su propia persona.

No se sabía lo que pensarían los generales margariteños del retiro de Mariño a su isla, ni de la actitud que asumirían, sea ante una eventual solicitud del Libertador de entregarle a su justicia, sea ante la que sin duda les presentaría Mariño de auxiliar con fusiles y pertrechos las tropas patriotas que quedaban frente a Cumaná, y cuya actitud hemos visto desenvolverse de modo fatal y que el general necesariamente preveía. El mismo día que a éste, Bolívar escribió a Arismendi, alertándole en cierto modo sobre los peligros que ofrecía aún la situación y encargándole de vigilar al inquieto huésped. En su misiva, el Libertador da, para uso del caudillo margariteño, una versión de los hechos que sabemos se aparta de la verdad, pero el interés de la carta es otro: "Por el señor general Bermúdez está Vuestra Excelencia instruído del feliz término que han tenido las desavenencias del Excelentísimo señor general Mariño. A solicitud de éste, yo ordené que se remitiese a esa isla a disposición de Vuestra Excelencia, y, aunque las circunstancias no me habían permitido hacer a Vuestra Excelencia mis prevenciones, supongo que no habrán sido necesarias para que haya Vuestra Excelencia velado sobre su conducta y, sobre todo, para que no se le permita salir de allí sin licencia expresa". Según el Libertador, ha sido por un golpe extraordinario de la fortuna como se ha ahogado la discordia; pero la prudencia y el interés público reclaman vigilancia y redoblados esfuerzos mientras "no hayan desaparecido del todo los principios de divergencia" y puedan oponerse "barreras fuertes al espíritu sedicioso de partido".

Tal cometido corresponde en Margarita a Arismendi y a "los amigos del orden y de la paz".

La situación política de la isla no era aún la que el Libertador habría deseado ver afirmarse. Los margariteños que se llamaban ahora orgullosamente neo-espartanos, estaban ulcerados por el abandono en que decían les había dejado el almirante Brión cuando partió para Guayana con la flota, en vísperas del último grande ataque de Morillo, y contra el cual debieron defenderse completamente solos. Por otra parte, el fusilamiento de Piar y las medidas tomadas contra Mariño, si bien tuvieron mucho valor como advertencia y demostración de la tenaz voluntad de Bolívar e imponían terror y respeto hacia éste, no eran circunstancias apropiadas para conquistarle el amor y la confianza de jefes y oficiales llenos de preocupaciones peculiares al medio y cuidadosos, con espíritu proclive a la anarquía, de sus intereses personales o de las de su particular clientela. Pasarán todavía muchos meses antes de que se asiente definitivamente la autoridad del Libertador y de que a los rencores y rebeldías, siempre prontos a estallar, suceda el conformismo general y el celo de cada uno para atestiguar ruidosamente su fidelidad al jefe y amo omnipotente. En cuanto a Arismendi, especialmente, su reconciliación con Mariño parecía sincera, y no era probable que pudiese esperarse de él otra cosa que simpatía, aliento y, eventualmente, ayuda discreta. En resumen, los isleños no rehusarían a su ilustre paisano, si las pedía, armas y municiones con que volver a la lucha en Tierra Firme contra el español. Aquella lucha era la primordial idea de la gente heroica, el pensamiento que guió siempre sus pasos y coronó la isla de un halo incomparable. Si el aventurero Ducoudray-Holstein emitió un juicio al cual puedan y deban suscribir los venezolanos unánimes, fué cuando dijo: "Los margariteños son verdaderamente republicanos, industriosos, bravos y hospitalarios. Si alguna de estas provincias ha servido la libertad y la independencia, Margarita es la primera. Todos los que han conocido a su pueblo compartirán esta opinión".

Y era que ni el diálogo dramático seguido entre Bolívar y Mariño, y en el cual se jugaba el destino de la República; ni las disputas

entre Mariño y Bermúdez, que versaban en el fondo sobre el problema secundario, pero importante, de la jefatura de Oriente, no desviaban de su ancho e impetuoso curso la guerra contra los realistas, que todos entendían llevar a la final victoria. Ya veremos cómo Bolívar proseguía aquélla. Mientras tanto, reduzcamos el campo de nuestro objetivo y volvamos a Cumanacoa.

No estaban los realistas mal informados de cuanto sucedía en el campo patriota; y como Montes apenas partido Bermúdez, y haciendo alarde de fuerzas que no tenía, se hubiese acercado a Cumaná, salió a batirlo el coronel Arana con el batallón del *Reina Isabel,* que mandaba. El encuentro tuvo lugar el 7 de enero en San Fernando, donde convergen los dos caminos de Cumaná a Cumanacoa y se había atrincherado el guerrillero patriota con 200 hombres. No pudo éste sostener al fin el ataque y maniobra de su hábil adversario, y, tras ruda pelea, retiróse a los bosques con su partida, dejando el último pueblo a merced de los realistas. Sin embargo, en aquellas operaciones, Montes se mostraba insuperable, y muy luego Arana debió evacuar el territorio conquistado y volverse a la capital. Los republicanos reocuparon a Cumanacoa. Fué entonces cuando Montes, a quien Baralt dice, con mucha razón, "valiente como el Cid" y, con alguna menor, "caprichoso e ignorante", precipitó o por entero descubrió sus tratos para hacer que volviera Mariño, y entabló pleito público con Bermúdez. Gran número de soldados había abandonado a éste, en su marcha por Maturín hacia Guayana, para volver a juntarse a las guerrillas de Montes, circunstancia que irritara grandemente al general y aumentara su rencor contra el esquivo ex subalterno. El coronel Montes no merece ni los calificativos despectivos que le endilga Baralt, ni el elogio extravagante que de él hace aquel oficial extranjero, autor de *Recollections,* cuyas informaciones ofrecen tan curioso contraste de exactitud y de crasos errores. Para este último, Montes, a quien cree apureño, "es un hombre alto, bien proporcionado y de aspecto agradable; posee actividad inagotable y gran fuerza corporal. Valiente a toda prueba, no llegar a ser cruel; nunca mata a sus prisioneros, y trata de convencer a sus hombres de que el valor no im-

plica crueldad... Por lo general, se muestra generoso, bonachón y sincero". Debemos agregar que Montes, "de exagerado patriotismo", gustaba poco de los ingleses. Hasta allí el juicio es exacto, y lo curioso e improbable es lo siguiente: "Montes ha cultivado la literatura, y en el congreso (sic) se le tiene por hombre de singular talento... Se aprecia igualmente su franqueza, pues todos sus actos son sinceros y marcha derecho y de frente hacia lo que cree bueno y honrado. Puede confiarse plenamente en su palabra, y dudo que haya otro hombre que sienta más horror que él por la mentira".

El audaz guerrillero juzgaba, sin embargo, que el fardo que le había caído encima de defender la causa patriota en la provincia de Cumaná era demasiado pesado para sus espaldas; y fiel, por otra parte, a cuanto indudablemente había convenido con Mariño, y de acuerdo con todos los compañeros de lucha, multiplicó, con sus solicitudes de auxilio en armas y municiones, sus llamamientos al jefe cuya presencia y mando todos creían necesarios. Mariño, de la isla, seguía los acontecimientos, obtenía ayuda, alimentaba la general desconfianza con que allí se veía la acción personal del Libertador y las enemistades más o menos encubiertas que valían a Bermúdez su carácter altanero y los atropellos de que estaba sembrada su épica carrera. Va a confirmarse que aquel famoso "pacto" de San Francisco, del cual los historiadores han sacado la fábula de la "protección" de Mariño por Bermúdez, no había sido sino un expediente sugerido e impuesto al último por los oficiales para salir de una situación inextricable y evitar un choque abierto, deshonroso y absurdo, entre ambos generales. Éstos pudieorn abrazarse delante de las tropas que presentaban armas a su gloria común y saludar juntos con sus espadas la bandera de la patria por la cual se batían con igual coraje; pero al separarse de nuevo cada uno llevaba consigo su carga de resentimientos y de ambiciones, de planes y proyectos. Mariño, sobre todo, desesperaba de entenderse con el Libertador si no fuere presentándose de nuevo ante él con un ejército, que no sólo protegiera su persona, sino también le permitiera cosechar nuevos triunfos contra los realistas, y con ello recuperar su posición de gran jefe. De acuerdo con tales precedentes debe considerarse la evolución de los hechos hacia fines de enero.

Hay una carta de Mariño a Montes, a la cual hemos aludido y que demuestra ampliamente cuanto decimos. "Ayer tuve el gusto —escribe el general el 24 de enero— de recibir la apreciable de usted de 25 del mes pasado, que condujo el Chato. Por ella quedo impuesto de los últimos acontecimientos entre usted y el señor Bermúdez, y de los sentimientos de adhesión con que usted y esa división me distinguen tan altamente. Admitan, ustedes en retribución, mis queridos compañeros, la amistad más perfecta, la gratitud más sincera y, en fin, mi corazón entero". Aquel "señor" dado a Bermúdez, sin general ni nada, marca un sentimiento que arriba señalamos. Luego vemos cómo Mariño se ocupa en auxiliar a los patriotas que luchan y que, pocos días apenas después de su llegada a Margarita, ya dispone de suministros cuyo envío inmediato al Continente es, sin embargo, difícil: "Los inconvenientes que se presentan en el tránsito de aquí a Santa Fe me privan de proveer a ustedes de todos los elementos que me pide. Usted no ignora que los buques enemigos infestan estos mares y que, por consiguiente, serían expuestos a que cayesen en sus manos". E inmediatamente está la promesa de ir en persona a Costa Firme, de volver a ponerse al frente de sus fieles soldados. Así, mientras el Libertador dicta órdenes desde Araguaquen para que Mariño permanezca confinado e inactivo, éste reúne armas y municiones y prepara su regreso, su "invasión", como si nunca hubiese habido arreglos ni convenios. La pérdida de las comunicaciones dirigidas por Mariño a Bolívar en aquella época es, repetimos, verdaderamente irreparable, porque impide conocer las condiciones en que el primero entendía el acuerdo. Para fijar su posición no disponemos sino de las notas y cartas del Libertador, es decir, de una sola campana, y repicada de cierto modo, por lo cual falta un elemento de valor para asentar el juicio. De todos modos, es fácil apreciar la maniobra que ha ejecutado Mariño para escapar a la persecución de Bolívar y tomar su desquite o, como hemos indicado, llegar a composición en condiciones favorables. Montes, Isava, el enigmático Carrera y los demás oficiales fueron los principales triunfos de que dispuso en la difícil partida. Sus órdenes a aquéllos son ahora formales: "Es necesario

—díceles— que cuanto antes se dirijan ustedes con todas sus fuerzas a Cariaco y abran la comunicación con La Esmeralda. Entonces, yo marcharé con cartuchos, fusiles y 200 hombres a unirme con ustedes: formaremos un ejército capaz de burlar las infames miras de Bermúdez y Bolívar sobre nosotros y emprenderemos la conquista de toda la provincia. Esto es lo que se debe hacer, y no hay un momento que perder".

El penúltimo párrafo de esta carta es quizá el más importante, por cuanto revela el estado de ánimo de Arismendi y la posición política que en aquel momento ocupaba el gobierno margariteño frente al de Angostura y al Libertador mismo: "Yo he convenido con el general Arismendi en que ustedes hagan una representación al gobierno de esta isla, la cual remito en copia para que la pongan en limpio, la firmen todos los oficiales y la manden inmediatamente aquí. De este modo, quedarán esas tropas bajo la protección de esta isla. Yo volaré con recursos donde ustedes; y nuestros enemigos, esos indignos intrigantes, nos mirarán con respeto". Se trataba, pues, de una verdadera alianza con el gobierno de Margarita, que se decía autónomo, y era en realidad independiente en aquel momento. Más que alianza: era el esbozo o proyecto de una formación gubernativa disidente, plantada frente a Angostura, construída con el gobierno margariteño como base legal y apoyada en las tropas de éste y las que Montes hiciera "pronunciarse" en Cumanacoa, según la orden que recibía. ¿Cuál era el texto de la "representación" y cuál fué el resultado efectivo de aquella tentativa? No lo sabemos. Pero que entre los neo-espartanos fuese general entonces un sentimiento que Mariño podía aprovechar para sus miras personales, no permite dudarlo la carta que en ese preciso momento escribía a Montes el gobernador general Francisco Esteban Gómez en respuesta a una en que aquél le participaba "los últimos acontecimientos que han ocurrido con esa división y el señor Bermúdez". Decididamente: en Margarita se ha degradado al egregio cumanés. Gómez, el de Matasiete, tampoco quiere a éste, cuyo "carácter diabólico" conoce. "Amigo —dice a Montes—, abrir el ojo y no fiarse ni del señor Bermúdez

ni de sus paniaguados, porque nosotros los conocemos y en verdad que aquí en la isla no meterán el diente". El gobierno margariteño, concluía la carta, consideraba como "una de las principales atenciones de la isla" la "marcha de los pueblos" de Cumaná.

Grave preocupación debían ser para el Libertador, quien todo lo sabía, aquellas disposiciones de los isleños, justamente en momentos en que principiaba a ejecutar uno de sus mayores planes de campaña, que creía le daría resultados decisivos. Se recordará, por otra parte, que, alertado por la rebelión de Cumanacoa, había autorizado a Bermúdez para que volviese a las provincias orientales y ensayase pacificar o someter a los oficiales. La dificultad consistía en no ser sólo Montes el reacio. Otro oficial de valor e influencia manifestaba con no menor vehemencia su oposición al comandante nombrado por Bolívar y aun a éste en persona, a quien osaba tratar irrespetuosamente de "compinche" del primero. El coronel Isava, que en Güiria parece haber sido quien salvó al Libertador del machetazo de Bermúdez, los confunde ahora, exasperado, en una misma animosidad y se declara abiertamente del lado de Mariño, único jefe bajo cuyas órdenes "le ha gustado servir". Es necesario —escribe a éste el 29 de enero— que el general vaya a Costa Firme "a vuelta de correo para libertar con la muerte de Bermúdez esta provincia de tantos males". Ellos han hecho lo que han podido para salir de la "anarquía más espantosa" y no quieren que vuelva allí aquel "monstruo". Por desgracia: "nadie quiere presentarse hasta que no vuelva usted, diciendo que todos morirán en los montes primero que presentarse a aquel bruto y grosero". En Cumanacoa sólo hay 200 hombres y una centena de fusiles. Montes —y esta indicación es preciosa porque ilumina todas las obscuridades recientes— "está bajo el pie de cumplir a usted lo que le ofreció en La Esmeralda, y todos nosotros aguardamos a usted como al único que nos puede sacar del peligro tan inminente en que nos encontramos". E Isava concluye expresando la esperanza de que Mariño hará cuanto le sea posible por "sacar de las garras de los tiranos asesinos" a quien no ha cometido otro delito que "ser amigo de usted". Y que otros cuenten "las diabluras

que ha cometido el general Bermúdez en esta provincia" y "las crueldades de su compinche Bolívar en Guayana".

Poco, en verdad, debía augurarse de bueno sobre el próximo regreso de Bermúdez. Y, aparentemente, podía tenerse, por el momento, como fracasada y contraproducente la maniobra del Libertador de reemplazar por las de aquel general la jefatura e influencia de Mariño en las provincias orientales.

XXI

ESTA TERRIBLE CAMPAÑA

El encuentro del Libertador con Páez en San Juan de Payara el 31 de enero de 1818 fué un acontecimiento decisivo no sólo para la organización y éxito futuro de la guerra, sino para la historia entera de Venezuela. Ese día quedó cimentada, bajo la autoridad suprema y en lo adelante ya indiscutible de Bolívar, la incorporación al aparato general político y estratégico, en la ofensiva patriota, del ejército de Apure, instrumento principal a partir de dicho año de la independencia del país. Ejército que es, ante todo, Páez, el héroe cuyas hazañas reales no tienen necesidad, para que la historia las exalte debidamente, de la ampulosa y magnífica leyenda que las aureola. Nada hay, en efecto, en los anales del coraje americano que valga la lanza de aquel llanero, ni hombres algunos llegaron como los llaneros a representar, a simbolizar tan ampliamente la victoria venezolana en la lucha por la Independencia.

El general Soublette ha descrito en el *Diario de Operaciones,* y con lenguaje sobrio, las célebres escenas. Bolívar llegó a Caujaral y el ejército atravesó el Arauca, la infantería primero, luego la caballería. "El general Páez vino a San Juan de Payara y Su Excelencia pasó el río y partió para esa, donde a su entrada fué recibido por aclamaciones, la tropa sobre las armas y saludado por la artillería.

La infantería hizo su entrada al pueblo y se fué a acampar al este del lugar. La caballería fué mandada acampar a orillas del río. El general Páez dió una comida a Su Excelencia, a la cual asistieron los generales y muchos oficiales. Se cambiaron brindis alusivos a las circunstancias y mutuas fueron las demostraciones".

Al salir de Guayana, el Libertador mostraba su optimismo, subrayándolo en vista de la propaganda para el exterior, en carta de 21 de enero a Clemente, su agente en Filadelfia. Concluída la disidencia con la "desaparición de su autor", sin que sepamos si con esta frase alude a la muerte de Piar o al alejamiento de Mariño, las perspectivas son francamente favorables: "La mayor parte de la República está libre y para libertar la que permanece en la opresión, marcho con un ejército, el más fuerte que ha visto Venezuela. Si las probabilidades fundadas en la fuerza física y moral pueden servir de base para calcular los sucesos de la guerra, yo aseguro a Vuestra Señoría que dentro de dos meses la capital estará ya en nuestro poder, después de haber expulsado a los enemigos para siempre".

Por febrero, el Libertador toma la ofensiva, con la fulmínea celeridad que caracteriza sus grandes operaciones. El 12 atacó por sorpresa a Morillo frente a Calabozo. "Los generales Sedeño, Monagas y Páez —dice el parte de Soublette— han hecho prodigios de valor. Estos tres jefes han aumentado en este día el brillo de su antigua reputación". Los regimientos *Húsares de Fernando VII, Unión, Navarra* y *Castilla* no pudieron resistir al ímpetu de la caballería llanera, "movimiento el más rápido que jamás se ha visto ejecutar", y se recogieron en la plaza, que quedó sitiada. El Libertador había marchado con "increíble rapidez" en seis días, de San Fernando a Calabozo. En la noche del 14, Morillo, hábil capitán, logró escapar, dejando en manos del adversario la artillería y sus heridos, enfermos y víveres: había perdido más de mil hombres. Bolívar se lanzó en su persecución y llamó a sí con urgencia los cuerpos de Zaraza, de Infante y de Rangel. El 16, Páez asalta con su caballería las posiciones de Morillo en El Sombrero, pero es contenido y debe esperar la llegada de la infantería para intentar envolver a su enemigo: Morillo levanta el campo y retrocede a Camatagua. "Si en aquel momento

—escribía el 26 siguiente— hubiese podido disponer de 300 hombres de caballería, se hubiera acabado con toda la farsante República de Venezuela". Fanfarronada pura y simple, como se verá, pues a pesar de sus próximas victorias, ya había pasado la época en que una batalla sola podía decidir la suerte de Venezuela, sobre todo si la perdían los patriotas. El Pacificador elogia los servicios prestados al Rey por Correa, Morales y Real, así como por los coroneles La Rocque y Miranda, y Madariaga, del regimiento de *Navarra,* y Juez, de los *Húsares de Fernando VII.*

El Libertador nombró a Páez gobernador y comandante general de la provincia de Barinas y le dió orden de estrechar a San Fernando y de marchar luego, una vez librada Barinas de Calzada, hacia San Carlos y Valencia. "Desde el 6 anterior —dirá Morillo— la plaza de San Fernando había sido asaltada por los insurgentes abanderizados (o abandalizados) por el traidor Simón Bolívar y reunidos a la gavilla de facciosos que conduce el cabecilla José Antonio Páez".

Zaraza se incorporó al Libertador en el hato de San Pablo, y Monagas fué a concentrarse en La Laja. Sedeño salió para San Fernando, a decir a Páez que la plaza podía tomarse con menores fuerzas y que debía ir a marchas forzadas al Pao, en Aragua, donde en breve estaría el cuartel general. Morillo se había retirado a Valencia, La Torre estaba en La Victoria, Calzada en San Carlos. San Fernando cayó el 7 de marzo en poder de los patriotas, y su defensor, el comandante Quero, caraqueño, y hasta entonces capitán del regimiento de *Numancia,* fué hecho prisionero con once oficiales y ciento setenta y cuatro soldados: el Rey concederá a aquel oficial, "cuya suerte se ignora", el empleo de teniente coronel y la cruz laureada de San Fernando. El 14, Bolívar llegó a Las Cocuizas, frente a las posiciones de La Torre, habiendo dejado en La Cabrera la caballería de Monagas. Sufrió éste un revés y retrocedió hacia La Victoria y Cagua. Morillo, incorporado que hubo a Calzada, se situó en Maracay. El Libertador acampó en Villa de Cura. Había creído libre el camino de Caracas; pero su adversario, saliendo de Valencia, había atropellado las avanzadas patriotas con las tropas de Calzada y ahora cerrábale el paso a la capital.

La aproximación del Libertador a Caracas provocó tal pánico, que sólo la intervención enérgica del general La Torre, quien cuidaba allí su reciente herida, y las de otros oficiales, impidió que el mismo capitán general tomase la fuga. Pero no se trataba sólo de pánico de las autoridades: la población entera parecía querer huir de los soldados independientes. Feliciano Palacios escribirá: "En muy pocas horas y como por un movimiento eléctrico la población de la capital en masa se arrojó sobre las playas de La Guaira; casi todos los hombres y mujeres, de todas edades y clases, abandonaron su patria, sus bienes, su descanso para huir de esa detestable república y buscar el gobierno de su Rey. Todos los pueblos a donde llegó la terrible noticia abandonaron también sus habitaciones para ocultarse en los montes". La ciudad —apunta por su parte Level de Goda— no era patriota, "y el que diga otra cosa en ese tiempo no dice verdad". Testimonios sospechosos, se dirá, estos de Palacios y Level, ambos realistas; pero ellos coinciden con cuanto sabemos por otras fuentes acerca del estado de espíritu y de la opinión de gran mayoría de los venezolanos todavía en aquel año de gracia de 1818. Level de Goda no exagera cuando asegura que, entonces, "Caracas no contaba más que realistas", con excepción de unas cuantas mujeres "muy conocidas y marcadas" a quienes se dejaba tranquilas y cuyos "desahogos" eran hasta "celebrados" por el capitán general Pardo. Y adviértase que no era éste bondadoso, como algunos autores afirman, olvidando cuanto había hecho y dicho en Oriente.

Mas lo que pensaran los habitantes de Caracas no era sino un elemento, importante sin duda, del problema general que presentaba la opinión de todo el pueblo venezolano, en cuanto a la causa de la Independencia y especialmente en cuanto a las posibilidades del reclutamiento militar. Morillo —confesaba Bolívar, a pesar de lo que antes había dicho al respecto— continuaba aumentando sus fuerzas "con gente del país". Y por ello, el Libertador multiplica sus llamamientos a los venezolanos realistas para que abandonen las filas de aquél, y proclama iudultos y amnistías. Estos esfuerzos producían efecto y podrá apreciarse cómo, lentamente, los espíritus se volvían hacia la República tan odiada en general hasta entonces.

Bolívar aprovechaba, a fines de propaganda, el menor síntoma y lo exageraba con placer. "Ni Morillo ni Calzada —escribía por esta época al Consejo de Estado— tienen un cuerpo de criollos, ni lo hay en ninguna parte".

La cuestión del reclutamiento, de los reemplazos que, como hemos visto, preocupaba tanto a Morillo, no era naturalmente menos capital para Bolívar. Ambos adversarios tenían que reparar las pérdidas que causaban las batallas, las enfermedades y también la deserción. El desgaste por estas tres causas era terrible y, en fin de cuentas, recaía entero sobre el país, pues era la sangre de sus hijos que en ambos campos corría y los restos de su riqueza, o de su miseria, que ambos consumían. El examen de este asunto de los reemplazos permite notar una de las particularidades de nuestra guerra y el papel que en ella hacían ciertos caudillos, verdaderos "sargentos reclutadores" que tenían cada uno su tropa, como los *condottieri* italianos o como los generales alemanes de la guerra de Treinta Años. Puede decirse también, quizá, que los destacamentos personales con que contribuían a la formación de un ejército nuestros jefes grandes y pequeños recordaban el servicio de *ost* que los barones feudales prestaban a su señor soberano; y la semejanza sería tanto más curiosa cuanto que en ambos casos se trataba casi siempre de jinetes. En todo caso, nuestros ejércitos se componían con frecuencia de algunos centenares de hombres que, al azar de la fortuna, se dispersaban para volver a reunirse más lejos, o desertaban para pasar al enemigo o refugiarse en los bosques. Por aquellos días, el Libertador nombró a Monagas "comandante general de todas las fuerzas avanzadas del cuartel general" y le ordenó formar y organizar nuevos cuerpos en los pueblos comprendidos entre Ortiz, Guadarrama y El Pao.

En campañas tan tremendas y con tales sufrimientos era admirable que los contendientes encontraran cómo constituir tropas y más aun lo era que éstas conservasen alguna disciplina. "El ejército, Señor —escribía Morillo al Rey el 25 de enero—, se halla sin pagar hace ya un año, subsistiendo sólo con la carne que se coge con mucho trabajo en los llanos".

Las tropas republicanas, en las cuales tenían mandos Urdaneta, Valdés, Monagas, Zaraza, Anzoátegui, Torres y Vázquez, es decir, algunos de sus méjores jefes, y bajo las órdenes personales del Libertador, emprendieron marcha seguidos por el enemigo. El general Santander, subjefe del estado mayor, anotó en su diario particular: "Día 15 de marzo de 1818. Salimos de la Villa de Cura y pernoctamos en el sitio de Bocachica, lugar en donde el 31 de marzo de 1814 fué derrotado Boves por Mariño". Al día siguiente empeñóse el combate en el Valle del Semén. Triunfaron los realistas y Bolívar hubo de retirarse de nuevo a los llanos, para remontar su caballería, dice el parte de Soublette. Fué la división de Calzada, es decir, tropa venezolana, la que después de haber desalojado, como vimos, a los patriotas de La Cabrera y de Maracay, les alcanzó en el sitio ya dos veces funesto de La Puerta. De los peninsulares, sólo entraron en acción el regimiento de la *Unión* y un escuadrón de artillería. "Acabo de batir completamente al caudillo rebelde Simón Bolívar", escribió Morillo, el 19, al ministro de la Guerra. "Yo fuí atravesado de un lanzazo en el momento de decidirse la victoria y tuve la satisfacción de ver muertos o dispersos los malvados que componían el ejército rebelde". La Torre tomó el mando y emprendió la persecución de Bolívar, camino de Calabozo. "Hemos cogido —dice el parte realista— novecientos fusiles, cuatro banderas, cien cargas de municiones, diez cajas de guerra, dos cornetas, los botiquines, la secretaría de Bolívar, el estado mayor con sus planos, archivos e instrumentos, más de dos mil caballerías, una armería y todos sus equipajes". En resumen: desastre completo para los patriotas, correspondiendo el principal mérito de tan extraordinaria victoria, según el propio Morillo, al coronel Calzada, "quien después de haberse estado batiendo constantemente contra los rebeldes de Apure, se reunió al ejército con tanta prontitud que de ella han resultado las felices consecuencias de esta campaña".

Páez y Sedeño se reunieron con Bolívar en El Rastro, el 21 de marzo. Zaraza y Anzoátegui recibieron encargo de defender a Calabozo. El 26, nueva batalla, en Ortiz, donde La Torre, a la cabeza de 1.600 soldados, rechaza las tropas republicanas que, en doble número,

conducen Zaraza, Monagas y Sedeño. Genaro Vázquez queda en el campo. Pero el jefe realista, maltrecho, incapaz de proseguir la campaña, contramarcha a Villa de Cura y luego a Valencia. Entretanto Rangel ocupa a Barinas.

El Libertador no cree perdida en modo alguno la partida y espera todavía poder expulsar al enemigo de los Valles de Aragua y encerrarle en Puerto Cabello: así lo expresa el parte de Soublette de 28 de marzo. La campaña continúa, pues, vertiginosa y con diversa fortuna. El 17 de abril, Bolívar está en el Rincón de los Toros, con la caballería de Zaraza y se dispone a operar contra Valencia. Allí escapa milagrosamente a la sorpresa preparada por el coronel venezolano realista Rafael López, y reuniéndose a algunos de sus soldados, toma de nuevo camino de Calabozo. Morillo pronunció el elogio de López, muerto en la aventura: "Es de toda justicia, Excelentísimo Señor —escribió al ministro de la Guerra—, que yo recomiende a Vuestra Excelencia con el mayor interés el relevante mérito del difunto coronel López, español americano, hombre valeroso y activo, dotado de las mejores circunstancias, cuya falta no es posible reemplazar, el cual tenía hechos servicios a Su Majestad de la mayor importancia en estas provincias, donde se había granjeado mucho partido entre los buenos. Su muerte ha causado un sentimiento general en el ejército que lo amaba por su justificación y política, que era tanta que había logrado una de las cosas más difíciles de conciliar en este país cual era el saber mandar tropas europeas y criollas reunidas y tenerlos a todos contentos. A mí me ha sido muy dolorosa, porque se había ganado mi aprecio y porque era un hombre que prometía muchas esperanzas para realizar la obra de la pacificación de este Continente". Está por hacer algún estudio imparcial de la media docena de oficiales venezolanos notables que, como éste y otros López, parientes o no entre sí, sirvieron con valor y constancia la causa realista.

De Calabozo, donde había vuelto con el estado mayor, el Libertador siguió a San Fernando y allí se encontraba el 29 de abril. Mientras Sedeño, con 1500 hombres, opera en los llanos del Guárico, Páez va a esperar en la Sabana de Cojedes a La Torre y le da, el

2 de mayo, una terrible batalla. Anzoátegui manda su infantería, Cornelio Muñoz e Iribarren la caballería, Rangel la reserva. Mil muertos cubrieron el campo. Los dos contendientes se atribuyeron la victoria. En verdad, los realistas llevaron la peor parte. El brigadier Correa, jefe del estado mayor general español, y el coronel González Villa, comandante del regimiento de *Castilla,* perecieron. Destrozados quedaron los *Húsares,* los *Lanceros del Rey* y los *Dragones de la Unión,* cuyo comandante, coronel Bausá, salió con dos balazos. El general La Torre, veterano de aquella y otras luchas, comprobaba en términos de admirativo despecho el coraje de los insurgentes: "No es posible —escribía a Morillo el día 12— dar en hombres más valor que el que se observa en las filas de nuestros enemigos, y sólo pudieron batir a semejante canalla tropas de la bizarría, entusiasmo y disciplina que tienen las nuestras, que a las dichas circunstancias unen el no quedarles más recursos ni esperanza en esta bárbara guerra que la victoria o la muerte".

Sedeño fué completamente batido por Morales, el 10 del mismo mayo, en Los Cerritos, cerca de Calabozo. "Nuestra infantería fué sacrificada toda —escribió Bolívar al Consejo de Gobierno— porque la caballería, que se ha salvado, la abandonó casi sin combatir". Por fortuna, el 28 siguiente Páez sorprendió al jefe realista en El Guayabal, le mató trescientos hombres, le tomó prisioneros y caballos.

Al llegar la estación de las lluvias, a fines del mes, el Libertador volvió a Angostura.

En líneas generales, después de aquellas sangrientas operaciones de las cuales tanto fruto se esperara, los adversarios guardaban sus respectivas posiciones. "Los españoles —decía el general Santander—, fuertes en infantería, cubren las montañas; nosotros, fuertes en caballería, poseemos las llanuras y todo el interior de Venezuela". El Libertador expresó su juicio en una carta de 8 de junio, dirigida al almirante Brión: "El resultado de esta terrible campaña ha sido la destrucción de casi todas las tropas españolas europeas. En los campos de batalla han quedado más de 4000 hombres enemigos, y puedo asegurar a Vuestra Excelencia que en toda Venezuela no hay

800 españoles de la Península; y que si no reciben un auxilio externo, jamás vendrán a buscarnos a nuestras posiciones".

Pero Bolívar no estimaba menos que su campaña había fracasado y de ello, o al menos de la prolongación de las operaciones, atribuía la culpa a sus tenientes. En su carta a Brión, censura el empeño de Páez en tomar a San Fernando, plaza que dice habría podido caer por simple bloqueo. Alude también a otros de los generales que, por "sus erradas opiniones", contribuyeron a alterar el plan militar. Se trata no sólo de Sedeño, sino de cuantos, en la junta del hato de San Pablo, cerca de Ortiz, combatieron la opinión del Libertador. Entre ellos estuvo Urdaneta, quien, como Páez, juzgaba que era preferible, antes de marchar contra los Valles de Aragua, asegurar la posesión de Barinas y Casanare y ocupar a San Fernando. En la parte montañosa, la infantería de Morillo recobraría la ventaja. El parecer del general maracaibero era categórico: en sus *Apuntamientos* califica la campaña de "funesta" y "desastrosa" y dice que su resultado "fué la pérdida de todo el ejército, la muerte de muchos jefes y oficiales de mérito y la necesidad de crear de nuevo para emprender". Es probable, en todo caso, que en el terreno de la táctica haya habido culpas, por ejemplo, cuando, según se dice, Páez rehusó continuar la persecución de Morillo en El Sombrero, alegando que sus caballos estaban despeados. Pero el problema no era táctico, sino estratégico, y de doble estrategia, en lo militar tanto como en lo político.

Restrepo, quien utilizó probablemente opiniones de Soublette y otros jefes, censura el modo como el Libertador condujo "esta campaña célebre y malhadada" y establece contraste entre "la actividad prodigiosa, la precisión y el plan bien concertado que señalaron las operaciones hasta el ataque de Calabozo" y los errores indudables cometidos después, "que merecen la crítica más justa de parte de los militares" y cuya enumeración es impresionante. "El resultado —concluye el historiador— también fué que la disciplina y el saber militar triunfaron siempre del valor denodado y temerario de los independientes".

Sin embargo, otros historiadores, impresionados al exceso por la personalidad del Libertador, a quien juzgan siempre y de todo

punto irreprochable y omnisciente, no se detienen a criticar con alguna imparcialidad sus operaciones y resuelven todo censurando a sus tenientes. Es evidentemente fácil y poco comprometedor decir que aquella campaña se perdió por Sedeño, y sobre todo por Páez, quien, atraído por su provincia, localista y sin ver más allá de sus narices, o de su lanza, quiso ante todo tomar a San Fernando. Razonamiento análogo hemos visto hacer sobre la actitud de Mariño cuando opinaba que antes de atacar a Caracas convenía asegurar definitivamente las bases orientales expulsando de allí a los realistas por completo. La cuestión que se presenta al examen de los peritos militares y de los conocedores de la situación política del momento es saber si Bolívar estaba realmente, de febrero a abril de 1818, en capacidad de acabar con Morillo y de libertar, o conquistar, la provincia de Caracas. No entra en nuestro plan acometer aquí tal estudio, ni nuestras fuerzas darían para tanto.

Ambos adversarios alegaron el éxito de aquella según Morillo "memorable" campaña de 1818. El Pacificador escribió a los gobernadores de las Antillas británicas, el 8 de mayo, que las armas reales habían triunfado en El Sombrero, Maracay, La Puerta, Rincón de los Toros, San Carlos y Sabana de Cojedes, con destrucción de más de 3500 rebeldes y toma de 2500 fusiles, 12 banderas, 4 cañones, 200 cargas de municiones, 40 cajas de guerra, 3000 caballos, 1000 mulos y mucho otro botín. Pero cuando, meses más tarde, el Libertador conoció esta comunicación, escribió a su vez a los gobernadores ingleses: "Puedo asegurar a Vuestra Excelencia sin la menor exageración que el ejército español de Venezuela ha sido batido en Calabozo, El Sombrero, San Fernando, La Puerta, Ortiz y Cojedes. Por consecuencia de estas derrotas ha quedado reducido aquel ejército a un miserable esqueleto. En estas acciones han perdido nuestros enemigos más de 5000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros... Si el general Morillo existe aun en Venezuela, debe esta precaria fortuna a la carencia por nuestra parte de elementos militares. Pero ya los tenemos y bien pronto no fechará de Venezuela sus mentirosos despachos".

En realidad, las bajas de las tropas independientes en aquellas operaciones fueron considerables y muy difícil colmarlas. Irvine escribía en setiembre siguiente: "Dejando al tiempo el desarrollo de los sucesos, sólo observo y advierto que si los patriotas tienen ahora abundancia de las armas y municiones que les faltaban en la última campaña, necesitan hombres para llenar las filas, porque perdieron sus mejores tropas en la pasada estación".

No sabemos qué respuesta dió Sir Ralph Woodford a la rectificación del Libertador; pero la que envió a Morillo nos le muestra muy del lado realista y convencido de que el jefe español dice verdad: "Excmo. Señor —reza su nota de 23 de junio, que publica Rodríguez Villa—: Cuando por un largo tiempo carecía de la apreciable correspondencia de V.E., y cuando deseaba saber por V.E. mismo los felices sucesos de las armas de S.M. Católica bajo su mando, he tenido el honor de recibir en estos días la muy estimada carta de V.E. de 8 de mayo último. Congratulo sinceramente a V.E. por tan distinguidas victorias no menos que por el restablecimiento de su salud, que espero lo conducirá a triunfos que consoliden la pacificación general y restituyan ese país bajo los auspicios de V.E. a su anterior prosperidad y sosiego; y no he perdido un momento en comunicar el despacho de V.E. al ministro de Estado de S.M. para que los progresos de las armas españolas en ese país sean bien conocidos en Inglaterra, a pesar de las relaciones y noticias que el partido de la revolución ha siempre procurado esparcir particularmente allí. Había yo comunicado en la Gaceta de la colonia los partes oficiales de los jefes y particulares interesados en la causa Real, y en esto, aseguro a V.E., he tenido siempre el mayor gusto. Quedo con los sentimientos de la más distinguida consideración su más atento y obediente servidor. Excmo. Señor".

De todos modos, Bolívar se dió entonces cuenta de la imposibilidad de volver a guerrear en los Valles de Aragua y del Tuy, así como en Occidente, sin organizar su infantería de manera conveniente. Las caballerías eran imbatibles en el llano, pero su eficacia disminuía más allá de Villa de Cura, y de allí la situación definida

con tan lacónica exactitud por el general Santander. El argumento de Páez de que sus bestias se perderían al pisar suelo aragüeño era apenas exagerado. Así, el Libertador —según lo apunta Yanes— reconoció que no podía vencer a los realistas sin constituir una "buena infantería". Uno de los modos de lograrlo sería estimular la recluta de extranjeros veteranos que viniesen no sólo a luchar al lado de los venezolanos, sino a disciplinar a éstos y a enseñarles a hacer la guerra científicamente, por decirlo así. Hasta dónde esta idea se realizó en cuanto a amplitud y verdadera eficacia es otro de los puntos de importancia histórica que no nos corresponde tratar aquí en toda su extensión. Recordemos solamente que de aquel año data la entrada en acción de un nuevo e importante elemento favorable a los republicanos: la legión extranjera. Los coroneles English y Elsam marcharon a Inglaterra con encargo de alistar voluntarios. Mas desde principios de marzo habían llegado a Angostura cuatro "regimientos" y una brigada de artillería ingleses.

XXII

LA LEGIÓN EXTRANJERA

En los primeros meses de 1817 se precisó en Londres la eficaz acción de López Méndez y de otros agentes hispano-americanos, a la cual aludimos en anterior capítulo, para obtener reclutas y armamento. Asesoraba a aquél un Mr. Walton, quien, por julio, informó a Bolívar de los servicios que personalmente y durante siete años había prestado a la causa de la independencia de nuestros países, tanto en la prensa como ante los miembros del parlamento. William Walton había publicado en 1814 una *Exposición sobre las Disensiones de Hispano-América,* libro de cerca de quinientas páginas presentado a Su Alteza Real el Príncipe Regente y de gran interés para nuestra historia, sobre todo a causa de los documentos que allí figuran anexos. Se trata —dice el propio autor— de "una narración del origen y progresos de las fatales diferencias que han bañado ese país en la sangre y la anarquía". Aquella severa crítica del modo de conducir la política y la guerra en América es, en suma, un alegato en favor de la mediación de Inglaterra y de las medidas que ésta debe tomar para proteger sus intereses. Ahora, Walton decíase promotor de reclutamiento y envío de militares ingleses destinados a Venezuela, y pedía a Bolívar dinero para cubrir sus gastos.

El 17 de abril del citado 1817 López Méndez, investido de nuevo de la representación del Libertador, pide audiencia en el *Foreign*

Office por medio de un billete que traducimos a continuación: "Don Luis López Méndez presenta sus cumplidos al señor Hamilton y, en ausencia de lord Castlereagh, solicita la honra de que le favorezca con una entrevista privada, a fin de hacer a los ministros de Su Majestad algunas comunicaciones importantes. Don Luis López Méndez acaba de ser nombrado nuevamente diputado de las Provincias de Venezuela ante Su Majestad Británica; y a pesar de que los ministros de Su Majestad no desean quizá reconocer su carácter oficial, puede, sin embargo, ser conveniente que se reciban sus comunicaciones de modo privado y no oficial. Don Luis López Méndez pide permiso para recordar al señor Hamilton que en otras ocasiones ha tenido la honra de celebrar varias conferencias con el marqués de Wellesley, lord Castlereagh y él mismo sobre interesantes puntos relacionados con los asuntos arriba aludidos". Hamilton concedió la audiencia pedida el viernes 23 siguiente, a las cuatro de la tarde, previa consulta a lord Liverpool, quien, con el mismo Castlereagh, naturalmente, y con lord Bathurst, ministro de la Guerra y de las Colonias, participaba en la dirección general de la política exterior. El primer ministro se interesaba mucho en los asuntos concernientes a la América española, que tanto le ocuparan ya en la época de sus funciones en el *Foreign Office.* No sabemos a ciencia cierta qué dijo López Méndez a Hamilton en aquella ocasión; pero es probable que la conversación haya sido sobre el tema de los auxilios de todo género que necesitaban los insurgentes.

La embajada de España, por su parte, seguía con la mayor atención la actividad de los rebeldes en Londres. La correspondencia entre el duque de San Carlos y lord Castlereagh sobre esta materia abarca hasta tres años. Protesta sin cesar el español contra las maniobras de los agentes patriotas, siempre coronadas por el buen éxito, y la tolerancia y aun la complicidad con que las ven las autoridades británicas. De la manera como San Carlos plantea el problema da idea exacta y sugestiva la primera de sus comunicaciones que, con la mención de "particular", en lengua francesa y con fecha 17 de octubre de 1817, escribe al noble lord y cuya traducción castellana inserta-

mos a continuación. No tenemos, naturalmente, intenciones de citar y comentar más extensamente aquí aquella larga polémica, que deberá tener cabida en la historia diplomática, por escribir aún, de la Independencia de nuestro país. Léase la comunicación del duque, de la cual Mr. Hasbrouck dió sólo algún párrafo, en su obra sobre los *Legionarios Extranjeros* en aquella guerra, y que tomamos directamente de los archivos de Londres:

"Siendo la situación actual de los asuntos de América de interés urgente, sobre todo en relación con los medios que aumentan la fuerza de resistencia de los insurgentes, excusaréis, milord, si tengo la libertad de presentaros confidencialmente algunas observaciones sobre ella.

"Es difícil desconocer que el pueblo de Inglaterra y aun algunos jefes militares británicos han creído hallar un interés nacional en favorecer la independencia de las colonias españolas. Esta idea ha inspirado generalmente su conducta antes como después de la vuelta al trono del Soberano legítimo, a pesar de todos los esfuerzos hechos por el gobierno inglés para impedir una tendencia contraria a sus obligaciones. Pero esta irregularidad se hace sensible y aun escandalosa sobre todo desde que el gobierno español adoptó las medidas más convenientes para la pacificación de América.

"Antes no se veía salir de estos puertos sino una que otra expedición para ayudar a los insurgentes, como por ejemplo, la de *Miranda,* de *San Martín,* de *Mina,* etc.; mas últimamente parece que toda la población de Inglaterra se da a esta ocupación. Al *Two Friends* siguieron el *Gladwin* y el *Morgan Ratler,* y hoy se preparan el *Prince,* el *Amelia Wilson* y otros buques para conducir nada menos que cuadros enteros de oficiales y suboficiales y de equipos completos para regimientos de *Húsares* y de *Lanceros,* y aun para tres brigadas de artillería. En fin, puede decirse que todos los navíos que se expiden a San Tomas, Santo Domingo y otros puntos de las Indias Occidentales con cargamentos de armas y municiones o que llevan a bordo oficiales a medio sueldo, son tantos otros conductores de socorros para los insurgentes, puesto que ninguna necesidad hay de ellos

en los lugares a que se les envía, ni los españoles realistas los emplean en modo alguno.

"En consecuencia, si todo gobierno debe responder de las acciones de sus súbditos, las de los ingleses que son enteramente contrarias al estado de amistad y aun de alianza subsistente entre España y Gran Bretaña, no podrán menos de impedirse desde el momento en que se revela su verdadera naturaleza. Para lograrlo, cuento con la lealtad y la sinceridad de los sentimientos manifestados por Vuestra Excelencia en toda ocasión y en los cuales veo el apoyo más sólido de mis reclamaciones. Por el momento, redúcense éstas a desear que Vuestra Excelencia tenga a bien ordenar que agentes secretos examinen los pasos de los insurgentes españoles que residen en esta capital; y que, una vez que se compruebe que dichos pasos son contrarios a las leyes de este país, se les imponga la severidad de ellas.

"Al mismo tiempo, no creo abusar de la complacencia de Vuestra Excelencia pidiéndola que solicite de Su Alteza Real el Príncipe Regente que suspenda por el momento la concesión de licencias en Consejo para la exportación de armas y municiones destinadas a las Indias Occidentales, así como los permisos prolongados de viajar a los oficiales a medio sueldo. Esto sería un favor de Su Alteza Real que estaría dentro de sus facultades legislativas, al menos mientras se reúne el Parlamento, que podría entonces ser confirmado por un Acto de este último y que sería muy conforme a los principios de Su Alteza Real y a las bases de la mediación que está dispuesta a ejercer para obtener la pacificación de América."

La nota anterior fué acompañada de una noticia, igualmente presentada en francés, sobre los "agentes de los insurgentes" y la cual dice:

"Hay un señor Méndez, que vive en el número 27 Grafton Street, Fitzroy Square. Señor Walton, número 7 Collmathew (?) Street, Tottenham Court Road. Señor Jonté, 24, Downing Street. Los dos primeros son de Venezuela y el tercero de Buenos Aires.

"En casa de Salomón y Cia, *Regimental Tailors,* número 11 Charing Cross, se hacen los uniformes para los insurgentes. En su

tienda se encuentra un anuncio en el cual el coronel Hewild recomienda a los oficiales del Segundo de Lanceros hacerse allí sus uniformes.

"En Cheapside, frente a la iglesia, hay uniformes con botones que dicen: *Húsares de Venezuela.*

"En una tienda de cofres, frente a San Pablo, hay un anuncio que dice: *Sur América:* aquí se provee a los oficiales a medio sueldo de equipajes baratos".

"Hace pocos días había en el río un buque preparado para la costa del Sur de América, armado de diez y seis cañones y que llevaba toda especie de municiones, con el nombre de *Colombia.* Este buque, así como el *Amelia Wilson,* de veinte cañones, que está cerca de Greenwich, y el *Prince,* de veintidós, que está cerca de Deptford, deben cargar armas y municiones y conducir oficiales a América.

"Estos embarques de armas y municiones se efectúan en parte mediante órdenes en Consejo, y también tomándolas de contrabando en las islas Scilly, en Land's End y en otros puntos de la costa de Cornwall. Los cañones se envían con frecuencia como lastre, así como las municiones pesadas.

"Un oficial llamado Wildy, ex-capitán del Décimonono (regimiento) y que está al presente a medio sueldo en el Décimotercio de Dragones Ligeros, debe encargarse del mando de una brigada de artillería que se prepara para Venezuela.

"En el *New Times* del 11 de octubre hay un artículo que dice cómo se ponen diariamente en los cafés anuncios por los cuales se invita a los oficiales a medio sueldo a seguir la causa de los insurgentes.

"En el *Morning Chronicle* del 13 se publica el anuncio siguiente: "*Sur América:* se invita a las personas que quieran dirigirse allí a proveerse de vestidos en la casa R. Hisschman, número 34 Noble Street, Foster Lane".

El mismo día de su recibo, o el siguiente, lord Castlereagh transmitió la carta del duque de San Carlos a Sir Henry Wellesley, junto con su propia nota "muy secreta y confidencial" que ya citamos al

hablar de los proyectos de mediación inglesa en la guerra hispanoamericana. Según la opinión de los abogados de la Corona, poco o nada podía hacer el gobierno inglés "para impedir estos actos reprensibles, dado el estado actual de las leyes". Ya hemos visto la relación que establecía dicho gobierno entre la "liberalización" del régimen español y las medidas que pudieran tomarse para acceder a sus demandas. No contentándose con ello, Castlereagh decidió convocar a los agentes López Méndez y Jonté y remitirles un memorándum, "informándoles verbalmente al mismo tiempo de que es probable que las principales potencias de Europa emprendan dentro de poco, a instancias de Su Majestad Católica, una mediación sobre principios que pueden conducir altamente a la felicidad de sus súbditos sur-americanos; que (en tal virtud) si (los agentes) se abstuvieran de aquellos actos (de reclutamiento y armamento) se les permitiría permanecer tranquilos en el país para que observasen los progresos de la mediación y quizá contribuyeran, con sus informaciones, al buen éxito final; pero que en caso contrario el gobierno se vería en el caso de expulsarles, conforme al *Alien Act,* como personas que ponían en peligro la tranquilidad general". El lord recibió personalmente a López Méndez y le dió el memorándum; y encargó al subsecretario de Estado de hacer lo mismo con Jonté tan pronto como se le hallase.

El memorándum en cuestión, cuya copia del original hemos encontrado en otro expediente de estos papeles ingleses, es del tenor siguiente y deja constancia, en nota al pie, de que fué entregado a López Méndez el 17 de octubre y a Jonté el 22: "El gobierno de S. A. R. el Príncipe Regente tiene informes de que ciertas personas que obran como agentes de algunas Provincias españolas de América han tomado medidas destinadas a levantar en este reino tropas, tanto oficiales como soldados, con el fin de enviarlos a América y emplearlos en hostilidades contra Su Majestad Católica, así como también para comprar y equipar navíos armados con los mismos propósitos hostiles. El gobierno de S. A. R. el Príncipe Regente no puede ver con indiferencia actividades de tal género, habida consideración así de los tratados de amistad y alianza existentes entre Su Majestad y

Su Majestad Católica como de la proclamada determinación de S.A.R. el Príncipe Regente de observar una neutralidad sin rodeos en el infausto conflicto que persiste entre España y las Provincias hispanoamericanas.—Como el gobierno del Príncipe Regente tiene razones para creer que usted se ha comprometido en algunos de estos procederes, piensa que es bueno advertirle de su naturaleza altamente reprensible y hacerle saber (pidiéndole lo comunique también a cualquier otro agente que usted pueda saber que se ocupa en semejante asunto) que en caso de que tales procederes continúen o se renueven, este gobierno se vería en el deber, aparte otras medidas que pudiere tomar contra los infractores, de impedir que prolonguen su residencia en el reino aquellos de dichos agentes que sean extranjeros."

El duque de San Carlos recibió copia de aquel documento y se le dieron explicaciones verbales de los motivos por los cuales había parecido prudente obrar de tal modo. El gobierno inglés quería "intimidar a los agentes mismos, en vez de embarcarse en medidas detalladas que sólo podrían servir para revelar su propia debilidad, dadas las leyes existentes". Además, y como adición a la decisión publicada por el ministerio de la Guerra, según la cual los oficiales a medio sueldo no podrían alistarse como voluntarios para América, se requeriría permiso especial del Príncipe Regente para que uno de aquéllos pudiera recibir comisión de servicio militar en países extranjeros.

Un poco más tarde, el gobierno inglés proclamó, sin embargo, en documento que no tenemos a la vista, ciertas otras medidas destinadas a impedir que de Inglaterra saliese ayuda para los patriotas. Pero —decía Castlereagh a Wellesley, con fecha 2 de diciembre— "es vano que España espere que éstas o cualesquiera otras reglas que puedan establecerse impedirán efectivamente que haya aventureros que se alisten en la causa de los insurgentes, o que éstos reciban abastecimientos". E insistía sobre la condición principal de la mediación: "Por consiguiente, es deplorable que (España) retarde manifestar por algún acto público sus propias intenciones hacia sus súbditos suramericanos. España puede estar segura de que, cualquiera que sea el resultado de la mediación el éxito de sus propias armas para

suprimir la insurrección dependerá principalmente de que las emplee para reforzar un sistema que aparezca al pueblo suramericano ya favorable ya contrario a sus propios intereses".

El 23 de enero de 1818, el duque de San Carlos denuncia de nuevo a lord Castlereagh, en comunicación también "particular", la salida de buques con armas y municiones para los insurgentes, entre otros el *Indian,* el *Britannia,* el *Emmanuel,* el *Esmerald.* El *Grace,* un momento detenido por las autoridades de Cowes, anunciaba su próxima partida. Lord Cochrane, el general Sir Robert Wilson y el coronel Gould, personas "notables", andaban en tratos con los agentes de los rebeldes "para reunirse a su causa". Existe en Londres un comité organizador de estos auxilios a los americanos, y con el cual "el exgeneral español Renovales y el sedicente almirante Brown han concertado una expedición". Esta expedición, en la cual tomarían parte antiguos oficiales españoles, franceses e ingleses a medio sueldo, llevaría cuadros para levantar hasta diez mil hombres, veinte piezas de artillería pesada, otras tantas de campaña, diez mil fusiles, cinco mil carabinas, sables, pistolas. Indicábanse los nombres de negociantes que habían ya invertido en este asunto cerca de ochenta mil libras esterlinas.

Rodríguez Villa presenta, en su obra sobre Morillo, cierto número de documentos que permiten ver cómo el duque de San Carlos no limitaba su actividad en esta materia al cruce de notas con el gobierno británico. Ora por el órgano normal de los ministros de Estado y de la Guerra, ora directamente el embajador tenía al Pacificador enterado de cuanto pasaba en Londres; y enviaba a América agentes, algunos de nacionalidad inglesa, encargados no sólo de espiar e informar, sino también de seducir a los oficiales y legionarios extranjeros, prometiendo al mismo tiempo perdón y recompensa a los tránsfugas españoles con ellos alistados. Sábese que a este último fin, el gobierno real extendió a toda América su política de indultos y, en marzo de 1818, autorizó especialmente a su ministro en Río Janeiro, conde de Casa Flores, para concederlo "a los que sinceramente arrepentidos de haber seguido el partido insurreccional, se le presenten solicitándolo". Las proclamas que dirigió Morillo a los legionarios ingleses

invitándoles a pasarse a las filas realistas formaron parte de este programa de nueva política.

Por enero, el ministro de la Guerra, general Eguía, transmitía al Pacificador informes del duque de San Carlos sobre "el carácter de los principales oficiales ingleses que se han dedicado al (servicio) de los insurgentes de América". Rodríguez Villa no insertó el anejo de este documento porque, según él, no contiene sino "noticias vagas e inciertas". Menciónase allí a los coroneles Hippisley, Skeene y Wilson, al teniente coronel Campbell y al mayor Briseoc (?). El embajador no se hacía ninguna ilusión sobre la eficacia de las medidas tomadas en Londres para impedir el aflujo de suministros a las provincias insurrectas y, el 25 de febrero, decía a Morillo, incluyéndole una lista de barcos sospechosos: "Las providencias de este gobierno para impedir los auxilios en hombres, armas y municiones que sus súbditos suministraban a los de S. M. rebeldes en ese hemisferio, son en parte eludidas, dando a los buques en que se conducen destinos aparentemente legales". Es en la misma nota donde el duque anuncia el envío de espías: "He procurado proporcionar que por medio de estas expediciones se introduzcan en los ejércitos insurgentes algunos agentes que den noticia de sus movimientos a los jefes de los de S. M. sirviéndose en los casos que lo crean necesario de la adjunta cifra y nombres supuestos". A mediados del año el duque dió a Morillo aviso directo de la misión confiada por él al capitán inglés John Robert Dundas, quien es, probablemente, el caballero que se señala poco después en Nueva Orleans, siguiendo las trazas de Renovales. Respecto a los agentes de los españoles en filas patriotas, recordaráse que más tarde se acusó de ser uno de ellos al coronel Wilson, autor de la descabellada revuelta de Apure.

En junio, el ministro de la Guerra advierte a Morillo que, según el duque de San Carlos, la anunciada expedición de Mac Gregor "tiene por objeto aumentar las fuerzas insurgentes en Venezuela y hacer levantar el bloqueo puesto por las del Rey nuestro Señor en las bocas del Orinoco". Y el 6 de julio, el embajador, refiriéndose en nota directa al Pacificador a las empresas del mismo Mac Gregor y de Renovales, Brown y Cochrane, agrega que Sir Robert Wilson

tendría también mando en estas expediciones, una de las cuales atacaría a Lima "de concierto con las tropas de San Martín y O'Higgins".

En realidad, no tomó el gobierno británico ninguna medida eficaz para impedir los auxilios que, reducidos a menores proporciones o con la denunciada amplitud, salían de sus puertos. Por octubre, en nota escrita en español a lord Bathurst, encargado interinamente del *Foreign Office,* el embajador señala todavía la partida de oficiales para Venezuela, la presencia en Londres del coronel English, agente de Bolívar, y, por último, las actividades de Mac Gregor en Escocia, donde el aventurero alista hombres para golpes análogos al de la isla Amelia.

Los agentes venezolanos habían escrito a Angostura sobre estas cartas a que se refiere Irvine en su informe de 20 de setiembre: "Cartas de los agentes de este gobierno en Londres señores Méndez y Walton informan que personas particulares han suscrito treinta mil libras para permitir al general Mac Gregor que equipe una expedición de auxilio a los patriotas de Venezuela; pero que éste se había conducido mal y sido reemplazado por un patriota español, general veterano refugiado allí y quien se debía embarcar para este país en junio o julio, en compañía del señor Palacio, que estaba antes en los Estados Unidos. Su fuerza está reducida de *cinco o seis* buques de 64 a uno solo y a un bergantín. Por consiguiente, la Gran Bretaña es ahora el gran polo de atracción".

El 24 de setiembre, por la mañana, Irvine visitó al Libertador, quien, después de explicarle por qué había respondido con retardo a su última nota, debido a que el traductor Mr. Richards no le diera a tiempo su texto, le trató de la misión venezolana en Londres: "Hablando de las noticias, el general Bolívar me dijo que, según decía Mr. Walton, agente en este momento en Londres en unión de Méndez, el duque de San Carlos había hecho a dicho Walton algunas insinuaciones respecto de una pacificación, preguntándole si como delegado sur-americano tendría poderes para tratar de ello; a lo cual Walton replicó que no los tendría sin la condición preliminar *sine qua non* de que España reconociese la independencia de Sur-América". Irvine informaba que Walton era "el compilador de la *Exposición*

y el editor del *Diario Colonial,* obra que contiene muchas observaciones groseras sobre los Estados Unidos. También escribe ensayos en el *Morning Chronicle* en favor de las pretensiones suramericanas, o mejor dicho, de la política británica".

Alguna noticia de la acción de los espías españoles adscritos especialmente al servicio de vigilancia de los extranjeros alistados en las filas patriotas vemos en la información enviada por Morillo a dicho duque de San Carlos el 11 de noviembre. Allí se trata de la suerte corrida por los coroneles Macdonald, Campbell, Hippisley, Wilson y Rooke. El espía habla también de cierto Gram, cuyo nombre debía ciertamente escribirse Graham, pero de quien el autor de la presente obra no tiene noticia alguna. Parece que era brillante oficial de infantería, alistado, sin embargo, en la flota de Brión y que terminó por reñir con éste.

Los patriotas venezolanos buscaban indiferente y simultáneamente auxilios en los dos o tres países extranjeros capaces de darlos, y aquel ecléctico oportunismo, que no tenía más límites que los del buen éxito en las gestiones realizadas, se comentaba con mayor o menor benevolencia por los observadores y agentes interesados. Forsyth señalaba, en su informe de 24 de octubre de 1818, los cambios sucesivos de lo que pudiera llamarse nuestra opinión pública en materia de política exterior. "Sería tal vez cosa difícil —decía— hacer entender a usted el cambio verificado en el sentimiento público en este país durante los últimos tres años ¡y aun durante los últimos seis meses! Mientras Bonaparte dominaba en el continente (europeo), la emigración a Venezuela fué principalmente francesa, las mercaderías francesas, los modales, costumbres y política franceses estaban en gran moda. Después que hubo paz en Europa, la atención de todos se dirigió a los Estados Unidos. La constitución, las leyes y la política americanas se comentaron con entusiasmo, y durante cierto tiempo sólo se oyeron en este país elogios hacia el gobierno y el pueblo de Norte-América. Se hablaba de éstos como de hermanos, miembros de la misma familia, y como de la única nación que disfrutase de un gobierno libre y digna de ser imitada. Fueron aún más lejos, pensando ver exacta similitud entre Bolívar y el ilustre Washington,

y por eso aquél fué llamado en canciones *el hijo favorito de América, el Washington de Venezuela*".

Pero el reclutamiento de legionarios en Inglaterra, la llegada en masa de mercaderías, armas y municiones; el establecimiento en Angostura de un número considerable de ingleses comerciantes y militares, determinó nuevo cambio en las preferencias y sentimientos de los venezolanos. El pueblo —agrega Forsyth— "está ahora en favor de las costumbres y modales ingleses, tanto como antes lo estuvo de los franceses y americanos". En el banquete popular dado el 19 de abril de 1818, con sorpresa de aquél y derogación de la costumbre, sólo fueron izadas las banderas de Venezuela y de Gran Bretaña, "dos astas de bandera en vez de tres", escamoteándose la de los Estados Unidos.

Irvine, por su parte, había notado un mes antes la preocupación del Libertador en cuanto al libre curso de las mercancías provenientes de Norte-América: "Este gobierno, es decir, el general Bolívar, pregunta: "Si el gobierno norteamericano no es enemigo, ¿por qué prohibe a nuestros barcos o a nuestros amigos que traigan abastos a su propio riesgo?" Usted conoce sobre qué bases trato de situarme en mis cartas a Bolívar; pero ése es el punto saliente". Peñalver, "digno e inteligente miembro del consejo, amigo muy íntimo de Bolívar", estaba de acuerdo con Irvine sobre la necesidad de conciliar el bloqueo, precario por lo demás y casi nominal, con los intereses de los Estados Unidos, a fin de no enajenarse las buenas voluntades que allí pudiere haber de auxiliar a los patriotas. Sería menester enviar de representante a Washington un hombre como Gual, que supiera explicar bien las cosas. Peñalver "parecía pensar que la guerra duraría todavía mucho tiempo, a menos que Venezuela recibiese ayuda del exterior".

La desconfianza que existía en nuestro país hacia los Estados Unidos no era circunstancial, y a ella se refirió todavía el sobrecargo Handy en su comunicación de 29 de setiembre de 1819 al secretario Quincy Adams: "El pueblo de Venezuela piensa generalmente que los Estados Unidos miran con ojos indiferentes su lucha por la independencia y que no ha gozado nunca de sus simpatías. Estas impre-

siones se originan en la conducta del gobierno británico, que permite alistamientos en sus territorios y el embarco de oficiales para servir aquí, mientras que los Estados Unidos no han apoyado tales procederes. Los ingleses de Venezuela, que son manifiestamente favoritos del gobierno, estimulan esos sentimientos y los propagan con actividad".

En realidad, sólo en Inglaterra podían los venezolanos hallar soldados y socorros, y allí los solicitaban. En Angostura se estaba al corriente de las circunstancias que favorecían la causa patriota en aquel país, y se trataba de explotarlas a fondo para el reclutamiento y la adquisición de material de guerra. Forsyth escribía: "La opresión del gabinete inglés ha sido sentida tan intensamente por la clase baja del pueblo, que en el último año se ha creado un espíritu de descontento y deseo de emigrar de Gran Bretaña, inexistente en aquella nación hacía mucho tiempo. Muchas gentes emigraron desde luego a Norte-América, en particular a la colonia británica del Canadá; pero sus sufrimientos en este país fueron tan grandes, que les hicieron dirigir sus miradas hacia algún otro. Los representantes del gobierno venezolano en Londres vieron tales cosas, y sacaron juiciosamente partido del estado de la opinión pública. Empleáronse hábiles agentes en atraer la atención de jóvenes emprendedores hacia esta parte de Sur-América. Se ofrecieron a los negociantes contratos tan ventajosos, si alguna vez se cumplieren, que no fué difícil encontrar capitalistas que adelantasen armas, pertrechos y todos los demás suministros de guerra, como también barcos para transportarlos a este país. Hasta donde puedo recordar en este momento, es cierto que más de quince buques han salido de Inglaterra para Venezuela, trayendo todos cargamento por cuenta de este gobierno; pero de ellos pocos han llegado: algunos se han perdido en el mar, otros han seguido a Buenos Aires y Chile, y otros han regresado a Inglaterra. Sin embargo, actualmente hay en armas de cien a doscientos ingleses, entre oficiales y soldados. Los barcos, bajo el mando del almirante Brión, tienen también oficiales ingleses y están tripulados por súbditos ingleses. Casi todos los comerciantes establecidos aquí son ingleses, y el valor

de los artículos traídos de Inglaterra por cuenta de este gobierno, y ahora en su posesión, montan más de $ 300000".

Bolívar saludó con vibrantes palabras a los primeros grupos de legionarios. "Extranjeros liberales —dijo ante el Consejo de Estado—, en octubre de 1818—, y sobre todo ingleses sedientos de una gloria benéfica, se han incorporado en nuestras tropas". Y en febrero siguiente proclamó: "¡Ciudadanos! Una legión británica, protectora de nuestra libertad, ha llegado a Venezuela a ayudarnos a quebrantar nuestras cadenas; recibidla con la veneración que inspira el heroísmo benéfico".

La verdadera legión extranjera quedó constituída cuando, en febrero de 1819, arribaron a Margarita 1200 hombres con English y el coronel Juan Uslar, quien había reclutado alemanes en Hamburgo, y cuando, en agosto siguiente, desembarcaron también en dicha isla 2500 irlandeses enviados por d'Evereux, que fueron organizados en tres batallones, al mando de O'Connor, Aylmer y Burke.

Morillo, por su lado, apreció inmediatamente en toda su gravedad la aportación que llevaban a la causa de los insurgentes aquellos nuevos enemigos de España, y escribió en mayo del citado año de 1819: "El ejército de Bolívar se compone por la mayor parte de soldados ingleses; la Guayana se guarnece por ingleses; a la Margarita han llegado más de 1500 individuos de la misma nación, y los buques de guerra y numerosos parques de todas armas, las municiones, los vestuarios, los víveres, todos los elementos para hacerla y sostener la independencia, han salido de los puertos del Rey de la Gran Bretaña. Nosotros peleamos ya contra estos nuevos aventureros".

XXIII

RESUELTO A OPONER LA FUERZA A LA FUERZA

El general Bermúdez usó de la autorización que le daba el Libertador para trasladarse de nuevo a las provincias orientales, donde debía, por una parte, unificar si posible, bajo su mando, los esfuerzos de las partidas patriotas, y, por otra, iniciar nuevas operaciones contra Cumaná, o, en todo caso, provocar allí una diversión que impidiese a los realistas de aquellas regiones operar por los llanos guariqueños, mientras Bolívar remontaba hacia Caracas. Como Bermúdez se quejase del "estado miserable" en que se hallaba, "sin armas ni municiones, sin tropas y sin marina", pues todo se lo llevara el Libertador para su campaña, éste respondió que no había tenido otro modo de proceder y que el general debía organizar "una fuerte división" para atender a la pacificación de Cumaná y a la seguridad de Guayana. Difícil cometido. Aparte los obstáculos formidables que veremos subsistir ante los planes de Bermúdez, la penuria de la tesorería de guerra era tal, que en cierto momento el capitán Estévez había debido contribuir con cien pesos de su peculio para "ayudar a vestir" la tropa, que estaba "desnuda".

Bermúdez se estableció en Maturín, donde mandaba el general Rojas, cuya actitud favorable a los planes de Bolívar y contraria a Mariño es conocida. Rojas escribió a Montes el 16 de febrero, ensayando atraerle, o intimidarle, con el anuncio de que Bermúdez volvía

con nuevas órdenes del Libertador para encargarse del mando de todas las tropas patriotas que había en la provincia. Pero Montes reunió una junta de oficiales, y todos resolvieron no reconocer tal jefatura de Bermúdez. Mariano de Briceño afirma que aquella junta obraba de acuerdo con los jefes margariteños, que auxiliaban en aquellos momentos a Mariño a fin de que pudiese atender al llamamiento que le hacía el coronel Isava de volver al Continente. Exacta o no la afirmación así presentada, parece cierto que la ejecución de Piar y las demás medidas de intimidación tomadas hasta entonces por Bolívar no habían producido en los jefes orientales el efecto decisivo que los historiadores se complacen en atribuirles, en el sentido de terminar divergencias y concluir con la anarquía. Seis meses después de aquel fusilamiento y de las órdenes para aprehender a Mariño, el fuego ardía aún, y advertíase un peligro sin cesar renaciente en aquellas regiones desgarradas entre la constante amenaza de los realistas y la indómita rebeldía de los caudillos patriotas. Y no era, en modo alguno, el general Bermúdez el personaje más adecuado para apaciguar ánimos, conciliar ambiciones y disipar temores. En cuanto a Mariño, protagonista del drama oriental, le hemos dejado encastillado irrevocablemente en su resolución de volver a ser comandante de un ejército, que le permitiese capitular con Bolívar y no entregarse a éste de manos atadas, y apartar al propio tiempo aquel mando en jefe que se pretendía dar a Bermúdez, su antiguo subordinado, cuyas órdenes no aceptaría nunca.

Los oficiales, según dice la carta de Montes a Rojas, recuerdan la escena en la cual Bermúdez, antes de salir de Cumanacoa para Guayana, "juró pidiendo a Dios que se dirigiera contra su pecho la primera bala si él volviera jamás a mandar" aquellas tropas. "Respirando venganza en todas sus expresiones", el general había condenado a la devastación "estos feraces y apreciables territorios" por la orden que diera de evacuarlos. Los oficiales creen que se les trata con desprecio, que nada se les comunica, que se guarda con ellos "un silencio suspicaz", aun sobre "los movimientos de nuestras huestes hacia Occidente". Bermúdez "disemina la discordia". Rojas es cómplice de "la mala fe de que nos precavemos". Hay intereses mezquinos con

trarios a los soldados que se baten. No existe "la seguridad individual, defendida a costa de tanta sangre nuestra". Y para terminar, esta frase llena de sentido: "Sólo aquí se ve vulnerado (el derecho a la dicha seguridad), proscribiendo y estimando en el vil interés de sus cuatro reales la vida de unos hombres que a cada paso la exponen". ¿No se creería escuchar allí el eco de aquellas preocupaciones contra las "cuatro familias" cumanesas de que hablaban en 1812 los oficiales de caballería al protestar contra el nombramiento del coronel Vicente de Sucre para comandante general?

Es Bermúdez quien contesta, indignado, a la representación dirigida a Rojas por los oficiales de la división "amotinada". Éstos han acompañado actas y "copias suplantadas" en Cumanacoa de cartas atribuídas a Mariño, Arismendi, Gómez y Maneiro, y que, por lo demás, circulan en los pueblos que se trata de seducir. Bermúdez supone que todo ello es una farsa, y ha escrito a aquéllos denunciándola, "a fin de que se pongan a cubierto de los males que les sobrevendrían" en el caso improbable de que dichos jefes, "llenos de obediencia y de honor", albergaren "sentimientos deshonestos". Y el general amenaza con su cólera: "Si Usía, asociado con los facciosos Isava, Villegas, Prado, Maza y España, ha tratado de desobedecer a la primera autoridad, creyéndola distante de estos países con las respetables fuerzas que componen su ejército y la sostienen, viva persuadido que yo existo aun en ellos con mil hombres bien vestidos, armados y municionados, para volar sobre ese pueblo". Que el coronel Montes obedezca, que arregle y prepare las tropas para presentarlas a Bermúdez, quien sale para Cumanacoa, y que amarre los criminales, si es que "no quiere confundirse con ellos" y se comporta según lo dicta el honor de su empleo.

Mas hay distancia de la copa a los labios, y no bastan las bravatas del héroe para hacer entrar en razón a los "amotinados". Entretanto, al anuncio del próximo regreso de Mariño y a la voz de Montes, acentuábase en las tropas de Bermúdez y Rojas la deserción que había empezado desde enero, cuando el primero marchaba a Guayana. Era el reflujo del movimiento que meses antes había aumentado con desertores del campo de Mariño el cuerpo de Bermúdez.

Porque se trataba de hombres de la región de Cumanacoa, quienes sólo seguían a Montes y se iban donde estuviese.

A principios de marzo, el general Mariño desembarcó en La Esmeralda, y, recibido con entusiasmo por sus fieles oficiales, fué a tomar en Cumanacoa el mando de las tropas. Venía, como hemos dicho, resuelto a reemprender su campaña libertadora contra los realistas, de acuerdo, si posible, con Bermúdez y Rojas, pero resuelto también a defenderse de éstos si el primero insistía en el absurdo propósito de imponerle su mando y preeminencia. Los partes oficiales españoles de Oriente señalaron al capitán general la grande importancia de este acontecimiento.

Con su actividad ordinaria, abrió Mariño operaciones, y el 6 del citado mes atacó a Cariaco, a la cabeza de 400 soldados, de infantería en su mayor parte. Según la comunicación oficial que dió Morillo al ministro de la Guerra con fecha 10 de abril siguiente el jefe de la guarnición realista, capitán José María de Torres, se encerró en una casa fuerte con su gente, y se defendió hasta la madrugada del día 7, escapando entonces con estratagema y dejando allí a un sargento con veinte hombres, los cuales también lograron salir poco después y se dirigieron a Carúpano a través de las avanzadas patriotas. Cuando el gobernador de Cumaná, brigadier Cires, tuvo conocimiento del ataque de Mariño, sin saber todavía de la suerte de la guarnición, y aunque sus propias fuerzas estaban muy débiles a causa del gran número de enfermos, dispuso enviar al capitán Fuentes a Chiguana por mar, con cien soldados, escoltados por la lancha y el bote armados de la corbeta *Descubierta.* "El objeto del enemigo —continúa diciendo Morillo— era establecer una segura comunicación con la isla de Margarita, recibir un refuerzo de tropas que habían pedido a esta isla y al general rebelde Mariño, para emprender nuevas operaciones sobre Carúpano y Costa de Güiria. Aquello se confirmó, pues habiendo el comandante de Carúpano pedido al de la fuerza sutil, don José Guerrero, que se hallaba allí por no haber podido remontar a Güiria, que era su destino, enviase algunos buques a La Esmeralda para impedir que por este punto recibiesen los de Cariaco el auxilio que esperaban de la isla de Margarita, convinieron en que saliesen

dos botes y el falucho *Resurrección,* todos armados; mas habiendo rendido éste el palo, volvió a puerto y fué reemplazado por la balandra *Invencible.* El bizarro comandante de ésta, D. José de Ochoa, que al llegar a La Esmeralda supo que los buques de los rebeldes se hallaban en El Manzanillo, se dirigió hacia ellos, atracando a la costa; pero por efecto de una inopinada calma, fué atacado de dos flecheras enemigas, en el caso de no poder usar de toda su fuerza ni de las cualidades del buque, y apresado y muerto tan digno sujeto con toda su tripulación. El comandante de Carúpano comunicó estas noticias al de la costa de Güiria y habiéndolo sabido el coronel D. Francisco Jiménez, se embarcó inmediatamente dirigiéndose a Yaguaraparo, y adoptando las acertadas y valerosas medidas que demuestran las adjuntas copias de sus partes, tomó a Cariaco causándole pérdida extraordinaria al enemigo y absoluta destrucción de todos sus planes".

No perdió tiempo, en efecto, Jiménez, a quien no escapaba el peligro que le traía la vuelta de Mariño y con ella el inmediato renacimiento de la fuerza patriota. Tomó por tanto rápidamente la ofensiva el enérgico jefe, por tierra y por mar con la eficaz cooperación de la flotilla y, de Carúpano, lanzó su vanguardia, bajo el comandante Armas, contra la plaza de Cariaco, donde él mismo acudió muy luego con el resto de su división. Ya se ha notado que las tropas realistas de Oriente, al mando de oficiales de primer orden como Jiménez y Arana, habían adquirido un grado notable de cohesión y disciplina, y como, además, iban bien armadas, eran muy superiores a las nuevas formaciones que podía oponerles Mariño, quien sin duda disponía de veteranos, pero cuyas unidades tácticas dejaban harto que desear.

Sangriento y prolongado fué el combate que el 12 ó 14 de marzo se dieron, en el propio pueblo de Cariaco, Mariño y Jiménez, con resultado adverso para el primero, quien debió retirarse maltrecho a Cumanacoa, dejando en el campo, según el parte realista, cien muertos, entre ellos dos coroneles, y trescientos heridos, más trece mil cartuchos, cien fusiles y un tambor. Mas peor hubiéronla los realistas, pues Jiménez, herido, fué a morir en Cumaná. "Desgracia

irreparable", escribió el Pacificador, fué la pérdida de aquel "valiente coronel", quien "contaba muchas cicatrices en el servicio de Su Majestad". También en sus *Memorias* comenta la acción Morillo, después de describir sus campañas del Guárico, de Apure y de los Valles de Caracas: "No he hablado todavía —dice— de los sucesos que tuvieron lugar en la parte de Costa Firme cuyas playas defendían las tropas del coronel Jiménez. No pasó allí nada interesante hasta el fin de la campaña en que, el 14 de marzo, este bravo oficial tuvo un encuentro con los rebeldes en Cariaco. La victoria nos costó caro; pues el coronel Jiménez, ya cubierto de honorables cicatrices, recibió en esta jornada varias heridas que causaron pronto su muerte".

No se desbarataron, sin embargo, "todos los planes" de Mariño por haber sufrido un revés en Cariaco, como afirma el parte español, pues, antes al contrario, vémosle lograr perfectamente el desembarco de su expedición y de los refuerzos margariteños y reunir rápidamente cerca de 1000 soldados en aquella para el enemigo temible región de Cumanacoa que fué, con Maturín, baluarte invencible de la patria. Ni deja de ser gratuita la hipótesis de Baralt, según la cual de no haber muerto Jiménez habría obligado a Mariño "a reembarcarse a toda prisa". Las tropas realistas perdieron un jefe notable pero no quedaron sin jefe, y las operaciones continuaron con buen éxito para el general patriota. Es igualmente inexacta la mención que hace Yanes de estos sucesos, porque incurre en anacronismos y, confundiendo la derrota de marzo con la sufrida muchos meses más tarde en el mismo Cariaco por la vanguardia de Mariño al mando de Montes, hace preceder la primera por la "reconciliación" de Mariño y Bermúdez y el establecimiento del segundo en el campo de La Madera. Además, Yanes dice que el combate que costó la vida a Jiménez se dió en Carúpano.

El Libertador, en plena campaña del Alto Guárico, contaba con la cooperación de Bermúdez por el Tuy, y no parecía apreciar debidamente la situación del Oriente. De Angostura y el 18 de abril, Soublette le informaba de la imposibilidad de aquella operación: "Conferencié muy detenidamente con el referido general Bermúdez (en Guayana la Vieja) acerca de las operaciones que Vuestra Exce-

lencia quería se ejecutasen sobre las costas de Caracas, y este general, después de haberme manifestado sus deseos de cooperar a las operaciones en general, me expuso extensamente los obstáculos que se presentaban para ejecutar el movimiento inmediatamente. Desunida la expedición inglesa, como Vuestra Excelencia debe saberlo por las comunicaciones del Consejo de Gobierno, no hay la fuerza ni los elementos de guerra con que se contaba y eran indispensables para la ejecución del proyecto; ausente el almirante con el objeto de reunir otra vez la expedición tanto en hombres como en efectos militares, y la escuadra en el mar, no hay tampoco los buques necesarios para el transporte de las fuerzas..." Pero otra circunstancia grave había venido a juntarse a aquéllas, ya decisivas, para impedir toda participación de tropas orientales en la campaña contra Caracas e inmovilizar a Bermúdez: "la aparición del general Mariño a la cabeza de las tropas de Cumanacoa", que —continúa Soublette— "llama imperiosamente la atención del general Bermúdez y de sus fuerzas a aquella provincia, para contener en su origen la guerra civil, que empieza de nuevo a amenazar".

A raíz de su entrevista con Soublette, repasó Bermúdez el Orinoco con unos pocos soldados y se dispuso a organizar algunas fuerzas que le permitiesen operar contra Cumaná, en su carácter de comandante general que le había conferido el Libertador. En Maturín, según vemos en comunicación de su jefe de estado mayor coronel Sucre al general Soublette, fecha 1.° de mayo, expidió órdenes a diversos pueblos y ordenó reunir la caballería bajo el coronel Infante. Como cuestión previa de indispensable resolución necesitaba arreglar la diferencia con Mariño, y al efecto diputó cerca de éste a su edecán capitán Muñoz, "anunciándole su venida", y envió al propio tiempo "varias órdenes" a Montes, jefe que, como se sabe, era el que mandaba en Cumanacoa a su partida para Guayana. En el cuartel general de Bermúdez se tenían "avisos bastante fundados" de que Mariño con aquellas tropas "pondrá algunos embarazos a nuestra entrada, que deberán desvanecerse o destruirse". Como de las cartas y misión que llevaba Muñoz aparecía que Bermúdez solicitaba el reconocimiento de su autoridad militar y Mariño estaba decidido a no allanarse a

ello, despertóse la querella entre ambos generales, quienes cambiaron de nuevo cargos y amenazas, apercibiéndose al combate. Mariño, decíase, desde luego, pronto a cooperar para la liberación de Cumaná del poder realista, pues "nada puede serme más agradable que esta noticia (la de la intención de Bermúdez), porque nada me interesa más que la posesión de un país que por tantos títulos es apreciable a mi corazón". Pero al propio tiempo debía, y así lo escribe en su carta de 30 de abril, exponer con "claridad" y con "la ingenuidad de mi carácter", cómo ve la situación. Él ha tenido "poderosos motivos" que podrán publicarse a su debido tiempo, para volver de Margarita y asumir el mando de la división de Cumanacoa. Por el momento no insiste en "recuerdos demasiado dolorosos a la patria". La posición de las tropas y la suya propia se deducen de las siguientes palabras, que no podían ser gratas a Bermúdez: "A mi llegada aquí, los presentes y los que se habían escondido de la anunciada presencia de Usía se reunieron a mí y pude organizar una división de 800 a 1.000 hombres. Con todo mi corazón la pondría a la disposición de Usía y le cedería un mando que me es tan pesado como desagradable si los intereses públicos y los míos personales no estuviesen en oposición con este paso. Tenga Usía la bondad de oírme: Si estas fuerzas llegasen a entender que yo me separaba de ellas y entraban bajo el mando de Usía, una total disolución sería el menor mal que sobrevendría, y los que ahora se prestan al servicio de la República serían entonces sin duda sus más implacables enemigos. ¡Ah, señor general!, permítame Usía la franqueza de decirle que no es concebible hasta qué punto llegan la desconfianza y el odio que ellas tienen al nombre, persona y dominación de Usía. Si Usía mismo lo concibiese como es en sí, su corazón recibiría la herida más penetrante". Luego viene el párrafo que explica y justifica, con la desconfianza de Mariño, toda su actitud en aquella época: "¿Y mi persona? ¿Acaso se me oculta que mi existencia no estaría segura un momento después de haber pasado el mando de las mías a otras manos? Conozco, señor general, el país y las circunstancias presentes y sé que se ponen y quieren poner en ejecución tramas dolosas, absolutamente opuestas a la buena fe y a las virtudes que debían formar el carácter de un

venezolano". Así, pues: hay que abandonar una vez por todas el propósito de que Mariño deje su mando, reconozca el de su antiguo subalterno y se entregue al arbitrio de Bolívar.

Pero, al mismo tiempo, el héroe no rehusa entenderse con Bermúdez y le propone una especie de compromiso, un método de cooperación contra los enemigos de la patria que deje a salvo la posición mutua y ponga fin a aquella perniciosa disputa. "Ya he dicho a Usía —continúa— que el mando que ejerzo me es pesado y desagradable. Yo espero que Usía no me hará la injusticia de figurarse otra cosa. Propondré a Usía el medio que encuentro más a propósito para desterrar este odio y desconfianza de que se encuentran poseídos todos los corazones, y para que Usía se reconcilie con sus paisanos: venga Usía a esta plaza como debe venir y únase conmigo de buena fe y Usía verá en pocos días restablecida su opinión. Yo doy a Usía mi palabra de honor de interponer todo mi influjo para ello". ¿Era esto una invitación a Bermúdez para que, a su vez, renunciase a su comandancia y reconociese la de Mariño, en dos palabras, para que abandonase "el partido" del Libertador? Es posible, pero no seguro. Los suspicaces, sin embargo, podrían suponerlo. En todo caso, se trata de una tentativa plausible de arreglo y Mariño demuestra su buena fe al proponer que se le envíe como parlamentario al oficial mejor calificado para juzgar de la pureza de sus intenciones: "Señor general: yo me intereso por la posesión de este país tanto como el que más; y por lo tanto no puedo menos de decir a Usía que estas razones son justas, útiles y necesarias. Si Usía las encontrase tales, nombre Usía al señor coronel Sucre, u otro jefe de su confianza, quien oirá de mi boca la sinceridad de mis sentimientos y las hará presentes a Usía". He allí, claramente expresado, el deseo de tratar de acordarse, de cooperar, y Mariño espera que se acoja su invitación y no se le fuerce a otra cosa, pues si Bermúdez "no se convenciese de esta ingenuidad con que le hablo y diese el menor paso adelante capaz de excitar con él la indignación de estos ciudadanos", Mariño está resuelto "a oponer la fuerza a la fuerza" y la división arrostrará "la muerte antes que dejarse insultar impunemente". Tal es —concluye la carta— la

"útil advertencia" y "la expresión más ingenua del corazón de un hombre que ama a su país, pero que nunca olvida su decoro".

Accedió Bermúdez a la sugestión de Mariño y el 4 de mayo, de Guanaguana, envió ante él al coronel Sucre. Según dice éste en nueva comunicación del 11 a Soublette, Mariño proponía, con Muñoz, "tomar medios para obrar contra el enemigo de acuerdo con esta división", es decir, que, aparte su negativa a reconocer la jefatura de Bermúdez, se mostraba dispuesto a cooperar en las operaciones del comandante general. Sucre, "autorizado para transar las dificultades que hubiere a su paso (de Bermúdez) a Cumaná, que era su objeto", fué recibido en el campamento de Mariño, a dos leguas del citado pueblo. "Para contestarme —continúa— convocó una junta de guerra, en la cual aunque él manifestó buena fe y obediencia al gobierno, los jefes que la componían indicaron ideas faccionarias a que respondí con el carácter de mi comisión y las hice presentes al señor general. Se concluyó la junta, habiendo convenido que el señor general Mariño marchase a ocupar a Cariaco, y dirigiese sus operaciones hacia la costa por donde esperaría las órdenes que de Su Excelencia el Jefe Supremo le transmitiese el señor comandante general, y que éste con la división se moviese sobre Cumaná, y entretanto se diese parte al gobierno para sus deliberaciones. El señor general Mariño me propuso privadamente que él quería con las tropas hacer una tentativa por la costa de Curiepe, si el señor comandante general le prestaba los auxilios con que verificarlo y me instó para que los adquiriese: el señor comandante general desea aceptar su proposición; pero duda, porque teme, entre muchas cosas, la resistencia de dichas tropas a salir de este país, y la verdad de la solicitud". He allí, pues, una vez más, aclarada la actitud de Mariño: reconoce la autoridad del Libertador como Jefe Supremo del gobierno y espera sus órdenes para cumplirlas, pero con dos condiciones, a saber: que no se le prive de su ejército y que no se le ponga bajo el mando de Bermúdez. Por lo demás, quiere continuar la guerra contra los realistas, en cooperación con éste y, cosa curiosa, ofrece ir a guerrear en Occidente.

Pero aquel "convenio" entre Mariño y Sucre no fué aceptado por Bermúdez, a juzgar por la violenta polémica que se reanudó entre

los dos generales. La correspondencia de Sucre prueba que existía modo de arreglar las cosas sobre las bases indicadas y en espera de que el Libertador se diese cuenta de la verdadera situación y tomara medidas distintas de las que hasta entonces habían merecido sus preferencias.

Mariño marchó contra Cariaco, que parece tomó el 10, pero que hubo de evacuar en seguida, según resulta de lo que más adelante veremos. Bermúdez ocupó a Cumanacoa y se propuso estrechar a Cumaná, o, al menos, darse cuenta cuenta exacta del estado de la plaza, cuya guarnición, reducida, sufría de escasez de víveres y no tenía esperanzas de adquirirlos pronto en las islas inglesas. Disponía el comandante general de los batallones *Valeroso* y *Restaurador,* de *Dragones* y de alguna otra caballería, más dos piezas de artillería. Para completar su tren de sitio pidió a Arismendi, a Margarita, que le enviase algunos cañones, cosa que se esperaba no rehusaría.

En la correspondencia de Mariño se había incluído una carta interceptada a oficiales españoles, fecha 7 de mayo, en la cual se hablaba de "una gran batalla" perdida por los patriotas en Occidente, con muerte de un general, varios coroneles y muchos oficiales y tropa, razón por la cual en Cumaná había habido salvas y otras manifestaciones de regocijo. Esta noticia no se compadecía, según Sucre, con la de haber entrado en el puerto de Cumaná un buque realista "con mucha emigración de La Guaira". Ambas cosas, sin embargo, correspondían a los sucesos que se desarrollaban en el Alto Guárico y al pánico que determinara en Caracas el avance del Libertador hasta Las Cocuizas, que hemos señalado atrás. Es posible que la derrota patriota a que se referían los españoles fuese la del Semén.

A la llegada de Bermúdez a Cumanacoa personas interesadas sin ninguna duda en atizar el fuego y agriar la rivalidad entre ambos generales, le comunicaron historias y noticias nada propias para tener en calma al irascible cumanés, quien se apresuró a enviar nueva carta a Mariño haciéndole cargos extravagantes y reclamando de nuevo de él obediencia y sumisión. Es dudoso que Sucre haya visto y aprobado esta nueva misiva que venía a echar por tierra todo el fruto de su laboriosa diplomacia. Por otra parte, importa, al juzgar estos y otros

documentos publicados por los realistas en Caracas, tener en cuenta posibles alteraciones del texto y de las fechas. Sea lo que fuere, el 10 de mayo Bermúdez reprocha agriamente a Mariño que haya arengado a los soldados al salir de Cumanacoa y manifestádoles que el comandante general se proponía embarcarse con sus tropas y con cuantas pudiese reunir para la costa de Curiepe. Bermúdez recuerda que, al contrario, ha sido Mariño quien se había mostrado dispuesto, siempre que se obtuviesen de Arismendi trescientos fusiles, a ir "a prestar este servicio a la República con los cuerpos que le acompañaban para proporcionar más fácilmente la toma de Caracas y acordarse con el general Bolívar" y que Sucre "le puso el inconveniente de la resistencia de estas tropas a embarcarse y Vuestra Excelencia le contestó que estaba seguro de que lo acompañaban al punto que quisiese". De la simple lectura de los textos aparece el *quid pro quo* y cómo el colérico Bermúdez se condujo con su acostumbrada ligereza. Muy probablemente lo que Mariño dijo a sus soldados, si algo les dijo, fué que él, Mariño, se embarcaría para Curiepe y, para animarlos, agregó que Bermúdez y Arismendi le darían auxilios, dando por sentado que ninguno de éstos los rehusaría. Por lo demás, la sugestión hecha por Mariño al coronel Sucre sobre expedición a Barlovento demostrará que aquél no se negaba a colaborar en la campaña de Caracas, a pesar de que como se ha visto no compartía el criterio estratégico del Libertador, y que trataba de resolver su conflicto con Bermúdez alejándose de Oriente.

Pero como, además, Sucre no dejaría de instruir a su jefe acerca de los sentimientos que se habían revelado en la junta de guerra reunida por Mariño, Bermúdez se excedió hasta hacer a éste cargos inverosímiles como el de haber dado orden a sus tropas de destruir las sementeras y de saquear a Cumanacoa, pueblo heroico y desgraciado que había sido varias veces saqueado por ambos bandos y por último destruído de orden de Morillo. También resulta allí el cargo de violación de una joven ejecutada por seis soldados de la famosa guardia de Mariño que, a decir verdad y como queda dicho, no parece haber brillado por su disciplina. De todo esto ha "dado aviso" Bermúdez a Arismendi para que no auxilie a Mariño, "para que se

desengañe que no es bajo la obediencia del gobierno que obran esas tropas y que sólo un espíritu de facción las conduce, no a proporcionar la libertad de los pueblos y sí a confundirlos en todo género de males".

Otro cargo grave, y en apariencia infundado en cuanto se refiere personalmente a Mariño, que formula Bermúdez concierne "las demostraciones de júbilo con que se celebran por Vuestra Excelencia y los jefes de esos cuerpos las noticias funestas de estar batidos nuestros ejércitos y herido en ambas piernas el señor general Bolívar", demostraciones de las cuales el comandante general deduce que Mariño, lejos de querer prestar obediencia al Libertador, "le trata como enemigo". Cuanto conocemos del carácter de Mariño permite dudar que hiciera tales manifestaciones indecentes que, por lo demás, habrían venido a ser como la contrapartida de la satisfacción que se observó en Angostura cuando allí se supo la derrota de su tropa en Güiria. Pero es indudable que la división, sobre todo los soldados del coronel Montes, estaban alzados contra cualquier jefe que no fuese Mariño, y especialmente contra Bermúdez. Quejábase éste de que se tolerase que "cuatro oficiales le titulasen el Robespierre de la América y pidiesen su cabeza". Pero, en realidad, aquellas diatribas y truculencias habían estallado a principios del año, cuando ya Mariño estaba en Margarita y Bermúdez intimó a los oficiales que reconociesen su propia jefatura. Todos rehusaron hacerlo, desde el coronel Isava hasta el último subteniente, mostrándose, como ya se sabe, adictos a Mariño y protestando contra la "tiranía" de Bermúdez. También rehusaron admitir al general Rojas. Briceño cita las respuestas dadas por dichos oficiales en aquella especie de encuesta o plebiscito: el capitán Maestre dijo: "si vienen de guapos, nosotros también lo somos"; el capitán Virenes llamó a Bermúdez incendiario y tirano; el capitán López dijo que era necesario batir a Bermúdez y a Rojas "primero que a los españoles"; el teniente Millán respondió que no reconocería otro jefe sino Mariño; el subteniente Durán declaró: "que después que el general Mariño esté aquí, que venga quien quiera"; el subteniente Betancourt, por último, dijo: "que se pelee con los de Guayana si vienen con el general Bermúdez". En

tales hombres decididos se apoyaba Mariño y el comandante general daba prueba al menos de ingenuidad al suponer que aquél se desprendiese de ellos y que ellos pasasen a su obediencia. Otra vez, sin embargo, así lo exige, como condición para "olvidarse de lo pasado", y, en caso contrario, amenaza con ordenar a todos los pueblos de la provincia "para que ningún auxilio presten" a Mariño, a quien demostrará que aquéllos "hacen de fuerza o de grado cuanto les mando".

Dos días antes de tal carta (si las fechas que poseemos son exactas) Bermúdez había enviado a Mariño una "nota oficial" y a ésta responde el general el 12, de Aguablanca, lugar que suponemos próximo a Cariaco. También la nota debía contener amenazas y vituperios, que Mariño devuelve a su adversario, en lenguaje digno y un tanto patético. Desde luego, discútese la cuestión del mando de la provincia, sobre el cual Mariño hace una declaración inesperada: "Si Usía ha venido a esta provincia nombrado por el Jefe Supremo para ponerse a la cabeza de su gobierno y de sus tropas, yo he venido con la misma representación documentada por aquél y le juro a Usía, por mi honor, que cuando se me brindó este empleo estaba muy lejos de solicitarlo. El señor coronel Armario, comisionado de Su Excelencia es testigo ocular de esta verdad". Estas palabras desvelan el misterio de la misión de Armario a Güiria, que hemos dejado impenetrable en páginas anteriores: cuando el Libertador emprendió sus maniobras políticas para aislar a Piar y atraer a Mariño envió a éste, con Armario, el despacho de gobernador y comandante general de Cumaná, despacho de que Mariño parece no haber hecho uso hasta este momento en que lo invoca expresamente para oponerlo al de Bermúdez. Que tal nombramiento existió pruébalo el parte de Cires a Morillo, cuando al hablarle de la derrota de Bermúdez en La Madera, de que pronto trataremos, y aludiendo al descalabro infligido por Jiménez a Mariño, agrega esta frase decisiva: "Ya se tomó en Cariaco a Mariño igual despacho de gobernador y comandante general de esta provincia que además tuvo otros aspirantes". Por desgracia, el Libertador no persistió en aquella vía de conciliación y, como hemos visto, resolvió nombrar a Bermúdez y plantarle frente

a Mariño, dando órdenes, por lo demás, de aprehender a éste con intenciones de enjuiciarle y quizá de fusilarle. Mariño, sin embargo, que no ha vuelto a hablar de su calidad de presidente del Estado de Cumaná, que le otorgara una asamblea popular, apela ahora a la autoridad que tiene de Bolívar. "A mi llegada aquí —dice a Bermúdez— encontré la noticia de que Usía había circulado órdenes para que a mí y a las tropas se nos tratase como enemigos. Confieso que vi tales órdenes del modo que se merecían, aunque en tales circunstancias era necesario adoptar el partido más prudente. Yo he hecho alto y he impuesto de ellos al Jefe Supremo, también del modo que debo a mi decoro". Véase, una vez más, cómo, a pesar de cuanto ha querido hacer creer la mayoría de los historiadores, Mariño no rompió nunca su contacto oficial con el Libertador y no cesó de ocurrir a su arbitraje. Sólo que —repitámoslo— el héroe no creía que su republicanismo y desinterés patriótico debían llegar hasta hacerle someterse al mando de un antiguo subalterno inferior en grado, o de ninguno de los otros jefes quienes, fuera de Bolívar, no tenían títulos mejores que los suyos propios. Contra aquella orgullosa actitud se gastaron la voluntad y el capricho del Libertador.

Lo que piensa de Bermúdez y de su acción, dícelo Mariño sin reticencia, y por sus palabras puede juzgarse cuán arbitrario o absurdo es, como lo hemos repetido, el prurito de ciertos escritores, muchos de ellos notables, de hablar de la "protección" que el primero dispensó al segundo y de la "clemencia" de Bolívar hacia éste. Ni una ni otra existieron. Fué aquella una prueba de astucia y de fuerza que no podía terminar sino en la forma que veremos. "Yo no he creído de mi deber y de mi honor ponerme en comunicación franca con un jefe que como Usía señala mi llegada aquí con una proscripción tan indigna y vergonzosa a los hijos de Venezuela, como degradante a la patria; con una proscripción que hace públicas las miras y las personas que la han dictado y la quieren ver ejecutada. Declarar la guerra fratricida en las críticas circunstancias en que se halla nuestra república, cuando las grandes potencias de Europa se unen para destruirla, es un acto tan escandaloso, o más bien tan propio del carácter de Usía, que me avergüenzo aún de recordarlo. De modo alguno me

intimidan las amenazas de Usía, para las cuales sólo le considero un material instrumento. Peligros tan grandes como a los que Usía puede conducirme me han rodeado muchas veces. Prefiero la muerte a derramar la sangre de mis hermanos; pero le juro a Usía que estoy resuelto a no separarme de aquí, y que ningún poder humano podrá obligarme a otra cosa". Nótese desde luego la alusión que hace Mariño a las conferencias de Aquisgrán, lo que demuestra cómo el general estaba al tanto de la política europea y la seguía con cuidado desde sus precarios campamentos. Sobre este tema volveremos más adelante. Ahora recojamos el terrible reproche que nos indica el grado de penuria a que había llegado entonces el ejército patriota que obedecía a Mariño y cómo era urgente terminar la desgraciada querella si no se quería llevarlos a todos a la catástrofe, para beneficio del realista: "Ni entre los bárbaros se niega la comida a sus semejantes. Siete de mis compañeros de armas han muerto ya de hambre y de miseria, y todos los demás estamos resueltos a correr la misma suerte por complacer a Usía y a recibir este premio por nuestros servicios a la República y al engrandecimiento de ciertas personas". Aquí, la alusión es clara y por encima de Bermúdez llega hasta el Libertador. Y, sin embargo, Mariño escribe a éste directamente y le da cuenta oficial de sus operaciones como a Jefe Supremo de la República.

En efecto, pocos días después, el 22 exactamente, Montes batió a los realistas en Catuaro, y el 24 Mariño lo comunica a Bolívar. El general había acampado en el pueblo de Santa Cruz, a medio camino entre Cariaco y Caripe, con el batallón *Colombia,* parte del *Independiente,* parte del *Cazadores* y una compañía de *Dragones,* y enviado a Montes con 300 fusileros y 40 dragones a San Bonifacio para que estableciese contacto con una columna de 200 cazadores que, por Río Seco, marchaba hacia el cuartel general. Los españoles aprovecharon el momento y asaltaron el destacamento de veinte hombres que había quedado en Catuaro. Montes acudió y recuperó este pueblo. "Las fuerzas enemigas que ocupaban a Güiria y Carúpano, en número de 400 hombres —dice Mariño al Libertador—, acababan de llegar a Cariaco con el designio de tomar por la espalda al general

Bermúdez que se halla inmediato a Cumaná; pero se resolvieron a batirme antes. En efecto, entraron en Catuaro a las nueve de hoy derrotando al destacamento que allí teníamos. El coronel Montes que había adquirido indicios en San Bonifacio de la llegada a Cariaco de las tropas enemigas, contramarchó con celeridad. A las diez ya estaba la división del coronel Montes disputándole al enemigo la victoria, y a la media hora coronó ésta de laureles a nuestros valientes soldados, dejando los tiranos el campo bañado de sangre y sembrado de cadáveres. Se persiguen aún sus reliquias dispersas y se recogen armas por todas partes". De toda evidencia, Mariño hace espumar la escaramuza, para demostrar a Bolívar que ha empezado de nuevo a vencer a los realistas y que será necesario contar con su ejército. "Las tropas de mi mando —comienza— han añadido esta mañana una nueva victoria al brillo de sus armas", y, para terminar, "recomienda" al Libertador el valor de algunos de sus oficiales, sobre todo de Montes y de Prada, quienes, como sabemos, se cuentan entre los más devotos a su propia persona.

Acerca de la victoria de Montes Lecuna presenta el siguiente comentario, que el lector comparará con los que lógicamente se deducen de la posición de las tropas, de la comunicación del propio Mariño al Libertador y del boletín oficial publicado por éste en Angostura el 16 de junio y que citaremos más tarde: "Entretanto Mariño —escribe el historiador— con una fuerza igual a la de su antiguo teniente, en lugar de aproximarse a Cumaná a sostenerlo, se fué al sur de Santa Cruz, mientras el coronel Lorenzo, con la guarnición de Güiria, marchaba de este a oeste a socorrer a Cumaná. El español creyó fácil batir a Mariño y al efecto atacó su vanguardia establecida en Catuaro, mas le cayó por la espalda el coronel Montes, avanzado con otro objeto el día anterior, y se vió obligado a huir en dispersión. Era la más brillante oportunidad de seguir en auxilio de Bermúdez, pero Mariño no se movió en su favor, ni persiguió a los vencidos, ni avanzó hacia Carúpano, como pensaba. Esta conducta egoísta tuvo funestas consecuencias".

El general Bermúdez había establecido su campo en La Madera, en las proximidades de Cumaná, y de allí informó el 16 de mayo

a Bolívar sobre el estado de la plaza y le pidió refuerzos y suministros. El Libertador recibió aquella carta el 6 de junio y ordenó en el acto a Monagas y Zaraza que recogiesen mil reses cada uno y las remitiesen "sin perder un momento" al cuartel general de Bermúdez. Pero, instruído al propio tiempo de la tensión persistente entre este general y Mariño y de las consecuencias que traía el regreso del último a la provincia, decidió dar un paso decisivo para poner término a una situación anormal, que había durado demasiado. Tal paso no tenía nada de indecoroso para el Jefe Supremo y, al contrario, honraba su sentido político probando cómo sabía, cuando era menester, prescindir de sus sentimientos o resentimientos personales para no pensar sino en el interés público. Entonces, como cuando fué a Venezuela en 1827, probó el Libertador cuán superior era a los hombres y las cosas que le rodeaban, y cuando algún historiador dice de él que "vino a partido", no debe darse a tal expresión sentido peyorativo alguno. Así, pues, influído por las noticias de carácter militar que le transmite Bermúdez y por "el deseo de transigir para siempre las diferencias con el señor general Mariño", se determina "a marchar mañana o pasado (el 9 o el 10 de junio) de esta plaza al cuartel general de Usía. Sería muy de mi satisfacción que Usía eligiese de acuerdo con el señor general Mariño, un punto céntrico donde tuviésemos una entrevista los tres". Bolívar va, de ese modo, a tomar el toro por los cuernos y, aunque un tanto tardía, su nueva actitud tranquilizará a Mariño, quien, al cesar de temer por su vida y honor militar, se mostrará a su vez acomodaticio y conciliador.

Al volver el Libertador a Angostura, después de su desgraciada campaña en Calabozo y el Alto Guárico, había encontrado que la situación militar estaba también muy comprometida en Oriente. Excepto en Margarita, los realistas dominaban prácticamente aquellas provincias. La disputa entre Mariño y Bermúdez impedía a los patriotas tomar iniciativas eficaces y coordinar una acción considerable en Cumaná. En Barcelona, no bastaban para expulsar al enemigo, mejor organizado, las ágiles y trashumantes caballerías de Monagas. Al propio tiempo que a preparar nueva campaña en Apure y Occidente, Bolívar se dispuso a arreglar el enredo oriental e ideó

un plan conjunto que debían aprobar y aplicar todos los grandes jefes de aquellas regiones a quienes no duda que logrará convencer y unir en conversaciones personales y con el ascendiente de su hábil elocuencia y de su autoridad. De allí el nuevo favorable aspecto y el desarrollo que tomaron los sucesos políticos y la razón por la cual pudo reanudarse la colaboración entre el Libertador y Mariño y quedó éste definitivamente sometido al gobierno formado en Angostura. Como creemos que basta fundar la presente narración en hechos y documentos fehacientes, evitaremos refutar y desmentir en detalle las afirmaciones y suposiciones arbitrarias en que abundan sobre este momento de la acción histórica de Mariño las obras de Baralt, Larrazábal y muchas otras que las copian o parafrasean.

Bolívar no vacila entonces en tomar una iniciativa que corresponde a la necesidad política y militar y que no desdice en modo alguno de su alta posición y de su generosidad pocas veces desfalleciente: el mismo día 8 escribe directamente al general Mariño: "La próxima arribada a las costas de Cumaná de nuestra escuadra, cargada de elementos de guerra y el deseo de transigir para siempre las diferencias que desgraciadamente han reinado en esa provincia, me han determinado a marchar pasado mañana en persona hacia ella. Sería muy de mi satisfacción si Vuestra Excelencia, de acuerdo con el señor general Bermúdez, señalase un punto céntrico para esta entrevista, donde acordaríamos todo lo conveniente a la ocupación de Cumaná y otras medidas interesantes a la salvación de la República. Con esta fecha digo lo mismo al señor general Bermúdez". Y para mostrar que cuenta en aquel consejo resolver todo el problema oriental en su conjunto, y "de un modo estable y duradero", escribe también al general Arismendi, a quien espera ver allí para que coopere a tomar la plaza y a "restablecer la tranquilidad y el orden". En cuanto al almirante Brión, cuya escuadra, según comunicación hecha a Arismendi, se ha aumentado "con la reunión de algunos buques ingleses y de otros de Aury", y quien cuenta "con gran cantidad de fusiles, pólvora y demás elementos de guerra", debía llegar hacia el 20 a Margarita y de allí ayudaría al ataque. Bermúdez —decía Bolívar al almirante— "estrecha muy de cerca a Cumaná y hace diariamente

incursiones en sus calles y su débil guarnición sólo espera que Vuestra Excelencia se presente con su armada enfrente de Cumaná para rendirse".

Según se desprende de una carta del Libertador al general Páez, de 7 de junio, la intención de aquél era de tomar el mando del ejército de Bermúdez, aumentarlo en lo posible por la recluta y, de acuerdo con el almirante, dirigir en persona el asalto de Cumaná. "Además —concluye— he ordenado se recluten en la provincia de Barcelona y el Llano arriba de Caracas todos los hombres útiles para la infantería, que también serán armados. Y conforme a los acontecimientos y a las circunstancias, dirigiré mis movimientos y operaciones".

Pero, a todas éstas, Bolívar ignoraba que los realistas de Cumaná, que tan débiles le hicieron suponer, habían tomado la ofensiva y deshecho por completo a Bermúdez, y que, en consecuencia, planes y esperanzas se esfumaban una vez más.

XXIV

¡VIVA LA REPÚBLICA!
¡VIVA EL GENERAL BOLÍVAR!

Se ha visto que, a pesar de su agria disputa con Bermúdez y en lo más ardiente de ella, Mariño había realizado sus operaciones con ánimo de prestarle ayuda y cooperación en el ataque de Cumaná, y que en su parte a Bolívar decía que por el combate del 22 había impedido que aquél fuese asaltado por la espalda. Ese mismo día precisamente, y según el boletín oficial publicado en Angostura el 16 de junio por el estado mayor, había hecho una tentativa para apoderarse de "la cabeza del puente de la ciudad", causando estrago a sus defensores y sembrando la consternación en la plaza. Este boletín, cuyo redactor, Soublette, tenía sin duda instrucciones directas del Libertador para volver a poner de relieve la cooperación de Mariño, continuaba trabucando un tanto las fechas: "Ya el 18 había ocupado Su Excelencia el general Mariño la ciudad de Cariaco: 250 hombres que la guarnecían fueron despedazados por sola su vanguardia, mandada por el coronel Montes; 150 fusiles y 40 prisioneros, municiones y otros efectos de guerra se tomaron en la misma ciudad. El 24 tuvo nuevo encuentro la misma división en el pueblo de Catuaro con las fuerzas enemigas, que cubrían a Güiria y Carúpano, las que, en número de 400 hombres, marchaban con el designio de flanquear la división que sitiaba la plaza. Este cuerpo enemigo fué derrotado completamente y perdió sus armas y municiones". Estas di-

versas operaciones están citadas en la narración de fuente española en los siguientes términos, poco más o menos: Los insurgentes, en número de 900 infantes y 100 caballos, atacaron el 21 de mayo la "cabeza del puente" a la una de la noche. Pero los realistas estaban apercibidos, y, a pesar del "fuego infernal" de sus enemigos, respondieron e hicieron gran "destrozo en aquella atrevida y obstinada canalla", de manera que el ataque fracasó. "Ayer —dice Cires a Morillo, con fecha 23— se oyeron seis tiros de cañón en el puerto de La Madera, y se les vió hacer sus correrías fuera del alcance de nuestro cañón. Dicen que los seis cañonazos indicaban el auxilio de Mariño, que tenía ofrecido venir a Cariaco a reforzar con 600 hombres a Bermúdez; pero yo no he creído esta especie, y ni aunque así fuese penetraría en esta ciudad". Cariaco fué evacuado por los insurgentes, quienes se retiraron a Catuaro, a cinco leguas de distancia. Los realistas se situaron en posición de defender a la vez aquella ciudad y de cubrir a Carúpano, según los movimientos de los republicanos.

De repente, el 30 de mayo, Cires atacó, a su vez, el campo de Bermúdez, en La Madera, con 700 hombres, y le derrotó completamente, cogiéndole botín considerable y hasta sus equipajes y correspondencia personal, entre la cual estaba el despacho de gobernador y comandante general de Cumaná. El parte realista reza: "Bermúdez, que al primer tiroteo jugaba a los naipes con los negros y zambos de su guardia de honor, mandó ensillar su caballo; pero, sin esperarlo, huye y hace huir a su esposa la señora generala, seguidos de sus negras damas de honor, de las cuales fueron tomadas tres, de quienes tengo esta relación". La comunicación de Morillo al ministro de la Guerra indícala su biógrafo en los términos siguientes: "Posteriormente, el rebelde Bermúdez, habiendo reunido hasta 900 hombres y situádose en el puerto de La Madera, legua y media distante de Cumaná, cuya plaza molestaba diariamente, el gobernador de aquella provincia, brigadier D. Tomás de Cires, dispuso una salida el día de San Fernando, que tuvo por resultado la muerte de 108 enemigos y la toma de dos cañones de bronce, una bandera, 125 fusiles, una caja de guerra, 156 lanzas, 24018 cartuchos de fusil, 200 de cañón y toda

la correspondencia y equipajes de los rebeldes, que huyeron dispersos a sus guaridas. Nuestra pérdida consistió en dos oficiales y 28 soldados muertos y 40 heridos". Asimismo perdió Bermúdez caballos y ganado vacuno, y, como consecuencia de su derrota, se retiró finalmente a Maturín.

El parte de los patriotas sobre aquel desastre es, naturalmente, más discreto: "En la mañana del 30 —dice el mencionado boletín oficial—hizo la guarnición de la plaza una salida vigorosa sobre la línea que ocupaba el general Bermúdez, y se trabó un combate obstinado por ambas partes. Más de cinco horas duró esta acción con el último encarnizamiento; y el general Bermúdez, que para entonces tenía consumidas todas sus municiones, determinó retirarse a Cumanacoa para combinar las nuevas operaciones que deben emprenderse, y diariamente recibe refuerzos. La plaza de Cumaná, en la salida del 30, ha perdido por lo menos la mitad de sus defensores, entre muertos y heridos".

Ninguna culpa tuvo Mariño en aquella derrota de Bermúdez, y parece enteramente gratuita la afirmación concreta que, según Larrazábal, hizo el segundo de viva voz al Libertador en Angostura. Al contrario, el descalabro trastornó el plan de Mariño, quien con fecha 7 de junio, y en carta autógrafa y hasta ahora inédita, que se halla en el archivo del Libertador y está dirigida a ciertos "estimados Pablo y Pancho", cuya identidad ignoramos, dice: "El 30 del mes último fué completamente derrotado el señor general Bermúdez al frente de Cumaná. Este acontecimiento me ha obligado a hacer un movimiento retrógrado para salvar los restos dispersos de este general. Por este motivo, no tengo la satisfacción de anunciar a ustedes la toma de la cordillera de Barlovento, que a no ser esto seríamos ya dueños de ella". Mariño escribe de San Fernando, lugar situado en el camino de Cumaná a Cumanacoa, a poca distancia de este pueblo, lo cual demuestra que, en su "movimiento retrógrado", el general ha ido a interponerse entre los realistas, perseguidores eventuales, y Bermúdez, derrotado, a fin de prestar ayuda a éste o, al menos, de detener la persecución y de recoger los fugitivos. Por otra parte, Mariño no cesa de corresponder con el Libertador: "El adjunto plie-

go —dice a Pablo y Pancho— para el señor general Montilla (Tomás, amigo fiel suyo) contiene otro importantísimo para el Jefe Supremo. Es, pues, urgentísimo que al momento lo remitan ustedes a su título por una mano segura". Al mismo tiempo que con Bolívar, el general está en relación con Monagas y Zaraza, de quienes solicita suministros de carne, que el Libertador, por su parte, autoriza a éstos para que envíen: "Si después de enviadas las mil reses que pido a la Soledad —dice éste el 12 de junio a Monagas— pudiese Vuestra Señoría dar algunas a los comisionados del señor general Mariño de que Vuestra Señoría me habla, puede Vuestra Señoría hacerlo".

No parecen exactas algunas de las fechas indicadas por varios historiadores para sucesos de aquella época; por ejemplo, la asignada a la ida de Bermúdez a Angostura. Otra carta del Libertador a Monagas indica que para el 15 de junio aquel general no había llegado aún a dicha ciudad: "He ordenado —escribe Bolívar— al señor general Bermúdez venga con su división a la Soledad". Para ese día, precisamente, el Libertador ha resuelto ya el problema oriental del modo como hubiera debido hacerlo hacía largo tiempo: devolviendo el mando a Mariño. "Y he autorizado —concluye— al Excelentísimo señor general Santiago Mariño para que levante en la provincia de Cumaná tropas y haga cuantas reclutas pueda". La participación a Bermúdez mismo está concebida en términos honrosos y halagadores, propios para calmar sus ímpetus y susceptibilidad: "Considerando —dícele el Libertador en aquella misma fecha— el modo útil y honroso de terminar las diferencias que desgraciadamente han existido en esa provincia, he resuelto que la división de Vuestra Señoría venga inmediatamente a formar parte de un grande ejército que, a las órdenes de Vuestra Señoría, va a levantarse entre las provincias de Barcelona y Caracas. Vuestra Señoría goza de toda la confianza del gobierno; es un general acreditado, antiguo y de graduación, y, por consiguiente, Vuestra Señoría es el más propio para llenar mis designios y contribuir eficazmente a la salvación de la República. Mientras tanto, Su Excelencia el general Mariño tomará el mando de esa provincia y pondrá, según me ofrece, 2000 hombres sobre las armas. Importa, pues, que Vuestra Señoría, tomando todas las medidas de

precaución indispensables, vuele con su división al puerto de la Soledad, adonde recibirá las instrucciones y los elementos de guerra necesarios para equipar el grande ejército que pongo a las órdenes de Vuestra Señoría. No ahorre Vuestra Señoría ninguna medida, ni pierda un solo momento para cumplir esta urgentísima orden, de la cual depende en gran parte la seguridad de la República. El general Urdaneta va encargado por mí de transigir todas las dificultades que puedan ocurrir sobre el cumplimiento de estas órdenes".

Urdaneta dice en sus *Apuntamientos* que fué él quien arregló la querella entre Mariño y Bermúdez. Como se ve, el asunto estaba prácticamente resuelto por el Libertador antes del viaje de aquél, con la salida de Bermúdez de Oriente. Por tal motivo, la intervención del prócer zuliano no fué tan decisiva como él lo dice y lo repite Baralt, quien siempre le sigue o copia. La importancia del papel de amigable componedor que aquí se da a Urdaneta ha sido, pues, un tanto exagerada, como sin duda lo fué también la de Sucre en otras ocasiones y para menesteres análogos. Es innegable, sin embargo, que Urdaneta tenía bastante autoridad personal para poder arbitrar en nombre del Libertador, sobre tamaña diferencia, y que mucho pudo contribuir al arreglo de sus modalidades y detalles. Hechas estas reservas, vale la pena citar las propias palabras del general: "Urdaneta había salido de San Fernando (de Apure) antes que Bolívar, con la comisión de pasar hasta la provincia de Cumaná, en donde obraban Mariño y Bermúdez con una división cada uno. Al llegar a Maturín, fué informado de que Mariño había desconocido otra vez la autoridad de Bolívar, de cuyas resultas estaban próximos a batirse él y Bermúdez que le reconocía. Participó Urdaneta a Bolívar estos sucesos y las medidas que pensaba tomar para cortar el mal, y como tuviese carta blanca para obrar de la manera que creyese más conveniente en bien de la patria y en la reparación de las pérdidas del ejército, se dirigió primero al cuartel general de Mariño, en el pueblo de San Francisco, distante un día de Cumanacoa, donde estaba Bermúdez, a quien ofició inmediatamente para que suspendiese toda hostilidad contra el otro, en tanto que él llenaba una comisión del gobierno. Instruído Mariño de los sucesos de la última campaña, de

las ventajas de los españoles en todo el territorio por consecuencia de ellas, y llamada su atención sobre la necesidad que había de reunirse a los patriotas, se allanó Mariño a prestar de nuevo su obediencia al gobierno y lo hizo entender así a sus tropas por una proclama. Luego pasó Urdaneta al campo de Bermúdez y todo quedó arreglado, y desde entonces contó el gobierno con aquellas dos divisiones disponibles para las operaciones sucesivas". Es posible que los informes de Urdaneta y tal vez sus consejos hayan contribuído a que el Libertador modificase su política en aquella complicada cuestión oriental, y aun es probable que la intervención de aquél ayudase a contener a Bermúdez, quien no hablaba sino de tiros y sablazos, pero enfriado sin duda por su reciente derrota, y a fortificar los deseos de arreglo de Mariño, quien sólo pedía una cosa: no obedecer órdenes del revesado cumanés. ¿Decidió el Libertador ir en persona a Oriente por consejo de Urdaneta? No lo sabemos. Pero desde el momento en que tomó su decisión podía contarse con el fin de la querella, fin que, como hemos dicho, no podía ser otro que el solicitado por Mariño. Repetimos que el texto de los *Apuntamientos* y mucho más aún la paráfrasis de Baralt, quien trabuca un tanto la cronología, inspiran reservas. El general Urdaneta regresó a Angostura "de su comisión" el 10 de julio, a las seis de la tarde, según consta del Diario de Operaciones. Al mismo tiempo que a los buenos oficios de Urdaneta, había ocurrido el Libertador a los de Brión y Arismendi para arreglarse con Mariño, y pedídoles escribiesen a éste. "Afortunadamente —decía en carta al almirante, del 1.° de julio— este último paso ha sido ya inútil, pues el general Mariño muchos días ha había obtenido del Gobierno Supremo de Venezuela un absoluto olvido de sus faltas y ha ejecutado ciegamente cuantas órdenes éste le ha cometido". Estas palabras confirman la impresión, si se comparan las fechas, de que en este asunto el general Urdaneta empujó una puerta abierta.

Volviendo, por otra parte, sobre el día de la llegada de Bermúdez al cuartel general de Bolívar, digamos que no sólo de la relación de Urdaneta se desprende que para fines de junio aquel jefe estaba todavía en la provincia de Cumaná, sino que, dato decisivo, el citado *Diario de Operaciones* dice, con la misma fecha de 15 de julio: "Ha

llegado también el señor general divisionario Bermúdez con un estado mayor y una porción de su división. Las demás quedaron en Cumanacoa bajo las órdenes de Su Excelencia el general en jefe Mariño". No corresponden, pues, a la verdad las aserciones y comentarios de Larrazábal y otros escritores sobre entrevista de Bolívar y Bermúdez en Angostura en los primeros días de junio. El general Urdaneta habla asimismo de un viaje del Libertador "con dirección a la provincia de Cumaná, en donde se avistó con Mariño y Bermúdez, dictó las medidas para la defensa de la parte libre de la provincia y designó los auxilios con que debía ayudárseles para las próximas operaciones de la campaña". Ignoramos cuál fuese la fecha de aquel viaje, del cual no vemos traza en los documentos que tenemos a la vista. Bolívar irá en octubre a Maturín; pero, por el momento, parece no haber salido de Guayana.

Así, pues, indignado o no, y es muy probable que lo estuviese, el Libertador, que había tratado de cortar el nudo a la manera de Alejandro, terminó por advertir que el tal nudo no era gordiano y podía desatarse con sólo saber valerse de sus dedos. Mariño asumió entonces oficialmente el mando de su ejército, que de hecho ejercía, y lanzó la usual proclama, cuyo texto original no conocemos, pero que, traducida al inglés y con fecha errada, se halla en la obra de Ducoudray-Holstein. No el 26 de enero, sino, con toda verosimilitud, el 26 de junio, debió de firmar Mariño aquel documento, e hízolo en su cuartel general de San Francisco, hecho que permite pensar que la gestión final de Urdaneta fué de esos mismos instantes. La proclama, un tanto ampulosa, fué redactada por Mariño personalmente si juzgamos por la emoción desbordante que caracterizaba su temperamento sensible y tan profundamente humano que, a veces, le lleva, por exceso de sencillez, a censurables exageraciones. Todo es contento y esperanza en esos momentos para el hombre que acaba de pasar doce meses en medio de la incertidumbre y la amenaza y para quien, salvaguardado el honor, se abren de nuevo los horizontes de la gloria. Honor y gloria fueron los dos polos sobre los cuales giró aquella vida ingenua y ardiente, alternativamente inspirada por ideales altísimos o movida por brillantes inútiles quimeras. Que la versión

inglesa de la proclama dada por el sospechoso memorialista francés corresponda o no exactamente a su primitivo texto, es cosa que no podemos verificar ahora; pero el documento tiene todas las características de la autenticidad y concuerda bastante bien con las circunstancias y con el estilo y modo de ser de Mariño. Nótese cómo, en medio de sus transportes de alegría, el general no olvida aludir a las "intrigas", que según él y muy verosímilmente como hemos podido ver, le han tenido separado de Bolívar hasta entonces. He aquí la retraducción de la pieza:

"Santiago Mariño, General en Jefe de los Ejércitos de la República y del encargado de las operaciones contra Cumaná, etc., etc., a los oficiales y soldados que componen su división: Oficiales y soldados: mi alma se encuentra aún ahora mismo presa de los sentimientos más terribles al sólo pensar que hasta ayer no más ni vosotros ni yo mismo éramos considerados como parte de la gran familia que, bajo la dirección del Jefe Supremo de la República, lucha por su libertad e independencia. Cuán deliciosos son, en cambio, los sentimientos que en este día invaden de nuevo mi corazón al ver que el gobierno, como buen padre, confiando en mis promesas y olvidando cuanto ha pasado, nos recibe de nuevo bajo su protección y me ordena ponerme otra vez al frente de vosotros para gobernar toda la provincia.

"Oficiales y soldados: Si, a causa de intrigas que habrán de deplorarse siempre, se nos ha considerado como insatisfechos y bajo esta apariencia hemos atraído la atención pública, ahora y desde este momento es nuestro más sagrado deber convertirnos en modelo de sumisión y obediencia al Jefe Supremo. Mi mejor deseo es que el universo entero se convenza de la sinceridad de nuestras intenciones y que encuentre en nosotros a los más fieles sostenedores de nuestro gobierno. Juro por las cenizas de tantos de nuestros famosos compañeros de armas, juro por mi honor y por cuanto hay de más sagrado sobre la tierra que es ésta, hoy, la única felicidad a que aspiro. De vosotros, que siempre me habéis dado tantas pruebas de amor y devoción, aguardo mayores aún, y señaladamente la de que cooperéis a cumplir las órdenes del Jefe Supremo. Separados casi un año del gobierno, del padre del pueblo y de los ejércitos, pero

reincorporados ahora a la grande y libre familia de Venezuela, nuestros corazones palpitan con las más deliciosas sensaciones por buena suerte tan inesperada. ¡Viva la República! ¡Viva el Jefe Supremo! ¡Viva el general Bolívar!"

Mariño había, pues, encontrado razón aceptable para someterse. En Angostura existía ahora, al menos en la apariencia, y esto era lo esencial, otra cosa distinta de un despotismo puramente militar. El general puede decir entonces viva el gobierno, como podrá decir viva el congreso cuando Bolívar se decida a reunirlo. Los hombres de Cariaco están ahora en Angostura, aun cuando para obedecer al Libertador han cambiado el federalismo por el centralismo. El mismo Bolívar lo comprueba, en su carta a López Méndez: "No quedaba ya otro disidente que el general Mariño, que últimamente ha reconocido el gobierno, viéndolo proclamado por los mismos que en otras circunstancias habían reproducido el federal bajo sus propios auspicios". Y a Mariño sobre todo alude sin duda al evocar en carta a Peñalver de 30 de mayo de 1823, su excelente maniobra política: "Usted sabe que usted fué el que más me animó a instalar el Congreso en Angostura, que me ha dado más reputación que todos mis servicios pasados, porque los hombres quieren que les sirvan al gusto de todos y el modo de agradarles es convidándolos a participar del poder o de la gloria del mando. Yo sé muy bien que usted contribuyó al entierro de todos mis enemigos, porque desde ese día se les acabaron el encono y los celos; por cierto que usted solo me aconsejaba tal paso". Digamos, entre paréntesis, que, a juzgar por los datos conocidos, el Libertador exageraba un tanto cuando atribuía al solo Peñalver los consejos que determinaron la formación del gobierno y del congreso de Angostura.

Intensa fué la alegría en el campo patriota por el término de la disidencia, y uno de los primeros cuidados de su propaganda fué publicarlo en Londres. En efecto, entre las informaciones que la agencia venezolana allí distribuía y que la embajada española comunicaba a Madrid se lee: "El general Mariño se ha reconciliado con Bolívar y concurre con Bermúdez al ataque de Cumaná". En la correspondencia de Morillo aparece dicha noticia como enviada de

Londres en el mes de marzo, fecha sin duda errada. Otra información de propaganda sobre el asunto, que data de julio, es falsa y tendenciosa, como puede verse por lo narrado: "El general Mariño ha vuelto a la gracia de Bolívar, que ha levantado la prohibición a solicitud de Arismendi, comandante de Margarita".

Liquidada felizmente la querella, dióse Mariño con toda actividad a completar y reorganizar su ejército y muy pronto se halló, como sucedió siempre que se le permitió obrar por su cuenta, a la cabeza de "una brillante división de más de 1500 hombres de todas armas", según confiesa el propio descontentadizo Baralt. Su jefe de estado mayor fué el coronel Francisco Conde, designado por el Libertador para tal cargo, sin que haya fundamento para asegurar, como lo hace el historiador, que Bolívar quisiera con dicho nombramiento evitar que Mariño siguiese "las sugestiones de los que le rodeaban". Las sólidas cualidades de Conde le calificaban ampliamente para el puesto y no hay que olvidar que en el "ejército de Oriente" después de la "disolución" del Carito y Aragua de Barcelona escaseaban los oficiales superiores capaces de ocupar aquél. Una carta de Mariño a Santander, fecha 3 de agosto, pone las cosas en claro y demuestra que la iniciativa para proveerse de un jefe de estado mayor competente fué tomada espontáneamente por aquél: "Yo escribí al Jefe Supremo pidiéndole la remisión a este ejército de un jefe de estado mayor y que éste fuese usted, a pesar de no tener la satisfacción de conocerlo; mas los informes que he tenido de sus virtudes, talentos y servicios, me dieron motivo para esta solicitud... Yo quisiera tener el gusto de ver a usted a mi lado y manifestarle más de cerca mi gratitud". Santander, a quien Mariño respondía en tales términos, había escrito a éste, el 14 del mes anterior, una carta muy lisonjera, cuyo texto no conocemos; pero, destinado a Casanare, como se verá, no podía ir a servir en el ejército de Oriente. Fué entonces cuando Bolívar envió a Conde, muchas semanas después de la proclamación de Mariño; "Su Excelencia el Jefe Supremo —reza el *Diario de Operaciones*, con fecha 30 de julio— ha nombrado jefe del estado mayor del ejército del General en Jefe Mariño al coronel Conde. El coronel Armario y otros oficiales destinados al mismo ejército, deben marchar a incor-

porarse a dicho ejército; irán con el jefe de estado mayor que debe dirigirse desde la Vieja Guayana a Tabasca o Barrancas. El mismo coronel Conde viene encargado de llevar consigo varios artículos de vestuarios y municiones para aquel ejército". Este episodio pone de manifiesto una vez más cómo los historiadores parecen complacerse en presentar la historia, en cuanto concierne a Mariño, de manera inexacta, arbitraria y casi siempre hostil hacia él.

La proclama de Mariño señala una fecha decisiva en la historia de Venezuela y de la guerra de la Independencia, porque es la consagración de la Jefatura Suprema y en lo adelante indiscutida del Libertador. La tentativa de Wilson en Apure será un simple incidente sin otra consecuencia que reforzar todavía más aquella jefatura indispensable y salvadora. La unidad de mando y la ruda experiencia que ha sacado de los errores y faltas del pasado, van a permitir a Bolívar dar la prueba efectiva de su genio soberano y de su incontrastable energía.

La disposición de mayor consecuencia que tomó el Libertador durante aquellas semanas en que se consolidaba su autoridad sobre Mariño y Páez, fué la concerniente a la organización de la provincia de Casanare, cuyo mando dió a Santander, ascendido a general de brigada, y a quien envió, con armas y pertrechos, algunos buenos oficiales como Lara, Antonio Obando y Joaquín Paris. Santander, organizador excelente, creó entonces allí la división que debía tomar parte tan preponderante en la decisiva operación del año siguiente. Santander y algunos otros oficiales granadinos, entre ellos Vergara y el fulgurante Córdoba, habían llegado a Oriente y a Guayana a fines de 1817, anudando la solidaridad de la causa de la independencia del Nuevo Reino y de la Capitanía y la fraternidad de armas de los hijos de ambos países para las campañas finales. Al mismo tiempo que aquéllos, habían ido a incorporarse al Libertador, Francisco Conde, Lara, Manrique, Carreño y otros notables oficiales venezolanos. El general Morillo veía con inquietud la situación del Virreinato, como lo prueba su comunicación del 28 de julio al ministro de la Guerra, enviada de Barquisimeto: "El Nuevo Reino de Granada está todo guarnecido, excepto Cartagena, con tropas venezolanas y del país, en

las que no es cordura confiar ciegamente cuando no están apoyadas por regimientos europeos". Bolívar, por su parte, consideraba que la situación general se presentaba favorablemente para la causa patriota y, en particular, la del Nuevo Reino, por cuyo motivo determinó "aprovechar la más bella ocasión para emprender con buen suceso la libertad de la Nueva Granada". La operación que iba a intentar debía "necesariamente producir tanto a aquélla como a Venezuela incalculables ventajas". Según dice el Libertador, en esta comunicación de 19 de agosto, dirigida a Páez, la posición de los realistas autorizaba las esperanzas: "Morillo en esta última (Venezuela) concentra sus fuerzas, llamando las de los llanos de Caracas, donde ha abandonado a Calabozo, El Sombrero, El Calvario y Chaguaramas que antes ocupaba alguna infantería, según me participa el general Zaraza. Calzada ha abandondo a Barinas y probablemente seguirá hasta el cuartel de Morillo. Sámano concentra también sus pocas fuerzas en el Reino, por temor de las fuerzas que lo invaden por el Sur, dejando de este modo practicables todas las entradas de aquel Reino, que invadido ahora puede darnos un ejército tan respetable que destruya a sus enemigos e intimide a Morillo en Venezuela y lo reduzca, o a evacuar a ésta para volar a contener a la Nueva Granada, o lo obligue cuando más a refugiarse en las plazas fuertes de la costa". Tal fué el proyecto razonado de Bolívar, el origen de las grandes operaciones que, precisamente un año después, condujeron a Boyacá. El general Santander partió de Angostura el 26 de agosto.

Al mismo tiempo que miraba hacia Apure y Casanare, Bolívar dictaba órdenes para reforzar el ejército de Mariño y abastecerlo, dejando "a la actividad e inteligencia del mismo Señor General" el cuidado de organizar, instruir, disciplinar y reclutar, y recomendándole especialmente "la instrucción de la infantería". Soublette, jefe del estado mayor general, comunica a Mariño, "en carta reservada", el plan del Libertador para las operaciones contra Cumaná. Bolívar disponía que el general en jefe, "sin perder un minuto de tiempo en la organización, disciplina, aumento, etc., haga transportar el armamento al centro de sus operaciones, como también las municiones y se ponga en aptitud de aproximarse a la plaza para el 15 de setiembre,

en cuya época deberá aparecer el almirante sobre sus costas con 500 hombres de desembarco, que tomará en la Margarita según las órdenes. La plaza de Barcelona habrá sido ya tomada para entonces, y las otras plazas de aquella provincia cooperarán por la costa a la rendición de Cumaná, de manera que haciendo un movimiento general sobre esta plaza se puede contar con un resultado cierto e infalible". Bolívar cuenta con que Monagas, a la sazón acantonado entre El Pao y Tapirire, tiene 2000 hombres y domina la provincia de Barcelona. El almirante, que había llegado el 12 de julio a Angostura, procedente de Margarita y conduciendo al antes citado Irvine, recibió el 22 orden de volver a aquella isla y transportar a la costa de Cumaná el cuerpo de tropas previsto; de recibir al mismo tiempo material de guerra proveniente de las Antillas y de aumentar su escuadra. Llevaba pliegos para el general Mac Gregor, que venía de Inglaterra. Pero no llegó el escocés, en quien Bolívar había cifrado esperanzas, y, el 22 de setiembre siguiente, éste escribirá a Brión: "La expedición del general Mac Gregor no tiene ya efecto, porque habiendo malgastado el dinero que le entregó nuestro diputado en Londres, aquél retiró los fondos y Mac Gregor ha quedado en inacción".

Bermúdez salió el 28 de Angostura, con su estado mayor, a fin de concertar con Brión la parte que ambos tomarían en la ejecución del plan de campaña.

Mariño recibirá, por Barrancas, seiscientos fusiles con sus correspondientes municiones y, de Soledad, "buenos ganados" para la subsistencia. De Guayana la Vieja el comandante Cova llevó también veinte mil cartuchos para el ejército de Oriente. En Angostura y Upata se reclutaban y organizaban nuevos batallones. Reforzábanse las divisiones de caballería de Monagas, Sedeño y Zaraza. Todo anuncia, de parte de Bolívar, la resolución de emprender operaciones en grande escala y esta vez, así lo espera, decisivas. Está satisfecho del término de las dificultades orientales: "Incluyo a Usía —escribe el 18 de julio al general Páez— la proclama dada por el general Mariño al ejército de operaciones en Cumaná. Allí han terminado ya las diferencias que desgraciadamente la agitaron (la provincia) y reinan la obediencia, el orden y la subordinación".

Mariño, por su lado, procedía a sus preparativos y, libre al fin de cualesquiera otros cuidados, reorganizaba sus tropas y creaba nuevas con su rapidez ordinaria. El 19 de julio, y de Maturín, escribió a Bolívar: "Estoy activando el aumento de estas fuerzas con cuantas diligencias están a mi alcance; a cuyo efecto he transportado mi cuartel general a Aragua. Ellas exceden ya de 1000 hombres, distribuídos en los puntos siguientes: 300 infantes en Cumanacoa, 700 en Aragua, y 90 dragones en Maturín; y estoy persuadido de engrosarlos con 500 hombres más dentro de quince días, si no me falta la carne. También se están restableciendo las fortificaciones de esta plaza y poniéndola en el mejor estado de defensa. Todos los vecinos se hallan inspirados del mayor entusiasmo y nadie se excusa ya a tomar las armas. Yo puedo asegurar a Vuestra Excelencia que en varias marchas y contramarchas que he hecho a San Félix, San Carlos, Areo, Caicara, Aragua y Maturín para restablecer la confianza en las tropas, no he tenido cuatro desertores. Hace cuatro días que han llegado a Cumanacoa diez y seis pasados de Cumaná, soldados de los regimientos que guarnecen aquella plaza".

Servía a la sazón como edecán del general Mariño un oficial británico que trataba de informar al público de su país sobre la situación y esperanzas de los insurgentes de Venezuela, con fines a no dudarlo de propaganda y de incitación al alistamiento de voluntarios. Ignoramos su nombre; pero suponemos posible que ese oficial y el autor también anónimo y tantas veces citado de *Recollections* eran una misma y sola persona. Las gacetas de Inglaterra publicaban noticias y correspondencias relativas a la guerra hispano-americana y agruparlas con método sería ciertamente tarea de interés para algún aficionado a nuestra historia de aquella época. Nosotros hemos sólo recorrido algunos números del *Morning Chronicle,* y en el de 17 de noviembre de 1818 hallamos justamente una correspondencia enviada por el edecán en cuestión, desde Maturín y con fecha 5 de agosto, la cual confirma pormenores apuntados arriba y permite apreciar el estado de espíritu que reinaba en el cuartel general. Algunas líneas de esa correspondencia referentes a la persona misma de Mariño

fueron ya traducidas y presentadas al lector en uno de los capítulos anteriores:

"Como sé —escribe el edecán— que para usted será interesante cualquier noticia que vaya de este lugar, tomo la pluma con el fin de dar detalles sobre el estado presente de la guerra en este país y de las operaciones del ejército libertador en esta provincia, al cual estoy más inmediatamente ligado. Después de la derrota parcial sufrida el 30 de mayo último por el general José Francisco Bermúdez, en una salida de la guarnición de Cumaná, este jefe se retiró con sus tropas a la aldea de Cumanacoa, donde esperaba la llegada de municiones y otros efectos militares necesarios para poder recomenzar la ofensiva. Los papeles españoles exagerarán sin duda este suceso y lo presentarán con toda la pompa de una victoria, mientras que en realidad tienen poca razón para envanecerse de ello, puesto que de los 800 hombres que componían el cuerpo que atacó más de 300 quedaron muertos en el campo de batalla. Tales derrotas sin importancia lejos de deprimir al soldado americano sirven sólo para hacerle más vigilante y perseverante. Este resurge constantemente, superior a cada golpe adverso de la fortuna; y como posee casi todo lo esencial en el corazón de su propio país, está siempre pronto a renovar el ataque y a presentar cara fresca al enemigo. Sus adversarios, por el contrario, encerrados dentro de los estrechos límites de lo que han sido capaces de preservar, expuestos a todos los daños de un clima insalubre, a tres mil leguas de distancia de la sola base de que puedan esperar socorro, o reemplazar las bajas que la guerra y la enfermedad causan en sus filas, ven cada día disminuir más su fuerza y recursos de todo género. Tal es la pintura fiel del estado del ejército español, y, sin embargo, ese pueblo tiene la consumada arrogancia de pensar que vencerá. ¡Gran Dios, cómo la ignorancia y la superstición trastornan la razón del hombre!... Pero, volvamos de mi digresión. Habiendo el Jefe Supremo (Bolívar) requerido la presencia del general Bermúdez, el gobierno de la provincia de Cumaná recae enteramente en el capitán general Mariño. No tengo necesidad de hacer el panegírico de un hombre cuyo carácter es generalmente conocido y respetado en Europa. Me limitaré a decir que la República Vene-

zolana no posee mejor ni más valiente general. Sus tropas le aman y están dispuestas a seguirle adonde las conduzca, que será, estoy convencido de ello, por el camino del honor. Nos hemos ocupado durante los últimos tiempos en reunir y organizar fuerzas, que están ahora concentradas en esta ciudad y presentan muy respetable aspecto. La Guardia de Honor del General se compone de negros y forma un cuerpo bien disciplinado. Las tropas están enteramente equipadas, con armas y toda suerte de elementos de guerra. Al presente construímos baterías y hacemos todos los arreglos necesarios para la defensa determinada de esta plaza, que será el gran punto de reunión en cualquier desastre eventual. Dentro de pocos días marcharemos a la costa: Güiria, Cariaco, Carúpano y Cumaná serán los objetivos de esta campaña. Nuestra fuerza es superior a la del enemigo, y con la cooperación del almirante Brión por mar confío en que pronto podré dar buenos informes de todas aquellas plazas. El cuartel general del general Bolívar está en Angostura; el general Páez, con toda la caballería, en San Fernando de Apure. Las operaciones están a punto de recomenzar en cada parte con renovada actividad. Es probable que la próxima campaña ofrecerá a los ojos de Europa el último combate de una tiranía expirante, y la emancipación de la Libertad de los hierros que la han atado cruelmente durante tanto tiempo. Tengo todos los motivos para estar satisfecho de la manera como he sido tratado desde mi llegada a este país. Gozo del puesto de ayudante de campo del capitán general Mariño y siento los más vivos deseos de conservarlo. Los militares de Inglaterra cuyas carreras están al presente suspendidas, no pueden hacer otra cosa mejor que venir a un teatro donde sus talentos y valor serán utilizados en la acción y finalmente recompensados. Algunos jóvenes contemporáneos míos en este servicio se han marchado disgustados: no hicieron un ensayo sereno; no se alistaron nunca en el ejército, y por lo tanto están mal calificados para juzgar de la capacidad de éste o criticar sus movimientos".

XXV

UNO DE LOS MÁS SUMISOS AL GOBIERNO

A principios de julio, Morales fué a situarse en El Sombrero con intención de pasar allí la estación lluviosa, aunque poco después renunció a su propósito. Calzada, con una división de 1300 hombres, abandonó a Barinas y se retiró a Guanare. Páez, por su lado, inundó de guerrillas la provincia de Barinas y el bajo llano de la de Caracas. Monagas y Zaraza enviaban sin cesar de merodeo sus campos volantes por Barcelona y el Guárico. El Libertador parece satisfecho del estado de cosas y prepara planes que espera tendrán resultados decisivos. La pesadilla oriental se ha disipado: "El interior de Cumaná —escribe el 7 de agosto a Leandro Palacios— está en poder de Mariño, que ha desistido de sus antiguas pretensiones y es hoy uno de los más sumisos al gobierno". La atmósfera de Angostura es de conciliación y olvido del pasado. No se omite esfuerzo para agradar al caudillo vuelto a la obediencia. Un oficial llamado Pedro Pagola, a quien se reclamaba presentase su despacho de coronel, obtuvo que Mariño escribiese al margen de cierta exposición destinada al Libertador las líneas siguientes: "Puedo asegurar a V. E. que en el tiempo que ha servido a mis órdenes ha desempeñado con honradez los destinos que se le han confiado". Aquello no garantizaba en modo alguno la coronelía de Pagola, pero bastó para que Soublette, jefe de estado mayor general, comunicara con fecha 17 de setiembre

que: "El Jefe Supremo ha visto hoy esta exposición, y sin embargo de que sabe todo lo contrario de lo que se expone y además otras cosas, que también saben muchos Jefes del Ejército que hicieron la campaña de 13, y que hacen ningún honor al que representa en consideración al tiempo de servicio y a la recomendación de S. E. el Gral. Mariño, ha tenido a bien concederle el empleo de Teniente Coronel de Infantería".

El Libertador espera que Mariño reunirá pronto 2000 hombres y que Bermúdez, quien va al ataque de Güiria, podrá tener 1500. Con tales efectivos, sumados a los de Monagas, no puede dudarse del buen éxito de las operaciones proyectadas para libertar completa y definitivamente las provincias orientales.

La operación combinada contra Cumaná fué proyectada desde fines de julio y para mediados de setiembre, en cuya época "estaré yo en persona sobre aquella plaza", escribía el Libertador a Arismendi. Previsiones muy pormenorizadas sobre la cooperación que prestarán para ello Bermúdez, Brión y Díaz, comandante general de las fuerzas sutiles, se hallan en notas del estado mayor y del almirante, fechadas en 26 y 31 de julio. La promesa de darle el mando de un "grande ejército" fuera de Oriente que Bolívar hiciera a Bermúdez y que sirvió para traerle a Angostura y dejar tranquilo a Mariño, ha sido olvidada o será cumplida más tarde, si se puede o es oportuno. Por el momento, hay otro plan. Además, no será muy fácil la colaboración entre Brión y Antonio Díaz y llegará un momento en que, por esta o aquella causa, el Libertador ordene a Bermúdez expedir al comandante a Angostura "para ser juzgado en consejo de guerra", dándose el mando de su escuadrilla al comandante Padilla. El heroico Díaz no producía buena impresión a los oficiales extranjeros y Hippisley escribe de él: "Hombrecito retaco, de unos cinco pies y cinco pulgadas de altura, fornido y obeso. Cuando se emborracha tiene aspecto de buen humor y si no está disgustado puede ser hablachento, malcriado y arrogante. Si se amosca, muestra inmediatamente su verdadera índole, un sanguinario salvaje que podría comerse con gusto a la persona que sacrifique a su odio y venganza". Díaz es jactancioso y

fanfarrón, pero de "valentía feroz" y de grande "habilidad profesional".

La marina republicana recibió instrucciones expresas para respetar a los neutrales, es decir, a los ingleses, sobre todo, y evitar colisiones y dificultades con buques de ésta u otra nacionalidad extranjera. Los patriotas trataban de obtener que la complicidad más o menos velada de las autoridades británicas se convirtiese en ayuda activa, que viniera a completar la que prestaban los legionarios. A veces lográbanlo y, según parte de Cires a Morillo, una fragata de guerra inglesa protegió la escuadrilla insurgente en el asalto de Güiria. Ya para aquellos días el dominio del mar pertenecía de nuevo a los republicanos, llegando las flecheras margariteñas a atacar el puerto de La Guaira "para llevarse buques fondeados" y desembarcar hombres que saqueaban las haciendas de la costa. Sin embargo, los españoles estaban lejos de permanecer inactivos y se preparaban a su vez a la ofensiva. El 27 de agosto Bolívar escribía a Brión: "El Excelentísimo Señor General en Jefe Santiago Mariño, con fecha de 13 del presente, me participa de Maturín, refiriéndose a un parte del coronel Montes, fechado en Cumanacoa a 10 del mismo, que once buques de guerra mayores españoles habían entrado en el puerto de Cumaná; que reunidos a otros que allí se hallaban formaban una fuerza respetable que se dirigía al Orinoco, según se decía generalmente; y que en aquella plaza se esperaba a Morillo para emprender operaciones contra esta provincia". En consecuencia y en caso de que la flota realista zarpase para Guayana Brión la perseguiría, a fin de inquietarla y encerrarla dentro del Orinoco. Las fuerzas sutiles de Díaz vendrían a Guayana la Vieja, cuyas defensas se mejoraban.

La mayor actividad reina en Angostura, donde están no sólo el cuartel general del Libertador, sino también los servicios políticos y administrativos, la máquina del gobierno que poco a poco se organiza. Allí se va reuniendo el personal republicano que encuentra al fin asiento, después de las peripecias iniciadas en 1812. Correspondencia recibida por *The Morning Chronicle* noticia de la llegada de Roscio, a mediados de setiembre, en una goleta norteamericana que transportaba también pólvora. Los patriotas estaban ahora con-

vencidos de la necesidad de la propaganda en el exterior, sobre todo en Inglaterra, donde aspiraban a encontrar ayuda y soldados, y para ello se servían de los extranjeros simpatizantes o ya alistados en las filas republicanas.

La afluencia de extranjeros a Venezuela, de anglo-sajones sobre todo, determina por su parte abundancia de observaciones personales que contribuyen mucho al conocimiento que podamos tener del ambiente por entonces y del temperamento, ideas y conducta de nuestros próceres. Casi siempre aquéllos parecen obedecer en sus descripciones del medio social y político y en cuanto al carácter de los personajes a la conocida manía de lo pintoresco o, de parte de los militares, al deseo de vengarse de lo que Bentham llama pena de esperanza engañada, es decir, de la desilusión de quienes habían creído que su sola calidad de extranjeros iba a proporcionarles, en un país arruinado hasta la miseria, posiciones de primera fila y grandes proventos. No hay razón, sin embargo, para desdeñar por completo tales testimonios, sobre todo cuando concuerdan con otros de fuente distinta y menos apasionados.

Citemos en primer lugar las informaciones y modo de apreciar que aparecen de papeles cuyos autores no esperaban personalmente nada de las autoridades venezolanas y en quienes, por lo tanto, puede presumirse algún esfuerzo de imparcialidad. Léanse desde luego ciertos párrafos muy favorables hacia los patriotas de carta que un caballero inglés escribía de Angostura, el 12 de agosto de 1818, a una casa mercantil de la City: "Los asuntos de este país no estuvieron nunca tan prósperos como en el presente período. Hay superabundancia de armas, municiones y toda suerte de abastecimientos de guerra; los ejércitos han aumentado en número y progresado mucho en disciplina. La confianza pública es doble y cada hombre vale por dos. Los españoles no han recibido refuerzos de ningún género, y aun cuando tuviesen cómo mandar alguno, lo cual no parece probable, no llegaría a tiempo para la apertura de la campaña. Se han retirado de casi toda Nueva Granada; y todos confían aquí en que se retirarán de Venezuela entera e intentarán defender a México, donde según varios relatos han estallado numerosas insurrecciones. Muchos

de los generales independientes marcharon de esta plaza a asumir el mando de sus respectivas divisiones y para estar listos a comenzar las operaciones tan pronto como el tiempo lo permita. El general Bolívar está todavía aquí y probablemente permanecerá hasta que vaya a hacer su entrada pública en la capital de Caracas. El almirante Brión navega con una fuerte escuadra; y, de hecho, la destrucción de España como potencia trasatlántica parece muy cerca de cumplirse. Conservo alta opinión, si no más alta de la que siempre tuve, de los individuos, quiero decir, del Jefe Supremo Bolívar y de los miembros del Consejo".

El mejoramiento del estado del ejército patriota y los preparativos de la campaña inminente se hallan confirmados en la carta que un mes después, el 30 de setiembre precisamente, escribió a París el legionario anónimo a que aludimos anteriormente, y que copiamos de los archivos franceses. Este oficial, llegado un año antes a Angostura, obtuvo de Bolívar el grado de mayor y comienza por decir: "He servido en esta guerra injusta y odiosa hasta el presente, sin haber ganado un centavo y habiendo perdido todo lo que traje de Europa. Nada deploro más que ser testigo de la gran crueldad y del pillaje cuando no está en mi poder prevenirlos". A este respecto el oficial trata duramente a los realistas, sin guardar mayor miramiento por los patriotas: "Los españoles no tienen más consideración por la edad que por el sexo. Se sacrifican las mujeres casadas, las viudas y las jóvenes sin distinción y todo para contentar una venganza brutal y cobarde; y en cuanto a un inglés, si se le pone la mano no habrá de esperar cuartel: se comienza por cortarle desde luego las piernas y los brazos y se acaba por cortarle la cabeza. Tal es la manera de proceder esos monstruos en este país. Los patriotas siguen un sistema parecido en represalias". En el ejército venezolano, que "no tiene conocimiento de táctica militar ni sistema de disciplina, como no sea la obediencia que se debe a sus jefes", éstos "son ordinariamente tan ignorantes como los hombres a quienes mandan". Sin embargo, la situación ha mejorado mucho. El Libertador saldrá de Angostura el 1.° de octubre "para pasar revista a sus tropas y comenzará la campaña a principios de noviembre por un ataque a la

provincia de Caracas", con buen éxito, piensa el francés, quien agrega: "Los patriotas están en mucha mejor posición este año que antes; tienen muchas más armas y municiones de toda especie, y más hombres con mejor espíritu que el que yo haya visto hasta ahora. Los oficiales ingleses y los soldados que aquí vienen se han ido casi todos de la ciudad, excepto algunos y yo mismo. Aquéllos se van a las Indias Occidentales (las Antillas) para regresar a Inglaterra, y si uno se quedase cien años no se encontraría mejor. Los habitantes son tan celosos de los extranjeros, que me habría marchado de la ciudad si no hubiese recibido una herida en la toma de San Fernando, plaza fuerte situada en el río Apure, y distante siete u ochocientas millas de aquí. Es necesario pasar por el río Orinoco. Empiezo a sentirme mejor".

Mucho menor que la del caballero inglés arriba citado y tan matizada o más aún que la del oficial francés, era la admiración que hacia las gentes y cosas de Angostura profesaba el norteamericano Irvine: "No podemos decir de esta población —escribía— lo que algunos moralistas antiguos dicen de las gentes simples y felices". Subraya la ignorancia de nuestro pueblo con estas palabras un tanto paradójicas y con pretensiones de profundidad: "Su ignorancia del vicio es equivalente al conocimiento del vicio, a toda la enseñanza y filosofía de un estado de sociedad refinado". Sin embargo, los caraqueños hallan alguna gracia en nuestro censor, que no ha ido a Caracas pero a quien sin duda impresiona la alta calidad de la docena de hombres civiles que rodean a Bolívar, creyendo que todos son originarios de la capital: "Los caraqueños son, bajo muchos aspectos, una excepción de la generalidad; y si jamás se estableciere un gobierno legítimo que sacase su autoridad del pueblo, deberán ser aquéllos los salvadores de su país. El resto, si no estoy notablemente equivocado, es tan presuntuoso como incapaz. Parece una mala raza en la cual no se pueda injertar el republicanismo y habrá de mezclársela con elementos más cultos o sumergírsela en ellos, antes de que pueda entenderse el gobierno libre o de que se introduzca una moral correcta". Para apoyar la detestable idea que tienen de nuestra gente, Irvine o Forsyth citan al coronel Niño, a quien no esperábamos ver situado en

tales alturas y avanzar tan atrevida opinión: "Un coronel Niño está nombrado secretario del congreso; pero ha rehusado aceptar, declarando que no espera hallar más de tres hombres hábiles o independientes en el congreso entero".

Pero no puede, sin embargo, tan agrio censor dejar de citar con elogios a unos cuantos próceres, tanto civiles como militares. Acerca de los primeros dice: "Pudiera yo alguna vez ver a hombres tales como Roscio, Gual, Zea, Cádiz, Peñalver, etc., en puestos de legisladores, y no desesperaría de la regeneración del pueblo; porque sólo una transformación de los hábitos de éste puede moldearlo para un gobierno libre". Como Roscio acabara de ser nombrado presidente del Consejo de Gobierno, juez de la Alta Corte e intendente de Rentas, amén de otros oficios, Irvine cree el hecho de presagio feliz y comenta: "Este hombre venerable, tan recto como Catón, tendrá mucha influencia en el Estado. Me ha dicho que no le agrada atender a los asuntos de rutina, a los cuales no convienen sus talentos, pero que aceptó el mandato del presidente con la esperanza de ser útil". En cuanto a algunos militares, también opina el diplomático: De Tomás Montilla dice, cuando éste sale para Cumaná, "a cooperar con Mariño", que "es hombre bien educado, bien informado y de valor, pero desprovisto, parece, de los talentos militares de su hermano Mariano". De Valdés, a quien cita después de indicar los próceres civiles capaces de constituir o de ayudar a constituir un gobierno, Irvine escribe: "El general Valdés, gobernador de esta ciudad, es también hombre independiente, enemigo jurado del quijotismo". Esto del quijotismo es alusión al Libertador, a quien el norteamericano llama más de una vez Don Quijote, lanzando así por burla o crítica un calificativo que, reinventado muchos años después, es hoy título de gloria no sólo literario para aquél: Don Quijote Bolívar, repite Unamuno.

Pero en este capítulo, el comentario de Irvine es, en general, pesimista y nada benévolo para nuestra nación y sus jefes: "Por el momento, los esbozos adjuntos pueden permitir a usted apreciar el verdadero carácter de ciertos jefes y la probable dirección que tales hombres darán a los asuntos. Si estos memoranda, provenientes de

las fuentes más auténticas, difieren de mis primeras informaciones, le hago solamente la petición general de tener cuidado y de no tomar de mis cartas sino los hechos evidentes. No puedo siempre garantizar los testimonios ajenos; pero cuidaré hasta de evitar formarme opiniones precipitadas". Y esta reflexión final: "La concordia entre los pocos hombres de talento de este país era necesaria desde el comienzo para dar dirección honrada y carácter respetable a la revolución. Estos pocos se dividieron rápidamente y la mayoría de ellos abandonó a Venezuela o murió. Los tímidos dejaron el puesto a los osados y sin principios".

El comodoro Perry no se muestra más benévolo que su compatriota Irvine en cuanto al grado de cultura de la generalidad de los venezolanos con quienes estuvo en relaciones: "La ignorancia de la más grosera especie —léese en el informe concerniente a su misión— es un rasgo que prevalece en el carácter de las gentes que entran en la esfera de observación del comodoro".

Puede formarse toda una galería de retratos de héroes extraídos de las páginas de ciertos legionarios memorialistas y cuya semejanza con los originales no deja lugar a duda. Como ejemplos, y además de los citados ya en varias partes de esta obra, señalaremos aquí, por cuanto los retratados están íntimamente ligados a la historia de Mariño, las pinturas que de los generales Bermúdez y Tomás Montilla y del almirante Brión hace el coronel Hippisley.

Cierta vez, por este año de 1818, antes de partir Bermúdez de Angostura para ir a tomar el mando de un ejército en Maturín, ofreció una comida en honor de algunos oficiales ingleses recién llegados, entre los cuales estaban Hippisley y Henry Wilson. Se cambiaron discursos y los concurrentes se levantaron para aclamar al rey de Inglaterra y a Venezuela independiente. Hippisley recuerda el hecho y aprovecha la ocasión para escribir de Bermúdez: "Es uno de los más antiguos y mejores generales del ejército patriota. Tiene unos treinta años de edad; casi seis pies de altura; es más bien delgado, pero fuerte y musculoso; ... de tez morena, cara redonda, ojos oscuros y cabello tan oscuro que es casi negro. A veces, cierto aire de ferocidad se advierte en su aspecto, acentuado por sus largos y negros

bigotes. Esto recuerda al observador que puede actuar como salvaje, o parecerlo, sobre todo si se evocan las medidas de represalia que tomó en el sitio de Barcelona y en Guayana la Vieja. El general Bermúdez puede también asumir actitud de bondad humana, y me cayó en gracia cuando se levantó con prontitud de la mesa para permitir que la gran sala en que habíamos comido pudiera prepararse para el baile".

En cuanto a Tomás Montilla, dice el oficial británico: "El gobernador de Angostura general de brigada Montilla tiene uno de los aspectos más imponentes que yo haya visto. Mide cinco pies y siete pulgadas, es gordo y fornido; de tez morena clara y pelo oscuro; sus ojos, más bien pequeños, son negros y muy brillantes y quizá los más suaves y juguetones que se hayan visto en una cara de hombre. Montilla es valiente hasta la temeridad y caraqueño de nacimiento. Es humano y no alberga la menor sombra de celos o resentimientos. Gran favorito del general Bolívar. Tiene unos veintisiete años de edad y es sumamente pulcro en su persona y aspecto; pero, por desgracia, es tan inclinado a la bebida que apenas se sabe de alguna vez que haya ido a su cama sin estar ebrio. Y con demasiada frecuencia empieza sus libaciones después de mediodía". A pesar de su pleito con Mariano, el Libertador quiso mucho a ambos Montilla y se complacía en su habitual conceptear.

De Brión escribe Hippisley que mide cinco pies y cinco pulgadas y es: "delgado, de miembros sólidos y bien proporcionados; cara más bien redonda, muy quemada por el sol, con algunas marcas de viruela; cabello negro corto; ojos oscuros y penetrantes; buenos dientes. Una fisonomía de hebreo, pero, sin embargo, más cónsona con su situación por el poblado bigote que lleva. Su persona y modo de ser muestran bastante soltura y a primera vista impresiona. Habla inglés y lo comprende perfectamente; habla francés tan bien como español y pronuncia esta última lengua con verdadero acento castellano". Agreguemos al retrato físico trazado por Hippisley que sobre la capacidad profesional militar de Brión algún otro oficial británico se mostraba más bien severo. Nuestro socorrido autor de *Recollections* no apreciaba mucho al almirante y le hallaba "completo desconoci-

miento de la ciencia náutica, pues nunca había estado en el servicio ni hechos estudios". Juicio temerario, porque Brión era marino de profesión que, ya en 1814, era capitán de la goleta *Intrépido Bolívar*, que comerciaba entre San Tomas y La Guaira. El oficial anónimo dice que durante la campaña de Urdaneta y los ingleses en Barcelona y Cumaná Brión dejó escapar por incapacidad manifiesta y por dos veces consecutivas la flotilla realista.

Los informes personales de Irvine y los que le envió Forsyth abundan en datos que, sumados a los muchos conocidos por otras fuentes, demuestran el papel importantísimo del almirante, sin quien nada podía hacerse, porque tenía la flota en su mano. El agente norteamericano apunta: "Aury gozaba antes de buen concepto, y tiene más talentos aunque menos astucia que Brión. Había hecho muchos sacrificios en Cartagena, etc.; y me dicen que el gobierno de Nueva Granada le debía $ 400000. Pero mientras que Aury era sólo un acreedor de los patriotas en Los Cayos, Brión entró en escena con $ 180000, y ganó la partida con el nombramiento de almirante. Este gobierno debe al segundo $ 214000, individualmente o a cuenta de empréstito, además de lo que reclama como paga, etc.". Y las siguientes frases, que precisan el pleito entre los dos marinos: "Cuando hice la travesía de Margarita a San Martín a bordo del navío de Brión, éste relató el asunto de las Cinco Islas; y, hablando de Aury, dijo que tomaría medios para notificar al almirante británico que la comisión de dicho Aury no debía reconocerse legalmente. Presté poca atención a ello en aquel momento; pero luego supe que Brión había dicho en una carta que Aury era un corsario sin patente, y, en consecuencia, si las noticias recientes eran exactas, los ingleses le expulsarían de su zona de operaciones".

En Angostura los patriotas no llevaban ya aquella vida de penuria que existía aún en los campamentos, sobre todo en el bando realista, y que confundía en su igualitario sufrimiento a oficiales y soldados. El contacto con las colonias extranjeras había mejorado mucho, a este respecto, la situación de los insurgentes, y nuestros generales, en la ciudad, se desquitaban de las fatigas de la campaña. Hippisley encon-

tró en la mesa del almirante Brión desayuno a la inglesa, y varias carnes, frías y calientes; otras "golosinas", vinos franceses, chocolate y café. Peñalver regaló al británico algunas botellas de vino Graves. En algún baile dado por Bermúdez los convidados entraban a "los cuartos de refresco sin ceremonia para atacar al mesonero, al vino y a los licores, y todo fué consumido sin regla ni decoro", es decir, perfectamente de acuerdo con la costumbre venezolana.

El Libertador se divertía como sus tenientes, y quizá un poco más; pero lejos de descuidar por ello los quehaceres de la política y de la guerra, habríase dicho que su ardiente genio, al par que necesitaba aflojarse con la fatiga física, hallaba en el placer poderoso acicate para proseguir y renovar constantemente sus empresas de cíclope. El doctor Marañón divide en dos categorías a los hombres poseídos de la pasión de mando. Al grupo de los "asténicos" pertenecía Bolívar, si fuésemos a juzgarle por su enjuta figura corporal. Pero, por un fenómeno que sólo ocurre con poquísimos tipos de la historia humana, que parecen escapar a toda clasificación, el Libertador se aparenta más bien al grupo de los "pícnicos", con su temperamento alternativamente exaltado y sensual o melancólico y deprimido. En el horrible y pedantesco vocabulario de la ciencia psiquiátrica moderna, ese temperamento se llama cicloide o ciclotímico, y Marañón presenta de él un ejemplo cuya similitud con el de Bolívar resulta extraordinaria: el conde-duque de Olivares.

El carácter del Libertador, sus tendencias autocráticas y el régimen dictatorial que imponía, impresionaban a los observadores anglosajones. Charles O. Handy, sobrecargo del navío *John Adams,* llamado por muerte del comodoro Perry a informar al secretario de Estado, escribía el 29 de setiembre de 1819: "Para el comodoro era evidente que los actos del gobierno de Venezuela tenían con frecuencia algún carácter muy arbitrario y que el Jefe Supremo de la República cambiaba el rumbo de ésta sin que el Congreso existente le refrenase efectivamente". Bolívar es "dictador absoluto, y aun cuando haya realizado la ceremonia de someter al Congreso sus actos para aprobación, es evidente que la ley suprema del país es su voluntad.

Mientras él pueda seguir a la cabeza del ejército, los negocios de la República continuarán probablemente prósperos; mas si algún accidente imprevisto la privara de sus servicios, aquéllos degenerarían en anarquía y mal gobierno. Tratar entonces de remediar una situación tan confusa, sería medida de éxito muy dudoso, porque existen muchas facciones opuestas al Estado".

Un año antes, el oficial francés anónimo escribía: "Bolívar es de ellos (los patriotas) el solo hombre de talento. Es nativo de Caracas, y tiene una ambición insaciable. Si vive algún tiempo estará a la cabeza de este país; y actualmente su palabra es la ley de los patriotas". Al propio tiempo decía Irvine: "Estando (Bolívar) a la cabeza del ejército, *colocóse él mismo a la cabeza de la nación* (subrayado en el texto). Se dice que ahora espera aumentar su poder empleando un congreso de ignorantes con pretensiones de sabios, y lo cierto es que les traza por adelantado sus planes".

Hemos indicado cómo la marcha de los sucesos y las posibilidades creadas por la posesión de Guayana, firme base militar en lo adelante del poder republicano, habían permitido al Libertador establecer un gobierno "civil". En Angostura se sabía exactamente cuáles propósitos tuvieron los hombres de Cariaco, y Forsyth informaba: "La junta formada por Cortés de Madariaga, Brión, Zea y Mayz tuvo por efecto crear alguna forma de gobierno, como tanto se lo deseaba entonces; pero no me toca decir hasta dónde tuvo buen éxito: usted está suficientemente informado de los actos de aquélla y de la manera cómo fué disuelta". Irvine, por su parte, notaba, aludiendo sin duda a los planes que habían imaginado Arismendi, Piar y algún otro: "No puedo al presente predecir qué resultará del proyecto que está sobre el tapete; pero es probable que se lo haya sugerido para impedir que Bolívar tome, sea el puesto de generalísimo, sea cualquier otro".

Mas no era, sin embargo, posible que se tratase ya de amasar de nuevo el casabe para echarlo en agua hirviente, y ahora iba a tenerse un gobierno según las ideas personales del Libertador, aunque formado por los mismos hombres que habían seguido las opues-

tas de Mariño, salvo el asendereado canónigo. ¿Qué sería, cómo sería ese gobierno? Fuere lo que fuere, Bolívar preparaba la organización del poder público, y sobre ello importa citar todavía palabras de Irvine, fechadas el 1.° de octubre: "Hoy hubo una reunión de las principales personas civiles y militares ante quienes el general Bolívar pronunció con soltura una arenga sobre los asuntos públicos, que será impresa. Tengo entendido que se nombró un comité de tres para sugerir o redactar un plan mejor de gobierno provisional. Peor que el actual es imposible que exista; por consiguiente, cualquier cambio sería una mejora. A Roscio, Cádiz, Peñalver y otros como ellos podría tal vez permitírseles restaurar el gobierno y salvar este país, que ha sido más azotado y puesto en peligro por un Don Quijote con ambición, pero sin talentos militares, que por un enemigo incansable y salvaje".

No tenía el norteamericano ilusión alguna sobre el porvenir de nuestra república y el rumbo que tomarían sus hombres de Estado: "Nada me atrevo a predecir con confianza acerca del futuro, y usted, señor, quizás puede juzgar mejor que yo. Sin embargo, haré una o dos observaciones". En lo militar, Irvine cree, ciertamente, que la causa patriota terminará por triunfar en Venezuela como en el resto de América: "La debilidad de los españoles, no la disciplina o fuerza de los patriotas es, en último análisis, la razón para que ello sea probable y todas las deducciones pueden sacarse de esto. Tarde o temprano, es inevitable la expulsión de los realistas de cada pie de territorio comprendido entre el Cabo de Hornos y el Istmo de Panamá". En resumen: la guerra se ganará e Irvine lo dice en términos que no revelan, sin embargo, ni previsión exacta del desarrollo del proceso, ni justa apreciación del genio y valor de Bolívar: "Esperemos que (los patriotas) puedan triunfar. Carecen del método macedonio de llegar al imperio por dinero; ni poseen la vieja facultad romana de mantenerlo por hombres, disciplina y bravura. Pero, aunque no aparece ningún espíritu eminente, un *Tell* o un *Washington* que se plante en el camino del destino y que conduzca los negocios públicos con sagacidad y firmeza sobrehumanas, España no puede por dicha razón salir finalmente victoriosa. La crueldad y el odio, que les repele

mutuamente, mantendrá siempre la resistencia. Cuando Bolívar se retiró, Páez, Pérez, Mariño, etc., continuaron haciendo la *petite guerre* (en francés en el texto). Lo único que puede cambiar es el grado de depresión, de desorden y de desperdicio".

Nótase la insistencia de Irvine en citar entre los jefes más renombrados del momento a Nonato Pérez, que había guerreado con distinción en los llanos de Casanare y Apure y a quien Páez juzgará severamente aunque rindiendo homenaje a su valor y actividad: "Dicho jefe, si bien muy valiente, era sobrado altanero y déspota con sus subordinados". Al año siguiente y antes de partir para Nueva Granada, el Libertador ordenó a Páez que fuera a Guasdualito a prender al insoportable guerrillero que no tuvo nunca la importancia que Irvine le atribuye. Nonato fué preso y remitido a San Fernando, pero luego volvió al servicio.

Forsyth, por otro lado, no es más favorable que Irvine. Léanse algunas de sus frases, que hemos traducido con dificultad por lo revesado y quizá incorrecto de su lenguaje, ocasionalmente en esa parte del informe. Nótese la alusión a Madariaga y al "Congreso" de Cariaco, y la referencia a la Segunda República, cuyo fracaso el aquí simplista norteamericano parace atribuir, con visible error, a la dictadura militar de Bolívar. Además, y ello reclama reservas expresas, Forsyth transmuta una de las cualidades esenciales del Libertador como fué la sublime constancia en obstinación y codicia de jugador. "La revolución —escribe— ha durado demasiado en el país para que podamos buscar en este último período hombres de política sana y buenos principios. Venezuela se enorgullecía antes de poseer muchos de tales individuos; pero la guerra de exterminio ha sido llevada a cabo con tanto rigor en toda América, especialmente aquí, que pocos hombres de educación, talento y carácter quedan en el país. Los que no cayeron en la lucha emigraron, y no parece que quisieran volver en el estado actual de cosas. Es verdad que algunos criollos de capacidad han retornado y hacen grandes esfuerzos para establecer algo así como un gobierno federal uniforme (tal vez yo no debiera decir federal) en Venezuela; pero sólo el tiempo demostrará si sus intentos serán o no coronados por el buen éxito. En mi opinión, Venezuela no

podrá nunca ser libre a medias. Necesitará estar enteramente libre y bajo un gobierno libre, o bien caerá con seguridad en la anarquía y la confusión, si es que logra desembarazarse de su obediencia a la madre patria. El gobierno militar del general Bolívar causó en ocasiones anteriores agravio al pueblo de Venezuela, tanto cuanto en 1814, y de hecho condujo a (palabra ilegible en nuestra fotoscopia: ¿la pérdida? ¿el fin?) de Venezuela en aquel período. Pero su predilección por el mando puede compararse a la inclinación de un jugador desesperado que a pesar de sus repetidas pérdidas desea siempre guardar los envites en sus manos, sirviendo sólo con *él* las repetidas pérdidas para dar nacimiento a nuevas miras de ambición. Este estado de cosas no puede durar constantemente hasta lo último, el orden deberá ser restaurado y establecerse alguna forma de gobierno. Hombres de honor, educación y principios deberían ponerse a la cabeza de los negocios, de otro modo Venezuela no será nunca libre. Podrá suceder que se desembarace de su obediencia a España, pero no podrá jamás tomar su puesto como estado libre e independiente entre otras naciones".

La tarea que había emprendido el Libertador era justamente de poner a la cabeza del gobierno los pocos hombres que, escapados de la matanza hecha por los realistas o vueltos del destierro, podían ser utilizados para aquella obra de crear de nuevo la república. Así, vémosle entonces rodeado de dichos hombres, restos gloriosos de la *élite,* incomparable en América española por su calidad, que se había revelado con la Revolución de 1810.

La autoridad de Bolívar había tardado en afirmarse, y es admirable prueba de su genio y de su férrea voluntad que haya logrado imponerse definitivamente a los caudillos inquietos y potentes, tanto como a los escrupulosos letrados. Irvine escribe: "Si dos hombres tales como Páez y Mariño hubieran unido sus poderes, Sedeño se habría necesariamente juntado a ellos y habría habido un *bouleversement* de ... (en francés en el texto; falta otra palabra). Mariño es popular y soberano en Cumaná; Páez omnipotente en Barinas; Pérez lo mismo en Casanare, y Sedeño muy influyente en Guayana.

No hablo de otras provincias. En consecuencia, la autoridad *suprema* de un hombre es más bien nominal que positiva". En realidad, por aquel setiembre de 1818, época del informe del norteamericano, y porque ya existía un "gobierno", Mariño obedecía sin reservas aparentes, y Páez se mostraba dispuesto a hacerlo con entusiasmo. En cuanto a Sedeño, mucho menos importante que ellos, era oficial devoto por entero a Bolívar, cuyas órdenes cumplía sin vacilación alguna. Monagas, Zaraza y Andrés Rojas eran también francamente bolivarianos. Y en cuanto a Bermúdez y Arismendi, ya se ha visto su conducta.

Irvine insiste en su censura del carácter y de la política del Libertador, presentando uno y otra en términos de evidente exageración que, por lo demás, es posible que reflejen lo que se creía o decía entonces en Angostura, al menos entre los descontentos o los adversarios de aquél. La ambición ardiente de Bolívar le llevaba —dice el diplomático— a apartar a los oficiales que podían hacerle sombra: "¡No puede tener rival y, sin embargo, es seguro que existen muchos aunque quizá no son sus *pares!* Aun cuando el general Mariño, por acto de su propia voluntad marchó desde Cumaná y arrancó a Bolívar de la ruina en el crítico momento en que Real había forzado el puente de Barcelona y acosaba a los fugitivos desanimados y muy batidos que mandaba Bolívar; aun cuando Mariño en aquella ocasión obtuvo una victoria completa y salvó a los habitantes de la matanza, juzgo creíble que no se le habría perdonado si hubiese caído en ciertas manos cuando se arrestó a Piar. Mariño es oficial de talentos y hombre educado. No fué sino después de varios incidentes humillantes durante la última campaña cuando se realizó una reconciliación completa con él".

Es indudable que el afianzamiento de la autoridad suprema del Libertador desde mediados de 1818, marca el comienzo de la etapa decisiva de la guerra y de la Revolución, en su doble aspecto militar y político. Sólo Bolívar debía alzarse sobre todos sus conmilitones y establecer el mando único, cuya necesidad aparecía a los ojos de todos. Ni Mariño ni Páez podían lograr aquella unidad ni ser reconocidos

como autoridad suprema por los inquietos y heroicos cabecillas que guerreaban en toda la extensión del país, ni menos por los generales y oficiales superiores que, como Urdaneta, Soublette o Valdés, por ejemplo, formaban también parte del comando militar de la Revolución. Mariño tenía sin duda incuestionables dotes de estratégico y de táctico, pero su "prestigio" había decaído ya, sobre todo cuando se le separaron Bermúdez, Valdés y otros, dejándole sin cuadros para sus tropas. Además, su carácter proclive a la benevolencia le restaba medios para la acción de implacable rigor que pedían las circunstancias. Páez, por su lado, estaba aún y lo quedará durante largo tiempo, circunscrito al Apure y a sus llanos, y a nadie podía ocurrir que fuera de allí se le reconociese por jefe supremo. "Que se vaya a su patriecita", es decir, a Achaguas, suspiraba Soublette años después todavía. Y, sin embargo, el potro del llanero corcoveaba con frecuencia, y justamente en abril o mayo había protestado por el nombramiento que hiciera Bolívar del coronel Figueredo para la comandancia de un departamento de la jurisdicción militar apureña. A aquella protesta replicó el Libertador con larga nota en la cual mezclaba la explicación amistosa a los llamamientos severos a la disciplina: "No es posible —le dice— que Vuestra Señoría ni nadie me considere sin autoridad para constituir un jefe en un departamento cuando el nombramiento de todos me corresponde exclusivamente como Jefe Supremo de la República y como Capitán general del Ejército..." Aquella declaración de poder sobre Páez equivale, en el otro extremo del país, a su perseverante acción, coronada al fin por el buen éxito, para destruir la posición de Mariño y convertirlo definitivamente en su teniente. El padre Blanco juzga en pocas líneas, con acierto, la difícil labor que permitió al Libertador imponer su mando y su persona por sobre las ambiciones, legítimas o no, de grandes jefes y de cabecillas secundarios. "La autoridad de Bolívar —escribe aquél— podía compararse muy bien a la que ejercían los príncipes en los tiempos feudales de la Edad Media, en que los grandes señores hacían su voluntad a pesar de las órdenes de sus jefes. En nada (mejor) manifestó el general Bolívar sus talentos, su genio, conciliador

al mismo tiempo que firme, y su gran política, que en haber podido ir sujetando poco a poco la independencia caprichosa de sus generales. Observando esta sabia conducta fué que pudo al fin consolidar su autoridad suprema y formar un todo homogéneo de elementos tan fuertemente propensos a la inobediencia o a la insubordinación".

Pero la jefatura suprema indiscutida de Bolívar, a la cual hemos llegado a través de tales dificultades y vicisitudes, no era aun dogma generalmente aceptado. Ciertos oficiales británicos recién llegados lucubraban sobre la cuestión y no llegaban a convencerse de que el mando omnímodo del Libertador fuese absolutamente indispensable. El coronel Hippisley discurría acerca del modo cómo habría de terminarse aquella guerra. Para él y para muchos otros oficiales extranjeros, en 1818, Mariño era el mejor general de infantería de que disponían los patriotas, como Páez era el mejor jefe de caballerías, y en tal virtud, Hippisley, desilusionado de Bolívar e irritado en su contra por una u otra razón, creía que se podía prescindir de éste: "Con un Mariño para mandar la infantería del país —escribe—, con un Páez para dirigir la caballería, y con un refuerzo británico, digamos de 2000 hombres capaces, con un oficial británico de experiencia para mandar el conjunto, Venezuela y todos sus departamentos cederían a las fuerzas de la Independencia y los realistas serían arrojados para siempre del Continente". Escamoteado así el Libertador, cuyo genio y otros méritos tardará Hippisley muchos años en reconocer, éste piensa, entre otros generales ingleses, en Sir Robert Wilson, quien, precisamente, enviará luego su hijo Bedford como edecán al grande hombre y le escribirá noblemente: "El retrato de Vuestra Excelescia es el paladión de mi hogar".

Más audaz o imprudente que el romántico y disgustado Hippisley, el aventurero y equívoco coronel Henry Wilson lanzóse, en junio de aquel año, a proclamar a Páez jefe supremo, honor peligroso que el listísimo llanero no pudo menos de rehusar. De la polémica que posteriormente tuvieron en Londres Wilson y López Méndez, agente de los insurgentes, se desprende que el primero era una especie de instrumento del duque de San Carlos, embajador de España, y que

había ido a Venezuela, bajo el uniforme de legionario, con el propósito de servir la causa realista. Que ello sea o no por completo exacto, lo cierto es que Wilson, con la complicidad de varios oficiales venezolanos y granadinos, organizó en San Fernando de Apure un pronunciamiento para nombrar a Páez capitán general del ejército y poner de lado a Bolívar. El estado de ánimo de las tropas apureñas era entonces tan poco satisfactorio como el de las orientales. "Después que Bolívar bajó de San Fernando para Guayana —dice el general Urdaneta—, dejando en el Apure las cosas que es fácil de concebir, empezó a germinar aquel espíritu de disgusto y descontento que de ordinario es el resultado de los acontecimientos adversos, atribuyéndolos unos a unas causas, otros a otras, y pensando muchos que el modo de remediarlos era en tales casos un nuevo orden de cosas, murmurando contra la autoridad existente y preparando la opinión en favor de otra que debiera elegirse". Tal fué el ambiente donde nació aquella curiosa y peligrosa militarada de Wilson, cuyos pormenores no son para expuestos en este lugar, pero que es de señalarse por su importancia como última tentativa seria contra el establecimiento definitivo del poder supremo del Libertador. Wilson fué enjuiciado y expulsado del país y marchóse al suyo, donde, como era natural y según también lo hicieron otros de sus compatriotas desilusionados de la aventura en América, dióse a injuriar por la prensa y en todas partes a Bolívar, a los demás jefes y en general a la causa de los independientes y a los pueblos que la defendían. Muchos de aquellos oficiales, a quienes por otra parte López Méndez había hecho promesas exageradas, habían ido a Venezuela en la creencia de que se les nombraría por lo menos generales y se les darían mandos con preferencia a los oficiales veteranos nacionales, cosa evidentemente difícil, si no imposible. El diálogo que por aquellos días tuvo lugar entre el Libertador y el coronel Hippisley es muy significativo. También este inglés regresó indignado a su país y escribió su conocido libro. Hippisley pidió a Bolívar que le nombrara general de brigada, como Wilson: "Wilson no es general, ni siquiera coronel", exclamó el Libertador con vehemencia. Y como el inglés

dejara escapar algunas amenazas contra López Méndez, culpable, según él, de engaño y falacia, el Libertador "se levantó enfurecido" y le replicó que hiciera cuanto le diese la gana.

Es cierto que los extranjeros hallaban más de un inconveniente en el servicio de la República y a ello debe atribuírse en gran parte el desaliento que sobrecogió al principio a muchos de ellos. Serio motivo de disgusto concernía, ya lo hemos dicho, a las cuestiones de grados y pagos. Irvine informaba: "Como los ingleses son los únicos acreedores de este gobierno, son bastante lisonjeados por esta razón; sin embargo, todo oficial británico de valor ha sido mal tratado a causa de esos celos ingénitos o naturales tan característicos en la raza española. Los casos de ingratitud son numerosos y repugnantes. Ello no es siempre por culpa del gobierno ni de oficiales superiores, sino que es atribuíble a un pueblo salvaje e ignorante que se cree superior a todo el mundo". Y el diplomático agrega esta sugestiva anécdota: "En una comida dada recientemente para el señor H... a una selecta concurrencia, el Jefe Superior preparó un brindis "al Gentilhombre", con un panegírico en el cual le exaltó más que a Arístides o Washington y llegó al extremo de llamarle "El Libertador de Europa" (en español en el texto), etc., etc. *Vox et proeterea nihil* (Fuera de la voz, nada). ¡Un modelo de lisonja política!" Algunos escritores creen menoscabar el carácter de Bolívar diciendo que amaba aquellos elogios porque alimentaban su vanidad. En realidad, el Libertador no se tragaba como pan bendito tales embusterías y más de una vez juzgó necesario moderar la diligencia de sus aduladores. Así en plena apoteosis, por 1826, escribirá al abate de Pradt, que hiperbolizaba de lo lindo batiendo su desmedido incensario: "El paralelo que habéis establecido entre Washington, Napoleón y yo peca mucho más por la audacia que por la exactitud. ¡Me comparáis, Monseñor, a estos hombres ilustres! Washington me sobrepasaba en virtudes morales y religiosas, sobrepasando a la vez a todos los hombres en modestia y patriotismo. Napoleón es el hombre de la inmensidad: en consecuencia, lo que es limitado no tiene ningunas relaciones con lo que es infinito. Me habéis visto, Monse-

ñor, con el prisma de un telescopio gigantesco: por ello estoy pleno de confusión en lugar de estarlo de orgullo". Y recuérdese, con Rufino Cuervo, la anécdota de Bogotá, por aquellos mismos años: brindóse en algún banquete por el Napoleón y el Washington de Colombia, y Bolívar respondió con rápida ironía: "Ni tan ambicioso como el uno ni tan mal militar como el otro".

El comodoro Perry, según Handy, señalaba como uno de los motivos de descontento de los legionarios británicos el pésimo estado en que se les dejaba: "Las tropas inglesas han sido alimentadas y vestidas miserablemente y no se les han pagado sus servicios. Los oficiales están descorazonados, y el comodoro creía que habrían renunciado si el orgullo no les hubiese contenido".

Las razones que impedían en aquellos momentos que existiese unanimidad de opinión de los patriotas en favor del Libertador no eran sólo políticas, ni obedecían todas al deseo de que se estableciera por fin un gobierno de apariencia regular. En el fondo del problema del poder supremo que debía legalizarse, había también un elemento de confianza en el jefe militar que lo ejercía. Formulábanse críticas acerca de las capacidades de Bolívar como tal. Que fuesen en su mayor parte infundadas, la cuestión es secundaria: lo inquietante era que la confianza en aquél estaba lejos de ser completa y que algunos generales no aprobaban siempre sus planes estratégicos. Mariño, particularmente, creía poder formular reservas y de allí que se le haya atribuído por lo menos displicencia en la aplicación de algunos de dichos planes. En rigor, no se puede señalar ni un solo ejemplo de operación que haya fallado por falta voluntaria de este jefe; pero sí existe más de uno, y así lo hemos ya escrito, de divergencia de parecer entre el Libertador y él sobre planes de campaña. Análogo fué el caso de Páez.

Los juicios del coronel Hippisley respecto a la persona y aptitudes militares de Bolívar son tan exagerados como los de Ducoudray-Holstein. A pesar de ello recordémoslos, porque si bien nos parecen arbitrarios y falsos en su mayoría, contribuyen a demostrar cómo todavía en 1818 las opiniones sobre el particular eran harto diversas

en el campo patriota. Cuando se hacía el balance entre los buenos y los malos éxitos de las campañas del Libertador a partir de 1813, pesaban más los segundos a los ojos de la generalidad y sobre todo de ciertos oficiales superiores orientales y apureños, quienes decían que el comando de aquél no había coincidido siempre hasta entonces con la victoria. Las razones efectivas de tal resultado escapaban probablemente a una apreciación sumaria las más de las veces, pero la consecuencia era inevitable.

Bolívar —escribe el oficial británico— "no tiene talento ni habilidad de general, ni mucho menos de comandante en jefe. Los numerosos errores que ha cometido en el curso de todas sus campañas durante los últimos ocho años han casi desolado las provincias y aniquilado la población. Las sorpresas repetidas que ha sufrido por parte del enemigo (ya van siete) atestiguan mi afirmación y me sirven de apoyo para declarar que cualquiera de ellas habría desprestigiado a un cabo de guardia... La victoria que gana hoy, por costosa que sea..., se pierde mañana por algún error o negligencia palpable de su parte". Que los reproches atribuídos a Páez por Hippisley y por otros hayan sido o no efectivamente formulados, queda como probable el hecho de que reflexiones de tal índole viniesen al espíritu de los grandes caudillos como Mariño y el mismo Páez y contribuyeran en muchísima proporción a retardar el afianzamiento de la autocracia del Libertador.

Es posible que Hippisley no haya hecho sino expresar en forma brutal y despectiva mucho de cuanto oyó decir en Angostura y San Fernando, que era semejante a lo que se decía en Oriente. Porque no sólo pensaban de ese modo algunos oficiales extranjeros burlados en su codicia o ambición. Otros observadores recogían aquellas voces y las consignaban en sus informes confidenciales, Irvine y Forsyth, por ejemplo; pero las notas de éstos imponen más extenso comentario que las del inglés, porque contienen errores materiales que deben rectificarse. Es cierto que Irvine concluye por aceptar el hecho de que el Libertador no puede tener allí rivales, y admite su superioridad cuando le compara a los demás próceres venezolanos. Mas no le concede "ningún elemento de instrucción militar" y censura ásperamente algu-

nas de sus campañas. Digamos desde luego que lo que el norteamericano parece entender por "instrucción militar" no tiene nada que ver con el genio militar o la aptitud para mandar un ejército. Ni Aníbal ni César salieron de West Point. Veamos más bien la crítica de los hechos concretos.

Irvine escribe a Adams: "Como usted recuerda (Bolívar), cometió en 1814 el mismo error de dividir sus fuerzas que en 1818, y, por supuesto, no aprende. Después de la batalla de Carabobo todo parecía ganado, salvo que Boves se hallaba a la cabeza de un cuerpo considerable de caballería. Sin batir primero a éste, Bolívar destacó a Mariño (el mejor oficial que tenía) hacia San Fernando de Apure con una división, y despachó a Urdaneta con otra para Coro. Entonces Boves cayó sobre el resto del ejército de Bolívar y lo aniquiló en La Puerta, ocupando luego el país entero". Yerra, evidentemente, Irvine al hablar del envío de Mariño a San Fernando después de la primera batalla de Carabobo, pues, como es sabido, Mariño acantonó sus tropas en varias localidades vecinas al lago de Valencia, y allí permaneció hasta que recibió orden de moverse a vigilar a Boves por Villa de Cura, a la entrada de los Llanos. Es probable que se trate de una confusión con la marcha de Mariño hacia San Carlos y su derrota en El Arao, anteriores a Carabobo. Por lo demás, la división o dispersión de las fuerzas patriotas en toda aquella campaña ha sido censurada con aparente razón y justicia.

"De nuevo en 1816 —continúa el informante—, cuando desembarcó a Mac Gregor en Choroní con 500 hombres, siguió (Bolívar) a Ocumare con el resto. El valiente Mac Gregor ganó dos batallas, en Maracay y en La Cabrera; pero Morales, viendo a Bolívar solo, talló su ejército en piezas cerca de La Victoria; después de lo cual Mac Gregor cambió de rumbo y segó laureles donde quiera estuvo, aun en medio de la desesperación". También allí Irvine acomoda un tanto la historia para exaltar a Mac Gregor a expensas del Libertador, y olvidando por completo a Soublette en toda aquella aventura.

Hay un punto en esta parte de la información del agente norteamericano que creemos de importancia, porque ayuda a explicar la

posición de Mariño respecto a Bolívar, tanto en el terreno de la estrategia como en el de la política. Aludimos a las varias levas de soldados efectuadas por el caudillo oriental y que éste puso a la disposición del Libertador, con la suerte diversa que se ha visto. Bajo reserva expresa del número exagerado de soldados que fija, el hecho citado por Irvine es históricamente indiscutible y tiene especial significación cuando se lo recuerda a fines de 1818: "Se ha oído decir al general Mariño que en varias ocasiones suministró al general Bolívar (un total de) 12000 hombres, sea una fuerza adecuada para batir al triple de enemigos".

De lo que entonces se pensaba en Angostura sobre los auxilios prestados más de una vez por Mariño al Libertador tiénese otra referencia interesante en el escrito de Forsyth, quien habla especialmente de los sucesos de Barcelona a principios de 1817: "Los generales Morales y Real, que habían sabido que el general Bolívar estaba muy débil, marcharon contra él con todas sus fuerzas respectivas, y enviaron al mismo tiempo toda la flota española a Barcelona, teniendo por segura la reducción de esta plaza y la destrucción del (dicho) general Bolívar. (Entretanto), un correo del general Bolívar había llegado al cuartel general del general Mariño, a la sazón frente a Cumaná, informando a éste de su crítica situación en Barcelona y solicitando una fuerza auxiliar que le permitiera defender la plaza contra Morales y Real, que avanzaban. Entonces Mariño, dispuesto, como siempre ha estado, a obedecer órdenes, se puso él mismo a la cabeza de 1200 de sus mejores soldados, marchó inmediatamente en socorro del general Bolívar, y llegó justamente a tiempo para voltear la suerte del día en favor de las armas de la República. El general Bolívar ha hablado de esta acción como de una de las ganadas por él mismo, a la cabeza de un puñado de hombres, contra las fuerzas combinadas del enemigo; pero si algún mérito tuvieron las armas de la República, se le debe a Mariño y a los que combatieron bajo sus órdenes".

Mas si para explicar hechos y situaciones, que es una de las tareas del historiador, el testimonio franco o reticente de aquellos extranjeros es útil e importante, no nos impedirá el de comprobar que, por fortuna, llegábamos ya a la época en que, impuesto por la razón y la fuerza,

ayudadas una y otra por circunstancias excepcionales, el Libertador podrá dar su medida entera. Su genio le alzará irresistiblemente, no sólo sobre cualquier compatriota rival, sino hasta tocar cimas a que raros hombres han llegado en la historia universal. Pocos eran quienes pudiesen preverlo por 1818 y decir, como Santander, en carta de 6 de julio al *Correo del Orinoco:* "¡Felices los venezolanos, que han tenido en su seno al genio de la América!"

XXVI

EL GENIO EMPRENDEDOR Y PATRIÓTICO DE DOS HIJOS DE VENEZUELA

Como estaba previsto, Bermúdez, que saliera de Angostura el 14 de agosto con 100 soldados del batallón *Valeroso* y 300 cumaneses y escoltado por la flotilla de Antonio Díaz, encontró frente a Güiria la escuadra del almirante, y el día 24 atacó y tomó la plaza. Los realistas tenían allí 400 hombres de infantería, con seis cañones, más ocho flecheras de gran tamaño. El combate, fértil en accidentes, entregó a los patriotas la artillería y los buques enemigos, y permitió, además, recuperar el bergantín *Colombia,* perdido anteriormente. Los vencidos se retiraron a Río Caribe. Del parte de Bermúdez, que utilizó el Libertador en carta a Sedeño de 25 de setiembre, aparece: "El señor general Bermúdez ha ocupado a Güiria el 24 de agosto: todos los buques enemigos que había en el golfo, que eran 16; más de 100 muertos, 150 fusiles, 6400 cartuchos de fusil; seis piezas de artillería, víveres, correspondencia, archivo, todo, todo cayó en nuestro poder. Ocupamos sucesivamente hasta Río Caribe".

El incidente del bergantín-goleta *Colombia* provocó agria censura sobre la conducta de Brión por parte del capitán de aquél, Thomas, según se lee en *The Morning Chronicle* del 27 de noviembre. El barco llegó a Nueva York el 28 de octubre, procedente de Granada y después de veintitrés días de navegación. "El *Colombia* —dice la correspondencia— pertenece a la escuadra del almirante Brión, y fué

rescatado por las personas que se hallan ahora a su bordo. He aquí los detalles: El *Colombia* fué capturado durante la última guerra por el navío de Su Majestad (Británica) *Venerable,* de 74 cañones; vendido después para el servicio venezolano, fué uno de los navíos que estuvo con la escuadra del almirante Brión en el ataque de Güiria (en el golfo de Paria) el 23 de agosto último, siendo tomado el primer día por los españoles; recapturado, sin embargo, el 24 por la nave capitana *Victoria,* siguió con ésta a un puerto o bahía de la isla de Trinidad llamado Chaguaramas. En este lugar, e imaginando hallarse bajo la protección de las leyes inglesas, la tripulación con el capitán Thomas a su cabeza, pidieron algunas explicaciones sobre la conducta del almirante Brión en el ataque de Güiria. Todos concuerdan en declarar que su conducta fué cobarde en extremo, pues conservó su propio navío tan lejos del peligro como le fué posible, escabulléndose durante el combate y aun tendiéndose en el puente para evitar el fuego del enemigo; la mayor confusión reinó a bordo. También pidió (la tripulación) alguna parte de su paga y de las presas, pues nada ha recibido de ellas hace cierto tiempo; esto le fué negado, y se le amenazó con severos castigos si persistía en su exigencia. Entonces Thomas dejó el navío (almirante), con cerca de veinte hombres, el 1.° de setiembre, y marchó a Granada, donde también fueron el navío y el bergantín. Cuando Brión llegó, trató (la tripulación) de obtener el pago de su soldada y parte en las presas, como (compuesta de) súbditos británicos y americanos. Pero las leyes inglesas no podían ofrecerle apoyo; por consiguiente, decidieron (varios hombres), como único medio de alcanzar alguna compensación por sus servicios, llevarse el *Colombia,* a la sazón anclado en la bahía, al lado del navío de Brión y de los fuertes. Thomas y otros once hombres abordaron, de consiguiente, el bergantín en la noche del 30 último, cortaron sus cables y zarparon, sin que se hiciera ninguna tentativa para detenerles". Es indudable que no puede concederse atención alguna a esta acusación de cobardía hecha a Brión por un puñado de desertores.

Se ha dicho que Bermúdez asaltó a Güiria con sólo 70 hombres, cosa improbable. Una comunicación del Libertador a Páez, de 17 de setiembre, habla de número mucho mayor, al par que confirma, de

modo quizá demasiado categórico y exagerado, conveniente a la propaganda, la ayuda británica a que se refiere el parte del brigadier Cires. "El 24 del próximo pasado —escribe Bolívar— tomó el general Bermúdez la ciudad de Güiria; ocupa todo el golfo nuestra escuadra sutil y somos dueños de toda la costa. Los generales Mariño y Bermúdez están ya en comunicación. Son incalculables las ventajas que nos produce la ocupación de este importante golfo. Cuanto había en él y Güiria cayó en nuestro poder. El almirante Cochrane se había reunido con una fragata de 44 y una goleta de 20 cañones, con nuestro almirante Brión, el 21 del mismo mes, en la isla de Trinidad. Estas poderosas fuerzas contribuyeron mucho a la toma de Güiria y del golfo. El general Bermúdez, antes de dirigirse a aquella ciudad, tocó en la costa de Trinidad y tomó más de 400 hombres. Lleva elementos para equipar y armar 1000 infantes, y para estas horas deben faltarle ya armas, pues aquella costa está muy poblada y sus habitantes son todos excelentes soldados de infantería. Su Excelencia el general Mariño ha recibido armas y elementos para equipar 2000 infantes, y, según sus comunicaciones del 4 del presente, la división de su mando está ya en disposición de obrar". Al mismo tiempo que estas favorables noticias, el Libertador envía al caudillo llanero otras que no lo son menos: Montes ha ganado un combate en Catuaro, haciendo muchos prisioneros y apoderándose de armas y caballos; Monagas tiene en la provincia de Barcelona 2000 hombres bien equipados; el comandante Joly ha aumentado la escuadra de Brión con algunos buques mayores de guerra; el general Sedeño, por último, ha marchado a los llanos de Caracas con todo lo necesario para reorganizar la brigada de Zaraza y levantar 1000 infantes.

El acuerdo entre Mariño y Bermúdez con que contaba el Libertador no parecía muy sincero, al menos en el espíritu del cumanés, siempre lleno de suspicacia y proclive a atribuir negras intenciones a los demás, y en especial a su competidor. Había Mariño informado a otro de los generales, probablemente a Sucre, tal vez a Monagas, del suceso de Güiria, empleando el término de "evacuación" de la plaza por el enemigo. Aquello irritó de tal manera a Bermúdez, que se apresuró a escribir, con fecha 15 de setiembre, una carta que se encuen-

tra en el Archivo del Libertador, sin dirección, pero sin duda destinada a Bolívar, aunque en ella se trate a éste de usted y no de excelencia, como era de uso. La pieza es característica. El lector decidirá si era verdad eso de que Mariño hubiese "enseñado a sus tropas la táctica de no incomodar los enemigos de la libertad", así como sobre otras boberías de semejante género. También había Mariño advertido al Libertador de cierto proyecto de expedición al Orinoco que se decía tenían los realistas, y esta circunstancia sirvió de razón o pretexto para la carta de Bermúdez, que dice:

"Por mis comunicaciones de oficio se impondrá V. de las ningunas noticias ciertas que he podido adquirir sobre la expedición que le anuncia el general Mariño.—Yo creo que en esto hay algún enigma: porque darle parte a V. en 19 del pasado y no decirme nada en 9 del corriente me persuade tal vez que en el cuartel general de aquel jefe no se quiere el orden, que la llegada de V. debe restablecer, o que él conserva aún resentimientos vergonzosos contra mí y por ellos quiere se me sacrifique.—Nadie más que V. conoce mi modo de pensar, y el desprecio con que veo todo lo que puede entorpecer la marcha de nuestros negocios; y así es que con el mismo trato a los que me crean capaz de otra cosa. — Observe V. en la copia del General Marino *n° 2* la expresión *evaquación de Guyria,* como haciendo ver que aquí no se ha peleado, o que tal vez los 70 hombres que me acompañaron salieron con la idea de observar la táctica que él ha enseñado a sus tropas de no incomodar los enemigos de la libertad, y sí destruir las sementeras de los vecinos pacíficos de Cariaco, Santa Cruz, Catuaro, Caripe, San Antonio, San Francisco, etc. Yo me río de su pensamiento en esta parte, y me congratulo de que V., él, y otros, habrán visto o verán la Gaceta de Trinidad en que está inserta la relación del Comandante de la Fragata de guerra de S. M. B. Scander, que de intento vino a presenciar el combate. — Por todo esto no me crea V. enemigo de Mariño, pues yo lo amo, y quisiera que obrara bien; así lo podrá él decir: en estos días le he enviado algunas frioleras para su despensa, le he ofrecido lo que él necesite y aquí haya, que no se separe jamás de la obediencia que debe prestar a V., y que si esta fuerza y mi persona fuesen necesarias en caso de ser atacado

me avise para volar en su auxilio. — Si a pesar de lo que le digo a V. sobre la expedición española, fuese cierta, yo juro a V. por mi honor que con todas las tropas y fuerzas sutiles me introduciré en el Orinoco para incomodarla por la espalda; y si no, convendría mucho que V. me remitiese 200 hombres de los que disciplinaba el General Anzoátegui para obrar sobre Cariaco, dirigiéndose V. con el general Mariño sobre Cumaná. De este modo me parece que cualquiera tentativa del enemigo a Guayana se frustrará, y fortificada esa plaza con el todo de la fuerza que ahora contiene, podrá resistir a cualquiera división que quiera incomodarla".

Aquellos rescoldos y restos de la épica querella entre ambos generales no podían, sin embargo, impedir que el Libertador formulase definitivamente su plan de ataque a Cumaná, a cuya toma cooperarían Mariño y Bermúdez y Brión con la escuadra. Bolívar se propone marchar en persona de Angostura, a principio de octubre, "con mi ejército sobre Barcelona o Cumaná, según lo exijan las circunstancias". A tal efecto, ordena a Monagas que ataque a Barcelona y a Mariño y Bermúdez que "combinando sus operaciones y movimientos, se acerque el primero todo lo posible a Cumaná y el segundo recorra la costa, levante cuerpos, discipline, arme, etc., y se aproxime por Río Caribe y Carúpano; de modo que a principios de octubre estén cerca de Cumaná y sobre la costa para obrar activamente". Sedeño, quien está organizando y disciplinando tropas en la provincia de Barcelona y deberá atacar la división realista que se mantiene del otro lado de Quebrada Honda, asumirá, además, en unión de Monagas "la responsabilidad de asegurar la subsistencia de las tropas a cuyo cargo está la toma de Cumaná". Brión concurrirá para obrar con la escuadra de acuerdo con las tropas de tierra. El almirante tratará de incorporar los buques de Aury y de Joly, quienes, según ciertos informes, se hallan en Margarita. El Libertador afirma al Consejo de Estado que en lo sucesivo el buen éxito de la guerra es seguro. "Nuestro ejército ha recibido lo que siempre le ha faltado: armas y municiones; y se ha equipado tan completamente cuanto era de apetecer". Por otra parte, los voluntarios británicos siguen llegando a Venezuela. Correspondencia de San Tomas, de 12 de

setiembre, publicada en *The Morning Chronicle* de 17 de noviembre, describía la situación tal como la consideraban los patriotas: "El almirante Brión con su flota y Bermúdez con su ejército tomaron últimamente a Güiria y con fuerzas concentradas marchan ahora a lo largo de la costa para atacar a Cumaná. Bermúdez está en Cariaco, entre Carúpano y Cumaná, distante de esta plaza alrededor de cinco leguas españolas y la embestirá tan pronto como Brión esté pronto a comunicarse con él por el lado del mar. Esta información me ha sido transmitida por personas dignas de confianza. Al mismo tiempo, Morillo es atacado en el interior por todas partes..." Los caudillos patriotas, decíase, habían llegado ahora a perfecto acuerdo. Un oficial inglés escribía de Angostura, el 10 de agosto: "Que Mariño, quien hasta ahora obrara independiente de Bolívar y de otros, había reconocido a Bolívar como jefe de la República, del mismo modo que lo hicieran antes todos los demás generales patriotas, y había adherido sinceramente al plan general de ataque con sus 1500 soldados bien disciplinados. Páez está en (San) Fernando de Apure con 2000 hombres, entre los cuales hay 300 ingleses de a caballo. Pérez (Nonato) está ahora en los llanos de Barinas con 2000 hombres. Zaraza tiene alrededor de 2000 hombres, de caballería en su mayor parte, en los llanos de Caracas, donde hostiga a los españoles por todas partes a pesar de las inundaciones. Diariamente se envían aquí prisioneros, y si el plan actual se realiza el ejército real quedará pronto destruído. Bermúdez opera con Brión en la costa, y Bolívar reúne aquí y en los llanos llamados Las Misiones un ejército de cerca de 3000 hombres, que se está organizando bajo el general Anzoátegui".

En el mismo periódico, otra carta, de Trinidad esta vez y fechada el 25 de setiembre, confirmaba las posiciones que a la sazón ocupaban los jefes republicanos: "El general Bermúdez ha reunido 500 soldados que se encuentran en las montañas de Güiria y ocuparán pronto toda la costa hasta Cumaná. Mariño está en Maturín con 1500 a 2000 hombres; y Montes en Cumanacoa con 300. El almirante Brión se halla en Granada, abasteciendo sus navíos. Margarita está llena de presas".

A última hora, el Libertador dispuso que Anzoátegui, en vez de ir a juntarse con Monagas, fuese a reforzar el ejército de Apure, cuya

tarea consistía en contener a Morillo mientras se desarrollasen las operaciones de Oriente.

No pudo, sin embargo, Bolívar, retenido como se verá por los asuntos políticos, salir de Angostura a principios de octubre, según había creído poder hacerlo. El 18 piensa marchar para el cuartel general de Monagas, a quien supone dueño de Barcelona y, de allí, seguir contra Cumaná, plaza que de aquel modo será atacada por tres lados y por mar. El coronel Mariano Montilla, recién vuelto a las filas patriotas, fué a Maturín y habló con Mariño. Bolívar le escribe: "Recibí el oficio de usted de 8 de octubre y quedo impuesto de cuanto me comunica y del plan de operaciones que usted ha acordado con Su Excelencia el general Mariño para la rendición de Cumaná, el que es de mi aprobación". Reténgase esta aprobación expresa por el Libertador de los planes militares de Mariño, para oponerla a otra arbitraria aseveración de Larrazábal de haber obrado el general, en próxima ocasión, "contra las instrucciones que tenía". Por lo demás, el plan de operaciones combinado por los generales patriotas no era secreto, y el corresponsal que enviaba de Nueva York la carta arriba citada decía en ella: "El ejército de Mariño, parte en Maturín y parte en Cumanacoa, consiste en 1500 hombres y puede llegar a 2500, tan pronto como reciba la cantidad de ganado, que está ya en camino, para su subsistencia"; y explicaba, según noticia de 12 de octubre: "Nos enteramos de que las tropas independientes están preparando su movimiento de avance. El general Mariño ha marchado de Maturín contra Cumaná, y el general Bermúdez también de Güiria para ocupar a Caribe (Río) y Carúpano y reunirse con Mariño en Cariaco". Hay más: desde el 12 de setiembre anterior, se escribía de Puerto España a *The Morning Chronicle:* "Se espera que las operaciones combinadas del general Mariño con el general Bermúdez comenzarán dentro de pocos días a lo largo de la costa. El primero está en Maturín con 1500 hombres y el segundo en Güiria con 400, pero sus tropas se aumentan diariamente con los patriotas dispersos. Bermúdez desembarcó sólo con 80 soldados, habiendo sido chasqueado por 200 de Barrancas que, por error, marcharon a juntarse con Mariño..." Por último, en otra carta, de Trinidad igualmente

pero sin fecha, se comunicaba "el 5 del pasado", es decir, de noviembre: "El general Mariño se ha movido de Maturín contra Cumaná; su ejército, fuerte de 2000 hombres, marchó el 10... Tengo entendido que Mariño va a desalojarlos (a los realistas) de Río Caribe y Carúpano, antes de atacar la capital de Cumaná por mar y tierra".

Si Bolívar no ha salido para Oriente en la fecha anunciada, es porque decisiones políticas de la mayor importancia reclaman su presencia en Angostura. Se trata de reunir un congreso nacional, de normalizar una vez por todas la vida del Estado que, creado y afirmado ya por la fuerza de las armas, puede y debe entrar de lleno en el camino de su desarrollo constitucional. A las necesidades internas que imponen la nueva orientación, júntanse las de carácter externo que tanto habían influído en el ánimo de los próceres de Cariaco y que se han hecho más imperativas. No es ya posible contener la Revolución dentro de los límites del campamento y urge colocarla de nuevo en el vasto cuadro de las instituciones políticas y civiles que, nacidas en 1810 y consagradas por el Congreso de 1811, hicieron de Venezuela, en el orden del tiempo, la primera de las repúblicas latino-americanas. Ni en la letra ni en el espíritu la Constitución por venir será copia de la antigua, pero las dos habrán recibido inspiración en los principios de la independencia y libertad cuya esencia es de tradición racial, y han sido formulados durante el siglo XVIII por filósofos y políticos de ambos mundos. El 1.° de octubre de aquel año 1818, el Libertador cree llegado el momento de decir a su Consejo de Estado: "No basta que nuestros ejércitos sean victoriosos; no basta que los enemigos desaparezcan de nuestro territorio; ni que el mundo entero reconozca nuestra independencia. Necesitamos aún más: ser libres, bajo los auspicios de leyes liberales emanadas de la fuente más sagrada que es la voluntad del pueblo". Y, al manifestar su deseo de ver restablecido prontamente y bajo forma representativa el gobierno de la República, Bolívar declara la "imposibilidad que hay para que un general sea a un mismo tiempo el magistrado y el creador de un nuevo gobierno". No fuera otro el lenguaje del general Mariño en Cariaco, por mayo de 1817. Sesión decisiva esta del 1.° de octubre en que se nombró a Urdaneta presi-

dente interino del Consejo de Gobierno y vocales a Roscio, director de rentas, y a Peñalver, intendente del ejército.

En proclama del 22 siguiente, el Libertador recuerda cómo del campo de batalla de Carabobo había vuelto "a convocar los representantes del pueblo (para) que constituyesen el gobierno de la República", y cómo había querido en 1816 reunir un congreso en Margarita: "Los sucesos de la guerra —agrega— no permitieron, sin embargo, este anhelado acto de la voluntad nacional. Libre Guayana y libre la mayor parte de Venezuela, nada nos impide ahora devolver al pueblo sus derechos soberanos".

Convocado el pueblo a elecciones, García Cádiz, secretario del Consejo de Estado, redacta el respectivo reglamento, que el Libertador publica y manda aplicar. En la parte expositiva de dicho reglamento se exalta el mérito de los generales y oficiales que, muertos en la terrible lucha o vivos aún y prosiguiéndola, han consagrado sus esfuerzos a libertar la patria. No vemos allí los nombres de Ribas ni de Piar; y, según el documento, Juncal es victoria de Mac Gregor. En cuanto a Mariño, su mención es altamente honrosa, y sus servicios aparecen allí equiparados a los del propio Libertador: "No es de este lugar la curiosa historia del reinado de Monteverde, de su conducta pésima y del trágico fin de sus campañas. Baste decir que Venezuela, por el genio emprendedor y patriótico de dos hijos suyos, recobró de nuevo sus derechos casi en todos los puntos donde había prevalecido la libertad antes del terremoto. Casi al mismo tiempo en que el general Mariño derrocaba la tiranía sobre las costas de Güiria y Maturín, el general Bolívar, al frente de una división con que fué auxiliado de Santa Fe, marchaba rápidamente a la salvación de la Patria, allanaba cuantas dificultades le oponían sus enemigos; penetraba por los límites de Nueva Granada y otras provincias; obtenía nuevas y señaladas victorias sobre los ejércitos realistas al mando de Monteverde, y llegaba triunfante a la capital de Caracas". La política se inspira entonces en tan deliberado espíritu de conciliación, que hasta los propios incidentes que determinaron la vuelta del Libertador a Haití, y que se resumen en el odioso motín de Güiria, reciben absolución decente: "Nuevos reveses obligan a este general (Bolívar) y al

comandante de las fuerzas navales a volver en demanda de nuevos auxilios a la isla de Haití. Entretanto, abierto el camino de Carúpano y Güiria con el socorro de la primera expedición, entran y se reúnen los generales Mariño y Bermúdez; se ponen en contacto con los generales Sedeño, Zaraza, Monagas y Páez, y manifiestan a nuestros enemigos la vanidad de sus conatos para extinguir en Venezuela el fuego divino de la libertad".

A aquellas comprobaciones, que respondían no sólo a la política, sino también, en su mayor parte, a la historia verdadera, conviene juntar aquí, porque parecen obedecer al mismo espíritu, las que figuran en cierto informe atribuído a Roscio y que hemos citado en otra parte. En este documento, posterior a Boyacá, se lee: "La segunda (época de la República) empezó por los esfuerzos del general Bolívar, que con 800 granadinos destruyó en diferentes combates las tropas españolas hasta tomar a Caracas, mientras el general Mariño, desembarcando en la costa de Güiria, provincia de Cumaná, con unos pocos hombres y fusiles, conmovió sus habitantes, ganó diferentes acciones y en breve se reunió con el general Bolívar... Venezuela sucumbió al poder de Boves, cuyo carácter feroz y destructor es difícil describir, y los generales Bolívar y Mariño, que habían dirigido aquella gloriosa aunque desgraciada campaña, perdida la esperanza de sostener con suceso las armas de la República, se embarcaron para Cartagena en el puerto de Cumaná, con el designio de buscar una segunda vez auxilios en la Nueva Granada para continuar la guerra. Los generales Ribas y Bermúdez, que quedaron a la cabeza del resto de los patriotas, se retiraron al pueblo de Maturín, que desde el año 1813 se había hecho memorable por los heroicos esfuerzos que bajo la conducta del general Mariño habían hecho sus habitantes para restaurar la libertad de Venezuela".

Aparte de cuanto significaba para el país la decisión de convocar al fin una asamblea constituyente, formulábanse en el escrito firmado por García Cádiz dos de los grandes pensamientos cuya realización se dispone Bolívar a emprender: la creación de Colombia y la independencia de todo el continente hispánico. A la primera de aquellas ideas obedece la invitación que se hace a la provincia de Casanare

para que nombre cinco diputados al congreso, a fin, dícese, que aquélla pueda consultar mejor "la emancipación y libertad de la Nueva Granada, en que tienen los venezolanos contraída una obligación especial", y a cuyo territorio se preparan éstos a llevar de nuevo la guerra: "Auxiliadora de nuestras libertades en la segunda época de la República, nosotros todos debemos corresponderle con otro tanto, por lo menos. La sangre de los hijos de Santa Fe se ha derramado por la salud de nuestro país: nada, pues, es más justo que derramar la nuestra por la salud del suyo. Nosotros no podemos dejar de recordar con sentimientos de gratitud y admiración la memoria de los valientes que corrieron a nuestro auxilio desde el Bogotá". Pagada la deuda con la liberación del territorio granadino, ambos Estados se fundirán para formar la gran República, volviendo al "plan de una incorporación que estaban concertando" y que las derrotas interrumpieran. "A sus respectivos congresos —concluye el reglamento— toca esta materia importante; nos contentaremos con recordarla, complaciéndonos de antemano con la idea del suceso que esperamos".

Respecto al resto de América, la resolución está tomada y la Revolución venezolana llevará sus armas al Sur y al Norte, "hasta Lima y Acapulco, en auxilio de nuestros hermanos y compañeros en la dura suerte de la esclavitud". La causa de Venezuela es la de Buenos Aires, de Chile, de Nueva Granada, de México, y "poco habríamos hecho si, reconquistada la independencia venezolana, nos circunscribiésemos a los términos de estas provincias y no aspirásemos a la emancipación de todo el hemisferio colombiano". Se cita el ejemplo de grandes fechas venezolanas, señalándolas como precedentes y primordiales en la Revolución continental: "Muy estrecho círculo daríamos a nuestro patriotismo, a nuestras victorias y sacrificios, si éstos hubiesen de quedar reducidos a la libertad y felicidad de menos de un millón de almas; si los demás millones esparcidos y oprimidos por las vastas regiones de nuestro Continente no recibiesen de nosotros sino el ejemplo del 24 de noviembre de 1808, el del 19 de abril de 1810, el del 5 de julio de 1811 y el de la constancia y firmeza

contra los asaltos de la tiranía y contra los reveses de la fortuna". Nótese que el Libertador y los próceres que le acompañan, si bien aluden en aquellos momentos a las victorias pasadas, parecen pensar sobre todo en las futuras, en las que América espera, y de las cuales saldrá, definitiva, la Independencia: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín, Ayacucho. Y es la primera vez, quizá la única, que se invoca en un documento oficial y patriota, al lado de las fechas ya clásicas y obligatorias de abril y julio, la de 23 de noviembre de 1808, que marca la remisión al capitán general por el conde de Tovar, el marqués del Toro y el futuro marqués de Casa-León de la representación de los mantuanos y otros notables en favor de la constitución de una junta. Como es sabido, en aquel entonces, y en vista del movmiento general provocado en la Península por la invasión napoleónica, los señores caraqueños, "para precaver todo motivo de inquietud y desorden", juzgaron "que el medio más conveniente es de elegir y constituir representantes del pueblo que traten personalmente con el señor presidente, gobernador y capitán general, de la organización y formación de dicha junta suprema". Doble objeto tenía, sin duda, la evocación del importante suceso: exaltar, orgullosamente, la prioridad de Venezuela en la revolución por la Independencia, con esa primera formal tentativa de hacer entrar en el gobierno a "representes del pueblo" y, cosa más importante aún en la ocasión, recordar el patriotismo de los nobles criollos, sus servicios y sus sentimientos democráticos. Bolívar ha proclamado esto último en su personal y pública acusación de Piar: conviene ahora insistir en ello para borrar diferencias y destruir, si posible, los restos del odio entre castas que, nacido de la tormenta guerrera, recibiera nuevo aliento con prédicas como la atribuída al héroe fusilado. La mayor parte de los hombres de noviembre, por una u otra razón, no aparece ya en las filas de la patria militante, y algunos están frente a ella. No importa: el hábil Libertador, que no reniega sus propios orígenes, vuelve hoy por la memoria de las gentes de su casta que esgrimieron la bandera. Es una manera de restablecer con la verdad histórica la unidad política y su tradición. Sólo hay un olvidado en todo aquello: Miranda.

Los extranjeros residentes a la sazón en Angostura no parecían confiar mucho en la realización de los proyectos del Libertador, si juzgamos por el ejemplo de Irvine, quien a este respecto da prueba de extraordinaria miopía, cuando el 14 de setiembre informa a Adams, en frases que trata de hacer irónicas y que por su oscuridad traducimos con cierta dificultad: "Considero la pretensión de proteger a Nueva Granada que tiene el Jefe de Venezuela como una quijotería (palabra española subrayada en el texto). No sé cómo puede el más débil proteger al más fuerte. Probablemente Pueyrredón, etcétera, cuyos títulos implican que llevan las riendas de la autoridad de toda Sur-América, aliviarán a Bolívar en su nuevo oficio, título, molestias y todo cuanto con éste se relaciona. En un tiempo existían (en Nueva Granada) hombres más instruídos y capaces que en cualquier otro reino o provincia de la América española; pero Morillo, después de su campaña de exterminación, dió, en dos lacónicas epístolas, la triste historia de ello. ¿Y por qué el mayor destructor no sería el mejor historiador?" E Irvine traduce dos frases conocidas escritas por el Pacificador a Montalvo y a Moxó y que aluden a sus ejecuciones en el Virreinato.

Es interesante la cita que Irvine hace aquí de Pueyrredón, a quien el Congreso de Tucumán había nombrado el 3 de mayo de 1816 Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El 19 de noviembre del mismo año, el Director envió al Libertador una comunicación acompañada de una proclama dirigida a los venezolanos. "Por más que el esfuerzo del despotismo y la ignorancia —decía el ilustre argentino— procure confundir la fama de los héroes, ella corre de región en región, arrebatando en todas partes el respeto y la admiración de los hombres. La invicta Venezuela, sembrada de escombros y cadáveres, se presentaba como un monumento solitario para recordar a la América el precio de la libertad y la fuerza del bárbaro español; y la sangre derramada sobre el pavimento de aquella República parecía renovar la memoria de un pueblo magnánimo e incorruptible por la fatalidad. Pero el Eterno conserva a ciertos genios para consuelo de la humanidad afligida, y Vuestra Excelencia ha sido destinado para vengar las injurias de los inocentes, para dar

nueva vida a su patria, y para ofrecer a todas las naciones el inagotable poder de un alma grande, consagrada al bien de sus semejantes... Mientras tanto, no pudiendo prescindir los habitantes del Continente Americano del tierno interés con que miran los triunfos de sus hermanos, han manifestado en la efusión de su júbilo el profundo sentimiento de admiración y gratitud a las virtudes públicas de Vuestra Excelencia y la de sus compañeros de armas. Reciba, pues, Vuestra Excelencia sus votos eficaces por la gloria y acierto de su empresa; sírvase admitir igualmente mi reconocimiento, e ínterin llega ocasión favorable de reiterar a Vuestra Excelencia mi respeto, espero que la unidad de causa que anima a ambos ángulos de la América, contribuirá a franquear la hospitalidad y acogida que reclamen en el territorio de Vuestra Excelencia los ciudadanos pertenecientes a las Provincias Unidas de Sur-América, cuya suprema dirección me está encargada como me honraré, en dispensarla liberalmente a los súbditos de Vuestra Excelencia".

A la carta iban anejos varios documentos impresos "referentes a los tiranos de Cartagena, Caracas y otros pueblos de América" y que habían sido tomados a buques españoles apresados por corsarios de bandera argentina.

Pero más importante que estos papeles era la proclama a los venezolanos, que Pueyrredón acompañaba también a su comunicación. En ella afirma todavía el Director la unidad de la causa que defienden argentinos y venezolanos, exalta la amistad de ambos pueblos y expresa su esperanza de que sabrán en común dar "nuevos e inmortales días de gloria a nuestra patria", es decir, a América toda: "Compatriotas y amigos —dice—: Hasta ahora hemos carecido de ocasiones en que poder testificarnos la parte que hemos tomado en vuestras desgracias y en vuestras antiguas y recientes glorias; pero siendo una misma nuestra causa, no podréis dudar que hayamos mirado el éxito de vuestros nobles esfuerzos con el mismo interés que nos inspira nuestro propio destino. Moradores de un mismo continente, víctimas de unos mismos ultrajes y compañeros en unos mismos peligros, no ha podido la distancia ni la diversidad de la fortuna hacer que no sean también unos mismos los sentimientos que nos animan

y que dejemos de dividirnos indistintamente el dolor en los contrastes y la gloria de los triunfos. Recibid, pues, a nombre de los pueblos que tengo el honor de presidir, la expresión sincera de sus ardientes votos por la prosperidad de vuestros sucesos y los plácemes que os dan por el nuevo esplendor con que hoy se divaga por el orbe la fama de vuestros ilustres hechos. Ningún homenaje puede seros más apreciable, pues que el mérito de los elogios se ha de estimar por los afectos ingenuos de quienes los tributan. Hacemos alarde de que nadie podrá disputarnos el honor de ser los más interesados en vuestra dicha ni de admirar más la constancia que os ha hecho superar todos los obstáculos que se opusieron a vuestro heroico brío. Esperamos recibir bien pronto la fausta nueva de que habéis arrojado de vuestro suelo a los tiranos, lavando con su sangre la nota afrentosa de haber estado tanto tiempo sometidos al imperio de unos monstruos. Llegará el día en que coronadas de laureles vayan a reunirse nuestras armas triunfantes, llevando desde los extremos del continente austral hasta el centro oscuro donde mora, como en sus últimas trincheras, el despotismo agonizante, la paz, la fraternidad y la libertad: objetos adorados de tantos anhelos y de tantos trabajos".

Tres meses antes del informe de Irvine, el 12 de junio exactamente, el Libertador había a su vez lanzado una proclama a los argentinos y, excusándose del retardo, respondido a Pueyrredón: "Vuestra Excelencia puede asegurar a sus nobles conciudadanos que no solamente serán tratados y recibidos aquí como miembros de una república amiga, sino como miembros de nuestra sociedad venezolana. Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad. Excelentísimo señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano que formando de nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así, si el cielo nos concede este deseado voto, podría llamarse la reina de

las naciones y la madre de las repúblicas". En su proclama Bolívar dice: "¡Habitantes del Río de la Plata! La República de Venezuela, bien que cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional".

Reproducimos, al menos en parte, esos nobles textos porque su lectura explica la frase sibilina del agente norteamericano. Por lo demás, los de Pueyrredón no han sido suficientemente divulgados en Venezuela.

XXVII

CUANDO LAS POTENCIAS SE UNEN PARA DESTRUIR LA REPÚBLICA

El doble bloqueo instituído en las costas venezolanas por realistas y republicanos alimenta, si así puede decirse, la escasa correspondencia diplomática que durante el año de 1818 mantienen con ambos bandos las dos potencias interesadas en el libre comercio y en el contrabando con nuestras provincias, Inglaterra y Estados Unidos. Disputas de Woodford con los españoles, controversias de Irvine con los patriotas por las presas respectivas dan la nota de política exterior y plantean problemas de carácter internacional en medio de la interminable lucha intestina que desgarra a nuestra nación. En aquella época recomienza a precisarse la personería jurídica del Estado venezolano como miembro de la comunidad internacional porque con el asiento definitivo del poder público en Angostura y la organización, aunque precaria, de un aparato gubernativo civil, la Revolución cesa de ser para el extranjero, en la apariencia por lo menos, una aventura puramente militar sujeta al azar de las batallas.

La zona del bloqueo de las costas venezolanas mantenida por los españoles se extendía de Maracaibo a Paria, la de los patriotas se concentraba en las bocas del Orinoco, siendo punto de intersección las aguas de la isla de Trinidad. De allí la situación particularmente embarazosa de las autoridades británicas y su perplejidad ante la

necesidad de defender de unos y otros los intereses de la colonia y del imperio en general. Por el momento, el principal pleito de Woodford es con los españoles, quienes han asumido una actitud netamente agresiva y tratan sin miramientos al pabellón de Su Majestad. "No hay comercio digno de mención con el Orinoco —dice Woodford—. Los cruceros realistas interceptan todo y sus cañoneras se conducen muy mal".

Otro problema que se ofrece a la consideración del gobernador es la inicial afluencia de voluntarios británicos hacia las filas patriotas. Cuestión grave, que se resolverá luego por la tolerancia y tácito consentimiento de que darán prueba las autoridades metropolitanas, pero que en los primeros tiempos pesaba mucho en el ánimo de todos los gobernadores antillanos, cuyas anteriores y renovadas instrucciones eran de guardar estricta neutralidad en el conflicto. A veces, Sir Ralph parece preocupado por el hecho de que los voluntarios que llegan a Trinidad y se enteran de la situación real en Venezuela hesitan en meterse en la aventura y rehusan continuar camino. Tal fué el caso, por ejemplo, de treinta y cuatro jóvenes llegados en la goleta *Morgan Rattler,* y a los cuales se refieren dos notas a Bathurst de 6 de enero y de 11 de febrero. La derrota de La Hogaza produce en Trinidad deplorable impresión y hace reflexionar a los voluntarios. Bolívar debe volver a su concentración en Angostura. Los recién venidos "han renunciado prudentemente a seguir al Orinoco, donde la causa independiente no gana terreno. Los (patriotas) no comercian con productos que están en manos de los realistas; los indios desertan y se llevan el ganado al interior; y las pocas mulas que se encuentran son apenas comerciadas con quienes les suministran pólvora de fusil".

Sir Ralph vive en una de sus épocas de fe en el triunfo final de los españoles. "De Caracas —continúa— he tenido últimamente las noticias más favorables con que se pueda contar. Se han recibido órdenes muy positivas de Madrid para que el perdón general tenga completo efecto; y diariamente aumenta la confianza en el carácter del capitán general, brigadier general Pardo; el comercio renace y muchas familias emigradas han regresado ya, entre otras las hermanas

del marqués del Toro". El gobernador se hace aquí eco de la reputación de clemencia que se diera a Pardo, un tanto usurpada si se recuerda su conducta en Oriente y las palabras de cierta comunicación suya que hemos citado. Y vuelve Woodford a su tenaz esperanza de la paz en América y, con ella, del restablecimiento económico de aquellas regiones: "En la eventualidad de feliz mediación entre España y sus colonias, ¿puedo esperar que Vuestra Señoría estaría dispuesta a ensayar el efecto del comercio libre en esta isla? Sólo por esa medida podría contrarrestarse efectivamente el comercio danés y norteamericano con las vecinas provincias de Guayana y Cumaná".

Reanudar el comercio de su ínsula y el británico en general con Tierra Firme es la idea fija de Woodford. El aspecto político del problema, que Venezuela sea estado independiente o capitanía española son cosas indiferentes para aquel funcionario concienzudo, encerrado en su criterio puramente administrativo. Sólo le molesta el bloqueo, venga de donde viniere. Por el momento se queja del apresamiento por los españoles de dos goletas, la *Governor Smith,* de Londres, y la *George Buttler,* de las Bermudas, cargada una de manufacturas inglesas de "calidad inocente", otra con cincuenta y cinco mulas procedentes de Maturín. La flotilla realista del comandante Echeverría cruza sin cesar las aguas del golfo de Paria y cierra el río Guarapiche, canal de los productos maturineses. Los capitanes de las referidas goletas exponen sus casos en extensos pormenorizados memoriales y reclaman respectivamente indemnizaciones de cuatro mil y de diez mil dólares. Será necesario que el gobierno español pague porque aquellas presas son ilegales, dada la ignorancia en que alegan los interesados haber estado del decreto de bloqueo. Más adelante veremos cómo ocurría que los lesionados por el bloqueo de los patriotas invocasen también la ignorancia como excusa. Al transmitir las quejas a Londres, el 12 de marzo, Sir Ralph emplea un lenguaje más bien benévolo hacia los realistas, o al menos hacia los españoles. "No había querido —dice— molestar a Vuestra Señoría con el relato de las mortificaciones que hemos tenido aquí hace algún tiempo en materia de comercio, desde que por comunicaciones de Vuestra Señoría me enteré de que el gobierno de Su Majestad no estimó prudente dar

las instrucciones propuestas a los buques de guerra o permitir a los buques coloniales armarse para proteger el comercio. Primero los independientes y de poco tiempo acá los realistas han ejercido el dominio completo del golfo y en consecuencia el del comercio de este puerto; y aunque no tengo grandes razones para dolerme de la conducta personal de los oficiales españoles, los individuos de color que se emplean en sus barquichuelos ejercen tal grado de insolente autoridad que es extremadamente irritante y en muchos casos juzgada con severidad por los habitantes. Aunque rara vez está en mi poder castigarles, sucedió no ha mucho, por fortuna, que apresé a uno de ellos y confío en que ésto podrá tener benéfico efecto".

Veamos lo que en esta materia de bloqueo y relaciones internacionales pasaba del otro lado de la colina, si se nos permite emplear esta expresión familiar de Wellington. El gobierno de los Estados Unidos, que, como se sabe, había mantenido en Venezuela algún cónsul o agente comercial desde el tiempo de la Primera República, resolvió a fines de 1817 diputar a Baptis Irvine ante las autoridades republicanas con el preciso fin de obtener satisfacción por el apresamiento de dos goletas, que la flotilla del Orinoco había sorprendido en pleno delito de romper el bloqueo de los puertos guayaneses que estaban aún en poder de los realistas. En capítulos anteriores hemos utilizado con abundancia los informes y opiniones de Irvine sobre los sucesos y los hombres de la Revolución venezolana en aquel período. En cuanto al objeto principal aparente de su misión, no parece que debamos detallar aquí la discusión que, de julio a octubre de 1818, sostuvieron el Libertador y el agente norteamericano acerca de la validez de las presas y en general de los derechos de los neutrales. Indiquemos solamente que por las notas cambiadas, muy importantes para la historia de nuestra diplomacia, se ve que el problema fué estudiado en Angostura por funcionarios conocedores de la doctrina y de los precedentes, hábiles defensores de principios que se mostraron, en cuanto a algunos de éstos, más instruídos y avanzados que su interlocutor. La base, o una de las bases de la argumentación de Irvine en la controversia era que no había tal bloqueo efectivo: "Las ciudades (de Guayana) —decía— estuvieron bloqueadas durante mu-

chos meses por infantería y caballería. En general (los patriotas) no tienen artillería, o sólo piezas de poca importancia que no merecen seria mención". Agreguemos que una de las goletas motivo de la disputa era la *Tigre,* a la cual se refiere el capitán Castelli en la narración que atrás citamos.

El examen de los papeles del agente norteamericano permite marcar una etapa en la evolución de la actitud de los Estados Unidos hacia el reconocimiento de Venezuela como Estado independiente. Faltan todavía algunos años para ello, y cuando el reconocimiento llegue la República formará parte de la de Colombia. Pero ya se comprueba un hecho importante: existe un gobierno venezolano, instalado en una capital, la palabra gobierno aplicada al poder supremo ha adquirido verdadera significación, y ejerce ahora la autoridad indiscutida Bolívar, cuyo prestigio crecerá extraordinariamente a partir del año siguiente, cuando abra la serie de sus victorias decisivas.

El encargo de Irvine fué definido en la nota de instrucciones que le comunicó, con fecha 31 de enero de 1818, el secretario de Estado John Quincy Adams, que hallamos inserta en la compilación de Manning y a la cual aludimos ya. Véase, desde luego, cómo considera Adams aquel gobierno y con cuánta precaución ordena a su agente que lo aborde:

"Entre los papeles cuyas copias han sido enviadas a usted figura una comunicación recibida en este departamento en julio último, por el correo de Baltimore y aparentemente transmitida de la isla de Jamaica. Está en forma oficial y anuncia el restablecimiento del gobierno supremo de la República de Venezuela, que consiste en las provincias de Barcelona, Caracas, Cumaná, Margarita, Mérida, Trujillo y Barinas. La comunicación menciona a D. José Cortés Madariaga como encargado de la correspondencia con los gobiernos extranjeros. Este acto parece haber sido consumado en la isla de Margarita y uno de sus adherentes es el almirante Brión. Sin embargo, ninguna otra comunicación se ha recibido de ellos y si se puede dar crédito a la información muy imperfecta que viene de aquel país, que nos llega por impresos públicos, el general Bolívar ha rehusado reconocer aquel gobierno, y en su lugar hay otra organización constitucional en

la cual la autoridad ejecutiva reside en un Consejo a cuya cabeza está el general Bolívar y de que forma parte el mismo Brión. A esa autoridad suprema reconocida por Brión, cualquiera que sea su forma y dondequiera que resida, presentará usted sus demandas de la restitución o indemnización que se debe a nuestros ciudadanos en ambos casos. Usted solicitará tal objeto ante las autoridades existentes, con toda la discreción, moderación y comportamiento conciliatorio que se deberían a cualquier gobierno bien establecido y reconocido universalmente. Mas, con toda la deferencia respetuosa y necesaria en cuanto a forma, se espera que usted mantendrá con firmeza, y resultado, los derechos de las víctimas, que se le confían". Así queda liquidada en lo concerniente a uno de los dos principales gobiernos extranjeros cuya actitud interesaba a Venezuela, la tentativa de Cariaco y, en cambio, aparece el gobierno constituído en Angostura como capaz ya de mantener diálogos diplomáticos y figurar con valor internacional.

Hay otra cuestión que preocupa a Adams, y que es ciertamente en su ánimo más importante que la reclamación relativa a las goletas: la cuestión de la isla Amelia. Cuando Sir Gregor Mac Gregor riñó con Piar y algún otro jefe patriota en Barcelona y abandonó nuestro país y la causa de la Independencia por la cual venía peleando, fué a lanzarse en su famosa aventura. Entre las informaciones consulares llegadas al duque de Richelieu, ministro de Luis XVIII, encontramos la siguiente en una nota fechada el 31 de julio de 1817: "La isla Amelia fué ocupada por Mac Gregor el 29 de junio último, conforme tuve la honra de señalároslo. Después recibimos la capitulación. Este jefe de los insurgentes llamó por medio de una proclama a todos los habitantes que se habían alejado, fijó un lapso a los que no quisieren quedarse para disponer de sus propiedades, e instituyó una orden en favor de los conquistadores de la isla. Ha avanzado, pero no bastante para hacer temer que se apoderará de San Agustín antes de que los españoles, vueltos de su terror pánico, estén en capacidad de defenderlo". Hyde de Neuville, ministro de Francia en Washington, decía al mismo Richelieu, el 29 de setiembre: "Iré hasta confesar que en el asunto de la isla Amelia veo relaciones muy diferentes que han

concurrido a una misma acción. Si no me engaño, Mac Gregor ha sido a la vez agente directo de Inglaterra e indirecto de este gobierno (norteamericano). De un lado habría recibido misión de barajar las cartas y comprometer esencialmente a los americanos; y del otro se ha visto tal vez víctima de su duplicidad, pues el ataque contra Amelia no fuera al principio sino un medio de forzar a España a ceder las Floridas. Este Mac Gregor ha dejado su ejército, reducido según parece a 162 hombres". Hasta dónde tuviese razón el ministro de Francia en atribuir tal doble papel al escocés y aquellos maquiavelismos a los gobiernos de Londres y Washington, es cosa que no nos corresponde establecer aquí. El 1.° de octubre, Hyde de Neuville informa, con algún atropello cometido por corsarios de Amelia contra buques franceses, que un cuerpo de 350 españoles había desembarcado en la isla el 13 anterior; pero que la llegada improvista de cuatro o cinco barcos mexicanos con socorros le forzó a retirarse. San Agustín no corría ya riesgo de perderse. Con fecha 17 del mismo octubre, Hyde, quien denunciaba la colusión de Mac Gregor con los generales bonapartistas Clauzel y Lefèvre-Desnouettes que intrigaban en favor del rey José, escribía de nuevo a Richelieu: "El gobierno español no perderá de vista sin duda, Señor Duque, que Mac Gregor, cuando se alejó de la isla Amelia, dió como uno de sus motivos que se le había faltado a la palabra y que en lugar de trescientos partidarios que debían llegarle por la *Morgiana* no recibió sino un débil refuerzo de treinta hombres".

Mientras tanto, el gobierno de los Estados Unidos se preguntaba qué responsabilidad podía incumbir a Venezuela en aquella expedición del escocés y si respondería de ella. En todo caso, el secretario de Estado encargó a Irvine de precisar en Angostura su punto de vista: "Usted aprovechará al mismo tiempo la ocasión para pedir explicaciones y para dar a conocer los sentimientos de este gobierno en cuanto a otros procedimientos en los cuales se ha empleado el nombre de la República Venezolana y se ha expuesto, esperamos sin ningún fundamento, el pretexto de la autoridad de su gobierno en un asunto que toca profundamente a la vez los derechos y los intereses de los Estados Unidos. Usted representará que el general Mac Gregor

vino a este país y aprovechó su hospitalidad como particular extranjero; que durante su permanencia aquí, sin permiso de este gobierno, contrariamente a las leyes de las naciones y con violación de las de los Estados Unidos, preparó y equipó, según se cree, una expedición militar contra el territorio de una nación con la cual estamos en paz, levantó una tropa, alistó hombres en nuestra jurisdicción y tan lejos como pudo con su ayuda llenó su objeto hasta el punto de tomar por la fuerza la isla de Amelia, situada cerca de las fronteras de este país y cuya ocupación, por el propósito que tiene en vista, no puede sino perjudicar a la Unión en alto grado". Continúa Adams exponiendo los actos llevados a cabo por Mac Gregor en su conquista y solicita que Venezuela los desapruebe. "No se espera tampoco —dice— que los procedimientos de Mac Gregor, aquí descritos, serán aceptados como autorizados por el gobierno de Venezuela; ni que éste manifieste desagrado por la ocupación de la isla por los Estados Unidos". El escocés ha violado las leyes de la neutralidad y deberá Irvine demostrarlo en Angostura. Además, el problema de las Floridas es uno de los más importantes que se ofrecen a la consideración del gobierno norteamericano y así lo expone el secretario de Estado: su nota, vista bajo este aspecto, sobrepasa la andanza de Mac Gregor y toma grande importancia para la definición de la política general de los Estados Unidos.

Por eso mismo es paradójico y extraordinario que, a tiempo que el gobierno norteamericano protesta contra la empresa de Mac Gregor en la isla Amelia, su agente diplomático haga en Angostura y en notas a Adams la apología del audaz aventurero. Habiendo hablado con Peñalver, en la mañana del 24 de setiembre, Irvine comenta: "Expresé, conforme lo sentía, mi sincero pesar al oír que un oficial tan valiente, eficaz y popular como Mac Gregor había rehusado volver a ayudar a los patriotas, cuyos sentimientos compartía enteramente". Porque para el norteamericano el escocés no tiene sino méritos: "Mac Gregor es tan admirado por las gentes que le conocieron o sirvieron a sus órdenes, que cuando ven a alguien cumplir un acto de bravura le llaman un *gregoriano* (en español en el texto). La mejor canción que existe aquí se refiere a la batalla del Juncal. Si él viniera podría, con

MAC GREGOR

GRABADO INGLÉS DE LA ÉPOCA, COPIADO POR CARMELO FERNÁNDEZ

su sola popularidad, arrojar a Morillo de Venezuela. Así, los celos y la ingratitud de oficiales patriotas insignificantes hacia Mac Gregor, repercuten ahora en contra del país y de la causa. Sus hermosas victorias no han sido olvidadas".

Del coraje de Mac Gregor y de los servicios que prestó a Venezuela desde los tiempos de la Primera República nadie discute. Pero la afirmación de que con algún millar de hombres el escocés bastaba para arrojar del país a Morillo, es simple chiste sajón. Por lo demás, el causante de que Mac Gregor dejase el servicio de la República no fué ningún oficial nativo venezolano, sino el curazoleño Piar.

Pero volvamos al aspecto más importante que para la victoria de Venezuela tiene aquella nota, en cuya parte final dice Adams a su agente: "Si se expresare a usted el deseo de que los Estados Unidos reconozcan formalmente al gobierno venezolano, usted hará observar que en la presente fase del conflicto ese paso nos haría salir del sistema de neutralidad adoptado por los Estados Unidos, y cuya conservación se cree aquí interesa tanto a los suramericanos mismos como a los Estados Unidos. Usted puede agregar que sin ese reconocimiento formal ellos gozan de todas las ventajas de un intercambio amistoso y comercial con nosotros, tal como lo podrían tener con el reconocimiento, y que el efecto de semejante medida sería tal vez, sin darles ventajas, mezclarnos en disputas con otras potencias. También puede usted aprovechar la ocasión para indicar, de manera amistosa y respetuosa, que procederes tan irregulares como aquellos de que usted está encargado de quejarse, y los cuales no se justificarían de parte de un gobierno establecido y reconocido, no pueden sino desalentar a los Estados Unidos y a todas las naciones que tengan la disposición de reconocer a un nuevo poder, en cuyo nombre y supuesta autoridad se llevan a efecto tales prácticas".

Vemos, pues, que si el sólo fin aparente de la misión de Irvine era obtener satisfacción en cuanto a las goletas apresadas, el secretario Adams esperaba de aquélla fruto mucho mayor. Una de las cosas que más interesaba a éste era "adquirir información correcta sobre el estado verdadero del país; la situación relativa y las esperanzas de las fuerzas patriotas y realistas; los efectos presentes y las probables

consecuencias de la libertad de los esclavos; la población y recursos de la Confederación venezolana; sus puntos de vista y expectativas en relación con otras provincias suramericanas; su situación y perspectivas comerciales, en particular respecto de los Estados Unidos y nuestro intercambio con ellas, y, en general, todo lo que usted pueda observar y cuyo conocimiento pueda ser útil que poseamos".

El Libertador había enviado a Lino de Clemente a los Estados Unidos desde 1817, y en julio de 1818 le nombró "ministro" ante aquel gobierno. Pero Clemente se comprometió en la empresa de Mac Gregor y firmó con otros representantes oficiosos hispanoamericanos un papel que autorizaba a éste para apoderarse de la isla Amelia. Por tal razón, el presidente de los Estados Unidos rehusó recibir sus credenciales, y nuestro agente hubo de limitarse a continuar ocupándose solamente en el envío de armas y víveres a Venezuela. A la conducta personal de Clemente aludía Adams cuando ordenó a Irvine que investigase acerca de la responsabilidad que a tal respecto incumbiese al gobierno de Venezuela. Irvine y Peñalver cambiaron impresiones sobre el asunto, y el primero escribió a su gobierno: "Mis observaciones en cuanto al *agente,* hícelas también a fin de que quedase entendido que el general Clemente no es la persona más adecuada. Sospecho que escribe cartas inflamadas y que produjo ideas extravagantes. Está rodeado en Filadelfia por cierto círculo que considera al gobierno de los Estados Unidos muy culpable de no tomar partido por Sur-América y de no combatir en sus batallas".

Gestiones complementarias de las confiadas a Irvine había de realizar poco después otro agente de los Estados Unidos, el comodoro Perry, comandante del navío *John Adams,* quien fué encargado de una doble misión en Venezuela y en Buenos Aires y de ver personalmente al Libertador Bolívar y a Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata. Como su buque no podía entrar al Orinoco, dejólo en Margarita y fué a Angostura en el bergantín *Nonsuch.* Comunicó su llegada allí por carta de 25 de julio de 1819. Sus instrucciones constan de dos despachos que, como las enviadas a Irvine, se encuentran en el respectivo expediente, depositado en el archivo de la Marina, de Washington, y que están fechados el 29 de

marzo y el 19 de junio anteriores. La mayor parte de las piezas de este expediente permanecen inéditas. Una de ellas, quizá la más importante, está publicada en la colección de Manning y de ésta traducimos párrafos pertinentes. Se trata de una nota de Quincy Adams, secretario de Estado, a Smith Thompson, secretario de la Marina, por la cual pueden verse los móviles de la política de los Estados Unidos en aquellos momentos y el espíritu amistoso hacia Venezuela que la inspiraba. El comodoro Perry murió en el curso de su misión a Sur-América y el informe final sobre aquélla se debe, como creemos haberlo dicho, a Charles O. Handy, sobrecargo de su buque, a quien citamos más de una vez en la presente obra. Leamos, pues, lo que a fines de mayo del mencionado año de 1819 decía a Smith Thompson el secretario de Estado:

"No obstante, a su llegada a Angostura y a Buenos Aires (Perry) por medio de una visita personal al Jefe Supremo y al Director o a quienes hayan podido sucederles a la cabeza de los respectivos gobiernos, entrará en relaciones tales que le permitan comunicar con ellos libremente e informarles que está autorizado por este gobierno (de los Estados Unidos) para dar y recibir en reciprocidad explicaciones sobre algunos puntos que interesan altamente al intercambio de los Estados Unidos y sus países. — Como ha habido agentes norteamericanos tanto en Angostura como en Buenos Aires y comisarios en esta última ciudad con declarado carácter público, y como Venezuela y las Provincias del Plata han manifestado una y otras por su órgano el deseo de ser reconocidas en calidad de Estados soberanos independientes, el primer asunto sobre el cual deben darse explicaciones satisfactorias de las opiniones del Presidente concierne naturalmente a esto; y el capitán Perry notará (que aquél) prefiere darlas por medio de un oficial naval más bien que por un agente especial nombrado a propósito, precisamente porque piensa que una comunicación no por entero oficial puede ser más amistosa y confidencial... Este será, pues, uno de los asuntos sobre los cuales el capitán Perry dará explicación completa y cándida a la autoridad suprema existente en Venezuela. Declarará que los buenos deseos de este gobierno han sido constantemente favorables a todos los suramericanos y en particular al pueblo

de Venezuela; que sus buenos oficios han estado a la par de sus deseos; y que, aun cuando se ha considerado como deber, tanto como político, observar fiel e imparcial neutralidad en la lucha entre España y sus colonias, la actitud de los Estados Unidos hacia los suramericanos dentro de los límites de esa neutralidad, y la parte que han tomado en las negociaciones con las potencias europeas, han contribuído sin ninguna duda mucho más eficazmente a ayudar la causa de Sur-América que todo lo que habría podido lograrse si los Estados Unidos hubiesen hecho con ella causa común contra España".

Encargo expreso recibió también Perry de protestar contra la conducta de Lino de Clemente en lo relativo a la aventura de Mac Gregor: "El capitán Perry significará con delicadeza y de manera amistosa al Jefe Supremo que agradaría al Presidente que fuese llamado el señor Clemente, a menos que éste haya partido ya..."

El comodoro emprendió negociaciones con las autoridades de Angostura y de ellas dió cuenta a Adams, como hemos indicado, el sobrecargo Handy, en su informe de 29 de setiembre de 1819: "A la llegada a Angostura del bergantín norteamericano *Nansuch,* y como el jefe supremo Bolívar estaba en el ejército, el comodoro Perry se dirigió al vicepresidente don Francisco Antonio Zea, le explicó el objeto de su misión y solicitó de él un cambio franco y amistoso de opiniones sobre los distintos temas que podrían tocarse en el curso de sus conferencias. Con tal supresión de formalidades se evitarían retardos innecesarios y, según suponía el comodoro Perry, el gobierno de Venezuela se impresionaría en alto grado de la sinceridad y de la amistad de los Estados Unidos. El señor Zea demostró su agrado por la llegada de un buque de guerra norteamericano, al mando de un oficial de distinguida categoría. Con el fin de eludir la curiosidad indagadora del populacho, que estaba alerta para penetrar los objetos de la misión, el vicepresidente visitó al comodoro en su alojamiento y éste le expuso a fondo las intenciones que tenía el Presidente al enviarle a Venezuela. Escuchó el señor Zea con mucha atención y aseguró a Perry que su misión tendría solución rápida y satisfactoria. Sobre el asunto de la propiedad cuya devolución reclamaban Lowell y Nickly, Zea declaró que estaba pronto a someterlo al Congreso, a la

sazón reunido, cuando juzgara que se le recibiría con la atención y disposiciones que pudieran ser satisfactorias. Observó que su gobierno se caracterizaría en todas ocasiones por su disposición favorable a indemnizar a quienes hubiesen sufrido ilegalmente pérdidas por captura ocasional de sus cruceros. De ello se trataba en aquel momento en el Congreso y este cuerpo establecería restricciones rigurosas... En lo concerniente a la ocupación de la isla Amelia por las tropas de los Estados Unidos, el vicepresidente manifestó que los motivos que tuvo el presidente (de los Estados Unidos) para tomar esa medida no habían sido nunca mal entendidos por el gobierno de Venezuela, ni existido para éste razones de embarazo o de objeción. Dicho gobierno estaba perfectamente convencido de la justicia y política con que los Estados Unidos habían expulsado del territorio usurpado un pabellón que la República de Venezuela no reconociera jamás. En cuanto al señor Clemente, Zea declaró que era imposible que el presidente de los Estados Unidos pudiese estar más descontento de su conducta que el gobierno de Venezuela mismo. A este respecto no era necesario explicarse, pues la carta en que el señor Adams rehusaba toda futura comunicación con aquél estaba concebida en términos tan delicados que la persona más escrupulosa no podía rebatirlos. Que (agregó Zea) un caballero distinguido a la vez por su talento y por su prudencia política había sido nombrado expresamente ante el gobierno de los Estados Unidos, contra quien no habría posible objeción y cuya conducta se creía no ocasionaría jamás disgusto. Al mismo tiempo, el vicepresidente insistió con fuerza en la importancia de que los Estados Unidos diputaran ante el gobierno de Venezuela un agente por cuyo órgano las intenciones de ambos gobiernos cesaran de ser mal comprendidas y se pusiera término a comunicaciones hechas por canales interesados y corrompidos. — Con relación a los esfuerzos hechos por los Estados Unidos cerca de las principales potencias de Europa en favor de Sur-América, Zea dijo que le causaban gran placer y satisfacción. Comprendía su importancia y los apreciaba altamente, marcados como estaban de un carácter de simpatía y de amistad. El vicepresidente declaró que había tenido idea de que algo desfavorable a Sur-América habían

discutido las potencias aliadas europeas, pero que, hasta la llegada del comodoro, nunca se había enterado por completo de la naturaleza e importancia de la proposición hecha".

Clemente fué llamado y regresó al año siguiente a Venezuela. Nuestros asuntos diplomáticos y de otra índole quedaron a cargo del español D. Manuel Torres, sobrino del antiguo virrey de Nueva Granada, arzobispo Caballero y Góngora y quien hacía tiempo residía en los Estados Unidos.

Mientras tanto, el general Mariño, en medio de las dificultades creadas por su querella con el Libertador y el estado de contienda con Bermúdez, y aunque por tales motivos todo parecía andar para él de zocos en colodios, hallaba tiempo para volver los ojos hacia Europa y preocuparse de lo que allí se trataba de concertar contra la causa de los patriotas hispanoamericanos. ¿A qué aludía en efecto el general cuando, en su nota de 12 de mayo de 1818, reprochaba a Bermúdez su conducta hostil con descuido del nuevo peligro que amenazaba la independencia de nuestro país? Ya lo dijimos: Mariño quería hablar de las conversaciones que realizaban entonces los soberanos de la Santa Alianza en vista de tomar nuevas medidas contra la revolución en Europa y en América, conversaciones que debían tener como resultado, a fines de setiembre, la reunión de Aquisgrán. Repitamos las palabras del general: "Declarar la guerra fratricida en las críticas circunstancias en que se halla nuestra República, cuando las grandes potencias de Europa se unen para destruirla, es un acto tan escandaloso, o más bien tan propio del carácter de Usía, que me avergüenzo aún de recordarlo".

El origen de aquellas conferencias fué la maniobra ideada por el zar Alejandro I para distraer a sus copartícipes en la Santa Alianza con la represión antirrevolucionaria en Occidente, a fin de guardar manos libres para sus proyectos contra el imperio otomano. Asistióse entonces a uno de los juegos diplomáticos más complicados que sea dable concebir y en el cual se acostumbra dar a Metternich, falsamente, el papel de campeón principal de la "reacción" y de enemigo de las libertades de todos los pueblos. La verdad en cuanto a la América española, que es lo que aquí nos interesa, fué que Alejandro, llamado

liberal con frecuencia y también falsamente, propuso que se ayudara a Fernando VII a reconquistar las colonias y que su política halló la oposición, por motivos diversos, bien entendido, y sucesiva o alternativamente, de Inglaterra desde luego y de Austria y Francia, miembros con Prusia de la Santa Alianza. Los designios del zar eran vastos, no se limitaba a regalarse con los despojos turcos, sino que también aspiraba a contrarrestar a los ingleses entre otros medios con bases hasta en el Mediterráneo occidental, Puerto Mahón, por ejemplo. Esto esperaba obtenerlo auxiliando al rey de España contra sus súbditos rebeldes. En enero de 1818, al hablar en Varsovia de las libertades polacas, el contradictorio y demasiado hábil emperador invitó a Europa a unirse en cruzada contra los insurgentes americanos. Metternich, Castlereagh, Richelieu, ora de acuerdo ora luchando también entre ellos, según los intereses de sus respectivos países, todos pusieron tales trabas a la acción del zar que éste debió renunciar a sus ambiciones o aplazarlas.

En toda época los fines de la política rusa fueron fáciles de conocer o adivinar, cualquiera que haya sido el régimen de tiranía policíaca que haya imperado en el país. Pero la disimulación y la tendencia al secreto características de aquella raza medio asiática y medio europea hacen que los procederes que podrían bautizarse de kremlinianos causen siempre perplejidad a quienes se ocupan en los asuntos y la historia de Rusia. Se tiene por averiguado que diplomáticos y viajeros encuentran, ahora como antes, si no imposibilidad, al menos enormes dificultades para penetrar los designios efectivos de los déspotas y hombres de Estado moscovitas. No es, pues, de extrañar que William Pinkney, ministro de los Estados Unidos en San Petersburgo, escribiese las siguientes palabras al secretario Quincy Adams, en nota de 18/25 de setiembre de 1817, que leemos en la colección Manning: "He tratado de conocer las intenciones (u opiniones) de este gobierno acerca de la lucha en Hispano-América. Usted sabe la dificultad que hay aquí para obtener cualquier información *segura* sobre tales asuntos; y no tengo inconveniente en admitir que no poseo ninguna que darle al respecto. Nada se puede sacar del ministro residente español, (ante quien he ensayado repetidamente), tal vez porque el emperador

prefiere no comunicarse por su órgano con el gobierno de España. Los demás miembros del cuerpo diplomático parecen no saber nada de la cuestión; pero algunos de ellos encuentran ridícula la idea de que Rusia intervenga en la querella trasatlántica. En cuanto a los rusos de la corte, saben poco y de ese poco hablan con reserva ejemplar. Un personaje de consideración me mencionó una vez el asunto, ignoro si deliberadamente o por casualidad: en el curso de una conversación bastante larga con el príncipe Galitzine refirióse éste a Sur-América y me pidió opinión sobre el resultado probable de la resistencia de las colonias. Díjele francamente que no tenía en absoluto ninguna duda de su triunfo final cualesquiera que fueren los obstáculos que pudieren retardarlo... Hablamos sobre este tema durante cierto tiempo, y no advertí que tomara interés especial por el gobierno de España en cuanto a las colonias, pero me pareció bastante claro que no es partidario de éstas. Mi impresión es que a nadie importa aquí este pleito ni la mitad de lo que parece importar en Francia e Inglaterra. Sin embargo, sospecho que el emperador se las arreglará de un modo u otro. Existen relaciones muy amistosas (mostradas con ocasión de alguna parada) entre él y el rey de España, y aunque se puede naturalmente esperar que aquél deje a éste arreglar como pueda sus propios negocios de fuera de Europa, este caso de resistencia de súbditos a un gobierno monárquico y el esfuerzo para multiplicar el número de las repúblicas, puede determinar en Europa una combinación general para desalentarlos y reprimirlos. No obstante, el emperador calcularía peor de lo que en general lo hace, si se pusiera *seriamente* en contra de la revolución de Sur-América. Si fuere verdad que un nuevo congreso (o más bien una conferencia de soberanos) deba tener lugar el próximo verano en Aquisgrán (como se lo asegura y lo creo) presumo que se hablará allí de los asuntos suramericanos".

En fin de cuentas, el zar propuso a los demás soberanos reunirse en congreso e hizo preparar por sus ministros, en junio del citado año, una memoria sobre las colonias españolas que fué calificada por el austríaco Gentz de "vaga, oscura y misteriosa". Sábese que el único resultado de las conversaciones de Aquisgrán, excelente para

Francia, fué la liberación anticipada del territorio de ésta, donde había aún tropas aliadas.

Después de la conferencia, por diciembre, el nuevo ministro norteamericano ante la corte imperial, George W. Campbell, comunicaba al secretario de Estado que el arreglo de la diferencia entre España y sus provincias ultramarinas parecía indispensable al zar Alejandro, "gran árbitro de la política de Europa", y que se tenía como probable la apertura simultánea en París y Londres de negociaciones al efecto. El ministro concluía que, aun cuando las tentativas hechas en Aquisgrán habían fracasado, habría, sin embargo, un nuevo esfuerzo por parte de las potencias aliadas, "en una u otra forma", para inducir a las colonias "a reconocer la autoridad de la vieja España", y que Alejandro ejercería su influencia en tal sentido. Estaba éste dispuesto a hacer todo lo posible para impedir la constitución en América de grandes Estados independientes y la consiguiente extensión de los principios republicanos, "pero no se aliaría solo con España para hacer la guerra a los Estados Unidos, pues, a pesar de que su ejército es enorme, estimándosele en más de un millón, de las tropas mejor disciplinadas de Europa, la opinión general es que su verdadero carácter es de político calculador, sin talentos militares distinguidos y no inclinado a meterse en guerra. Lo más probable es que usará de su grande influencia personal (porque se dice que es insinuante), así como de la inmensa fuerza material de que podría disponer, para alcanzar sus propósitos imponiéndose en los consejos de Europa sin arriesgar su alta situación presente tomando parte solo en una gran guerra".

Vese que la inquietud de los patriotas venezolanos había sido justificada y, a decir verdad, no cesó de serlo, pues durante los años subsiguientes renació el peligro europeo por iniciativas, diferentes en su forma tal vez, pero todas encaminadas a volver al redil las descarriadas ovejas. Alejandro insistió en que se atacase a los insurgentes cuando, a principios de 1820, le pareció que podía obtener para ello el concurso de Francia.

Fué con motivo de aquellas tentativas de imponer la mediación de las grandes potencias en el conflicto hispano-americano, o de dar

apoyo a Fernando VII para que sometiese las provincias sublevadas, que Bolívar dictó en Angostura, el 20 de noviembre, una especie de ratificación de la Declaración de Independencia, documento importante aunque poco comentado por los historiadores. Comprobó entonces el Libertador que: "Toda la América, y muy particularmente Venezuela está convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla España de restablecer de ningún modo su autoridad en este Continente"; y como consecuencia de esta comprobación y de muchas otras claramente enunciadas, declaró: Que la República de Venezuela "que desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarlo bajo el yugo español".

XXVIII

LA DOBLE DERROTA

Las cosas se presentaban con halagüeña perspectiva y Bolívar se preparaba a recoger el fruto de su nuevo plan, comenzando por Oriente cuando, una tras otra, vinieron las derrotas. Primero la de Bermúdez; luego la de Montes, es decir, de Mariño.

Dueño de Güiria el general Bermúdez el 24 de agosto e incorporado a su fuerza, dos días después, el coronel Fauchet con 200 hombres, proyectó apoderarse de Carúpano, como principio de sus operaciones de colaboración para la toma de Cumaná. El 13 de octubre atacó, en efecto, aquella ciudad, por la boca del río, en combinación con una escuadrilla de siete flecheras mandada por Antonio Díaz. Rechazado con alguna pérdida por los destacamentos realistas allí apostados, resolvió, dando nueva prueba de su audacia siempre aventurera, lanzarse con tres de sus barquichuelos y un puñado de hombres al asalto de Río Caribe. Feliz en su desembarco y acometida, vióse de pronto Bermúdez atacado a su vez por 200 soldados que, al mando del margariteño realista capitán Añez, acudieron en auxilio de la plaza. La derrota fué completa e impresionante: "El general Bermúdez y el coronel Isava —dice una relación escrita probablemente por el ayudante Mejía— fueron los únicos que pudieron reembarcarse sin verse obligados a nadar, por haberlos tomado con mucha dificultad y peligro un bote de la flechera comandanta, pues todos los demás,

inclusive el coronel Sucre, el comandante Machado y los capitanes Quintero y Mejía, del estado mayor, lograron hacerlo a nado desde la plaza, perdiendo todos estos jefes y oficiales sus espadas y el último hasta el anteojo de Bermúdez, que, como edecán suyo, tenía a la espalda en el acto del combate". Los patriotas tuvieron muchos heridos y muertos por bala o ahogados. Según el parte realista, el general mismo abandonó su sable. Habiendo así perdido todo lo ganado con la expedición a Güiria y demolido por su aturdimiento una de las bases del plan de Bolívar, Bermúdez dejó la partida y pasó a Margarita, de donde se volvió a Angostura.

La versión realista del suceso atribuye el fracaso a la precipitación de Bermúdez. El Pacificador comenta en sus *Memorias:* "La cuarta división ocupaba la provincia de Cumaná y las avanzadas se extendían hasta la montaña escarpada de Irapa. Los cabecillas Mariño y Bermúdez habían amenazado sucesivamente la plaza de Cumaná con fuerzas poco temibles aunque muy numerosas. En los primeros días de octubre pusieron en ejecución un plan maduramente concertado entre ellos contra la débil guarnición de Río Caribe; pero su proyecto fracasó por la precipitación de Bermúdez quien, sin dar a Mariño tiempo de llegar al punto convenido, se presentó ante la plaza con cinco chalupas cañoneras y 200 hombres de desembarco. Obligado a huir en desorden, perdió 50 soldados, una bandera, una corneta, armas y cartucheras". En términos casi idénticos cuenta la historia Rodríguez Villa, biógrafo de Morillo.

Es inverosímil que Mariño y Bermúdez se hubiesen puesto de acuerdo para atacar a Río Caribe, sobre todo si, como allí se dice, el ejército del primero o parte de él debía concurrir a dicho pueblo, pues es claro que, para cooperar en tan secundaria operación, habría tenido que abandonar su itinerario normal desde Maturín, donde se hallaba. Era natural concatenar las operaciones del interior, muy importantes, encomendadas a Mariño, y las de la costa confiadas a Bermúdez; pero en ningún caso podía concebirse desviar el ejército del primero a través de la península para ir a incorporar las pocas compañías de que disponía el segundo. De todos modos, dejemos establecido que tampoco en aquella ocasión tuvo Mariño responsabi-

lidad alguna en la derrota de su colega. Y digamos también que es inexacta la afirmación de algún autor de haber sabido Bermúdez inmediatamente después de su descalabro y en La Esmeralda, donde al fin desembarcara, la "dispersión" del ejército de Mariño y de que, en vista de ello, se marchó a Margarita. No fué sino quince días después de la acción de Río Caribe cuando Montes fué derrotado en Cariaco y en el intervalo Bermúdez se había ya refugiado en la isla.

En aquella campaña tomó parte el comandante Persat, un aventurero francés, rabioso bonapartista que se indigna de oír comparar a Bolívar con su ídolo, pero consiente en mencionar la "bravura personal" de Bermúdez. El testimonio es de peso y de precio: Persat ha visto batirse a Ney, a Oudinot y a otros de la especie. Indiquemos que hay cierta contradicción entre las narraciones oficiales y aceptadas que presentan las expediciones a Carúpano y a Río Caribe como realizadas por mar, y los comentarios de Persat, un tanto confusos, que insisten sobre las penalidades de la marcha por tierra. Véanse las frases del francés quien, desde luego, trabuca los nombres de sitios: "Cumaná (Carúpano) estaba demasiado bien guardada por su guarnición para que pudiésemos esperar apoderarnos de ella. Bermúdez, pues, abandona el proyecto que su bravura personal le había hecho concebir. Nos hizo correr por montes y valles toda la costa hasta Güiria (Río Caribe) donde tuvimos todavía un combate, pero más serio que el de Cumaná (Carúpano), porque sin nuestra flotilla que tiraba contra la plaza, por la cual los españoles venían a cortar nuestra retirada, ni un solo hombre de la división habría escapado a la muerte". Las impresiones de Persat sobre la organización de las fuerzas patriotas eran desfavorables: "Los ejércitos de la República no tenían ni almacén de víveres, ni transportes ni aun ambulancias, y aunque los hubiese tenido, habría sido imposible llevarlos consigo, pues la costa de este país es toda montañosa, cortada por quebradas anchas y profundas y cubierta de bosques y malezas impenetrables. En consecuencia, no se come allí siempre que se tiene hambre". Así, el comandante optó por dejar el servicio de los patriotas y marcharse lejos de aquel horrible país, no sin que Bermúdez le dijese:

"Ya le había yo advertido a usted que nuestra guerra no tiene nada de común con las que usted ha hecho en Europa".

Cuando se toman en cuenta la debilidad y el estado de las tropas llevadas contra Carúpano y Río Caribe, no puede menos de observarse que Bermúdez había sido incapaz durante las siete semanas que van de la toma de Güiria a los descalabros en aquellos pueblos de reclutar la gente que esperaba Bolívar, ni de organizar la poca que sacó de Angostura, esto último a pesar de tener a Sucre como jefe de estado mayor. Pónese así de manifiesto una vez todavía la superioridad incontestable de Mariño sobre el impetuoso cumanés en cuanto a dotes de general y su prestigio efectivo de caudillo, que le permitía reunir soldados con asombrosa rapidez. Además, es de señalarse que en esta ocasión algunos de los oficiales mariñistas no habían vacilado en acudir a prestar sus servicios bajo las órdenes de Bermúdez, olvidando la reciente disputa, siendo digno de especial mención el caso del coronel Isava, cuyas violentas palabras y actitud hacia éste conviene no olvidar.

Según el plan de ataque de Cumaná, cuya ejecución aún creía Bolívar en buen camino para el 19 de octubre, Bermúdez debía marchar por tierra a incorporarse a Mariño y, si "las fuerzas enemigas que están en Carúpano le impidiesen ejecutarlo", se embarcaría para La Esmeralda en la escuadrilla sutil. Tal aparece de una comunicación de Bolívar a Brión por la cual sabemos, además, que el coronel Gillmore llevaba al almirante, en el bergantín *Apure,* cuatro cañones de grueso calibre, con sus dotaciones, así como cien mil cartuchos de fusil y piedras de chispa para ser distribuídos entre las divisiones de Mariño, Bermúdez y Monagas. Pero de otros documentos resulta que todo estaba previsto en el plan. Cuando, el 22 de setiembre, Bolívar recibió el parte de la toma de Güiria, comprobando que el general Bermúdez "siempre valiente, siempre generoso, siempre patriota", ha cumplido dignamente su deber y merece la confianza del gobierno, le ordena que se adelante por la costa a Río Caribe y Carúpano, para combinar sus movimientos y operaciones con el general Mariño". El *Diario de Operaciones* trae, para el día 3 de octubre, un texto más decisivo: "Que el general Bermúdez deje una pequeña

fuerza de guarnición en Güiria y se embarque en los buques de las fuerzas sutiles con el fin de apoderarse de Carúpano, para después reunirse al general Mariño para las últimas disposiciones". Fuera lo que fuera, ya se ha visto cómo Bermúdez interpretó y ejecutó sus órdenes y no puede menos de señalarse un avance de dos semanas entre su empresa y la marcha de Mariño hacia Cariaco y Cumaná, la cual marcha coincide con los días en que el Libertador pudo por fin salir de Angostura para asumir, según lo anunciaba, la dirección suprema de las operaciones. ¿Se adelantó indebidamente Bermúdez, o indebidamente se atrasó Mariño? Ciertas comunicaciones del Libertador permiten afirmar que el primero no faltó en cuanto a fechas se refiere. En carta a Monagas, de 25 de setiembre, Bolívar dice que Mariño y Bermúdez deberán estar frente a Cumaná "a principios del entrante octubre"; y en carta a Arismendi, tres días más tarde, precisa la fecha: "Los generales Mariño y Bermúdez han recibido orden de marchar sobre la plaza de Cumaná, donde necesariamente deben estar el 15 de octubre, recorriendo toda la costa el general Bermúdez". Pero aun eximiendo a éste de toda culpa al respecto, es dudoso que puedan imputarse sus derrotas a falta de cooperación de Mariño, puesto que bastaron para batir al puñado de hombres a cuya cabeza se aventuró las escasas guarniciones de Carúpano y Río Caribe.

Veamos ahora dónde estaba Mariño y qué hacía por su parte. El general había logrado reunir en el departamento de Maturín un cuerpo de 1500 hombres que Baralt llama "brillante división", pero que sólo disponía de dos piezas de artillería y cuya cohesión dejaba que desear debido a la insuficiencia de cuadros, circunstancia desfavorable que ya hemos tenido más de una ocasión de señalar. Decidida la marcha, dejó a Maturín y, hacia el 24 de octubre, sus batallones ocupaban de un lado Caripe, del otro San Francisco, con el intento de ejecutar una doble operación expulsando a los realistas a la vez de Cariaco y de Cumanacoa, que asegurase su retaguardia en el asalto decisivo de la capital. La maniobra parecía indicada. No obstante, los acostumbrados censores le acusan de haber desobedecido también esta vez las órdenes de Bolívar. Desde luego, tales instrucciones no

resultan de ningún documento, y en seguida es improbable que Bolívar se ocupase en trazar a Mariño un itinerario detallado. Pero hay algo más, y esta comprobación nos sirve, como otras veces, pero de manera particularmente irrefutable, para demostrar el apasionado juicio, o, si se quiere ser más benévolo, la negligencia con que se ha hablado hasta ahora de las acciones de Mariño. Baralt dice: "En lugar de seguir, conforme a las instrucciones del Jefe Supremo, por el camino de Cumanacoa, tomó el de San Francisco y de Caripe, con el intento de atacar primero a Cariaco". El ilustre literato, al utilizar alguno de los apuntes ajenos de que dispuso, no se tomó la pena de consultar el mapa: para ir de Maturín a Cumanacoa era necesario, y quizá todavía hoy, pues ignoramos si existen otras vías practicables para tropas, pasar por San Francisco. Cumanacoa está situada entre este pueblo y Cumaná, leguas al noroeste de él: no hay disyuntiva entre dos caminos, porque se trata de uno solo, y que es, al propio tiempo, derecho. En cuanto a Caripe, situado un poco al este de San Francisco, es etapa obligada entre Aragua de Maturín y Cariaco. Como es natural, la división de Montes, que veremos pronto en acción, marchó por Caripe y salió de este pueblo hacia Cariaco. El descalabro no se debió a una cuestión de itinerario, sino a otras causas. Que el ataque haya sido un error, falta por verse, aunque parece indudable que fué mal llevado por Montes, o que las tropas de éste no correspondieron a la reputación de su cabo. La toma previa de Cariaco formaba parte de las campañas clásicas de Mariño contra Cumaná, tanto de la victoriosa de 1813 como de las que en 1816 y 1817 le condujeron a sitiar o amagar la capital, sin buen éxito por las circunstancias que se conocen. Agreguemos, para concluir con Baralt en esta parte, que comete otra inexactitud al achacar a Mariño personalmente la derrota que incumbió al coronel Montes.

Veamos desde luego la versión que de las cosas da el biógrafo de Morillo, quien la tradujo de las *Memorias* de éste, o utilizó para escribirla un papel idéntico: "Mariño quiso por aquellos mismos días batir en detalle las guarniciones de Carúpano, Cariaco y Río Caribe, para caer en seguida sobre Cumaná y, de acuerdo con las fuerzas del

mar, estrechar aquella plaza. El 31 a mediodía llegó con 1500 hombres, hostilizando a Cariaco. Una correspondencia interceptada impuso con tiempo al comandante general de su proyecto; y puso a las órdenes del comandante D. Agustín Nogueras 270 hombres que marcharon en auxilio de aquel punto. Pudo felizmente llegar a él en la noche del 29 y con actividad extraordinaria se hizo incorporar en la misma las tropas de *Clarines* estacionadas en Casanay. Con ellas, con las que salieron de Cumaná y con la guarnición de Cariaco reunió un cuerpo cuyo total alcanzaba a 700 hombres; y cuando los sediciosos, arrollando nuestros puestos avanzados gustaban del dichoso principio de sus proyectos, se encontraron en el centro del pueblo una fuerza con que no contaban, que anuló sus planes, rechazó sus columnas y eclipsó su alegría. En efecto, una carga a la bayoneta ejecutada por el mismo Nogueras a la cabeza de sus tropas, decidió en favor de las armas del Rey la suerte de una jornada de las más interesantes y gloriosas que ocurrieron por entonces en Venezuela. La espesura de los bosques favoreció la fuga de muchos rebeldes, en medio del espanto con que en todas direcciones huían. Fueron, sin embargo, perseguidos con tanta bravura que, con 400 muertos, entre ellos un general, dejaron en nuestro poder 50 prisioneros, 600 fusiles, una bandera, un cañón, nueve cajas de guerra y todos sus caballos. Nuestra pérdida sólo consistió en 10 muertos y 24 heridos".

El historiador Yanes, quien nos da del lado patriota la noticia más extensa del suceso, atribuye también su "desgraciado éxito" a "una de aquellas ocurrencias que son frecuentes en la guerra" y dice así: "Los realistas interceptaron una correspondencia de Mariño, por la que conocieron que marchaba sobre Cariaco con una división de más de 1500 hombres, en compañía de Sedeño y Montes; que pasaría después a Carúpano y de aquí a Cumaná y que contaba con ciertos auxilios que de estos puntos se le darían. Con este conocimiento, el comandante de Cariaco D. Agustín Nogueras, que tenía 400 hombres de buena tropa, pidió auxilio a todas partes y principalmente al comandante D. Manuel Lorenzo y dió las órdenes convenientes para frustrar las miras del enemigo y recibirle cuando se presentase. Luego que apareció la fuerza republicana, salieron al campo

los realistas, cargaron una y muchas veces con mucha intrepidez, pero fueron rechazados a pesar de la superioridad de su fuerza, hasta que se difundió en la vanguardia que mandaba el coronel Montes la voz de *somos derrotados, retirada,* la que introdujo el desorden y éste el aturdimiento, tomando los que escaparon hacia Cumanacoa, donde se hizo firme Montes, causa principal de esta desgracia, por haber principiado la acción cuando el grueso de la división se hallaba a media legua de distancia. La pérdida de los patriotas fué de cerca de 400 muertos y mayor número de heridos, con armas, municiones, etc.".

Lecuna narra el evento de la manera siguiente: "Según lo convenido, Mariño avanzó hacia el norte, pero antes de aproximarse a Cumaná quiso tomar a Cariaco defendida por 400 hombres del comandante Agustín Nogueras y una columna de 500 combatientes del coronel Manuel Lorenzo, formada de las tropas batidas en Güiria (y en Catuaro quiere sin duda decir), de las que acababan de derrotar a Bermúdez y de algunas guerrillas locales. El jefe patriota disponía de 1140 infantes, 340 caballos y 40 artilleros con 2 piezas, tropas suficientes para vencer; pero el 31 de octubre se precipitó al ataque con sólo la vanguardia al mando del coronel Montes cuando el resto de sus tropas no había llegado. Recibidos los patriotas con un fuego nutrido fueron definitivamente rechazados después de renovar el ataque con gran valor, y perseguidos con energía se desbandaron e introdujeron el pánico en los restantes. Mariño se retiró a la sabana de Catuaro, luego siguió al sur en dirección de Santa María y se detuvo en este punto, donde sólo pudo reunir la cuarta parte de sus hombres. En el combate y la persecución perdió 400 entre muertos y heridos".

Algunas verificaciones reclaman tanto la relación de los realistas como la de los patriotas. En primer lugar, recordemos que correspondió a Bermúdez, por su acción prematura, la responsabilidad de los ataques de Carúpano y Río Caribe, efectuados sin ligazón aparente con Mariño. En segundo lugar, el asalto de Cariaco lo llevó a cabo Montes con una "vanguardia", es decir, con sólo un cuerpo del ejército, y no el propio Mariño con todo éste. Retengamos, de todos

modos, que, según confesión de los realistas, a juzgar por la cifra de tropas que se atribuyen, éstos tenían superioridad numérica sobre los patriotas y que llegaron a tenerla porque se apercibieron a la defensa por haber oportunamente interceptado una correspondencia que les enteró de los preparativos de Mariño. Esto último demuestra que la operación de Cariaco no fué descabellada y que a no ser por la advertencia que tuvo el enemigo habría obtenido cabal éxito, pues la sola guarnición era débil y Montes contaba sorprenderla. Sobre la versión republicana observemos: Nogueras no era jefe de Cariaco, sino había sido enviado allí de Cumaná con auxilios y tomó la dirección de toda la fuerza. Hay contradicción entre la relación de Yanes y la realista, porque según la primera el atacante fué Nogueras y según la otra fuélo Montes. Queda, por otra parte, en la penumbra y confusión el punto relativo al paradero del grueso de "la división", pues Yanes asegura que dicho grueso se hallaba a media legua del campo de batalla y en el renglón anterior ha dicho que Montes se hizo firme en Cumanacoa, lo cual deja suponer que éste no se juntó con Mariño en las cercanías de Cariaco, sino que se retiró por su cuenta a aquel pueblo. ¿Qué entiende aquí el historiador por "división"? ¿La que llevaba Montes, es decir, sólo la vanguardia del ejército, o este ejército entero? Con tan pocos datos no sabríamos precisarlo. ¿Dónde estaba exactamente Mariño en aquel momento? Tampoco lo sabemos.

Un párrafo de cierta carta de Anzoátegui para Santander, escrita en San Juan de Payara el 18 de enero siguiente, indica tal vez el modo cómo los realistas tuvieron conocimiento de los planes de Mariño y se apoderaron de su correspondencia. Después de mencionar el fusilamiento por un tribunal militar, en Apure, de "Alzurito", hijo de Domingo, a quien pronto encontraremos en el curso de nuestra historia, dice Anzoátegui: "Ya usted sabrá que por una traición que hizo Moreno, aquel oficial prisionero en San Fernando, que estaba con Urdaneta y que fué destinado de adjunto al estado mayor del ejército de Mariño, éste fué batido en Cariaco por 400 españoles, llevando Mariño 1500 infantes. Moreno se pasó a los enemigos".

Mientras aquellos sucesos se desarrollaban en la región de Cariaco, Monagas y Zaraza continuaban en la de Barcelona y en el Guárico amenazando al enemigo, el primero por El Pao, el segundo por Santa María, según los partes realistas. Sedeño, de quien Yanes dice que estaba con Montes, hallábase según los mismos partes en San Diego, provincia de Barcelona. El Libertador, en carta del 20 de octubre a Brión, escribe: "El general Sedeño, que está a la cabeza de la brigada Zaraza, reforzada con algunos cuerpos que llevó de aquí (Angostura), coopera también muy útilmente molestando al enemigo por los llanos de Caracas y amenazándolo para que no reúna todas sus fuerzas sobre Apure". La brigada realista del coronel Arana permaneció en San Andrés de Onoto, a la defensiva por falta de caballería. Los adversarios se hostigaban mutuamente, sin llegar a nada decisivo.

XXIX

UN REVÉS DE MUY POCA CONSECUENCIA

DESPACHADOS los asuntos políticos en la forma en que dejamos indicada, salió el Libertador de Angostura rumbo a Maturín, el 23 de octubre, según lo anunciaba al almirante Brión: "El 23 marcho yo para la costa con el general Mariño y combinar con usted las (operaciones) que debemos ejecutar. Espero que a mi llegada estará muy adelantado el sitio". En esta carta, y con referencia a ciertas noticias de Coro, Bolívar habla de la "división" de Bermúdez: ya sabemos que Bermúdez no reunió nunca tal división. Importa por lo demás notar que el Libertador presumía que Mariño estaba ya en camino contra Cumaná, que sólo se inició el 24 y en las condiciones descritas. El 21 Bolívar había escrito a Bermúdez: "Hoy marcha la Guardia para Apure. Yo marcho mañana directamente al cuartel general de S. E. el general Mariño. Dentro de seis u ocho días estaré con él, donde espero hallar a V. S. reunido ya a aquel ejército". El 2 de noviembre, de Maturín y por carta que sólo Larrazábal menciona, Bolívar dice a D. Guillermo White, quien estaba en Trinidad: "Sigo esta tarde para el cuartel general de Mariño, que debe estar en Cariaco o sobre Cumaná, pues desde el 24 marchó de San Francisco. Muy pronto me incorporaré yo y estrecharemos el sitio de la plaza". Obsérvase alguna confusión y aun contradicción en las fechas de ciertos documentos y cartas de este período,

y el lector hará bien si las toma con precauciones. No se conocía, naturalmente, en Maturín, para el 2 de noviembre, la derrota de Cariaco, ocurrida tres días antes; y todo deja creer que tampoco se sabía allí el fracaso de Bermúdez, viejo ya de tres semanas. Noticias de este general llegaron al Libertador el 22 de setiembre, según se ve por la citada carta de Sedeño, del 25, arriba citada. Para el 13 de octubre, Bolívar poseía otros despachos en los cuales Bermúdez había cantado nueva victoria demasiado pronto, o el Libertador daba por sentada dicha victoria, pues escribía al mismo Sedeño: "Por la última correspondencia del general Bermúdez he sido informado de que nuestras tropas, después de haber ocupado a Güiria, se han apoderado de Río Caribe y se disponían a marchar contra Carúpano para reunirse a Su Excelencia el general Mariño". Aquel día, precisamente, Bermúdez era batido.

Partió, en efecto, Bolívar, el día 3 de noviembre de Chaguaramal, pueblo situado a mitad de camino entre Maturín y Aragua, y apenas había andado legua y media —nos informa el *Diario de Operaciones*— "recibió parte del comandante Lucas Mayz, en donde le participa que habiendo atacado el general Mariño a Cariaco fué dispersado; lo que le obligó (a Bolívar) en el momento a volver sobre Maturín para disponer lo que debía ejecutar con respecto a la organización del ejército". O'Leary da el texto de cartas u oficios del Libertador a Brión y a Bermúdez, fechados el 4 y que no hallamos reproducidos en la colección del doctor Lecuna, en la cual sólo hay una carta de la misma fecha, concebida en términos análogos pero dirigida a Arismendi. "El 1.° del presente —dice en el primero de aquéllos— marché de esta plaza (Maturín) al cuartel general de Su Excelencia el general Mariño y el 2 recibí en el camino parte de que el 31 había sido dispersado su ejército en Cariaco. Retrogradé aquí y acabo de recibir el oficio que sigue". A Bermúdez dice Bolívar: "Hace tres días que llegué a esta ciudad y sin detenerme marché a incorporarme con el ejército del señor general Mariño; pero cerca de Aragua me encontré con un oficio del teniente coronel Mayz anunciándome la dispersión de aquel ejército en las inmediaciones de Cariaco. El resultado

final ha sido la pérdida de setecientos fusiles y todo el material del ejército, sin haberse batido más que la descubierta, al mando del coronel Montes, en la misma plaza de Cariaco. Todas las tropas se han salvado, porque no combatieron. El enemigo ha llegado persiguiéndolas hasta Santa María y el señor general Mariño se halla en San Fernando con 300 fusileros reuniendo el resto del ejército desarmado. El jefe de estado mayor, Conde, debe venir a hablar conmigo aquí". No conocemos el oficio que se menciona en estas comunicaciones.

Entretanto, Mariño había enviado al Libertador el parte de lo acaecido por medio del coronel Conde, su jefe de estado mayor, y de Pedro Betancourt, su secretario. El *Diario* registra la llegada de éstos a Maturín el día 4, "con el encargo de informar a la voz a Su Excelencia de los acontecimientos del 31". Rápido como de costumbre Bolívar dictó sus primeras disposiciones y desde el amanecer del 5 salió el ayudante teniente coronel Francisco Avendaño para Güiria y Margarita "en comisión interesantísima del servicio". Es posible que el Libertador ignorase aún la suerte de Bermúdez. Las instrucciones que lleva Avendaño conciernen a éste, a Brión y a Arismendi y envuelven "un nuevo plan" a cuya ejecución todos deberán cooperar. Porque —dice Bolívar en su citada correspondencia del mismo día 4— "este acontecimiento inesperado ha alterado absolutamente mi plan de operaciones contra Cumaná, y me obliga a concebir y ordenar la ejecución de otro", cuya principal acción corresponderá a Bermúdez, a quien el Libertador tal vez supone fuerte a la cabeza de una "división", mientras que cree que el ejército de Mariño está "disperso". De todos modos, vese por lo que dice a Arismendi, que Bolívar ignora que Bermúdez está ya en Margarita. Y, sin embargo, se advierte por otro lado que la comunicación llevada por Conde y Betancourt ha puesto las cosas en su sitio y proporciones y tranquilizado un tanto al Libertador, a juzgar por otra carta que en aquellos momentos escribe a Sedeño: "El 31 del próximo pasado ha sufrido el general Mariño un revés en Cariaco, más bien por la mala inteligencia de una orden que por superioridad del enemigo, que hubiera sido batido a

no ser esta desgracia. El coronel Montes había ya penetrado hasta la plaza de aquella ciudad y se retiraba sobre el grueso del ejército, que se desordenó porque entendió mal una voz. Su Excelencia el general Mariño se ha retirado a San Francisco, donde ha reunido la mayor parte del ejército y, probablemente, lo reunirá todo, pues de nuestra parte sólo ha habido siete heridos". En realidad esta versión optimista y exagerada, parece sobre todo destinada a prevenir alarmas en las tropas de Sedeño; pero no contiene menos lo esencial de la verdadera situación: hay revés, no desastre, y Mariño puede reparar aquél. Sedeño cumplirá las instrucciones que tiene recibidas, sólo que no deberá mandar los ganados a Cumaná, sino a Maturín, donde se organizará de nuevo el ejército.

El verdadero ambiente que rodeaba a Bolívar en Maturín era tal, que Soublette, en carta a Santander de 30 de noviembre, daba todavía una versión del suceso de Cariaco completamente errada y que indica, como lo hacen otras manifestaciones suyas, los sentimientos nada amistosos que abrigaba hacia Mariño el jefe del estado mayor general: "Y el 24 —escribe éste— marchó el Jefe Supremo y su servidor de usted a Maturín con el objeto de dar principio a las operaciones contra Cumaná, a las que estaban destinadas las tropas de Mariño, las de Bermúdez, las fuerzas sutiles y las del almirante, y además Monagas, que debía ocurrir a Barcelona y obrar también por la costa. Todo parecía seguro y la ocupación de Cumaná se contaba infalible. El día 31 llegamos a Maturín y ese mismo día fueron disueltas las tropas de Mariño, casi sin tirar un tiro, y desvanecidos, por supuesto, los planes sobre el Oriente. No me es posible, amigo, entrar en muy largos detalles; pero bástele saber que 1200 hombres, por lo menos, han sido dispersados por 400, a lo más. Este suceso ha obligado a tomar nuevas providencias; Mariño reúne todas sus tropas; todos van a ejecutar lo que se les ha ordenado". Por donde se ve que los personajes más graves y circunspectos se dejan también llevar a veces a escribir la historia con ligereza, por decir lo menos.

Es sin duda pensando como Soublette que el Libertador toma la decisión, a nuestro juicio precipitada y que forma parte del "nuevo

plan", de privar a Mariño del mando de su ejército y de enviarle, como lo haría con cualquiera otro de los generales, a dirigir tropas ajenas. Decisión precipitada, decimos, sin explicación aparente y que revela cómo el Libertador no ha renunciado a su propósito de "sacar" al caudillo de Oriente y aprovecha la ocasión para apartarle del campo reservado a Bermúdez, más que nunca favorito. Y, hecho más grave quizá, se trata de reemplazar a Mariño por el general Rojas, oficial notable, pero de segunda categoría y quien había tomado netamente partido contra aquél y servido de instrumento al Libertador en su empresa de dividir la provincia de Cumaná y separar de ella a Maturín. Bolívar da ya por sentado que Rojas tomará el mando y se ocupa en darle armas y municiones: "Inmediatamente que Vuestra Excelencia reciba este oficio —dice a Brión en la citada carta de 4 de noviembre— destinará a esta ciudad de Maturín con 500 fusiles, 30000 cartuchos y 8000 piedras de chispa que se entregarán al señor general Rojas". A Bermúdez escribe, el mismo día: "El general Mariño ha sido llamado también a tratar conmigo. Si viene a tiempo, trataré de llevármelo, a fin de que el general Rojas tome el mando de esta división y Usía pueda disponer de ella sin dificultad alguna; dudo, sin embargo, que se consiga fácilmente lo que me propongo".

El Libertador planea todo aquello en pocas horas, a la diabla, se dispone a marchar a Angostura sin hablar con Mariño, y parece querer abandonar una vez más el Oriente, donde no ha encontrado nunca sino sinsabores y cuyos hombres, generales, oficiales y soldados escapan a la influencia directa y personal que él ejerce sin discusión en el resto del territorio libre, aun en las provincias de Páez. Larrazábal atribuye a Bolívar en aquella ocasión exclamaciones airadas y dice que profirió cargos contra "tantos errores y desaciertos", contra "la impericia, el atropellamiento y la presunción", y que concluyó con un: "Todos quieren mandar a la fortuna. ¡Extravagancia!" Sea lo que fuere, era de temerse que nuevas nubes viniesen a obscurecer el cielo de la reciente y frágil conciliación.

En aquel estado de espíritu y sin aguardar más noticias, el Libertador escribe directamente a Mariño, el 5 de noviembre: "Ayer

han llegado a este cuartel general el coronel Conde y el secretario de Vuestra Excelencia, Betancourt. Estos me han detallado el desgraciado suceso del 31 en Cariaco. He determinado que el ejército que hasta ahora ha mandado Vuestra Excelencia quede bajo las órdenes del general Rojas, y que Vuestra Excelencia tome el mando de las brigadas Monagas y Zaraza, formando un ejército de las dos, para obrar por la parte que ellas ocupan contra el enemigo. Hasta mañana espero a Vuestra Excelencia en esta plaza, conforme a mi orden del 2 del presente; pero si Vuestra Excelencia por algún accidente se retarda, yo marcho a Angostura, a donde deberá seguir rápidamente Vuestra Excelencia, a menos que le parezca más conveniente dirigirse al cuartel general de Monagas para tomar el mando de las brigadas dichas, conforme a las órdenes e instrucciones que yo dejaré aquí a Vuestra Excelencia, pues a Vuestra Excelencia yo le dejo en libertad de elegir la marcha o a mi cuartel general para conferenciar conmigo mismo, o seguir directamente al cuartel del general Monagas para reunir las dos brigadas, cuyo mando confiero a Vuestra Excelencia, permitiéndole también que pueda llevar consigo los oficiales que quiera". Tal texto que, sin firma, figura en el copiador de la secretaría del Libertador, tiene apariencia de borrador o minuta, a juzgar por las repeticiones y otras circunstancias; pero su tono no revela menos impaciencia y desenfado en quien lo dictó y la decisión que arriba indicamos de resolver el problema con una simple mutación en los mandos. En aquellos momentos, sin embargo, Mariño se acercaba a Maturín, y la carta, revisada o en la forma copiada, le encontró a las puertas de la ciudad, o tal vez nunca le fué remitida. En efecto, el *Diario* indica, con la misma fecha: "A las seis llegó el general Mariño y tuvo una larguísima conferencia con Su Excelencia"; y agrega: "En la secretaría de Guerra existen borradores de las órdenes y providencias tomadas en estos días, libradas por Su Excelencia directamente". No aplazó el Libertador la fecha de su salida, pero de su entrevista con Mariño resultó otra modificación de planes, modificación substancial, puesto que ya no se trató de quitar a éste su ejército. ¿Cuáles argumentos hizo valer el general? No lo sabemos, pero sin

duda fueron bastante poderosos para que Bolívar renunciara a una medida a todas luces injustificada y sobre todo, de éxito dudoso. Suponiendo que Mariño hubiese obedecido sin chistar, probablemente se habrían renovado entre sus tropas las escenas de los meses anteriores: protestas, pronunciamientos, por último, deserciones. Que los dos generales llegasen a un acuerdo por decir así cordial, o que Mariño se inclinase a regañadientes es cosa que no puede verificarse. Lo resuelto en la entrevista se ve en una carta del Libertador a Páez, del 13 de noviembre: "El 11 en la noche llegué a esta capital (Angostura) de regreso de Maturín, donde tuve una entrevista con Su Excelencia el general Mariño. Este general sufrió un revés el 31 del próximo pasado en Cariaco; pero de muy poca consecuencia, como se impondrá usted por la copia del parte del general Mariño que incluyo. Además, las relaciones que me han hecho varios jefes del mismo ejército prueban la absoluta verdad del parte del general Mariño. Entorpecidas por este movimiento mis operaciones sobre Cumaná, he ordenado al general Mariño que marche con el ejército de su mando al puerto de la Soledad, frente a esta capital, para incorporarlo al del general Monagas; y he encargado del mando del ejército que debe obrar por tierra contra Cumaná al general Rojas, bajo las órdenes del general Bermúdez, comandante general de aquella provincia, que, con la flotilla, que es muy respetable, obra por el mar. Así, pues, estoy en aptitud de poder llevar al Bajo Apure 1500 infantes más, sin que se paralicen las operaciones de la costa, mandadas por los generales Rojas y Bermúdez y las de Barcelona por el general Monagas. Yo marcharé dentro de veinte días para Apure, con los infantes que indico arriba, incorporados al ejército del mando de Usía formaré un cuerpo con que destruir a golpe seguro el ejército de Calzada o de Morillo". Aparte de la importancia de esta nota o carta, en cuanto al plan militar del Libertador, nótese que el tono de éste ha bajado y que sus habituales prevenciones contra Mariño parecen de nuevo adormecidas. La situación general se presenta a sus ojos como favorable y se esfuerza en reducir el descalabro de Cariaco a proporciones justas: "Nuestras divisiones —escribe a San-

tander, el mismo día 13— obtienen sucesos por todas partes, y sólo el general Mariño ha sufrido un pequeño revés el 31 pasado en Cariaco, pero un revés que no da ninguna ventaja a los españoles, habiéndose reducido a dispersar una parte de su ejército, que fué reunido y reorganizado inmediatamente". Esta reorganización había sido, en efecto, operada con rapidez, y diez días apenas después del desgraciado suceso, Mariño tenía bien en mano sus tropas, acampadas parte en San Francisco, parte en Guanaguana.

No sin sorpresa vemos al Libertador abandonar tan fácilmente su plan de asaltar o sitiar a Cumaná, que no otra cosa significa, en la práctica, retirar de la provincia el único cuerpo de tropas capaz de proseguir las operaciones con esperanzas de buen éxito. ¿Cómo contar para ello con los pocos soldados que Rojas reúna, ni con Bermúdez, cuya "división" se ha evaporado en Carúpano y Río Caribe? Lo lógico y cuerdo, en aquella ocasión, era dejar que Mariño reorganizase su ejército, reforzarle, confirmarle en su mando, en vez de renovar pasados errores y de asignarle un papel borroso en un teatro de operaciones secundarias. El resultado fué que Cumaná resistió aún durante tres años a las armas de la República. Y es de suponer el género de reflexiones a que se entregaría el general al encontrarse obligado a renunciar por segunda o tercera vez a su plan de tomar la capital y libertar la provincia una vez por todas, como lo había hecho en 1813 y estuvo a punto de lograrlo de nuevo en 1817, a no ser porque debió correr a Barcelona en auxilio de Bolívar. La razón más plausible de aquel súbito cambio de idea en el Libertador es tal vez que éste ligaba estrechamente la rapidez del buen éxito en Cumaná con su proyectada campaña personal en Apure y que al presentársele como inevitable un retardo en las operaciones de Oriente, volvió a considerar éstas como secundarias y aprovechó, por otra parte, la circunstancia para precaverse de posibles contingencias de carácter político. El Libertador había contado dirigir él mismo el ataque de Cumaná, y en caso de que fuere menester sitiar la plaza, contaba con que al lado de Mariño estaría Bermúdez. La nueva situación permitía imaginar que Mariño triunfase solo y volviera a ser dueño y señor

de las provincias orientales. El Libertador tenía el derecho, íbamos a decir el deber, en su calidad de político, de considerar tal hipótesis y de tomar las precauciones que le inspirase el que creía ser interés del Estado. Sino que, desde el punto de vista militar, la solución no fué la mejor. Y en cuanto al aspecto por decir así personal de las disposiciones tomadas, nos aparecen como prueba de que las relaciones entre los dos hombres continuaban siendo precarias y, de parte de Bolívar, impregnadas de desconfianza y tal vez de real enemistad.

El Libertador partió el 6 de noviembre de Maturín para Angostura. Los historiadores dicen que entonces nombró a Mariño comandante general de la provincia de Barcelona y a Bermúdez de la de Cumaná. Respecto al nombramiento del primero, con tal título, no estamos seguros de que haya sido efectivo. En cuanto al de Bermúdez, se recordará que lo había recibido muchos meses antes, aun cuando de la proclama lanzada por Mariño en junio se pueda suponer que aquél fué revocado en favor de éste.

Proseguíase la reorganización del ejército cuando los realistas atacaron otra vez a Cumanacoa. "Mariño —escribió Bolívar a Páez, el 14 de diciembre— sufrió el 10 de noviembre un nuevo revés en Cumanacoa y ha tenido por consiguiente necesidad de mucho más tiempo para reunir los dispersos". ¿Cuál fué este nuevo revés? En carta a Santander fechada en Angostura el 12 de enero siguiente, el general Valdés habla de otros combates en Cumanacoa, pero no los califica de reveses, al contrario: "El enemigo, aprovechando aquella oportunidad (la derrota de Cariaco y la llamada de Mariño), penetró nuevamente a Cumanacoa, donde estaba Montes con 400 hombres y, observando que aquél era más numeroso, se retiró a los Dos Ríos, a donde se acercaron como 50 hombres a tomar un poco de ganado. Montes los atacó, mató la mitad y dispersó el resto; este acontecimiento los ha hecho retirar nuevamente a Cumaná y Montes ha ocupado sus antiguas posiciones".

El almirante Brión recibió, como se ha visto, instrucciones de redoblar su vigilancia, "hostilizar, destruir y perseguir a los enemigos en cuantas ocasiones se le presenten, según las circunstancias", y de

obrar de acuerdo con Bermúdez y Arismendi "del modo más conveniente y útil a Venezuela". Bolívar cifraba muchas esperanzas en la guerra marítima. Por desgracia, los realistas sabían utilizar sus flotillas y contaban con algunos marinos excelentes, el capitán Guerrero, sobre todo, que rivalizaba con los nuestros en valor y habilidad. Una expedición contra Cumaná, con fines de diversión y cuyo verdadero objeto era auxiliar a Monagas con armas y pertrechos, salió de Margarita. Atacada por Guerrero el 21 y el 22 de noviembre, en el puerto de Pasaje, la escuadrilla republicana fué completamente derrotada, quedando en poder del enemigo cinco flecheras, con ocho cañones y crecido número de otras armas y de municiones. Los patriotas perdieron, además, doscientos hombres. Reveses en tierra y mar: así se presentaba la situación en Oriente, en momento en que iba a abrirse la nueva campaña en Occidente.

Por aquella época, el general Morillo reorganizó su estado mayor y lo estableció en Valencia. En reemplazo del brigadier Ramón Correa fué nombrado jefe de aquél el coronel de *Navarra* D. Luis Genaro de la Rocque, oficial de gran mérito, cuya muerte anunciará Bolívar a Zea, en marzo de 1819, del campo del Polvero, en Apure. Por lo demás, en las batallas del año anterior, y según decía el mismo Bolívar a Arismendi, "habían muerto casi todos los coroneles y comandantes de los regimientos españoles".

Sanó, por fin, el Pacificador de "la gran herida de lanza que —dice Level de Goda— el doctor Samaniego hubo de sacarle por detrás empujándola, cuya operación y cura se tuvo por famosa". Emprendió entonces Morillo un viaje de inspección de sus tropas, llegando hasta Barquisimeto y de allí fué a Guanare, donde pasó revista a la 5.ª división. En San Carlos vió la 2.ª, mandada por Real, y en Calabozo la división de Morales. Regresó a Caracas por Ortiz y San Juan de los Morros; pero hubo de coger cama, de resultas de una caída de caballo, y en consecuencia dió al general La Torre el mando interino de las cuatro divisiones que marcharon "sobre la Portuguesa para reunirse a fin de mes en el paso del Chorrerón", en el Apure.

El cuadro moral del país que pinta Morillo en su comunicación de 20 de setiembre es verdaderamente desastroso: "Yo acabo de reco-

rrer— dice— la mayor parte de estas provincias para pasar revista a las divisiones del ejército, y he examinado atentamente y visto el estado de abandono y desorden en que existen sus habitantes; casi todos los pueblos se hallan sin curas párrocos, y cuando se encuentra alguno afortunadamente, de mediana capacidad, tiene a su cargo una inmensa feligresía a que no puede atender. Los vecinos viven como las tribus salvajes, esparcidos por los bosques y los montes, sin cura ni iglesia, ni reciben ningún sacramento, habiéndose perdido toda idea de religión y de sociedad. Se ven con frecuencia jóvenes de ambos sexos de edad de doce y catorce años sin haberse bautizado, ni oído misa, ni visto jamás un sacerdote; y de esta manera se casan y propagan como los indios naturales antes de la conquista, con la diferencia que éstos son ya los descendientes de los españoles mezclados con las razas indígenas y con la gente de color, cuyas costumbres y amor a la vida salvaje han tomado".

El 7 de diciembre, el Libertador escribía a Mariño, quien estaba todavía en Maturín: "Acabo de recibir oficios de los generales Páez y Anzoátegui, del 1.° del presente, fechados en San Fernando de Apure. Me participan que Calzada y Morales, con una fuerza de 5000 hombres, están, el primero en Barinas, y el segundo en Calabozo y ambos se dirigen al Bajo Apure por las direcciones de Barinas y Calabozo, pasando el Apure por diferentes partes. Los generales Páez y Anzoátegui me aseguran que sin una fuerza de 2000 infantes no es posible resistir al enemigo que tiene 3000 de esta arma, y hasta hoy no tenemos nosotros en Apure más que 1200 y 400 húsares que han recibido disciplina de infantes. Yo he determinado dirigirme sobre la marcha a Apure, a conducir siquiera 800 ó 1000 infantes más, sin los cuales nada podremos hacer. Para esto prevengo a Vuestra Excelencia que se dirija a las Bocas del Pao con toda la infantería que haya conducido de Cumaná, y que esté allí para el 15 ó el 20 de este mismo mes. Puede Vuestra Excelencia decir que va allí a tomar las armas y elementos necesarios, pues de otro modo la deserción nos dejaría sin soldados, o que Vuestra Excelencia viene a Guayana a auxiliarla, o lo que Vuestra Excelencia estime más conveniente para lograr este objeto. El general Sedeño con 200 o 300

infantes ha pasado el Orinoco y estará en Apure. En las Bocas del Pao acordaré con Vuestra Excelencia y el general Monagas las operaciones sobre la defensa del Oriente. Al general Monagas digo lo mismo en esta fecha. Si no reunimos toda nuestra infantería para dar a Morillo una batalla decisiva, es infalible nuestra pérdida. El enemigo triunfará en Apure y con sus fuerzas intactas, si no aumentadas, podrá destruir el resto de fuerzas que tengamos en otros puntos". Este documento es muy importante porque expone claramente el pensamiento militar del Libertador en aquellos días: la guerra, decididamente, ha tomado nuevo carácter y no se alcanzará la victoria sino con buena infantería, capaz de oponerse a la realista. Monagas en Barcelona tiene caballerías; pero la infantería está en Cumaná con los oficiales de Mariño y éste debe llevarla a las regiones del Llano, donde el enemigo va a tomar la ofensiva Pero Bolívar se da cuenta del peligro que hay en querer sacar a aquellos soldados, sobre todo, cuando dejarán su tierra en poder del enemigo. Será inevitable la reproducción de las escenas de un año antes, a pesar de que, esta vez, vendrá Mariño a su cabeza. Bolívar recomienda engañarles, buscar pretextos o razones válidas para conseguir que vayan hasta las Bocas del Pao, sin desertar. Ya se verá que la tentativa fué inútil y que Mariño hubo de presentarse a la cita acompañado solamente de un puñado de oficiales.

A Páez, en comunicación del 14, el Libertador dice que saldrá para Apure el 20, llevando alguna infantería. Se ha detenido "por esperar al general Mariño con su división"; pero éste no ha podido llegar por el nuevo revés de que arriba hablamos. Llegue o no a tiempo, Mariño encontrará órdenes de seguir al cuartel general, con sus tropas. En otra carta, fechada la víspera, Páez recibe recomendación de ser muy prudente, de no dar acción decisiva, a menos de "estar cierto de ganarla", de esperar, en fin, la infantería que Bolívar conducirá en persona.

La lentitud y dificultad de las comunicaciones eran tales que, para el 16 de diciembre, Bolívar no tenía aún noticias de Avendaño ni de la misión que le confiara el 4 de noviembre, cerca de Brión, Arismendi

y Bermúdez, así como tampoco de ninguno de los dos últimos. En vista de ello, decidió enviar sendos correos al almirante y a ambos generales con nuevas instrucciones y para enterarles de sus propósitos y de la situación tal como se veía desde Angostura. Páez tiene bajo su mando directo 3700 hombres, y el total del ejército patriota de Occidente monta 6000, la mitad de caballería. Se calcula que Calzada y Morales cuentan con 3000, la mayor parte infantería, y hasta ahora han obrado "con una prudencia que casi degenera en timidez". De haber una gran batalla los realistas la perderían. Monagas y Sedeño, cada uno por su lado, han obtenido algunas ventajas contra los enemigos. El Libertador conducirá en persona a Apure la infantería del primero; y en cuanto al segundo, se le supone ya en San Fernando con su división de 800 hombres. El teniente coronel Villegas, quien salió el 11 de Maturín, dejó allí a Mariño "con cerca de 200 hombres de los dispersos en Cariaco, y al coronel Montes en Cumanacoa con más de 500 de los mismos". "Aquel general marchará al Pao a incorporarse con el señor general Monagas, que ha recibido nuevos elementos para levantar cuerpos de infantería y que queda con toda su caballería". Zaraza guarda sus posiciones y se ocupa también en reclutar infantería. Por estas cartas y por la nota a Brión, se ve que el Libertador hablaba por hipótesis cuando se refería anteriormente a la "división" de Bermúdez, inexistente hasta la fecha. Otra cosa parece deducirse de los textos y es que Montes se quedaría con la mayor parte del ejército de Mariño, para ponerlo a las órdenes de Bermúdez, propósito muy osado y de resultados, por decir lo menos, problemáticos. "Vuestra Señoría —dice Bolívar a Bermúdez—, luego que reciba esta marchará a Maturín a reunir el resto de los dispersos y a tomar el mando de todas las tropas que haya en la provincia de Cumaná, como gobernador comandante de ella. Su Excelencia el almirante Brión tiene orden de poner a la disposición de Vuestra Señoría las armas, vestuarios y elementos de guerra que Vuestra Señoría necesite para el equipamiento (sic) de las tropas del mando de Vuestra Señoría y las que nuevamente levantare en esa provincia. El general Mariño ha recibido órdenes perentorias de marchar, habien-

do el gobierno allanado las dificultades que le puso sobre la dirección por donde debía hacerlo y dejándolo en absoluta libertad de que la verificara por donde lo tuviera a bien. Así es que, nada deberá detenerlo en esa provincia". ¿Cuáles fueron las "dificultades" a que alude el Libertador? No las conocemos. Nótese, no obstante, el tono seco y "perentorio" que emplea al hablar del general y que revela, una vez más, un estado de espíritu hostil hacia éste. Bolívar, al par que reitera su confianza y persiste en elevar a Bermúdez, quien acaba de obrar descabelladamente, priva de mando superior a Mariño y parece sancionar con su expulsión de Oriente un descalabro nada irreparable y cuya última responsabilidad es discutible. Pero los hechos y circunstancias se encargaron de aportar alguna modificación a aquellas disposiciones. En todo caso, el Libertador, para el dicho 16 de diciembre, "no he tenido la menor noticia ni de Vuestra Señoría (Bermúdez) ni de Avendaño, ignorando absolutamente cuanto tiene relación con la división del mando de Vuestra Señoría". No fué sino el 29 de enero de 1819, dos meses y medio después de la derrota de Bermúdez en Río Caribe, cuando el Libertador recibió correspondencia de éste, quien acababa de llegar a las fortalezas de Guayana. En cumplimiento de las órdenes que se le transmitieran por la carta de 16 de diciembre, el general se preparaba a pasar a Maturín a tomar el mando de las tropas. Según se ve por la nota a Brión, a mediados de diciembre el Libertador creía a Bermúdez en capacidad de acometer a Cumaná y aun de enviar la escuadrilla a hostigar a los realistas en las costas de Barlovento. Adviértase que Bolívar tampoco tenía para entonces noticias del almirante, a juzgar por la siguiente extraordinaria frase que se halla en su carta para él de 31 de enero: "Después de un silencio de cuatro meses y una ignorancia absoluta de Vuestra Excelencia y de la escuadra, he tenido la satisfacción de recibir comunicaciones de Vuestra Excelencia de 15 y 16 de noviembre y 4, 5 y 7 de diciembre últimos que han llegado a mis manos el 23 del presente". Tan descosidas iban las cosas en aquellos momentos. Los retardos impacientaban a Bolívar: "Los correos me matan con sus dilaciones", escribía a Soublette en junio siguiente; y todavía un año después a San-

tander, con juego de palabras: "De Venezuela aún no sé nada, gracias a los postillones de la posma".

Bolívar se embarcó para Apure sin esperar a Mariño, llevando como jefe de estado mayor al general Urdaneta, por enfermedad del general Soublette. Lenta fué la subida hasta San Juan de Payara, donde estaba Páez, quien recibió en aquella ocasión el grado de general de división, como premio de sus servicios en el año anterior, dice Urdaneta; y quedaron "disipadas todas las desconfianzas".

En aquel viaje de ida cambió de nuevo la actitud del Libertador hacia Mariño. El 26 de diciembre, del Palmar, escribió al general: "En marcha para el Bajo Apure, he tenido que detenerme aquí por aguardar al señor general Monagas con las tropas de embarque que debía traerme. En este momento acaba de llegar su secretario Meleán, participándome su aproximación, y he tenido también la satisfacción de saber por él que Vuestra Excelencia ha llegado con su división al Pao. Como no sé si Vuestra Excelencia ha seguido su marcha hacia esta parte, o si ha permanecido allí, y como, por otra parte, es muy peligroso detenerme más tiempo, porque podríamos perder mucho con la deserción, he resuelto seguir la navegación inmediatamente que acabe de embarcar la tropa y dirijo cerca de Vuestra Excelencia al señor coronel Carmona para que le instruya de mis intentos y deseos. Mi objeto es reforzar el ejército de Apure con cuanta infantería sea posible, porque habiendo el enemigo manifestado ya su plan de atacarlo con todas sus fuerzas, sería muy aventurado no presentarle fuerzas superiores en esta arma. Así, no solamente he mandado la división del señor general Sedeño, sino que llevo yo ahora la mayor parte de la del señor general Monagas, y llevaría también toda la de Vuestra Excelencia si estuviese incorporado conmigo o no temiere el mal que he dicho a Vuestra Excelencia, u otro que pueda ocurrir en el Apure si tardan más mis auxilios. Para evitar esto he resuelto irme y dejar a Vuestra Excelencia en las Bocas del Pao los buques, que puede necesitar para transportarse y reunirse en la navegación, o bien en Apure mismo, si no pudiere alcanzarme antes. Los buques quedarán equipados de todo lo necesario y con los víveres suficientes, esperando

sólo a Vuestra Excelencia para dar a la vela. En Caicara dejaré, además, nuevas provisiones para que nunca le falten, pero Vuestra Excelencia hará que haya la mayor economía en su consumo. Yo espero que en el acto en que Vuestra Excelencia reciba esta orden, se pondrá en marcha sobre las Bocas del Pao, activándola y forzándola cuanto sea posible. Nada nos importa tanto como ganar momentos, porque ocupando el enemigo todas sus posiciones en los Llanos, debe ser destruído infaliblemente si tenemos la fortuna de prevenirlo con una marcha rápida. Que nada detenga, pues, a Vuestra Excelencia hasta que logre incorporárseme. En el tránsito recibirá Vuestra Excelencia órdenes de lo que deba hacer, pero no recibiéndolas se limitará a seguir la misma dirección que yo haya llevado, hasta que, reunido, tome el mando de la división que le he destinado". La lectura de este despacho inspira desde luego una pregunta y una comprobación. Pregunta: ¿cuál "división" cree el Libertador que Mariño podrá traer de Oriente, si antes ha ordenado que Montes y sus seiscientos y pico de hombres pasen bajo las órdenes de Bermúdez y dispuesto que Rojas tome el mando de las fuerzas de Maturín? Comprobación: Mariño será en Apure un divisionario, como Sedeño o Anzoátegui.

Pero he aquí que apenas había despachado Bolívar aquella comunicación cuando, el mismo día 27, a las tres de la tarde, se presentó el coronel Armario, procedente del Pao y con partes de Mariño, lo cual determinó rápido cambio de escena y nuevas disposiciones. El general ha llegado, en efecto, a aquel pueblo, pero solamente con treinta hombres. ¿Por qué? Para establecerlo a ciencia cierta sería necesario poder contestar previamente a la otra pregunta arriba formulada. Por lo demás, en la incertidumbre, todas las hipótesis están permitidas. O bien Mariño tuvo que dejar las tropas a Rojas y a Montes conforme a lo anteriormente dispuesto y, no queriendo desobedecer a Bolívar, resolvió venirse con una simple escolta; o bien la poca tropa que logró sacar de Maturín desertó en camino. Los papeles no dan luz en el asunto. Sólo tenemos una carta de Bermúdez a Bolívar, de que hablaremos a su tiempo, que podría dar la explicación de lo sucedido.

Ante la nueva situación, no renunció el Libertador a mantener a Mariño alejado de la provincia de Cumaná, que continuará confiada a Bermúdez, pero sí desistió de llevárselo a Apure y, pesando mejor las circunstancias, optó por confiar al general un mando independiente y aprovechar si posible sus dotes reales de organizador. "El general Mariño —dice en carta a Páez— por fin llegó al Pao el 24 del presente, pero sólo con treinta y cuatro hombres, porque el resto de su división quedó en Cumaná. Lo he destinado a mandar la fuerza armada de Oriente". Estas precisiones recuerdan el título que se había dado al héroe en 1817. A Mariño mismo el Libertador escribe el 27 de diciembre, de su cuartel general del Palmar: "En marcha al Bajo Apure, a donde me dirijo a mandar el ejército de operaciones de Occidente, he tenido a bien nombrar a Vuestra Excelencia general en jefe del ejército de Oriente, con las instrucciones que le incluyo". Los términos de este despacho parecen cuidadosamente escogidos para lisonjear a Mariño: las denominaciones de Occidente y Oriente allí empleadas y las tareas que se asignan a Mariño y a Bermúdez respectivamente pueden dar la ilusión de igualdad entre ambos; y en todo caso marcan deferencia hacia el primero. La maniobra podía pasar como hábil, pero, en el fondo, subrayaba la desconfianza que de su antiguo "ilustre Segundo" abrigaba el Libertador. Es lo que un notable historiador quiere expresar cuando, guardando la consabida línea, escribe que Bolívar "disimuló la mala impresión que le causara esta actitud dudosa del jefe oriental".

He aquí la copia textual de las "Instrucciones del Gobierno de Venezuela a S. E. el General Santiago Mariño, Jefe del Ejército de Oriente: — 1°. Primeramente levantará un ejército haciendo reclutar en las Provincias de Barcelona, Guayana, y el oriente de la de Caracas. Lo organizará y disciplinará. 2°. Este ejército servirá por ahora de reserva, y obrará conforme a las instrucciones que recibirá después, o por la costa, o por los Llanos, según sea necesario; pero actualmente su único objeto es la defensa y conservación del Oriente de Venezuela ocurriendo al punto que sea invadido. 3.° Librará órdenes para los Gobernadores Comandantes generales de las Provin-

cias dichas, en cuanto sea relativo al ejército, mas no se mezclará en lo político, civil, ni económico de ellas, cuyas funciones ejercen sus respectivos Gobernadores Comandantes generales, que le darán los auxilios que necesite para el ejército. 4°. Como la Provincia de Guayana es la más a propósito para levantar reclutas, se dirigirá inmediatamente a ella para empezar a formar los cuerpos. 5°. El Ejército de Oriente se compondrá de todas las tropas que hay y se levanten en las Provincias dichas. 6°. Pedirá al Consejo de Gobierno los vestuarios y armas que necesite para el ejército, economizando los vestuarios todo lo posible. También pedirá al mismo Consejo los elementos de guerra necesarios. 7°. Es responsable al Gobierno de la conservación del Oriente de Venezuela".

Por más diestro que sea el jugador de ajedrez, está forzosamente contenido por las reglas y el número de sus jugadas y la imaginación más fértil encuentra límites. El Libertador había traído a Bermúdez de Oriente con el halago de que mandaría un "grande ejército": ahora recurre al mismo expediente con Mariño. Sólo que, esta vez, de su decisión iban a desprenderse consecuencias políticas y militares imprevisibles y que harán del año 1819, en Guayana y Oriente, uno de los más dramáticos aunque menos estudiados de toda nuestra historia. Esto, naturalmente, aparte la constitución de Colombia y la victoria de Boyacá.

El Libertador envió también a Valdés, Monagas y Zaraza copias e instrucciones de obedecer a Mariño, y ordenó a Bermúdez: "He sabido vagamente que los enemigos han tomado a Güiria. Si es cierto, V. S. tratará de retomarla inmediatamente. El general Mariño ha llegado al Pao con sólo 30 hombres. Se hace por consiguiente tanto más urgente el que V. S. forme un considerable ejército, organizado y disciplinado, para oponerle a los enemigos, y acometerlos según convenga. Reencargo a V. S. la estricta ejecución de las órdenes que le tengo comunicadas".

Valdés escribió a Santander: "El ejército decantado del general Mariño fué dispersado en Cariaco, de cuyas resultas éste ha sido llamado y encargado del mando de un ejército *in nomine,* que debe formar en esta provincia (Guayana), Barcelona, Llanos de Caracas y Cumaná".

Bolívar continuó hacia Apure, remontando el Orinoco.

Zea, presidente del Consejo de Gobierno, "transladó" a Mariño, el 1.° de enero, la nota que recibía del Libertador: "Con esta fecha (27 de diciembre) he nombrado a Su Excelencia el general Mariño (general) en jefe del ejército de Oriente, bajo las instrucciones que acompaño a V. E. en copia. Lo aviso a V. E. para su conocimiento y cumplimiento de las instrucciones en la parte que le toque".

ÍNDICE

I. *Cartagena.* 9
II. *El Pacificador.* 27
III. *Sí: consiento.* 39
IV. *Carúpano.* 61
V. *La aventura de Ocumare.* 89
VI. *En nombre de los Pueblos independientes de Venezuela* . . . 105
VII. *Otra vez Piar contra Mariño* 127
VIII. *Hemos sido un modelo de amistad* 139
IX. *Mi ilustre Segundo* 161
X. *El Jefe de la Fuerza Armada* 179
XI. *Para descargo de mi conciencia* 205
XII. *Amar más la libertad de mi patria que dominarla* 229
XIII. *El Congreso Supremo de la República queda instalado* . . . 251
XIV. *El Gobierno Federal* 273
XV. *Dispuesto a disputar este terreno palmo a palmo* 291
XVI. *Una canalla resuelta a morir* 319
XVII. *Casabe en caldo caliente* 347
XVIII. *Día de luto para mi corazón* 371
XIX. *Mariño tendrá la misma suerte* 387
XX. *Volveré* 421
XXI. *Esta terrible campaña.* 451
XXII. *La Legión Extranjera.* 465
XXIII. *Resuelto a oponer la fuerza a la fuerza.* 481
XXIV. *¡Viva la República! ¡Viva el general Bolívar!* 503
XXV. *Uno de los más sumisos al Gobierno.* 521
XXVI. *El genio emprendedor y patriótico de dos hijos de Venezuela.* . 549
XXVII. *Cuando las potencias se unen para destruir la República* . . . 567
XXVIII. *La doble derrota* 587
XXIX. *Un revés de muy poca consecuencia* 599

ALTAMIRA
TALLERES GRÁFICOS, S. A.
*
BRAVO MURILLO, 31
MADRID